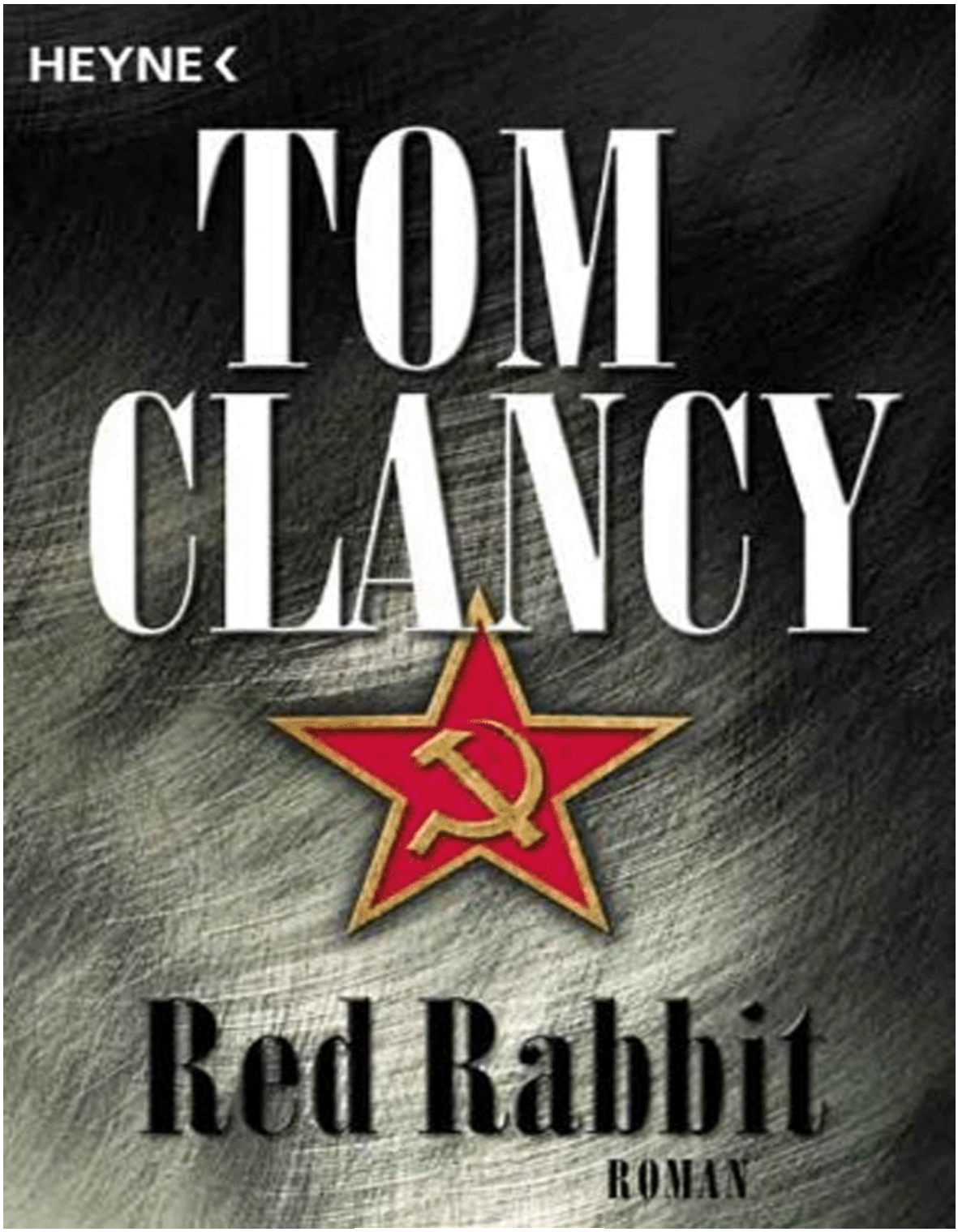
R E D R A B B I T
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

EL JARDÍN TRASERO

Lo peor sería conducir, decidió Jack. Se había comprado un Jaguar, que aquí pronunciaban «jagyua» y le convenía no olvidarlo, pero las dos veces que se había acercado al coche en el concesionario se había dirigido a la puerta de la izquierda en lugar de a la de la derecha. El vendedor no se había reído, pero Ryan estaba seguro de que quería hacerlo. Por lo menos no había hecho un ridículo espantoso sentándose en el asiento equivocado. No debía olvidar que aquí el lado «correcto» de la calle era el izquierdo. Al girar a la derecha, uno se cruzaba con el tráfico que circulaba en dirección contraria, no al girar a la izquierda. El carril izquierdo en las autovías, o mejor dicho, en las autopistas, era el carril lento. Los enchufes eran disparatados. La casa no tenía calefacción central, a pesar del desorbitado precio que había pagado por ella. Tampoco tenía aire acondicionado, aunque aquí probablemente no era necesario. No era el más caluroso de los climas; los habitantes del país empezaban a caer muertos en la calle cuando el termómetro alcanzaba los veinticuatro grados. Jack se preguntó cómo soportarían el clima de Washington. Evidentemente, el dicho de que «sólo los perros locos y los ingleses pasean bajo el sol del mediodía» era cosa del pasado.

Pero podría haber sido peor. Disponía de un carnet para comprar comida en el economato del ejército y la aviación en la base cercana de las fuerzas aéreas en Greenham Commons, también conocida como PX, lo que le permitiría comprar perritos calientes de verdad y marcas parecidas a las que adquiría en el Giant de Maryland.

Había muchas otras disparidades. Evidentemente, la televisión británica era diferente y aunque en realidad no esperaba disponer de mucho tiempo para vegetar ante la pantalla, la pequeña Sally necesitaba su dosis de dibujos animados. Además, incluso cuando uno leía algo importante, resultaba reconfortante oír las voces de fondo de algún programa intrascendente. No obstante, los noticiarios no estaban demasiado mal y los periódicos eran particularmente buenos en general, mejores que los que leía en su país, aunque por la mañana echaría de menos «Far Side». Esperaba que lo publicara el International Tribune, que podía comprar en el quiosco de la estación. Además, Ryan quería mantenerse informado sobre la liga de béisbol.

Los hombres de la mudanza trabajaban como hormiguitas a las órdenes de Cathy. La casa no estaba mal, aunque era más pequeña que la suya de Peregrine Cliff, alquilada ahora a un coronel de los marines que daba clases a los concienzudos alumnos de la Academia Naval. El dormitorio principal daba a un jardín que parecía medir unos mil metros cuadrados y al que la inmobiliaria había concedido una gran importancia. Los anteriores propietarios habían dedicado mucho tiempo al jardín, cubierto enteramente de rosales, con flores rojas y blancas en honor, aparentemente, de las casas de Lancaster y de York, separadas por flores rosadas, indicando la fusión que dio origen a la casa Tudor, aunque ésta se extinguió con Isabel I y abrió por fin las puertas a la nueva dinastía, que Ryan apreciaba por sobradas razones.

Y el clima no estaba tan mal. Hacía tres días que habían llegado al país y todavía no había llovido. El sol salía temprano y se ponía tarde, pero en invierno, por lo que había oído, salía sin levantarse del horizonte y volvía a ponerse inmediatamente. Algunos de los nuevos amigos que había hecho en el Departamento de Estado le habían dicho que las largas noches podían ser duras para los niños. Sally, que tenía cuatro años y seis meses, se encontraba todavía en dicha categoría. El pequeño Jack, de cinco meses, probablemente no se percataría de ese tipo de cosas; afortunadamente no tenía ninguna dificultad para dormir y, por cierto, era lo que estaba haciendo en ese momento bajo la custodia de su niñera, Margaret Van der Beek, una joven pelirroja, hija de un pastor metodista sudafricano. Había llegado muy bien recomendada, y luego había pasado la inspección de la policía metropolitana. A Cathy le preocupaba un poco la idea de tener una niñera. La perspectiva de que otra persona criara a su hijo le producía la misma sensación que el chirrido de las uñas en la pizarra, pero era una respetable costumbre local y había funcionado bastante bien para un tal Winston Spencer Churchill. La señorita Margaret había sido investigada por la organización de sir Basil y a su vez había recibido la aprobación oficial del gobierno de su majestad, lo cual no significaba absolutamente nada, se recordó Jack a sí mismo. En las semanas anteriores a su llegada, Jack había sido debidamente informado. La «oposición», término británico utilizado también en Langley, se había infiltrado en la comunidad británica de Inteligencia en más de una ocasión. La CIA no creía que eso hubiera ocurrido todavía en Langley, pero Jack no estaba seguro de ello. El KGB era muy bueno y la gente avariciosa abundaba en el mundo entero. Los rusos no pagaban particularmente bien, pero algunos vendían su alma y su libertad por un puñado de dinero. Tampoco llevaban ningún letrero luminoso que anunciara: «SOY UN TRAIDOR.»

De todas sus sesiones preparatorias, las más pesadas habían sido las de seguridad. El padre de Jack había sido el policía de la familia y el propio Ryan nunca había llegado a dominar esa forma de pensar. Una cosa era buscar datos fiables entre el montón de basura que ascendía por el sistema de Inteligencia y otra muy distinta sospechar de todo el mundo en su propia oficina, sin dejar de trabajar cordialmente con ellos. Se preguntó si otros lo verían de ese modo y decidió que probablemente no. Después de todo, él había pagado un alto precio por ello y conservaba unas pálidas cicatrices en el hombro que lo demostraban, por no mencionar las pesadillas sobre aquella noche en Chesapeake Bay, en las que sus armas no disparaban a pesar de sus esfuerzos, y los gritos de terror de Cathy resonaban aún en sus oídos. ¿Pero acaso no era cierto que había ganado la batalla? ¿Por qué sus sueños creían lo contrario? Tal vez debería hablar de ello con un psiquiatra, pero como rezaba el viejo proverbio, había que estar loco para hablar con el alienista...

Sally no dejaba de dar vueltas por la casa nueva, contemplando su nuevo dormitorio y admirando la nueva cama que estaban montando los mozos de la mudanza. Jack se mantenía al margen de la operación; Cathy le había dicho que no estaba capacitado siquiera para supervisar, a pesar de su caja de herramientas, sin la cual ningún norteamericano se sentía suficientemente varonil y que se encontraba entre las primeras cosas que habían desempaquetado. Evidentemente, los mozos tenían sus propias

herramientas y ellos también habían sido investigados por el SIS, por si algún agente del KGB intentaba colocar micrófonos en la casa.

—¿Dónde está el turista? —preguntó una voz con acento norteamericano desde el vestíbulo, y Ryan se dirigió a ver de quién se trataba.

—¡Dan! ¿Cómo diablos estás?

—Era un día aburrido en la oficina, de modo que Liz y yo hemos decidido acercarnos para ver cómo os iban las cosas.

Y efectivamente, tras el agregado jurídico se encontraba la reina de la belleza que era su esposa, la santa Liz de las esposas del FBI. La señora Murray se acercó a Cathy para darle un beso y un fraternal abrazo antes de que ambas se dirigieran al jardín. A Cathy le encantaban las rosas, pero a Jack eso le traía sin cuidado. Su padre había monopolizado los genes de jardinería en la familia Ryan y no le había transferido ninguno a su hijo.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Murray mirando a su amigo.

—Un largo vuelo y un libro aburrido —explicó Jack.

—¿No has dormido durante el viaje? —preguntó Murray, sorprendido.

—¿En el avión?

—¿Tanto te molesta?

—Dan, en un barco, uno puede ver por dónde va, pero en un avión, no.

Murray soltó una carcajada.

—Más vale que te acostumbres, compañero. Vas a acumular muchos kilómetros de vuelo, entre viajes de ida y vuelta a Dulles. —Supongo.

Curiosamente, Jack no se había planteado eso al aceptar aquel destino. Lástima, se había percatado demasiado tarde. Viajaría de ida y vuelta a Langley por lo menos una vez al mes; no era una perspectiva demasiado atractiva para alguien reticente a volar.

—¿Todo bien con el traslado? Puedes confiar en esos muchachos. Bas los utiliza desde hace más de veinte años y también son del agrado de mis amigos en Scotland Yard. La mitad de ellos son ex policías.

No tuvo que aclarar que los policías eran más fiables que los espías.

—¿No colocarán micrófonos en el baño? Estupendo —comentó Ryan.

En su corta experiencia hasta el momento, Ryan se había percatado de que la vida en el servicio de Inteligencia era algo diferente de la de profesor de historia en la Academia Naval. Probablemente habría micrófonos, pero conectados a la oficina de Basil...

—Lo sé, yo estoy en la misma situación. Pero tengo buenas noticias: me verás con mucha frecuencia, si no te importa, claro. Por lo menos tendré a alguien con quien tomar una cerveza.

Ryan asintió, cansado, e intentó sonreír.

—Es el deporte nacional. Se hacen más negocios en los bares que en el despacho. Es su versión del club de campo. —La cerveza no está mal.

—Mejor que el agua de borrajas que tomamos en Norteamérica. En este sentido soy un verdadero converso.

—Me han dicho en Langley que haces muchos trabajos de inteligencia para Emil Jacobs.

—Algunos asintió Murray . El caso es que lo hacemos mejor que muchos de vosotros en la CIA. El personal de Operaciones todavía no se ha recuperado desde 1977, ni creo que lo haga en algún tiempo.

—El almirante Greer también es del mismo parecer —reconoció Ryan—.

Bob Ritter es bastante listo, tal vez demasiado si sabes a lo que me refiero, pero no cuenta con suficientes amigos en el Congreso para ampliar su imperio a su antojo.

Greer era el analista en jefe de la CIA y Ritter el subdirector de Operaciones. Con frecuencia discrepaban.

—No confían tanto en Ritter como en el subdirector de Inteligencia a causa del desastre con la Junta Eclesiástica hace diez años. Parece que el Senado siempre olvida quién dirigió esas operaciones. Canonizan al jefe y crucifican a los subordinados que intentaron seguir sus órdenes, aunque inadecuadamente. Maldita sea, eso fue una... —Murray buscaba un término que no encontraba—. Los alemanes lo llaman schweinerei. No existe una traducción literal, pero suena como lo que es.

—Sí, mejor que «cagada» —sonrió Jack.

El intento de la CIA de asesinar a Fidel Castro, dirigido desde la oficina del fiscal general en la época de Camelot, había sido propio del Pájaro Loco, con un toque de Los Tres Chiflados: políticos intentando imitar a James Bond, un personaje inventado por un espía británico fracasado. Las películas no eran como el mundo real, tal y como había descubierto Ryan, primero en Londres y luego en su propia sala de estar.

—Dime, Dan, ¿cómo son realmente?

—¿Te refieres a los británicos?

Murray condujo a Ryan al jardín. Los operarios de la mudanza habían sido investigados por el servicio secreto de Inteligencia, pero Murray pertenecía al FBI.

—Basil es excepcional. De ahí que haya durado tanto. Era brillante como espía de campo; fue el primero en sospechar de Philby, y no olvides que entonces Basil era un simple novato. Es un buen administrador y uno de los pensadores más ágiles que he conocido jamás. Los políticos de ambas tendencias lo aprecian y confían en él. Eso no es nada fácil. Más o menos como Hoover para nosotros en otra época, pero sin esa cuestión del culto a la personalidad. Me gusta, es un buen compañero de trabajo. Y tú le gustas mucho, Jack.

—¿Por qué? —preguntó Ryan—. No he hecho gran cosa.

—Bas tiene instinto para el talento. Cree que tienes lo que hace falta. Le encantó aquello que se te ocurrió el año pasado para descubrir filtraciones de seguridad, la trampa del canario, y no te perjudicó precisamente que rescataras al heredero de la corona. Vas a ser un chico popular en Century House. Si te portas de acuerdo con las expectativas, puede que tengas futuro en el mundo del espionaje.

—Estupendo —respondió Ryan sin estar plenamente convencido de que eso era lo que deseaba—. Dan, ¿has olvidado que soy un corredor de Bolsa convertido en profesor de historia?

—Jack, eso forma parte de tu pasado. Mira hacia adelante, ¿vale? ¿Acaso no es cierto que tuviste bastante éxito eligiendo valores en Merrill Lynch?

—Gané algo de dinero, sí —reconoció Ryan.

En realidad, había ganado mucho dinero y su cartera seguía creciendo. La gente no dejaba de enriquecerse en Wall Street.

—Pues aplica tu mente a algo realmente importante —sugirió Dan—. Lamento comunicártelo, Jack, pero no abundan los hombres inteligentes en los servicios secretos. Lo sé. Trabajo en ese campo. Está lleno de

zánganos, hay mucha gente más o menos inteligente, pero muy pocas estrellas, amigo. Tú tienes todos los requisitos para ser una estrella. Así lo cree Jim Greer, al igual que Basil. Piensas más allá de los límites establecidos. Yo también lo hago. Esa es la razón por la que ya no persigo a atracadores de bancos en Riverside, Filadelfia. Pero nunca he ganado un millón de dólares en la Bolsa.

—Tener suerte no te convierte en un gran hombre, Dan. Maldita sea, el padre de Cathy, Joe, ha ganado mucho más de lo que yo ganaré en mi vida y, sin embargo, es un cabrón dogmático e insufrible.

—A pesar de lo cual has convertido a su hija en la esposa de un caballero honorario.

Jack sonrió tímidamente.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Aquí eso te abrirá muchas puertas, Jack. A los británicos les gustan sus títulos —dijo antes de hacer una pausa—. ¿Qué te parece si os llevo a tomar una cerveza? Hay un bonito bar en la cima de la colina, el Gypsy Moth. Esto del traslado os volverá locos. Es casi peor que construir una casa.

Su despacho estaba situado en el primer sótano del Centro, como medida de seguridad que nunca se le había explicado, pero resultó que existía un equivalente exacto en el cuartel general del Enemigo Principal. Allí se denominaba Mercurio, mensajero de los dioses, un término muy apropiado si su país reconociera el concepto de Dios. Los mensajes pasaban por las manos de los codificadores y descifradores, llegaban a su despacho, entonces él examinaba el contenido y las palabras clave antes de mandarlos a los departamentos y funcionarios correspondientes, luego los recibía de vuelta y los canalizaba en dirección contraria. El tráfico se convirtió en algo rutinario: por la mañana generalmente de llegada, y por la tarde, de salida. La parte más engorrosa consistía evidentemente en descifrar los mensajes, ya que muchos de los agentes de campo utilizaban códigos individuales de un solo uso, cuyas matrices se guardaban en un conjunto de salas a su derecha. Los funcionarios del departamento transmitían y guardaban una gran variedad de secretos, desde la vida sexual de algunos diputados italianos hasta la jerarquía exacta de los objetivos nucleares norteamericanos.

Curiosamente, ninguno de ellos hablaba de lo que hacía o codificaba, tanto de entrada como de salida. Tenían una mentalidad bastante mecánica. No le habría sorprendido en absoluto que los contrataran pensando en dichos factores psicológicos. Era un organismo diseñado por genios, para operadores autómatas. Si alguien fuera capaz de construirlos, estaba seguro de que los utilizarían, porque se podía confiar en que las máquinas no se apartaran demasiado del camino previsto.

Pero las máquinas eran incapaces de pensar y, para su propio trabajo, era útil pensar y recordar con el fin de que funcionara el organismo, eso era imprescindible. Era el escudo y la espada del Estado, que necesitaba ambas cosas. Y él era una especie de administrador de correo, que debía recordar el destino de los mensajes. No sabía todo lo que ocurría, pero sí mucho más que la mayoría del personal del edificio: nombres y lugares de las operaciones, y a menudo el objeto y la forma de la misión.

Generalmente desconocía el verdadero nombre y el rostro de los agentes de campo, pero estaba al corriente de sus objetivos, el nombre en clave de los agentes y, en la mayoría de los casos, lo que dichos agentes aportaban.

Estaba en ese departamento desde hacía nueve años y medio. Había empezado en 1973, cuando acababa de licenciarse en Matemáticas en la universidad estatal de Moscú y un buscador de talentos del KGB detectó desde el primer momento que poseía un cerebro sumamente disciplinado. Jugaba particularmente bien al ajedrez y suponía que su extraordinaria memoria procedía del estudio de tantas partidas de los grandes maestros, con el fin de saber cuál debía ser su próximo movimiento en una situación determinada. En realidad había pensado en dedicarse plenamente al ajedrez, pero aunque había estudiado mucho, al parecer no era suficiente. Boris Spassky, también un joven jugador en aquella época, lo dejó fuera de la competición por seis partidas a cero, con dos empates desesperados, y ahí acabaron sus esperanzas de alcanzar fama, fortuna y... viajes. Suspiró en su escritorio. Viajes. Había estudiado también sus textos de geografía, y cuando cerraba los ojos, alcanzaba a ver las imágenes, sobre todo en blanco y negro, del gran canal de Venecia, Regent Street en Londres, la magnífica playa de Copacabana en Río de Janeiro y la ladera del monte Everest, que Hillary había escalado cuando él estaba aprendiendo a caminar. Todos esos lugares que nunca llegaría a ver. No él. No una persona con su nivel de acceso y acreditación. No, el KGB era muy cauteloso con semejantes personas. No confiaban en nadie; habían aprendido la lección a base de cometer errores. ¿Qué ocurría con su país, que tantos intentaban huir del mismo? Sin embargo, muchos millones de personas habían muerto luchando por la madre Rusia... El se había librado del servicio militar gracias a sus conocimientos de matemáticas, a su maestría en el ajedrez y luego, suponía, debido a su ingreso en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy. Al mismo tiempo se le concedió un bonito piso de setenta y cinco metros cuadrados, en un edificio de reciente construcción, así como el rango de capitán a las pocas semanas de su ingreso. Todo ello, en conjunto, no estaba nada mal. Es más, acababan de empezar a pagarle en rublos certificados, lo que le permitía comprar en las tiendas «cerradas» de artículos de consumo occidentales, con la gran ventaja de que en ellas había colas más cortas. Su esposa lo apreciaba. No tardaría en ser candidato a la nomenklatura, como un príncipe zarista secundario, para empezar a ascender por un escalafón y preguntarse hasta dónde podría llegar. Pero al contrario de los zares, él no estaba ahí por su sangre sino por méritos propios, y eso atraía a la virilidad del capitán Zaitzev.

Sí, se había ganado a pulso su posición y eso era importante. Esa era la razón por la que se le confiaban secretos, por ejemplo el del agente cuyo nombre en clave era Cassius, un norteamericano que vivía en Washington y que al parecer tenía acceso a valiosos secretos políticos muy apreciados por el personal del quinto piso y a menudo corroborados por los expertos del Instituto Americo-canadiense, que estudiaban los entresijos norteamericanos. Canadá no era excesivamente importante para el KGB, salvo por su participación en los sistemas de defensa aérea norteamericanos y porque a algunos de sus políticos más relevantes no les gustaba su poderoso vecino meridional, o al menos eso les contaba regularmente el

agente residente en Ottawa a sus superiores. Zaitzev tenía sus dudas. Quizá a los polacos tampoco les gustara su vecino oriental, pero solían hacer lo que se les ordenaba, como lo había confirmado en su informe del mes anterior el agente residente en Varsovia con evidente regocijo y lo había descubierto para su pesar aquel exaltado sindicalista. El coronel Igor Alekseyevich Tomachevskiy lo había denominado «basura contrarrevolucionaria». Se consideraba al coronel una estrella ascendente, listo para recibir un destino en Occidente, adonde iban los que eran realmente buenos.

A cuatro kilómetros al otro lado de la ciudad, Ed Foley fue el primero en cruzar la puerta, seguido de su esposa, Mary Patricia, que caminaba detrás de él con Eddie de la mano. Aunque los jóvenes ojos azules del pequeño estaban completamente abiertos, llenos de curiosidad infantil, a sus cuatro años y medio, Eddie descubría que Moscú no era Disneylandia. El choque cultural estaba a punto de producir un impacto semejante al del martillo de Tor, pero sus padres confiaban en que ampliara los horizontes del pequeño. Y también los suyos.

—Caramba —exclamó Ed Foley después de echar una primera ojeada.

El inquilino anterior había sido un funcionario del consulado, que había procurado dejarlo todo limpio y aseado, indudablemente con la ayuda de personal doméstico ruso, suministrado por el gobierno soviético, que acostumbraba a distinguirse por su diligencia... para ambos amos. Ed y Mary Pat habían recibido instrucciones desde hacía varias semanas, o mejor dicho meses, antes de embarcar en el vuelo de Pan Am desde el JFK hasta Moscú.

—De modo que ésta es nuestra casa —observó Ed en un tono deliberadamente neutro.

—Bien venidos a Moscú —respondió Mike Barnes, también funcionario del consulado en vías de promoción, a quien esa semana correspondía recibir a los recién llegados—. El último ocupante fue Charlie Wooster. Un buen chico, de regreso ahora al Fondo Tenebroso, sumergido en el calor estival.

¿Cómo son aquí los veranos? —preguntó Mary Pat.

—Más o menos como en Minneapolis —respondió Barnes. El calor no es excesivo, no hay demasiada humedad y en realidad los inviernos no son tan rigurosos; yo me crié en Minneapolis aclaró—. Evidentemente, es posible que el ejército alemán no esté de acuerdo, ni Napoleón tampoco, pero bueno, ¿ha dicho alguien alguna vez que Moscú deba ser como París?

—Sí, me han hablado de la vida nocturna —dijo Ed con una carcajada.

Claro que a él no le importaba. En París no necesitaban ningún sigiloso jefe de Operaciones y éste era el destino más importante y prestigioso que podrían haberle concedido. Había pensado que tal vez lo mandarían a Bulgaria, pero no a las entrañas de la propia bestia. A Bob Ritter debió de impresionarle realmente su estancia en Teherán. Gracias a Dios que Mary Pat dio a luz en aquel momento. Se perdieron el golpe en Irán por unas tres semanas. Tuvo un embarazo problemático y su médico insistió en que regresara a Nueva York para el parto. Los hijos eran realmente un regalo divino. Además, de ese modo el pequeño Eddie era también un neoyorquino, y Ed anhelaba que su hijo fuera un verdadero hincha de los

Yankees & Rangers. Lo mejor de su destino actual, aparte del aspecto profesional, era que aquí en Moscú vería el mejor hockey sobre hielo del mundo. Al diablo con el ballet y las sinfonías. Esos cabrones sabían patinar. Lástima que los rusos no entendieran de béisbol. Probablemente era un deporte demasiado complicado para esos paletos, con tantos lanzamientos para elegir...

—No es muy grande —comentó Mary Pat, con la mirada en el cristal roto de una ventana.

Estaban en un sexto piso. Por lo menos el tráfico no los molestaría demasiado. El recinto, o gueto, de los extranjeros estaba amurallado y vigilado. Los rusos insistían en que era para su protección, pero los delitos callejeros contra extranjeros no suponían ningún problema en Moscú. La ley prohibía a los ciudadanos rusos poseer divisa extranjera y además no había ninguna forma fácil de gastarla. Por consiguiente, no aportaba ningún beneficio robar a un norteamericano o a un francés en la calle, que eran tan inconfundibles por su forma de vestir como un pavo real entre un montón de cuervos.

—¡Hola! —dijo una voz con acento inglés un momento antes de que apareciera el rostro rubicundo al que ésta pertenecía—. Somos vuestros vecinos: Nigel y Penny Haydock.

Haydock era alto y flaco, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo prematuramente canoso y lampiño. Su esposa, más joven y atractiva de lo que probablemente se merecía su marido, apareció al cabo de un instante con una bandeja de bocadillos y vino blanco de bienvenida.

—Tú debes de ser Eddie —dijo la señora Haydock, que tenía una cabellera sumamente rubia.

Entonces fue cuando Ed Foley se percató de que llevaba un vestido de embarazada. A juzgar por su aspecto, estaba de unos seis meses. La información recibida había sido correcta en todos los detalles. Foley confiaba en la CIA, pero a base de cometer errores había aprendido a comprobarlo todo, desde los nombres de las personas que vivían en su mismo piso hasta el funcionamiento de los retretes. Especialmente en Moscú, pensó mientras se dirigía al baño. Nigel lo siguió.

—La fontanería es fiable, pero ruidosa. Nadie se queja explicó Haydock.

Ed Foley tiró de la cadena y, efectivamente, era ruidosa.

—Lo he arreglado yo mismo. Soy bastante manitas agregó Haydock antes de bajar el tono de voz—. Vigila dónde hablas en este lugar, Ed. Hay micrófonos por todas partes, especialmente en los dormitorios. Al parecer, a los malditos rusos les gusta contar nuestros orgasmos. Penny y yo procuramos no decepcionarles —añadió con una sonrisa pícara.

En ciertas ciudades, uno debe crear su propia vida nocturna.

—¿Hace dos años que estáis aquí?

El agua del retrete parecía correr eternamente. Foley tuvo la tentación de levantar la tapa de la cisterna para comprobar si Haydock había sustituido los accesorios por otra cosa, pero decidió que no era necesario.

—Veintinueve meses. Faltan siete. Aquí hay mucha actividad. Estoy seguro de que te lo habrán contado, dondequiera que vayas tendrás un «amigo» cerca. Y no los subestimes. Los muchachos de la Segunda Directiva están muy bien entrenados... —El agua del retrete dejó de correr y Haydock cambió el tono de voz. El grifo del agua caliente de la ducha es

bastante fiable, pero vibra ruidosamente, como el de nuestro piso...

Abrió el grifo para hacer una demostración y, efectivamente, empezó a vibrar. Ed se preguntó si alguien habría aflojado el soporte de la pared. Probablemente, casi con toda seguridad, el manitas con el que hablaba.

—Perfecto.

—Como ves, tendrás muchas cosas que arreglar. ¡Dúchate con un amigo y ahorra agua! ¿No es eso lo que se dice en California?

Foley se rió por primera vez desde su llegada a Moscú.

—Sí, eso es lo que dicen respondió con la mirada fija en su interlocutor.

Le sorprendía que Haydock se hubiera presentado tan pronto, pero tal vez ser tan evidente era la característica inglesa a la inversa. El espionaje tenía toda clase de reglas y los rusos obedecían las normas. «Por consiguiente —le había dicho Bob Ritter, olvida parte de la normativa. Manténte fiel a tu tapadera y compórtate como un norteamericano bobo e imprevisible, siempre que las circunstancias te lo permitan.» También les había dicho que Nigel Haydock era alguien en quien podían confiar. Era hijo de otro agente del servicio de Inteligencia, a quien el propio Kim Philby había traicionado, uno de los desgraciados que se habían lanzado en paracaídas sobre Albania para caer en manos del KGB, que los estaba esperando. Nigel tenía entonces cinco años, los suficientes para no olvidar nunca lo que era perder a su padre a manos del enemigo. La motivación de Nigel era probablemente tan buena como la de Mary Pat y eso era excelente. Mejor que la suya, reconocería probablemente Ed Foley después de unas copas. Mary Pat detestaba a esos cabrones tanto como Nuestro Señor detesta el pecado. Haydock no era el jefe de la delegación, pero sí el encargado de Operaciones del servicio secreto de Inteligencia en Moscú, y eso era bastante importante. El director de la CIA, el juez Moore, confiaba en los británicos; después de lo de Philby, los había visto recorrer el servicio secreto con un lanzallamas que quemaba más que el cohete volador de James Angleton, y cauterizar todas las fugas posibles. A su vez, Foley confiaba en el juez Moore, como también lo hacía el presidente. Esa era la parte más absurda del espionaje: no se podía confiar en nadie, pero había que confiar en alguien.

Bueno pensó Foley mientras extendía la mano para com probar el agua caliente—, nadie ha dicho que el espionaje debiera tener sentido; al igual que la metafísica clásica, es lo que es.

—¿Cuándo llegan vuestros muebles?

—El contenedor debe de estar ya en un camión en Leningrado. ¿Lo registrarán?

Haydock se encogió de hombros.

—Lo inspeccionan todo respondió antes de bajar el tono de voz—. Nunca se sabe lo meticulosos que pueden ser, Edward. El KGB es una inmensa burocracia que uno no alcanza a comprender hasta que ve cómo funciona aquí. Por ejemplo, los micrófonos de tu piso, ¿cuántos de ellos funcionan? No son British Telecom, ni AT&T. Ésta es en realidad la maldición de este país, que nos beneficia a nosotros, aunque ni siquiera eso es fiable. Cuando alguien te sigue, nunca sabes si se trata de un ex-perto o de algún imbécil que no es siquiera capaz de encontrar el camino del baño. Todos tienen el mismo aspecto y visten del mismo modo. En el fondo, igual que nosotros, pero su burocracia es tan extensa que existen

más probabilidades de que proteja la incompetencia, o tal vez no. Dios sabe que en Century House tenemos nuestra porción de zánganos.

—En Langley lo llamamos la Dirección de Inteligencia —asintió Foley.

—En nuestro caso lo denominamos Palacio de Westminster observó Haydock con su propio prejuicio predilecto—. Creo que ya hemos comprobado bastante la fontanería.

Foley cerró el grifo y ambos regresaron a la sala de estar, donde Penny y Mary Pat entablaban amistad.

—Bien, cariño, tenemos suficiente agua caliente.

—Me alegro —respondió Mary Pat antes de dirigirse de nuevo a su compañera—: ¿Dónde se va aquí de compras?

—Puedo acompañarte si quieres —sonrió Penny Haydock—. Algunas cosas especiales podemos pedirlas en una agencia de Helsinki, la calidad es excelente; cosas como zumos de fruta o conservas inglesas, francesas, alemanas, o incluso norteamericanas. Lo perecedero es de origen finlandés y generalmente de muy buena calidad, especialmente el cordero. ¿No te parece excelente el cordero, Nigel?

—Así es, tan bueno como el neozelandés —reconoció su esposo.

—El bistec deja un poco que desear —dijo Mike Barnes—, pero todas las semanas recibimos toneladas de carne de Omaha y la repartimos entre todos nuestros amigos.

—Es cierto —corroboró Nigel—. Vuestra carne de vaca acecinada es excelente. Me temo que todos nos hemos convertido en adictos.

—Benditas sean las fuerzas aéreas norteamericanas —prosiguió Barnes—. Transportan la carne a todas sus bases de la OTAN y nosotros estamos en su lista de distribución. Llega congelada, no tan buena como cuando se compra fresca en Delmonico's, pero está suficientemente rica para sentir nostalgia. Espero que hayáis traído una barbacoa. Solemos subirlas a la terraza superior del edificio para cocinar al aire libre. Importamos también el carbón vegetal. Parece que los rusos no lo entienden.

El piso no tenía balcones, tal vez para protegerlo del olor a gasoil que impregnaba toda la ciudad.

—¿Y para ir al trabajo? —preguntó Foley.

—Lo mejor es coger el metro. Es realmente estupendo —respondió Barnes.

—¿Y me quedaré yo con el coche? preguntó Mary Pat con una sonrisa esperanzadora.

Todo funcionaba exactamente según lo previsto. Era lo que se esperaba, pero cuando algo salía bien en aquel trabajo no dejaba de ser tan sorprendente como acertar con el regalo de Navidad. Uno siempre esperaba que Papá Noel hubiera recibido la carta, pero nunca podía estar seguro de ello.

—Te conviene aprender a conducir en esta ciudad —dijo Barnes—. Por lo menos tenéis un bonito coche.

El inquilino anterior del piso les había dejado un Mercedes 280 blanco realmente bonito. A decir verdad, incluso era demasiado bonito con sólo cuatro años. Tampoco es que hubiera demasiados coches en Moscú y por su matrícula era evidente que pertenecía a un diplomático norteamericano, por consiguiente de fácil identificación para la policía de tráfico y para el vehículo del KGB que lo seguiría a casi todas partes. Una

vez más, era lo inverso de la reserva inglesa. Mary Pat tendría que aprender a conducir como un residente de Indianápolis en su primer viaje a Nueva York.

—Las calles son anchas y hermosas declaró Barnes—, y hay una gasolinera a sólo tres manzanas de aquí, en esa dirección —señaló—. Es enorme; a los rusos les gustan grandes.

—Estupendo —respondió Mary Pat para complacer a Barnes, adoptando ya su papel de rubia atractiva y superficial.

En todo el mundo se suponía que las mujeres atractivas, y especialmente las rubias, eran tontas. En cualquier caso, era mucho más fácil fingirse estúpido que ser inteligente, salvo para los actores de Hollywood.

—¿Cómo nos las arreglamos para el mantenimiento del coche? preguntó Ed.

Es un Mercedes; no suelen estropearse —aseguró Barnes—. En la embajada alemana hay un individuo que es capaz de reparar cualquier avería. Mantenemos relaciones cordiales con nuestros aliados de la OTAN. ¿Os gusta el fútbol europeo?

—Es un juego de niñas —respondió inmediatamente Ed Folev.

—Eso es bastante grosero por tu parte —replicó Nigel Haydock.

—Yo me quedo con el fútbol americano repuso Foley.

—Es un juego tonto e incivilizado, lleno de violencia y reuniones de jugadores —refunfuñó el británico.

Foley sonrió.

—Comamos un poco.

Todos se sentaron. Los muebles provisionales, que parecían de un motel anónimo de Alabama, eran adecuados. Se podía dormir en la cama y el insecticida probablemente había eliminado todos los insectos. Probablemente...

Los bocadillos no estaban mal. Mary Pat fue a por unos vasos y abrió los grifos...

—No es recomendable, señora Foley aconsejó Nigel—. A algunas personas esa agua les produce trastornos intestinales...

—No lo sabía. Por cierto, Nigel, mi nombre es Mary Pat.

—Bien, Mary Pat —dijo Nigel ahora que habían sido debida mente presentados—, nosotros preferimos beber agua embotellada. El agua del grifo está bien para el baño, o hervida para el té o el café. Todavía es peor en Leningrado. Según dicen, la población local está más o menos inmunizada, pero a los extranjeros puede causarnos trastornos graves.

—¿Qué me dices de las escuelas? —se interesó Mary Pat, preocupada por el tema.

—La escuela angloamericana cuida bien de los niños aseguró Penny Haydock—. Yo trabajo allí a tiempo parcial. Y su programa académico es excelente.

—Eddie ya ha empezado a leer, ¿no es verdad, cariño? —declaró su padre, orgulloso.

—Sólo Peter Rabbit y cosas por el estilo, pero no está mal para tener cuatro años —confirmó la madre, igualmente satisfecha.

Por su parte, Eddie había encontrado la bandeja de los bocadillos y masticaba algo. No era su embutido predilecto, pero cuando un niño tiene

hambre no se anda con remilgos. También había cuatro grandes tarros de mantequilla de cacahuete Skippy's Super Chunk, guardados en lugar seguro. Sus padres suponían que podrían encontrar mermelada de uva en cualquier parte, pero probablemente no Skippy. El pan local era aceptable, según decían todos, aunque no era exactamente el Wonder Bread al que estaban acostumbrados los niños norteamericanos. Mary Pat tenía una máquina de pan que ahora se encontraba en el contenedor con el resto de sus muebles, actualmente en un camión o un tren entre Moscú y Leningrado. Como buena cocinera, era capaz de elaborar un pan excelente y esperaba que eso le sirviera para introducirse en la sociedad de la embajada.

No muy lejos de donde se encontraban, una carta cambió de manos. El portador era de Varsovia y el remitente su gobierno, o mejor dicho, un organismo de su gobierno, e iba dirigida a un organismo del gobierno receptor. Al mensajero no le agradaba en absoluto su misión. A pesar de que era comunista, como debía de serlo para que le confiaran semejante misión, también era polaco, al igual que el sujeto del mensaje y de la misión. Y en eso radicaba el problema.

El mensaje era en realidad una fotocopia del original, entregado en mano a un importante despacho de Varsovia hacía sólo tres días.

El mensajero, un coronel del servicio de Inteligencia de su país, era conocido personal del destinatario, aunque no especialmente por su afecto. Los rusos utilizaban a sus vecinos occidentales para numerosas tareas. Los polacos tenían mucho talento para llevar a cabo operaciones de inteligencia por la misma razón que los israelíes: estaban rodeados de enemigos. Al oeste estaba Alemania y al este la Unión Soviética. Las lamentables circunstancias con ambos países habían inducido a los polacos a utilizar sus hombres más capacitados e inteligentes en el servicio de espionaje.

El destinatario lo sabía perfectamente. En realidad, conocía palabra por palabra el contenido del mensaje. Lo había descubierto el día anterior. Pero tampoco le sorprendía el retraso. El gobierno polaco se había tomado un día para considerar el contenido y su importancia antes de remitirlo y el destinatario no se sentía ofendido. Todos los gobiernos del mundo se tomaban por lo menos un día para analizar ese tipo de cosas. Titubear formaba parte de la naturaleza de hombres en posición de autoridad, a pesar de ser conscientes de que el retraso no era más que una pérdida de tiempo y de energía. Ni siquiera los marxistas-leninistas podían alterar la naturaleza humana. Era triste, pero cierto. El nuevo hombre soviético, al igual que el nuevo hombre polaco, a fin de cuentas seguía siendo un ser humano.

El ballet que interpretaban ahora era tan ligero como cualquiera de los representados por la compañía Kirov en Leningrado. El destinatario incluso creía oír la música. En realidad prefería el jazz occidental a la música clásica, pero en cualquier caso, la música del ballet no era más que el aliño, el medio que indicaba a los bailarines cuándo debían saltar juntos como hermosos perros amaestrados. Las bailarinas eran demasiado delgadas para el gusto ruso, pero las mujeres de verdad pesaban demasiado para que aquellos mariquitas a los que llamaban hombres pudieran

levantarlas.

¿Por qué vagaba su mente? Volvió a sentarse y apoyó lentamente la espalda en el respaldo de cuero de su butaca mientras abría la carta. Estaba escrita en polaco, que él no hablaba ni leía, pero iba acompañada de una traducción literal al ruso. Evidentemente ordenaría que la examinaran sus propios traductores, así como dos o tres psiquiatras que valorarían el estado mental del autor y redactarían su propio análisis de varias páginas, que él debería leer a pesar de la pérdida de tiempo que eso supondría. Luego tendría que redactar un informe con sus conclusiones para sus superiores políticos, o mejor dicho, sus pares, con el fin de que ellos a su vez pudieran perder el tiempo examinando el mensaje y valorando su importancia antes de considerar qué hacer al respecto.

El director se preguntó si aquel coronel polaco se percataba de lo fácil que resultaba para sus propios jefes políticos. A fin de cuentas, lo único que debían hacer era transmitirlo a sus propios amos políticos para que se ocuparan del asunto, pasando el mensaje por el escalafón de responsabilidad como lo hacen todos los funcionarios gubernamentales, independientemente del lugar y de su filosofía. Los vasallos eran vasallos en el mundo entero.

—Camarada coronel —dijo el director después de levantar la mirada—, gracias por traerme esto. Transmita, por favor, mis saludos y mis respetos a su comandante. Puede retirarse.

El coronel dio un taconazo, saludó al curioso estilo polaco, dio media vuelta como si estuviera en un desfile y se dirigió a la puerta.

Yuri Andrópov observó cómo se cerraba la puerta antes de dirigir de nuevo su atención al mensaje y a la traducción adjunta.

—De modo que nos amenazas, ¿eh, Karol? —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza, antes de proseguir tan sosegadamente como antes— Eres valiente, pero tu juicio necesita un ajuste, camarada clérigo.

Levantó de nuevo la mirada y reflexionó. Los cuadros habituales colgaban de las paredes, como en cualquier otro despacho, para evitar la insipidez de la estancia. Dos eran óleos de maestros del Renacimiento, tomados prestados de la colección de algún zar o aristócrata del pasado. El tercero era un retrato de Lenin, en realidad bastante bueno, con su pálida complexión y su frente abovedada conocidas por millones de personas en el mundo entero. Cerca del mismo colgaba una fotografía en color elegantemente enmarcada de Leonid Brézhnev, actual secretario general del partido comunista de la Unión Soviética. La foto mentía: era el retrato de un joven vigoroso, en lugar del viejo y decrépito que encabezaba ahora la mesa del Politburó. Evidentemente, todo el mundo envejecía, pero en la mayoría de los lugares los ancianos abandonaban sus cargos para convertirse en honorables jubilados. Aunque no en este país —pensó Andrópov antes de prestar de nuevo atención a la carta—. Ni ese hombre. Su cargo era también vitalicio.

Sin embargo, amenazaba con cambiar esa parte de la ecuación, pensó el director de la Junta de Seguridad Nacional. Y ahí radicaba el peligro.

¿Peligro?

Las consecuencias eran desconocidas y eso en sí era suficientemente peligroso. Sus colegas del Politburó, ancianos, cautelosos y asustados, lo verían del mismo modo.

Por consiguiente, no bastaba con informar del peligro, sino que debía presentar los medios para atajarlo con eficacia.

Los retratos que deberían haber colgado ahora de sus paredes eran los de dos hombres que habían caído casi en el olvido. Uno de ellos era Félix de Hierro, el propio Dzerzhinskiy, fundador de la Cheka, precursora del KGB. El otro era Iosif Visariónovich Stalin, que en otra época había planteado una cuestión significativa para la situación específica a la que se enfrentaba Andrópov. Había ocurrido en 1944 y ahora era quizá todavía más significativa.

Bueno, eso habría que verlo, y sería él, el propio Andrópov, quien debería tomar dicha determinación. Todas las personas podían desaparecer. La idea debería haberle sorprendido cuando surgió en su mente, pero no lo hizo. Aquel edificio, construido hacía ochenta años como palaciega oficina central de la compañía de seguros Rossiya, había presenciado muchas cosas semejantes y sus ocupantes habían dado órdenes que habían provocado muchísimas muertes adicionales. Solían llevar a cabo ejecuciones en el sótano. Eso había terminado hacía tan sólo unos pocos años, a raíz de la ampliación del KGB hasta ocupar la totalidad de aquella enorme estructura, además de otra semejante en la carretera de circunvalación interior de la ciudad, pero los miembros del equipo de limpieza hablaban a veces de fantasmas que se manifestaban en noches tranquilas, asustando a las viejas limpiadoras con sus cubos, sus escobas y sus pelos de bruja. El gobierno de aquel país no creía en los espíritus ni en los fantasmas, como tampoco en el alma inmortal del hombre, pero erradicar la superstición de los simples campesinos era una labor mucho más ardua que obligar a los intelectuales a sumergirse en los voluminosos escritos de Vladimir Ilich Lenin, Karl Marx o Friedrich Engels, por no mencionar la ampulosa prosa atribuida a Stalin (pero en realidad escrita por un equipo de hombres asustados y aún peor debido a ello), que afortunadamente ya no era muy popular, excepto entre los estudiosos más masoquistas.

No, se dijo Yuri Vladimirovich, hacer creer a la gente en el marxismo no era excesivamente difícil. Para empezar se lo inculcaban en la escuela primaria y en los Jóvenes Pioneros, luego en los institutos, los Komsomolets y la Liga de Jóvenes Comunistas, donde los más listos se convertían en miembros del partido de pleno derecho, con su documento de identidad «junto al corazón», en el bolsillo de sus camisas.

Así aprendían. Los miembros políticamente conscientes profesaban sus creencias en las reuniones del partido, porque debían hacerlo para progresan Asimismo, los cortesanos inteligentes en el Egipto faraónico se postraban y ocultaban la mirada del rostro resplandeciente que podía cegarles; elevaban las manos al faraón, al dios viviente, porque en él radicaban el poder personal y la prosperidad, y obedientemente postrados, negados sus sentidos y su sensibilidad, lograban progresar. Lo mismo ocurría aquí. ¿Habían transcurrido cinco mil años? Podría consultarlo en un libro de historia. En la Unión Soviética había algunos de los historiadores medievalistas más destacados del mundo, e indudablemente también especialistas en historia antigua, porque ésa era una área del saber en la que la política no importaba demasiado. Los hechos del Antiguo Egipto estaban demasiado alejados de la realidad contemporánea para afectar las especulaciones filosóficas de Marx, o las interminables

divagaciones de Lenin. Algunos excelentes intelectuales se especializaban en dicho campo, pero una gran mayoría se dedicaba a la ciencia, porque la ciencia es puramente ciencia y el átomo de hidrógeno es apolítico. No así la agricultura, ni la fabricación. Por consiguiente, los más listos se mantenían alejados de dichas áreas para dedicarse en su lugar a los estudios políticos, donde cabía encontrar el éxito. Era tan innecesario creer en ello como en que Ramsés II era hijo del dios sol, o de cualquier otro dios. En su lugar, según el parecer de Yuri Vladimirovich, los cortesanos veían que Ramsés tenía numerosas esposas y una abundante prole, lo cual en su conjunto no parecía una mala vida para un hombre. Gozaban del equivalente clásico de una casa de campo en las colinas de Lenin y de vacaciones veraniegas en las playas de Sochi. ¿Había cambiado realmente el mundo? Probablemente no, decidió el director del Comité de Seguridad Nacional. Y su trabajo consistía en gran parte en evitar los cambios.

¿Y no era cierto que esa carta implicaba un cambio? Aquella misiva suponía una amenaza y tal vez debería hacer algo al respecto, es decir, hacer algo en relación a su autor.

Había sucedido antes y decidió que podía ocurrir de nuevo. Andrópov no viviría lo suficiente para saber que lo que se proponía activaría el deceso de su propio país.

CAPÍTULO UNO

RUMORES Y SUEÑOS

—¿Cuándo quieres empezar, Jack? preguntó Cathy en el silencio de su cama.

Jack se alegraba de estar en su propia cama. A pesar de las comodidades del hotel de Nueva York, no era lo mismo y, además, estaba harto de su suegro, con su dúplex de Park Avenue y su ingente autosuficiencia. Ciertamente, Joe Muller tenía unos buenos noventa millones en el banco, además de su cartera diversificada, que crecía abundantemente con la nueva presidencia, pero todo tenía un límite.

—Pasado mañana —respondió Jack—. Supongo que iré después del almuerzo, sólo para echar una ojeada.

—Ya deberías estar durmiendo —dijo Cathy.

De vez en cuando, Jack recordaba que estar casado con una doctora tenía sus inconvenientes. Era poco lo que se le podía ocultar. Una cariñosa caricia podía transmitir la temperatura corporal, el ritmo cardíaco y quién sabe qué más. Por otra parte, los médicos ocultaban sus sentimientos sobre lo que averiguaban con la pericia de un jugador de póquer profesional. Bueno, sólo algunas veces.

—Sí, ha sido un día muy largo.

Eran casi las cinco de la tarde en Nueva York, pero su «día» había durado más de las veinticuatro horas habituales. Le convenía aprender a dormir en los aviones. No es que su butaca fuera incómoda. Había utilizado su propia tarjeta American Express para cambiar el billete suministrado por el gobierno por un pasaje de primera clase y pronto

dispondría de suficientes kilómetros de vuelo en su haber para que el cambio fuera automático. Sería estupendo, pensó. Tanto en Heathrow como en Dulles, lo reconocerían al verlo. Al menos ahora disponía de su nuevo pasaporte negro diplomático, que le evitaba las molestias de tener que pasar inspecciones, controles y otras cosas por el estilo. Jack Ryan estaba técnicamente destinado a la embajada estadounidense en Grosvenor Square de Londres, frente a la antigua sede del cuartel general de la segunda guerra mundial de Eisenhower, y la categoría diplomática de su cargo lo convertía en una persona especial, al margen de los inconvenientes del Código Civil. Podía introducir un kilo de heroína de contrabando en Inglaterra sin que nadie pudiera tocar siquiera su equipaje sin su permiso, alegando privilegios diplomáticos y negocios urgentes. Era un secreto a voces que los diplomáticos no pagaban derechos de aduana con determinados artículos, como perfume para sus esposas (u otros más significativos), ni con sus propios licores, pero para la moral católica de Ryan eso no eran pecados mortales, sino veniales; la confusión mental propia de un cerebro fatigado. Cathy no podía en modo alguno permitirse actuar en dicho estado mental. Indudablemente durante su época de internado había hecho interminables guardias con el propósito de acostumbrarse a tomar decisiones correctas en las peores circunstancias, pero a veces su marido se preguntaba cuántos pacientes se habrían sacrificado en el altar del campamento de entrenamiento médico. Si algún día los abogados descubrían cómo sacarle provecho económico...

Cathy, la doctora Caterline Ryan, miembro del Colegio de Cirujanos de Norteamérica, según rezaba en su tarjeta de identificación médica, había superado con esfuerzo aquella fase de su formación, y en más de una ocasión su marido se había preocupado porque regresara a casa con su pequeño Porsche deportivo después de treinta y seis horas seguidas de servicio en obstetricia, pediatría, o cirugía general, campos en los que no estaba particularmente interesada, pero sobre los que debía aprender algo para ser una buena doctora en el Johns Hopkins. El caso es que había aprendido lo suficiente para practicarle los primeros auxilios en el hombro aquella tarde frente al palacio de Buckingham. Jack no había muerto desangrado ante su esposa y su hija, lo cual habría sido bastante ignominioso para todos los presentes, especialmente los británicos. ¿Le habrían nombrado caballero a título póstumo?, se preguntó, reprimiendo una carcajada. Y entonces sus ojos se cerraron finalmente por primera vez en treinta y nueve horas.

—Espero que le guste estar allí —dijo el juez Moore en su reunión vespertina de altos mandos.

—Arthur, nuestros primos saben ser acogedores —señaló James Greer—. Basil debería de ser un buen maestro.

Ritter no dijo nada. Ese aficionado de Ryan había obtenido mucha publicidad, demasiada para un empleado de la CIA, especialmente tratándose de un funcionario de la Subdirección de Inteligencia. Desde el punto de vista de Ritter, la Subdirección de Inteligencia era la cola que meneaba el perro de la Subdirección de Operaciones. Sin duda, Jim Greer era un espía excelente y un buen compañero de trabajo, pero no era un espía de campo y contrariamente a la opinión del Congreso, eso era lo que el cuerpo necesitaba. Por lo menos Arthur Moore así lo entendía. Pero bastaba con pronunciar la frase «agente de campo del servicio de

Inteligencia» en el Capitolio para que los diputados responsables de los nombramientos se asustaran y retrocedieran como Drácula ante un crucifijo. Entonces era el momento de hablar.

—¿Qué suponéis que le permitirán saber? —pensó en voz alta el subdirector de Operaciones.

—Basil lo considerará como mi representante personal —respondió el juez Moore después de reflexionar unos instantes—. Compartirán con él todo lo que comparten con nosotros.

—Lo absorberán, Arthur —advirtió Ritter—. Ryan sabe cosas que ellos desconocen; intentarán sonsacárselas y él no sabrá cómo defenderse.

—Bob, le he dado personalmente instrucciones al respecto —declaró Greer.

El subdirector de Operaciones ya lo sabía, pero tenía una habilidad especial para ponerse de mal humor cuando no se salía con la suya. Greer se preguntó cómo debía haber sido la madre de Bob.

—No subestimes a ese chico, Bob. Es listo. Te apuesto una cena de filete de ternera a que les saca más a los británicos que ellos a él.

—Hecho —refunfuñó el subdirector de Operaciones. —En Snyder's —agregó el subdirector de Inteligencia. Snyder's era el restaurante especializado en carne predilecto de ambos ejecutivos; estaba situado en Georgetown, al cruzar el puente de Key.

El juez Arthur Moore, director de la CIA, observaba divertido el debate. Greer sabía cómo provocar a Ritter y de algún modo Bob nunca había aprendido a defenderse. Tal vez era el acento del sureste con el que hablaba Greer. Los tejanos como Bob Ritter y como el propio Arthur Moore se consideraban superiores a cualquiera que tuviera un acento nasal, especialmente ante una baraja de cartas o una botella de bourbon. El juez creía estar por encima de esas cosas, pero le divertía observarlas.

De acuerdo, una cena en Snyder's —concedió Ritter tendiéndole la mano a su colega.

Había llegado el momento de que el director tomara de nuevo las riendas de la reunión.

Ahora que este asunto está resuelto, caballeros, el presidente quiere que le informe de lo que ocurre en Polonia.

Ritter no se precipitó. Tenía un buen jefe de delegación en Varsovia, pero sólo disponía de tres agentes de campo en su departamento y uno de ellos era un novato. Disponían, sin embargo, de un excelente agente infiltrado en la jerarquía política del gobierno de Varsovia y varios en las fuerzas armadas.

—No lo saben, Arthur. Día tras día danzan alrededor de eso llamado Solidaridad —respondió el subdirector de Operaciones—. Y la música va cambiando.

—A fin de cuentas, Arthur, harán lo que les ordene Moscú —confirmó Greer—. Y Moscú tampoco lo sabe.

Moore se quitó las gafas que usaba para leer y se frotó los ojos.

—Sí. No saben qué hacer cuando alguien los desafía abiertamente. Joe Stalin no habría dejado títere con cabeza, pero gracias a Dios, el equipo actual no tiene agallas para eso.

—Las normas colegiales fomentan la cobardía y Brézhnev carece de dotes de liderazgo. Por lo que he oído, necesita compañía hasta para ir al retrete.

Esa afirmación era algo exagerada, pero a Ritter le gustaba que la dirección soviética se ablandara.

—¿Qué nos cuenta Cardenal?

Moore se refería a su principal agente residente en el Kremlin, que era el secretario personal del ministro de Defensa, Dmitri Fiódorovich Ustínov. Su nombre era Mijáil Semyonovich Filitov, pero todos, salvo algunos hombres pertenecientes al personal activo de la CIA, lo conocían como Cardenal.

—Dice que Ustínov no confía en que salga nada útil del Politburó hasta que dispongan de un jefe capaz de liderar. Leonid es cada vez más lento. Todo el mundo lo sabe, hasta la gente de la calle. No se pueden disimular las imágenes de televisión.

—¿Cuánto creéis que le queda?

Todos se encogieron de hombros, hasta que Greer se decidió a responder.

—Los médicos con los que he hablado dicen que podría desplomarse mañana, o aguantar otro par de años. Detectan una forma leve de la enfermedad de Alzheimer, pero sólo leve. Creen que padece una miopatía cardiovascular progresiva, exacerbada probablemente por un alcoholismo incipiente.

—Todos tienen ese problema observó Ritter—. Por cierto, Cardenal confirma lo del problema cardíaco, así como lo del vodka. Además, el hígado es importante y el estado del suyo probablemente no es óptimo —agregó, minimizando la gravedad del problema.

—Pero es tan poco probable que un ruso deje de beber; como que un oso pardo deje de defecar en el bosque —añadió Moore. Si algo acaba por derrocar a esos individuos, será su incapacidad para manejar una transición ordenada del poder.

—Válgame Dios, su señoría —exclamó Bob Ritter con una pícara sonrisa—. Supongo que no disponen de suficientes abogados. Tal vez podríamos mandarles cien mil de los nuestros.

—No son tan estúpidos. Sería preferible lanzarles unos cuantos misiles Poseidón; causarían menos daño a su sociedad —dijo el subdirector de Inteligencia.

¿Por qué menospreciará la gente mi honorable profesión? —se preguntó Moore con la mirada en el techo. Si alguien lo gra salvar su sistema, caballeros, tendrá que ser un abogado.

—¿Tú crees, Arthur? —preguntó Greer.

—Una sociedad no puede ser racional sin que impere la ley, y la ley no puede imperar sin abogados que la administren —respondió Moore en su calidad de ex magistrado en jefe del Tribunal Estatal de Apelaciones de Texas—. Todavía no disponen de esas normas, no cuando el Politburó puede ordenar la ejecución de cualquiera sin el menor asomo de un proceso de apelación. Debe de ser como vivir en el infierno. Uno no puede depender de nada. Es como Roma bajo el mandato de Calígula: cuando se le ocurría una idea, tenía la fuerza de la ley. Maldita sea, incluso Roma tenía algunas leyes que los emperadores debían obedecer, pero no nuestros amigos rusos.

Los demás no alcanzaban realmente a apreciar lo mucho que ese concepto horrorizaba a su director. En otra época había sido el mejor abogado penalista, en un Estado que se distinguía por su comunidad

judicial, para convertirse luego en un erudito juez, rodeado de hombres justos y reflexivos. La mayoría de los norteamericanos estaban tan acostumbrados al imperio de la ley como a los treinta metros entre bases en el diamante del béisbol. Para Ritter y Greer era algo más importante, ya que antes de su carrera jurídica, Arthur Moore había sido un excelente espía de campo.

—¿Entonces qué diablos le cuento al presidente?

La verdad —sugirió Greer No lo sabemos, porque ellos tampoco lo saben.

Eso era lo único racional y sincero que podía decir; evidentemente, pero...

¡Maldita sea, Jim, nos pagan para que lo sepamos! —Depende de lo amenazados que se sientan los rusos. Para ellos Polonia es un Estado vasallo que salta cuando se lo ordenan —dijo Greer—. Los rusos pueden controlar lo que su propio pueblo ve por televisión y lo que lee en el Pravda...

—Pero no pueden controlar los rumores que se filtran por la frontera —agregó Ritter—, ni lo que cuentan los soldados cuando regresan de su servicio militar en Alemania, Checoslovaquia, o Hungría, o lo que oyen por la Voz de América o Radio Europa Libre.

La CIA controlaba directamente la primera de dichas emisoras, y aunque la segunda teóricamente era casi independiente, nadie creía en dicha fantasía. El propio Ritter influía enormemente en ambos brazos propagandísticos del gobierno norteamericano. Los rusos comprendían y respetaban la buena propaganda política.

—¿Hasta qué punto creéis que se sienten presionados? —reflexionó Moore en voz alta.

—Hace sólo dos o tres años creían estar en la cresta de la ola —declaró Greer—. Nuestra economía era un desastre debido a la inflación, el problema de Irán y los gasoductos. Acababan de lograr que Nicaragua cayera en su regazo. Nuestra moral nacional era baja y...

—Gracias a Dios eso está cambiando —lo interrumpió Moore—. ¿Acabará por invertirse plenamente la situación? preguntó.

Eso era pedir demasiado, pero en el fondo Arthur Moore era un optimista, ¿cómo si no podía ser director de la CIA?

Avanzamos en esa dirección, Arthur —respondió Ritter—. Tardan en asimilarlo; no se caracterizan por su agilidad mental. Esa es su mayor debilidad. Los peces gordos están tan atrapados por su propia ideología, que son incapaces de ver más allá. Podemos hacerles daño a esos cabrones, mucho daño, si logramos analizar a fondo sus debilidades y encontramos una forma de explotarlas.

—¿Lo crees realmente, Bob? preguntó el subdirector de Inteligencia.

—¡No lo creo, lo sé! —afirmó el subdirector de Operaciones. Son vulnerables, y lo mejor del caso es que todavía no lo saben. Ha llegado el momento de actuar. Tenemos un presidente que apoyará nuestro juego si proponemos algo suficientemente bueno para que él invierta su capital político. El Congreso le tiene tanto miedo que no se interpondrá en su camino.

—Robert, tengo la sensación de que estás tramando algo —dijo el director.

Ritter reflexionó unos instantes antes de responder.

—Sí, Arthur, estás en lo cierto. Lo vengo pensando desde hace once años, desde que me retiraron del campo, pero no he puesto una palabra por escrito.

No tuvo que explicar por qué. El Congreso podía ordenar la presentación de cualquier documento del edificio, o casi cualquier documento, pero no lo que alguien guardara en su memoria. Sin embargo, tal vez había llegado el momento de ponerlo por escrito.

—¿Qué es lo que más anhelan los soviéticos? —preguntó Ritter.

—Derrocarnos —fue la respuesta de Moore, para la que no se precisaba exactamente el intelecto de un Nobel.

—Bien, ¿y qué es lo que más anhelamos nosotros?

—No se nos permite pensar en esos términos —respondió ahora Greer. Queremos encontrar una forma compatible de vivir con ellos.

En cualquier caso, eso era lo que decía el NewYork Times, ¿y acaso no era ésa la voz del pueblo?

—De acuerdo, Bob, suéltalo ya.

—¿Cómo los atacamos? —preguntó Ritter—. Y me refiero a cómo aplastamos a esos cabrones en su propio país, ¿cómo podemos hacerles daño?

—¿Hablas de derrocarlos? puntualizó Moore.

—¿Por qué no? —dijo Ritter.

—¿Es eso posible? —preguntó el director; interesado en la idea de Ritter.

—¿Si ellos pueden apuntarnos con su gran cañón, Arthur, por qué no podemos hacerles lo mismo nosotros? —respondió ahora decididamente Ritter. Mandan dinero a grupos políticos en nuestro país con la intención de dificultar nuestro proceso político. Organizan manifestaciones antinucleares por toda Europa, reclamando la eliminación de nuestro escenario nuclear bélico, mientras ellos reconstruyen el suyo. Ni siquiera podemos filtrar lo que sabemos a los medios de comunicación...

—Y silo hiciéramos, no lo publicarían —observó Moore.

Después de todo, a los medios de comunicación tampoco les gustaban las armas nucleares, pero estaban dispuestos a tolerar el armamento soviético porque, por una u otra razón, no era de sestabilizador. Se temía que lo que Ritter realmente pretendía era comprobar si los soviéticos tenían influencia en los medios de comunicación norteamericanos. Pero semejante investigación sólo daría un fruto envenenado. Los medios de comunicación se aferraban a la visión de su propia integridad y su propio equilibrio, como un avaro a su tesoro. Pero a pesar de no disponer de pruebas, sabían que el KGB ejercía cierta influencia en los medios de comunicación norteamericanos, porque era muy fácil de establecer y ejercer. Bastaba con darles coba, hacerlos partícipes de supuestos secretos y convertirse luego en una fuente de confianza. ¿Pero eran los soviéticos conscientes de lo peligroso que era dicho juego? Los medios informativos norteamericanos tenían ciertos principios básicos, y manipularlos equivalía a jugar con una bomba de relojería. Un error podía pagarse muy caro. Ninguno de los ocupantes del séptimo piso se engañaba respecto al ingenio del servicio de Inteligencia ruso. Ciertamente disponía de personal muy hábil y concienzudamente formado, pero el KGB tenía también sus debilidades. Al igual que la sociedad a la

que servía, el KGB aplicaba un filtro político a la realidad y en gran parte hacía caso omiso de la información que no encajaba en sus marcos. De ahí que, después de meses o incluso años de meticulosa planificación y preparación, a menudo fracasaran algunas de sus operaciones, porque sus agentes decidían que la vida en el país enemigo no era tan mala como les habían dado a entender. La cura para la mentira era siempre la verdad. Tenía la capacidad de darle a uno un bofetón, que cuanto más lista era la víctima más le dolía.

—Eso no tiene importancia —repuso Ritter, sorprendiendo a sus dos colegas.

—De acuerdo, sigue —ordenó Moore.

Lo que debemos hacer es examinar sus debilidades y atacarlas, con el propósito de desestabilizar su país.

—Eso es mucho pedir, Robert —observó Moore.

¿Has tomado la píldora de la ambición, Robert? —preguntó Greer, intrigado a pesar de todo—. Nuestros amos políticos se asustarán ante un objetivo tan amplio.

Lo sé —respondió Ritter con las manos en alto—. No, claro, no debemos hacerles daño; podrían atacarnos con armas nucleares. Dios santo, es mucho más improbable que nos ataquen ellos a nosotros, que nosotros a ellos. Nosotros inspiramos mucho más miedo a la gente que ellos. Maldita sea, lo que les preocupa es Polonia. ¿Por qué? Porque en Polonia se ha originado una epidemia que podría contagiar a su propia población. Se denomina «nuevas expectativas», y nuevas expectativas es precisamente lo que no pueden ofrecer. Su economía está tan estancada como el agua de un charco. Si les damos un ligero empujón...

—«Basta con derribar la puerta para que la estructura podrida se derrumbe por completo» —citó Moore—. Eso fue lo que dijo Adolf, pero le esperaba una desagradable sorpresa cuando empezó a caer la nieve.

—Era un imbécil que no había leído a Maquiavelo —replicó Ritter—. Primero se los conquista, luego se los asesina. ¿Para qué advertírselo con antelación?

—Nuestros adversarios actuales podrían haberle dado un par de lecciones al viejo Niccoló —reconoció Greer—. Bien, Bob, ¿qué es exactamente lo que propones?

—Una exploración sistemática de las debilidades soviéticas, susceptibles de explotación. En otras palabras, investigar la estructura posible de un plan que cause graves molestias a nuestro enemigo.

—Maldita sea, eso es algo que deberíamos hacer permanentemente —asintió inmediatamente Moore—. ¿James?

—No tengo ningún inconveniente. Puedo reunir un equipo en mi departamento para que elaboren algunas ideas.

—No los imputados habituales —protestó el subdirector de Operaciones—. Nunca obtendremos nada útil del equipo de costumbre. Ha llegado el momento de ampliar nuestros horizontes.

Greer reflexionó unos instantes antes de asentir.

—De acuerdo, yo los elegiré. Proyecto especial. ¿Le ponemos un nombre?

—¿Qué os parece «Infección»? —preguntó Ritter.

—¿Y si se convierte en una operación lo denominamos «Plaga»? —sugirió el subdirector de Inteligencia con una carcajada. Moore también se

rió.

—No, ya lo tengo: «La máscara de la muerte roja.» Poe me parece muy apropiado.

—Eso supone que la Subdirección de Operaciones se antepone a la Subdirección de Inteligencia, ¿no es cierto? —reflexionó Greer en voz alta.

No era todavía un proyecto concreto, sólo un interesante ejercicio intelectual, al igual que un comerciante podía examinar los puntos fuertes y los débiles de una empresa susceptible de ser absorbida... y luego, si las circunstancias lo justificaban, desarticularla. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas era el centro de su mundo profesional, al igual que Bobby Lee con respecto al ejército del Potomac, o los Yankees de Nueva York con respecto a los Red Sox de Boston. Derrotarlos, por muy atractivo que resultara el sueño, no era más que eso, un sueño.

No obstante, el juez Arthur Moore aprobaba esa forma de pensar. Si las expectativas del hombre no excedían sus límites, ¿para qué diablos servía el cielo?

Eran casi las once de la noche, hora de Moscú. Andrópov saboreaba un cigarrillo, un Marlboro norteamericano, acompañado de una copa de vodka de la selecta marca Starka, de un color castaño parecido al del bourbon norteamericano. En el tocadiscos había otro producto norteamericano, un disco de Louis Armstrong, que interpretaba con su trompeta un excelente jazz de Nueva Orleans. Al igual que muchos rusos, el director del KGB consideraba a los negros como poco más que simios caníbales, pero los que vivían en Norteamérica habían inventado su propia forma de arte excelente. Sabía que debería ser un devoto de Borodín, o de algún otro compositor clásico ruso, pero había algo en la vitalidad del jazz norteamericano que hacía sonar una especie de campanilla en su mente.

Sin embargo, la música era una mera ayuda para el pensamiento. Yuri Vladimirovich Andrópov tenía unas gruesas cejas sobre sus ojos castaños y una protuberante mandíbula sugerente de otro origen étnico, pero su mente era enteramente rusa, lo que significaba parte bizantina, parte tártara, parte mongólica y, en general, centrada en la persecución de sus propios fines. Muchos eran sus objetivos, pero por encima de todo lo demás, quería ser el líder de su país. Alguien debía salvarlo y sabía exactamente lo mucho que lo necesitaba. Una de las ventajas de ser el director del Comité de Seguridad Nacional era que había muy pocos secretos para él en una sociedad repleta de mentiras, donde el engaño era la más excelsa forma de arte. Esto era especialmente cierto en la economía soviética. La estructura jerárquica de aquel flácido coloso implicaba que cada fábrica y cada director industrial tenían un objetivo de producción que debían alcanzar. Los objetivos podían ser o no realistas. Eso no importaba; lo que realmente importaba era que su cumplimiento era draconiano. Evidentemente no tanto como en otra época. En las décadas de 1930 y 1940, no alcanzar la meta establecida en el Plan podía significar la muerte inmediata, porque los que no cumplían con los objetivos del Plan eran «destructores», saboteadores, enemigos del Estado, traidores en una nación donde la traición era el peor de los delitos y merecía, por consiguiente, el peor de los castigos, que habitualmente consistía en recibir un impacto de bala del calibre cuarenta y cuatro, de

uno de los viejos revólveres Smith & Wesson comprados por los zares en Norteamérica.

Así pues, los directores de las fábricas habían aprendido que, si no lograban alcanzar los objetivos del Plan en la realidad, debían hacerlo sobre el papel, con el fin de prolongar tanto su propia vida como las ventajas del cargo que ocupaban. La veracidad de su fracaso se perdía habitualmente en la ingente burocracia heredada de los zares y ampliada posteriormente bajo el marxismoleninismo. Andrópov sabía que dicha tendencia era también muy común en su propio organismo. Podía dar órdenes, incluso a voces, pero eso no significaba que se obtuviera realmente ningún resultado tangible. A veces efectivamente ocurría, últimamente con bastante frecuencia, porque Yuri Vladimirovich tomaba personalmente sus propias notas y al cabo de unos días se preocupaba de seguir el caso. De ese modo, su organización aprendía gradualmente a cambiar.

Pero no cambiaba el hecho de que la ofuscación era el velo incluso de su estilo de crueldad. Ni siquiera Stalin, de haber resucitado —cosa que nadie deseaba—, podría haberlo cambiado. La ofuscación institucional había crecido hasta alcanzar la cumbre de la jerarquía del partido. El Politburó no era más decisivo que la dirección de la granja estatal Sunrise. Nadie había aprendido el arte de la eficacia, observó Andrópov en su ascenso por el escalafón, y en consecuencia muchas cosas se resolvían con un guiño, dando a entender que en realidad nada era tan importante.

Y dado que en efecto el progreso era tan escaso, dependía de él y del KGB corregir los errores cometidos. Si los órganos del Estado eran incapaces de suministrar lo que el Estado necesitaba, el KGB debía robárselo a quienes lo poseyeran. La organización de espionaje de Andrópov y su organismo hermano, el servicio de Inteligencia militar soviético, robaban toda clase de diseños bélicos de Occidente. Eran tan eficaces, refunfuñó para sus adentros, que a veces los pilotos soviéticos morían a causa de los mismos defectos de diseño que años antes habían causado la muerte de diversos pilotos norteamericanos.

Y ése era el problema. Por muy eficaz que fuera el KGB, su mayor éxito sólo podía garantizar que las fuerzas armadas de su país, en el mejor de los casos, estuvieran cinco años por detrás de las occidentales. Y una de las cosas que ni él ni sus agentes podían robarle a Occidente era el control de calidad indispensable para la fabricación de armamento avanzado. ¿Cuántas veces su personal había obtenido diseños de Norteamérica y otros lugares, para comprobar luego que su país era incapaz de reproducirlos?

Eso era lo que debía resolver. En comparación, las hazañas míticas de Hércules parecían insignificantes, se dijo Andrópov mientras apagaba su cigarrillo. ¿Transformar su país? En la plaza Roja conservaban la momia de Lenin como una especie de dios comunista, la reliquia de un hombre que había transformado Rusia de Estado monárquico atrasado a... Estado socialista atrasado. El gobierno de Moscú manifestaba su desdén por los países que intentaban combinar el socialismo con el capitalismo, salvo en un aspecto: el KGB también intentaba robar sus conocimientos. Occidente raramente derramaba sangre, ni desperdiciaba esfuerzos en investigar el armamento soviético, salvo con el propósito de averiguar sus defectos. Los servicios occidentales de Inteligencia se esforzaron por asustar a sus

respectivos gobiernos, proclamando que las nuevas armas soviéticas eran instrumentos de destrucción satánicos, pero luego descubrieron que el tigre soviético llevaba botas de plomo y era incapaz de atrapar un ciervo, por muy feroces que parecieran sus fauces. Todas las ideas originales que se les ocurrieron a los científicos rusos, que no fueron pocas, fueron robadas sistemáticamente por Occidente y convertidas en instrumentos que funcionaban realmente.

Los centros de diseño hacían sus promesas a las fuerzas armadas y al Politburó. Les aseguraban que sus nuevos sistemas mejorarían, aumentando un poco la financiación... Entretanto, el nuevo presidente norteamericano hacía lo que no habían hecho sus predecesores: alimentar su tigre. El monstruo industrial norteamericano comía carne cruda y fabricaba en grandes cantidades las armas perfeccionadas durante la década anterior. Según los informes de sus agentes, la moral de las fuerzas armadas norteamericanas aumentaba por primera vez en una generación. El ejército en particular había intensificado su entrenamiento y su nuevo armamento...

Sin embargo, el Politburó no lo creía cuando se lo contaba. Sus miembros eran demasiado insulares, no estaban familiarizados con el mundo real situado más allá de las fronteras soviéticas. Suponían que el resto del mundo era más o menos igual que el suyo, como lo describían las teorías políticas de Lenin, ¡redactadas hacía sesenta años! Yuri Vladimirovich se enfurecía en silencio. Había gastado enormes cantidades de dinero para averiguar lo que ocurría en el mundo, disponía de los datos procesados por treinta y un expertos cualificados de alto nivel, presentaba excelentes informes a los ancianos sentados alrededor de la mesa de roble y, a pesar de todo, ¡no lo escuchaban! Y luego estaba el problema vigente.

Así es como empezará, se dijo a sí mismo mientras tomaba otro trago de Starka. Bastaba con una persona, si era la adecuada. Ser la persona adecuada significaba que la gente la escuchaba, prestaba atención a sus palabras y a sus obras. Y algunas personas recibían esa clase de atención.

Y ésas eran a las que uno debía temer...

Karol, Karol, ¿por qué tienes que crearnos todos esos problemas?

E indudablemente habría problemas si cumplía su amenaza. La carta que había mandado a Varsovia no era sólo para los lacayos polacos, debía ser perfectamente consciente de su último destino. No era ningún imbécil. En realidad, era tan astuto como cualquiera de los grandes políticos que había conocido a lo largo de su vida. Un clérigo católico en un país comunista no habría llegado a la cima de la mayor Iglesia del mundo, no se habría convertido en su secretario general sin saber cómo manipular los resortes del poder. Pero su cargo tenía casi dos mil años de antigüedad, si uno creía en todas esas bobadas... bueno, tal vez. ¿No era la edad de la Iglesia romana un dato objetivo? Los hechos históricos eran hechos históricos, pero eso no concedía mayor validez a sus creencias que la atribuida por Marx, o la que para ser más precisos dejaba de atribuirle. Yuri Vladimirovich nunca había considerado que creer en Dios tuviera más sentido que creer en Marx y Engels. Pero sabía que todo el mundo debía creer en algo, no porque fuera cierto, sino porque ese algo en sí era una fuente de poder. La gente corriente, la que necesitaba que le dijeran lo que debía hacer, precisaba creer en algo superior a sí misma. Los pueblos

primitivos que vivían en las pocas junglas que quedaban en el mundo todavía oían en los truenos la voz de algún ser viviente y no sólo el choque de aire frío y aire caliente. ¿Por qué? Porque sabían que eran seres débiles en un mundo fuerte y creían poder influir en las deidades que los controlaban con el sacrificio de cerdos, o incluso de niños, y los que tenían dicha influencia adquirían el poder de modelar su sociedad. El poder era su propia divisa. Algunos grandes hombres lo utilizaban para obtener comodidades, o mujeres, como había hecho uno de sus propios predecesores en el KGB, en realidad chicas jóvenes, pero Yuri Vladimirovich no compartía ese vicio en particular. Le bastaba con tener el poder. Un hombre podía deleitarse en el mismo como un gato frente a la hoguera, con el simple placer que aportaba tenerlo a mano, consciente de su autoridad para mandar sobre los demás, sentenciar a muerte u otorgar comodidades a quienes lo servían y lo complacían con su obediencia y su saber lisonjero de que lo reconocían como a un ser superior.

Pero eso no era todo, evidentemente. Uno debía hacer algo con dicho poder. Había que dejar huellas en las arenas del tiempo. Buenas o malas, eso importaba poco; sólo debían ser lo suficientemente grandes para llamar la atención. En este caso, el país entero necesitaba su dirección, porque de todos los miembros del Politburó, él era el único capaz de ver lo que se debía hacer. Sólo él podía marcar el rumbo que su patria precisaba seguir. Y si lo hacía correctamente, se le recordaría. Sabía que algún día su vida acabaría. En su caso, debido a una enfermedad hepática. Debería abstenerse de beber vodka, pero con el poder uno gozaba también del derecho absoluto de elegir su propio camino. Nadie podía decirle lo que debía hacer. Su inteligencia latente sabía que eso no era lo más sensato, pero los grandes hombres no escuchaban a la gente inferior y Andrópov se consideraba el mejor entre los mejores. ¿No era su fuerza de voluntad suficientemente poderosa para definir el mundo en el que vivía? Claro que lo era y, por tanto, solía tomar un par de copas, a veces tres, por la noche. Algunas más en las cenas oficiales. Su país había superado desde hacía tiempo el sistema de gobierno de una sola persona, concluido hacía treinta años con la muerte de Koba, Iosif Visariónovich Stalin, cuyo despiadado gobierno habría hecho estremecer en su tumba a Iván el Terrible. Esa clase de poder era demasiado peligrosa, tanto para el gobernante como para los gobernados. Stalin había tenido tantos errores como aciertos, y por útiles que hubieran sido los segundos, los primeros casi habían condenado a la Unión Soviética a sufrir un retraso perpetuo y, en realidad, al crear la burocracia más formidable del mundo, había sacrificado en gran parte el progreso de su país.

Pero el hombre adecuado podría liderar y dirigir a sus colegas políticos del Politburó en la dirección correcta y luego, ayudando a seleccionar los nuevos miembros, alcanzar las metas necesarias mediante la influencia en lugar del terror. Tal vez entonces lograra que su país volviera a avanzar, conservando el control único que toda nación necesitaba, pero agregando la flexibilidad igualmente necesaria para que ocurriera algo nuevo, alcanzar el auténtico comunismo, vislumbrar el radiante futuro que según los escritos de Lenin esperaba a los fieles.

Andrópov no alcanzaba a ver la contradicción en su propia mente. Como tantos grandes hombres, estaba ciego ante todo lo que entraba en conflicto con su descomunal ego.

Además, todo se reducía finalmente a Karol y al peligro que planteaba.

Tomó nota mentalmente para la reunión matutina del personal. Debía explorar las posibilidades existentes. El Politburó reflexionaría en voz alta sobre cómo ocuparse del problema planteado por la carta de Varsovia y las miradas se dirigirían a él, con la expectativa de que tuviera algo que decir. La clave consistiría en encontrar algo que no espantara a sus colegas de mentalidad conservadora. Eran muy asustadizos, a pesar de su supuesto poder.

Leía muchos informes de sus agentes de campo, los talentosos espías del Primer Directorio, que exploraban los pensamientos de sus homólogos. Resultaba curioso pensar cuánto miedo había en el mundo y que los más miedosos fueran a menudo los que tenían el poder en sus manos.

Andrópov vació su copa y decidió no beber más antes de acostarse. La razón de su miedo era que les preocupaba no tener poder. No eran fuertes. Estaban supeditados a sus esposas, al igual que los obreros y los campesinos. Temían perder lo que con tanta avaricia acumulaban, y utilizaban su poder en causas deshonrosas, destinadas a aplastar a quienes podrían apoderarse de sus pertenencias. Incluso Stalin, el mayor de los déspotas, había usado principalmente su poder para deshacerse de aquellos que pudieran usurparle el trono. Y, por consiguiente, el gran Koba había desperdiciado su energía no mirando hacia adelante ni hacia afuera, sino hacia abajo. Era como una mujer en la cocina que temiera la presencia de ratones bajo su falda, en lugar de un hombre con el poder y la voluntad de matar a un tigre que le atacara.

¿Pero podría haber sido diferente? ¡Sí! Podría haber mirado hacia adelante, ver el futuro y fijar un rumbo. Podría haber comunicado su visión a sus subordinados en la mesa del Kremlin y haberlos dirigido con la fuerza de su voluntad. Podría haber encontrado y reenfocado la visión de Lenin y de todos los demás pensadores de la filosofía reinante en su país. Podría haber variado el rumbo de su nación y ser recordado para siempre como un gran hombre...

Pero en primer lugar, aquí y ahora, debía ocuparse de Karol y de su molesta amenaza a la Unión Soviética.

CAPÍTULO DOS

VISIONES Y HORIZONTES

A Cathy casi le entró el pánico ante la perspectiva de conducir hasta la estación de ferrocarril. Al ver que su marido se dirigía a la parte izquierda del coche supuso, como lo haría cualquier norteamericano, que se disponía a conducir, y le sorprendió visiblemente comprobar que le lanzaba las llaves.

Descubrió que los pedales estaban en el mismo lugar que en los coches norteamericanos, porque la gente en todo el mundo utilizaba el pie

derecho del mismo modo, aunque en Inglaterra condujeran por la izquierda. La palanca de cambios se encontraba en el centro y por consiguiente debía utilizar la mano izquierda para cambiar las velocidades. Salir marcha atrás del camino adoquinado no fue muy diferente de lo habitual. Ambos se preguntaron inmediatamente si sería igualmente difícil para los británicos conducir por la derecha cuando llegaban a Norteamérica o se trasladaban a Francia en el transbordador. Jack decidió que algún día se lo preguntaría a alguien entre copa y copa.

—No lo olvides, la izquierda es la derecha, la derecha es la izquierda y debes conducir por el lado equivocado de la carretera.

—De acuerdo —respondió ella, enojada.

Sabía que debería aprenderlo y la parte racional de su cerebro era consciente de que aquél era tan buen momento como cualquier otro, aunque la había pillado de improviso, como un guerrillero saliendo de su escondite. Al salir de su pequeña urbanización pasaron frente a un edificio de una sola planta, que parecía la consulta de un médico, y luego junto a un parque con columpios, que era lo que había convencido a Jack para elegir aquella casa en particular. A Sally le gustaban los columpios y sin duda allí haría nuevos amigos. Y el pequeño Jack podría tomar el sol, por lo menos en verano.

—A la izquierda, cariño. Aquí girar a la izquierda es como girar a la derecha, no cruzas el tráfico.

—Lo sé —respondió la doctora Caterline Ryan, al tiempo que se preguntaba por qué Jack no habría llamado un taxi.

Le quedaba un montón de trabajo por hacer en la casa y no necesitaba una clase de conducción. Por lo menos, el coche parecía ágil, pensó, ya que al apretar el pedal aceleró de pronto, aunque no como su antiguo Porsche.

—Al final de la cuesta gira a la derecha.

Bien, parecía sencillo. Debería encontrar el camino de regreso a su casa y detestaba pedir indicaciones. Eso era consecuencia de su trabajo como cirujana, tan dueña de su mundo como un piloto de caza en su cabina de mando. Además, como cirujana no podía caer presa del pánico.

—Aquí, a la derecha —dijo Jack—. No olvides el tráfico en dirección contraria.

No circulaba ningún otro coche en aquel momento, pero la situación cambiaría, probablemente en el momento en que Jack se apeara del vehículo. No le envidiaba a su esposa que tuviera que aprender a circular sola por la ciudad, pero la forma más segura de aprender a nadar consistía en tirarse al agua, siempre y cuando uno no se ahogara. No obstante, los británicos eran gente hospitalaria y si era preciso probablemente algún conductor local le indicaría el camino hasta su casa.

La estación, tan impresionante como un puente ferroviario del Bronx, era un edificio de piedra de dimensiones bastante reducidas, con escaleras fijas o mecánicas que conducían a los andenes subterráneos. Ryan compró su billete al contado, pero vio un cartel donde se anunciaban abonos para desplazamientos diarios. Adquirió un ejemplar del Daily Telegraph, que para la población local indicaría que era una persona de tendencia conservadora. Los más liberales elegían The Guardian. Decidió pasar por alto la prensa sensacionalista, con mujeres desnudas en el interior. Menudo espectáculo justo después del desayuno.

Tuvo que esperar unos diez minutos la llegada del tren, que entró con escaso ruido en la estación; era una mezcla entre un tren eléctrico interurbano de Norteamérica y un convoy de metro. Tenía un billete de primera clase, lo cual le permitió acceder a un pequeño compartimento. Las ventanas subían y bajaban con una correa y la puerta que se abría hacia afuera daba acceso directo al andén, sin tener que caminar por ningún pasillo. Hechos esos descubrimientos, Ryan se sentó y empezó a examinar la portada del periódico. Al igual que en Norteamérica, la política local ocupaba aproximadamente la mitad del espacio y Ryan se centró en dos artículos con la idea de familiarizarse con las costumbres y los intereses del país. Según el horario, tardaría unos cuarenta minutos en llegar a la estación de Victoria. No estaba mal y, por lo que Dan Murray le había contado, era mucho mejor que ir en coche. Además, aparcar un vehículo en Londres era incluso más difícil que en Nueva York, aparte de que había que hacerlo en el lado equivocado de la calle.

El viaje resultó agradable. Los trenes pertenecían evidentemente a un monopolio estatal y alguien gastaba dinero en el tendido ferroviario. El revisor le pidió el billete a Ryan con una sonrisa, sin duda identificándolo inmediatamente como yanqui, antes de proseguir y dejarlo con su periódico. El paisaje que se desplazaba frente a la ventana no tardó en acaparar su interés. El campo era verde y frondoso. A los británicos les encantaba el césped. Las casas adosadas eran más pequeñas que las del barrio de su infancia en Baltimore, con lo que parecían tejados de pizarra, y las calles eran muy estrechas. Había que prestar mucha atención al conducir un coche para no acabar en la sala de estar de alguna de esas casas. Probablemente, eso no les sentaría muy bien, ni siquiera a los ingleses acostumbrados a las limitaciones de los visitantes norteamericanos.

El cielo estaba azul y predominantemente despejado, con algunas nubes blancas que parecían de algodón. Todavía no había experimentado la lluvia en ese país y, sin embargo, debía de haberla; de cada tres peatones, uno llevaba un paraguas plegado en la mano. Y muchos usaban sombrero, cosa que Ryan no hacía desde su época en la infantería de marina. Decidió que Inglaterra era un país suficientemente diferente de Norteamérica para resultar peligroso. Había muchas similitudes entre ambos, pero las diferencias lo sorprendían a uno cuando menos lo esperaba. Debería tener mucho cuidado para cruzar la calle con Sally. Con sus cuatro años y medio, estaba acostumbrada a mirar en la dirección equivocada en el momento inoportuno. En una ocasión había visto a su pequeña hija en el hospital y con eso había tenido suficiente para toda una vida.

El tren circulaba ahora por una densa zona urbana, sobre raíles elevados. Jack miró a su alrededor en busca de monumentos reconocibles. ¿Era la catedral de San Pablo lo que se veía a la derecha? De ser así, no tardaría en llegar a la estación de Victoria. Dobló el periódico cuando el tren reducía la velocidad y... efectivamente, ya estaban en Victoria. Abrió la puerta del compartimento como un nativo y se apeó al andén. La estación consistía en una serie de arcos de acero con hojas de cristal; el metal estaba ennegrecido por el humo de los trenes de vapor, desde hacía mucho desaparecidos... Pero nadie se había molestado en limpiarlo. ¿O tal vez la suciedad era producto de la contaminación atmosférica? ¿Quién

sabe? Jack siguió a los demás pasajeros hacia una pared de ladrillo, donde parecía encontrarse la sala de espera de la estación. Efectivamente, allí había la colección habitual de quioscos y pequeñas tiendas. Cruzó la salida y apareció en la calle, mientras buscaba en su bolsillo el mapa Chichester de Londres. Westminster Bridge Road, demasiado lejos para ir andando. Decidió llamar un taxi.

Desde el interior del vehículo, Ryan observaba el entorno como el turista que ya había dejado de ser. Y ahí estaba.

El edificio de Century House, así llamado por encontrarse en el número cien de Westminster Bridge Road, era lo que a Jack le pareció una estructura típica del período de entreguerras, bastante alto y con fachada de piedra que... ¿se estaba desmoronando? Una red de plástico naranja cubría el edificio con el propósito de evitar que fragmentos de la fachada cayeran sobre los peatones. ¿Quizá alguien estuviera desmontando el edificio en busca de micrófonos rusos? Nadie se lo había advertido en Langley. A lo largo de la calle se encontraba el puente de Westminster y al otro lado del río estaban los edificios del Parlamento. En cualquier caso, era un barrio atractivo. Jack subió a grandes zancadas por los peldaños de piedra, cruzó una doble puerta y recorrió unos tres metros hasta el interior, donde encontró a alguien con un uniforme de aspecto policial tras un mostrador de recepción.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —preguntó el guardia.

Los británicos hablaban como si realmente pretendieran ayudar. Jack se preguntó si tendría una pistola escondida debajo del mostrador. Y, si no allí, no muy lejos. Debían de tener medidas de seguridad.

—Hola, soy Jack Ryan. He venido a trabajar.

—Ah, sir John —respondió inmediatamente el vigilante con una sonrisa de reconocimiento—. Bien venido a Century House. Permítame que llame arriba. —Lo hizo—. Alguien baja a recibirlo, señor. Tenga la bondad de sentarse.

Apenas acababa de entrar en contacto con el asiento cuando un rostro conocido apareció por la puerta giratoria.

—¡Jack! —exclamó.

—Sir Basil —respondió Ryan, ya de pie para estrechar la mano que le tendía.

—No te esperábamos hasta mañana.

—He dejado que Cathy se ocupe de deshacer las maletas. De todos modos, es una tarea para la que no confía en mí.

—Sí, los hombres tenemos nuestras limitaciones, ¿no es cierto?

Sir Basil Charleston, con sus casi cincuenta años, era alto e imperialmente delgado, como lo había descrito en una ocasión el poeta, y en su cabello castaño no asomaban todavía las canas. Tenía unos vivaces ojos de color castaño claro y con su traje de lana gris de rayas, no precisamente barato, tenía el aspecto de un próspero banquero londinense. En realidad, ése era el negocio de su familia, pero a él le había parecido excesivamente limitado y decidió utilizar su formación de Cambridge al servicio de su país, al principio como agente secreto de campo, y más adelante en la administración. Jack sabía que James Greer lo apreciaba y lo respetaba, al igual que el juez Moore. Había conocido a Charleston el año anterior, poco después de haber sido herido de bala, cuando descubrió que sir Basil admiraba su invento de la «trampa del

canario», que le había servido para ascender en el escalafón de Langley. Evidentemente, Basil la había utilizado para subsanar algunas molestas filtraciones.

—Acompáñame, Jack. Hay que equiparte debidamente.

Evidentemente no se refería al traje de Jack, que era de Savile Row y tan caro como el suyo, sino a ciertas formalidades en el Departamento de Personal.

La presencia de C, como se lo denominaba profesionalmente, facilitó la operación. Disponían ya de las huellas dactilares de Ryan facilitadas por Langley y básicamente sólo necesitaban obtener su fotografía para insertarla en su tarjeta de identidad, lo cual le permitiría abrir todas las puertas electrónicas, al igual que en la CIA. Comprobaron que funcionaba en una puerta de prueba. A continuación se dirigieron al ascensor de ejecutivos para subir al espacioso despacho de sir Basil, situado en una esquina del edificio.

Era mejor que la sala larga y estrecha con que el juez Moore se apañaba. Tenía una buena vista del río y del palacio de Westminster. El director general le indicó a Jack que se sentara en una butaca de cuero.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Charleston. —Ninguna queja hasta el momento. Cathy no ha ido todavía al hospital, pero Bernie, su jefe en el Hopkins, dice que el encargado aquí es un buen tipo.

—Sí, Hammersmith tiene una buena reputación y el doctor Byrd está considerado como uno de los mejores cirujanos oculares de Gran Bretaña. Nunca he hablado personalmente con él, pero tengo entendido que es un buen elemento. Es aficionado a la pesca, le encanta pescar salmones en los ríos de Escocia, está casado y tiene tres hijos; el mayor es teniente de los Coldstream Guards.

—¿Lo has investigado? —preguntó Jack con incredulidad.

—Toda precaución es poca, Jack. Ten en cuenta que algunos de tus parientes lejanos, al otro lado del mar de Irlanda, no te tienen demasiado aprecio.

—¿Supone eso un problema?

Charleston negó con la cabeza.

—Es sumamente improbable. Cuando ayudaste a derrocar a los unionistas armados, probablemente salvaste unas cuantas vidas en el IRA provisional. Eso todavía no está completamente resuelto, pero esencialmente es trabajo del servicio de seguridad. En realidad no mantenemos muchas relaciones con ellos, por lo menos que te conciernan a ti directamente.

—Bien, sir Basil, ¿y en qué consistirá exactamente mi trabajo aquí? —preguntó Jack.

—¿No te lo ha contado James?

—No exactamente. He comprobado que le gustan las sorpresas.

—El grupo mixto de trabajo se centra principalmente en nuestros amigos soviéticos. Disponemos de algunas buenas fuentes, al igual que vosotros. La idea consiste en compartir información para mejorar la imagen global.

—Información. No fuentes —matizó Ryan.

Charleston le brindó una sonrisa de comprensión.

—Como bien sabes, las fuentes deben protegerse.

Jack lo sabía perfectamente. En realidad, se le permitía saber muy poco

con respecto a las fuentes de la CIA, que eran los secretos mejor guardados de la organización, indudablemente al igual que aquí. Las fuentes eran personas reales y si se iban de la lengua podían pagarlo con su vida. Los servicios de Inteligencia valoraban las fuentes más por su información que por sus vidas, no cabía olvidar que en el fondo era un simple negocio, pero tarde o temprano uno empezaba a preocuparse por ellos, por sus familias y por sus características personales. Sobre todo la bebida, pensó Ryan. Especialmente en el caso de los rusos. Un ciudadano soviético medio bebía lo suficiente para que se lo calificara como alcohólico en Norteamérica.

—Ningún problema, sir Basil. No conozco el nombre ni la identidad de ninguna de las fuentes de la CIA en ese país. Ninguna —recalcó Ryan.

Eso no era del todo cierto. Aunque no se lo hubieran contado, se podían deducir muchas cosas de la información que transmitían y de las personas a las que citaban, pero Ryan dudaba de algunas de las fuentes. Todos los analistas practicaban un juego intrigante, invariablemente en los confines de sus propias mentes, aunque en algunas ocasiones Ryan comentara sus especulaciones con su jefe inmediato, el almirante Jim Greer. Habitualmente, el subdirector de Operaciones le advertía que no reflexionara demasiado en voz alta, aunque por su forma de parpadear le transmitía más información de la que se proponía. Pero Ryan sabía que lo habían contratado por su capacidad analítica y realmente no querían que dejara de utilizarla. Cuando la información recibida era algo extraña, eso indicaba que algo le había sucedido a la fuente, como por ejemplo que la habían pillado o que había enloquecido.

—Pero hay una cosa que le interesa al almirante...

—¿Qué? —preguntó el director general.

—Polonia. Tenemos la impresión de que empieza a desmoronarse y nos preguntamos hasta qué punto, con qué rapidez y a qué conducirá eso... me refiero a los efectos.

—También nosotros nos lo preguntamos, Jack —asintió pensativamente Charleston.

Sobre ese asunto circulaban muchos rumores, especialmente entre los periodistas en los bares de Fleet Street. Además, los periodistas tenían también sus propias fuentes, en algunos casos tan fiables como las suyas.

—¿Qué opina James?

—Nos recuerda a ambos algo que ocurrió en los años treinta —respondió Ryan al tiempo que se reclinaba y se relajaba en su butaca— El sindicato de la industria del automóvil. Cuando Ford se organizó, hubo problemas. Grandes problemas. Ford llegó incluso a contratar matones para agredir a los organizadores sindicales. Recuerdo haber visto fotografías de... ¿Walter Reuther? —prosiguió después de una pausa momentánea—. 0 alguien por el estilo. Se publicaron en la revista Life. Los matones hablaban con él y algunos de sus muchachos. En las primeras fotos sonreían, como suele hacerse antes de mostrar los puños, y a continuación empezó la pelea. Uno debe preguntarse por la dirección de Ford, para permitir que eso ocurriera en presencia de periodistas y especialmente ante las cámaras. Maldita sea, eso es una estupidez en primerísimo grado.

—Sí, el tribunal de la opinión pública —afirmó Charleston—. Es muy real y, además, la tecnología moderna lo convierte todavía en más vigente.

También preocupa a nuestros amigos del otro bando. Ese nuevo servicio de noticias que acaba de iniciarse en vuestro lado del Atlántico, la CNN, podría cambiar el mundo. La información circula por sus propios medios. Los rumores ya son suficientemente perniciosos. Uno no puede detenerlos, y además tienen la habilidad de adquirir vida propia...

—Pero una imagen vale más que mil palabras, ¿no crees?

—Me pregunto quién diría eso por primera vez. Quienquiera que fuese no tenía un pelo de tonto. Y todavía es más cierto cuando se trata de imágenes en movimiento.

—Supongo que lo aprovechamos...

—Tu gente se muestra más reticente que yo. Es bastante fácil hacer que un diplomático tome una cerveza con algún periodista y tal vez insinúe algo en la charla. Hay que reconocer que los periodistas no son desagradecidos, si se les facilita una buena historia.

—En Langley odian la prensa, sir Basil. Realmente la detestan.

—Un poco primitivo por su parte. Aunque, por otro lado, supongo que aquí podemos ejercer más control sobre la prensa que vosotros en Norteamérica. No obstante, tampoco es tan difícil ser más listo que ellos.

—Nunca lo he intentado. El almirante Greer dice que hablar con un periodista es como bailar con un rottweiler: uno nunca sabe si va a lamerle la cara o morderle la yugular.

—Ningún perro es malo por naturaleza. Sólo hay que educarlos debidamente.

Los ingleses y sus perros, reflexionó Ryan. Querían más a sus animales de compañía que a sus propios hijos. El no sentía ninguna debilidad por los perros grandes. Un labrador como Ernie era diferente. Los labradores tenían el hocico blando. Sally realmente lo echaba de menos.

—¿Cuál es entonces tu opinión sobre Polonia, Jack?

—Creo que el hervor persistirá hasta que salte la tapa, y cuando se salga el agua provocará un desastre mayúsculo. En realidad, los polacos no se han adaptado muy bien al comunismo. Maldita sea, tienen capellanes en su ejército. Muchos de sus agricultores practican el libre comercio, vendiendo jamones y otros productos. El programa de televisión más popular en su país es «Kojak», y lo emiten incluso los domingos por la mañana para restar feligreses a la iglesia. Eso demuestra dos cosas: a los polacos les gusta la cultura norteamericana y el gobierno todavía teme a la Iglesia católica. El gobierno polaco es inestable y es consciente de ello. Permitir un pequeño margen de maniobra es probablemente sensato, por lo menos a corto plazo, pero el problema fundamental es la injusticia intrínseca de su régimen político. Los países injustos no son estables. Por muy fuertes que parezcan, están podridos por dentro.

Charleston asintió pensativamente.

—Hace sólo tres días informé a la primera ministra en Chequers y le dije prácticamente lo mismo.

El director general hizo una pequeña pausa antes de decidirse. Entonces levantó una carpeta de su escritorio y se la entregó a Ryan.

«ALTO SECRETO», decía en la tapa. De modo que ahora empieza, pensó Jack mientras se preguntaba si Basil habría aprendido a nadar después de caerse al Támesis y consideraba que los demás debían aprender del mismo modo.

Al levantar la tapa comprobó que la información procedía de una fuente

denominada WREN. El autor era claramente un polaco, que a juzgar por el informe ocupaba un cargo importante, y lo que decía...

—Maldita sea —exclamó Ryan—. ¿Esta información es fiable?

—Absolutamente fiable. Cinco sobre cinco.

Eso significaba que, en una escala de fiabilidad del uno al cinco, la fuente merecía la máxima calificación, al igual que la información que facilitaba.

—Tengo entendido que eres católico.

Evidentemente lo sabía; era sólo la forma de hablar de los ingleses.

—Instituto de jesuitas, Universidad de Boston y de Georgetown, sin olvidar las monjas de Saint Matthew. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Qué opinas de vuestro nuevo papa?

—El primero en cuatro siglos, puede que más, que no es italiano. Eso ya es significativo. Cuando oí que el nuevo papa era polaco, esperaba que se tratara del cardenal Wiszynski de Varsovia, que tiene el cerebro de un genio y la astucia de un zorro. Al elegido no lo conocía en absoluto, pero por lo que he leído, es una persona de gran integridad. Buen párroco, buen administrador y políticamente muy astuto...

Ryan hizo una pausa. Hablaba del sumo pontífice de su iglesia como si se tratara de un candidato político y estaba seguro de que tenía mucha más sustancia. Debía ser un hombre de mucha fe, con la clase de convicciones profundas que ni siquiera un terremoto podría alterar. Otros como él lo habían elegido como líder y portavoz de la mayor iglesia del mundo, que era también a la que pertenecía Ryan. Debía ser un hombre que no le tuviera miedo a nada, alguien para quien una bala era un pasaporte a la libertad, a la presencia del propio Dios. Además, debía ser un hombre que sintiera la presencia de Dios en todo lo que hacía. No era alguien a quien se pudiera asustar, ni disuadir de lo que considerara justo.

—Si ha escrito esta carta, sir Basil, eso significa que no es un farol. ¿Cuándo la entregaron?

—Hace menos de cuatro días. Nuestro contacto ha quebrantado las normas haciéndonosla llegar con tanta rapidez, pero su importancia es evidente, ¿no te parece?

Bien venido a Londres, Jack, pensó Ryan. Acababa de sumergirse en la sopa, en una gran olla como en las que hervían a los misioneros en los tebeos.

—La han mandado a Moscú, ¿no es cierto?

—Eso dice nuestro agente. ¿Qué opina sir John acerca de cómo reaccionarán los rusos?

Y con esa pregunta, sir Basil Charleston acababa de encender la hoguera situada bajo la olla personal de Jack.

—Es una pregunta compleja —respondió Ryan, procurando escabullirse como mejor pudo.

—De algún modo reaccionarán —insistió Charleston, cuyos ojos castaños miraban fijamente a Ryan.

—Bueno, no les gustará. Lo interpretarán como una amenaza. La cuestión es hasta qué punto se lo tomarán en serio y cuánta veracidad le atribuirán. Stalin se lo habría tomado a guasa... o tal vez no. ¿No fue Stalin quien definió la paranoia? —dijo Ryan antes de hacer una pausa para mirar por la ventana y preguntarse si las nubes que se acercaban eran portadoras de lluvia—. No, Stalin habría reaccionado de algún modo.

—¿Tú crees?

Jack sabía que Charleston lo estaba poniendo a prueba. Era como la exposición oral de su doctorado en Georgetown, con las mordaces preguntas y la perspicacia del padre Tim Riley. Sir Basil era más civilizado que aquel acerbo sacerdote, pero el examen no sería fácil.

—Leon Trotski no suponía ninguna amenaza para él. Aquel asesinato fue una mezcla de paranoia y pura bellaquería. Fue algo personal. Stalin se creó enemigos y nunca los olvidó. Pero los actuales líderes soviéticos no tienen las agallas necesarias para actuar como lo hizo él.

Charleston señaló el cristal blindado de la ventana, en dirección al puente de Westminster.

—Amigo mío, los rusos tuvieron las agallas de matar a un hombre en ese puente hace menos de cinco años,

—Y se los culpó por ello —le recordó Ryan a su interlocutor.

Fue una combinación de buena suerte y la intervención de un médico británico particularmente listo, que a pesar de todo no logró salvar la vida de aquel pobre desgraciado. Pero lograron identificar la causa de la muerte, que no había sido obra de un vándalo callejero.

—¿Crees que aquel incidente les quitó el sueño? Lo dudo —dijo Charleston.

—Crea una mala impresión. Que yo sepa, ya no suelen hacer ese tipo de cosas.

—Sólo dentro de su propio país, lo reconozco. Pero para ellos eso incluye Polonia, que está dentro de su zona de influencia.

—Sin embargo, el papa vive en Roma, que no lo está. Todo depende de lo asustados que estén. El padre Tim Riley, en Georgetown, cuando preparaba mi doctorado, insistía en que no debemos olvidar jamás que las guerras las inician hombres asustados. Temen la guerra, pero supongo que temen aún más lo que pueda ocurrir si no la empiezan ellos, o adoptan alguna medida equivalente. Por tanto, lo que debemos preguntarnos en realidad, como he dicho anteriormente, es hasta qué punto se toman en serio la amenaza y lo grave que les parece. En cuanto a lo primero, no creo que se trate de un farol. La personalidad del papa, su historial y su valor personal no dejan lugar a dudas. De modo que la amenaza es real. A un nivel más amplio, la cuestión consiste en evaluar la magnitud de dicha amenaza para ellos.

—Sigue —ordenó amablemente el director general.

—Si son lo suficientemente listos para reconocerla, yo en su lugar estaría muy preocupado... puede que incluso un poco asustado. Por mucho que los soviéticos se consideren una superpotencia, igual que Norteamérica y todo lo demás, en el fondo son conscientes de que su Estado no es realmente legítimo. Kissinger nos dio una conferencia en Georgetown... —prosiguió Jack, reclinado en su butaca con los ojos momentáneamente cerrados para recordar la ocasión—. Fue algo que dijo hacia el final, hablando de la personalidad de los líderes rusos. Brézhnev le estaba mostrando algún edificio oficial del Kremlin, al que Nixon acudiría para celebrar su última cumbre, y levantaba las telas que cubrían el mobiliario para que comprobara que todo estaba impecablemente limpio, en preparación para la visita. ¿Para qué hacer tal cosa?, me pregunté en aquel momento. Seguramente disponían de sirvientas y de personal de mantenimiento. ¿Para qué molestarse en mostrárselo a

Henry?

Probablemente setrataba de algún tipo de complejo de inferioridad, una inseguridad fundamental. Se habla de ellos como si fueran gigantes, pero yo no creo que lo sean, y cuanto mejor los conozco, menos formidables me parecen. El almirante y yo hemos debatido este asunto en numerosas ocasiones durante los dos últimos meses. Disponen de un gran ejército. Sus servicios de Inteligencia son de primer orden. Son grandes. Un gran oso feo, como solía decir Muhammad Ali, pero no olvidemos que Ali derrotó al oso dos veces.

—Es una forma algo retorcida de responder que sí, que creo que les asustará esa carta. ¿Pero lo suficiente para hacer algo al respecto? —Ryan meneó la cabeza—. Es posible, pero actualmente no disponemos de suficientes datos. Si deciden pulsar ese botón en particular, ¿lo sabremos con antelación?

Charleston esperaba que Ryan le volviera las tornas.

—Cabe esperarlo, pero es imposible estar seguros.

—Después del año que he pasado en Langley, tengo la impresión de que nuestro conocimiento del objetivo es profundo pero limitado en ciertas áreas, y amplio y superficial en otras. Todavía no conozco a nadie que se sienta cómodo analizándolas; bueno, eso no es del todo cierto. Algunos se sienten cómodos, pero sus análisis a menudo son poco fiables, por lo menos a mi parecer. Por ejemplo, la información que recibimos sobre su economía...

—¿James te la comunica? —preguntó Basil, sorprendido.

—El almirante me obligó a recorrer todos los recovecos durante el primer par de meses. Mi primera licenciatura fue en Economía por la Universidad de Boston. Aprobé el examen del Colegio de Contables, que creo que aquí tiene otro nombre, antes de alistarme en los marines. Luego, cuando me licencié de las fuerzas armadas, me desenvolví bastante bien en la Bolsa, antes de finalizar mi doctorado y dedicarme a la enseñanza.

—¿Cuánto ganaste exactamente en Wall Street?

—¿Durante mi estancia en Merrill Lynch? Unos seis o siete millones, en gran parte gracias al ferrocarril de Chicago y del noroeste. Mi tío Mario, el hermano de mi madre, me dijo que los empleados se disponían a comprar las acciones, e intentar obtener beneficios de nuevo. Eché una ojeada y me gustó lo que vi. Obtuve un veintitrés por ciento neto sobre mi inversión. Debería haber invertido una cantidad mayor, pero en Merrill Lynch me habían enseñado a ser prudente. Por cierto, nunca trabajé en la oficina de Nueva York; estaba en la sucursal de Baltimore. En cualquier caso, el dinero sigue en acciones y el mercado parece bastante sano en estos momentos. Todavía invierto en Bolsa. Uno nunca sabe cuándo va a tropezarse con la fortuna, y sigue siendo un pasatiempo interesante.

—Indudablemente. Si te enteras de algo prometedor, avísame.

—Sin honorarios, pero garantías tampoco —rió Ryan.

—No estoy acostumbrado a las garantías, Jack, no en este maldito negocio. Voy a destinarte a nuestro grupo de trabajo ruso, con Simon Harding. Es un licenciado de Oxford, doctor en Literatura Rusa. Verás prácticamente lo mismo que él, salvo las fuentes de información...

Ryan levantó las manos para interrumpirlo.

—Sir Basil, eso es algo que no quiero saber. No lo necesito y si lo

supiera me impediría dormir por la noche. Sólo quiero ver la información. Prefiero hacer mi propio análisis. ¿Es listo ese tal Harding? —preguntó, y esperó la respuesta con especial atención.

—Muchísimo. Es probable que ya hayas visto antes el resultado de su trabajo. Realizó la evaluación personal de Yuri Andrópov que os facilitamos hace dos años.

—Lo leí y, efectivamente, era un buen trabajo. Supuse que era obra de un psiquiatra.

—Ha estudiado psicología, pero no la suficiente para obtener una licenciatura. Simon es un chico listo. Tiene una esposa encantadora, que es pintora.

—¿Puedo empezar ahora mismo?

—¿Por qué no? Debo volver al trabajo. Ven conmigo, te acompañaré.

No estaba lejos. Ryan descubrió inmediatamente que compartiría un despacho allí, en el piso superior, y le sorprendió. En Langley debían transcurrir años para llegar al séptimo piso y a menudo era preciso pisar cuerpos ensangrentados. Alguien debía de considerarlo listo, pensó Jack. El despacho de Simon Harding no era particularmente impresionante. Sus dos ventanas daban a los edificios de la parte alta del río, en general de dos o tres pisos de ocupación indeterminada. El propio Harding tenía unos cuarenta años, de piel pálida, cabello claro y ojos azul cielo. Llevaba un chaleco desabrochado y una insípida corbata. Su escritorio estaba cubierto de carpetas con cinta de rayas en los bordes, que era el código universal del material secreto.

—Usted debe de ser sir John —dijo Harding después de dejar su pipa de brezo sobre la mesa.

—Mi nombre es Jack —aclaró Ryan—. En realidad no estoy autorizado a fingir que soy un caballero. Además, no tengo caballo ni armadura de acero.

Jack estrechó la mano de su compañero de trabajo. Las manos de Harding eran pequeñas y huesudas, pero sus ojos azules parecían perspicaces.

—Cuida bien de él, Simon —dijo sir Basil antes de retirarse inmediatamente.

Había una silla giratoria frente a un escritorio sospechosamente limpio. Jack la probó. Estarían un poco apretados, aunque no demasiado. Bajo el teléfono de su mesa había un codificador para llamadas de seguridad y Ryan se preguntó si funcionaría tan bien como el STU que utilizaban en Langley. El centro gubernamental de comunicaciones de Cheltenham trabajaba en estrecha cooperación con la NSA y puede que fuera el mismo aparato, con una caja de plástico diferente. Debía seguir recordándose a sí mismo que estaba en un país extranjero y esperaba que no le resultara demasiado difícil. Aquí la gente hablaba de un modo extraño, con las vocales mucho más abiertas, aunque el efecto de las películas norteamericanas y de la televisión global acercaba la lengua inglesa a la versión norteamericana de forma lenta pero segura.

—¿Te ha hablado Bas del papa? —preguntó Simon.

—Sí. Esa carta podría ser un bombazo. Se pregunta cómo reaccionarán los rusos.

—Todos nos lo preguntamos. ¿Alguna idea, Jack?

—Como acabo de decirle a tu jefe, si Stalin siguiera ahí, tal vez

decidiera acortarle la vida al papa, pero eso supondría un enorme riesgo.

—El problema, a mi parecer, es que a pesar de que suelen tomar las decisiones de una forma bastante colectiva, la influencia de Andrópov va en ascenso y puede que él sea menos reticente que los demás.

Jack se acomodó en su butaca.

—Hace un par de años, los colegas de mi esposa en Hopkins viajaron a Rusia. Mijáil Suslov padecía una retinopatía diabética, además de una fuerte miopía, y fueron allí para curarle y enseñar al mismo tiempo el procedimiento a los médicos rusos. Entonces Cathy era sólo médico residente. Pero Bernie Katz formaba parte del equipo que viajó. Es el director de Wilmer, un excelente cirujano ocular y un gran tipo. La CIA los entrevistó, a él y a los demás, a su regreso. ¿Has visto ese documento?

Ahora había interés en su mirada.

—No. ¿Vale la pena?

—Si hay algo que he aprendido estando casado con una doctora, es a escuchar lo que dice cuando habla de la gente. Sin duda le presté atención a Bernie. Vale la pena leerlo. Existe una tendencia universal a hablarles con franqueza a los médicos y, como ya he dicho, los médicos suelen ver cosas que a la mayoría nos pasan inadvertidas. Dijeron que Suslov era listo, cortés, formal, pero al mismo tiempo, alguien en quien era mejor no confiar si llevaba un cuchillo o una pistola en la mano. En realidad le desagradaba el hecho de tener que depender de unos norteamericanos para que le salvasen la vista. Le molestaba que ningún ruso fuera capaz de hacer lo que necesitaba. Por otra parte, dijeron que su hospitalidad fue excelente después de hacer su trabajo. De modo que no son completamente bárbaros, como Bernie en parte se esperaba, siendo judío de ascendencia polaca, creo que todavía en la época de los zares. ¿Quieres que mi oficina te mande ese informe?

Harding agitó un fósforo sobre su pipa.

—Sí, me gustaría verlo. En el fondo, los rusos no son tan raros. En ciertos aspectos son sumamente cultos. Rusia es el único lugar del mundo donde un poeta todavía puede ganarse dignamente la vida. Sienten reverencia por sus poetas y eso es algo que admiro bastante en ellos, pero al mismo tiempo... bueno, el propio Stalin se resistía a perseguir a los artistas, particularmente a los literatos. Recuerdo a uno que vivió bastante más de lo que cabía esperar... No obstante, acabó su vida en un campo de trabajo. De modo que su civilización tiene sus límites.

—¿Hablas su idioma? Yo nunca lo he aprendido.

El analista británico asintió.

—Puede ser un idioma hermoso para la literatura, semejante al griego clásico. Se presta a la poesía, pero encubre una capacidad para la barbarie que hiela la sangre en las venas. En muchos sentidos son gente bastante previsible, especialmente en lo que concierne a las decisiones políticas, dentro de sus limitaciones. Lo imprevisible de sus reacciones radica en la conjunción de su conservadurismo inherente y su dogmática visión política. Nuestro amigo Suslov está gravemente enfermo del corazón, supongo que debido a la diabetes, pero su sucesor es Mijáil Yevgeniyevich Alexándrov, ruso y marxista a partes iguales, con la moral de Lavrenti Beria. Detesta profundamente Occidente. Supongo que le aconsejó a Suslov, de quien es muy amigo, que aceptara la ceguera antes que someterse al tratamiento de unos médicos norteamericanos. ¿Y no

me has dicho que ese tal Katz era judío? Eso tampoco habría ayudado. No es en absoluto un personaje atractivo. Cuando Suslov abandone este mundo, creemos que dentro de unos meses, se convertirá en el nuevo ideólogo del Politburó. Apoyará a Yuri Vladimirovich en todo lo que se proponga, aunque se trate de un ataque físico contra Su Santidad.

—¿Realmente crees que podría llegar tan lejos? —preguntó Jack.

—Sí, es posible.

—Bien, ¿se ha mandado esa carta a Langley?

Harding asintió.

—Vuestro jefe de delegación local ha venido hoy a recogerla. Imagino que tu gente tiene sus propias fuentes, pero sería absurdo arriesgarse.

—Estoy de acuerdo. Pero si los rusos hacen algo tan extremo, se organizará un gran escándalo.

—Tal vez, pero ellos no ven las cosas como nosotros, Jack. —Lo sé. Es difícil dar semejante salto con la imaginación. —Se necesita tiempo —reconoció Simon.

—¿Sería útil leer su poesía? —se preguntó Ryan en voz alta, que había leído sólo algunos de sus poemas, además traducidos, lo cual no era la mejor forma de leer poesía.

—No demasiado —respondió Harding negando con la cabeza—. Así es como algunos protestan. Sus quejas deben ser suficientemente recónditas para que sus lectores más obtusos puedan limitarse a disfrutar del tributo lírico a alguna figura femenina en particular, sin percatarse del grito a la libertad de su expresión. Probablemente hay una sección entera del KGB que analiza los poemas en busca de contenido político oculto, a quien nadie presta particular atención hasta que los miembros del Politburó se percatan de que el contenido sexual es demasiado explícito. No olvides que son un puñado de mojigatos... Es sumamente curioso que sean tan moralistas.

—Es difícilmente criticable que no aprueben Debbie Does Dallas —sugirió Ryan, y Harding casi se atragantó con el humo de su pipa.

—Desde luego. No es exactamente El rey Lear. Ellos han dado autores como Tolstói, Chéjov y Pasternak.

Jack no había leído a ninguno de ellos, pero aquél no parecía el mejor momento para reconocerlo.

—¿Qué dice? preguntó Alexándrov.

La indignación era previsible, aunque sorprendentemente sosegada, pensó Andrópov. Quizá sólo levantara la voz ante un público más numeroso, o con mayor probabilidad ante sus subordinados en las dependencias de la secretaría del partido.

—Aquí está la carta y la traducción —respondió el director del KGB a la vez que le entregaba los documentos.

El asistente del ideólogo en jefe tomó los papeles y los leyó lentamente. No quería que un solo matiz escapara a su enojo. Andrópov esperó y encendió un Marlboro mientras lo hacía. El director se percató de que su visitante no tocaba el vodka que le había servido.

—Ese santo varón se vuelve ambicioso —declaró finalmente después de dejar los papeles sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo —observó Yuri.

—¿Se siente invulnerable? —exclamó con asombro—. ¿No se percata de que dichas amenazas tienen consecuencias?

—Mis expertos consideran que sus palabras son auténticas y no creen que tema las posibles consecuencias.

—Si a lo que aspira es a convertirse en mártir, tal vez deberíamos complacerlo...

La forma en que se apagó gradualmente su voz heló la sangre ya fría en las venas de Andrópov. Era el momento de hacer una advertencia. El problema de los ideólogos era que sus teorías no siempre tenían debidamente en cuenta la realidad, ante cuyo hecho estaban esencialmente ciegos.

—Mijáil Yevgeniyevich, semejante actuación no debe llevarse a cabo a la ligera. Podría tener consecuencias políticas.

—No, no importantes, Yuri. No importantes —repitió Alexándrov—. Pero estoy de acuerdo en que debemos considerar detenidamente nuestra inevitable respuesta antes de actuar.

—¿Qué opina el camarada Suslov? ¿Se lo has preguntado?

—Misha está muy enfermo —contestó Alexándrov sin ninguna aflicción aparente.

Eso sorprendió a Andrópov. Su interlocutor le debía mucho a su superior enfermo, pero esos ideólogos vivían circunscritos en su pequeño mundo.

—Me temo que su vida está tocando a su fin.

Esa parte no era sorprendente. No había más que verlo en las reuniones del Politburó. En el rostro de Suslov se reflejaba esa expresión desesperada, propia de quien sabe que se le acaba el tiempo. Quería arreglar el mundo antes de abandonarlo, pero también sabía que eso excedía sus capacidades y dicho descubrimiento le había provocado una desagradable sorpresa. ¿Había comprendido finalmente que el marxismo-leninismo no era el camino verdadero? Andrópov había llegado a dicha conclusión cinco años antes. Pero eso, evidentemente, no era de lo que uno hablaba en el Kremlin. Ni tampoco con Alexándrov.

—Ha sido un buen camarada durante muchos años. Si lo que dices es cierto, lamentaremos enormemente su pérdida —declaró el jefe del KGB a modo de genuflexión ante el altar de la teoría marxista y de su moribundo sacerdote.

—Efectivamente —asintió Alexándrov en el mismo papel que su interlocutor y que todos los miembros del Politburó, no porque fuera ni aun remotamente cierto, sino porque era necesario y porque a la vez era lo que se esperaba de ellos.

Al igual que su colega, Yuri Vladimirovich no creía por convicción, sino porque lo que fingía creer era la fuente de lo real: el poder. Qué diría ese hombre a continuación, se preguntaba el director. Andrópov lo necesitaba y Alexándrov lo necesitaba también a él, puede que aún más. Mijáil Yevgeniyevich no gozaba del poder personal necesario para convertirse en secretario general del partido comunista de la Unión Soviética. Se lo respetaba por su conocimiento teórico y por su devoción a la religión estatal en la que el marxismo-leninismo se había convertido, pero ninguno de los miembros del ejecutivo lo consideraba un candidato apropiado a la presidencia. Sin embargo, su apoyo sería indispensable a quien tuviera dicha ambición. Al igual que en la Edad Media, cuando el primogénito se

convertía en señor del castillo y el segundo hijo en obispo de la diócesis correspondiente, Alexándrov, como Suslov en su momento, debía aportar la justificación espiritual, si es que ése era el término apropiado, para su ascenso al poder. El sistema de equivalencias y comprobaciones seguía vigente, aunque más perverso que antes.

—Evidentemente ocuparás su lugar cuando llegue el momento —declaró Andrópov como promesa de alianza.

Alexándrov objetó, naturalmente... o fingió hacerlo.

—Hay muchos hombres excelentes en la secretaría del partido.

—Tú eres el más veterano y el que gozas de mayor confianza —respondió el director del Comité de Seguridad Nacional, quitándole importancia con un ademán.

—Muy amable por tu parte, Yuri —dijo Alexándrov, consciente de que su interlocutor tenía razón—. ¿Entonces qué vamos a hacer con respecto a ese loco polaco?

Y eso, expresado sin tapujos, sería el coste de la alianza. Con el fin de obtener el apoyo de Alexándrov para el cargo de secretario general, Andrópov debería engrosar un poco su manto de ideólogo, haciendo algo que en cualquier caso ya se proponía hacer. No le suponía el menor esfuerzo.

—Misha, emprender una operación como ésta no es un ejercicio simple ni superficial —repuso el director del KGB en un tono grave y frío—. Debe planificarse muy bien, prepararse con la mayor cautela y meticulosidad, y luego el Politburó deberá aprobarla con los ojos abiertos.

—Parece que tienes algo en mente...

—Tengo muchas cosas en mente, pero un sueño no es un plan. Para avanzar es preciso pensar detenidamente y planificar, sólo para averiguar si lo que uno se propone es factible. Proseguir paso a paso con cautela —advirtió Andrópov—. Incluso así, no hay garantía alguna ni pueden hacerse promesas. No se trata de una producción cinematográfica. El mundo real, Misha, es complejo.

Eso era lo máximo que podía acercarse para decirle a Alexándrov que no se alejara demasiado de su caja de teorías y juguetes, para adentrarse en el mundo real de sangre y consecuencias.

—Eres un buen miembro del partido. Sabes lo mucho que hay en juego.

Con esas palabras, Alexándrov le comunicaba a su interlocutor lo que se esperaba de la secretaría. Para Mijáil Yevgeniyevich, el partido y sus creencias constituían el Estado, y el KGB era la espada y la coraza del partido.

Curiosamente, Andrópov se percataba de que con toda seguridad aquel papa polaco creía lo mismo respecto a sus principios y a su visión del mundo. Pero esos principios, estrictamente hablando, no podía decirse que constituyeran una ideología. Aunque, para el caso, podrían hacerlo, se dijo Yuri Vladimirovich a sí mismo.

—Mi personal lo examinará detenidamente. No podemos conseguir lo imposible, Misha, pero...

—¿Pero qué hay de imposible para este organismo del Estado soviético?

Era una pregunta retórica, con una respuesta sangrienta. Y peligrosa, más peligrosa de lo que aquel intelectual imaginaba. El director del KGB se percató de lo mucho que se parecían. Su interlocutor, que saboreaba tranquilamente su Starka de color castaño, creía plenamente en una

ideología indemostrable. Y deseaba la muerte de un hombre que también creía en cosas indemostrables. Qué situación tan curiosa. Una batalla de ideas, cada conjunto de las cuales temía a las demás. ¿Temía? ¿Qué temía Karol? Ciertamente no la muerte. Su carta a Varsovia lo proclamaba sin palabras. En realidad llamaba a la muerte a gritos. Aspiraba a convertirse en mártir. ¿Por qué haría un hombre algo semejante?, se preguntó el director, utilizar su propia vida o su propia muerte como una arma contra su enemigo. Sin duda consideraba tanto a Rusia como al comunismo como enemigos, uno por razones nacionalistas y el otro por convicción religiosa... ¿pero temía a dicho enemigo?

No, probablemente no, reconoció Yuri Vladimirovich para sus adentros. Eso dificultaba su labor. Su organismo necesitaba el miedo para alcanzar sus objetivos. El miedo era su fuente de poder y no podía manipular a alguien que no lo tuviera...

Pero podía asesinar a aquellos que no pudiera manipular. ¿Quién, después de todo, recordaba gran cosa sobre Leon Trotski?

—Hay pocas cosas realmente imposibles. Meramente difíciles —reconoció finalmente el director.

—¿Estudiarás entonces las posibilidades?

—Sí, a partir de mañana por la mañana —asintió cautelosamente.

Y así se inició el proceso.

CAPÍTULO TRES

EXPLORACIONES

—Bien, Jack dispone de su escritorio en Londres —dijo Greer dirigiéndose a sus colegas del séptimo piso.

—Me alegra saberlo —observó Bob Ritter—. ¿Crees que sabrá cómo manejarlo?

—Bob, ¿qué ocurre entre tú y Ryan? —preguntó el subdirector de Inteligencia.

—Tu chico guapo asciende con excesiva rapidez. Algún día se caerá.

—¿Quieres que lo convierta en un simple chupatintas? —preguntó James Greer, acostumbrado a defenderse de los frecuentes ataques de Ritter sobre el tamaño y consiguiente poder de la Dirección de Inteligencia—. Tú también tienes estrellas pujantes en tu departamento. Ese chico tiene posibilidades y voy a dejarlo correr hasta que tropiece con el muro.

—Sí, ya oigo el trompazo refunfuñó el subdirector de Operaciones—. ¿Cuál de las joyas de la corona pretende ofrecer a nuestros primos británicos?

—Poca cosa. La evaluación de Mijáil Suslov que hicieron los médicos del Johns Hopkins cuando se desplazaron a Rusia para curarle los ojos.

—¿Todavía no tienen ese informe? —inquirió el juez Moore, puesto que no se trataba de un documento particularmente delicado.

—Supongo que nunca nos lo pidieron. En cualquier caso, a juzgar por lo que hemos visto, Suslov ya no durará mucho tiempo.

La CIA tenía muchas formas de evaluar el estado de salud de los altos funcionarios soviéticos. La más común eran las fotografías, o mejor aún, las filmaciones de las personas en cuestión. El organismo empleaba médicos, generalmente catedráticos de las principales facultades de medicina, para examinar las fotos y diagnosticar sus dolencias a más de cinco mil kilómetros de los pacientes. No era la mejor forma de ejercer la medicina, pero era mejor que nada. Además, el embajador norteamericano, después de cada una de sus visitas al Kremlin, a su regreso a la embajada dictaba sus impresiones sobre todo lo que había visto, por pequeño e insignificante que pareciera. Con frecuencia se había insistido en nombrar a un médico para el cargo de embajador, pero nunca se había hecho. Con mayor frecuencia se habían llevado a cabo operaciones para recoger muestras de orina de importantes mandatarios extranjeros, ya que la orina era una buena fuente de información diagnóstica. Para ello se habían realizado ciertos arreglos especiales en la fontanería de Blair House, frente a la Casa Blanca, donde a menudo se hospedaban mandatarios extranjeros, además de ciertos intentos de forzar la puerta del consultorio de algunos médicos en diversas partes del mundo. Sin descartar los rumores que siempre circulaban, y especialmente en ese país. Todo esto era debido a que se sabía que la salud de un individuo jugaba un papel muy importante en su forma de pensar y de tomar decisiones. Los tres presentes habían bromeado sobre la posibilidad de contratar a un par de videntes, y comentaban, con razón, que sus resultados habrían sido tan precisos como los obtenidos por agentes de Inteligencia profesionales y bien pagados. En Fort Meade, Maryland, se llevaba a cabo otra operación denominada Stargate, donde el organismo empleaba a personas mucho más extremistas que los videntes. Esta operación se inició principalmente porque los soviéticos también ontrataban a personal parecido.

—¿Está muy enfermo? —preguntó Moore.

—Por lo que he visto hace tres días, no llegará a Navidad. Insuficiencia coronaria aguda, según dicen. Tenemos una fotografía en la que se toma lo que parece una píldora de nitroglicerina; no es una buena señal para Miguel el Rojo —concluyó James Greer, refiriéndose a Suslov con el apodo de la casa.

—¿Y lo sustituirá Alexándrov? Menudo negocio —comentó lacónicamente Ritter. Creo que los gitanos los cambiaron cuando nacieron; otro ferviente seguidor del gran dios Marx.

—No todos podemos ser baptistas, Robert —repuso Moore.

—Esto ha llegado hace dos horas por el fax de seguridad desde Londres —dijo Greer al tiempo que distribuía los papeles, guardándose lo mejor para el final—. Podría ser importante —agregó.

—¡Joder! —exclamó Ritter; que leía a gran velocidad en diversos idiomas.

El juez Moore se tomó su tiempo, como debía hacerlo un juez, pensó.

—Dios mío —exclamó al cabo de unos veinte segundos—.

—¿Nada sobre esto de nuestras fuentes?

—Se necesita tiempo, Arthur, y los Foley todavía se están instalando —respondió Ritter mientras cambiaba de posición en su butaca.

—Supongo que Cardenal nos mandará información sobre este asunto.

No invocaban a menudo el nombre en clave de aquel agente, al que se

lo consideraba como el diamante Cullinan en el panteón de las joyas de la corona de la CIA.

—Es previsible, si Ustínov habla de ello, como espero que haga. Si hacen algo al respecto...

—¿Lo harán, caballeros? —preguntó el director.

—No cabe la menor duda de que se lo plantearán —opinó inmediatamente Ritter.

—Eso implica dar un paso importante —reflexionó más sobriamente Greer—. ¿Creéis que Su Santidad coquetea? No hay muchos hombres que se acerquen al tigre, abran la puerta de la jaula y se burlen de la fiera.

—Mañana tendré que mostrárselo al presidente —dijo

Moore antes de hacer una ligera pausa, pensando en su reunión semanal en la Casa Blanca, prevista para el día siguiente a las diez de la mañana—. El nuncio papal ha salido de la ciudad, ¿no es así?

Resultó que los demás no lo sabían. Debería comprobarlo.

—En cualquier caso, ¿qué le dirías? —preguntó Ritter—. Debemos suponer que las demás jerarquías romanas han intentado disuadirlo.

—¿James?

—¿No os parece que en cierto modo recuerda a Nerón? Es casi como si amenazara a los rusos con su propia muerte... Maldita sea, ¿realmente alguien piensa de ese modo?

—Hace cuarenta años, James, arriesgaste tu propia vida. Greer había servido en la armada durante la segunda guerra mundial y a menudo lucía su escudo con los delfines dorados en la solapa de su chaqueta.

—Me arriesgué, Arthur; como el resto de la dotación del barco, pero no informé de mi posición al enemigo con una carta personal.

—Ese individuo tiene un buen par de cojones, amigos —musitó Ritter—. No es la primera vez que presenciamos algo semejante. El doctor King nunca dio un paso atrás en su vida.

—Y supongo que el KKK era tan peligroso para él como el KGB lo es para el papa —concluyó Moore. Los sacerdotes tienen una forma diferente de ver el mundo. Creo que lo llaman «virtud» —agregó—. El caso es que cuando el presidente me pregunte por este asunto, e indudablemente lo hará, ¿qué diablos le digo?

—Puede que nuestros amigos rusos decidan que Su Santidad ya ha vivido lo suficiente —respondió Ritter.

—Eso sería un paso enorme y muy peligroso —objetó Greer—. Impropio de un comité.

—Puede que este comité lo dé —señaló el subdirector de Operaciones.

—Provocaría graves consecuencias, Bob, y ellos lo saben. Esos individuos juegan al ajedrez, no a la ruleta.

—Esta carta los coloca entre la espada y la pared declaró Ritter—. Creo, juez, que la vida del papa puede estar en peligro.

—Es demasiado pronto para asegurarlo protestó Greer.

—No, si pensamos en quién dirige el KGB. Andrópov es un hombre del partido. Si hay algo de lealtad en él, la debe a dicha institución, e indudablemente no a nada reconocible como principios. Si esto les asusta, o simplemente les preocupa, se lo plantearán. El papa les ha arrojado el guante, caballeros —declaró el subdirector de Operaciones—. Es posible que acepten el desafío.

—¿Lo ha hecho antes algún papa? —preguntó Moore.

—¿Dimitir de su cargo? No, que yo recuerde —admitió Greer—. Ni siquiera sé si existe un mecanismo para ello, aunque reconozco que es un gesto espectacular. Debemos suponer que habla en serio. A mí no me parece un farol.

—No —asintió el juez Moore—. No puede serlo.

—Es leal a su pueblo. Debe de serlo. En otra época fue párroco. Ha bautizado bebés, celebrado bodas... Conoce a esa gente. No como una masa amorfa, sino como a personas a las que ha visto nacer y morir. Son su pueblo. Probablemente piensa en el conjunto de Polonia como si fuera su propia parroquia. ¿Les será fiel, aun a riesgo de perder su propia vida? ¿Cómo puede dejar de serlo? —dijo Ritter; inclinándose hacia adelante—. No es sólo una cuestión de valor personal. Si no lo hace, la Iglesia católica quedará en ridículo. No, amigos, habla muy en serio; y no es en absoluto un farol. La cuestión es, ¿qué diablos podemos hacer al respecto?

—¿Desalentar a los rusos? —reflexionó Moore en voz alta. —Imposible —repuso inmediatamente Ritter—. Lo sabes sobradamente, Arthur. Si organizan una operación, habrá más intermediarios clandestinos que en cualquiera de las organizadas jamás por la mafia. ¿Cómo crees que es la seguridad a su alrededor?

—Ni idea —reconoció el director—. Sé que existe la guardia suiza, con sus bonitos uniformes y sus picas... ¿No lucharon en una ocasión?

—Eso creo —respondió Greer—. Alguien intentó matarlo y atacaron por la retaguardia mientras él huía de la ciudad. Creo que murieron casi todos.

—Ahora probablemente se dedican a posar para fotos, e indicar al público dónde están los servicios —reflexionó Ritter en voz alta. Pero también deben de cumplir alguna función. El papa es una figura demasiado destacada para no llamar la atención de algún que otro loco. Técnicamente, el Vaticano es un Estado soberano. Debe de disponer de algunos de los mecanismos de una nación. Supongo que podríamos ponerlos sobre aviso...

—Sólo cuando sepamos de qué hay que avisarlos, que de momento no es el caso —señaló Greer—. Cuando envió esa carta, el papa sabía que mucha gente se pondría nerviosa. La protección de la que goce ya debe de estar sobre aviso.

—Esto llamará también la atención del presidente. Querrá saber más y conocer las opciones. Maldita sea, desde que hizo ese discurso sobre el «imperio del mal» se han sucedido los problemas en la otra orilla del río. Si realmente hacen algo, aunque no se lo podamos atribuir a ellos, entrará en erupción como el volcán de Santa Elena. Aquí, en Norteamérica, hay casi cien millones de católicos y muchos de ellos votaron por él.

Por su parte, James Greer se preguntó hasta qué punto se les podía escapar de las manos la situación.

—Caballeros, de lo único que disponemos actualmente es del fax de una fotocopia de una carta entregada al gobierno de Varsovia. Todavía no sabemos con certeza que haya llegado a Moscú. No hemos detectado indicios de ninguna reacción por su parte. No podemos comunicarles a los rusos que lo sabemos. Por consiguiente, tampoco podemos intentar desalentarlos. No podemos hacer lo uno ni lo otro. Por la misma razón, tampoco podemos decirle al papa que estamos preocupados. Si los rusos se disponen a reaccionar, cabe esperar que alguno de los subordinados de

Bob nos lo comunique y el Vaticano tiene su propio servicio de Inteligencia, que sabemos que es bastante bueno. Así que de momento lo único que tenemos es una información interesante, probablemente cierta, pero todavía sin confirmar.

—¿Entonces crees que de momento debemos guardarnos la información y limitarnos a reflexionar? —preguntó Moore.

—No podernos hacer otra cosa, Arthur. La reacción rusa no será rápida. Nunca lo es con respecto a algo con este nivel de importancia política. ¿Bob?

—Sí, probablemente tienes razón —respondió el subdirector de Inteligencia. No obstante, hay que informar al presidente. —La información es algo escasa para eso —advirtió Greer—. Pero sí, supongo que hay que hacerlo.

Era sobre todo consciente de que, si no se lo contaban al presidente y algo nefasto sucedía, deberían empezar a buscarse otro empleo.

—Si Moscú sigue adelante, tendríamos que saberlo antes de que ocurra algo grave.

—Bien, puedo decirle eso —asintió el juez Moore.

«Señor presidente, lo observamos muy de cerca», eso solía funcionar. Moore llamó a su secretaria y pidió que les trajera un poco de café. A las diez de la mañana del día siguiente informarían al presidente en el despacho oval y luego, después del almuerzo, se celebraría la reunión semanal con los jefes de los demás servicios, la DIA y la NSA, para comprobar si sucedía algo interesante en sus sectores. El orden debería haber sido el inverso, pero así era como se programaban habitualmente las cosas.

Su primer día de trabajo se prolongó más de lo previsto, antes de poder darlo por concluido. A Ed Foley le impresionó el metro de Moscú. Su decorador debía de haber sido el mismo loco que había diseñado la afiligranada estructura de piedra de la universidad estatal de Moscú, evidentemente apreciado por Joe Stalin, cuyo sentido personal de la estética había recorrido el espectro completo. Era curiosamente reminiscente de los palacios zaristas, interpretado por un alcohólico terminal. Dicho esto, el metro era técnicamente excelente, aunque algo ruidoso. Pero, sobre todo, lo que le gustaba al espía era la aglomeración. No sería difícil hacer algún pase o cualquier otro tipo de entrega con otro agente, siempre y cuando siguiera las normas que había aprendido, y Edward Francis Foley era muy bueno en ese sentido. Ahora estaba seguro de que a Mary Pat le encantaría estar allí. Para ella sería lo que Disneylandia para Eddie. Una muchedumbre donde todos hablaban ruso. Su ruso era bastante bueno. El de Mary Pat, aprendido sobre el regazo de su abuelo, era literario y debería vulgarizarlo un poco para que no llamara la atención el conocimiento excesivo del idioma por parte de la simple esposa de un funcionario diplomático de rango inferior.

El metro le resultaba útil. Con una estación a un par de manzanas de la embajada y otra prácticamente delante de su casa, ni siquiera al más paranoico de los empleados del Segundo Directorio le parecería sospechoso que lo utilizara, a pesar de la conocida predilección de los norteamericanos por los coches. No miraba a su alrededor más de lo que

lo haría un turista corriente y creyó haber detectado a alguien que lo seguía. De momento, probablemente serían varios. El era un nuevo empleado de la embajada y los rusos querrían ver si deambulaba como un espía de la CIA. Decidió comportarse como un inocente norteamericano en el extranjero, con la esperanza de parecer convincente. Eso dependería obviamente de la experiencia de su adlátere actual, evidentemente desconocida. Sin duda lo seguirían durante un par de semanas. Era una molestia previsible. Otro tanto le sucedería a Mary Pat y, probablemente, a Eddie. Los soviéticos eran unos paranoicos, pero difícilmente podía quejarse; su labor consistía en descubrir los secretos mejor guardados de su país. Era el nuevo jefe de delegación, pero se suponía que debía ser muy sigiloso. Esta era una de las nuevas ideas más creativas de Bob Ritter. Normalmente, la identidad del jefe de los espías en una embajada no se esperaba que fuera un secreto. Tarde o temprano, todos se quemaban de un modo u otro, tal vez identificados en una operación señuelo o mediante algún error operativo, y eso era como perder la virginidad: cuando se perdía, ya no se recuperaba. Pero la CIA raramente utilizaba equipos formados por marido y mujer, y había pasado años preparando esa tapadera. Ed Foley, licenciado en la Universidad Fordham de Nueva York, había sido reclutado bastante joven y, después de que el FBI hubo investigado sus antecedentes, trabajó en el New York Times como periodista de sucesos. Redactó algunos artículos interesantes, aunque no demasiados, y finalmente le dijeron que, si bien el Times no lo iba a despedir, tal vez sería mejor para él que fuera buscando empleo en un periódico más pequeño, donde pudiera destacar con mayor facilidad. Ed captó la indirecta y consiguió trabajo en el Departamento de Estado como agregado de prensa, con un buen sueldo de la administración, pero en un destino mediocre. Su labor oficial en la embajada consistiría en relacionarse con los corresponsales extranjeros de élite de los grandes periódicos norteamericanos y de las cadenas de televisión, facilitarles acceso al embajador y a otros funcionarios de la embajada, y luego dejarles el camino libre para elaborar sus importantes artículos. Su principal función era la de parecer competente, aunque sin pasarse. El corresponsal local del Times ya se había ocupado de contarles a sus colegas que Foley carecía de lo necesario para triunfar como periodista en el periódico más prestigioso de Norteamérica, y puesto que todavía no había alcanzado la edad para dedicarse a la enseñanza, otro lugar de descanso para periodistas incompetentes, había elegido la segunda peor opción: funcionario del gobierno. De él dependía fomentar dicha imagen, consciente de que el KGB se serviría de la información de los periodistas norteamericanos para evaluar al personal de la embajada. La mejor tapadera para un espía era que se lo considerara tardo y torpe, porque los lerdos no eran suficientemente listos para ser espías. Eso se lo agradecía a Ian Fleming y a las películas que había inspirado. James Bond era un chico listo, pero no Ed Foley. No, Ed Foley era un funcionario. Lo asombroso era que los soviéticos, cuyo país estaba enteramente gobernado por funcionarios torpes, cayeran a menudo en dicha trampa, con la misma facilidad que un campesino recién salido de una granja de cerdos en Iowa.

Nada era previsible en el mundo del espionaje, pensó el jefe de delegación, salvo en ese país. Los rusos eran extremadamente previsibles; todo estaba escrito en algún libro enorme y todo el mundo

actuaba según lo previsto.

Foley subió al vagón del metro, observó a los demás pasajeros y comprobó que lo miraban. Su ropa lo delataba como extranjero, con la misma claridad que la corona luminosa distinguía a los santos en las pinturas del Renacimiento.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz neutra, que sorprendió a Foley.

—¿Qué se le ofrece? —respondió él en un mal acento ruso.

—Ah, usted es norteamericano.

—Sí, efectivamente. Trabajo en la embajada norteamericana. Hoy es mi primer día. Soy nuevo en Moscú.

Fuera o no uno de sus vigilantes, sabía que lo único sensato era responder con franqueza.

—¿Qué le parece este lugar? —preguntó el inquisidor:

Parecía un funcionario, tal vez del contraespionaje o un enlace del KGB. 0 quizá fuera un simple oficinista gubernamental que sentía curiosidad. Ésos también existían. ¿Se habría dirigido a él un ciudadano corriente? Probablemente no, pensó Folev. A pesar de que el ambiente tendía a limitar la curiosidad al espacio entre oreja y oreja, la que sentían los rusos por los norteamericanos era excepcional. Se los enseñaba a desdeñar o incluso a odiar a los norteamericanos, pero a menudo eran para ellos como la manzana para Eva.

—El metro es impresionante —respondió Foley mirando atentamente a su alrededor.

—¿De qué parte de Norteamérica es usted? —fue la siguiente pregunta.

—De la ciudad de Nueva York.

—¿Juegan a hockey sobre hielo en Norteamérica?

—¡Por supuesto! He seguido a los New York Rangers desde que era niño. Quiero ver cómo juegan aquí —respondió con toda sinceridad, ya que el patinaje y los pases rusos eran lo más parecido a Mozart en el mundo del deporte—. Hoy me han dicho en la embajada que disponen de buenas entradas. Ejército Central —agregó.

—¡Bah! —refunfuñó el moscovita—. Yo soy hincha de los Wings.

Puede que aquel individuo fuera genuino, pensó Foley, sorprendido. Los rusos eran tan selectivos respecto a sus equipos de hockey como los norteamericanos con los de béisbol. Pero probablemente en el Segundo Directorio trabajaran también hinchas de hockey. Para él no se podía ser nunca «demasiado precavido», especialmente allí.

—¿No es el Ejército Central el equipo campeón?

—Son demasiado remilgados. Fíjese en lo que les ocurrió en Norteamérica.

—En Norteamérica, el juego es más físico, por decirlo de algún modo. A ustedes debe de parecerles que se comportan como gamberros, ¿no es cierto? —dijo Foley, que se había desplazado en tren a Filadelfia para ver el partido.

Le divirtió comprobar que los Flyers, más conocidos como los matones callejeros, derrotaron a los visitantes rusos, un tanto prepotentes. El equipo de Filadelfia utilizó incluso una arma secreta, la envejecida Kate Smith cantando Dios bendiga América, que para los miembros de ese equipo fue como comer clavos y bebés para desayunar. ¡Diablos, menudo partidazo!

—Sí, jugaron duro, pero no son mariquitas. Los jugadores del Ejército

Central parecen bailarines del Bolshoi, por su forma de patinar y hacer los pases. No está mal que de vez en cuando se sientan humillados.

—Recuerdo la olimpiada del ochenta y, sinceramente, fue un milagro que lográramos derrotar a su excelente equipo.

¿Milagro? ¡Qué va! Nuestro entrenador estaba dormido, al igual que nuestros héroes. Sus chicos jugaron con ahínco y merecieron la victoria. El entrenador mereció que lo fusilaran.

Sí, aquel individuo hablaba como un verdadero hincha.

—Quiero que mi hijo aprenda a jugar al hockey aquí.

—¿Qué edad tiene? —preguntó con auténtico interés en la mirada.

Cuatro años y medio —respondió Foley.

—Buena edad para aprender a patinar. Los niños tienen muchas oportunidades de patinar en Moscú, ¿no es cierto, Vanya? —dijo, dirigiéndose al individuo que se encontraba a su lado y que observaba la conversación con una mezcla de curiosidad e incomodidad.

—Asegúrese de que consiga unos buenos patines —sugirió el segundo hombre—. Los malos pueden dañarle los tobillos.

Una respuesta típicamente rusa. En ese país frecuentemente duro, la preocupación por los niños era enternecedoramente genuina. El oso ruso tenía un tierno corazón para los niños, pero otro de granito congelado para los adultos.

—Gracias. Lo haré.

—¿Vive usted en el recinto para extranjeros?

—Efectivamente —respondió Foley.

—La próxima parada es la suya.

—Spasiba y buenos días.

Se dirigió a la puerta del vagón y volvió la cabeza para despedirse de sus nuevos amigos rusos. ¿Pertenecerían al KGB? Tal vez, pero no estaba seguro de ello. Lo estaría si seguían encontrándose en el metro dentro de un mes. Lo que Ed Foley no sabía era que en todo momento los había estado observando un individuo con un ejemplar del Sovietskiy Sport en las manos, a dos metros escasos de distancia. Se llamaba Oleg Zaitzev y Oleg Ivanovich pertenecía al KGB.

El jefe de delegación se apeó del metro y se dirigió con la muchedumbre a la escalera mecánica, que en otra época conducía a un retrato de Stalin de cuerpo entero, desaparecido ahora para no ser reemplazado por otro. En el exterior soplaba un aire fresco ya otoñal, bastante agradable después del ambiente cargado del metro. A su alrededor, por lo menos una decena de individuos encendieron sus apestosos cigarrillos y se alejaron en diversas direcciones. Estaba a sólo media manzana del recinto residencial, con su correspondiente garita custodiada por un vigilante uniformado, que miró a Foley, y decidió que era norteamericano por la calidad de su abrigo, sin saludarlo siquiera con un movimiento de la cabeza ni mucho menos con una sonrisa. Los rusos no acostumbraban a sonreír. Eso era algo que sorprendía a los visitantes norteamericanos; la austeridad externa de los rusos era casi inexplicable para los extranjeros.

Dos estaciones más allá, Oleg Zaitzev titubeaba sobre si redactar o no un informe. El KGB esperaba que sus agentes lo hicieran, en parte para

mostrar su lealtad y en parte para exhibir su vigilancia perpetua de los ciudadanos del principal enemigo, como se denominaba a Norteamérica en su comunidad profesional. El propósito era sobre todo el de mostrar su paranoia institucional, fomentada abiertamente por el KGB. Pero Zaitzev era oficinista de profesión y no sentía la necesidad de generar papeleo innecesario. Algún funcionario del piso superior se limitaría a ojearlo, como mucho a leerlo por encima y guardarlo en un archivo donde nunca nadie volvería a mirarlo. Su tiempo era demasiado valioso para esas bobadas. Además, ni siquiera había hablado con el extranjero. Se apeó en la estación que correspondía, subió por la escalera mecánica al aire fresco del atardecer y, encendió su cigarrillo Trud al salir a la calle. Era repugnante. El tenía acceso a las tiendas «cerradas» y podría haber comprado cigarrillos franceses, ingleses, o incluso norteamericanos, pero eran demasiado caros y su presupuesto no alcanzaba a cubrir sus gustos. De modo que fumaba la marca habitual de los obreros, como la mayoría de sus paisanos. La calidad de su ropa era ligeramente superior a la del resto de sus camaradas, aunque no demasiado. No lo suficiente para destacar junto a los demás. Se encontraba a dos manzanas de su casa. Vivía en el primero, que los norteamericanos llamarían segundo, y se alegraba de no hacerlo en un piso superior, para evitar el riesgo de sufrir un infarto cuando no funcionaba el ascensor, lo cual solía ocurrir una vez al mes. Ese día funcionaba. La anciana que vivía en el piso del portero de la planta baja tenía hoy la puerta cerrada en lugar de abierta, lo cual indicaba que había algún problema mecánico del que debía advertirle. Eso significaba que hoy no se había roto nada en el edificio. Eso no era exactamente un motivo de celebración, pero sí una de esas pequeñas cosas en la vida que cabe agradecerle a Dios, o a quienquiera que determine los avatares del destino. El cigarrillo murió cuando cruzaba el umbral de la puerta principal. Zaitzev tiró la colilla al cenicero y se dirigió al ascensor que, por increíble que pudiera parecer, lo estaba esperando con las puertas abiertas.

—Buenas tardes, camarada Zaitzev —lo saludó el ascensorista, un lisiado de la «gran guerra patriótica», con sus correspondientes medallas que lo demostraban.

Había sido artillero, según decía. Probablemente era el soplón del edificio, el que informaba de sucesos inusuales a otro contacto del KGB a cambio de un mísero estipendio que complementaba su pensión del Ejército Rojo.

—Buenas tardes, camarada Glenko —respondió Zaitzev.

Éste fue el alcance de su intercambio. Glenko hizo girar la manivela, condujo suavemente el ascensor hasta su piso y abrió la puerta. Se encontraba ahora a cinco metros de su casa. Al abrir la puerta, el aire estaba impregnado de olor a col hervida: sopa de col para la cena. No era inusual; el repollo, acompañado de sabroso pan negro, era un producto básico en la dieta rusa.

—¡Papá!

Oleg Ivanovich se agachó para levantar en brazos a su pequeña Svetlana, que con su rostro de querubín y su radiante sonrisa era la niña de sus ojos.

—¿Cómo está hoy mi pequeña zaichik? —preguntó mientras la pequeña le daba un beso.

Svetlana asistía a un atestado centro infantil con otros pequeños de su misma edad, que no era exactamente un parvulario, ni tampoco una guardería. La ropa de la niña era prácticamente lo único de color que se podía conseguir en ese país. En ese momento llevaba puestos un jersey verde, unos pantalones grises y unos pequeños zapatos de cuero rojo. La ventaja de tener acceso a las tiendas «cerradas» era que podía adquirir cosas para su pequeña. En la Unión Soviética no había siquiera pañales de tela para los bebés, que sus madres solían elaborar con viejas sábanas, ni mucho menos los desechables que se usaban en Occidente. Por consiguiente, había cierta presión para que los pequeños aprendieran cuanto antes a utilizar el retrete, y la pequeña Svetlana, para alivio de su madre, lo había logrado hacía ya algún tiempo. Oleg siguió el olor del repollo hasta la cocina.

—Hola, cariño —lo saludó Irina Bogdanova junto al fogón, donde estaba cocinando el repollo, las patatas y lo que su marido esperaba que fuera un poco de jamón.

Lo acompañarían con té y pan. Todavía era temprano para el vodka. Los Zaitzev bebían, pero no en exceso. Solían esperar a que Svetlana se acostara. Irina, licenciada por la universidad estatal de Moscú y liberada en el sentido occidental, aunque no emancipada, trabajaba como contable en los almacenes GUM. Junto a la mesa de la cocina colgaba el monedero de tela, que llevaba siempre consigo en su bolso, pendiente en todo momento de lo que pudiera comprar para comer o para alegrar su insípido hogar. Eso suponía hacer cola, función reservada a las mujeres en la Unión Soviética, junto a la de preparar la comida para su esposo, independientemente de la categoría profesional de ambos. Sabía que su marido trabajaba para la seguridad nacional, pero en el fondo desconocía en qué consistía su trabajo; sólo sabía que cobraba un sueldo bastante correcto, tenía un uniforme que raramente usaba y estaba a punto de conseguir un ascenso. Por tanto, hiciera lo que hiciese, suponía que debía de hacerlo bastante bien y eso le bastaba. Hija de un militar de infantería de la «gran guerra patriótica», había estudiado en escuelas estatales y obtenido notas superiores a la media, aunque nunca llegó a alcanzar sus deseos. Había demostrado cierto talento para el piano, pero no el suficiente para proseguir en un conservatorio estatal. También había intentado escribir, pero una vez más su talento no alcanzó el nivel necesario para el criterio editorial. No era fea, aunque delgada para los gustos rusos. Llevaba una melena de color castaño claro hasta los hombros, generalmente bien peinada. Leía mucho, prácticamente todos los libros que caían en sus manos y que merecieran la pena, además de escuchar música clásica. De vez en cuando asistía con su marido a conciertos en el Tchaikovsky. Oleg prefería el ballet y también iban a verlo, Irina suponía que gracias al trabajo de su marido en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy. Todavía no era suficientemente veterano para alternar en las fiestas con los altos funcionarios del servicio de seguridad. Tal vez cuando alcanzara el rango de coronel, esperaba su esposa. De momento disfrutaban del estilo de vida de clase media de los funcionarios estatales, combinando ambos sueldos para llegar a fin de mes. La ventaja era su acceso ocasional a las tiendas «cerradas» del KGB, donde por lo menos podían adquirir cosas bonitas para ella y para Svetlana. Y, quién sabe, tal vez algún día podrían permitirse tener otro hijo. Ambos eran

bastante jóvenes y la presencia de un niño alegraría su hogar.

—¿Hay algo interesante hoy? —bromeó Irina, como casi todos los días.

—Nunca sucede nada interesante en el despacho —respondió Oleg, también como de costumbre.

No, sólo los mensajes habituales de ida y vuelta de los agentes de campo, que él colocaba en los buzones correspondientes para que los mensajeros internos los llevaran en mano a los despachos de los agentes de control del piso superior, que eran quienes dirigían realmente el KGB. Un coronel muy veterano había bajado para comprobar la operación de la semana anterior, cosa que hizo sin una sonrisa, una palabra amable, ni pregunta alguna durante veinte minutos, antes de desaparecer hacia los ascensores. Oleg sólo conocía su rango por la identidad de su acompañante: el coronel encargado de su propia operación. En su departamento, la gente solía hablar en un susurro, si es que lo hacía, y estaba demasiado lejos para oír las pocas palabras que se habían intercambiado; además, se le había enseñado a no mostrar demasiado interés.

Pero el efecto de la formación sólo podía llegar hasta cierto punto. El capitán Oleg Ivanovich Zaitzev era demasiado listo para cerrar su mente por completo. Su trabajo precisaba en realidad algo semejante al juicio para realizarlo debidamente, pero debía ejercerse con la cautela de un ratón paseando por una sala llena de gatos. Acudía siempre a su superior inmediato y empezaba por las preguntas más modestas antes de obtener su aprobación. En realidad, sus propuestas siempre se aprobaban. Oleg era hábil en ese sentido y se lo empezaba a reconocer como tal. Poco le faltaba para ser comandante. Recibiría más dinero, mayor acceso a las tiendas reservadas y, gradualmente, más independencia... no, eso último no era cierto. Se reducirían un poco las restricciones en cuanto a lo que podía hacer. Algún día tal vez incluso podría llegar a preguntar si un mensaje saliente era razonable. «¿Realmente queremos hacer esto, camarada?», le apetecía preguntar de vez en cuando. Evidentemente no le correspondía a él tomar decisiones operativas, pero en el futuro podría llegar a cuestionar, en los términos más oblicuos, la redacción de alguna orden. De vez en cuando veía algo destinado al agente cuatro cinco siete en Roma, por ejemplo, y se preguntaba si su país realmente quería arriesgarse a sufrir las consecuencias de una orden errónea. Y a veces sucedía. Hacía sólo dos meses había visto un despacho de Bonn en el que se advertía que había surgido algún problema con el servicio de Contrainteligencia de Alemania Occidental y el agente de campo solicitaba instrucciones urgentes; las instrucciones que recibió fueron las de proseguir con su misión, sin cuestionar la inteligencia de sus superiores. A continuación, dicho agente desapareció por completo de la red. ¿Había sido detenido y fusilado?, se preguntaba Oleg. Conocía los nombres de algunos agentes de campo, casi todos los nombres de las operaciones y muchos de sus objetivos. Pero, sobre todo, conocía los nombres en clave de centenares de extranjeros que eran agentes del KGB. En el mejor de los casos, era como leer una novela de espionaje. Algunos de los agentes de campo tenían una vena literaria. Sus despachos no eran como los escuetos comunicados de los militares. Por el contrario, les gustaba transmitir el estado de ánimo de sus agentes, la sensación de la información y de la misión asignada. Podían ser como escritores de guías

de viajes que describían situaciones para un público de pago. En realidad se suponía que Zaitzev no debía digerir dicha información, pero tenía cabeza y, además, todo despacho incorporaba pistas codificadas. Una falta de ortografía en la tercera palabra, por ejemplo, podía indicar que el agente corría peligro. Cada agente tenía una clave distinta y Zaitzev disponía de una lista completa de las mismas. Sólo en dos ocasiones había detectado dichas irregularidades y en una de ellas sus superiores le habían ordenado considerarlo como un error de escritura y olvidarlo, por lo cual todavía estaba estupefacto. Pero el error nunca se había repetido y, por consiguiente, quizá sólo se tratara de un error de codificación por parte de dicho agente. Después de todo, según su superior, los hombres formados en el Centro no solían ser capturados en el campo; eran los mejores del mundo y sus enemigos occidentales no eran suficientemente listos. El capitán Zaitzev asintió obedientemente en su momento, anotó sus observaciones y se aseguró de incluirlas en las fichas archivadas, cubriéndose así las espaldas como todo buen funcionario.

¿Y si su superior inmediato estaba bajo el control de algún servicio de espionaje occidental?, se preguntó en aquella ocasión y de nuevo más adelante, generalmente después de unas copas frente al televisor. Dicho compromiso sería el súmmum de la perfección. En ningún lugar del KGB existía una lista escrita de sus agentes y funcionarios. El concepto de «compartimentación» se había inventado aquí, allá por los años veinte, o puede que incluso antes. Ni siquiera al director Andrópov se le permitía disponer de dicha información para evitar que, en caso de desertar a Occidente, pudiera llevársela consigo. El KGB no confiaba en nadie, y mucho menos en su propio jefe. Por consiguiente, curiosamente, sólo el personal de su propio departamento tenía acceso a dicha información, pero ellos no eran agentes operativos; sólo eran comunicadores. ¿Pero acaso no era siempre al codificador en las embajadas extranjeras a quien el KGB intentaba comprometer? Puesto que al funcionario en cuestión no se lo consideraba suficientemente listo para confiarle nada importante, ¿no era precisamente la persona a quien se confiaba dicha información? A menudo se trataba de una mujer, y los agentes del KGB se habían formado en el arte de la seducción. Había visto despachos de dicho género, en algunos de los cuales se describía detalladamente la seducción, tal vez para impresionar a los hombres del piso superior con sus poderes viriles y el alcance de su devoción al Estado. A Zaitzev no le parecía que cobrar por acostarse con las mujeres fuese particularmente heroico, aunque quizá las mujeres fueran extraordinariamente feas y cumplir como un hombre en dichas circunstancias podría ser difícil.

A fin de cuentas, pensaba Oleg Ivanovich, a menudo se confiaban secretos cósmicos a los funcionarios, y ¿no era divertido que él fuera uno de ellos? Ciertamente más divertido que su sopa de repollo, por muy nutritiva que fuera. De modo que el Estado soviético confiaba en algunas personas, a pesar de que la «confianza» fuera un concepto tan ajeno a su pensamiento colectivo como lo es el hombre con respecto a Marte. Y él era una de ellas. Una consecuencia de dicha ironía era la bonita blusa verde que llevaba su hija. Colocó unos cuantos libros sobre una silla de la cocina y sentó a la pequeña Svetlana sobre los mismos para que pudiera cenar. Las manos de Svetlana eran un poco pequeñas para los cubiertos de cinc y aluminio, pero por lo menos no pesaban demasiado para ella.

Todavía tenía que untarle la mantequilla en el pan. Era agradable poder permitirse mantequilla de verdad.

—He visto algo bonito en la tienda especial de camino a casa —comentó Irina, como lo hacen las mujeres durante la cena, para coger a sus maridos de buen humor.

Hoy el repollo estaba particularmente bueno y el jamón era polaco. Lo había comprado en la tienda «cerrada», no cabía duda. Hacía sólo nueve meses que se había acostumbrado a hacerlo y ahora se preguntaba cómo se las apañaban antes.

—¿De qué se trata? —preguntó Oleg mientras sorbía su té georgiano.

—Sujetadores. Suecos.

Oleg sonrió. Los de fabricación soviética parecían diseñados para campesinas que amamantaran terneras en lugar de bebés; excesivamente grandes para las proporciones más humanas de su esposa.

—¿Cuánto? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Sólo diecisiete rublos la pieza.

Diecisiete rublos certificados, no se molestó en puntualizan El rublo certificado tenía un valor real. En teoría podía incluso canjearse por divisa extranjera, al contrario del papel sin valor con el que pagaban a la mayoría de los obreros, cuya tasación era puramente teórica... como, en el fondo, todo lo demás en ese país.

—¿De qué color?

—Blancos.

Tal vez en la tienda especial los tuvieran también en negro o en rojo, pero rara era la mujer soviética que los utilizaba. Allí la gente era muy tradicional en sus costumbres.

Después de la cena, Oleg dejó a su esposa en la cocina y se fue con su hija a la sala de estar, donde se encontraba el televisor. En las noticias dijeron que había empezado la siega, como todos los años, y que los heroicos campesinos de las granjas colectivas recogían la primera cosecha de trigo del verano en las zonas septentrionales, donde debían apresurarse para cultivar y cosechar. Una buena cosecha, según la televisión. Bien —pensó Oleg—, no escaseará el pan este invierno... probablemente. Nunca se podía estar completamente seguro de lo que decían por televisión. A continuación, algunas quejas sobre las armas atómicas norteamericanas que se desplegaban en países de la OTAN, a pesar de las razonables peticiones soviéticas para que Occidente evitara esa actuación tan innecesaria, desestabilizadora y provocativa. Zaitzev sabía que los SS20 soviéticos se desplegaban en otros lugares y que, evidentemente, no eran en absoluto desestabilizadores. El gran espectáculo por televisión esa noche, titulado «Servimos a la Unión Soviética», trataba de operaciones militares, en las que jóvenes soviéticos servían a su país. Era un programa especial sobre hombres que prestaban «servicio internacional» en Afganistán. No solían hablar de ese asunto, y Oleg sentía curiosidad por ver lo que mostrarían. De vez en cuando comentaban la guerra de Afganistán durante el almuerzo. Más que hablar, él solía escuchar, porque se había librado del servicio militar y no lo lamentaba en absoluto. Había oído demasiadas historias sobre la brutalidad innecesaria de las unidades de infantería y, además, los uniformes eran feos. Su uniforme del KGB, que raramente utilizaba, era más que suficiente. Sin embargo, las imágenes revelaban historias que no

alcanzaban a contar las palabras y él tenía la perspicacia visual para los detalles que requería su trabajo.

—Todos los años se cosecha trigo en Kansas y nunca lo mencionan en las noticias de la noche de la NBC —dijo Ed Foley.

—Supongo que para ellos comer es un logro importante —respondió Mary Pat, su esposa—. ¿Cómo está la oficina?

—Apretujada —dijo Ed mientras agitaba las manos para indicar que no había ocurrido nada interesante.

Mary Pat pronto tendría que dar una vuelta en su coche, en busca de señales de alerta. En Moscú trabajaban con el agente Cardenal, que era su fuente principal. El coronel sabía que aquí tendría nuevos enlaces. Hacer los preparativos sería delicado, pero Mary Pat estaba acostumbrada a los asuntos peliagudos.

CAPITULO CUATRO

PRESENTACIONES

Eran las cinco de la tarde en Londres y las doce del mediodía en Langley cuando Ryan conectó su teléfono de seguridad para llamar a la central. Tendría que acostumbrarse a las zonas horarias. Al igual que mucha gente, había comprobado que su horario creativo a lo largo del día se dividía en dos partes. Las mañanas eran mejores para digerir información, y las tardes, para la contemplación. El almirante Greer solía hacer lo mismo y, por consiguiente, Jack se encontraría desfasado con respecto a la rutina de su jefe, lo cual suponía un problema. También debería acostumbrarse a la mecánica del manejo de documentos. Hacía el tiempo suficiente que era funcionario para saber que nunca era tan fácil como era de esperar, ni como debería serlo.

—Greer —respondió una voz después de que se estableció la conexión de seguridad.

—Habla Ryan, señor.

—¿Cómo le va por Inglaterra, Jack?

—Todavía no he visto la lluvia. Cathy empieza mañana en su nuevo trabajo.

—¿Cómo está Basil?

—No puedo quejarme de su hospitalidad, señor.

—¿Dónde está usted ahora?

—En Century House. Me han dado un despacho en el piso superior, con un individuo de su sección rusa.

—Apuesto a que quiere una unidad telefónica de seguridad en su casa.

—Buena idea, señor.

Ese viejo cabrón parecía tener telepatía.

—¿Algo más?

—No se me ocurre nada en este momento, almirante.

—¿Ha ocurrido algo interesante ya?

—Acabo de instalarme, señor. La sección rusa tiene buen aspecto. El individuo con el que trabajo, Simon Harding, es bastante clarividente— respondió Ryan, aprovechando que Simon se había ausentado en aquel momento.

Claro que el teléfono podía estar intervenido... No, no a un caballero de la orden de Victoria... ¿O sí?

—¿Están bien los niños?

—Sí, señor. Sally intenta descifrar la televisión local. —Los críos se adaptan bastante bien.

Mejor que los adultos.

—Lo mantendré informado, almirante.

—El documento del Hopkins estará mañana en su despacho.

—Gracias. Creo que les gustará. Bernie ha dicho algunas cosas interesantes. Ese otro asunto del papa...

—¿Qué dicen nuestros primos?

—Están preocupados. Yo también lo estoy. Su Santidad les ha puesto muy nerviosos, y no creo que a los rusos les pase inadvertido.

—¿Qué dice Basil al respecto?

—No mucho. Desconozco las fuentes de las que disponen en el lugar. Supongo que esperan a ver lo que pueden averiguar. ¿Hay algo por nuestra parte? —se interesó Jack después de hacer una pausa.

—Todavía no —respondió escuetamente el almirante.

La respuesta estaba a un paso de «nada de lo que pueda hablarle». ¿Había llegado el almirante Greer a confiar realmente en él?, se preguntó Jack. Sabía que le gustaba, ¿pero confiaba realmente en su capacidad analítica? Tal vez esa estancia en Londres, si no un retorno al campamento de instrucción, fuera una segunda visita a la escuela básica. Ahí era donde el cuerpo de marines se aseguraba de que los jóvenes con estrellas de teniente tuvieran lo necesario para mandar a los soldados en el campo de batalla. Tenía fama de ser la escuela más dura del cuerpo. A Ryan no le había resultado particularmente fácil, pero había acabado siendo el primero de su promoción. ¿Había sido sencillamente una cuestión de suerte? No había servido el tiempo suficiente para averiguarlo, debido a la avería de un CH46 sobre la isla de Creta, que todavía perturbaba ocasionalmente sus sueños. Afortunadamente, su sargento artillero y un marine lograron estabilizar el aparato, pero Jack aún sentía escalofríos sólo de pensar en helicópteros.

—Dígame lo que piensa, Jack.

—Si mi trabajo consistiera en mantener vivo al papa, estaría algo nervioso. Los rusos pueden jugar duro cuando se lo proponen. Lo que no puedo evaluar es la posible reacción del Politburó; es decir, la contundencia de su respuesta. Cuando hablaba con Basil, le he dicho que dependía de lo asustados que estuvieran de su amenaza, si es que cabe llamarla amenaza.

—¿Cómo la denominaría usted, Jack? —preguntó el subdirector de Inteligencia, a cinco mil quinientos kilómetros de distancia.

—Sí, señor, tiene usted razón. Supongo que es una especie de amenaza para su forma de pensar.

—¿Una especie? ¿Cómo lo ven ellos?

Jim Greer habría sido un auténtico hueso como profesor de historia o de ciencias políticas, tanto como el padre Tim en Georgetown.

—Tomo nota, almirante. Es una amenaza. Y ellos la interpretarán como tal. Pero de lo que no estoy seguro es de la gravedad que le atribuirán. No es como si creyeran en Dios. Para ellos, «Dios» es la política, y la política no es más que un proceso, no un sistema de creencias como la interpretamos nosotros.

—Jack, debe aprender a interpretar la realidad a través de los ojos de su adversario. Su capacidad analítica es muy buena, pero tiene que mejorar la percepción. Esto no son acciones y valores, donde trataba con cifras exactas, no son números lo que se percibe. Dicen que El Greco tenía astigmatismo, que deformaba su percepción visual. Ellos también ven la realidad a través de una óptica distinta. Usted es capaz de reproducirla y será uno de los mejores en el campo, pero debe dar ese salto en su imaginación. Harding lo hace bastante bien. Aprenda de él a mirar dentro de sus cabezas.

—¿Conoce usted a Simon? —preguntó Jack.

—Leo sus análisis desde hace años.

Nada de esto es casual, Jack, se dijo a sí mismo, sorprendido. Su segunda lección importante del día.

—Comprendido, señor.

—No se sorprenda, muchacho.

—De acuerdo, señor —respondió Ryan como un recluta de los marines.

No volveré a cometer este error, almirante. Y en ese momento, John Patrick Ryan se convirtió en un auténtico analista de Inteligencia.

—Ordenaré a la embajada que le entregue la unidad de teleco-municaciones de seguridad. Usted sabe cómo protegerla —agregó el subdirector de Inteligencia, como medida de precaución.

—Sí, señor, lo sé.

—Bien. Aquí es la hora del almuerzo.

—Sí, señor. Lo llamaré mañana.

Ryan colgó el teléfono, retiró la tarjeta de plástico del aparato y la guardó en su bolsillo. Consultó el reloj. Hora de bajar la persiana. Ya había retirado los archivos secretos de su escritorio. A eso de las cuatro y media los recogía una mujer con un carrito para llevarlos al archivo central. En ese preciso momento regresó Simon.

¿A qué hora sale tu tren?

—A las seis y diez.

—Tenemos tiempo para tomar una cerveza, Jack. ¿Te apetece?

—Buena idea, Simon.

Se levantó y salió del despacho detrás de su compañero.

A sólo cuatro minutos andando se encontraba el Fox and Cock, un bar muy tradicional situado a una manzana de Century House. Era un poco arcaico: parecía una reliquia de la época shakespeariana, con enormes tablas de madera y paredes encaladas. Debía de ser una cuestión de efecto arquitectónico, porque ningún edificio podía sobrevivir tanto tiempo, ¿o sí? En su interior había una nube de humo de tabaco y mucha gente con chaqueta y corbata. Era claramente un bar para ejecutivos, donde la mayoría de los clientes eran probablemente de Century House. Harding lo confirmó.

—Es nuestro abrevadero. El gerente era uno de los nuestros; probablemente aquí gana más dinero que en la oficina.

Sin preguntar, Harding pidió dos jarras de cerveza Tetley, que llegaron

rápidamente. A continuación condujo a Jack a una mesa situada en un rincón.

—Y bien, sir John, ¿te gusta?

—De momento no puedo quejarme —respondió después de tomar un sorbo. El almirante Greer cree que eres bastante listo.
—Y Basil considera que él también lo es. ¿Es un buen jefe? —se interesó Harding.

—Sí, estupendo. Te escucha y te ayuda a pensar. No se ensaña contigo cuando metes la pata. Prefiere enseñarte a dejarte en ridículo, por lo menos ésa es mi experiencia. Alguno de los analistas más veteranos ha recibido alguna reprimenda. Supongo que todavía no he alcanzado el rango necesario —respondió Ryan antes de hacer una pausa. ¿Se supone que aquí tú eres mi tutor, Simon?

Una pregunta tan directa sorprendió a su interlocutor.

—Yo no diría exactamente eso. Soy un especialista soviético. Tú eres más bien generalista, si no me equivoco.

—Más bien aprendiz —sugirió Ryan.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

—Cómo pensar como un ruso.

Harding soltó una carcajada.

—Eso es algo que aprendemos todos los días. La clave estriba en recordar que para ellos todo es política, y la política, no lo olvides, trata de ideas nebulosas, de estética. Especialmente en Rusia, Jack. Son incapaces de producir artículos como coches y televisores, por lo que deben concentrarse en que todo encaje en su teoría política, en las máximas de Marx y de Lenin. Y, evidentemente, Lenin y Marx no tenían la menor idea sobre cómo hacer cosas de verdad en el mundo real. Es como una religión de locos, donde en lugar de matar a sus apóstatas con rayos y plagas bíblicas, los fusila un piquete de ejecución. Según su visión del mundo, todo lo que fracasa es consecuencia de la apostasía política. Su teoría política ignora la naturaleza humana y puesto que su teoría política es un decreto sagrado y, por consiguiente, infalible, el fracaso debe de estar en la naturaleza humana. Como puedes comprobar, no es lógicamente consecuente. ¿Has estudiado metafísica?

—En la Universidad de Boston, durante el segundo curso. En los jesuitas es obligatoria durante un semestre —respondió Ryan antes de tomar un buen trago. Te guste o no.

—Pues bien, el comunismo es metafísica aplicada despiadadamente al mundo real, y cuando las cosas no cuadran, es culpa de los cabezas cuadradas que no encajan en los malditos agujeros redondos. Eso, evidentemente, puede ser bastante duro para los pobres infelices. Y así fue como Joe Stalin asesinó aproximadamente a veinte millones de ellos, debido en parte a su propia enfermedad mental y a su obstinación. Ese loco definió la paranoia. Como puedes comprobar, sale caro tener a un loco como jefe, con un código de reglas tergiversadas.

—¿Pero hasta qué punto se mantienen fieles los jefes actuales a la teoría marxista?

Harding movió reflexivamente la cabeza.

—Esa es la cuestión, Jack. La verdad es que no tenemos la más remota idea. Todos alegan ser verdaderos creyentes, ¿pero lo son? —Hizo una pausa para tomar un trago mientras reflexionaba—. Creo que sólo cuando

les conviene. Pero eso depende de quién estemos hablando. Suslov, por ejemplo, es un auténtico creyente, ¿pero los demás...? En mayor o menor grado, lo son y no lo son. Supongo que se los podría equiparar con los que iban a misa todos los domingos y luego perdieron la costumbre de hacerlo. Algunos siguen siendo creyentes, pero una parte de ellos ha dejado de serlo. En lo que sí creen es en que la religión del Estado es la fuente de su poder y de su rango. Por consiguiente, toda la gente corriente en ese país debe aparentar que cree, porque creer es lo único que les otorga poder y rango.

—¿Inercia intelectual? —se preguntó Ryan en voz alta.

—Exactamente, Jack. La primera ley de Newton del movimiento.

Una parte de Ryan quería objetar a dicha explicación. El mundo debía de tener más sentido. ¿Pero realmente lo tenía? ¿Qué regla le obligaba a tenerlo?, se preguntó a sí mismo. ¿Y quién aplicaba dichas reglas? ¿Era realmente tan sencillo? Lo que Harding acababa de explicar en menos de doscientas palabras justificaba supuestamente los centenares de miles de millones de dólares en gastos, las armas estratégicas de potencia incomprensible y los millones de personas cuyos uniformes denotaban una enemistad que exigía agresión y muerte en tiempo de guerra o de tensión extrema.

Pero lo que imperaba en el mundo eran las ideas, buenas y malas, y el conflicto entre ésa y la de Ryan definía la realidad en la que trabajaba, el sistema de creencias de la gente que había intentado matarlos a él y a su familia. ¿Y no era eso tan real como debía serlo? No había ninguna regla que obligara al mundo a tener sentido. La gente decidía por cuenta propia lo que tenía o no sentido. Por consiguiente, ¿todo lo relacionado con el mundo era una cuestión de percepción? ¿Era todo cuestión de la mente? ¿Qué era la realidad?

Pero ésa era la cuestión tras toda metafísica. Cuando Ryan estudiaba en la Universidad de Boston, todo era tan puramente teórico que no parecía guardar relación alguna con la realidad. Había supuesto un gran esfuerzo para Ryan absorberlo a los diecinueve años y ahora se percataba de que el esfuerzo era el mismo a los treinta y dos. Pero aquí los resultados no se registraban en un informe, sino a menudo en sangre humana.

—Maldita sea, Simon. Sería mucho más fácil si creyeran en Dios.

—Entonces no sería más que otra guerra religiosa y no olvides que ésas también son muy sangrientas. Piensa en las cruzadas, con dos versiones de Dios enfrentadas. Fueron guerras terribles. Los verdaderos creyentes de Moscú creen navegar en la cresta de la ola de la historia, que aporta perfección a la condición humana. Debe de volverlos locos comprobar que su pueblo apenas puede alimentarse e intentan ignorarlo, pero es difícil hacer caso omiso de un estómago vacío. De modo que nos acusan de todo a nosotros y a los traidores y saboteadores en su país. Ésas son las personas a las que encarcelan o ejecutan. Harding se encogió de hombros.

—Personalmente los considero como infieles, como creyentes en un dios falso. Así es más fácil. He estudiado su teología política, pero eso tiene un valor limitado, porque como ya he dicho anteriormente, muchos de ellos no creen realmente en la esencia de su sistema. A veces piensan como rusos tribales, que siempre han tenido una visión tergiversada del mundo respecto a nuestros criterios. La historia rusa es tan compleja que su es-

tudio tiene límites en términos de la lógica occidental. Son terriblemente xenófobos, siempre lo han sido, pero debido a causas históricas bastante razonables. Siempre han recibido amenazas, tanto del este como del oeste. Los mongoles, por ejemplo, llegaron hasta el mar Báltico, y los alemanes y los franceses llamaron a las puertas de Moscú. Como se suele decir, son muy suyos. Si de algo estoy seguro, es de que nadie que esté en sus cabales los quiere como amos. Es una verdadera pena. Tienen tantísimos poetas y compositores maravillosos.

—Flores en un vertedero —sugirió Ryan.

—Exactamente, Jack. Muy bien —dijo Harding antes de levantar su pipa y encenderla con un fósforo de cocina. ¿Qué te parece la cerveza?

—Excelente. Mucho mejor que en mi país.

—No sé cómo podéis bebérosla. Pero vuestra ternera es mejor que la nuestra.

—Alimentada con maíz. De ese modo es más buena que cuando el ganado come hierba —suspiró Ryan—. Todavía me estoy acostumbrando a la vida de este país. Cada vez que empiezo a sentirme a gusto, algo me sorprende como una mordedura de serpiente.

—Has tenido menos de una semana para acostumbrarte a nosotros.

—Mis hijos hablarán con un acento raro.

—Civilizado, Jack, civilizado —observó Harding, soltando una buena carcajada—. Vosotros los yanquis destrozáis nuestro idioma, ¿lo sabías?

—Sí, claro.

Pronto utilizaría el término rouuders para referirse al béisbol, que allí era un juego de niñas. Los ingleses eran unos auténticos ignorantes con respecto a ese deporte.

Por su parte, Ed Foley se sintió de pronto escandalizado al pensar en los micrófonos que sabía que debía de haber en su apartamento. Cada vez que hacía el amor con su esposa, algún oficinista del KGB los estaba escuchando. Probablemente era una diversión perversa de sus agentes del contraespionaje, pero, maldita sea, se trataba de su vida amorosa; ¿acaso no había nada sagrado? Tanto él como Mary Pat estaban sobre aviso y en el avión, donde no se podían instalar micrófonos, su esposa incluso había bromeado al respecto. Mary Pat había dicho que era una forma de mostrarles a esos bárbaros cómo vivían las personas reales y él se había reído, pero una vez en casa ya no resultaba tan divertido. Le hacía sentirse a uno como un animal en un parque zoológico, observado por un público que señalaba con el dedo y se reía. ¿Guardaría el KGB un registro de la frecuencia con que él y su esposa hacían el amor? Probablemente, pensó, en busca de dificultades matrimoniales como pretexto para reclutarlos a él o a Mary Pat. Todo el mundo lo hacía. Por consiguiente, deberían copular con regularidad sólo para ahuyentar dicha posibilidad, aunque excederse en el sentido contrario ofrecía también unas interesantes posibilidades teóricas... No decidió el jefe de la delegación—, eso supondría una complicación innecesaria durante su estancia en Moscú y ser jefe de delegación era ya suficientemente complejo.

Sólo el embajador, el agregado de Defensa y sus propios subalternos estaban autorizados a conocer su verdadera función. Ron Fielding era en

apariencia el jefe de seguridad y su trabajo consistía en sacudirse como un buen gusano en el anzuelo. Cuando aparcaba el coche, a veces bajaba la visera o la hacía girar noventa grados, o daba la vuelta a la manzana con una flor en el ojal, como si intentara hacerle una seña a alguien, o en el mejor de los casos tropezaba con alguna persona para fingir que le entregaba algún objeto. Eso podía volver locos a los agentes del contraespionaje del Segundo Directorio, que perseguían a inocentes moscovitas, o quizá detenían a algunos de ellos para interrogarlos, o utilizaban un montón de agentes para vigilar lo que hacía algún pobre desgraciado elegido al azar. Por lo menos obligaba al KGB a desperdiciar esfuerzos en tareas inútiles, persiguiendo a presas imaginarias. Pero lo mejor de todo era que los convencía de que Fielding era muy torpe como jefe de delegación. Siempre lograba que sus rivales se sintieran mejor y eso era inteligente por parte de la CIA. Su juego hacía que otros juegos de poder se parecieran al de la oca.

Pero le fastidiaba el hecho de que probablemente hubiera micrófonos en el dormitorio. Además, no podía adoptar las medidas habituales para contrarrestarlos, como conectar la radio o hablar en voz baja. No podía comportarse como un espía profesional. Debía actuar como un bobo y para ello se precisaba inteligencia, disciplina y una gran meticulosidad. No podía permitirse cometer el menor desliz. Una sola equivocación podía costarle la vida a alguien y Ed Foley era un hombre juicioso. Para un espía de campo era peligroso tener juicio, pero a la vez era imposible no tenerlo. Debían preocuparle sus agentes, esos extranjeros que trabajaban para él y le facilitaban información. Todos, o casi todos, tenían problemas. El predominante allí era el alcoholismo. Contaba con que todos los agentes con los que se encontrara fueran bebedores. Algunos de ellos estaban bastante locos. La mayoría pretendía desquitarse con sus jefes, con el sistema, con el país, con el comunismo, con su esposa, o con la perversión global del planeta. Otros, muy pocos, podían ser personas agradables. Pero Foley no los elegía; ellos lo elegían a él. Y se veía obligado a jugar con las cartas que le tocaban en suerte. Las leyes de ese juego eran duras y sumamente severas. Su vida no corría peligro. Tanto él como Mary Pat podían ser objeto de algunos malos tratos, pero ambos tenían pasaportes diplomáticos y si se metían demasiado en serio con ellos, en algún lugar de Norteamérica, algún diplomático soviético de alto rango podría pasar un mal rato en manos de unos gamberros callejeros, pertenecientes o no a algún cuerpo de seguridad. A los diplomáticos no les gustaban ese tipo de cosas y por tanto las evitaban; en realidad, los rusos eran más fieles a las reglas que los norteamericanos. De modo que él y su esposa estaban a salvo, pero sus agentes, si los descubrían, gozarían de menos misericordia que un ratón en las garras de un gato particularmente sádico. Allí se practicaba todavía la tortura, y los interrogatorios se prolongaban hasta altas horas de la madrugada. Un proceso legal era lo que decidía el gobierno en un momento dado, y la posibilidad de apelar dependía de que la pistola del interrogador estuviera o no cargada. Por tanto, independientemente de que sus agentes fueran borrachos, prostitutas o delincuentes, debía tratarlos como a sus propios hijos, cambiándoles los pañales, llevándoles un vaso de agua a la cama y sonándoles la nariz.

Foley pensó que se trataba de un juego endiablado que lo mantenía

despierto por la noche. ¿Lo sabrían los rusos? ¿Había cámaras ocultas en las paredes? ¿No sería eso realmente perverso? Pero la tecnología norteamericana no estaba tan avanzada, de modo que la rusa tampoco podía estarlo... probablemente. Foley se recordó a sí mismo que allí había personas listas y que muchas de ellas trabajaban para el KGB.

Lo que le asombraba era que su esposa se sumía en el sueño de los justos, allí, junto a él. En realidad, Mary Pat era mejor espía de campo que él. Se había adaptado al trabajo como una foca al agua del mar, a la captura de peces. ¿Pero y los tiburones? Le parecía normal que un hombre se preocupara por su esposa, por muy hábil que fuera como espía. A la luz tenue, Mary Pat le parecía un ángel, con su preciosa sonrisa cuando dormía y su fino pelo rubio todo revuelto desde el momento en que apoyaba la cabeza sobre la almohada. Para los rusos era una espía potencial, pero para Edward Foley era su querida esposa, su compañera de trabajo y la madre de su hijo. Era curioso que las personas pudieran ser tantas cosas diferentes, según quien las observara y, sin embargo, que todas fueran ciertas. ¡Maldita sea, necesitaba dormir!, y con ese filosófico pensamiento Ed Foley cerró los ojos.

—Entonces, ¿qué ha dicho? —preguntó Bob Ritter.

—No está demasiado contento —respondió el juez Moore, sin que a nadie le sorprendiera—. Pero comprende que no podemos hacer gran cosa al respecto. Probablemente pronunciará un discurso la semana próxima sobre la nobleza de los obreros, especialmente los sindicados.

—Bien refunfuñó Ritter—. Que se lo diga a los controladores aéreos.

El subdirector de Operaciones era un maestro de las ocurrencias fáciles, pero sabía que no debía utilizarlas en compañía inadecuada.

—¿Dónde pronunciará el discurso? —preguntó el subdirector de Inteligencia.

—En Chicago, la semana próxima. Allí hay una gran población de etnia polaca —explicó Moore Hablará evidentemente de los obreros de los astilleros y señalará que en otra época él dirigía su propio sindicato. Todavía no he visto el discurso, pero creo que esencialmente será de vainilla, con algunos tropezones de chocolate.

—Y los periódicos dirán que busca el voto obrero —observó Jim Greer.

A pesar del refinamiento que se les atribuía, los periódicos no captaban gran cosa hasta que uno se la presentaba con una guarnición de patatas fritas y salsa de tomate. Eran maestros del discurso político, pero no sabían nada de cómo funcionaba realmente la política hasta que recibían un informe, preferentemente en monosílabos.

—¿Se darán cuenta nuestros amigos rusos?

Tal vez. Disponen de personal capacitado para leer entre líneas, en el Instituto Americo-canadiense. Tal vez alguien deje caer algún comentario en la central respecto a que nos preocupa ligeramente la situación en Polonia, dado que hay muchos norteamericanos de ascendencia polaca. No podemos ir mucho más allá por ahora —aclaró Moore.

—De modo que, de momento, nos preocupa Polonia pero no el papa —puntualizó Ritter.

—Eso todavía no lo sabemos —señaló el director.

¿No se preguntarán por qué el papa no nos ha hecho partícipes de su

amenaza...?

—Probablemente no. La redacción de la carta es sugerente de una comunicación privada.

—No suficientemente privada para que Varsovia no la remitiera a Moscú —objetó Ritter.

—Como diría mi esposa, eso es diferente —repuso Moore.

Sabes lo que te digo, Arthur, a veces los engranajes dentro de otros engranajes me producen jaqueca —observó Green.

—El juego tiene sus reglas, James.

—También las tiene el boxeo, pero son mucho más claras.

—«Protégete a ti mismo en todo momento» —señaló Ritter—. También ésa es aquí la regla número uno. ¿No es cierto que todavía no tenemos ninguna alarma específica? —preguntó mientras los demás asentían en silencio. ¿Qué más ha dicho, Arthur?

—Quiere que averigüemos si Su Santidad corre algún peligro. Si algo le ocurriera, nuestro presidente se enojaría mucho.

—Y también unos mil millones de católicos —afirmó Greer.

—¿Crees que los rusos podrían contratar a los protestantes de Irlanda del Norte para cometer el atentado? —preguntó Ritter esbozando una perversa sonrisa—. No olvides que tampoco les cae simpático. Basil debería investigarlo.

—Robert, eso me parece un poco exagerado —comentó Greer—. Lo cierto es que odian tanto el comunismo como el catolicismo.

—Andrópov no se sale tanto de sus casillas —decidió Moore—. Nadie allí lo hace. Si decide eliminar al papa, utilizará sus propios medios y procurará hacerlo de un modo inteligente. Así será como lo sabremos, Dios no lo quiera, si llega a ese extremo. Y si parece que se inclina en esa dirección, deberemos disuadirlo.

—No llegará tan lejos. El Politburó es demasiado circunspecto —declaró el subdirector de Inteligencia—. Sería poco sutil para ellos. Un jugador de ajedrez nunca haría eso, y el ajedrez sigue siendo su deporte nacional.

—Cuéntaselo a Leon Trotski —replicó Ritter.

—Aquello fue personal. Stalin quería comerse su hígado concebolla y ajo —repuso Greer . Fue una cuestión de odio personal, con resultados nulos a nivel político.

—No según la perspectiva del tío Joe. Realmente le tenía miedo a Trotski...

—No es cierto. Reconozco que era un cabrón paranoico, pero incluso él distinguía entre la paranoia y el verdadero miedo —dijo Greer, consciente de que acababa de cometer un desliz, en el momento en que las palabras brotaban de sus labios—. Y aunque le tuviera miedo a aquel viejo cabrón —rectificó—, los de ahora son diferentes. No son tan paranoicos como Stalin, pero, sobre todo, carecen de su firmeza.

—Jim, te equivocas. La carta de Varsovia supone un peligro potencial para su estabilidad política y se la tomarán en serio.

—Robert, no sabía que fueras tan religioso —bromeó Moore.

—No lo soy, ni tampoco lo son ellos, pero esto les preocupará. Creo que les preocupará muchísimo. ¿Lo suficiente para reaccionar? De eso no estoy seguro, pero estoy convencido de que se lo plantearán.

—Eso está por verse —replicó Moore.

—Arthur, ésa es mi valoración —declaró el subdirector de Operaciones

con la gravedad que el nombre del director atribuía a sus palabras, por lo menos en los confines de la CIA.

—¿Qué te ha hecho cambiar tan rápidamente de opinión, Bob?preguntó el juez.

—Cuanto más pienso en ello desde su punto de vista, más grave empieza a parecerme.

—¿Planeas algo?

Ritter se sintió ligeramente incómodo.

—Es un poco prematuro embarcar a los Foley en una tarea de mayor importancia, pero voy a darles luz verde para que por lo menos empiecen a pensar en ello.

Esa era una cuestión operativa, que los demás solían someter a los instintos de Bob Ritter y sus espías de campo. Obtener información de un agente era a menudo más sencillo y rutinario que darle instrucciones. Se suponía que todos los empleados de la embajada de Moscú estaban regular o irregularmente bajo vigilancia, por lo que resultaba peligroso ordenarles hacer algo que pareciera inusual. Esto era particularmente cierto en el caso de los Foley, que por ser nuevos estarían estrechamente vigilados. Ritter no quería estropear su tapadera por las razones habituales y por la intrepidez que suponía haber elegido un equipo formado por marido y mujer, de lo cual se lo responsabilizaría si no funcionaba. Ritter; jugador de póquer de alto nivel, sentía tanta aversión a perder sus fichas como cualquiera. Había depositado grandes esperanzas en los Foley; no quería quemar su potencial a las dos semanas de su llegada a Moscú.

Sus dos colegas guardaron silencio, permitiendo así que Ritter prosiguiera a su albedrío.

—Es curioso —comentó Moore, reclinado en su butaca, somos los mejores miembros de la administración presidencial, los más listos y los mejor informados, y no sabemos nada sobre un asunto que puede llegar a ser de gran importancia.

—Tienes razón, Arthur —reconoció Greer. Pero nuestro desconocimiento es de bastante buena tinta, que es más de lo que se puede decir de los demás.

—Eso es justo lo que necesitaba oír, James, gracias.

Eso significaba que el personal ajeno a aquel edificio se podía permitir el lujo de pontificar, pero no ellos tres. No, debían ser muy cautelosos con todo lo que decían, porque la gente acostumbraba a considerar sus opiniones como hechos y en el séptimo piso se aprendía que ciertamente no lo eran. Si fueran tan buenos, harían algo provechoso con sus vidas, como por ejemplo invertir en Bolsa.

Ryan se acomodó en su sillón con un ejemplar del Financial Times. La mayoría de la gente prefería leerlo por la mañana, pero no Jack. Dedicaba la mañana a las noticias generales, en preparación para la jornada laboral en Century House, y en la hora que pasaba en el coche de regreso a casa escuchaba las noticias por la radio, que solían ser de interés para el servicio de Inteligencia. De vez en cuando lograba relajarse con la información financiera. El periódico británico no era exactamente igual que el Wall Street Joumal, pero su diferente enfoque era interesante y le

brindaba un nuevo ángulo sobre los problemas abstractos, al que podría luego aplicar la experiencia de su formación americana. Además, le permitía mantenerse al día. Allí debía de haber oportunidades financieras, a la espera de que alguien las cosechara. Encontrar algunas justificaría toda su aventura europea. Todavía consideraba su paso por la CIA como algo marginal en su vida, cuyo último destino se perdía en una lejanía excesivamente borrosa. Jugaría sus cartas una por una.

—Hoy ha llamado papá —dijo Cathy mientras hojeaba The New England Journal of Medicine, una de las seis revistas médicas a las que estaba suscrita.

—¿Qué quiere Joe?

—Sólo saber cómo estamos, qué hacen los críos y cosas por el estilo —respondió Cathy.

«Apuesto a que no se ha interesado por mí», no se molestó en preguntar Ryan. Joe Muller, vicepresidente decano de Merrill Lynch, no aprobaba la forma en que su yerno había abandonado el mundo de las finanzas, después de tener la poca elegancia de huir con su propia hija para dedicarse primero a la enseñanza y jugar luego al escondite con espías y otros funcionarios gubernamentales. Poco le importaban a Joe el gobierno y sus funcionarios, a quienes consideraba aprovechados improductivos de lo que él y otros ganaban. Jack estaba de acuerdo, pero alguien debía ocuparse de los tigres de este mundo y uno de quienes lo hacían era John Patrick Ryan. A Ryan le gustaba el dinero tanto como a cualquiera, pero para él no era más que un instrumento, no un fin en sí mismo. Era como tener un buen coche que le permitía a uno llegar a lugares bonitos, pero una vez alcanzado su destino no se quedaba a dormir en el vehículo. Joe no veía las cosas de ese modo, ni intentaba siquiera comprender a quienes lo hacían. Por otra parte, amaba a su hija y nunca la había presionado para que eligiera la cirugía. Tal vez consideraba que cuidar de los enfermos era propio de las chicas, pero ganar dinero era trabajo de hombres.

—Estupendo, cariño —dijo Ryan detrás de su periódico.

La economía japonesa empezaba a parecerle inestable a Ryan, aunque no a la redacción del periódico. No sería la primera vez que se equivocaba.

En Moscú, Yuri Andrópov pasó la noche en blanco. Había fumado más Marlboros de lo habitual, pero en su casa se había limitado a tomar una sola copa de vodka, a su regreso de una recepción diplomática en honor del embajador español, que había resultado una completa pérdida de tiempo. España se había unido a la OTAN y su servicio de contraespionaje era deprimentemente eficaz a la hora de descubrir sus intentos de introducir un agente en el gobierno. Probablemente sería mejor intentarlo en la casa real. Después de todo, los cortesanos tenían fama de charlatanes y el gobierno democrático probablemente mantendría informado al monarca recientemente reinstaurado, por la simple razón de congraciarse con él. De modo que se había limitado a tomar unas copas de vino, mordisquear unos canapés y mantener la acostumbrada charla superficial. «Sí, ha hecho un buen verano, ¿no le parece?» A veces se preguntaba si su ascenso al Politburó justificaba esas pérdidas de tiempo. Ya casi no le quedaba tiempo para leer, después de su trabajo y sus

interminables compromisos políticos y diplomáticos. Ahora comprendía cómo debían de sentirse las mujeres, pensó Andrópov. No era sorprendente que acosaran y fastidiaran tanto a sus maridos.

Pero lo que nunca abandonó su mente fue la carta de Varsovia. «Si el gobierno de Varsovia persiste en su irracional represión del pueblo, me veré obligado a dimitir como papa y a regresar con mi gente en estos momentos problemáticos.» ¡Qué cabrón! Amenazar la paz del mundo. ¿Lo habrían instigado los norteamericanos? Ninguno de los agentes de campo había descubierto nada al respecto, pero nunca se podía estar seguro. Evidentemente, el presidente norteamericano no era amigo de su país, y siempre estaba buscando algún modo de arremeter contra Moscú; ¡menuda osadía la de ese enano intelectual al afirmar que la Unión Soviética era el centro mundial del mal! ¡Ese maldito actor diciendo todas esas cosas! Ni siquiera los clamores de protesta de los medios de comunicación y de los intelectuales norteamericanos habían aplacado el escozor. Los europeos le siguieron la corriente y, lo que era peor aún, hizo eco entre los intelectuales de Europa oriental y generó así toda clase de problemas para sus servicios subordinados de contraespionaje a lo largo y ancho del Pacto de Varsovia. Como si no tuvieran ya suficiente trabajo, refunfuñó Yuri Vladimirovich mientras sacaba otro cigarrillo de su cajetilla roja y blanca y lo encendía con un fósforo. Ni siquiera escuchaba la música que se oía, mientras su cerebro le daba vueltas a la información en su cabeza.

Varsovia debía aplastar a esos agitadores contrarrevolucionarios en Danzig, que curiosamente Andrópov siempre recordaba por su antiguo nombre alemán, antes de que el gobierno se desintegrara por completo. Moscú les había ordenado claramente resolver la situación y los polacos sabían cómo obedecer órdenes. La presencia de tanques soviéticos en su territorio los ayudaría a comprender lo que era y lo que no era necesario. Si progresaba esa basura de la Solidaridad polaca, empezaría a extenderse la infección, hacia el oeste a Alemania, hacia el sur a Checoslovaquia... ¿y hacia el este a la Unión Soviética? No podían permitir eso.

Por otra parte, si el gobierno polaco lograba reprimirlo, la situación volvería a tranquilizarse. ¿Hasta la próxima vez?, se preguntó Andrópov.

Si hubiera tenido una visión un poco más amplia de la situación, habría entendido el problema fundamental. Como miembro del Politburó, estaba aislado de los aspectos más desagradables de la vida en su país. No le faltaba de nada. Podía conseguir buena comida con sólo hacer una llamada de teléfono. Su lujoso apartamento estaba bien amueblado y repleto de electrodomésticos alemanes. Los muebles eran cómodos. El ascensor de su edificio nunca estaba averiado. Disponía de un chófer para desplazarse de ida y vuelta al despacho. Llevaba escolta para que nunca lo molestaran los gamberros callejeros. Estaba tan protegido como lo había estado Nicolás II y suponía, como cualquiera, que su nivel de vida era normal, a pesar de ser intelectualmente consciente de todo lo contrario. ¿Acaso la gente no tenía comida, televisión y películas para disfrutar, equipos deportivos a los que animar y la posibilidad de poseer un coche? ¿No era eso perfectamente razonable? ¿Y no trabajaba él más que todos los demás? ¿Qué diablos les faltaba?

Y ahora ese cura polaco intentaba trastornarlo todo.

Y puede que lo lograra, pensó Andrópov. En una famosa ocasión, Stalin había preguntado de cuántas divisiones disponía el papa, pero incluso él debía de saber que no todo el poder nace de un cañón.

¿Qué ocurriría si Karol dimitía como papa? Intentaría regresar a Polonia. ¿Podrían impedírselo los polacos, retirándole por ejemplo la nacionalidad? No, de algún modo lograría regresar a su país. Andrópov y los polacos tenían agentes dentro de la Iglesia, evidentemente, pero esas cosas sólo llegaban hasta cierto punto. ¿Hasta qué extremo había infiltrado la Iglesia sus instituciones? No se sabía. No, todo intento de mantenerlo alejado de Polonia probablemente estaba condenado al fracaso y si, a pesar de haberlo intentado, el papa lograba entrar en su país, se produciría un desastre de dimensiones épicas.

Podrían intentar contactos diplomáticos. El funcionario adecuado del Ministerio de Asuntos Exteriores podría desplazarse a Roma para celebrar una reunión secreta con Karol e intentar disuadirlo de seguir adelante con su amenaza. ¿Pero con qué cartas podría jugar? Una amenaza abierta contra su vida... no funcionaría. Esa clase de reto sería una invitación al martirio y a la santidad, que con toda probabilidad le serviría de estímulo. Para un creyente, eso sería una invitación al cielo, mandada por el propio diablo, y se apresuraría a aceptar el desafío. No, no se podía amenazar con la muerte a un hombre como él. Incluso amenazar a su pueblo con medidas más draconianas serviría sólo para reforzar su empeño y querría regresar cuanto antes a su país para protegerlos y parecer más heroico ante los ojos del mundo.

Andrópov reconoció que la complejidad de la amenaza que había mandado a Varsovia merecía toda su contemplación. Sin embargo, tenía una respuesta certera: Karol debería averiguar por sí mismo si realmente existía algún dios.

¿Existía un dios?, se preguntó Andrópov. Esa era una pregunta que había sido formulada a lo largo de los tiempos, contestada por muchos de formas distintas, hasta que Karl Marx y Vladimir Lenin resolvieron el asunto, por lo menos en lo concerniente a la Unión Soviética. Yuri Vladimirovich se dijo a sí mismo que ya era demasiado tarde para reconsiderar su propia respuesta a esa pregunta. No, Dios no existía. La vida tenía lugar aquí y ahora, y cuando acababa era el fin. Por consiguiente, lo que uno hacía era dar lo mejor de sí, viviendo plenamente su vida, recogiendo los frutos que estaban a su alcance y construyendo una escalera para llegar más allá.

Pero Karol intentaba cambiar esa ecuación. Intentaba sacudir la escalera... ¿o tal vez el árbol? La cuestión era demasiado profunda.

Andrópov giró en su silla, se sirvió una copa de vodka de la licorera y tomó un sorbo, pensativo. Karol intentaba imponer sus falsas creencias, sacudir los propios cimientos de la Unión Soviética y sus estrechos aliados, decirle a la gente que había algo mejor en lo que creer. En ese sentido, intentaba estropear la labor de varias generaciones, y él y su país no podían permitir eso. Pero no podía detener a Karol, no podía persuadirlo para que abandonara. No, sería preciso pararle los pies de forma definitiva.

No sería fácil, ni completamente seguro. Pero no hacer nada era todavía más inseguro, tanto para él como para sus colegas y para su país.

Por consiguiente, Karol debía morir. En primer lugar, Andrópov tendría

que elaborar un plan. Luego debería llevarlo al Politburó. Pero antes de exponerlo debería programarlo detalladamente, tener la seguridad de que el éxito estaba garantizado. ¿Acaso no era ésa la función del KGB?

CAPITULO CINCO

ACERCÁNDOSE

Yuri Vladimirovich era madrugador y antes de las siete de la mañana ya se había duchado, afeitado, vestido y estaba ahora desayunando. Comía panceta, tres huevos revueltos y una gruesa rebanada de pan ruso con mantequilla danesa. El café era alemán, como los electrodomésticos de su cocina. Tenía el Pravda matutino, además de algunos recortes seleccionados de periódicos occidentales, traducidos por lingüistas del KGB, y un informe elaborado en el Centro a primera hora y entregado en mano en su casa como todos los días a las seis de la mañana. Comprobó que no había nada realmente importante, mientras encendía su tercer cigarrillo y tomaba su segunda taza de café. Pura rutina. El presidente norteamericano no había agitado su sable la noche anterior y eso era una agradable sorpresa. Quizá se hubiera quedado dormido frente al televisor, como a menudo le ocurría a Brézhnev.

Andrópov se preguntó durante cuánto tiempo seguiría Leonid al frente del Politburó. Estaba claro que no se jubilaría. Sus hijos sufrirían si lo hiciera, y les gustaba demasiado pertenecer a la familia real de la Unión Soviética para permitir que su padre se retirara. La corrupción nunca era agradable. El propio Andrópov no la practicaba; en realidad, ése era uno de sus principios básicos. De ahí que la situación actual fuera tan frustrante. Salvaría a su país del caos en el que se estaba sumiendo, tenía que hacerlo, siempre y cuando viviera lo suficiente y Brézhnev no tardara en morir. Era evidente que la salud de Leonid Ilich se estaba deteriorando. Había logrado dejar de fumar a los setenta y seis años, y Yuri Vladimirovich reconocía que era algo bastante impresionante, pero era evidente que chocheaba. Su mente divagaba; le fallaba la memoria. De vez en cuando, para consternación de sus colegas, se quedaba dormido en reuniones importantes. Pero se aferraba al poder con una fuerza inquebrantable. Había urdido la caída de Nikita Serguéievich Jruschov mediante una serie de maniobras políticas magistrales y nadie en Moscú olvidaba ese alarde de la historia política, por lo que era improbable que algo semejante funcionara con quien lo había ideado. Nadie le había sugerido siquiera a Leonid que podría delegar algunas de sus obligaciones y que otros se ocuparan de las labores más administrativas y permitir así que él se concentrara en las cuestiones realmente importantes. El presidente norteamericano no era mucho más joven que Brézhnev, pero había llevado una vida más sana, o tal vez descendía de campesinos con una salud más resistente.

En sus momentos de reflexión, a Andrópov le parecía extraño que objetara a esa clase de corrupción. La veía precisamente como tal, pero sólo raramente se preguntaba por qué. En esos momentos se refugiaba en sus creencias marxistas, las mismas que había desechado hacía muchos

años, porque incluso él debía ampararse en algunos valores y ésos eran los únicos que poseía. Lo más extraño del caso era que, en dicha área, las creencias marxistas y las cristianas llegaban a coincidir. Debía de ser pura casualidad. Después de todo, Karl Marx no era cristiano, sino judío, y la religión que hubiera rechazado o abrazado debería haber sido la suya propia, en lugar de una ajena a él y a su pasado. El director del KGB ahuyentó la idea, enojado, con un movimiento de la cabeza. Ya tenía bastante en su plato profesional, aunque concluyera lo que tenía entre manos. En ese momento, alguien llamó discretamente a la puerta.

—Adelante —exclamó Andrópov, a sabiendas de quién era por la forma de llamar.

—Su coche está listo, camarada director —dijo el jefe del destacamento de seguridad.

—Gracias, Vladimir Stepanovich.

Se levantó de la mesa, cogió su chaqueta y se dirigió al vehículo para desplazarse al despacho.

Era un trayecto rutinario de catorce minutos por el centro de Moscú. Su coche ZIL, de aspecto parecido a los taxis Checker norteamericanos, había sido construido enteramente a mano. Circulaba por el carril central de las anchas avenidas, reservado por los agentes de la milicia moscovita exclusivamente para los políticos de alto rango. Había un agente cada dos o tres manzanas, que soportaban el calor veraniego y el intenso frío invernal para asegurarse de que nadie penetraba en dicho carril durante más tiempo del necesario para cruzarlo. Eso resultaba tan conveniente para desplazarse al trabajo como hacerlo en helicóptero, aunque era mucho más tranquilizador.

El Moscú Centro, nombre por el que se conocía el KGB en el mundo del espionaje, estaba situado en la antigua sede de la compañía de seguros Rossiya, que debió de haber sido una empresa enorme para construir semejante edificio. El coche de Andrópov entró al patio interior hasta las puertas de bronce, donde se abrió la puerta del vehículo y él se apeó, para recibir el saludo oficial de los agentes uniformados del Octavo Directorio. Una vez en el interior se dirigió al ascensor, que evidentemente lo estaba esperando y subió al piso superior. Sus subordinados lo miraron atentamente para determinar si estaba de buen humor, como solían hacerlo los empleados del mundo entero y, como de costumbre, no descubrieron nada; disimulaba sus sentimientos con la pericia de un jugador de póquer profesional. En el último piso debía caminar unos quince metros hasta la puerta de su secretario, ya que su despacho no tenía puerta propia. En su lugar, en la antesala había un armario y la puerta del despacho se encontraba en su interior. Esa argucia se remontaba a la época de Lavrenti Beria, jefe de los servicios clandestinos a las órdenes de Stalin, cuyo miedo intenso e irracional a ser asesinado lo había impulsado a adoptar esa medida de seguridad, por si un comando lograba introducirse en el cuartel general del NKVD. A Andrópov le parecía dramático, pero se había convertido en una especie de tradición del KGB, que a su manera divertía a los visitantes, para quienes, después de tanto tiempo, había dejado de ser un secreto.

Su horario le permitía dedicar quince minutos al inicio de su jornada laboral a repasar los periódicos que había sobre su escritorio, antes de los informes cotidianos, seguidos de reuniones organizadas con días o incluso

semanas de antelación. Ese día casi todo eran asuntos de seguridad interna, aunque un miembro de la secretaría del partido estaba citado antes del almuerzo para hablar estrictamente de política. Ah, sí, aquel asunto de Kiev, recordó. Poco después de convertirse en director del KGB, comprobó que los asuntos del partido disminuyeron en importancia y descubrió la agradable variedad de temas que había allí, en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy. La función del KGB, en la medida en que dicha limitación existiera, consistía en ser «la espada y la coraza» del partido. Por consiguiente, en teoría, su principal misión consistía en vigilar a los ciudadanos soviéticos que tal vez no sintieran el debido entusiasmo por el gobierno de su propio país. El grupo de vigilancia de Helsinki empezaba a convertirse en una molestia de primer orden. La Unión Soviética había firmado un acuerdo en la capital finlandesa hacía siete años respecto al control de la observancia de los derechos humanos y evidentemente se lo tomaban en serio. Y lo peor del caso era que, de vez en cuando, llamaban la atención de los medios de comunicación occidentales. Los corresponsales podían ser una gran molestia y no se los podía atacar como en otra época, por lo menos no a todos. El mundo capitalista los trataba como semidioses y esperaba que todos los demás hicieran lo mismo, cuando era del dominio público que, de un modo u otro, todos eran espías. Era divertido ver que el gobierno norteamericano prohibía abiertamente a sus servicios de Inteligencia adoptar tapaderas periodísticas. Todos los demás servicios de espionaje del mundo lo hacían, como si los norteamericanos obedecieran sus inmaculadas leyes, cuya única función era la de que otros países se sintieran a gusto con los corresponsales del New York Times husmeando en su territorio. No merecía siquiera la pena enojarse. Era escandaloso. Todos los visitantes extranjeros en la Unión Soviética eran espías. Todo el mundo lo sabía y ésa era la razón por la que la jefatura del Segundo Directorio, cuya misión era el contraespionaje, constituía una parte tan extensa del KGB.

El problema que le había costado una hora de sueño la noche anterior no era tan diferente, después de todo. No cuando se examinaba detenidamente. Yuri Vladimirovich pulsó un botón de su intercomunicador.

—Diga, camarada director —respondió de inmediato su secretario, que era evidentemente un hombre.

—Dígale a Aleksey Nikolay'ch que se presente.

—Inmediatamente, camarada.

Tardó cuatro minutos, según el reloj del escritorio de Andrópov.

—A sus órdenes, camarada director —dijo Aleksey Nikolayevich Rozhdiéstvensky, coronel decano del Primer Directorio, de Exteriores, con mucha experiencia en Europa occidental, aunque no al otro lado del Atlántico.

Era un oficial de campo de gran talento, con agentes a su cargo, que había sido promocionado al Centro por su experiencia callejera, más o menos como experto en la materia, con el fin de que Andrópov pudiera consultarle cuando precisara información sobre operaciones de campo. No era alto, ni particularmente apuesto, y eso le permitía pasar inadvertido en cualquier calle del mundo, lo que explicaba en parte su éxito en el campo.

—Aleksey, tengo un problema teórico. Usted ha trabajado en Italia, si mal no recuerdo.

—Sí, camarada director, durante tres años en la delegación de Roma, a las órdenes del coronel Goderenko. El sigue allí, como agente residente.

—¿Es bueno? —preguntó Andrópov.

—Es un oficial excelente, camarada director —asintió categóricamente. Dirige la delegación. Aprendí mucho de él.

—¿Conoce bien el Vaticano?

Rozhdiéstvensky parpadeó.

—Allí no hay mucho que descubrir. Efectivamente disponemos de algunos contactos, pero nunca ha sido un lugar de gran interés. Por razones evidentes, la Iglesia católica es un objetivo difícil de infiltrar.

—¿Y a través de la Iglesia ortodoxa? —preguntó Andrópov.

—Sí, allí tenemos algunos contactos y recibimos cierta información, pero generalmente nada valioso. Suelen ser rumores, que podemos obtener perfectamente a través de otros canales.

—¿Cómo es la seguridad alrededor del papa?

—¿La seguridad física? —preguntó Rozhdiéstvensky, que empezaba a preguntarse adónde quería ir a parar.

—Efectivamente —confirmó el director.

Rozhdiéstvensky sintió que la temperatura de su sangre descendía unos grados.

—Camarada director, el papa lleva una escolta, sobre todo de carácter pasivo, formada por guardias suizos de paisano. Esos cómicos vigilantes con trajes de rayas son esencialmente decorativos. De vez en cuando detienen a algún creyente alterado por la proximidad del sumo pontífice y cosas por el estilo. Ni siquiera estoy seguro de que vayan armados, aunque debo suponer que sí.

—Muy bien. Quiero saber lo difícil que puede ser acercarse físicamente al papa. ¿Alguna idea?

Rozhdiéstvensky reflexionó unos instantes.

—¿Conocimiento personal? Ninguno, camarada. Visité el Vaticano varias veces cuando estaba en Roma. Como puede imaginar, su colección de arte es impresionante y a mi esposa le interesan ese tipo de cosas. La llevé allí tal vez media docena de veces. La zona está repleta de curas y monjas. Reconozco que nunca examiné las medidas de seguridad, pero no hay nada aparente, salvo lo que sería de esperar contra robos, vandalismo y cosas por el estilo. Están los guardias habituales del museo, cuya misión principal parece consistir en indicar al público dónde se encuentran los lavabos.

»El papa vive en los apartamentos pontificios, adjuntos a la iglesia de San Pedro. Nunca he estado allí. No he tenido ningún interés profesional por ese lagar: Sé que nuestro embajador lo visita de vez en cuando para asistir a funciones diplomáticas, pero a mí nunca me han invitado. Comprenda, camarada director, que como segundo agregado comercial yo era un mero subalterno —prosiguió Rozhdiéstvensky . Dice usted que quiere saber cuánto puede acercarse uno al papa. Supongo que lo que pretende...

—Cinco metros, más cerca si es posible, pero cinco metros como mínimo.

El alcance de una pistola, comprendió inmediatamente Rozhdiéstvensky.

—Yo no sé lo suficiente. Eso sería un trabajo para el coronel Goderenko

y su personal. El papa concede audiencias a los fieles. No sé cómo se puede tomar parte en las mismas. También aparece en público con diversas finalidades. Desconozco cómo se programan esos acontecimientos.

—Averigüémoslo —sugirió tranquilamente Andrópov. In fórmeme personalmente. No hable de esto con nadie.

—A sus órdenes, camarada director —respondió el coronel después de cuadrarse—. ¿Prioridad?

—Inmediata —señaló Andrópov en un tono perfectamente sosegado.

—Me ocuparé personalmente de ello, camarada director —prometió el coronel Rozhdiéstvensky, cuyo rostro no revelaba sentimiento alguno.

Efectivamente, no era prolijo en sentimientos. Los agentes del KGB estaban entrenados para carecer de escrúpulos, por lo menos en lo ajeno a la política, en la que debían tener una fe inquebrantable. Las órdenes que recibían tenían la fuerza de una voluntad divina. Las únicas consideraciones de Aleksey Nikolay'ch en este momento se centraban en las consecuencias políticas potenciales de esa bomba nuclear. Roma estaba a más de mil kilómetros de Moscú, pero eso probablemente no sería suficiente. Sin embargo, las consideraciones políticas no eran de su incumbencia y ahuyentó el asunto de su mente, por lo menos momentáneamente. Entretanto, sonó el timbre del intercomunicador en la mesa del director. Andrópov pulsó el botón superior de la derecha.

—Diga.

—Ha llegado su primera visita, camarada director —le anunció su secretario.

—¿Cuánto cree que tardará, Aleksey?

—Probablemente unos días. Supongo que quiere una evaluación inmediata, ¿seguida de qué clase de datos específicos?

—Efectivamente. De momento bastará con una evaluación general —respondió Yuri Vladimirovich Todavía no planeamos ninguna clase de operación.

—A sus órdenes, camarada director. Iré directamente al centro de comunicaciones.

—Estupendo. Gracias, Aleksey.

—Sirvo a la Unión Soviética —fue la respuesta automática del coronel Rozhdiéstvensky después de cuadrarse de nuevo y antes de dirigirse a la puerta.

Tuvo que agacharse para salir al despacho del secretario, como la mayoría de los hombres, y luego giró a la derecha por el pasillo.

Rozhdiéstvensky se preguntó cómo se acercaba uno al papa, a ese cura polaco. Era una pregunta interesante, aunque fuera teórica. En el KGB abundaban los teóricos y los intelectuales que lo examinaban todo, desde la forma de asesinar a un jefe de gobierno extranjero, lo cual podía ser útil si estuviera a punto de estallar una guerra importante, hasta la mejor forma de robar e interpretar historiales médicos de los hospitales. El amplio alcance de las operaciones de campo del KGB conocía pocas limitaciones.

Poco podía haber adivinado uno por el rostro del coronel cuando se dirigía a los ascensores. Pulsó el botón y esperó cuarenta segundos, hasta que se abrieron las puertas.

—Al sótano —le ordenó al ascensorista.

En todos los ascensores había un ascensorista. Los ascensores eran lugares de contacto potencialmente demasiado buenos para dejarlos desatendidos. Además, los ascensoristas estaban entrenados para detectar pases furtivos. En aquel edificio no se podía confiar en nadie; albergaba demasiados secretos. Si había un lugar en la Unión Soviética en donde un enemigo quisiera introducir a un agente infiltrado, ese lugar era ese edificio, donde todo el mundo miraba a los demás de reojo, siempre atentos, midiendo toda conversación en busca de algún doble sentido. Allí la gente entablaba amistad, como en cualquier otro ámbito de la vida. Hablaban de sus esposas y de sus hijos, de deportes y del tiempo, de si comprar o no un coche nuevo, y de la casa de campo si estaban entre los afortunados que podían permitirse tener una. Pero raramente hablaban del trabajo, salvo con sus colegas más inmediatos, e incluso entonces sólo en salas especiales previstas para eso. A Rozhdiéstvensky nunca se le había ocurrido que esas restricciones institucionales redujeran la productividad y tal vez perjudicaran la eficacia de la institución.

Esas restricciones sencillamente formaban parte de la religión institucional del Comité de Seguridad Estatal.

Tuvo que pasar por un control de seguridad antes de entrar en la sala de comunicaciones. El suboficial de guardia examinó la foto de su autorización y, sin más preámbulos, le indicó con la mano que pasara.

Evidentemente, Rozhdiéstvensky había estado allí con anterioridad, tan a menudo como para que los operarios más veteranos lo conocieran de vista y él también a ellos. Las mesas estaban colocadas con mucho espacio entre ellas y el ruido de fondo de los teletipos impedía que se oyera una conversación a una distancia de más de tres o cuatro metros, por muy fino que tuviera uno el oído. Eso, como casi todo lo demás en la organización de esa sala, había evolucionado con los años hasta hacer que las medidas de seguridad fuesen tan perfectas como cualquiera pudiera imaginar, lo cual no impedía que los expertos en eficacia del tercer piso deambularan constantemente enfurruñados, siempre en busca de algún problema. Se acercó a la mesa del oficial de comunicaciones de guardia.

—0leg Ivanovich —dijo a modo de saludo.

Zaitzev levantó la cabeza para mirar al quinto visitante de la mañana, quinto visitante y quinta interrupción. A menudo era una maldición ser oficial de guardia, particularmente en el turno de mañana. El turno de noche era aburrido, pero por lo menos uno podía trabajar sin interrupciones.

—Diga, coronel, ¿qué puedo hacer esta mañana por usted? —preguntó con la deferencia propia de un oficial para con un superior.

—Un mensaje especial para la delegación de Roma, para el jefe en persona. Creo que en este caso es copia única. Preferiría que lo hiciera usted personalmente.

«En lugar de encargar la codificación a un subordinado», no se molestó en aclarar. Eso no era demasiado usual y despertó el interés de Zaitzev, que en cualquier caso debería ver el mensaje. Eliminar al funcionario de codificación reducía a la mitad el número de personas que verían ese mensaje en concreto.

—Muy bien respondió el capitán Zaitzev con un cuaderno y un lápiz en la mano. Adelante.

—Altamente secreto. Urgente e inmediato. De Moscú Centro, Dirección. Al coronel Ruslan Borissovich Goderenko, jefe de la delegación, Roma. Sigue mensaje: Determine y comunique medios de acercarse físicamente al papa. Fin.

—¿Eso es todo? —preguntó Zaitzev, sorprendido—. ¿Y si pregunta lo que significa? La intención del mensaje no está muy clara.

—Ruslan Borissovich comprenderá lo que significa —afirmó Rozhdiéstvensky.

Sabía que Zaitzev no había formulado una pregunta indebida. Las copias únicas eran problemáticas y se suponía que los mensajes debían ser explícitos en todos los detalles para evitar posteriores mensajes pidiendo aclaraciones, lo cual podría comprometer las comunicaciones. Aun así, ese mensaje se transmitiría por télex, sería indudablemente interceptado, por su forma reconocido con igual certeza como código de un solo uso y, por consiguiente, de cierta importancia. Los descodificadores norteamericanos y británicos probablemente intentarían descifrarlo, y nadie se fiaba de ellos ni de sus ingeniosas artimañas. Los malditos servicios secretos occidentales estaban muy unidos.

—Como usted diga, coronel. Lo mandaré en menos de una hora —dijo Zaitzev mientras consultaba el reloj de pared para asegurarse de que podía hacerlo—. Debería estar sobre su mesa cuando llegue al despacho.

Rozhdiéstvensky calculó que Ruslan tardaría veinte minutos en descodificarlo. ¿Se cuestionaría su significado a continuación, como había sugerido Zaitzev? Probablemente. Goderenko era un hombre cauteloso, meticuloso... y políticamente astuto. Incluso con el nombre de Andrópov en la cabecera, Ruslan Borissovich sentiría suficiente curiosidad para pedir aclaraciones.

—Si hay respuesta, llámeme tan pronto como el texto sea legible.

¿Es usted el punto de contacto para este asunto? —pre guntó Zaitzev, sólo para asegurarse de que canalizaba las cosas debidamente.

Después de todo, la cabecera del mensaje, tal como el coronel se lo había dictado, decía «Dirección».

—Así es, capitán.

Zaitzev asintió antes de entregarle al coronel Rozhdiéstvensky el mensaje en blanco para que lo firmara. Todo en el KGB debía estar documentado. Zaitzev comprobó la lista: mensaje, remitente, destinatario, método de codificación, punto de contacto... sí, estaba todo y todos los espacios debidamente firmados.

—No tardará en salir, coronel. Lo llamaré para confirmar la hora de la transmisión.

Mandaría también un comprobante al piso superior para los archivos permanentes de Operaciones. Tomó una última nota y entregó la copia al coronel.

—Aquí está el número de despacho. Será también el número de referencia de la operación hasta que usted decida cambiarlo.

—Gracias, capitán —dijo el coronel antes de retirarse.

Oleg Ivanovich consultó de nuevo el reloj de pared. Roma llevaba tres horas de retraso respecto a Moscú. Diez o quince minutos para que el jefe de la delegación descifrara el mensaje, sabía que los agentes de campo eran muy torpes para esas cosas, luego reflexionaría y a continuación...

Zaitzev hizo una apuesta consigo mismo. El jefe de la delegación en Roma mandaría un despacho pidiendo aclaraciones. Estaba seguro de ello. El capitán le mandaba y recibía sus mensajes desde hacía varios años. Goderenko era un hombre cauteloso, que quería tener las cosas claras. De modo que dejaría el texto de Roma en el cajón de su escritorio, listo para el siguiente mensaje. Contó doscientos nueve caracteres, incluidos los espacios en blanco y los signos de puntuación. Lástima que no tuviera a su disposición uno de esos nuevos ordenadores norteamericanos con los que jugaban en el piso superior. Pero qué sentido tenía querer alcanzar la luna. Zaitzev sacó un libro de códigos del cajón de su escritorio y anotó innecesariamente su número antes de dirigirse al lado oeste de la espaciosa sala. Conocía el número de casi todos ellos, suponía que como consecuencia de su experiencia como ajedrecista.

—Código uno, uno, cinco, ocho, nueve, cero —dijo al funcionario tras la verja metálica al tiempo que le entregaba la hoja de papel.

El funcionario, de cincuenta y siete años largos, la mayoría de ellos pasados en esa oficina, caminó unos metros para encontrar el libro de códigos solicitado. Era un volumen de hojas sueltas, de unos diez centímetros de anchura por veinticinco de altura, que probablemente contenía más de quinientas páginas perforadas. La página actual estaba señalada con un marcador de plástico.

Las hojas parecían las de una guía telefónica, hasta que uno las miraba detenidamente y comprobaba que las letras no formaban nombres en ningún idioma conocido, salvo por casualidad. Eso se daba, de media, dos o tres veces por página. A las afueras de Moscú, junto a la ronda exterior, se encontraba la central del directorio de Zaitzev, el octavo, que era el sector del KGB encargado de elaborar y descifrar códigos. Sobre el tejado del edificio había una antena altamente sensible conectada a un teletipo. Un receptor entre la antena y el teletipo captaba los ruidos atmosféricos y el teletipo interpretaba dichas «señales» como puntos y rayas que formaban letras, antes de imprimirlas. En realidad había diversos aparatos semejantes conectados entre sí, que mezclaban al azar dichos ruidos atmosféricos hasta convertirlos en un incoherente galimatías. A partir de dicho galimatías se elaboraban los códigos de un solo uso, supuestamente compuestos de trasposiciones completamente casuales, que ninguna fórmula matemática podía predecir ni, por consiguiente, descifrar. Los códigos de un solo uso eran considerados universalmente como los sistemas más seguros de codificación. Eso era importante, puesto que los norteamericanos eran los líderes mundiales en el arte de descifrar códigos. Su proyecto Venona había comprometido incluso los códigos soviéticos de finales de los años cuarenta y cincuenta, con la consiguiente inquietud del organismo central al que pertenecía Zaitzev. Los códigos de un solo uso más seguros eran también los más engorrosos, incluso para alguien tan experto como el capitán Zaitzev. Pero eso no tenía remedio. Además, el propio Andrópov quería saber cómo acercarse físicamente al papa.

Entonces fue cuando Zaitzev se dio cuenta: acercarse físicamente al papa. ¿Para qué querría alguien hacer tal cosa? Evidentemente, Yuri Vladimirovich no pretendía que alguien se confesara.

¿Qué le habían pedido que transmitiera?

El jefe de la delegación romana, Goderenko, era un oficial de campo

sumamente experimentado, cuya delegación dirigía a muchos agentes italianos y de otras nacionalidades que trabajaban para el KGB. Mandaba toda clase de informes, algunos claramente importantes y otros simplemente entretenidos, pero potencialmente útiles para comprometer a personas destacadas con debilidades embarazosas. ¿Eran sólo las personas importantes quienes tenían dichas debilidades, o simplemente su posición les permitía practicar diversiones con las que todo el mundo soñaba pero pocos podían permitirse? En cualquier caso, Roma era una ciudad que parecía prestarse a ello. Debía de serlo, pensó Zaitzev, tratándose de la urbe de los césares. Pensó en los libros de viajes y de historia que había leído sobre dicha ciudad en aquella época... La historia clásica en la Unión Soviética iba acompañada de comentarios políticos, aunque no demasiados. Las connotaciones políticas aplicadas a todos los aspectos de la vida constituían el aspecto intelectual más agobiante de la vida en ese país, que a menudo bastaba para empujar a los hombres a la bebida, algo muy común en la Unión Soviética. Había llegado la hora de volver al trabajo. Sacó una rueda de codificación del cajón superior de su escritorio. Era parecida al disco de un teléfono, en el que se situaba la letra que se debía transportar en la parte superior del mismo y luego se hacía girar hasta la letra indicada en la página del código de trasposición. En ese caso trabajaba desde el principio de la duodécima línea de la página doscientos ochenta y cuatro. Dicha referencia se incluiría en la primera línea de la transmisión, con el fin de que el destinatario pudiera convertir el galimatías recibido en un texto legible.

Era un trabajo arduo, a pesar del uso de la rueda de codificación. Debía seleccionar las letras del mensaje que había escrito en el formulario, hacer girar el disco hasta encontrar la letra de trasposición en la página impresa del libro de códigos y escribir una por una las letras encontradas. Para cada operación debía dejar el lápiz sobre la mesa, marcar, coger de nuevo el lápiz, comprobar los resultados, en su caso dos veces, y empezar de nuevo. (Los codificadores, que no hacían otra cosa, trabajaban con ambas manos, pero Zaitzev nunca había aprendido a hacerlo.) Era una labor más que tediosa, no exactamente la más indicada para un matemático, como corregir pruebas de ortografía en la escuela primaria, refunfuñó Zaitzev para sus adentros. Tardó más de seis minutos en concluirlo correctamente. Habría tardado menos si se le hubiera permitido tener un ayudante, pero eso habría violado las reglas, y allí las reglas eran inquebrantables.

Una vez concluida la labor tuvo que repetirlo todo de nuevo para asegurarse de que no había cometido ningún error porque, si eso sucedía, así podría culpar a los teleoperadores, cosa que, de todos modos, todo el mundo hacía. Otros cuatro minutos y medio confirmaron que no había ningún error. Bien.

Zaitzev se levantó, caminó hasta el otro extremo de la habitación y entró en la sala de transmisiones. Allí el ruido era enloquecedor. Los teletipos eran de un modelo antiguo, en realidad uno de ellos había sido robado en Alemania en los años treinta, y sonaban como ametralladoras sin el estallido de las balas. Delante de cada máquina había un operador uniformado, todos hombres, erguidos como estatuas, con las manos aparentemente pegadas al teclado. Todos llevaban protecciones en las orejas para evitar que con el ruido de la sala acabaran en un hospital

psiquiátrico. Zaitzev entregó su mensaje al capataz, también con protectores auditivos, que lo cogió sin decir palabra y lo llevó al último operador de la izquierda de la fila trasera. Allí el capataz lo sujetó a una plancha vertical situada sobre el teclado. En la parte superior del formulario figuraba el identificador del destinatario. El operador marcó el número apropiado, esperó a oír el murmullo del teletipo al otro extremo, diseñado para superar la protección auditiva, y a que se encendiera un piloto amarillo en la máquina. Entonces mecanografió la algarabía.

Zaitzev no alcanzaba a entender cómo podían hacer ese trabajo sin volverse locos. La mente humana necesitaba pautas y buen sentido, pero para escribir algo como TKALNNETPTN se precisaba una atención propia de un robot y una negación absoluta de la naturaleza humana. Algunos decían que todos los operadores eran expertos pianistas, pero Zaitzev estaba seguro de que eso no podía ser cierto. Incluso la pieza de piano más discordante tenía alguna armonía que la unificaba. Pero no los mensajes en código de un solo uso.

Al cabo de pocos segundos, el operador levantó la mirada. —Transmisión concluida, camarada.

Zaitzev asintió y regresó a la mesa del capataz.

—Si se recibe algo con este número de referencia, entréguemelo inmediatamente.

—De acuerdo, camarada capitán —respondió el capataz al tiempo que tomaba nota en su lista de números destacados.

Hecho esto, Zaitzev regresó a su escritorio, donde el papeleo que estaba pendiente de resolver era suficientemente abundante y sólo algo menos soporífero que el de los robots de la sala contigua. Tal vez por ello empezó a oír un susurro en el fondo de su mente: físicamente cerca del papa... ¿por qué?

El despertador sonó a las seis menos cuarto. Era una hora incivilizada. En su país, recordó Ryan, era la una menos cuarto, pero la idea no merecía consideración. Retiró las sábanas, se levantó y arrastró los pies hasta el baño. Todavía le quedaba mucho a lo que acostumbrarse en ese país. Las cisternas de los retretes funcionaban más o menos del mismo modo, pero los lavamanos... ¿Por qué diablos necesitaban dos grifos, uno para el agua caliente y otro para la fría? En su país bastaba con colocar la mano bajo un solo chorro, pero allí Era preciso mezclar antes el agua en el lavabo y la operación era más lenta. No era fácil mirarse por primera vez al espejo. «¿Realmente tengo ese aspecto?», se preguntaba siempre de regreso al dormitorio para darle a su esposa una palmada en el trasero.

—Hora de levantarse, cariño.

—Sí, lo sé —refunfuñó en un tono peculiarmente femenino.

—¿Quieres que despierte al pequeño Jack?

—Déjalo que duerma —sugirió Cathy.

La noche anterior le había costado irse a la cama y ahora, naturalmente, no querría levantarse.

—De acuerdo —respondió Jack de camino a la cocina.

En la cafetera sólo había que pulsar un botón, y Ryan era capaz de hacerlo. Antes de coger el avión había visto la oferta de lanzamiento de una empresa norteamericana que vendía café de primera calidad, y

puesto que Jack siempre había sentido debilidad por el café, invirtió cien mil dólares en parte de sus valores. Por muy excelente que fuera Inglaterra, nadie viajaba a ese país por el café. Por lo menos podía conseguir Maxwell House de las fuerzas aéreas y tal vez lograra que esa nueva empresa le mandara un poco del suyo. Tomó nota mentalmente de ello. Luego se preguntó lo que prepararía Cathy para el desayuno. A pesar de ser cirujana, se consideraba el ama de la cocina. A su marido le permitía preparar bocadillos y servir copas, pero eso era todo. A Jack le convenía, porque para él la cocina era tierra desconocida. Allí la cocina era de gas, como la que solía utilizar su madre, pero de otra marca. Arrastró los pies hasta la puerta principal con la esperanza de encontrar un periódico.

Ahí estaba. Ryan se había suscrito al Times, como complemento al International Herald Tribune que compraba en la estación. Finalmente encendió el televisor. Habían empezado a instalar la televisión por cable en esa zona y, milagrosamente, disponía del nuevo servicio de noticias de la CNN norteamericana, que conectó en el preciso momento de recibir los resultados de béisbol. De modo que Inglaterra, después de todo, era un país civilizado. Los Orioles habían derrotado a Cleveland la noche anterior por cinco a cuatro, en once lanzamientos. Los jugadores, indudablemente, debían de estar ahora en la cama, digiriendo las cervezas que se habrían tomado después del partido en el bar del hotel. Qué idea tan apetecible. Todavía les quedaban unas buenas ocho horas por dormir. A la hora en punto, el equipo de noche de la CNN en Atlanta hizo un resumen de los acontecimientos del día anterior. Nada aparentemente destacable. La economía seguía ligeramente en alza. El índice Dow Jones se había recuperado satisfactoriamente, pero la tasa de desempleo era todavía deficiente, al igual que los votos de la clase obrera. Así era la democracia. Ryan tuvo que recordarse a sí mismo que su visión de la economía probablemente era diferente de la de los que elaboraban el acero y construían los coches. Su padre había sido sindicalista, a pesar de ser teniente de policía y de formar parte de la dirección en lugar de la fuerza laboral, y había votado casi siempre a los demócratas. Ryan no se había afiliado a ninguno de los dos partidos y había optado por ser independiente. Así evitaba que su buzón se llenara de basura y, además, ¿a quién le importaban las primarias?

—Buenos días, Jack —dijo Cathy cuando entraba en la cocina con su bata de color rosa.

Era una prenda curiosamente raída, teniendo en cuenta lo meticulosa que era su esposa con la ropa. El no se lo había preguntado, pero suponía que debía de tener alguna clase de valor sentimental.

—Hola, cariño —respondió Ryan al tiempo que se levantaba para darle el primer beso del día, acompañado de un tibio abrazo—. ¿Quieres el periódico?

—No, lo leeré en el tren.

Abrió la puerta del frigorífico y sacó algunos artículos sin que Jack prestara atención.

—¿Vas a tomar café esta mañana?

—Desde luego. No tengo ninguna operación programada.

Cuando Cathy iba a trabajar al quirófano, no tomaba café, para evitar que la cafeína pudiera producirle pequeños temblores en las manos. Uno

no podía permitírselo cuando ejercía la cirugía ocular. Ese día sólo iba a conocer al profesor Byrd. Bernie Katz lo conocía y lo consideraba un amigo, lo que suponía un buen augurio. Además, Cathy era uno de los mejores cirujanos oculares y no había razón alguna para que le preocuparan lo más mínimo el nuevo hospital y su nuevo jefe. No obstante, así era la naturaleza humana, aunque la soberbia de Cathy le impedía manifestarlo.

—¿Te apetecen unos huevos con beicon? —preguntó.

—¿Me está permitido ingerir un poco de colesterol? —repuso Ryan, sorprendido.

—Una vez a la semana —afirmó categóricamente la doctora

Ryan, que al día siguiente le serviría gachas de avena.

—Por mí, encantado, cariño —dijo Ryan con cierta alegría.

—De todos modos, sé que en la oficina comerás alguna porquería.

—¿Quién, yo?

—Sí, probablemente un croissant con mantequilla. En cualquier caso, debes saber que están hechos casi íntegramente de pura mantequilla.

—El pan sin mantequilla es como una ducha sin jabón.

—Recuérdamelo cuando tengas tu primer ataque cardíaco.

En mi último reconocimiento, mi nivel de colesterol era...¿cuánto?

—Uno cincuenta y dos —respondió Cathy con un bostezo.

—Y eso está bastante bien, ¿no es cierto? —insistió su marido.

—Es aceptable —reconoció, aunque el suyo era uno cuarenta y seis.

—Gracias, cariño —respondió Ryan mientras abría la página de opinión del Times.

Las cartas al director eran una delicia y la calidad del lenguaje del periódico en general era superior a la de la mejor prensa norteamericana. Bueno, después de todo era justo, pensó Ryan, ellos eran quienes habían inventado el idioma. Sus giros verbales eran a menudo tan elegantes como la poesía y de vez en cuando demasiado sutiles para su sensibilidad norteamericana. Supuso que con el tiempo aprendería.

El sonido familiar y el placentero olor del beicon en la sartén no tardaron en impregnar el ambiente de la sala. El café, mezclado con leche en lugar de nata, era agradable, y las noticias no eran como para estropear el desayuno. Salvo por lo inhumano de la hora, las cosas no iban demasiado mal y, además, la peor parte, que era despertarse, ya estaba superada.

—Cathy.

—Dime, Jack.

—¿Ya te he dicho que te quiero?

—Llegas un poco tarde —respondió después de consultar ostentosamente su reloj—, pero te perdono porque aún es muy temprano.

—¿Qué tienes previsto para hoy, cariño?

—Conocer al personal y ver cómo lo tienen organizado. Especialmente conocer a mis enfermeras. Espero que sean buenas.

—¿Es eso importante?

—No hay nada peor en un quirófano que la torpeza de una enfermera. Pero el personal de Hammersmith se supone que es bastante bueno y Bernie dice que el profesor Byrd es uno de los mejores de este país. Da clases en Hammersmith y en Moorefields. El y Bernie hace unos veinte años que se conocen. Ha estado muchas veces en el Hopkins, pero de

algún modo nunca he coincidido con él. ¿Cómo quieres los huevos? ¿Vuelta y vuelta?

—Por favor.

Entonces se oyeron las cáscaras rompiéndose. Al igual que Jack, Cathy prefería una buena sartén de hierro colado. Quizá fuera un poco más difícil de limpiar, pero los huevos sabían mucho mejor. Finalmente se oyó el ruido de la palanca de la tostadora de pan.

La página de deportes, que aquí la titulaban «deporte» en singular, contenía toda la información sobre el fútbol que Jack podía llegar a necesitar, que no era mucha.

—¿Qué hicieron los Yankees anoche? —preguntó Cathy.

—¿A quién le importa? —repuso su marido, que se había criado con Brooks Robinson y Mili Pappas y los Orioles.

Su esposa era hincha de los Yankees. Eso era difícil para el matrimonio. Sin duda, Mickey Mantle había sido un buen jugador y probablemente también quería a su madre, pero jugaba con una camiseta de rayas y con eso ya era suficiente. Ryan se levantó, le sirvió un café a su esposa y se lo dio acompañado de un beso.

—Gracias, cariño —repuso Cathy al tiempo que le servía el desayuno a Jack.

Los huevos eran ligeramente diferentes, como si las gallinas hubieran comido maíz anaranjado para que las yemas fueran tan brillantes. Pero estaban sabrosos. Al cabo de cinco placenteros minutos, Ryan se dirigió a la ducha para cederle el puesto a su esposa.

Después de diez minutos elegía una camisa de algodón blanco, una corbata de rayas y su aguja de los marines. A las seis cuarenta alguien llamó a la puerta.

—Buenos días —dijo Margaret Van der Beek, la niñera, que vivía a sólo un kilómetro y medio de distancia y conducía su propio coche.

Era una chica delgada, atractiva y aparentemente muy agradable, hija de un pastor protestante, oriunda de Sudáfrica y había sido recomendada por una agencia que contaba con el visto bueno de los servicios secretos. Llevaba un bolso enorme. Su cabello intensamente rojo sugería ascendencia irlandesa, pero al parecer era puramente holandesa. Su acento no era como el de la mayoría de los ingleses, pero a Jack le resultaba agradable.

—Buenos días, señorita Margaret —la saludó Ryan al tiempo que la invitaba a entrar en la casa—. Los pequeños todavía duermen, pero sospecho que aparecerán de un momento a otro.

—El pequeño Jack duerme bien, para tener sólo cinco meses.

—Puede que sea el desfase horario —reflexionó Ryan en voz alta, aunque Cathy le había dicho que los pequeños no lo padecían.

A Jack le costaba creerlo. En cualquier caso, el pequeño cabroncete (Cathy lo regañaba cuando utilizaba ese término) no se había dormido hasta las diez y media la noche anterior. Eso era más duro para Cathy que para Jack, que conseguía dormir a pesar del ruido. Ella no podía.

—Ya casi es la hora, cariño —dijo Jack.

—Lo sé —respondió Cathy antes de aparecer con su hijo en brazos, seguida de Sally con su pijama amarillo de conejito.

Ryan se acercó para levantar a su hija en brazos y darle un beso.

—Hola, pequeña.

Sally le sonrió y lo recompensó con un abrazo feroz. Para él era un enorme misterio que los pequeños pudieran levantarse de tan buen humor. Tal vez se trataba de instinto vinculador para asegurarse de que sus padres los cuidaran, como el hecho de sonreírles prácticamente desde el primer momento. Esos pequeñajos eran muy listos.

—Jack, prepara un biberón —dijo Cathy mientras llevaba al pequeño a la mesa para cambiarle los pañales.

—A sus órdenes, doctora —respondió obedientemente el analista de información secreta mientras volvía a la cocina en busca de un biberón, con el mejunje que había preparado la noche anterior.

Cathy le había dejado claro durante la infancia de Sally que eso era un trabajo de hombres. Ellos estaban genéticamente preparados para ese tipo de tareas, al igual que para trasladar muebles o sacar la basura.

Era como limpiar el fusil para un soldado: desenroscar la tapa, invertir la tetilla, introducir el biberón en un cazo con diez o doce centilitros de agua, ponerlo al fuego y esperar unos minutos.

Pero eso tendría que hacerlo la señorita Margaret. Jack vio el taxi por la ventana, que se detenía en la zona de aparcamiento.

—Ya está aquí el coche, cariño.

—De acuerdo —respondió Cathy, resignada, a quien no le gustaba dejar a sus hijos para ir al trabajo.

Probablemente a ninguna madre le gustaba. Jack vio cómo se dirigía al baño para lavarse las manos y al salir se puso la chaqueta que hacía juego con su vestido gris y con sus zapatos también grises. Quería dar una buena impresión. Un beso para Sally, otro para el pequeño y se dirigió a la puerta, que Jack mantenía abierta.

El taxi era un Land Rover familiar común y corriente; los taxis clásicos ingleses sólo circulaban por Londres, aunque algunos viejos llegaban al interior. Ryan había organizado el transporte el día anterior. El taxista se llamaba Edward Beaverton y parecía extraordinariamente feliz, teniendo en cuenta que se trataba de alguien que empezaba a trabajar antes de las siete de la mañana.

—Hola —saludó Jack—. Ed, ésta es mi esposa. La atractiva doctora Ryan.

—Buenos días, señora —respondió el taxista—. Tengo entendido que es usted cirujana.

—Eso es, oftalmóloga...

Su marido la interrumpió:

—Corta globos oculares y los vuelve a unir. Debería verla, Eddie, resulta fascinante ver cómo lo hace.

El taxista se encogió de hombros.

—Gracias, señor, pero no, gracias.

—Jack sólo dice esas cosas para hacer vomitar a la gente —dijo Cathy—. Además, él es demasiado aprensivo para asistir a una operación.

—Con toda la razón del mundo, señora. Es preferible hacer cirugía que padecerla.

—¿Cómo dice usted?

—¿Es usted ex marine?

—Efectivamente. ¿Y usted?

—Estuve en el regimiento de paracaidistas. Eso fue lo que nos enseñaron: es mejor herir al contrincante a que él te hiera a ti.

—La mayoría de los marines estarían de acuerdo con eso, amigo —respondió Ryan con una carcajada.

—Eso no fue lo que nos enseñaron en el Hopkins —refunfuñó Cathy.

Era una hora más tarde en Roma. El coronel Goderenko, titular del segundo secretariado en la embajada soviética, dedicaba unas dos horas diarias a labores diplomáticas, pero consagraba la mayor parte de su tiempo a su trabajo como jefe de delegación para el KGB, que lo mantenía muy ocupado. Roma era un importante nexo de información para la OTAN, donde se podía encontrar toda clase de inteligencia política y militar, lo cual constituía su principal interés profesional. Entre él y sus seis oficiales, a tiempo completo o parcial, dirigían a un total de veintitrés agentes, todos ellos italianos, salvo un alemán, que facilitaban información a la Unión Soviética por razones políticas o pecuniarias. El habría preferido que su motivación fuera principalmente ideológica, pero eso se estaba convirtiendo rápidamente en cosa del pasado. En la delegación de Bonn había un mejor ambiente de trabajo. Los alemanes eran alemanes y se podía persuadir a muchos de ellos para que ayudaran a sus paisanos de la República Democrática, en lugar de trabajar para los norteamericanos, los británicos o los franceses que se auto-denominaban aliados de la patria. Para Goderenko y sus compatriotas rusos, los alemanes nunca serían aliados, independientemente de la política que alegaran practicar, aunque el marxismo-leninismo a veces podía ser un buen subterfugio.

En Italia las cosas eran diferentes. El persistente recuerdo de Benito Mussolini prácticamente se había desvanecido ya y los auténticos creyentes en el comunismo se interesaban más por el vino y la pasta que por el marxismo revolucionario, salvo los bandidos de las Brigadas Rojas, que más que agentes políticos fiables eran unos vándalos peligrosos. Más que nada eran unos sanguinarios diletantes, aunque también resultaban útiles en algunos sentidos. A veces les organizaba viajes a Rusia, donde estudiaban teoría política y, sobre todo, adquirían conocimientos operativos concretos que por lo menos serían de cierta utilidad táctica.

Sobre su mesa había un montón de despachos recibidos durante la noche, el principal de los cuales era un documento de Moscú Centro. El encabezamiento indicaba que era importante y que su libro de códigos correspondiente era el 115890, guardado en la caja fuerte de su despacho, en la biblioteca renacentista, detrás de su escritorio. Hizo girar su silla y se agachó para marcar la combinación que abría la puerta, después de desactivar la alarma electrónica conectada al teclado. La operación duró unos segundos. Sobre el libro se encontraba su disco de códigos. Goderenko detestaba los códigos de un solo uso, pero éstos formaban una parte tan integral de su vida como ir al baño. Era desagradable, pero necesario. Tardó diez minutos en descifrar el mensaje. Sólo cuando terminó, asimiló su significado. ¿Del director en persona? Como para cualquier funcionario gubernamental de nivel medio en el mundo entero, era como si se le ordenara presentarse en el despacho de su superior.

¿El papa? ¿Por qué diablos querría Yuri Vladimirovich acercarse al papa? Reflexionó unos instantes. Claro. No se trataba de la cabeza de la Iglesia

católica, sino de Polonia. Se puede sacar a un polaco de Polonia, pero no a Polonia de un polaco. Era un asunto político y eso lo convertía en importante.

Pero a Goderenko no le gustó.

«Establecer y comunicar los medios para acercarse físicamente al papa», leyó de nuevo. En el lenguaje profesional del KGB, eso sólo podía significar una cosa.

¿Asesinar al papa?, pensó Goderenko. Eso sería un desastre político. A pesar de que Italia fuera un país católico, los italianos no eran particularmente religiosos. La auténtica religión allí era la dolce vita. Los italianos eran la gente más desorganizada del mundo. Uno se quedaba desconcertado al pensar que fueron aliados de los hitlerianos. Para los alemanes, todo debía estar «en orden», debidamente organizado, limpio y listo para su uso en todo momento. Lo único que los italianos mantenían debidamente en orden eran sus cocinas y tal vez sus bodegas. Por lo demás, allí todo se improvisaba. Para un ruso, llegar a Roma suponía un choque cultural semejante a recibir un bayonetazo en la barriga. Los italianos no tenían sentido alguno de la disciplina. Bastaba con ver el tráfico de sus calles para percatarse de ello y conducir en las mismas debía de ser como pilotar un avión de caza.

Pero todos los italianos nacían con un sentido del estilo y del decoro. En Italia había ciertas cosas que uno no podía hacer. Los italianos tenían un sentido colectivo de la belleza, al que era difícil encontrarle defectos, y violar dicho código podía tener graves consecuencias. Fueran o no mercenarios. Ni siquiera los mercenarios actuarían contra su propia religión. Todo el mundo tenía ciertos escrúpulos, incluso allí; no, rectificó, especialmente allí. De modo que las consecuencias políticas de esa misión podían tener un efecto adverso en la productividad de su delegación y ejercer un grave impacto en el reclutamiento.

¿Qué diablos debía hacer ahora?, se preguntó, dadas las circunstancias. Como coronel del Primer Directorio del KGB y jefe de una delegación con mucho éxito, gozaba de cierto margen en sus actuaciones. A la vez era miembro de una ingente burocracia, y lo más fácil para él era hacer lo mismo que los demás burócratas: retrasar, ofuscar y obstruir.

Para ello era necesaria cierta pericia, pero Ruslan Borissovich Goderenko sabía todo lo que había que saber al respecto.

CAPÍTULO SEIS

PERO NO DEMASIADO CERCA

Las cosas nuevas son siempre interesantes y eso es cierto también para los cirujanos. Mientras Jack leía el periódico, Cathy miraba por la ventana. Hacía otro día soleado, con el cielo tan azul como los preciosos ojos de su esposa. Por su parte, Jack tenía la ruta bastante bien memorizada y el aburrimiento inevitablemente le provocaba sueño. Se acomodó en el rincón del asiento y comprobó que los párpados empezaban a pesarle.

—¿Vas a quedarte dormido, Jack? ¿Y si te saltas la estación?

—Es la terminal —repuso su marido—. El tren muere allí. Además, nunca viajes de pie cuando puedas hacerlo sentado, ni sentado cuando puedas hacerlo tumbado.

—¿Quién diablos te ha enseñado eso?

—Mi armero —respondió Jack sin abrir los ojos.

—¿Quién?

—El sargento armero Phillip Tate, del cuerpo de marines de Estados Unidos. Dirigía mi pelotón hasta que perdí la vida en aquel accidente de helicóptero y supongo que ha seguido haciéndolo desde que me marché.

Ryan todavía le mandaba postales por Navidad. Si Tate hubiera metido la pata, lo de «perder la vida» no habría sido la broma que pretendía. Tate y un marine del hospital naval llamado Michael Burns estabilizaron la espalda de Ryan, evitando por lo menos su invalidez permanente. Burns recibía también una postal por Navidad.

A unos diez minutos de Victoria, Ryan se frotó los ojos y se incorporó en su asiento.

—Bien venido a bordo —observó secamente Cathy.

—Tú harás lo mismo a mitad de la semana próxima.

—Para un ex marine, sin duda eres perezoso —refunfuñó su esposa.

—Si no hay nada que hacer, cariño, merece la pena aprovechar el tiempo.

—Eso hago —respondió Cathy, mostrándole su ejemplar de la revista Lancet.

—¿Qué has leído hasta ahora?

—Tú no lo entenderías.

Estaba en lo cierto. El conocimiento de Ryan de la biología se limitaba a la rana que había diseccionado en el instituto. Cathy también lo había hecho, pero probablemente la había cosido a continuación y había visto cómo regresaba saltando a su estanque. También era capaz de repartir las cartas como un experto crupier de Las Vegas, lo cual dejaba boquiabierto a su marido cada vez que lo hacía. Pero no tenía la menor habilidad con una pistola, probablemente al igual que la mayoría de los médicos. Además, en Inglaterra las armas de fuego eran consideradas objetos impuros, incluso por parte de la policía, sólo algunos de cuyos agentes estaban autorizados a llevarlas. Curioso país.

—¿Cómo voy hasta el hospital? —preguntó Cathy cuando el tren estaba a punto de detenerse.

—Por ser la primera vez, coge un taxi. También puedes utilizar el metro —sugirió Jack—. Es una ciudad nueva para ti. Se necesita tiempo para aprender a circular.

—¿Cómo es el barrio? —preguntó Cathy, que había nacido en Nueva York y trabajado en el centro de Baltimore, donde era aconsejable mantener los ojos bien abiertos.

—Mucho mejor que alrededor del Hopkins. No verás muchos heridos de bala en urgencias. Y la gente es muy amable. Cuando descubran que eres norteamericana, estarán dispuestos a ofrecértelo todo en bandeja.

—Ayer fueron muy cordiales con nosotros en el colmado—reconoció Cathy—. Pero ¿sabes una cosa?, no tienen zumo de uva.

—¡Dios mío, qué incivilizados! exclamó Jack—. Cómprale a Sally unas cervezas.

—¡Eres un bobo! —rió Cathy—. No olvides que a Sally le gusta el zumo

de uva y el de cereza. Lo único que tienen aquí es zumo de grosella negra. No me atreví a comprarlo.

—Y también aprenderá a escribir con una ortografía extraña—agregó Jack, a quien no le preocupaba su pequeña Sally.

Los críos tenían una extraordinaria capacidad de adaptación. Tal vez incluso aprendiera las reglas del críquet, en cuyo caso podría explicárselas a él.

—Dios mío, aquí todo el mundo fuma —observó Cathy cuando entraban en la estación de Victoria.

—Querida, piensa en ello como ingresos futuros para todos los médicos.

—Es una forma terrible y estúpida de morir.

—Sí, cariño.

Cuando Jack fumaba un cigarrillo, se organizaba un escándalo en la casa de los Ryan. Esa era otra desventaja de estar casado con una doctora. Evidentemente, Cathy tenía razón y Jack lo sabía, pero todo el mundo tenía derecho a un vicio por lo menos. Excepto Cathy, que si lo tenía, lo ocultaba magistralmente. El tren acabó por detenerse, ambos se levantaron y abrieron la puerta del compartimento.

Al apearse se unieron a la multitud de oficinistas que llegaban a la ciudad. Era como la terminal central de Nueva York, pensó Jack, pero no tan abarrotada. En Londres había muchas estaciones, desparramadas como los tentáculos de un pulpo. El andén era agradablemente ancho, y los pasajeros, más educados de lo que nunca llegarían a serlo los neoyorquinos. La hora punta existía en todas partes, pero en la capital inglesa tenía un matiz de cortesía que era difícil que a alguien no le gustara. Incluso a Cathy le agradaría en breve. Ryan condujo a su esposa a la calle, donde había una hilera de taxis esperando, y la acompañó hasta el primero.

—Hospital de Hammersmith —le indicó al conductor antes de despedirse de su esposa con un beso.

—Hasta esta noche, Jack —respondió ella, como siempre con una sonrisa.

—Que tengas un buen día, cariño —dijo Ryan antes de dirigirse al otro extremo del edificio.

En parte detestaba que Cathy tuviera que trabajar. Su madre nunca lo había hecho. Su padre, como todos los hombres de su generación, consideraba que alimentar a la familia era la obligación del hombre. A Emmet Ryan le gustó que su hijo se casara con una doctora, pero de algún modo su hijo heredó su actitud machista con respecto al lugar que la mujer debía ocupar en la familia, a pesar de que Cathy ganaba mucho más que Jack, probablemente porque los oftalmólogos eran más valiosos para la sociedad que los analistas de Inteligencia. 0, en cualquier caso, así lo consideraba el mercado. Sea como fuere, ella no podía hacer lo que él hacía, ni él lo que hacía ella.

En Century House, el guardia uniformado lo saludó con la mano y una sonrisa.

—Buenos días, sir John.

—Hola, Bert —respondió Ryan mientras introducía su tarjeta en la ranura.

Se encendió el piloto verde y Jack cruzó la puerta de seguridad. Estaba a pocos pasos del ascensor.

—Buenos días, Jack —dijo Simon Harding, que también llegaba en aquel momento.

—Hola —respondió Ryan de camino a su escritorio, donde lo estaba esperando un sobre amarillo, cuya procedencia según la etiqueta era la embajada estadounidense en Grosvenor Square.

Al abrirlo comprobó que contenía el informe del Hopkins sobre Mijáil Suslov. Jack lo hojeó y vio algo que había olvidado. El doctor Bernie Katz, meticuloso como siempre, había diagnosticado la diabetes de Suslov como peligrosamente avanzada y había pronosticado que su longevidad sería limitada.

—Mira, Simon, aquí dice que el mandamás de los comunistas está más enfermo de lo que parece.

—Lástima —comentó Harding mientras cogía el informe sin dejar de manosear su pipa—. No es una persona muy agradable.

—Eso he oído.

Sobre el escritorio de Ryan también estaban los informes matutinos, clasificados como «secretos», lo que significaba que su contenido tardaría quizá un día o dos en aparecer en los periódicos. A pesar de todo eran interesantes, porque a veces revelaban sus fuentes y eso podía indicar si la información era de confianza. Asombrosamente, no todo lo que recibían los servicios de Inteligencia era necesariamente fiable. Mucha de la información eran simplemente rumores, comunes incluso entre la gente importante en círculos gubernamentales a nivel mundial. Eran tan dados a los celos y a las rencillas como cualquier otro. Especialmente en Washington. ¿Tal vez incluso más en Moscú?, le preguntó a Harding.

—Desde luego, muchísimo más. Su sociedad está basada en gran medida en el prestigio y podría decirse que apuñalarse por la espalda es su deporte nacional. Eso también ocurre aquí, por supuesto, pero allí puede ser extraordinariamente viperino. Como supongo que debió de serlo en las cortes medievales, cuando la gente luchaba todos los días para mejorar su posición. Las luchas internas en sus principales burocracias deben de ser aterradoras.

—¿Y cómo afecta eso a esta clase de información?

—A menudo pienso que debería haber estudiado psicología en Oxford. Aquí tenemos varios psiquiatras en la plantilla, como seguramente también tenéis en Langley.

—Desde luego. Conozco a varios de ellos, sobre todo en mi sección, pero también en la S y la T. En ese sentido, no somos tan buenos como deberíamos serlo.

—¿A qué te refieres, Jack?

Ryan se acomodó en su butaca.

—Hace un par de meses hablé con uno de los compañeros de Cathy en el Hopkins, un neuropsiquiatra llamado Solomon. Deberías haber oído su punto de vista. Sol es muy listo, jefe de departamento y todo lo demás. No es partidario de sentar a sus pacientes en el diván y hablar con ellos. Cree que la mayoría de las enfermedades mentales tienen su origen en desequilibrios químicos del cerebro. Por esa razón casi lo expulsaron de su profesión, pero al cabo de veinte años se percataron de que tenía razón. En cualquier caso, Sol me dijo que la mayoría de los políticos son como estrellas de cine. Se rodean de sicofantas, aduladores y personas que les susurran halagos al oído, hasta que empiezan a creerlos porque les gusta

lo que oyen. Para ellos todo es como un gran juego, pero un juego en el que todo es forma y casi nada esencia. No son como la gente normal. No desempeñan ningún trabajo real, pero hacen ver que sí. Sobre asesoramiento y consentimiento, se dice que Washington es una ciudad donde uno no trata con las personas como son, sino como se supone que son. Si eso es cierto en Washington, ¿no lo será mucho más en Moscú? Allí todo es política. Todo son símbolos, ¿no es así? De modo que las luchas internas y los apuñalamientos por la espalda realmente deben de estar a la orden del día. Deduzco que eso debe afectarnos en dos sentidos. En primer lugar, eso significa que gran parte de la información que recibimos está tergiversada, ya sea porque sus fuentes son incapaces de reconocer la realidad aunque se den de bruces con ella, o porque, consciente o inconscientemente, falsean la información para sus propios fines en el momento de procesarla y transmitirla. En segundo lugar, eso significa que incluso la gente del otro lado que necesita dicha información no distingue entre lo bueno y lo malo, de modo que aunque nosotros logremos deducirla, no podemos predecir su significado porque ellos son incapaces de decidir por cuenta propia cómo utilizarla, aunque sepan de qué se trata. Aquí nos vemos obligados a analizar in-formación incorrecta, que con toda probabilidad será utilizada indebidamente por las personas a las que supuestamente está destinada. Por consiguiente, ¿cómo diablos podemos prever lo que harán, cuando ellos mismos no saben lo que hay que hacer?

Eso mereció una sonrisa alrededor de la boquilla de la pipa.

—Muy bien, Jack. Empiezas a cogerle el tranquillo. Desde un punto de vista objetivo, muy poco de lo que hacen tiene algún sentido. No obstante, tampoco es tan difícil predecir su comportamiento. Primero decides lo que sería una reacción inteligente y luego piensa que harán todo lo contrario. Siempre funciona —rió Harding.

—Pero Sol dijo algo que me preocupa: que esa clase de personas en posición de poder son unos peligrosos canallas. No saben cuándo detenerse, ni cómo utilizar su poder con inteligencia. Supongo que así fue como empezó lo de Afganistán.

—Efectivamente —asintió con seriedad Simon—. Quedan atrapados en sus propias ilusiones ideológicas y no ven con claridad cómo salir de las mismas. Y el verdadero problema es que gozan de muchísimo poder.

—Me falta algún factor en la ecuación —dijo Ryan.

—A todos nos ocurre lo mismo, Jack. Eso forma parte de nuestro trabajo.

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Algo nuevo sobre el papa?

—Hoy todavía nada. Si Basil sabe algo, es probable que me lo comunique antes del almuerzo. ¿Te preocupa el tema? Jack asintió con seriedad.

—Sí. El problema estriba en que si no vemos una amenaza real, ¿qué diablos podemos hacer al respecto? No es como si pudiéramos colocar una compañía de marines a su alrededor. Con todas las veces que aparece en público, es imposible protegerlo.

—Y las personas como él no se arredran ante el peligro.

—Recuerdo cuando asesinaron a Martin Luther King. Maldita sea, él sabía, debía de saberlo, que allí había armas con balas que llevaban su

nombre. Pero nunca se amedrentó. Está claro que correr y esconderse no formaban parte de sus valores. No será diferente en Roma, amigo, ni en ningún otro lugar al que se desplace.

—Se supone que es más difícil alcanzar un blanco en movimiento —comentó Simon con escaso entusiasmo.

—No cuando se conoce su destino con un mes o dos de antelación. Si el KGB decide asesinarlo, maldita sea, no veo qué podemos hacer al respecto.

—Salvo, quizá, ponerlo sobre aviso.

—Estupendo. Para que pueda reírse. ¿Sabes que probablemente lo haría? Se las ha visto con los nazis y con los comunistas durante los últimos cuarenta años. No creo que haya ya nada que pueda asustarlo. Si deciden hacerlo, ¿quién aprieta el botón?—preguntó Ryan después de hacer una pausa.

—Supongo que debería votarlo el Politburó en una sesión plenaria. Las repercusiones políticas son demasiado graves para que un solo miembro, por importante que sea su cargo, intente tomar semejante decisión por cuenta propia, sin olvidar que son eminentemente gregarios y nadie hace nada por sí solo, ni siquiera Andrópov, que es el más independiente de todos ellos.

—Es decir, eso significa que quince individuos deben votar a favor o en contra. Quince cabezas, que lo hablarán con su personal y con sus familias. ¿Son nuestras fuentes fiables? ¿Lo sabremos?

—Ésa es una pregunta muy delicada, Jack. Me temo que no puedo responderte.

—¿Porque no lo sabes, o porque no estás autorizado a hacerlo? —puntualizó Ryan.

—Sí, Jack, conozco algunas de nuestras fuentes, pero no puedo hablar de ellas contigo —respondió Harding, al parecer sinceramente avergonzado.

—No te preocupes, Simon, lo comprendo —dijo Jack, que estaba en la misma situación.

Así, por ejemplo, allí no podía siquiera mencionar las palabras TALENT KEYHOLE, puesto que no estaba autorizado a hacerlo frente a ningún extranjero, aunque tanto Simon como sir Basil sabían algo al respecto. Era bastante avieso, sobre todo porque negaba información a quienes podían haber hecho buen uso de ella. Si Wall Street funcionara del mismo modo, reflexionó Jack, Norteamérica entera estaría sumida en la pobreza. Pero el juego tenía sus reglas y Ryan las observaba. Ese era el coste de la entrada en dicho club.

—Este material es excelente —exclamó Harding cuando pasaba a la tercera página del informe de Bernie Katz.

—Bernie es listo —confirmó Ryan—. Por eso a Cathy le gusta trabajar con él.

—Pero es oftalmólogo, no psiquiatra, ¿me equivoco?

—A ese nivel de medicina, Simon, todo el mundo es un poco de todo. Le pregunté a Cathy si la retinopatía diabética de Suslov era indicativa de un problema grave de salud. La diabetes produce un deterioro de los pequeños vasos sanguíneos detrás del ojo, que se detecta en un reconocimiento. Bernie y su equipo los repararon en parte, ya que no se pueden curar por completo, y recuperó entre el setenta y cinco y el

ochenta por ciento de visión, suficiente para conducir un coche a la luz del día, pero lo grave es el problema de fondo. No son sólo los vasos capilares de los ojos; su problema se extiende a todo el cuerpo. Es previsible que Miguel el Rojo fallezca de insuficiencia renal o cardiovascular en el plazo de dos años a lo sumo.

—Nuestros especialistas creen que le quedan unos cinco años —señaló Harding.

—Bueno, yo no soy médico. Si quieres puedes mandar a alguien a hablar con Bernie, pero todo está aquí. Cathy dice que se sabe mucho sobre la diabetes examinando el globo ocular.

—¿Lo sabe Suslov?

Ryan se encogió de hombros.

—Buena pregunta, Simon. Los médicos no siempre se lo cuentan todo a sus pacientes y probablemente allí todavía menos. Supongo que a Suslov lo trata un médico políticamente fiable, algún catedrático. Aquí eso significaría una eminencia, que conocería realmente la materia. Allí... ¿quién sabe?

Harding asintió.

—Efectivamente. Quizá sepa más acerca de Lenin que de Pasteur. ¿Te enteraste de lo de Sergey Korolev, su principal diseñador de misiles? Fue un incidente particularmente desagradable. Al pobre desgraciado lo asesinaron prácticamente en el quirófano, porque los dos cirujanos que llevaban a cabo la operación no se podían ver y uno se negó a ayudar al otro cuando surgieron dificultades graves. Probablemente fue una bendición para Occidente, pero era un ingeniero excelente que murió por incompetencia médica.

—¿Pagó alguien las consecuencias? —se interesó Ryan.

—Claro que no. Ambos tenían demasiado peso político y muchas influencias en las altas esferas. Estarán a salvo mientras no maten a ninguno de sus amigos, y eso no sucederá. Estoy seguro de que ambos disponen de jóvenes competentes que están bajo sus órdenes para cubrirles las espaldas.

—¿Sabes lo que necesitan en Rusia? Abogados. No me gustan los que persiguen ambulancias, pero obligan a la gente a mantenerse alerta.

—En cualquier caso, lo más probable es que Suslov desconozca la gravedad de su estado. Por lo menos eso creen nuestros especialistas médicos. Según el informe de HUMINT, sigue tomando vodka y eso está definitivamente contraindicado. Su sustituto será Alexándrov, tan desagradable como su mentor. Debo asegurarme de que se actualice su historial —agregó con una mueca mientras tomaba nota.

Ryan volvió a concentrarse en sus informes matutinos antes de empezar su proyecto oficial. Greer quería que Ryan realizara un estudio de los métodos de dirección en la industria armamentista soviética para comprobar cómo funcionaba aquel sector de su economía, si es que funcionaba. Ryan y Harding cooperarían en dicho estudio, para el que utilizarían información británica y norteamericana. El proyecto se ajustaba al historial académico de Ryan. Puede que incluso llamara la atención de las altas esferas.

El mensaje de respuesta se recibió a las once y treinta y dos. Se trabaja

rápido en Roma, pensó Zaitzev cuando empezaba a descodificarlo. Llamaría al coronel Rozhdiéstvensky cuando concluyera, pero todavía tardaría un poco. El capitán consultó el reloj de pared. Su almuerzo se retrasaría también, pero la prioridad condenaba su estómago a ciertas incomodidades. La única buena noticia era que el coronel Goderenko había iniciado su secuencia de codificación al inicio de la página 285.

ALTO SECRETO
INMEDIATO Y URGENTE
DEL: DELEGADO EN ROMA
A: DIRECCIÓN, MOSCÚ CENTRO
REFERENCIA: SU DESPACHO 15-8-82-666
ACERCARSE AL SACERDOTE NO ES DIFÍCIL SIN LIMITACIONES TEMPORALES FIJAS. SE PRECISA ORIENTACIÓN PARA UNA EVALUACIÓN COMPLETA DE SU SOLICITUD. EL SACERDOTE PARTICIPA EN AUDIENCIAS Y APARICIONES PÚBLICAS PREVISIBLES, CONOCIDAS SOBRADAMENTE DE ANTEMANO. APROVECHAR DICHA OPORTUNIDAD NO, REPITO, NO SERÁ FÁCIL, DEBIDO A LA MUCHEDUMBRE QUE ASISTE A DICHAS FUNCIONES. SUS MEDIDAS DE SEGURIDAD SON DIFÍCILES DE EVALUAR SIN ORIENTACIÓN ADICIONAL. NO SE RECOMIENDA ACCIÓN FÍSICA CONTRA EL SACERDOTE, DEBIDO A PREVISIBLES CONSECUENCIAS POLÍTICAS ADVERSAS. DIFÍCIL OCULTAR EL ORIGEN DE UNA OPERACIÓN CONTRA ÉL.
FIN.

Zaitzev pensó que al delegado no le gustaba demasiado la idea. ¿Prestaría atención Yuri Vladimirovich a ese consejo? Zaitzev sabía que eso estaba muy por encima de su cargo. Levantó el auricular del teléfono y marcó.

—Coronel Rozhdiéstvensky —respondió una voz brusca. —Capitán Zaitzev, de la central de comunicaciones. Tengo una respuesta a su seis, seis, seis, camarada coronel.

—Voy inmediatamente —dijo Rozhdiéstvensky.

El coronel cumplió su palabra y a los tres minutos cruzó el punto de control. Zaitzev ya había guardado el libro de códigos en el archivo central y había metido el original, acompañado de la traducción, en un sobre de color castaño que le entregó al coronel.

—¿Lo ha visto alguien? —preguntó Rozhdiéstvensky.

—Claro que no, camarada —respondió Zaitzev.

—Muy bien —dijo el coronel Rozhdiéstvensky antes de retirarse sin mediar otra palabra.

Zaitzev, por su parte, abandonó su escritorio para ir a almorzar a la cafetería. La comida era la mejor razón para trabajar en el Centro.

Lo que no podía quitarse de la cabeza, cuando entró en el servicio para lavarse las manos, era la secuencia de los mensajes. Yuri Andrópov quería matar al papa, y al delegado en Roma no le gustaba la idea. Se suponía que Zaitzev no debía tener ninguna opinión; sólo formaba parte del sistema de comunicaciones. A la jerarquía del Comité de Seguridad Estatal raramente se le ocurría que en realidad su personal tenía cerebro... e incluso conciencia...

Zaitzev se puso en la cola y cogió una bandeja metálica y los cubiertos.

Se decidió por el estofado de ternera y cuatro rebanadas gruesas de pan, con un gran vaso de té. La cajera le cobró cincuenta y cinco copecas. Sus compañeros habituales ya se habían marchado y decidió sentarse en el extremo de una mesa llena de gente a la que no conocía. Hablaban de fútbol y él, imbuido en sus pensamientos, no participó en la conversación. El estofado estaba bastante bueno, al igual que el pan, recién salido del horno. Lo único que no tenían allí eran buenos cubiertos, como en los comedores privados de los pisos superiores. En su lugar utilizaban los de cinc y aluminio, sumamente delgados, como todos los ciudadanos soviéticos. Cumplían su función, pero eran demasiado ligeros para sujetarlos con comodidad.

Tenía razón —pensó—: el director pensaba en asesinar al papa. Zaitzev no era un hombre religioso; no había entrado en una iglesia en toda su vida, salvo en esos grandes edificios convertidos en museos después de la revolución. Lo único que sabía sobre la religión era la propaganda distribuida regularmente en la educación pública soviética. Sin embargo, algunos de los chicos que había conocido en la escuela hablaban de creer en Dios, y no los había denunciado porque eso no era propio de su conducta. Las grandes cuestiones de la vida eran cosas sobre las que no pensaba demasiado. En gran parte, la vida en la Unión Soviética se limitaba a ayer, hoy y mañana. Las realidades económicas de la vida no le permitían realmente a uno hacer planes a largo plazo. No había casas en el campo para comprar, ni coches de lujo que desear, ni vacaciones exóticas que planear. Con la imposición de lo que denominaban socialismo a la población, el gobierno de ese país permitía, obligaba a todos sus habitantes a aspirar a lo mismo, independientemente de sus gustos personales, lo que significaba incorporarse a unas listas interminables, hasta que les comunicaran que les había llegado el turno, conscientes de que quedaban relegados tras otros con mayor veteranía en el partido, o no, porque algunos tenían acceso a unos lugares mejores que otros. Su vida, al igual que la de todos los demás, era como la de un novillo en un establo. Recibían cuidados moderadamente aceptables y la misma comida insípida a la misma hora de idénticos días interminables. Todos los aspectos de la vida estaban dominados por un permanente aburrimiento grisáceo, aliviado sólo en su caso por el contenido de los mensajes que procesaba y transmitía. Se suponía que no debía pensar en los mensajes, ni mucho menos recordarlos, pero sin nadie con quien hablar, lo único que podía hacer era digerirlos en la intimidad de su propia mente. En su cerebro había hoy un solo ocupante, que no estaba dispuesto a callarse. Corría como un ratón en una rueda de ejercicio, dando una y mil vueltas pero regresando siempre al mismo lugar.

Andrópov quería matar al papa.

Había procesado antes proyectos de asesinato, aunque no demasiados. El KGB se alejaba gradualmente de los mismos; había demasiados fallos. A pesar de la pericia profesional y de la astucia de los agentes de campo, la policía en otros países tenía una inteligencia ilimitada combinada con la paciencia de una araña, y hasta que el KGB descubriera la forma de matar con el simple hecho de desearlo, aparecería siempre algún testigo y algunas pruebas, porque el manto de la invisibilidad existía sólo en los cuentos infantiles.

Con mayor frecuencia procesaba mensajes sobre desertores, reales o

potenciales, o acerca de agentes de los que se sospechaba que se habían pasado al enemigo. Incluso había visto las pruebas en forma de algún mensaje, en el que se llamaba a alguien para «consultas» de las que raramente regresaba a su delegación. Lo que les sucedía exactamente era objeto de rumores, todos ellos desagradables. Según se decía, cierto agente traidor había acabado vivo en un crematorio, práctica común, al parecer, entre las SS alemanas. Había oído que lo habían filmado y había hablado con gente que conocía a gente, que conocía a gente que había visto la filmación. Pero nunca lo había visto personalmente, ni conocía a nadie que lo hubiera visto. Oleg Ivanovich pensaba que había ciertas cosas que eran demasiado incluso para el KGB. No, la mayoría de las historias se referían a piquetes de ejecución, que según se decía a menudo metían la pata, o a un solo tiro en la nuca, como lo había hecho el propio Lavrenti Beria. Eso todo el mundo se lo creía. Había visto fotografías de Beria y parecían estar ensangrentadas. Y Félix de Hierro era indudablemente capaz de hacerlo entre mordiscos, mientras se comía un bocadillo. Era la clase de hombre que había aportado al término «despiadado» una mala reputación.

Pero en general se tenía la sensación, aunque no se hablara abiertamente de ello, de que el KGB adoptaba una actitud más kulturniy, más civilizada, en sus relaciones con el mundo. Más suave y más amable. Los traidores, evidentemente, eran ejecutados, pero sólo después de un juicio en el que se les brindaba por lo menos la oportunidad teórica de dar explicaciones y, si eran inocentes, de demostrarlo. Eso casi nunca sucedía, pero únicamente debido a que el Estado sólo procesaba a los que eran verdaderamente culpables. Los investigadores del Segundo Directorio estaban entre los más temidos y más expertos de todo el país. Se decía que nunca se equivocaban, ni jamás se les engañaba, como si fueran una especie de dioses.

Pero el Estado afirmaba que no existían los dioses.

Primero los hombres y luego las mujeres. Todo el mundo conocía la Escuela de Gorriones, sobre la que los hombres hablaban con una sonrisa en los labios y un destello en la mirada. ¡Todos soñaban con un puesto de instructor, o mejor aún, de controlador de calidad! Y además cobrando. Como solía decir su esposa Irina, todos los hombres eran unos cerdos. Pero Zaitzev pensaba que podría ser divertido ser un cerdo.

Matar al papa... ¿por qué? Si no suponía ninguna amenaza para ese país. El propio Stalin había bromeado acerca de cuántas divisiones tenía el papa. ¿Para qué matarlo? Incluso el delegado aconsejaba no hacerlo. Goderenko temía las repercusiones políticas. Stalin había ordenado la muerte de Trotski y había mandado a un agente del KGB para llevarla a cabo, consciente de que se le impondría una prolongada condena en la cárcel por dicha labor. Pero lo hizo, fiel a la voluntad del partido, con la profesionalidad de la que se les hablaba en las clases de la academia, junto a los comentarios menos formales de que, en realidad, ya no se hacían esas cosas. Los instructores no se molestaban en agregar que no era civilizado. Y sí, efectivamente, el KGB se alejaba de esa clase de conducta.

Hasta el momento. Hasta hoy. E incluso el jefe de la delegación aconsejaba lo contrario. ¿Por qué? ¿Porque no quería que él, ni la organización a la que pertenecía, ni su país, fueran tan incivilizados?

¿O porque hacerlo sería una locura? ¿O estaría mal...? El «mal» era un concepto ajeno a los ciudadanos de la Unión Soviética. 0 por lo menos lo que la gente percibía como algo moralmente erróneo. La moralidad en ese país nunca se había reemplazado por lo políticamente correcto o incorrecto. Todo lo que favoreciera los intereses del sistema político de su país era digno de alabanza. Lo contrario merecía... ¿la muerte?

¿Y quién tomaba esas decisiones?

Unos hombres.

Lo hacían unos hombres porque no había moralidad, tal como el mundo la entendía. No existía un dios que diferenciara el bien del mal.

Y sin embargo...

Sin embargo, en el corazón de todos los hombres residía un conocimiento innato de lo bueno y lo malo. Matar a otro ser humano estaba mal. Para quitarle la vida a otro se precisaba una causa justa. Pero también eran los hombres quienes decidían lo que constituía una causa justa. Determinados hombres en el lugar apropiado y con la debida autoridad gozaban del derecho y de la capacidad de matar porque... ¿por qué?

Porque así lo habían dicho Marx y Lenin.

Eso era lo que el gobierno de su país había decidido hacía mucho tiempo.

Zaitzev untó de mantequilla su última rebanada de pan y la mojó en lo que quedaba de salsa en su plato antes de comérsela. Sabía que pensaba demasiado, incluso peligrosamente. La sociedad a la que pertenecía no alentaba, ni siquiera permitía, el pensamiento independiente. Uno no debía poner el partido ni su sensatez en tela de juicio. Ciertamente no aquí. En la cafetería del KGB, nunca jamás se había oído a nadie preguntarse en voz alta si el partido y la patria a los que servía y protegía eran capaces de cometer un error. Tal vez en alguna que otra ocasión alguien especulaba sobre tácticas, pero incluso entonces la conversación se desenvolvía dentro de unos límites más altos y fuertes que los muros del Kremlin.

La moralidad de su país, pensó, había sido determinada por un judío alemán que vivía en Londres, hijo de un burócrata zarista que sencillamente no sentía mucho afecto por el zar y cuyo hermano, aventurero, había sido ejecutado por pasar a la acción directa. Aquel individuo encontró cobijo en la más capitalista de las naciones, en Suiza, hasta que los alemanes lo mandaron de nuevo a su patria rusa con la esperanza de que desestabilizara el gobierno del zar, y permitiendo así que Alemania derrotara a los demás contrincantes en el frente occidental durante la primera guerra mundial. En general, aquello no parecía ordenado por alguna divinidad con el sublime propósito de alcanzar un progreso humano. Todo cuanto Lenin había utilizado como modelo para cambiar su país, y a través del mismo, el resto del mundo, procedía de un libro escrito por Karl Marx, otros escritos de Friedrich Engels y su propia visión de convertirse en jefe de una nueva clase de país.

Lo único que diferenciaba al marxismo-leninismo de una religión era la ausencia de una figura divina. Ambos sistemas alegaban poseer una autoridad absoluta sobre los asuntos humanos y estar en lo cierto a priori. Salvo que su país había optado por ejercer dicha autoridad mediante su poder sobre la vida y la muerte.

Su país decía que luchaba por la justicia, por el bien de los obreros y los campesinos a lo largo y ancho del mundo. Pero otros hombres, en un eslabón más elevado de la jerarquía, decidían quiénes eran los obreros y los campesinos, mientras ellos vivían en lujosas casas de campo y pisos espaciosos, con automóviles, chóferes... y otros privilegios a su disposición.

¡Menudos privilegios! Zaitzev también había despachado mensajes sobre ropa interior y perfumes, que los hombres de su edificio querían para sus esposas. Dichos artículos, que su propio país no podía producir, pero que la nomenklatura ansiaba tanto como los frigoríficos y las cocinas de Alemania Occidental, llegaban a menudo en valijas diplomáticas de embajadas en Occidente. Cuando Zaitzev veía a los peces gordos circulando por el centro de Moscú en sus ZIL con conductor, comprendía lo que había sentido Lenin respecto a los zares. El zar alegaba poseer un derecho divino con respecto al poder; los jefes del partido alegaban contar con la voluntad del pueblo.

Salvo que el pueblo nunca les había ofrecido públicamente nada. En las democracias occidentales se celebraban elecciones, que el diario Pravda regularmente denigraba, pero eran auténticos comicios. Una mujer de aspecto feroz dirigía ahora Inglaterra y un actor maduro y bufonesco regía los destinos de Norteamérica, pero ambos habían sido elegidos por los habitantes de sus respectivos países y los gobernantes anteriores habían sido despedidos por elección popular. Ninguno de dichos líderes gozaba de aprecio en la Unión Soviética y había visto muchos mensajes oficiales interesándose por su salud mental y por sus principios políticos, cuya preocupación era evidente, incluida la del propio Zaitzev, pero por muy inestables y desagradables que pudieran ser dichos líderes, sus pueblos los habían elegido. El pueblo soviético decididamente no había elegido a la cosecha actual de príncipes en el Politburó.

Y ahora los nuevos príncipes comunistas pensaban en asesinar a un sacerdote polaco en Roma. ¿Pero qué peligro suponía para la Rodina? Ese individuo al que llamaban papa no disponía de fuerzas armadas. ¿Se trataba entonces de una amenaza política? ¿Pero cómo? Se suponía que el Vaticano tenía identidad diplomática, pero una nación sin fuerzas armadas era... ¿qué? Si Dios no existía, el poder que ejerciera el papa debía de ser ilusorio, sin más sustancia que una bocanada de humo. El país de Zaitzev poseía el ejército más poderoso del mundo, según lo proclamaba regularmente el programa de televisión que todo el mundo veía, y que llevaba por título «Servimos a la Unión Soviética».

¿Por qué querían entonces matar a un hombre que no suponía amenaza alguna? ¿Separaría los océanos con un movimiento de su varita mágica, o mandaría una plaga a su país? Claro que no.

Y matar a un hombre indefenso era un crimen, se dijo Zaitzev a sí mismo, ejerciendo por primera vez el derecho a pensar desde que trabajaba en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy y afirmando silenciosamente su libre albedrío. Había formulado una pregunta y encontrado una respuesta.

Le sería útil poder hablar de aquello con alguien, pero evidentemente era imposible. Eso dejaba a Zaitzev sin ninguna válvula de escape, sin forma alguna de procesar sus sentimientos y llegar a alguna clase de resolución. Las leyes y las costumbres de su país lo obligaban a reciclar

sus pensamientos una y otra vez, hasta tomar finalmente una sola dirección. El hecho de que, a fin de cuentas, fuera una dirección que no merecía la aprobación del Estado, era consecuencia del propio Estado.

Cuando concluyó su almuerzo se tomó el té y encendió un cigarrillo, pero su actitud contemplativa no sirvió para sosegar su mente. El ratón corría todavía en su rueda. Nadie en aquel enorme comedor se percató de ello. Para los que vieron a Zaitzev, no era más que uno de tantos que disfrutaba tranquilamente de un cigarrillo después del almuerzo. Como todos los demás ciudadanos soviéticos, Zaitzev sabía cómo ocultar sus sentimientos y, por consiguiente, su rostro no lo delataba. Se limitó a consultar el reloj de pared para no llegar con retraso a su turno de la tarde, como cualquier otro burócrata en aquel enorme edificio.

Arriba era un poco diferente. El coronel Rozhdiéstvensky no había querido interrumpir el almuerzo del director y se había sentado en su despacho a la espera de que avanzaran las agujas del reloj, mientras se comía su propio bocadillo, pero sin probar la sopa que le habían servido como acompañamiento. Al igual que su jefe, fumaba cigarrillos Marlboro norteamericanos, que eran más suaves y de mejor calidad que sus equivalentes soviéticos. Era una costumbre que había adquirido en el campo, pero como oficial de alto rango del Primer Directorio tenía derecho a comprar en la tienda especial de Moscú Centro. Eran caros, incluso para alguien que cobraba en rublos «certificados», pero sólo bebía vodka barato a modo de compensación. Se preguntaba cómo reaccionaría Yuri Vladimirovich ante el mensaje de Goderenko. Ruslan Borissovich era un delegado muy capacitado, cauteloso y conservador, con suficiente antigüedad para que se le permitiera discutir, aunque hasta cierto punto. Su función, después de todo, consistía en facilitar información fiable a Moscú Centro, y si consideraba que algo podía comprometer dicha misión, su deber era advertírselo. Además, en el despacho original sólo se le pedía determinar la situación y no incluía ninguna orden directa. De modo que, con toda probabilidad, la respuesta de Ruslan Borissovich no le crearía ningún problema. Pero tal vez enojara a Andrópov, y si lo hacía, el coronel A. N. Rozhdiéstvensky debería soportar su enfado, lo cual nunca era agradable. Su cargo era envidiable en cierto sentido y aterrador en otro. Tenía acceso directo al director, pero al estar tan cerca de él, también podía morderle más fácilmente. En la historia del KGB no sería la primera vez que alguien pagara por las acciones de otro, aunque parecía improbable en este caso. A pesar de que Andrópov era un hombre innegablemente duro, era también bastante razonable. No obstante, siempre era arriesgado estar cerca de un volcán en peligro de erupción. Sonó el teléfono de su escritorio. Era el secretario particular del director.

—El director lo recibirá ahora, camarada coronel.

—Spasiba —respondió antes de levantarse y salir al pasillo.

—Hemos recibido una respuesta del coronel Goderenko—anunció Rozhdiéstvensky al tiempo que se la entregaba.

A Andrópov no le sorprendió y el coronel Rozhdiéstvensky se sintió secretamente aliviado de que no perdiera los estribos. —Lo esperaba. Nuestro personal ha perdido el sentido de la intrepidez, ¿no le parece, Aleksey Nikolay'ch?

—Camarada director, el delegado le ofrece su valoración profesional del problema —respondió el coronel.

—Siga —ordenó Andrópov.

—Camarada director —prosiguió Rozhdiéstvensky eligiendo cuidadosamente sus palabras—, no se puede llevar a cabo una operación como la que evidentemente considera sin riesgos políticos. Ese sacerdote tiene mucha influencia, por muy ilusoria que parezca. A Ruslan Borissovich le preocupa que un atentado contra él pueda afectar a su capacidad de recoger información y eso, camarada, es su misión primordial.

—La valoración del riesgo político es mi trabajo, no el suyo.

—Es cierto, camarada director, pero se trata de su territorio y es su deber comunicarle lo que usted precisa saber. La pérdida de los servicios de algunos de sus agentes podría perjudicarnos tanto directa como indirectamente.

—¿En qué medida?

—Es imposible de predecir. La delegación romana dispone de numerosos agentes sumamente productivos respecto a información militar y política de la OTAN. ¿Podríamos prescindir de ellos? Sí, supongo que sí, pero sería preferible no hacerlo. Los factores humanos involucrados hacen que la predicción sea difícil. Tenga en cuenta que la dirección de agentes es un arte, no una ciencia.

—Eso me ha dicho en otras ocasiones, Aleksey.

Andrópov se frotó perezosamente los ojos. Rozhdiéstvensky se percató de que su piel tenía hoy un aspecto ligeramente cetrino. ¿De nuevo surgían sus problemas hepáticos?

—Todos nuestros agentes son personas y las personas tienen sus peculiaridades individuales. Es inevitable —explicó Rozhdiéstvensky, puede que por centésima vez.

Podría haber sido peor; en realidad, Andrópov escuchaba parte del tiempo. No todos sus predecesores habían sido tan ilustrados. Tal vez se debiera a la inteligencia de Yuri Vladimirovich.

—Eso es lo que me gusta de las comunicaciones secretas —refunfuñó el director del KGB.

En su profesión estaban todos de acuerdo, pensó el coronel Rozhdiéstvensky. El problema consistía en descifrar las comunicaciones. En ese sentido, Occidente era mejor que su país, a pesar de sus infiltraciones en los organismos de comunicaciones occidentales. La NSA norteamericana y el GCHQ británico en particular se esforzaban constantemente por violar la seguridad de las comunicaciones soviéticas y les preocupaba que de vez en cuando lo lograran. De ahí que el KGB dependiera tan absolutamente de los códigos de un solo uso. No podían confiar en otra cosa.

—¿Es fiable? —preguntó Ryan.

—Creemos que va en serio, Jack —respondió Harding—.

Procede en parte de fuentes públicas, pero en su mayoría de documentos preparados para su Consejo de Ministros. A dicho nivel, no suelen mentir demasiado.

—¿Por qué no? —insistió Jack—. Allí todos los demás lo hacen.

—Pero aquí se trata de algo concreto, de productos que se deben entregar a su ejército. Si no aparecen, alguien se dará cuenta y lo investigarán. En cualquier caso —prosiguió Harding, midiendo cuidadosamente sus palabras—, aquí lo más importante son las cuestiones de orden político y nadie ganaría nada mintiendo.

—Supongo. El mes pasado creé un pequeño alboroto en Langley, cuando desmenucé una valoración económica dirigida al despacho del presidente. Afirmé que no podía ser cierto en modo alguno y el que había elaborado el informe aseguró que aquello era exactamente lo que se había presentado en las reuniones del Politburó...

—¿Y tú qué respondiste, Jack? —interrumpió Harding.

—Dije que lo hubieran visto o no los peces gordos, sencillamente no podía ser cierto. El informe era una farsa de cabo a rabo y me pregunto cómo diablos elabora su política el Politburó, cuando se basan en datos tan reales como Alicia en el maldito País de las Maravillas. Cuando estaba en el cuerpo de los marines temíamos que el soldado medio ruso midiera tres metros de altura. No es así. Tal vez sean muchos, pero en realidad son más pequeños que los nuestros porque no se alimentan tan bien de pequeños y sus armas son un asco. El AK-47 es un bonito rifle, pero yo me quedo con el M-16, y un rifle es mucho más sencillo que una radio portátil. Cuando por fin llegué a la CIA, descubrí que las radios tácticas de su ejército eran una mierda y que, por consiguiente, tenía razón cuando era todavía un recluta en las fuerzas armadas. En resumen, Simon, mienten al Politburó sobre las supuestas realidades económicas y, si les mienten a ellos, son capaces de mentir sobre cualquier cosa.

—¿Qué ocurrió entonces con el informe para vuestro presidente?

—Se lo mandaron, pero con un anexo de cinco páginas redactado por mí. Espero que llegara a leerlo. Dicen que lee mucho. En cualquier caso, lo que estoy diciendo es que basan su política en mentiras y tal vez nosotros podamos elaborar una política mejor, con una apreciación un poco más ajustada a la realidad. Creo que su economía es un desastre, Simon. Su estado no puede ser mejor que el de sus informes. Si lo fuera, veríamos los resultados positivos en los productos que fabrican, pero ése no es el caso.

—¿Y por qué temer a un país que es incapaz de alimentarse? —Efectivamente —asintió Ryan.

—En la segunda guerra mundial...

—En 1941, Rusia fue invadida por un país que nunca habían apreciado, pero Hitler fue demasiado estúpido para aprovechar en beneficio propio la antipatía que sentían los rusos por su propio gobierno y aplicó una política racista que los impulsó a refugiarse en los brazos de Joe Stalin. Esa comparación no vale, Simon. La Unión Soviética es fundamentalmente inestable. ¿Por qué? Porque es una sociedad injusta y es imposible que una sociedad sea injusta y estable. Su economía... —Hizo una pausa—. Debería haber alguna forma de lograr que eso nos beneficie...

—¿Con qué finalidad?

—Sacudir un poco sus cimientos. Generar tal vez un pequeño terremoto —sugirió Ryan.

—¿Y hacer que se derrumben? —preguntó Harding con las cejas levantadas—. Disponen de un gran armamento nuclear, conviene que no lo olvides.

—Bien, de acuerdo, procuraremos organizar un aterrizaje suave.
—Muy amable por tu parte, Jack.

CAPÍTULO SIETE

A FUEGO LENTO

El trabajo de Ed Foley como agregado de prensa no le imponía excesivas exigencias horarias para contentar a los corresponsales norteamericanos y ocasionalmente a los de otras nacionalidades. Entre los segundos se encontraban los que pertenecían supuestamente al Pravda y a otras publicaciones rusas. Foley suponía que, de un modo u otro, todos trabajaban para el KGB, cuyos agentes de campo se hacían pasar habitualmente por periodistas. De ahí que la mayoría de los corresponsales soviéticos en Norteamérica generalmente estuvieran vigilados de cerca por uno o dos agentes del FBI, si el cuerpo disponía de suficiente personal, lo cual no sucedía a menudo. Las funciones de los corresponsales y las de los agentes secretos eran prácticamente idénticas.

Ahora acababa de interrogarle un individuo del diario Pravda llamado Pavel Kuritsyn, que o bien era espía profesional o bien debía de haber leído muchas novelas de espionaje. Puesto que era más fácil pretender ser bobo que inteligente, Foley se había expresado en un ruso rudimentario, sonriendo con aparente orgullo por su dominio del complejo idioma. Por su parte, Kuritsyn le había aconsejado mirar la televisión rusa, ya que era la mejor forma de aprender la lengua debidamente. A continuación, Foley había redactado un informe para los archivos de la CIA, indicando que ese tal Pavel Yevgeniyevich Kuritsyn olía a agente del Segundo Directorio que comprobaba su identidad, y creía haber superado la prueba. Evidentemente no podía estar seguro de ello. Que él supiera, los rusos podían disponer de personal capaz de leer la mente. Sabía que experimentaban en casi todos los campos, incluso en el denominado de vista remota, que desde su punto de vista profesional era incluso peor que el de las videntes gitanas, pero que, muy a su pesar, había incitado a la CIA a elaborar su propio programa del mismo género. Para Ed Foley, si no era tangible, tampoco era real. Pero a saber lo que esos individuos del directorio de Inteligencia serían capaces de intentar para contrarrestar lo que el personal de Operaciones, los auténticos espías de la CIA, debían hacer todos los días.

Sabía que los rusos tenían ojos y Dios sabe cuántos oídos en la embajada, a pesar de que los expertos en electrónica barrían regularmente el edificio. (En una ocasión habían logrado incluso instalar un micrófono en el despacho del propio embajador.) Al otro lado de la calle había una antigua iglesia que era utilizada por el KGB y conocida en la embajada estadounidense como Nuestra Señora de los Microchips, porque el edificio estaba repleto de transmisores de microondas dirigidos a la embajada, cuya función era la de interferir con todos los receptores utilizados por la delegación de Moscú para interceptar las redes soviéticas de teléfono y radio. Los niveles de radiación rayaban los límites de la

tolerancia sanitaria, por lo que la embajada estaba protegida con láminas metálicas en las paredes, que reflejaban gran parte de la misma al otro lado de la calle. El juego tenía sus reglas y los rusos solían respetarlas, aunque a menudo no tenían demasiado sentido. Había habido algunas protestas discretas sobre las microondas por parte de los vecinos del barrio, pero los responsables simplemente se encogían de hombros y alegaban ignorancia sin mayor trascendencia. El médico de la embajada decía que no era preocupante, pero su consultorio estaba en el sótano, protegido por tierra y piedra de las radiaciones. Algunos aseguraban que se podía cocer un perrito caliente si se dejaba en la repisa de alguna de las ventanas de la fachada este.

El embajador y el agregado de Defensa conocían la identidad de Ed Foley. El primero se llamaba Ernest Fuller y parecía una ilustración sacada de un libro sobre los patricios. Era alto, delgado y lucía una aristocrática melena blanca. En realidad se había criado en una granja de cerdos en Iowa, había obtenido una beca para estudiar en la Universidad del Noroeste y se había licenciado en Derecho antes de incorporarse a los consejos de administración empresariales, hasta convertirse finalmente en gerente de una gran empresa de automóviles. A lo largo de su carrera había servido tres años en la armada estadounidense durante la segunda guerra mundial, en la campaña de Guadalcanal a bordo del crucero ligero USS Boise. Tenía la reputación de ser un jugador concienzudo y el personal operativo de la embajada lo consideraba un hábil aficionado.

El agregado de Defensa era el general de brigada George Dalton, de artillería, que se llevaba bien con sus homólogos rusos. Dalton era una especie de oso, con el pelo negro y rizado, que había jugado de defensa en East Point hacía más de veinte años.

Foley tenía una reunión con ambos, en apariencia para hablar de las relaciones con los corresponsales norteamericanos. Incluso sus asuntos internos de la embajada precisaban una tapadera en esta delegación.

—¿Cómo se adapta su hijo? —preguntó Fuller.

—Echa de menos los dibujos animados. Antes de venir compré un proyector de ésos, ya sabe, un Betamax, y algunas cintas, pero sólo duran un tiempo limitado y cuestan una fortuna.

—Existe una versión local del Coyote y el Correcaminos —dijo el general Dalton—. Se llama «Espera un momento», o algo por el estilo. No es tan buena como la de la Warner Bros., pero sí mejor que esas malditas tablas de gimnasia que emiten por la mañana. La mujer que las dirige podría derribar a un sargento de instrucción.

—La vi ayer. ¿Pertenece al equipo olímpico de levantamiento de pesas? —bromeó Foley—. En cualquier caso...

—¿Primeras impresiones, alguna sorpresa? —preguntó Fuller.

Foley negó con la cabeza.

—Más o menos lo que esperaba. Parece que, adondequiera que vaya, tengo compañía. ¿Cuánto creen que durará?

—Más o menos una semana. Dé un paseo, o mejor aún, observe a Ron Fielding cuando da un paseo. Desempeña bastante bien su función.

—¿Algo importante en perspectiva? —preguntó el embajador Fuller.

—No, señor. De momento sólo asuntos rutinarios. Pero los rusos tienen algo muy sustancial entre manos.

—¿De qué se trata? —preguntó Fuller.

—Lo denominan operación RYAN, que son las siglas en su idioma de «ataque nuclear por sorpresa». Les preocupa que nuestro presidente quiera lanzarles bombas atómicas y tienen un montón de agentes en nuestro país que intentan evaluar su estado mental.

—¿Habla en serio? —preguntó Fuller.

—Completamente. Supongo que se han tomado demasiado en serio la retórica electoralista.

—Su ministro de Exteriores me formuló algunas preguntas extrañas —dijo el embajador—. Pero no les concedí la menor importancia.

—Estamos invirtiendo mucho dinero en las fuerzas armadas, señor, y eso los pone nerviosos.

—Y mientras tanto, ellos compran diez mil tanques nuevos y eso es perfectamente normal —observó el general Dalton.

—Exactamente —reconoció Foley—. En mis manos, las armas son defensivas, pero en las tuyas, ofensivas. Supongo que es una cuestión de punto de vista.

—¿Ha visto esto? —preguntó Fuller al tiempo que le entregaba un fax del Fondo Tenebroso.

—Caramba —exclamó Foley después de echarle un vistazo. —Le he comentado a Washington que preocuparía bastante a los soviéticos. ¿Usted qué opina?

—Estoy de acuerdo, señor. En varios sentidos. Lo más importante será el malestar potencial que se origine en Polonia, que podría extenderse por todo su imperio. Esa es una de las áreas en las que piensan a largo plazo. Para ellos, la estabilidad política es imprescindible. ¿Qué dicen en Washington?

—La CIA acaba de mostrárselo al presidente, que se lo ha pasado al secretario de Estado y me lo ha mandado para que lo comente. ¿Puede hurgar usted entre la maleza y comprobar si hablan de ello en el Politburó?

Foley reflexionó un instante y asintió.

—Puedo intentarlo.

Le incomodaba ligeramente el encargo, ¿pero acaso no era ésa la naturaleza de su trabajo? Debería mandar un mensaje a uno o varios de sus agentes, ya que para eso estaban. Lo inquietante era que eso suponía poner en juego la integridad de su esposa. A Mary Pat no le importaría, maldita sea, le encantaba el juego del espionaje, pero era a su marido a quien le preocupaba que corriera peligro. Probablemente era una cuestión de machismo.

—¿Qué prioridad tiene este asunto?

—En Washington están muy interesados —respondió Fuller. Eso significaba que era importante, pero no exactamente una emergencia.

—Bien, señor, me ocuparé de ello.

—No sé con qué medios cuenta usted aquí en Moscú, ni quiero saberlo. ¿Es peligroso para ellos?

—Aquí fusilan a los traidores, señor.

—Esto es más peligroso que el negocio de los coches, Foley. Soy consciente de ello.

—Maldita sea —exclamó el general Dalton—, el peligro era menor en los Altiplanos Centrales. Los rusos juegan muy duro. A mí también me han preguntado por el presidente, generalmente entre copas con altos

mandos. ¿Tanto les preocupa?

—Eso parece —afirmó Foley.

—Bien. Nunca está de más sacudir ligeramente la confianza del contrincante, obligarlo a vigilar un poco a sus espaldas.

—Siempre que no se vaya demasiado lejos —sugirió el embajador Fuller, que era relativamente nuevo en el mundo de la diplomacia, pero sentía respeto por el proceso—. Bien, ¿hay algo que deba saber?

—No por mi parte —respondió el jefe de la delegación—. Todavía me estoy adaptando. Hoy me las he visto con un periodista ruso, quizá agente del KGB de contraespionaje que me investigaba, un tal Kuritsyn.

—Creo que es un participante —respondió inmediatamente el general Dalton.

—Me lo había olido. Supongo que le preguntará por mí al corresponsal del Times.

—¿Lo conoce?

—Anthony Prince —asintió Foley—. Y el nombre lo dice todo. Groton y Yale. Me tropecé varias veces con él en Nueva York, cuando yo trabajaba en el periódico. Es muy listo, pero no tanto como él cree.

—¿Habla usted bien el ruso?

—Puedo pasar por un nativo, pero mi esposa puede pasar por poeta. Ella lo habla realmente bien. Por cierto, tengo unos vecinos llamados Nigel y Penelope Haydock. Supongo que también son participantes.

—Así es —confirmó el general Dalton—. Y de mucha integridad.

Foley se lo había imaginado, pero nunca estaba de más asegurarse.

—Bien, ahora voy a trabajar un poco —dijo después de levantarse.

—Bien venido a bordo, Ed —respondió el embajador—. Aquí el servicio no está demasiado mal cuando uno se acostumbra. Recibimos todas las entradas que queremos para el teatro y el ballet a través de su Ministerio de Exteriores.

—Yo prefiero el hockey sobre hielo.

—Eso también es fácil de conseguir —dijo el general Dalton.

—¿Buenas localidades? —preguntó el espía.

—Primera fila.

—Estupendo —sonrió Foley.

Mary Pat se encontraba en la calle con su hijo. Lamentablemente, Eddie era demasiado mayor para ir en una sillita de paseo. Se podían hacer muchas cosas interesantes con un cochecito y los rusos dudarían en molestar a un bebé y hurgar en su bolsa de pañales, especialmente cuando él y su mamá tenían pasaporte diplomático. Mary Pat se limitaba ahora a dar un paseo para acostumbrarse al entorno, las vistas y los olores. Estaba en las entrañas de la bestia y ella era como un virus, esperaba que letal. Su nombre de nacimiento era Mary Kaminsky y era nieta de un secretario privado de la casa Romanov. Su abuelo, Vanya, había sido un personaje muy importante durante su juventud. De él había aprendido ruso cuando apenas gateaba y no el ruso popular de la actualidad, sino el ruso elegante y literario de otra época. Se le llenaban los ojos de lágrimas cuando leía la poesía de Pushkin y en ese sentido era más rusa que norteamericana, porque los rusos veneraban desde hacía siglos a sus poetas, mientras que en Norteamérica los habían relegado esencialmente a escribir canciones populares. En ese país había mucho que admirar y mucho que querer.

Pero no su gobierno. Ella tenía doce años y esperaba con entusiasmo entrar en la adolescencia cuando su abuelo Vanya le contó la historia de Aleksey, el príncipe heredero de Rusia, un buen chico, según decía su abuelo, pero desgraciado porque padecía hemofilia y era frágil por dicha razón. El coronel Vanya Borissovich Kaminsky, pequeño aristócrata que pertenecía a la caballería imperial, enseñó al niño a montar a caballo, porque eso era algo que entonces un príncipe debía saber. Tuvo que tener muchísimo cuidado con Aleksey, a menudo en brazos de un marino de la armada imperial, para evitar que se cayera y sangrara, pero Nikolay II y la zarina Alexandra agradecieron enormemente que lo lograra y entretanto llegó a crearse entre ellos una intimidad, que si no era propia de padre e hijo, sí lo era de tío y sobrino. El abuelo Vanya estuvo en el frente y luchó contra los alemanes, pero lo capturaron nada más empezar la guerra en la batalla de Tannenberg. Estaba en un campo de prisioneros en Alemania cuando se enteró de la revolución. Logró regresar a la madre Rusia y luchó con la guardia blanca en el esfuerzo contrarrevolucionario condenado al fracaso, hasta descubrir que el zar y toda su familia habían sido asesinados en Ekaterinburg por los usurpadores. Comprendió entonces que la guerra estaba perdida y logró escapar hasta llegar a Norteamérica, donde empezó una nueva vida, aunque teñida permanentemente de duelo por los muertos.

Mary Pat recordaba las lágrimas en sus ojos cuando se lo contó y dichas lágrimas le transmitieron su odio visceral por los bolcheviques, ahora hasta cierto punto mitigado. No era una fanática, pero cuando veía a un ruso uniformado, o en un ZIL a toda velocidad en dirección a una reunión del partido, veía el rostro del enemigo, un enemigo al que era preciso derrotar. El hecho de que el comunismo fuera el adversario de su país no era más que la guinda del pastel. Si lograra encontrar un botón capaz de destruir aquel odioso sistema político, lo pulsaría sin dudar lo más mínimo.

Así pues, que la destinaran a Moscú fue como ver el mejor de sus sueños convertido en realidad. Cuando Vanya Borissovich Kaminsky le contó su antigua y triste historia, también le encomendó una misión en la vida y le transmitió la pasión para cumplirla. Su decisión de ingresar en la CIA fue algo tan natural como peinar su cabellera rubia.

Y ahora, mientras paseaba, por primera vez en su vida comprendía realmente el inmenso amor que sentía su abuelo por las cosas del pasado. Todo era diferente de lo que conocía en Norteamérica, desde la inclinación de los tejados de los edificios hasta el color del asfalto de las calles, o la expresión perdida en el rostro de los transeúntes. La miraban al cruzarse con ella, porque con su ropa norteamericana llamaba tanto la atención como un pavo real rodeado de cuervos. Algunos le sonreían incluso al pequeño Eddie, porque a pesar de lo adustos que fueran los rusos, también eran invariablemente amables con los niños. Únicamente para divertirse, le pidió indicaciones a un miliciano, como llamaban allí a los policías locales, y no sólo le respondió educadamente, sino que la ayudó con la pobre pronunciación de su idioma. Perfecto. Se percató de que alguien la seguía a unos cincuenta metros, un agente del KGB de unos treinta y cinco años, que hacía todo lo posible por pasar inadvertido. Su error consistió en desviar la mirada cuando ella volvió la cabeza. Probablemente eso era lo que le habían enseñado, con el fin de que su objetivo no se familiarizara con su rostro.

Allí las calles y las aceras eran anchas, pero poco transitadas. La mayoría de los rusos estaban en el trabajo y no existía una población de mujeres libres que fueran de compras, a tomar algo y charlar con las amigas o que salieran de excursión, salvo tal vez las esposas de los miembros realmente importantes del partido. Como los que vivían de renta en su país, pensó Mary Pat, si es que todavía existían. Su madre siempre había trabajado, por lo menos hasta donde se remontaba su recuerdo, y todavía lo hacía. Pero en la Unión Soviética las mujeres trabajaban a pico y pala, mientras los hombres conducían volquetes. Siempre estaban reparando baches en las calles, pero nunca a la perfección. Al igual que en Washington y en Nueva York, pensó Mary Pat.

Sin embargo, había puestos ambulantes en la calle donde vendían helados, y le compró uno al pequeño Eddie, que lo absorbía todo con la mirada. Mary Pat sentía remordimientos de conciencia por imponer ese lugar y esa misión a su hijo, pero sólo tenía cuatro años y aprendería de la experiencia. Por lo menos crecería siendo bilingüe. También aprendería a apreciar su país más que la mayoría de los niños norteamericanos y eso, en su opinión, era positivo.

Alguien la seguía. ¿Sería eso bueno? Tal vez había llegado el momento de averiguarlo. Metió la mano en el bolso y sacó subrepticiamente un trozo de cinta adhesiva de un color intensamente rojo. Al doblar la esquina la pegó a una farola, de un modo tan natural que el gesto pasó inadvertido, y siguió caminando. Después de recorrer unos cincuenta metros de esa nueva manzana, volvió la cabeza como si hubiera perdido algo y lo vio pasar junto a la farola. Evidentemente no la había visto dejar la señal; de haberlo hecho, por lo menos habría mirado, y era el único que la seguía. Había dado tantas vueltas sin premeditación alguna, que no podían haber destacado a nadie más para vigilarla, a no ser que hubieran organizado una gran operación, y eso no parecía probable. Nunca la habían descubierto en ninguna de sus misiones. Recordaba todos los detalles de su entrenamiento en La Granja de Tidewater, en Virginia. Era la primera de la clase y sabía que era buena, pero sobre todo sabía que nunca se es suficientemente bueno para olvidar la cautela. Pero con las debidas precauciones, uno podía montar cualquier caballo. El abuelo Vanya le había enseñado también a montar.

Ella y el pequeño Eddie vivirían muchas aventuras en esa ciudad, pensó Mary Pat. Esperaría hasta que el KGB se cansara de vigilarla constantemente y luego podría actuar a sus anchas. Se preguntó a quién contrataría para trabajar para la CIA, además de dirigir a los agentes ya existentes. Sí, ciertamente estaba en las entrañas del monstruo y su misión consistía en provocarle a ese malvado una úlcera hemorrágica.

—Muy bien, Aleksey Nikolay'ch, usted lo conoce —dijo Andrópov—. ¿Qué le digo ahora?

Una muestra de la inteligencia del director era no haber dado una respuesta contundente para poner al delegado de Roma en su lugar. Sólo un estúpido regaña a sus subordinados de alto rango.

—Solicita orientación: conocer cuál sería el alcance de la operación, etcétera. Deberíamos proporcionársela. Eso plantea la cuestión de lo que usted se propone exactamente, camarada director. ¿Lo ha pensado usted

hasta ese punto?

—Muy bien, coronel, ¿qué cree usted que deberíamos hacer?

—Camarada director, hay una expresión que usan los norteamericanos y que he aprendido a respetar: no me pagan para eso.

—¿Me está diciendo que en el fondo de su mente no juega usted a ser director? —preguntó Yuri Vladimirovich de forma harto significativa.

—Sinceramente, no. Limito mi pensamiento a lo que soy capaz de comprender: las cuestiones operativas. No me considero competente para penetrar en los confines de la alta política, camarada.

Inteligente respuesta, pensó Andrópov, aunque fuera mentira. Pero Rozhdiéstvensky no podía comentar los pensamientos de alto nivel que pudiera tener, porque nadie más en el KGB estaba autorizado a hacerlo. A no ser que lo entrevistara un miembro decano del comité central del partido, obedeciendo órdenes del Politburó, pero dicha orden debería proceder prácticamente del propio Brézhnev. Y eso, de momento, a Yuri Vladimirovich le parecía bastante improbable. De modo que el coronel lo pensaría en la intimidad de su propia mente, al igual que todos sus subordinados, pero como oficial profesional del KGB, más que portavoz del partido, mantendría confinados dichos pensamientos.

—Muy bien, prescindiremos por completo de toda consideración política. En teoría, ¿cómo habría que matar a ese sacerdote? Rozhdiéstvensky parecía sentirse incómodo.

—Siéntese —ordenó el director—. En otras ocasiones ya ha planeado operaciones complejas. Tómese su tiempo para estudiarla.

Rozhdiéstvensky tomó asiento antes de responder.

—En primer lugar solicitaría la ayuda de alguien más versado en esos temas. Disponemos de varios aquí en el Centro. Pero como usted dice que lo plantee en términos teóricos...

Las palabras del coronel se perdieron en la lejanía y levantó la mirada hacia la izquierda. Cuando empezó a hablar de nuevo, lo hizo con lentitud.

—En primer lugar, sólo utilizaríamos la delegación de Goderenko para obtener información: reconocimiento del objetivo y cosas por el estilo. No utilizaríamos el personal de la delegación romana en ninguna forma activa... En realidad, yo aconsejaría no emplear en absoluto personal soviético para la parte activa de esta operación.

—¿Por qué? —preguntó Andrópov.

—La policía italiana es muy profesional y para una investigación de esta magnitud no escatimaría esfuerzos ni personal, utilizaría a sus mejores hombres. Además, en cualquiera de esos acontecimientos, habrá testigos. Todo el mundo tiene dos ojos y una memoria. Algunos, también inteligencia. Eso es algo que no se puede predecir. Si bien por una parte esto gravitaría en favor de un francotirador apostado a bastante distancia, dicho método indicaría una operación de nivel estatal. El francotirador debería estar bien entrenado y debidamente equipado. Eso significaría un soldado. Un soldado significa un ejército. Un ejército significa una nación, y ¿qué nación querría asesinar al papa? —preguntó el coronel Rozhdiéstvensky—. A una operación realmente secreta no se le puede seguir el rastro hasta su punto de origen.

Andrópov encendió un cigarrillo y asintió. Había elegido bien. Ese coronel no era ningún estúpido.

—Prosiga.

—Lo ideal sería que el tirador no tuviera vínculo alguno con la Unión Soviética. Eso es algo de lo que debemos asegurarnos, porque no podemos ignorar la posibilidad de que lo detengan. Si lo detienen, lo interrogarán. La mayoría de la gente habla en los interrogatorios por razones psicológicas o físicas —dijo Rozhdiéstvensky mientras se sacaba del bolsillo uno de sus propios cigarrillos—. Recuerdo haber leído algo sobre un atentado de la mafia en Norteamérica...

Una vez más su voz se perdió en la lejanía y fijó la mirada en la pared, mientras contemplaba el pasado.

—¿Y? —insistió el director.

—Un atentado en la ciudad de Nueva York. Uno de sus cabecillas tenía discrepancias con sus pares y no sólo decidieron asesinarlo, sino hacerlo con cierto grado de ignominia. Eligieron a un negro para matarlo. Para la mafia —explicó Rozhdiéstvensky—, eso es particularmente humillante. En cualquier caso, el asesino fue abatido inmediatamente por otro hombre, es de suponer que un asesino de la mafia que logró huir, indudablemente con la ayuda necesaria, lo que demuestra que fue un ejercicio meticulosamente planeado. El caso nunca se resolvió. Fue un perfecto ejercicio técnico. Murió el objetivo y también el asesino. Los verdaderos asesinos, los que planearon el ejercicio, cumplieron su misión e incrementaron su prestigio en la organización, pero nunca se les castigó por ello.

—Malhechores facinerosos —refunfuñó Andrópov.

—Sí, camarada director, pero a pesar de ello una misión llevada a cabo debidamente merece ser estudiada. No es exactamente aplicable al caso que nos ocupa, porque aquél se suponía que debía parecer un asesinato de la mafia bien ejecutado. Pero el asesino logró acercarse a su objetivo porque no formaba parte de una pandilla de la mafia, ni tampoco pudo vincular ni identificar más adelante a quienes le habían pagado para cometer el crimen. Eso es precisamente lo que deberíamos conseguir. Evidentemente no podemos copiar todos los detalles de esa operación, porque matar al asesino, por ejemplo, nos señalaría directamente a nosotros. Esto no puede ser como el asesinato de Leon Trotski. En aquel caso no se ocultó realmente el origen de la operación. Al igual que en el caso de la mafia que acabo de citar, se quiso que en cierto modo fuera una declaración pública.

Para Rozhdiéstvensky, el paralelismo entre la actuación soviética y el atentado de la mafia en Nueva York era bastante evidente. Pero en la parte operativa de su cerebro, entre el asesinato de Trotski y el de la mafia existían interesantes confluencias tácticas y objetivas.

—Camarada, necesito un poco de tiempo para considerarlo plenamente.

—Le concedo dos horas —respondió generosamente el director Andrópov.

Rozhdiéstvensky se puso en pie, se cuadró y salió por el armario al despacho del secretario.

El despacho del propio Rozhdiéstvensky era pequeño, naturalmente, pero no lo compartía con nadie y estaba en el mismo piso que el del director. La ventana daba a la plaza Dzerzhinskiy, con todo su tráfico y la estatua de Félix de Hierro. Su silla giratoria era cómoda y había tres teléfonos sobre el escritorio, porque en la Unión Soviética no se dominaba la técnica de los teléfonos con diversas líneas. Tenía su propia máquina de

escribir, que raramente utilizaba, porque prefería llamar a una mecanógrafa del equipo para ejecutivos. Se decía que Yuri Vladimirovich utilizaba a una de ellas no sólo para escribir al dictado, pero Rozhdiéstvensky no lo creía. El director era demasiado asceta para eso. Simplemente, la corrupción no era lo suyo y eso le gustaba. Era difícil sentir lealtad por alguien como Brézhnev. Rozhdiéstvensky se tomaba en serio el lema de «coraza y espada>) de su organización. Su trabajo consistía en proteger su país y a sus habitantes, y dicha protección era necesaria, a veces contra los miembros de su propio Politburó.

¿Pero por qué debían protegerse de ese sacerdote?

Sacudió la cabeza y se concentró en el ejercicio. El papa parecía alto, a juzgar por las fotografías, y habitualmente vestía de blanco. Difícilmente podía pedirse un blanco mejor para un tirador. Se desplazaba en un vehículo descapotado, lo cual lo convertía todavía en mejor objetivo, porque además lo hacía despacio para que los fieles pudieran verlo bien.

¿Pero quién sería el tirador? No un agente del KGB. Ni siquiera un ciudadano soviético. Tal vez un exiliado ruso. El KGB los tenía distribuidos por Occidente, muchos de ellos como agentes durmientes, que vivían su vida a la espera de recibir la orden de entrar en acción... Pero el problema era que muchos de ellos se identificaban con su país de adopción y hacían caso omiso de la orden de entrar en acción, o llamaban al servicio de contraespionaje de su país de residencia. A Rozhdiéstvensky no le gustaban esa clase de misiones a largo plazo. Era muy fácil que un agente olvidara quién era, para convertirse en quien según su tapadera aparentaba ser.

No, el tirador debería ser un extranjero, no un ciudadano ruso ni ex ciudadano ruso, ni siquiera un extranjero entrenado por el KGB. Lo ideal sería un cura o una monja renegados, pero esa clase de gente no caía del cielo, salvo en las novelas occidentales de espionaje y en los espectáculos de la televisión. El mundo real del espionaje raramente era tan acomodadizo.

Por consiguiente, ¿qué clase de tirador necesitaba? ¿Uno que no fuera cristiano? ¿Un judío? ¿Un musulmán? Un ateo, no, porque sería demasiado fácil relacionarlo con la Unión Soviética. ¡Sería estupendo conseguir que lo hiciera un judío! Un miembro del pueblo elegido. Y aún mejor si era israelí. Israel tenía su cuota de fanáticos religiosos. Era posible... pero improbable. El KGB disponía de medios en Israel, muchos de los ciudadanos soviéticos que habían emigrado a dicho país eran agentes durmientes del KGB, pero el servicio israelí de contraespionaje se distinguía por su eficiencia. La posibilidad de que se estropeara una operación de dichas características era excesiva y eso era inaceptable. De modo que los judíos quedaban descartados.

Tal vez un loco de Irlanda del Norte. Ciertamente, los protestantes de aquel país odiaban a la Iglesia católica y uno de sus cabecillas, cuyo nombre Rozhdiéstvensky no recordaba, pero que parecía el anuncio de una cervecería, había declarado que deseaba la muerte del papa. Se suponía que ese individuo era pastor protestante. Pero, lamentablemente, esa clase de gente odiaba todavía más a la Unión Soviética porque sus adversarios del IRA alegaban ser marxistas, algo que al coronel Rozhdiést-vensky le costaba aceptar. Si realmente fueran marxistas, podría utilizar la disciplina del partido para obligar a uno de ellos a llevar a cabo la

operación... pero no. Por lo poco que sabía del terrorismo irlandés, esperar que antepusieran la disciplina del partido a sus creencias étnicas era pedir demasiado. A pesar de su atractivo teórico, sería demasiado difícil de organizar.

Quedaban los musulmanes. Muchos de ellos eran fanáticos, tan alejados de los principios de su propia religión como el papa de Karl Marx. El mundo islámico era demasiado grande y padecía el mal de la extensión. Pero si quería a un musulmán, ¿dónde podría encontrarlo? El KGB operaba en muchos países de población musulmana, al igual que otras naciones marxistas. Buena idea, pensó. La mayoría de los aliados de la Unión Soviética tenían sus propios servicios de Inteligencia, casi todos dominados por el KGB.

El mejor era el Stasi de la República Democrática Alemana, bajo la excelente dirección de Markus Wolf. Pero allí había pocos musulmanes. Los polacos también eran buenos, pero no los utilizaría en modo alguno para esta operación. Los católicos los habían infiltrado y eso significaba que, indirectamente, también lo había hecho Occidente. Hungría tampoco, porque era un país demasiado católico, donde los únicos musulmanes eran extranjeros en campos de entrenamiento ideológicos para grupos terroristas que probablemente era preferible no utilizar. Lo mismo ocurría con los checos. Rumania no se consideraba un verdadero aliado soviético. Su dirigente, a pesar de ser un ferviente comunista, actuaba demasiado como los bandidos gitanos naturales de su país. Sólo quedaba... Bulgaria. Claro. Vecina de Turquía, que era un país musulmán, pero con una cultura seglar y una copiosa reserva de delincuentes. Y los búlgaros mantenían muchos contactos transfronterizos, a menudo disimulados como actividades contrabandistas, que utilizaban para obtener información de la OTAN, al igual que Goderenko en Roma.

Por consiguiente, utilizarían al delegado de Sofía para que los búlgaros hicieran su trabajo sucio. Después de todo, tenían una antigua deuda con el KGB. Moscú Centro les había facilitado la eliminación de su ciudadano descarriado en el puente de Westminster, en una operación muy astuta parcialmente estropeada por el peor caso de mala suerte.

Pero de eso habían aprendido una lección, se recordó a sí mismo el coronel Rozhdiéstvensky. Al igual que con el asesinato de la mafia, la operación no podía ser tan inteligente como para señalar directamente al KGB. No, debía parecer obra de unos delincuentes. Incluso así habría peligro. Los gobiernos occidentales tendrían sus sospechas, pero sin ningún vínculo directo ni indirecto con la plaza Dzerzhinskiy, no podrían expresarlas en público...

¿Sería suficiente?, se preguntó.

Los italianos, los norteamericanos y los británicos se harían preguntas. Susurrarían algún comentario, que posiblemente llegaría a los medios de comunicación. ¿Pero acaso importaba eso?

Dependía de lo importante que fuera esa operación para Andrópov y para el Politburó. Existirían ciertos riesgos, pero en un amplio balance político se comparaban los riesgos con la importancia de la misión.

Por consiguiente, la delegación romana sería el elemento de reconocimiento. La delegación de Sofía se ocuparía de que los búlgaros contrataran al tirador, que probablemente debería utilizar una pistola. Poder acercarse lo suficiente para usar un cuchillo no sería tarea fácil de

organizar y los rifles eran demasiado difíciles de ocultar, pero para una operación como ésa, el arma ideal solía ser una ametralladora. Y el tirador no sería siquiera ciudadano de un país socialista. No, conseguirían uno en un país de la OTAN. Eso suponía cierto grado de complejidad, pero no excesiva.

Rozhdiéstvensky encendió otro cigarrillo y repasó mentalmente su razonamiento en busca de errores o puntos débiles. Había algunos; siempre los había. El problema principal consistiría en encontrar a un buen turco para disparar. Para ello dependerían de los búlgaros. ¿Cuál era el nivel de sus servicios clandestinos? Rozhdiéstvensky nunca había trabajado directamente con ellos y sólo conocía su reputación, que no era demasiado buena. Eran un reflejo de su gobierno, más basto y vandálico que el de Moscú, no muy civilizado, aunque suponía que en cierta medida eso era chovinismo ruso por parte del KGB. Bulgaria era el hermano menor de Moscú, tanto política como culturalmente, y cierta condescendencia era inevitable. Sólo precisaban ser suficientemente buenos para tener contactos aceptables en Turquía y para ello bastaba un buen oficial de Inteligencia, formado preferentemente en Moscú. Habría muchos de ellos y en la propia academia del KGB dispondrían de las fichas necesarias. Incluso era posible que el delegado de Sofía lo conociera personalmente.

Su ejercicio teórico empezaba a tomar forma, pensó para sus adentros el coronel Rozhdiéstvensky, un tanto orgulloso de sí mismo. Todavía recordaba cómo organizar una buena operación de campo, a pesar de haberse convertido en un funcionario de la central. Sonrió al tiempo que apagaba la colilla de su cigarrillo. A continuación levantó el auricular del teléfono blanco de su escritorio y marcó tres veces el uno para hablar con el director.

CAPÍTULO OCHO

EL PLATO

—Gracias, Aleksey Nikolay'ch. Un concepto sumamente interesante. ¿Cómo proseguimos?

—Camarada director, ordenamos a Roma que nos mantenga informados sobre el calendario del papa con la mayor antelación posible, sin revelarles la existencia de ninguna operación. Ellos son únicamente nuestra fuente de información. Cuando llegue el momento, tal vez queramos que uno de sus agentes esté en la zona como mero observador, pero es preferible para todos los interesados que Goderenko sepa lo menos posible.

—¿No confía usted en él?

—Usted perdone, camarada director, no he pretendido dar esa impresión. Pero cuanto menos sepa, menos preguntas formulará o menos encargos les hará a su personal, que tal vez puedan revelar algo, aunque sea inadvertidamente. Elegimos a nuestros jefes de delegación por su inteligencia, por su habilidad de ver cosas que pasan desapercibidas a los ojos de los demás. Si intuye que algo sucede, tal vez su pericia

profesional lo obligue a incrementar por lo menos la vigilancia y eso podría estropear la operación.

—Librepensadores —refunfuñó Andrópov.

—¿Podría ser de otro modo? —preguntó razonablemente Rozhdiéstvensky—. Ese es siempre el precio que hay que pagar cuando se contrata a hombres inteligentes.

Andrópov asintió. No era tan imbécil como para no saberlo. —Buen trabajo, coronel. ¿Algo más?

—La sincronización es crucial, camarada director.

—¿Cuánto tardará en organizarlo todo? —preguntó Andrópov.

—Como mínimo, un mes, tal vez más. A no ser que uno disponga ya del personal donde lo necesita, estas cosas siempre tardan más de lo que se espera o se desea —explicó Rozhdiéstvensky.

—Necesitaré el mismo tiempo para obtener la aprobación requerida. Pero seguiremos adelante con la planificación operativa, de modo que cuando llegue la autorización podamos ejecutar el plan lo más rápidamente posible.

Ejecutar, pensó Rozhdiéstvensky, ésa era la palabra justa, pero incluso a él le parecía fría. Además, al coronel no le pasó inadvertido que dijo «cuando llegue la autorización», no «si llega». El caso era que ahora a Yuri Vladimirovich se lo suponía el más poderoso del Politburó y eso le convenía a Aleksey Nikolay'ch. Lo que era bueno para la organización lo era también para él, especialmente en su nuevo cargo. Quizá hubiera estrellas de general al final de ese arco iris profesional y esa posibilidad también le convenía.

—¿Cómo proseguiría usted? —preguntó el director.

—Mandaría un cable a Roma para apaciguar los temores de Goderenko y le diría que de momento su misión consiste en de-terminar el programa del papa respecto a viajes, apariciones en público, etcétera. A continuación mandaría un cable a Ilya Bubovoy, que es nuestro delegado en Sofía. ¿Lo conoce usted, camarada director?

Andrópov hurgó en su memoria.

—Sí, hablé con él en una recepción. Es un hombre gordo, ¿no es cierto?

Rozhdiéstvensky sonrió.

—Sí, Ilya Federovich siempre ha luchado contra el exceso de peso, pero es un buen oficial. Está allí desde hace cuatro años y mantiene buenas relaciones con el Dirzhavna Sugurnost.

—¿Se ha dejado bigote? —preguntó Andrópov en una rara expresión de humor.

Los rusos censuraban siempre a sus vecinos porque tenían pelo en la cara, lo cual parecía una característica nacional de los búlgaros.

—No lo sé —reconoció el coronel, que no se sentía todavía suficientemente obsequioso para prometer que lo averiguaría.

—¿Qué dirá en su comunicado a Sofía?

—Que tenemos un requisito operativo para...

El director lo interrumpió:

—No por cable. Ordénele que venga aquí. Quiero que la seguridad sea extrema en este caso y a nadie le sorprenderá demasiado que se desplace de ida y vuelta desde Sofía.

—Como usted ordene. ¿Inmediatamente?preguntó Rozhdiéstvensky.

—Da. Sí, inmediatamente.

El coronel se puso en pie.

— Ahora mismo, camarada director. Iré directamente a la sala de comunicaciones.

El director Andrópov observó cómo se marchaba. Yuri Vladimirovich pensó que, si algo bueno tenía el KGB, eso era que cuando allí se daba una orden, la gente se ponía en marcha inmediatamente, no como en la secretaría del partido.

El coronel Rozhdiéstvensky cogió el ascensor para bajar otra vez al sótano y dirigirse a la sala de comunicaciones. El capitán Zaitzev estaba de nuevo en su escritorio, ocupándose como de costumbre del papeleo, que en realidad era todo lo que hacía, cuando se le acercó el coronel.

—Tengo otros dos despachos para usted.

—Muy bien, camarada coronel —respondió Oleg Ivan'ch, con la mano extendida.

—Tengo que escribirlos —aclaró Rozhdiéstvensky.

—Puede utilizar esa mesa, camarada —indicó el capitán al tiempo que señalaba una mesa desocupada—. ¿La misma seguridad que antes?

—Sí, códigos de un solo uso para ambos. Uno para Roma y otro para la delegación de Sofía. Prioridad inmediata —agregó.

—De acuerdo —respondió Zaitzev después de entregarle el cuaderno de formularios de mensajes en blanco y volver a su trabajo, con la esperanza de que los mensajes no fueran excesivamente largos.

Debían de ser bastante importantes para que el coronel se personara incluso antes de redactarlos. Había algún asunto que realmente preocupaba a Andrópov. El coronel Rozhdiéstvensky era el recadero personal del director, lo cual debía de ser un tanto humillante para alguien con la capacidad de ser delegado en algún lugar interesante. Después de todo, viajar era una de las grandes ventajas que el KGB ofrecía a sus empleados.

No es que Zaitzev viajara. Oleg Ivanovich sabía demasiado para que se le permitiera viajar a Occidente; cabía la posibilidad de que no regresara y eso era algo que siempre preocupaba al KGB. Y por primera vez se preguntó por qué. ¿Por qué le preocupaban tanto al KGB las posibles deserciones? Había visto despachos donde se hablaba abiertamente de dicha posibilidad y había visto también a oficiales a los que se les había ordenado volver para «hablar» allí en el Centro, que nunca habían regresado al campo. Siempre lo había sabido, pero nunca había pensado en ello más de treinta segundos.

¿Desertaban porque creían que el Estado era malo? ¿Pensaban realmente que era tan nefasto como para adoptar una medida tan radical como era la de traicionar a su patria? Zaitzev se percató retrospectivamente de que eso daba muchísimo en lo que pensar.

No obstante, ¿qué era el KGB sino un organismo que vivía de la traición? ¿Cuántos centenares o millares de despachos había leído que trataban precisamente de eso? Todos esos occidentales, norteamericanos, británicos, alemanes o franceses, de los que se servía el KGB para averiguar cosas que su país deseaba saber, ¿acaso no traicionaban a sus respectivos países? Lo hacían sobre todo por dinero. Había visto también muchos mensajes, entre el Centro y las delegaciones, en los que se ha-

blaba de las cantidades que había que pagar. Sabía que el Centro era siempre mezquino con respecto a los pagos, como era de suponer. Los agentes querían dólares norteamericanos, libras esterlinas o francos suizos, y exigían siempre dinero al contado. No les interesaban los rublos, aunque fueran certificados. Estaba claro que sólo querían ciertas divisas. Traicionaban a su país por dinero, pero debía ser su propia divisa. Algunos llegaban a pedir millones de dólares, aunque nunca los conseguían. La cantidad máxima que había visto autorizada era de cincuenta mil libras esterlinas, pagada por información relacionada con los códigos navales británicos y norteamericanos. ¿Qué no pagarían las potencias occidentales por la información sobre comunicaciones que albergaba él en su mente?, pensó perezosamente Zaitzev. Era una pregunta sin respuesta. En realidad no estaba capacitado para formular debidamente la pregunta, ni mucho menos para considerar seriamente la respuesta.

—Aquí los tiene —dijo Rozhdiéstvensky al tiempo que le devolvía el cuaderno—. Mándelos inmediatamente.

—Tan pronto estén codificados —prometió el comunicador.

—La misma seguridad que antes —agregó el coronel.

—Por supuesto. ¿El mismo identificador para ambos? —preguntó Oleg Ivanovich.

—Efectivamente, los dos con este número —respondió a la vez que señalaba el seis, seis, seis en el margen superior derecho.

—A sus órdenes, camarada coronel. Me ocupo de ello inmediatamente.

—Llámeme cuando hayan salido.

—Sí, camarada coronel. Tengo el número de su despacho —afirmó Zaitzev.

Oleg sabía que no eran sólo simples palabras. Su tono de voz era muy revelador. Esto se transmitía por orden expresa del director, lo que lo convertía en un asunto de la máxima prioridad y no sólo en algo rutinario para alguien importante; no se trataba de pedir ropa interior para la hija adolescente de algún pez gordo.

Se dirigió a la sala de códigos para coger los dos libros, uno para Roma y otro para Sofía, sacó su rueda de codificación y codificó laboriosamente ambos mensajes. Tardó cuarenta minutos en total. El mensaje al coronel Bubovoy en Sofía era sencillo: «Desplácese inmediatamente a Moscú para consultas.» Zaitzev se preguntó si eso haría que al delegado le temblaran un poco las rodillas. Evidentemente, el coronel Bubovoy no podía conocer el significado del identificador numérico, pero no tardaría en descubrirlo.

El resto del día para Zaitzev fue rutinario. Logró guardar sus documentos confidenciales y abandonar el despacho antes de las seis de la tarde.

El almuerzo en Century House era bueno, aunque excéntricamente británico. Ryan se había acostumbrado al plato rural británico, sobre todo porque el pan era siempre excelente.

—¿De modo que tu esposa es cirujana?

—Sí, corta ojos —asintió Jack—. En realidad ahora empieza a utilizar el láser para algunas cosas. Espera ser pionera en ese campo.

—¿Láser? ¿Para qué? —preguntó Harding.

—A veces es como soldar. Utilizan el láser para cauterizar una herida en

un vaso sanguíneo, como le hicieron a Suslov. La sangre había penetrado en el ojo, perforaron el glóbulo, extrajeron todo el líquido, que creo que denominan humor acuoso, y luego se sirvieron de un láser para reparar los vasos dañados. Es un poco asqueroso, ¿no te parece?

Harding se encogió de hombros.

—Supongo que es mejor que estar ciego.

—Sí, tienes razón. Como cuando Sally estaba en estado de shock traumático. No me entusiasmaba precisamente la idea de que alguien cortara a mi hija con un bisturí.

Ryan recordaba lo horrible que había sido aquella experiencia y Sally todavía conservaba las cicatrices en el pecho y la barriga, aunque iban desapareciendo paulatinamente.

—¿Y cómo te sentó a ti, Jack? También has pasado por el quirófano —comentó Simon.

—Estaba dormido y no filmaron las operaciones, pero a Cathy probablemente le interesaría ver las tres.

—¿Tres?

—Sí, dos cuando estaba en los marines. Me estabilizaron en el barco y me trasladaron luego a Bethesda para realizar el resto de la operación, aunque gracias a Dios permanecí dormido durante casi todo el tiempo, pero allí los neurocirujanos no eran suficientemente buenos y me dejaron con un problema en la espalda. Luego, cuando Cathy y yo empezábamos a salir, o mejor dicho cuando ya éramos novios, tuve un ataque de lumbago mientras cenábamos en Little Italy y me llevó al Hopkins para que Sam Rose me examinara. Sam resolvió el problema. Es un buen chico y un excelente médico. A veces es agradable estar casado con una doctora. Conoce a algunos de los mejores especialistas del mundo. —Ryan hizo una pausa para darle un mordisco al pavo y comer un poco de pan, que estaba más bueno que las hamburguesas de la cafetería de la CIA. Esto es una versión resumida de una aventura de tres años de duración, que empezó con la avería de un helicóptero sobre Creta. Concluyó con mi boda, de modo que supongo que se puede hablar de un final feliz.

Harding llenó su pipa de una petaca de cuero y la encendió.

—¿Cómo progresa tu informe sobre dirección y prácticas soviéticas?

Jack dejó la cerveza sobre la mesa.

—Es asombroso lo chapuceros que son, especialmente cuando se comparan sus documentos internos con los datos que obtienen nuestros muchachos. Lo que ellos llaman control de calidad, para nosotros es el desayuno de un perro. En Langley vi unos informes sobre los aviones de caza de sus fuerzas aéreas, obtenidos principalmente a través de los israelíes. ¡Los malditos componentes no encajaban unos con otros! Ni siquiera son capaces de cortar planchas de aluminio en formas regulares. Un alumno de bachillerato tendría que hacerlo mejor para no suspender la asignatura. Sabemos que tienen ingenieros competentes, especialmente los que trabajan en el campo teórico, pero su forma de fabricar es tan primitiva que se esperaría más de unos aprendices.

—No en todos los campos, Jack —advirtió Harding.

—Ni tampoco es azul todo el océano, Simon. Hay islas y volcanes, qué duda cabe. Lo sé. Pero en términos generales el océano es azul y el trabajo en la Unión Soviética es una mierda.

El problema estriba en que su sistema económico no recompensa a los

que hacen un buen trabajo. En economía se dice que «el mal dinero ahuyenta al bueno», lo cual significa que la mala conducta se impone, si no se reconoce la buena. El caso es que allí en general no lo hacen y para su economía eso es como un cáncer. Lo que ocurre en un lugar se extiende gradualmente a todo el sistema.

—Hay algunas cosas en las que son realmente buenos —insistió Harding.

—Simon, el ballet Bolshoi no atacará Alemania Occidental. Tampoco lo hará su equipo olímpico —replicó Jack—. Quizá los altos mandos de sus fuerzas armadas sean competentes, pero su material es un desastre y la dirección a nivel medio es prácticamente inexistente. Sin mi sargento artillero y los jefes de mis escuadrones no podría haber utilizado con eficacia mi destacamento de marines, pero el Ejército Rojo no tiene suboficiales como los entendemos nosotros. Disponen de oficiales competentes, de un personal teórico de primer orden y probablemente sus soldados son muy patrióticos y todo lo demás, pero sin un buen entrenamiento a nivel táctico, son como un bonito coche con los neumáticos pinchados. Puede que funcione el motor y brille la carrocería, pero el automóvil no va a ninguna parte.

Harding soltó contemplativamente varias bocanadas de humo.

—¿Entonces de qué nos preocupamos?

Jack se encogió de hombros.

—Son muchísimos y la cantidad es un factor importante. Pero si avanzamos con nuestras defensas, podemos impedir todo lo que intenten. Un regimiento de tanques rusos no es más que una colección de objetivos si disponemos del material adecuado y nuestros muchachos están debidamente entrenados y dirigidos. En cualquier caso, esto es lo que probablemente dirá mi informe.

—Es un poco pronto para sacar conclusiones —repuso Simon.

Ryan no había aprendido todavía cómo se suponía que funcionaba una burocracia.

—Simon, yo solía ganarme la vida en la Bolsa. Allí uno tiene éxito si hace las cosas un poco más deprisa que su colega, y eso significa que no se espera a tener todos los detalles de una información. Puedo ver hacia dónde me conduce esta información. Allí las cosas van de mal en peor. Sus fuerzas armadas son una consecuencia de lo bueno y lo malo de su sociedad. Fíjate en lo mal que lo están haciendo en Afganistán. No he visto vuestros datos, pero sí los que tienen en Langley, y la situación es lamentable. Sus fuerzas armadas hacen el ridículo en esas montañas rocosas.

—Creo que a la larga ganarán.

—Es posible —reconoció Jack, pero será una victoria fea. Lo hicimos mucho mejor en Vietnam. ¿Acaso no tenéis vosotros también malos recuerdos de Afganistán? —preguntó después de hacer una pequeña pausa.

—Mi tío abuelo estuvo allí, en 1919. Dijo que fue peor que la batalla del Somme. Kipling escribió un poema que acaba con la orden a un soldado de volarse la tapa de los sesos antes de ser capturado en Afganistán. Me temo que algunos rusos, lamentablemente para ellos, han aprendido esa lección.

—Sí, los afganos son valientes, pero no demasiado civilizados —

reconoció Jack. Pero creo que ganarán. En mi país se habla de entregarles el Stinger SAM. Eso neutralizaría los helicópteros que utilizan los rusos, y sin helicópteros, los rusos tendrían un problema.

—¿Tan bueno es el Stinger?

—Nunca lo he utilizado personalmente, pero he recibido muy buenos informes.

—¿Y el SAM siete de los rusos?

—Si mal no recuerdo, inventaron la idea de un SAM portátil. En el setenta y tres conseguimos unos cuantos a través de los israelíes que no impresionaron en absoluto a nuestros muchachos. Una vez más, los rusos tuvieron una gran idea, pero no la pusieron en práctica debidamente. Esa es su maldición, Simon.

—¿Cómo explicas entonces la existencia del KGB? —insistió Harding.

—Igual que el ballet Bolshoi y sus equipos de hockey sobre hielo. Invierten un montón de talento y de dinero en ese organismo y obtienen unos beneficios razonables, pero también muchos de sus espías saltan el muro, ¿no es cierto?

—Es cierto —reconoció Simon.

—¿Y por qué, Simon? —preguntó Jack. Porque les llenan la cabeza de lo corruptos y caóticos que somos, pero cuando llegan aquí y miran a su alrededor, no les parece que las cosas estén tan mal. Maldita sea, a lo largo y ancho de Norteamérica tenemos casas seguras, con personal del KGB viendo la televisión. No muchos de ellos deciden regresar a su país. No he conocido a ningún desertor, pero he leído muchas transcripciones y todos dicen aproximadamente lo mismo. Nuestro sistema es mejor que el suyo y son suficientemente inteligentes para ver la diferencia.

—También hay algunos que viven aquí —reconoció Harding, sin admitir que también había unos pocos británicos refugiados en Rusia, que aunque escasos, suponían un embarazo considerable para Century House . Es duro discutir contigo, Jack.

—Sólo digo la verdad, amigo. ¿No es para eso para lo que estamos aquí?

—En teoría —tuvo que reconocer Harding.

Ese Ryan nunca sería un burócrata, decidió el británico, y se preguntó si eso era bueno o malo. Los norteamericanos miraban las cosas desde otro ángulo y el contraste con la visión de su propia organización era por lo menos divertido. Ryan tenía mucho que aprender... pero también algunas cosas que enseñar, reconoció Harding.

—¿Cómo va tu libro? —preguntó entonces Simon.

Cambió la expresión en el rostro de Ryan.

—No he trabajado mucho últimamente. Tengo el ordenador instalado. Es difícil concentrarse después de trabajar aquí todo el día, pero si no consigo hacerle un hueco, no lo terminaré nunca. En el fondo soy perezoso —reconoció Ryan.

—¿Entonces cómo te hiciste rico? —preguntó Harding.

Jack sonrió.

—También soy codicioso. Como dijo Gertrude Stein, «He sido rica y he sido pobre. Es preferible ser rico». Nunca se ha dicho nada tan cierto.

—Algún día tendré que descubrirlo por mí mismo —respondió el funcionario británico.

He metido la pata, pensó Ryan. Pero en el fondo no era culpa suya. Simon era suficientemente inteligente para ganar mucho dinero, pero no parecía pensar en esos términos. Era sensato disponer de una persona inteligente entre los analistas de Century House, aunque eso significara sacrificar su bienestar por el bien de su país. Eso no tenía nada de malo y, además, él mismo también lo hacía. Su ventaja consistía en que ya había ganado dinero y podía dejar ese trabajo para volver a la enseñanza cuando se le antojara. Era una especie de independencia que la mayoría de los empleados del gobierno nunca conocerían... Y probablemente su trabajo sufría las consecuencias, pensó Jack.

Zaitzev cruzó varios controles de seguridad. Los guardias cacheaban a algunas personas al azar, como le había ocurrido a él varias veces, para asegurarse de que no se llevaban nada consigo, aunque en su opinión los cacheos eran demasiado superficiales para ser eficaces. Eran una simple molestia y no se repetían con la suficiente regularidad para suponer una verdadera amenaza, puede que una vez cada treinta días. Si a uno lo cacheaban hoy, sabía que no volverían a hacerlo hasta por lo menos dentro de cinco o seis días, porque los guardias conocían los rostros de todos los que pasaban por el control, e incluso allí había contacto humano y relaciones de amistad entre los empleados, especialmente entre los del nivel inferior, como una especie de solidaridad entre obreros en cierto modo sorprendente. Hoy Zaitzev salió a la enorme plaza sin ser inspeccionado y se dirigió a la estación del metro.

Al igual que la mayoría de los empleados del KGB, Zaitzev no solía ponerse su uniforme paramilitar, tal vez para no destacar junto a sus compatriotas. Tampoco lo ocultaba. Si alguien se lo preguntaba, respondía con sinceridad y allí solía acabar el interrogatorio, porque todo el mundo sabía que no se debía indagar lo que sucedía en el Comité de Seguridad Estatal. De vez en cuando aparecía alguna película y algún programa de televisión sobre el KGB, a veces bastante sinceros, aunque con escasa información respecto a sus métodos y sus fuentes, salvo lo que algún autor de ficción pudiera imaginar, que no era siempre muy exacto. En el Centro había una pequeña oficina para consultar ese tipo de cosas, donde solían eliminar información y raramente la sustituían por datos precisos, porque lo que pretendían era intimidar e infundir temor, tanto a los ciudadanos soviéticos como a los extranjeros. ¿Cuántas personas corrientes complementaban sus ingresos facilitando información?, se preguntaba Zaitzev. Casi nunca veía que eso se mencionara en algún despacho, porque no se solía transmitir al extranjero.

Lo que salía del país era suficientemente preocupante. El coronel Bubovoy probablemente estaría en Moscú al día siguiente. Había un servicio regular de Aeroflot entre Sofía y Moscú. Al coronel Goderenko en Roma se le había ordenado permanecer quieto y callado, y mandar al Centro el programa de apariciones públicas del papa durante un tiempo indefinido. Andrópov no había perdido interés en esa parte de la información.

Y ahora se involucrarían los búlgaros. A Zaitzev eso le preocupaba, pero no debía inquietarse demasiado; había visto otros despachos parecidos. El servicio de seguridad estatal búlgaro era un fiel vasallo del KGB. El lo

sabía. Había visto suficientes mensajes a Sofía, a veces a través de Bubovoy y en otras ocasiones directos, cuyo propósito podía ser el de acabar con la vida de alguien. El KGB ya no solía hacerlo con mucha frecuencia, pero sí de vez en cuando el Dirzhavna Sugernost. Zaitzev suponía que disponían de una pequeña subunidad de agentes del DS, especialmente entrenados para esos menesteres. Además, el sufijo seis, seis, seis figuraba en el encabezamiento del mensaje y eso significaba que se refería al mismo asunto que el primer despacho remitido a Roma. Por tanto, seguía adelante.

Su organismo, su país, quería asesinar al cura polaco y Zaitzev consideraba que probablemente eso era malo.

Bajó por la escalera mecánica a la estación subterránea, rodeado de la muchedumbre habitual. Por regla general, la aglomeración era reconfortante. Significaba que Zaitzev estaba en su elemento, rodeado de compatriotas, de personas como él que servían al pueblo y al Estado. ¿Pero era eso cierto? ¿Qué pensaría esa gente de la misión de Andrópov? Era difícil sopesarlo. Los desplazamientos en metro habitualmente se hacían en silencio. Puede que algunos hablaran con sus amigos, pero las charlas en grupo eran inusuales, salvo tal vez sobre algún acontecimiento deportivo, una mala actuación del árbitro en un partido de fútbol, o alguna jugada particularmente espectacular en la pista de hockey. Por lo demás, la gente solía viajar a solas con sus pensamientos.

El tren paró y Zaitzev subió al vagón. Como de costumbre, no había ningún asiento libre. Se agarró a la barra y siguió pensando.

¿Pensaban también los demás pasajeros? Y si lo hacían, ¿en qué pensaban? ¿El trabajo? ¿Los hijos? ¿Sus esposas? ¿Sus amantes? ¿La comida? Era imposible saberlo. Ni siquiera Zaitzev lo sabía y había visto a esa gente, la misma gente, a lo largo de los años en el metro. Conocía sólo unos pocos nombres, sobre todo nombres de pila que había oído en alguna conversación. Lo que sí sabía era cuál era su equipo deportivo favorito...

De pronto se dio cuenta con pesar de lo solo que estaba en su sociedad. ¿Cuántos amigos tengo en realidad?, se preguntó a sí mismo. La respuesta era que muy pocos. Si, claro, había personas en el trabajo con las que charlaba. Conocía los detalles más íntimos sobre sus esposas e hijos, pero amigos en los que pudiera confiar, con quienes pudiera hablar de acontecimientos preocupantes, a los que pudiera acudir en busca de consejo en una situación difícil... No, no tenía ninguno. Eso lo convertía en un moscovita inusual. Los rusos solían forjar amistades íntimas y profundas, a las que a menudo confiaban sus secretos más profundos y a veces oscuros, como una especie de reto a que alguno de ellos pudiera ser un chivato del KGB, como si coquetearan con una estancia en el gulag. Pero a él, su trabajo se lo impedía. Nunca se atrevería a hablar de lo que hacía en el trabajo, ni siquiera con sus colegas.

Los problemas que tuviera con los mensajes de la serie seis, seis, seis debería resolverlos por sí mismo. Ni siquiera su esposa, Irina, podía saberlo; podría comentárselo a alguna amiga en las tiendas del gobierno e inevitablemente eso supondría la muerte para él. Zaitzev soltó un suspiro y miró a su alrededor...

Ahí estaba de nuevo ese funcionario de la embajada norteamericana leyendo el Sovietskiy Sport y sin meterse con nadie. Llevaba puesto un

impermeable, pero no sombrero; habían pronosticado lluvia para ese día, pero sin embargo no había llovido. Su impermeable estaba abierto, no abrochado ni sujeto con ningún cinturón. Se encontraba a menos de dos metros de distancia...

Zaitzev cambió impulsivamente de posición, de un lado a otro del vagón, alternando la mano con la que se sujetaba de la barra superior, como para estirar los músculos. Eso lo situó junto al norteamericano. Y dejándose llevar por otro impulso, Zaitzev introdujo la mano en el bolsillo de su impermeable. Estaba completamente vacío, sin llaves, ni dinero, ni nada por el estilo. Pero había comprobado que podía meter y sacar la mano del bolsillo del norteamericano sin que él se diera cuenta. Re-trocedió, mirando a su alrededor para comprobar si alguien lo había visto. Pero... no, casi con toda certeza nadie se había per-catado de ello. Su maniobra había pasado inadvertida, incluso por parte del norteamericano.

Foley no movió los ojos hasta llegar al final del artículo sobre hockey. Si hubiera estado en Nueva York, o en cualquier otra ciudad occidental, habría tenido la sensación de que alguien acababa de intentar robarle la cartera. Curiosamente, no esperaba que eso pudiera suceder allí. Los ciudadanos soviéticos no estaban autorizados a poseer divisa extranjera y, por consiguiente, atracar a un norteamericano en la calle, por no hablar de meterle la mano en el bolsillo, sólo podía traerles problemas. Y era sumamente improbable que lo hiciera el KGB, que seguramente todavía lo seguía. Si pretendieran robarle la cartera, lo harían entre dos como los carteristas profesionales norteamericanos, y mientras uno lo distraía, el otro haría el trabajo. Así se podía sorprender prácticamente a cualquiera, a no ser que la víctima estuviera atenta, y estarlo durante tanto tiempo era mucho pedir, incluso para un experto espía profesional. Por consiguiente, se usaban defensas pasivas, como colocar un par de gomas elásticas alrededor de la cartera, un método simple pero eficaz, de los que se aprendían en La Granja, y que no proclamaban a voces que uno era un espía. El departamento de policía de Nueva York aconsejaba a la gente que hiciera lo mismo en las calles de Manhattan y se suponía que él debía de tener aspecto de norteamericano. Tenía un pasaporte diplomático y una tapadera «legal», por lo que en teoría su persona era inviolable. Claro que no necesariamente ante un experto delincuente callejero, del que no eran inmunes el KGB ni el FBI, aunque dentro de unos parámetros cuidadosamente calculados, para no perder el control de la situación. Junto a tanta complejidad, la corte imperial bizantina parecía sencilla, pero Ed Foley no escribía las normas.

Dichas normas le impedían inspeccionar ahora su bolsillo, o hacer cualquier gesto indicativo de que sabía que alguien había metido la mano en el mismo. Tal vez alguien le hubiera dejado una nota, incluso un mensaje expresando su intención de desertar. ¿Pero por qué a él? Se suponía que su tapadera era tan sólida como los bonos del tesoro, a no ser que alguien en la embajada hubiera tenido la astucia de olérselo y lo hubiera delatado... Pero no, aun así, el KGB no actuaría con tanta rapidez. Por lo menos hacía varias semanas que lo observaban para comprobar si los conducía hasta algo. El KGB era demasiado hábil para hacer algo parecido y por consiguiente era improbable que quien hubiera metido la

mano en su bolsillo perteneciera al Segundo Directorio. Y probablemente tampoco era un carterista. ¿Entonces, qué?, se preguntó Foley. Debería tener paciencia para averiguarlo; Foley era un hombre paciente y siguió leyendo su periódico. Si se trataba de alguien que pretendía hacer algún pequeño negocio, ¿para qué asustarlo? Por lo menos haría que se sintiera listo. Siempre era útil ayudar a los demás a sentirse inteligentes. De ese modo persistirían en sus errores.

Faltaban otras tres paradas para llegar a su estación. Foley había sabido desde el primer momento que sería mucho más provechoso viajar en metro que hacerlo en coche. El Mercedes era demasiado llamativo para ese lugar. Haría también que Mary Pat llamara la atención, pero para su forma de pensar eso supondría una ventaja. Su esposa tenía unos instintos brillantes para el trabajo de campo, mejores que los suyos, pero le asustaba su intrepidez. No es que Mary Pat se arriesgara en demasía; todos los agentes operativos se arriesgaban. Era el hecho de que le encantaba hacerlo lo que de vez en cuando preocupaba a su marido. Para él, jugar con los rusos formaba parte de su trabajo. Cuestión de negocios, como habría dicho don Vito Corleone, nada personal. Pero para Mary Patricia, por influencia de su abuelo, era algo sumamente personal.

Anhelaba formar parte de la CIA antes de conocerse en el sindicato de estudiantes de Fordham, luego en la oficina de reclutamiento de la CIA, y más adelante, cuando se enamoraron. Entonces ella ya conocía el ruso a la perfección; podía pasar por rusa. Era capaz de adaptar su acento a cualquier región del país. Podía fingir que era profesora de poesía en la universidad estatal de Moscú, era atractiva, y las mujeres hermosas tenían ventaja sobre todos los demás. Era el más antiguo de los prejuicios, que la gente guapa debía ser buena y que las personas malas debían ser feas, porque hacían cosas feas. Los hombres eran particularmente deferentes para con las mujeres bonitas, y aunque no lo eran tanto las demás mujeres, porque las envidiaban, también las trataban instintivamente con distinción. De modo que Mary Pat podía dominar muchas situaciones, porque era una atractiva rubia norteamericana y las rubias eran consideradas universalmente tontas, incluso aquí en Rusia, donde no eran especialmente inusuales. Además, las de aquí eran probablemente rubias naturales, porque la industria cosmética local estaba tan avanzada como debió de estarlo en Hungría en el siglo xvi y el Clairol Rubio 100G no se encontraba en la tienda de la esquina. La Unión Soviética prestaba escasa atención a las necesidades de sus mujeres y eso lo indujo a formularse otra pregunta: ¿por qué habían hecho los rusos una sola revolución? En Norteamérica se habría organizado un enorme revuelo por la escasa variedad de ropa y de productos cosméticos...

El tren se detuvo en su estación. Foley se apeó y subió por la escalera mecánica. A medio camino, la curiosidad se apoderó de él. Se frotó la nariz como si quisiera estornudar y se metió la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo. Después de sonarse la nariz, lo guardó en el bolsillo del impermeable y comprobó que estaba vacío. Entonces, ¿qué había sucedido? Era imposible saberlo. ¿Había sido un mero acontecimiento casual, en una vida repleta de casualidades?

Pero la formación que había recibido Edward Foley no lo inducía a pensar en términos de casualidades. Seguiría con su rutina habitual y se aseguraría de coger aquel mismo tren todos los días durante una semana

aproximadamente para comprobar si aquel suceso se repetía.

Albert Byrd parecía un oftalmólogo competente. Era más bajo y mayor que Jack. Llevaba una barba negra con algunas canas incipientes. Cathy se había percatado de que en Inglaterra había muchas barbas y muchos tatuajes, más de los que había visto hasta el momento. El profesor Byrd era un hábil cirujano, que como médico cuidaba muy bien de sus pacientes y que además contaba con el agrado y la confianza de su equipo, y Cathy sabía que eso era un buen indicio. Parecía un buen maestro, pero Cathy ya sabía casi todo lo que podía enseñar y tenía más conocimientos sobre la utilización del láser. Aquí el láser de argón era nuevo, pero no tanto como el del Hopkins, y tardarían todavía dos semanas en disponer de un láser de arco de xenón, con el que Cathy era una experta en el Instituto Oftalmológico Wilmer de Hopkins.

La mala noticia eran las instalaciones. El servicio sanitario en Gran Bretaña era en efecto un monopolio del Estado. Todo era gratuito y, al igual que en cualquier otro lugar del mundo, uno recibe aquello por lo que paga. Las salas de espera estaban en peor mal estado que a las que Cathy estaba acostumbrada y así lo expresó.

—Lo sé —respondió lánguidamente el profesor Byrd—. No son prioritarias.

—La tercera paciente que he visto esta mañana, la señora Dover, estaba en la lista de espera desde hacía once meses para la evaluación de una catarata que ha durado veinte minutos. Dios mío, Albert, en mi país su médico de cabecera llama a mi secretaria y la recibo al cabo de tres o cuatro días. En el Hopkins trabajo duro, pero no tanto.

—¿Cuánto cobraría?

—¿Por eso? Unos... doscientos dólares. En Wilmer soy profesora adjunta, por lo que mis tarifas son un poco más altas que las de un nuevo residente —respondió Cathy sin molestarse en agregar que también era mucho más lista que la mayoría de los residentes, tenía más experiencia y trabajaba con mayor rapidez—. La señora Dover necesitará cirugía para corregir su problema —agregó—. ¿Quiere que la opere?

—¿Es complicado?—preguntó Byrd.

Cathy negó con la cabeza.

—Una operación rutinaria. Unos noventa minutos debido a su edad, pero no parece que vaya a surgir complicación alguna. —Pondremos a la señora Dover en la lista.

—¿Cuánto tiempo?

—No es una urgencia... de nueve a diez meses —calculó Byrd.

—¿Bromea? —protestó Cathy . ¿Tanto tiempo?

—Es más o menos lo habitual.

¡Pero durante esos nueve o diez meses no verá suficientemente bien para conducir un coche!

—Tampoco recibirá nunca ninguna factura —señaló Byrd. —No podrá leer los periódicos durante casi un año. ¡Albert, esto es terrible!

—Es nuestro servicio sanitario nacional —explicó Byrd. —Comprendo —dijo Cathy, aunque en realidad no lo comprendía.

Aquí los cirujanos estaban suficientemente capacitados, pero sólo trabajaban un poco más de la mitad que ella y sus colegas en el Hopkins,

sin que Caterine se hubiera sentido explotada en el edificio Maumenee. Claro que trabajaba duro, pero la gente la necesitaba y su trabajo consistía en mejorar la vista de personas que precisaban atención médica especializada, y para la doctora Caterine Ryan eso era como una orden divina. No es que los médicos locales fueran perezosos, sino que el sistema les permitía, o mejor dicho, los incitaba a adoptar una actitud relajada respecto a su trabajo. Había llegado a un nuevo mundo médico, que no era particularmente impresionante.

Tampoco había visto ningún escáner tomográfico. A pesar de que los había inventado casi en su totalidad EMI, en Gran Bretaña, algún contable gubernamental, del Ministerio del Interior según le habían dicho, había decidido que el país sólo necesitaba unos pocos y la mayoría de los hospitales perdieron en la lotería. El escáner tomográfico había aparecido sólo unos años antes de su ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins, pero en los diez años siguientes se convirtieron en un instrumento médico tan común como el estetoscopio. Prácticamente todos los hospitales de Norteamérica tenían uno. Costaban un millón de dólares, pero los pacientes pagaban por su uso y no tardaban en amortizarlos. Ella sólo lo necesitaba muy de vez en cuando, por ejemplo para examinar tumores en la región ocular, pero cuando la necesidad surgía, era siempre urgente.

Además, en el Johns Hopkins se fregaban los suelos todos los días.

Pero las necesidades de la gente eran las mismas y, a fin de cuentas, ella era médica. Uno de sus colegas de la facultad había estado en Pakistán y había regresado con una experiencia en patologías oculares que era imposible obtener en una vida entera trabajando en hospitales norteamericanos. Evidentemente, también había regresado con disentería amebiana, que garantizaba reducir el entusiasmo de cualquiera por los viajes al extranjero. Por lo menos aquí no corría ese riesgo, se dijo a sí misma. A no ser que se contagiara en alguna sala de espera...

CAPÍTULO NUEVE

ESPÍRITUS

Hasta el momento, Ryan no había logrado coger el mismo tren que su esposa para volver a su casa y regresaba siempre después que ella. Cuando llegara a casa, podría plantearse trabajar un poco en su libro sobre Halsey. Había realizado ya aproximadamente un setenta por ciento del trabajo, documentándose concienzudamente. Ahora sólo debía redactar el texto. Lo que la gente no parecía comprender era que ésa era la parte dura, mientras que la investigación se limitaba a localizar y registrar hechos. Lo difícil era lograr que los hechos parecieran encajar en una historia coherente, porque las vidas humanas nunca lo eran, especialmente la de un guerrero bebedor como William Frederick Halsey hijo. Escribir una biografía era más que nada un ejercicio de psiquiatría no profesional. Se utilizaban los incidentes ocurridos a lo largo de su vida, en edades y niveles educativos seleccionados al azar, pero uno no podía

llegar nunca a conocer los pequeños recuerdos clave que configuraban una vida, como aquella pelea en el patio de la escuela primaria, o la reprimenda de su tía Helen, la solterona, que le había quedado grabada en la mente para el resto de su vida, porque los hombres raramente revelaban ese tipo de cosas a los demás. Ryan tenía esa clase de recuerdos y algunos aparecían y desaparecían de su mente consciente a intervalos aparentemente azarosos, como cuando emergía en su memoria el recuerdo de la hermana Frances Mary, tutora de segundo grado en la escuela de Saint Matthew, y se sentía como si tuviera de nuevo siete años. Un experto biógrafo parecía tener la habilidad de estimular ese tipo de cosas, aunque a veces lo que hacía era inventar, aplicar sus propias experiencias personales a la vida de otro y eso era... ficción, que no era lo que se suponía que debía ser la historia.

Tampoco debía serlo un artículo en el periódico, pero Ryan subía por experiencia propia que muchas de las supuestas «noticias» eran producto de la imaginación de su autor. Pero nadie había dicho que escribir una biografía tuviera que ser fácil. Su primer libro, Agudas condenadas, retrospectivamente había sido un proyecto mucho más fácil. Bill Halsey, almirante de la flota de la armada estadounidense, le había fascinado desde que de niño había leído su autobiografía. El almirante había comandado las fuerzas navales en batalla y, si bien esto le había parecido emocionante a los diez años de edad, le resultaba absolutamente espantoso a los treinta y dos, porque ahora comprendía los aspectos de los que Halsey no hablaba en detalle, las incógnitas, el hecho de tener que confiar en información secreta sin saber realmente de dónde procedía, cómo se había obtenido, analiza-do y procesado, cómo había llegado hasta él, o si el enemigo la habría interceptado. Ahora Ryan formaba parte de ese proceso y poner su vida en juego según los resultados de su propio trabajo era aterrador, pero no tanto como jugarse la de otros a quienes con toda probabilidad ni siquiera conocía.

A medida que el verde paisaje inglés se deslizaba al otro lado de la ventana, recordó una broma de su época en los marines: el lema de los servicios de Inteligencia es «apostamos tu vida». En eso consistía ahora su trabajo: apostaba la vida de los demás.

En teoría, podía encontrarse incluso con una valoración de inteligencia que pusiera en peligro el destino de su país. Uno debía estar doblemente seguro de sí mismo y de la información que poseía...

¿Pero era posible estar siempre seguro? Había criticado muchas valoraciones oficiales que había examinado en Langley, pero siempre era mucho más fácil censurar el trabajo de los demás que hacer algo mejor uno mismo. Su libro sobre Halsey, titulado provisionalmente Marino luchador, sacudiría deliberadamente algunas creencias convencionales. Ryan creía que las ideas tradicionales en ciertas áreas no sólo eran incorrectas, sino que de ninguna manera podían ser ciertas. Halsey había actuado correctamente en algunos casos, en los que se le había acusado retrospectivamente de haberse equivocado. Y eso era injusto. A Halsey sólo se lo podía considerar responsable de sus actos, según la información que obraba entonces en su poder. Lo contrario equivalía a condenar a los médicos por no ser capaces de curar el cáncer. Eran personas inteligentes que lo hacían lo mejor que sabían, pero había ciertas cosas que todavía desconocían y que se esforzaban por descubrir, pero la adquisición de

conocimientos era lenta entonces y Ryan consideraba que seguía siéndolo ahora. Como siempre. Y Bill Halsey sólo podía conocer la información que le facilitaban, o lo que un hombre razonablemente inteligente fuera capaz de deducir de la misma, dada su prolongada experiencia v sus conocimientos de la psicología del enemigo. E incluso entonces, es evidente que el enemigo no cooperaba voluntariamente en su propia destrucción.

Ése es realmente mi trabajo, pensó Ryan con la mirada perdida—: La búsqueda de la verdad, pero no sólo eso. Debía reproducir para sus propios amos el proceso mental de otros, explicárselo a sus superiores con el propósito de que llegaran a comprender mejor a sus adversarios. Hacía de psiquiatra sin serlo. En cierto modo era divertido, aunque no tanto cuando se consideraba la magnitud de dicha labor y sus potenciales consecuencias en caso de que fracasara, lo cual se resumía en dos palabras: personas muertas. En la academia elemental de los marines, en Quantico, se lo habían repetido una y mil veces. Si uno metía la pata al mando de su pelotón, algunos de los marines no volverían a ver a su madre o a su esposa y eso supondría una pesada carga en su conciencia para el resto de su vida. En la profesión de las armas se pagaba un alto precio por los errores. Ryan no había servido el tiempo suficiente para aprender esa lección por sí mismo, pero le asustaba en las noches tranquilas, mientras sentía el cabeceo del barco que cruzaba el Atlántico. Se lo había comentado al sargento Tate, pero el artillero, que entonces era un hombre «mayor» de treinta y cuatro años, se limitó a responderle que recordara su entrenamiento, confiara en sus instintos v reflexionara antes de actuar si el tiempo lo permitía, advirtiéndole también que el tiempo era un lujo del que no siempre se disponía. Y le recomendó a su joven jefe que no se preocupara, porque parecía bastante listo para ser un alférez. No era fácil conseguir el respeto de un sargento artillero de los marines.

De modo que era suficientemente listo para hacer buenas valoraciones de inteligencia y tenía el valor necesario para firmarlas, pero debía asegurarse de que eran correctas antes de mandarlas, porque ponía en juego la vida de otras personas...

El tren redujo la velocidad hasta detenerse. Subió por la escalera y vio varios taxis en la puerta. Supuso que conocían de memoria el horario del ferrocarril.

—Buenas tardes, sir John —dijo Ed Beaverton, el mismo que lo había llevado por la mañana.

Hola, Ed —respondió Ryan al tiempo que se sentaba inusualmente junto al conductor, donde había más espacio para las piernas. En realidad me llamo Jack.

—No puedo llamarlo así —objetó Beaverton—. Usted es un caballero.

—Sólo honorario, no de verdad. No poseo ninguna espada. Bueno, sólo el sable de los marines, que está en mi casa, en Estados Unidos.

—Y usted era teniente, mientras que yo era sólo cabo.

—Y saltaba de los aviones. Maldita sea, Eddie, yo nunca he hecho nada tan estúpido.

—Sólo lo hice veintiocho veces. Nunca me rompí nada —declaró el taxista mientras enfilaba una cuesta.

—¿Ni siquiera un tobillo?

—Sólo un par de esguinces; las botas ayudan mucho —explicó el conductor.

—Todavía no he aprendido a que me guste volar y no tengo la menor intención de saltar de un avión.

Jack estaba seguro de que nunca se habría alistado en las fuerzas de reconocimiento. Esos marines estaban un poco locos. Había aprendido de la manera más difícil que volar en helicóptero sobre la playa ya era suficientemente aterrador. Todavía tenía pesadillas, esa sensación repentina de que se caía y veía el suelo que se acercaba velozmente, pero siempre se despertaba un momento antes del impacto, generalmente incorporado en la cama y escudriñando la oscuridad de la habitación para asegurarse de que no estaba en aquel CH-46 con el rotor de popa averiado, precipitándose sobre las rocas de Creta. Fue un milagro que él y muchos de sus marines no perecieran. Pero él fue el único que resultó malherido; el resto del pelotón escapó, en el peor de los casos, con algún esguince.

¿Por qué diablos estás pensando en eso?, se preguntó a sí mismo. Habían transcurrido más de ocho años.

Acababan de llegar frente a su casa, en Grizedale Close. —Hemos llegado, señor.

Ryan le pago y le dio una generosa propina.

—Me llamo Jack, Eddie.

—Sí, señor. Lo veré por la mañana.

—De acuerdo.

Ryan se alejó, consciente de que nunca ganaría aquella batalla. La puerta principal estaba abierta, a la espera de su llegada. Lo primero que hizo fue quitarse la corbata, de camino a la cocina.

—¡Papá! —exclamó Sally corriendo hacia él.

—¿Cómo está mi niña? —dijo Jack después de levantarla en brazos.

—Muy bien.

Cathy estaba frente a la cocina, preparando la cena. Jack dejó a Sally en el suelo y se acercó a su esposa para darle un beso.

—¿Cómo te las arreglas para llegar siempre a casa antes que yo? En nuestro país solía ocurrir lo contrario.

—Los sindicatos —respondió Cathy. Aquí todo el mundo deja de trabajar a la «hora exacta» y eso es bastante temprano, no como en el Hopkins.

No se molestó en agregar que allí prácticamente todo el personal profesional trabajaba hasta muy tarde.

—Debe de ser agradable hacer horario de banquero.

—Ni siquiera mi padre abandona el despacho tan temprano, pero aquí todo el mundo lo hace. Y la hora del almuerzo es una hora entera, la mitad de la cual se pasa fuera del hospital. Pero así la comida sabe mejor —reconoció.

¿Qué hay para cenar?

—Espaguetis.

Jack vio que la olla estaba llena de su salsa especial y, al volver la cabeza, vio una barra de pan francés sobre la mesa.

—¿Dónde está el pequeñajo?

—En la sala.

—Bien —respondió Ryan de camino a su encuentro.

El pequeño Jack estaba en su cuna. Había aprendido a sentarse un poco antes de tiempo, pero a su papá no le importaba. Tenía una colección de juguetes a su alrededor, todos los cuales pasaban por su boca. Levantó la cabeza para mirar a su padre y le brindó una sonrisa desdentada. Evidentemente, eso merecía levantarlo en brazos y Jack lo complació. Su pañal parecía seco y fresco. Con toda seguridad, la señorita Margaret se lo había cambiado antes de marcharse, como siempre, antes de que Jack regresara de la oficina. Aquella muchacha trabajaba bastante bien. Sally se llevaba bien con ella y eso era lo más importante. Dejó a su hijo de nuevo en la cuna y el pequeño volvió a jugar con su sonajero de plástico y a mirar la televisión, especialmente los anuncios. Jack se dirigió al dormitorio para ponerse una ropa más cómoda y regresar luego a la cocina. Y en ese momento sonó el timbre de la puerta. Jack fue a abrir.

—¿Doctor Ryan? —preguntó un individuo de su misma altura y porte, con traje y corbata y una gran caja en las manos, con acento norteamericano.

—Sí.

—Aquí tengo su unidad especial de telecomunicaciones, señor. Trabajo en comunicaciones en la embajada —explicó—. El señor Murray me ha ordenado que se la entregara.

La caja era un cubo de cartón de unos setenta v cinco centímetros de lado, lisa y sin estampado alguno. Ryan lo invitó a entrar y lo condujo directamente a su estudio. Tardaron unos tres minutos en sacar el voluminoso teléfono de la caja y lo colocaron junto al Apple de Jack.

—¿Pertenece usted a la NSA? —preguntó Jack.

Sí, señor. Civil. Estaba en el E-5, el servicio de seguridad del ejército. Lo dejé y me subieron el sueldo como civil. Estoy aquí desde hace dos años. De todos modos, aquí tiene su clave de codificación —dijo al tiempo que le entregaba una llave de plástico. ¿Sabe cómo funciona?

Sí, por supuesto —asintió Ryan. Tengo uno en mi despacho.

Entonces ya conoce usted las normas. En caso de avería debe llamarme a mí —le indicó al tiempo que le entregaba una tarjeta de visita, y nadie más que yo, o alguien de mi personal, está autorizado a mirar en su interior. Si eso ocurriera, evidentemente se autodestruiría. No provocará un incendio ni nada por el estilo, pero sí mal olor debido al plástico. Bueno, eso es todo —agregó mientras rompía la caja.

—¿Le apetece una coca-cola o algo por el estilo?

—No, gracias. Debo regresar a mi casa.

Dicho esto, el experto en comunicaciones se dirigió a su coche.

—¿Qué es eso, Jack? —preguntó Cathy desde la cocina.

—Mi teléfono de seguridad —explicó él de regreso junto a su esposa.

—¿Para qué lo quieres?

—Para poder llamar a mi jefe.

—¿No puedes hacerlo desde la oficina?

—Está la cuestión de la diferencia horaria y, bueno, también hay cosas de las que no puedo hablar en el despacho.

—Lo propio de un agente secreto —refunfuñó Cathy.

—Eso es.

Al igual que la pistola que guardaba en el armario. Cathy toleraba con cierta ecuanimidad la presencia de su escopeta Remington, que utilizaba

para cazar, porque uno podía cocinar y comerse la caza y, además, estaba descargada. Pero se sentía más incómoda con la pistola. Por consiguiente, como pareja civilizada que eran, no hablaban de ello, siempre y cuando el arma estuviera fuera del alcance de Sally, y la niña sabía que el armario de su padre le estaba vedado. Ryan se había apegado a su automática Browning Hi-Power de nueve milímetros, cargada con catorce balas Federal de punta hueca, con dos cargadores de repuesto, su mira de tritio y la empuñadura personaliza-da. Si algún día volvía a necesitar una pistola, utilizaría ésta. Eso le hizo recordar que necesitaba encontrar un lugar donde practicar el tiro. Quizá en la base cercana de la Armada Real hubiera un polígono. Seguramente, sir Basil podría hacer una llamada y organizarlo. Como caballero honorario, no poseía una espada, pero la pistola era su equivalente moderno y en alguna ocasión también podía ser útil.

Aunque también podía serlo un sacacorchos.

—¿Chianti? —preguntó Ryan.

—De acuerdo. No tengo nada programado para mañana —respondió Cathy después de volver la cabeza.

—Cathy, nunca he comprendido lo que una o dos copas de vino esta noche pueden tener que ver con la cirugía de mañana, para lo que faltan diez o doce horas.

—Jack, no se mezcla el alcohol con la cirugía, ¿entendido? —explicó ella pacientemente. Uno no bebe si ha de conducir. Ni tampoco bebe si ha de cortar. Nunca. Jamás.

—Sí, doctora. ¿De modo que mañana te limitarás a extender recetas para gafas?

—Bueno, será un día sencillo. ¿Y tú?

Nada importante. Otro día, la misma mierda.

—No sé cómo lo soportas.

Bueno, es mierda secreta interesante y hay que ser espía para entenderlo.

—Bien —dijo mientras vertía la salsa de los espaguetis en una fuente—. Listo.

—Todavía no he descorchado la botella.

—Date prisa.

—Sí, profesora Ryan —respondió Jack al tiempo que colocaba la fuente de salsa sobre la mesa y descorchaba a continuación la botella de Chianti.

Sally era demasiado mayor para una silla alta, pero necesitaba todavía un cojín grueso que llevaba consigo. Iban a comer «paguetis», por lo que su padre le anudó la servilleta al cuello. Probablemente, al terminar de cenar, tendría salsa hasta en las bragas, pero así la pequeña aprendía a utilizar la servilleta y Cathy consideraba que eso era importante. A continuación Ryan sirvió el vino. Sally no pidió que le sirvieran una copa. En una ocasión, su padre le había permitido probarlo, a pesar de las objeciones de su esposa, y no se había repetido la experiencia. Le sirvieron coca-cola.

Svetlana se había quedado por fin dormida. Le gustaba permanecer despierta mientras el cuerpo aguantara, todas las noches lo mismo, o eso parecía, hasta que por fin sucumbía al sueño. Su padre vio que dormía

con una sonrisa, como un angelito de los que decoraban las catedrales italianas en los libros de viajes que solía leer. La televisión estaba encendida. Parecía una película de la segunda guerra mundial. Todas eran iguales. Los alemanes atacaban siempre con crueldad, excepto alguna que otra vez, que aparecía algún personaje alemán con algo de compasión, por regla general un comunista alemán como se descubría a lo largo de la historia, desgarrado por las lealtades conflictivas a su clase social, evidentemente obrera, y a su país. Los soviéticos por su parte resistían con valentía, perdiendo muchos hombres intrépidos hasta que cambiaba la marea, generalmente a las puertas de Moscú en diciembre de 1941, en enero de 1943 en Stalingrado, o en el Kursk Bulge durante el verano de 1943. Siempre había un heroico oficial político, un soldado valeroso, un sargento sensato ya maduro y un joven oficial muy inteligente. Completaba el cuadro un general entrecano que lloraba a solas y en silencio por sus hombres, pero luego conseguía controlar sus sentimientos y cumplía con su misión. Había unas cinco fórmulas diferentes, todas variaciones del mismo tema y en realidad la única diferencia consistía en que Stalin apareciera como dirigente sabio y casi divino, o en que no se lo mencionara en absoluto. Eso dependía de la época en que se hubiera hecho la película. Stalin había pasado de moda en la industria cinematográfica soviética en torno a 1956, poco después de que Nikita Serguéievich Jruschov pronunciara su famoso discurso, entonces secreto, revelando lo monstruoso que había sido Stalin, algo con lo que los ciudadanos soviéticos todavía tenían problemas, especialmente los taxistas, o al menos eso parecía. La verdad en ese país era una cualidad poco común y casi siempre difícil de digerir.

Pero Zaitzev ahora no miraba la película. Oleg Ivanovich saboreaba su vodka, con los ojos fijos en la pantalla, pero sin verla. Le asombraba el enorme salto que había dado aquella tarde en el metro. En su momento había sido casi un juego, como un niño que gasta una broma: meterle la mano en el bolsillo al norteamericano como un carterista sólo para comprobar si era capaz de hacerlo. Nadie lo había visto. Había sido listo v cuidadoso, y ni siquiera el norteamericano se había percatado de ello, porque, de lo contrario, habría reaccionado.

Había demostrado que era capaz de hacerlo... ¿De hacer qué?, se preguntaba Oleg Ivan'ch con sorprendente intensidad.

¿Qué diablos había hecho en el vagón del metro? ¿En qué estaba pensando? En realidad no pensaba en nada. Sencillamente había sido una especie de impulso insensato...

Meneó la cabeza y tomó otro trago. Era un hombre inteligente. Licenciado universitario. Excelente jugador de ajedrez. Tenía un trabajo que exigía el nivel más alto de seguridad, bien pagado y que lo colocaba en el nivel inferior de ingreso en la nomenklatura. Era un personaje de cierta importancia, aunque no excesiva. El KGB le brindaba acceso a mucha información, confiaba en él... pero...

¿Pero qué?, se preguntó a sí mismo. ¿Qué venía después del «pero»? Su mente divagaba por sendas que no alcanzaba a comprender y que apenas vislumbraba...

El sacerdote. ¿No era eso a lo que se resumía? ¿O no? ¿En qué estaba pensando?, se preguntó Zaitzev. Ni siquiera sabía si realmente pensaba. Había sido como si su mano actuara por cuenta propia, sin pedirle permiso

al cerebro ni a la mente, para tomar una dirección que no alcanzaba a comprender.

Sí, debía de ser ese maldito sacerdote. ¿Estaba embrujado? ¿Había una fuerza exterior que se apoderaba del control de su cuerpo?

¡No! ¡Eso era imposible!, se dijo Zaitzev. Eso eran cuentos de viejas, cosas sobre las que las mujeres cotorreaban en la cocina.

Pero entonces insistía su mente sin obtener ninguna respuesta inmediata, ¿por qué he introducido la mano en el bolsillo del norteamericano?

¿Quieres formar parte de un asesinato? —preguntó una vocecita en su interior. ¿Estás dispuesto a facilitar el asesinato de un hombre inocente?

¿Pero era realmente inocente?, se preguntó Zaitzev mientras tomaba otro trago. Ninguno de los despachos que pasaban por sus manos sugería lo contrario. En realidad, apenas recordaba mención alguna a ese padre Karol en los mensajes del KGB durante los dos últimos años. Sí, habían prestado atención a su viaje a Polonia después de su elección como papa, ¿pero quién no hacía un viaje a su país después de haber ascendido para ver a sus amigos y obtener su aprobación respecto al nuevo lugar que ocupaba en el mundo?

También eran hombres los que formaban el partido. Y los hombres cometían errores. Lo veía todos los días, incluso por parte de oficiales del KGB con mucha formación y experiencia, que sus superiores del Centro castigaban, reprendían, o simplemente amonestaban. Leonid Ilich cometía errores. A menudo la gente bromeaba sobre los mismos a la hora del almuerzo, o hablaba más discretamente de lo que hacían sus codiciosos hijos, especialmente su hija. Lo suyo era un caso de corrupción menor, que la gente comentaba habitualmente en voz baja. Pero él pensaba en otra clase de corrupción, mucho mayor y más peligrosa.

¿De dónde procedía la legitimidad del Estado? En términos abstractos, procedía del pueblo, pero el pueblo no tenía voz ni voto. Lo tenía el partido, pero sólo una pequeña minoría de la población pertenecía al mismo, y entre los afiliados, sólo una minoría todavía más reducida alcanzaba algo parecido al poder. Por consiguiente, la legitimidad del Estado se apoyaba en lo que desde cualquier medida lógica era... una ficción.

Y eso era un concepto ingente. Los gobernantes de otros países eran dictadores, a menudo fascistas o de la derecha política. Pocos eran los gobernados por alguien de la izquierda política. Hitler representaba al más poderoso y peligroso de los primeros, pero había sido derrocado por la Unión Soviética y Stalin por un lado, y los Estados occidentales por otro. Los dos aliados más improbables habían combinado sus fuerzas para destruir la amenaza alemana. ¿Y quiénes eran? Alegaban ser democracias, y a pesar de que su país negaba sistemáticamente di-cho alegato, lo cierto era que las elecciones celebradas en dichos países eran reales, debían de serlo para que su país y el KGB gastaran tiempo y dinero en influir en las mismas. Debían reflejar en cierto modo la voluntad del pueblo, o de lo contrario, ¿por qué intentaría el KGB influir en su resultado? Hasta qué punto Zaitzev no lo sabía. No había forma de deducirlo de la información que estaba disponible en su país y no se molestaba en escuchar la Voz de América, ni otras fuentes evidentemente propagandísticas de las naciones occidentales.

De modo que no era el pueblo quien quería matar al sacerdote. Eran ciertamente Andrópov y posiblemente el Politburó quienes deseaban hacerlo. Ni siquiera sus colegas del Centro tenían nada contra el padre Karol. Tampoco se hablaba de su animadversión hacia la Unión Soviética. La radio y la televisión estatales no habían hecho ninguna llamada de odio a la clase obrera contra él, como lo habían hecho contra otros enemigos extranjeros. No se habían publicado artículos peyorativos en el Pravda, que él hubiera visto últimamente. Sólo circulaban ciertos rumores sobre los problemas laborales en Polonia, pero con mucha discreción, como si se hablara de las travesuras del hijo de los vecinos.

Sin embargo, ése debía de ser el quid de la cuestión. Además de ser polaco, Karol era motivo de orgullo para sus compatriotas y en Polonia había problemas políticos, debido a disputas laborales. Karol quería utilizar su poder político o espiritual para proteger a sus compatriotas. ¿No era eso comprensible?

¿Pero era también comprensible asesinarlo?

¿Quién se atrevería a levantarse y decir «no, no podéis matar a ese hombre porque no os guste su política»? ¿El Politburó? No, ellos le seguirían la corriente a Andrópov. Era el heredero aparente. Cuando Leonid Ilich muriera, él sería quien se sentaría a la cabeza de la mesa. Era un hombre del partido. ¿Qué otra cosa podía ser? El partido era el alma del pueblo, según se decía. Esa era la única referencia al «alma» que el partido permitía.

¿Vivía alguna parte del hombre más allá de la muerte? Eso se suponía que era el alma, pero aquí el alma era el partido y el partido era cosa de hombres y poco más. Y, además, hombres corruptos.

Y querían matar a un sacerdote.

Zaitzev había visto los despachos. De una manera muy modesta, Oleg Ivanovich participaba, y eso le provocaba remordimientos. ¿De conciencia? ¿Acaso se suponía que debía tenerla? La conciencia era algo que comparaba un conjunto de hechos o ideas con otro y se sentía o no satisfecha. Si no lo estaba, si encontraba algo que fallaba, la conciencia empezaba a protestar. En un susurro. Lo obligaba a buscar y a seguir buscando hasta resolver el asunto, hasta que se detuviera el error, o se invirtiera, o se subsanara...

¿Pero cómo se impedía al partido o al KGB hacer algo?

Para ello, Zaitzev sabía que como mínimo era preciso demostrar que la acción propuesta era contraria a la teoría política, o que tendría consecuencias políticas adversas, porque la política era la medida del bien v del mal. ¿Pero acaso no era la política demasiado efímera para eso? ¿No debían el «bien» y el «mal» depender de algo más sustancial que la mera política? ¿No había un sistema de valores más elevado? Después de todo, ¿no era la política sólo una cuestión de táctica? Y si bien la táctica era importante, todavía lo era más la estrategia, porque la estrategia era la medida de aquello para lo que se utilizaba la táctica y la estrategia, en este caso, era lo que se suponía que debía ser bueno, trascendentalmente bueno. No sólo bueno en aquel momento, sino en todos los tiempos; algo que los historiadores pudieran examinar dentro de cien o de mil años y considerarlo correcto.

¿Pensaba el partido en dichos términos? ¿Cómo tomaban exactamente el partido comunista o la Unión Soviética sus decisiones? ¿Qué era lo

bueno para la gente? ¿Quién decidía eso? Lo hacían individuos como Brézhnev, Andrópov, Suslov, el resto de los miembros con voz y voto del Politburó, asesorados por los candidatos sin voto, aconsejados a su vez por el consejo de ministros y los miembros del Comité Central del partido, todos ellos decanos de la nomenklatura, a quienes el delegado en París mandaba perfumes y ropa interior femenina en la valija diplomática. Zaitzev había visto muchos despachos de ese tipo. Y había oído las historias. Eran los que cubrían a sus hijos de regalos y de influencia, los que circulaban por el carril central de las anchas avenidas de Moscú, los corruptos príncipes marxistas que gobernaban su país con mano dura.

¿Pensaban dichos príncipes en lo que le convenía al pueblo, a los innumerables obreros y campesinos que gobernaban y por cuyo bien se suponía que velaban?

Pero era posible que los príncipes menores que estaban bajo las órdenes de Nikolay Romanov pensaran y hablaran del mismo modo. Y Lenin había ordenado que los fusilaran a todos, como enemigos del pueblo. Así como las películas modernas hablaban de la «gran guerra patriótica», las películas más antiguas los presentaban para un público menos sofisticado como perversos payasos, que apenas merecían la consideración de enemigos serios, fácilmente detestables y prescindibles, caricaturas de personas reales, muy diferentes, evidentemente, de quienes las sustituyeron...

Así como los antiguos príncipes habían conducido sus trineos tirados por tres caballos sobre los cuerpos de los campesinos de camino a la corte real, actualmente los agentes de la milicia moscovita mantenían abierto el carril central para los nuevos miembros de la nomenklatura, que no tenían tiempo que perder en los atascos de tráfico.

En realidad, nada había cambiado...

Salvo que los antiguos zares por lo menos fingían adhesión a una autoridad superior. Habían financiado la catedral de San Basilio aquí en Moscú y otros nobles habían financiado innumerables iglesias en otras ciudades de menor tamaño, porque incluso los Romanov reconocían un poder superior al suyo. Pero para el partido no había mayor poder que el suyo.

Por consiguiente, podían matar sin ningún remordimiento, porque matar era a menudo una necesidad política, una ventaja táctica que se debía llevar a cabo donde y cuando fuera conveniente.

¿Era eso a lo que se resumía esa situación?, se preguntó Zaitzev. ¿Querían matar al papa sencillamente porque era más conveniente?

Oleg Ivan'ch se sirvió otra copa de vodka y tomó otro trago.

Había muchos inconvenientes en su vida. El agua fresca estaba demasiado lejos de su escritorio. Había personas en la oficina que no le gustaban, por ejemplo Stefan Yevgeniyevich Ivanov, comandante de Comunicaciones, que llevaba más tiempo allí que él. Cómo había logrado el ascenso hacía cuatro años era un misterio para todos los de la sección. Los mandos superiores lo consideraban un zángano, incapaz de hacer nada útil. Zaitzev suponía que en todos los trabajos había alguien parecido, que suponía un embarazo para la oficina, pero que no era fácil librarse de él... sencillamente porque estaba ahí. Si Ivanov desapareciera, Oleg podría ascender a jefe de sección. Cada bocanada de aire que tomaba Ivanov suponía un inconveniente para Oleg Ivanich, ¿pero acaso eso le

daba derecho a matarlo?

No, lo detendrían, lo juzgarían y puede que incluso lo ejecutaran por asesinato. Porque lo prohibía la ley. Porque estaba mal. Lo decían la ley, el partido y su propia conciencia.

Ni siquiera en el KGB se celebraban sesiones de reflexión. Ningún debate. Ninguna discusión abierta. Sólo mensajes y comunicados de finalización o clausura. Evaluaciones de extranjeros, evidentemente, discusiones sobre la forma de pensar de verdaderos agentes, o meros agentes de influencia, denominados «herramientas útiles» en la jerga del KGB. Ningún oficial de campo había contestado jamás a una orden: «No, camarada, no debemos hacer eso porque sería inmoral.» Goderenko en Roma era quien más se había acercado, con la observación de que asesinar a Karol podría tener consecuencias adversas para las operaciones. ¿Significaba eso que a Ruslan Borissovich le remordía también la conciencia? No. Goderenko tenía tres hijos: uno en la armada soviética, otro, por lo que había oído, en la propia academia del KGB a las afueras de la ciudad y el tercero en la universidad estatal de Moscú. Si Ruslan Borissovich tenía alguna dificultad con el KGB, cualquier acción podría significar, si no la muerte, sí un grave embarazo para sus hijos, y pocos se arriesgarían a ello.

¿Era ésa, entonces, la única conciencia en el KGB? Zaitzev tomó un trago para reflexionar. Probablemente no. Había millares de individuos en el Centro, además de varios millares en otros lugares, y según las leyes de la estadística, era probable que entre ellos hubiera muchas «buenas» personas (comoquiera que se definiera dicho término), ¿pero cómo podía uno reconocerlas? Intentar buscarlas supondría una muerte segura, o un largo período de encarcelamiento. Ése era su problema fundamental. No había nadie en quien poder confiar sus dudas. Nadie con quien discutir sus preocupaciones, ni un doctor, ni un sacerdote... ni siquiera su esposa, Irina...

No, lo único que tenía era su botella de vodka, y aunque en cierto modo lo ayudaba a pensar, no era una gran compañera. Los hombres rusos no eran reacios a derramar lágrimas, pero eso tampoco le habría ayudado. Irina podría formularle alguna pregunta, a la que no podría responder satisfactoriamente. Lo único que le quedaba era dormir. Estaba seguro de que no lo ayudaría y en eso tenía razón.

Otra hora y otras dos copas de vodka lo dejaron aturdido. Su esposa dormitaba frente al televisor, en cuya pantalla el Ejército Rojo había vuelto a ganar la batalla de Kursk y la película acababa al principio de una larga marcha que llegaría hasta el Reichstag en Berlín, repleta de esperanza y entusiasmo por su sangrienta tarea. Zaitzev se rió para sus adentros. Era más de lo que había hecho hasta el momento. Llegó la copa vacía a la cocina y llamó a su esposa para irse a la cama. Esperaba quedarse dormido pronto. El cuarto de litro de alcohol que había en su barriga debería ayudarlo. Y lo hizo.

—¿Sabes, Arthur?, hay muchas cosas que no conocemos acerca de él —dijo Jim Greer.

—¿Te refieres a Andrópov?

—Ni siquiera sabemos si ese cabrón está casado —prosiguió el

subdirector de Inteligencia.

—Bueno, Robert, ése es tu departamento —respondió el director de la CIA, dirigiendo una mirada a Bob Ritter.

Creemos que lo está, pero nunca ha llevado a su esposa, si es que la tiene, a ninguna función oficial. Así es como solemos averiguarlo no tuvo más remedio que reconocer el subdirector de Operaciones. A menudo esconden a sus familias, al igual que los capos de la mafia. Están obsesionados con ocultarlo todo. Y sí, lo reconozco, no somos muy buenos para obtener esa clase de información, porque no es operativamente importante.

—Su forma de tratar a su esposa y a sus hijos, si los tiene, puede ser útil para elaborar su perfil —señaló Greer.

—¿Quieres que le encargue a Cardenal que lo averigüe? Estoy seguro de que lo haría, ¿pero para qué hacerle perder el tiempo de ese modo?

—¿Por qué es una pérdida de tiempo? Si maltrata a su esposa, eso es revelador. Y también lo es si es un padre adorable —insistió el subdirector de Inteligencia.

—Es un matón; basta con ver su foto para darse cuenta. Fijaos en el personal a su alrededor. Están rígidos, como uno esperaría del personal de Hitler —respondió Ritter.

Hacía unos meses que un grupo de gobernadores norteamericanos se había desplazado a Moscú con alguna misión diplomática secreta. El gobernador de Maryland, demócrata liberal, declaró a su regreso que cuando vio a Andrópov entrando en la sala de la recepción lo reconoció inmediatamente como un matón, antes de descubrir que era Yuri Vladimirovich, director del Comité de Seguridad Estatal. El gobernador tenía buen ojo para evaluar a la gente y su valoración se había introducido en la ficha de Andrópov en Langley.

—Pues no habría sido un gran juez —observó Arthur Moore, que también había leído la ficha. Por lo menos en el tribunal de apelaciones. Demasiado interesado en ahorcar a ese pobre hijo de puta, sólo para comprobar si resiste la soga —agregó, si bien en Texas, que actualmente era un lugar mucho más civilizado, en otra época había habido algunos jueces de ese estilo, pero ahora, después de todo, había menos caballos para robar, que hombres para matar. Dime, Robert, ¿qué podemos hacer para darle un poco de cuerpo? Por lo que parece, va a convertirse en el próximo secretario general. Creo que sería una buena idea.

—¿Por qué no pedirle a Basil si puede hacer algo? Ellos son mejores que nosotros en lo que concierne a relaciones sociales, y así no involucramos a nuestro personal.

—Me gusta Bas, pero prefiero no deberle demasiados favores —repuso el juez Moore.

—Bien, James, tu protegido está allí. Ocúpate de que sea él quien se lo pida. ¿Le has conseguido ya un STU para su casa?

—Sí, debe de haberla recibido hoy.

—Pues llama a tu muchacho y encárgale que se lo pregunte, con tranquilidad y sin darle importancia.

Greer dirigió la mirada al juez.

—¿Arthur?

—Aprobado. Pero con discreción. Dile a Ryan que lo pregunte por su

propio interés, no por el nuestro.

—Bien, puedo ocuparme de ello antes de irme a casa —respondió el almirante después de consultar su reloj.

—Dime, Bob, ¿algún progreso sobre «La máscara de la muerte roja»? —preguntó irónicamente el director de la CIA, sólo para cerrar la reunión de la tarde.

—Era una idea divertida, pero no muy seria.

—Es importante que lo tengamos en cuenta, Arthur Son vulnerables a la bala adecuada, cuando la hayamos cargado.

—No hables de ese modo ante el Congreso; podrían manchar los calzoncillos —advirtió Greer con una carcajada—. Se supone que debemos coexistir pacíficamente.

—Eso no funcionó muy bien con Hitler. Tanto Stalin como Chamberlain intentaron ser amigos de aquel hijo de puta, ¿y de qué les sirvió? Son nuestros enemigos, caballeros, y la triste realidad es que, nos guste o no, no podemos estar realmente en paz con ellos. Para eso, nuestras ideas y las suyas están demasiado desfasadas —dijo, levantando las manos. Sí, lo sé, se supone que no debemos pensar de ese modo, pero gracias a Dios que el presidente lo hace y todavía trabajamos para él.

No fue preciso agregar ningún comentario. Los tres habían votado por el presidente actual, a pesar del chiste institucional según el cual las dos cosas que nunca encontraría uno en Langley eran comunistas y... republicanos. No, el nuevo presidente tenía un pequeño aguijón de hierro en la médula y el instinto de un zorro para las oportunidades. Eso le gustaba particularmente a Ritter, que entre los tres era el vaquero, aunque un tanto brusco.

—Bien. Debo trabajar un poco sobre el presupuesto para la audiencia en el Senado de pasado mañana —declaró Moore, dando la reunión por terminada.

Ryan estaba frente a su ordenador pensando en la batalla del golfo de Leyte cuando sonó el teléfono. Era la primera vez que lo hacía, con un tono curiosamente emocionante. Se sacó la llave de plástico del bolsillo, la introdujo en la ranura apropiada y levantó el auricular.

—No se retire —dijo una voz mecánica. Sincronizando la línea. No se retire. Sincronizando la línea. No se retire. Sincronizando la línea. Línea segura anunció finalmente.

—Diga —respondió Ryan al tiempo que se preguntaba quién tendría su número de seguridad y lo llamaría tan tarde.

Resultó ser evidente.

—Hola, Jack —dijo una voz familiar con la claridad propia de la tecnología digital del STU, que daba la sensación de que su interlocutor estaba sentado frente a él.

—Allí es un poco tarde, señor —dijo Ryan después de consultar el reloj de su escritorio.

No tanto como en la vieja Inglaterra. ¿Cómo está la familia?

—Ahora, casi todos dormidos. Cathy probablemente esté leyendo alguna revista médica. Era lo que hacía habitualmente en lugar de ver la televisión ¿Qué puedo hacer por usted, almirante?

—Tengo un pequeño trabajo para usted.

—De acuerdo —respondió Ryan.

—Haga preguntas sobre Yuri Andrópov sin darle aparentemente ninguna importancia. Hay algunas cosas sobre él que desconocemos. Tal vez Basil tenga la información que queremos.

—¿Qué exactamente, señor? —preguntó Jack.

—¿Está casado, tiene hijos?

—¿No sabemos si está casado?

Ryan se percató de que no había visto esa información en su ficha, pero supuso que debía de estar en otro lugar y no le dio importancia.

—Así es. El juez quiere comprobar si Basil lo sabe.

—Bien, puedo preguntárselo a Simon. ¿Es importante?

—Como ya le he dicho, procure no darle importancia, como si lo preguntara por su propio interés. Luego llámeme desde ahí, me refiero desde su casa.

—Eso haré, señor. Conocemos su edad, la fecha de su cumpleaños, su formación y experiencia, ¿pero no sabemos si está casado o si tiene hijos?

—Sucede de vez en cuando.

—Sí, señor. De acuerdo, lo preguntaré. No creo que sea demasiado difícil.

Eso indujo a Jack a reflexionar. Lo sabían todo acerca de Brézhnev, salvo el tamaño de su pene. Sabían que su hija utilizaba vestidos de la talla doce, detalle que alguien había considerado suficientemente importante para obtenerlo de un costurero belga que le había vendido a su embelesado padre el vestido de novia de seda blanca a través del embajador. Pero no sabían si el probable sucesor del secretario general de la Unión Soviética estaba casado. Maldita sea, tenía casi sesenta años ¿y no lo sabían?

—Por lo demás, ¿cómo va todo por Londres? —preguntó el almirante.

—Nos gusta, tanto a mí como a Cathy, pero ella tiene ciertas dudas con respecto a su servicio médico nacional.

—¿La medicina de la Seguridad Social? No se lo reprocho. Yo todavía acudo para todo a Bethesda, pero ayuda que mi nombre vaya precedido del título de almirante. No funciona con la misma celeridad para un ayudante de contramaestre jubilado.

—Estoy seguro de ello.

En el caso de Ryan, ayudaba enormemente que su esposa perteneciera al claustro del John Hopkins. No hablaba con nadie con una bata blanca que no tuviera el título de profesor y había descubierto que en el campo de la medicina, al contrario del resto de la sociedad, los realmente listos se dedicaban a la enseñanza.

Los sueños llegaron después de la medianoche, aunque realmente no tenía forma de saberlo. Era un día claro de verano en Moscú y un hombre de blanco cruzaba la plaza Roja. A su espalda estaba la catedral de San Basilio y caminaba en dirección contraria al tráfico, junto al mausoleo de Lenin. Lo acompañaban unos niños con los que departía amablemente, como lo haría un tío favorito... o quizá un párroco. Entonces Oleg supo que era eso: un párroco. ¿Pero por qué de blanco? Incluso con bordados dorados. Los pequeños, cuatro o cinco niños y cuatro o cinco niñas, iban

cogidos de la mano y lo miraban dirigiéndole sonrisas inocentes. Entonces Oleg volvió la cabeza. Sobre la tumba, donde se colocaban para los desfiles del primero de mayo, estaban los miembros del Politburó: Brézhnev, Suslov, Ustínov y Andrópov. Andrópov tenía un rifle apuntaba a la pequeña procesión. Había más gente a su alrededor, personas anónimas que se dirigían tranquilamente a sus quehaceres cotidianos. Oleg estaba junto a Andrópov y escuchaba sus palabras. Defendía el derecho de matar a ese hombre. «Cuidado con los niños, Yuri Vladimirovich», le advertía Suslov. «Sí, ten cuidado», decía Brézhnev. Ustínov se acercó para ajustar la mira del rifle. Nadie se fijaba en Zaitzev, que circulaba entre ellos intentando llamar su atención.

«¿Pero por qué? —preguntaba Zaitzev. ¿Por qué lo hacen?» «¿Quién es éste?», le preguntó Brézhnev a Andrópov.

«No te preocupes —refunfuñó Suslov. ¡Mata a ese cabrón!»

«Muy bien», dijo Andrópov. Apuntó cuidadosamente y Zaitzev fue incapaz de intervenir, a pesar de estar presente. Entonces el director apretó el gatillo.

Zaitzev estaba ahora de nuevo en la calle. La primera bala alcanzó a un niño, a la derecha del sacerdote, que se desplomó silenciosamente.

«¡Ese, no, imbécil, el sacerdote!», exclamó Mijáil Suslov como un perro rabioso.

Andrópov disparó de nuevo y alcanzó ahora a una niña rubia situada a la izquierda del cura. Su cabeza estalló en un globo carmesí. Zaitzev se agachó para ayudarla, pero la niña le respondió que estaba bien y la dejó para dirigirse al sacerdote.

«Vigile, ¿por qué no vigila?»

«¿Qué quieres que vigile, mi joven camarada? —preguntó amablemente el cura antes de volverse - . Vamos, niños, Dios nos espera.»

Andrópov disparó de nuevo. En esta ocasión, la bala alcanzó al sacerdote en el pecho. Apareció una mancha de sangre, del tamaño y el color de una rosa. El cura hizo una mueca, pero siguió adelante, seguido de los niños sonrientes.

Otro disparo, otra rosa en el pecho, a la izquierda de la primera. Pero siguió adelante, caminando lentamente.

«¿Está herido?», preguntó Zaitzev.

«No es nada respondió el sacerdote—. ¿Pero por qué no se lo ha impedido?»

«¡Lo he intentado!», respondió Zaitzev.

El cura se detuvo y volvió la cabeza para mirarlo fijamente a la cara.

«¿En serio?»

Entonces fue cuando la tercera bala le alcanzó el corazón.

«¿En serio?», preguntó de nuevo el sacerdote. Ahora los niños lo miraban a él y no al cura.

Zaitzev despertó incorporado en la cama. Según el reloj, faltaba poco para las cuatro de la madrugada. Estaba empapado en sudor. Sólo podía hacer una cosa. Se levantó para dirigirse al baño. Después de orinar tomó un vaso de agua y se encaminó a la cocina. Sentado junto al fregadero, encendió un cigarrillo.

Antes de acostarse de nuevo, quería despertar por completo. No deseaba regresar al sueño.

Al otro lado de la ventana, Moscú estaba en silencio, sus calles

completamente vacías, sin siquiera un borracho tambaleándose hacia su casa. Así era mejor. Ningún ascensor estaría funcionando a esas horas. Era un poco extraño que no se viera un solo coche, aunque no tanto como en una ciudad occidental.

El cigarrillo cumplió su función. Ahora estaba suficientemente despierto para acostarse de nuevo. Pero incluso así sabía que la visión no lo abandonaría. La mayoría de los sueños se desvanecen como el humo del cigarrillo, pero no éste. Zaitzev estaba seguro de ello.

CAPITULO DIEZ

ACONTECIMIENTO INESPERADO

Tenía mucho en que pensar. Era como si la decisión no la hubiera tomado por cuenta propia, como si una fuerza ajena se hubiera apoderado de su mente Y; a través de la misma, de su cuerpo, transformándolo a él en un mero espectador. Al igual que la mayoría de los rusos, no se duchaba, pero se lavaba la cara y se afeitaba con una navaja, en cuyo proceso se cortó tres veces. Lo resolvió con papel higiénico, por lo menos los síntomas, aunque no la causa. Las imágenes del sueño desfilaban todavía ante sus ojos, al igual que aquella película de guerra por televisión. Prosiguieron durante el desayuno, provocando una sensación lejana en su mirada, que su esposa detectó, aunque decidió no hacer ningún comentario. Pronto llegó la hora de ir al trabajo. Se puso en camino como un autómata, en dirección a la estación del metro como por control remoto, con el cerebro quiescente y furiosamente activo al mismo tiempo; era como si de pronto se hubiera dividido en dos personas independientes pero lejanamente vinculadas, que avanzaban por sendas paralelas hacia un destino que no alcanzaba a vislumbrar ni comprender. Se sentía arrastrado como una astilla de madera por las aguas bravas de un torrente montañoso, a tal velocidad que no alcanzaba siquiera a ver los acantilados situados a ambos lados. Lo cogió casi por sorpresa encontrarse en el vagón del metro, desplazándose por los oscuros túneles excavados por presos políticos de Stalin bajo la dirección de Nikita Serguéievich Jruschov, rodeado de cuerpos silenciosos y casi anónimos de otros ciudadanos soviéticos, que también se dirigían a puestos de trabajo por los que sentían escaso aprecio y poco sentido del deber. Pero lo hacían porque así ganaban el dinero con el que compraban comida para sus familias, como engranajes diminutos en la gigantesca máquina del Estado soviético, al que afirmaban servir y que a su vez servía supuestamente a sus familias.

¿Pero acaso no era todo una mentira? —se preguntó Zaitzev. ¿Cómo servía al Estado soviético el asesinato de un sacerdote? ¿Cómo servía a toda esa gente? ¿Cómo les servía a él, a su esposa y a su hija? ¿Les daba eso de comer? ¿Les brindaba la oportunidad de comprar en las tiendas «cerradas» y adquirir cosas con las que los demás obreros no podían

siquiera soñar?

Pero Oleg Ivan'ch se recordó a sí mismo que su situación era más holgada que la de casi todos los que compartían el vagón con él. ¿No debería estar agradecido? ¿No comía mejor comida, bebía mejor café, tenía un televisor mejor y dormía entre sábanas mejores? ¿Acaso no disfrutaba de todas las comodidades que esas personas anhelaban? ¿Por qué estaba tan trastornado? La respuesta era tan evidente que tardó casi un minuto en comprenderla. Se debía a que su posición, la que le brindaba las comodidades de las que gozaba, le aportaba también conocimientos y, en este caso, por primera vez en su vida, el conocimiento era una maldición. Conocía el pensamiento de los hombres que determinaban el rumbo de su país, y en dicho conocimiento veía que el rumbo era falso, perverso, y dentro de su mente había un mecanismo que lo examinaba y lo consideraba erróneo. Y de dicha valoración surgía la necesidad de hacer algo para cambiarlo. No podía protestar y al mismo tiempo esperar conservar lo que pasaba por libertad en su país. No disponía de medio alguno a través del cual transmitir su conocimiento a otros, aunque tal vez otros coincidieran con su valoración y desearan pedir explicaciones a los gobernantes de su país. No, no había forma de actuar desde el interior en la estructura existente. Para hacerlo era imprescindible ocupar un cargo tan elevado que antes de expresar cualquier duda uno debía pensarlo cuidadosamente ante la posibilidad de perder sus privilegios, y en dichas circunstancias la cobardía templaba la conciencia por temor a lo mucho que podía perder. Nunca había oído hablar de ningún político importante de su país que adoptara dicha actitud por una cuestión de principios y osara decirles a sus pares que se estaban equivocando. No, el propio sistema lo impedía mediante la clase de gente a la que seleccionaba. Los corruptos sólo elegían a otros corruptos como pares, para evitar que se cuestionaran las bases de sus vastos privilegios. Así como los príncipes zaristas raramente consideraban el efecto de su gobierno en los siervos, si es que alguna vez lo hacían, los nuevos príncipes marxistas nunca cuestionaban el sistema que les concedía su lugar en el mundo. ¿Por qué? Pues porque el mundo no había cambiado de forma, sólo de color, del blanco zarista al rojo socialista, y al conservar su forma había conservado también sus métodos, y en un mundo rojo era difícil detectar un poco más de sangre derramada.

El metro se detuvo en su estación y Zaitzev bajó al andén por la puerta corrediza, subió por la escalera mecánica de la izquierda y salió a la calle en un día despejado de finales de verano, de nuevo entre una muchedumbre que se dispersaba conforme avanzaba. Un grupo de personas se dirigían decididamente al edificio de piedra que albergaba el Centro, entraron por las puertas de bronce y cruzaron el primer control de seguridad. Zaitzev le mostró su pase al guardia uniformado, que después de examinar la fotografía del documento y mirarlo a la cara, movió la cabeza hacia la derecha para indicar que podía entrar en el vasto edificio. Con el mismo aspecto impasible que cualquier otro día, Zaitzev descendió al sótano por la escalera de piedra, cruzó otro control de seguridad y finalmente llegó a la amplia zona de trabajo del centro de comunicaciones.

El personal de noche estaba terminando su turno. En el despacho de Zaitzev se encontraba el individuo que trabajaba desde la medianoche hasta las ocho de la mañana, Nikolay Konstantinovich Dobrik,

recientemente ascendido a comandante como él.

Buenos días, Oleg —dijo cordialmente Dobrik mientras se desperezaba en la silla giratoria.

—Buenos días, Kolva. ¿Cómo ha ido el turno de noche?

—Mucho tráfico anoche desde Washington. Ese loco del presidente volvió de nuevo a la carga. ¿Sabías que somos «el centro del mal en el mundo moderno»?

—¿Eso dijo? —preguntó Zaitzev con incredulidad.

—Efectivamente —asintió Dobrik. La delegación de Washington nos mandó el texto de su discurso, elaborado para exaltar a los miembros de su partido, pero incendiario a pesar de todo. Supongo que el embajador recibirá una amonestación del Ministerio de Exteriores, y el Politburó probablemente se pronuncie al respecto. ¡Pero por lo menos leerlo me ha animado la guardia!

—Supongo que no lo transmitieron por código de un solo uso.

Eso habría sido una auténtica pesadilla para los empleados.

—No, transmisión mecánica, gracias a Dios —respondió Dobrik sin pretender ser enteramente irónico con su expresión, que se utilizaba habitualmente como eufemismo, incluso en el Centro—. Nuestros especialistas todavía intentan hallarle sentido a sus palabras. El departamento político lo examinará durante varias horas, o probablemente días, apuesto que con la ayuda de psiquiatras.

Zaitzev no pudo evitar soltar una carcajada. La comunicación de ida y vuelta entre los doctores y los agentes indudablemente sería entretenida, y como todos los buenos funcionarios, solían leer todos los mensajes divertidos.

—Cabe preguntarse cómo esa clase de hombres llegan a gobernar países importantes —comentó Dobrik después de levantarse, mientras encendía un cigarrillo.

—Creo que lo denominan proceso democrático —respondió Zaitzev.

—En ese caso, agradezcamos la voluntad colectiva del pueblo, expresada a través del querido partido.

Dobrik era un buen miembro del partido, a pesar de la ironía intencionada de su comentario, como evidentemente todos los demás en esa sala.

—Por supuesto, Kolva respondió Zaitzev al tiempo que consultaba el reloj de pared y comprobaba que había llegado seis minutos temprano En cualquier caso, camarada comandante, tomo el relevo.

—Gracias, camarada comandante —dijo Dobrik de camino a la puerta.

Zaitzev se sentó en la silla, todavía caliente del trasero de Dobrik, y firmó la tarjeta de entrada, tomando nota de la hora. A continuación vació el cenicero en la papelera —Dobrik nunca lo hacía— y empezó su nueva jornada laboral. Relevar a su compañero era una operación automática pero agradable. Apenas lo conocía, salvo por aquellos breves intercambios al principio de la jornada. No comprendía cómo alguien podía ofrecerse voluntario para trabajar permanentemente de noche. Por lo menos Dobrik le dejaba siempre la presa limpia, sin moretones de trabajos inacabados, lo cual le brindaba a Zaitzev unos minutos para mentalizarse y prepararse para el trabajo.

En este caso, sin embargo, esos pocos minutos solo sirvieron para evocar las imágenes que, al parecer, no estaban a punto de desvanecerse.

Oleg Ivanovich encendió su primer cigarrillo de la jornada laboral y ordenó los papeles sobre su mesa metálica, mientras su mente estaba en otro lugar, ocupándose de asuntos que de momento prefería desconocer. Pasaban diez minutos de la hora cuando entró un oficinista con una carpeta.

—De la delegación de Washington, camarada comandante —anunció el funcionario.

—Gracias, camarada —respondió Zaitzev. Abrió el sobre y empezó a examinar los despachos.

Cassius había mandado más información; efectivamente más inteligencia política. No conocía el nombre ni el rostro de Cassius, pero debía de formar parte del equipo de un alto parlamentario, incluso tal tez de un senador. A juzgar por la gran calidad de la inteligencia política que mandaba, parecía tener acceso a información secreta de alto nivel. De modo que el ayudante de un importante político norteamericano trabajaba también para la Unión Soviética. Y su motivación era ideológica, siempre la mejor porque no cobraba.

Leyó el despacho y escudriñó su memoria en busca del recipiente apropiado en el piso superior El coronel Anatoliv Giegorovich Fokin, en el departamento político, calva dirección era Sección de Washington, Línea PR, Primer Departamento, Primer Directorio, y estaba en el cuarto piso.

A las afueras de la ciudad, el coronel llva Fiódorovich Bubovoy se apeó del avión de la mañana, recién llegado de Sofía. Había tenido que levantarse a las tres de la madrugada para coger el vuelo a Moscú y un coche de la embajada lohabía llevado hasta el aeropuerto. La citación procedía de Aleksey Rozhdiéslvensky, a quien conocía desde hacía varios años y que había tenido la cortesía de llamarlo el día anterior para asegurarle que su llamada al Centro no obedecía a ninguna razón perjudicial. A pesar de que Bubovoy tenía la conciencia tranquila, era agradable saberlo. Con el KGB nunca se podía estar seguro. Como cuando a un alumno le ordenaban presentarse en el despacho del director, los oficiales solían ponerse nerviosos al recibir una llamada de la central. En cualquier caso, el nudo de su corbata era impecable y llevaba los zapatos perfectamente lustrados. No vestía de uniforme, puesto que su identidad como delegado en Sofía era técnicamente secreta.

Un sargento uniformado del Ejército Rojo, que pertenecía en realidad al KGB, pero cuya identidad era secreta, porque nunca se sabía si la CIA o algún otro servicio occidental vigilaba el aeropuerto, lo recibió en la puerta de la terminal y lo acompañó a un coche. Bubovov compró un ejemplar del SorvietSkiy-Sport en un quiosco, de camino al vehículo. El recorrido duraría treinta y cinco minutos. El equipo de fútbol de Sofía había derrotado al Dynamo de Moscú por tres a dos hacía unos días, y el coronel se preguntaba si los periodistas deportivos pedirían las cabezas del equipo moscovita, utilizando evidentemente la debida retórica marxista. Los buenos socialistas siempre ganaban, pero los periodistas deportivos solían confundirse cuando ambos equipos eran socialistas.

Foley estaba también en el metro, un poco tarde esa mañana. Un corte

de corriente imprevisto había alterado la hora de su despertador y se había levantado con los rayos del sol que se filtraban por la ventana, en lugar de con el habitual zumbido metálico. Como siempre, procuró no mirar demasiado a su alrededor, pero no pudo resistir la tentación de intentar localizar al dueño de la mano que se había introducido en su bolsillo. Sin embargo, nadie lo miraba. Lo intentaría de nuevo por la tarde, en el tren de las 17.41, por si acaso. Por si acaso, ¿qué? Foley no lo sabía, pero ése era uno de los aspectos emocionantes del tipo de trabajo que había elegido. Si había sido una simple casualidad, no importaba, pero durante los próximos días viajaría en el mismo tren, en el mismo vagón y aproximadamente en el mismo lugar. Si alguien lo seguía, no le llamaría la atención. En realidad, a los rusos les resultaba reconfortante seguir a alguien que tuviera una rutina; el comportamiento azaroso de los norteamericanos podía desconcertarlos. Por consiguiente, se portaría como un «buen» norteamericano, les mostraría lo que querían ver y no les parecería extraño. El jefe de la delegación de Moscú movió la cabeza, asombrado.

Al llegar a su parada subió a la calle por la escalera mecánica, para luego recorrer el corto camino hasta la embajada, frente a Nuestra Señora de los Microchips y el horno de microondas más grande del mundo. A Foley siempre le gustaba ver la bandera izada y los marines en el interior, como prueba adicional de que estaba en el lugar correcto. Estaban siempre apuestos, con sus camisas de color caqui y sus pantalones azules de gala, sus pistolas enfundadas y la gorra blanca.

Su despacho estaba desordenado como de costumbre; ser un poco desorganizado formaba parte de su tapadera.

Pero su tapadera no incluía el Departamento de Comunicaciones. No podía hacerlo. El jefe de Comunicaciones en la embajada era Mike Russell, ex teniente coronel de la ASA, el servicio de comunicaciones de seguridad del ejército, actualmente como civil al servicio de la NSA, que oficialmente hacía lo mismo para la totalidad del gobierno. Moscú era un destino difícil para Russell. Como negro y divorciado sin pareja, aquí no le resultaba fácil conseguir compañía femenina, porque los rusos tenían conocidos reparos respecto a las personas de piel oscura. La llamada a la puerta era reconocible.

Adelante, Mike —dijo Foley.

—Buenos días, Ed —respondió Russell, que medía mas de metro ochenta y, a juzgar por su cintura, debía vigilar lo que comía, pero era bueno con los códigos y las comunicaciones, y de momento eso bastaba. Una noche tranquila para ti.

—¿Y eso?

—Sí, aquí está todo —respondió entregándole un sobre que acababa de sacarse del bolsillo de la chaqueta—. No parece nada importante.

También había descifrado el mensaje. Ni siquiera el embajador tenía tanto acceso autorizado como el jefe de Comunicaciones. De pronto Foley se alegró del racismo ruso. Era mucho más improbable que Mike se pasara al enemigo. La idea era aterradora. De todo el personal de la embajada, Mike Russell era el que podía delatarlos a todos, razón por la cual los servicios de Inteligencia siempre intentaban corromper a los encargados de codificación, esos funcionarios mal pagados v despreciados

con enorme poder informativo en cualquier embajada.

Foley cogió el sobre y lo abrió. El despacho que contenía era menos que rutinario, prueba irrefutable de que la CIA no era más que otra gran burocracia gubernamental, por importante que fuera su trabajo. Refunfuñó e introdujo el papel en la trituradora, cuyos discos de acero rotativos lo convirtieron en fragmentos de unos dos centímetros cuadrados.

—Debe de ser agradable hacer el trabajo del día en diez segundos —comentó Russell con una carcajada.

—Apuesto a que no era así en Vietnam.

—Ni de lejos. Recuerdo una ocasión en la que uno de mis hombres localizó un transmisor del vietcong, en el cuartel general de asistencia militar en Vietnam y nos dio la noche.

—¿Lo encontrasteis?

—Desde luego —asintió Russell—. La población local se enfureció realmente con aquel cretino. Acabó mal, por lo que me contaron.

Entonces Russell era teniente. Había nacido en Detroit y su padre, que trabajaba en la construcción de bombarderos B-24 durante la segunda guerra mundial, nunca se cansó de repetirle que era mucho más satisfactorio que fabricar automóviles Ford. Russell lo detestaba todo en este país, que no apreciaba ni siquiera la música soul, pero la remuneración adicional por prestar servicio en Moscú, que oficialmente se consideraba un destino ingrato, le permitiría adquirir algún día una propiedad en la Alta Península, donde podría cazar aves y ciervos hasta cansarse.

—¿Algo para mandar, Ed? —agregó Russell.

—No, hoy no hay nada, por lo menos de momento.

—Entendido. Que tengas un buen día —deseó Russell antes de retirarse.

No era como en las novelas de espías; el trabajo de un agente de la CIA era mucho más aburrido que emocionante. Foley dedicaba por lo menos dos tercios de su tiempo como agente de campo a redactar informes, que alguien en Langley leería o no, o a la espera de citas inciertas. Disponía de agentes para realizar el trabajo en la calle, porque su identidad era demasiado confidencial para exponerse a que lo descubrieran, algo que de vez en cuando debía recordarle a su esposa. A Mary Pat le gustaba demasiado la acción. Era un poco preocupante, aunque ninguno de ellos corriera realmente mucho peligro físico. Ambos gozaban de inmunidad diplomática y eso era algo que los rusos, por regla general, solían respetar rigurosamente. Aunque las cosas se pusieran difíciles, nunca lo serían en exceso. 0 por lo menos eso se decía a sí mismo.

—Buenos días, coronel Bubovoy —dijo amablemente Andrópov sin levantarse.

—Buenos días, camarada director —respondió el delegado de Sofía, aliviado al comprobar que Rozhdiéstvensky no le había mentido.

Después de todo, nunca se podía ser demasiado cauteloso, ni demasiado paranoico.

—¿Cómo van las cosas por Sofía? —preguntó Andrópov mientras gesticulaba para que tomara asiento en un sillón de cuero, frente al gran escritorio de roble.

—Bien, camarada director, nuestros colegas socialistas siguen cooperando, especialmente en lo que concierne a asuntos turcos.

—Estupendo. Tenemos la propuesta de una misión y necesito su opinión en cuanto a su viabilidad —dijo Andrópov en un tono perfectamente amable.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Bubovoy.

Andrópov le esbozó los planes, siempre pendiente de su rostro para comprobar su reacción. Fue nula. El coronel tenía demasiada experiencia y, además, era consciente de que su interlocutor lo estaba observando.

—¿Cuándo? —preguntó.

—¿Cuánto puede tardar en hacer los preparativos?

—Necesitaré la cooperación de nuestros amigos búlgaros.

—Sé a quién dirigirme, al coronel Boris Strokov, un jugador muy hábil en el DS. Dirige sus operaciones en Turquía, el contrabando y lo demás, y eso le facilita el acceso a las organizaciones turcas de delincuentes. Los contactos son muy útiles, especialmente cuando es necesario matar.

—Prosiga —lo instó amablemente el director.

—Camarada director, semejante operación no será sencilla. Sin los medios para introducir al ejecutor en la residencia privada del objetivo, el atentado deberá perpetrarse durante una comparecencia pública, en la que necesariamente habrá mucha gente. Podemos decirle al ejecutor que disponemos de los medios para facilitarle la huida, pero eso evidentemente será mentira. Desde un punto de vista táctico, sería preferible disponer de otro hombre para que lo matara inmediatamente después de cometer el atentado con una arma provista de silenciador. Para el segundo asesino, la huida sería fácil, puesto que la atención de la muchedumbre se centraría en el primero. También aliviaría el posible problema de que nuestro ejecutor hablara con la policía. La reputación pública de la policía italiana no es muy buena, pero en realidad eso no es cierto. Como puede confirmarle nuestro delegado en Roma, sus departamentos de investigación están bastante bien organizados y son muy profesionales. Por consiguiente, nos interesa eliminar inmediatamente a nuestro ejecutor.

—¿Pero no sugerirá esto la participación de un servicio de Inteligencia? —preguntó Andrópov—. ¿No resulta demasiado elegante?

Bubovoy se acomodó en su sillón y habló juiciosamente, dispuesto a contarle a Andrópov lo que deseaba oír.

—Camarada director, es preciso sopesar los riesgos. El peor peligro sería que nuestro asesino contara cómo había llegado a Roma. Como suele decirse, los muertos no hablan. Y una voz silenciada no puede facilitar información. El otro bando podrá especular, pero serán meras suposiciones. Por nuestra parte, podemos divulgar fácilmente información a través de las fuentes que controlamos sobre la animadversión musulmana hacia la cabeza de la Iglesia católica. Los servicios de información occidentales recogerán la noticia y, con la orientación adecuada, podemos contribuir a forjar la visión pública de lo sucedido. Como usted bien sabe, el Instituto Americo-canadiense dispone de unos intelectuales excelentes para ello. Podemos utilizarlos para formular la propaganda negra, que luego propagaría el personal de nuestro Primer Directorio. Evidentemente, esta propuesta no está exenta de riesgo, pero, aunque compleja, no es demasiado difícil desde un punto de vista

conceptual. Los verdaderos problemas radicarán en su ejecución y en la seguridad operativa. De ahí que sea fundamental eliminar inmediatamente al asesino. Lo más importante es no facilitar información alguna al otro bando. Que especulen cuanto quieran, pero sin datos concretos, no sabrán nada. Supongo que esta operación será muy reservada.

—Menos de cinco personas en este momento. ¿Cuántas más? —preguntó Andrópov, impresionado por la pericia y la sangre fría de Bubovoy.

—Por lo menos tres búlgaros. Luego seleccionarán a un turco; comprenda que debe ser un turco.

—¿Por qué? —preguntó Andrópov, aunque ya creía conocer la respuesta.

—Turquía es un país musulmán y existe una antigua enemistad entre las iglesias cristianas y el islam. De ese modo, la operación generará discordias adicionales entre ambos grupos religiosos, que podemos considerar como una bonificación —sugirió el delegado de Sofía.

—¿Y cómo seleccionará usted al asesino?

—Dejaré eso en manos del coronel Strokov, que por cierto es de ascendencia rusa. Su familia se instaló en Sofía a principios de siglo, pero piensa como uno de nosotros. Es nashi —afirmó Bubovoy—, formado en nuestra propia academia y tiene mucha experiencia operativa.

—¿Cuánto tardará en hacer los preparativos?

—Eso depende más de Moscú que de Sofía. Strokov necesitará la aprobación de sus propios superiores, pero eso es una cuestión política, no operativa. Cuando reciba sus órdenes... un par de semanas, cuatro a lo sumo.

—¿Y las probabilidades de éxito? —preguntó el director.

—De medias a altas, calculo. El agente de campo del DS conducirá al asesino hasta el lugar indicado y luego lo eliminará en el momento en que haya cumplido su misión, antes de escapar. Eso es más peligroso de lo que parece. El asesino probablemente utilizará una pistola sin silenciador. El ruido llamará la atención de la muchedumbre. La mayoría de la gente retrocederá, pero algunos se acercarán al peligro, con la esperanza de inmovilizar al pistolero. Si se desploma de un balazo silencioso en la espalda, seguirán acercándose, mientras nuestro hombre retrocede con el resto de la muchedumbre. Igual que en la playa —explicó Bubovoy, que ya lo visualizaba todo en su mente. Pero disparar una pistola no es tan fácil como parece en las películas. No olvide que en el campo de batalla, por cada muerto hay dos o tres heridos que sobreviven. Nuestro pistolero no podrá acercarse a más de cuatro o cinco metros. Esa distancia es suficiente para un experto, pero nuestro hombre no lo será. Y luego está la complicación de la atención médica. Si a uno no le disparan al corazón o al cerebro, un buen cirujano es capaz de rescatarlo de la tumba. Por consiguiente, si hemos de ser realistas, las posibilidades de éxito de esta operación son de un cincuenta por ciento. Eso significa que debemos tener en cuenta las consecuencias de un fracaso. Esa es una cuestión política, camarada director —concluyó Bubovoy, señalando así que no era exactamente él quien se la jugaba.

Asimismo, sabía que el éxito de dicha misión le reportaría las estrellas de general y para el coronel eso suponía una apuesta aceptable, tenía mucho que ganar y poco que perder. Le apetecía por su ambición de

ascenso, así como por su patriotismo.

—Muy bien. ¿Qué hay que hacer?

—En primer lugar, el DS actúa bajo orientación política. La sección que manda el coronel Strokov actúa con pocas órdenes escritas, pero está directamente controlada por el Politburó búlgaro. Por consiguiente, debemos obtener la autorización política, lo cual significa necesariamente la aprobación de nuestros propios líderes políticos. Los búlgaros no autorizarán su cooperación sin una petición oficial de nuestro gobierno. Después de todo, es una operación perfectamente sencilla.

—Comprendo —asintió Andrópov antes de guardar silencio durante aproximadamente medio minuto.

Dos días después debía celebrarse una reunión del Politburó y se preguntó si sería demasiado pronto para lanzar esa misión. ¿Sería difícil demostrar su caso? Debería mostrarles la carta de Varsovia y no les gustaría en absoluto. Debería presentar el asunto de forma que su urgencia fuera evidente y... aterradora para ellos.

¿Se asustarían? Podría contribuir a que lo hicieran. Reflexionó otros pocos segundos y llegó a una conclusión favorable.

—¿Algo más, coronel?

—Huelga decir que la seguridad operativa debe ser hermética. El Vaticano dispone de su propio servicio de Inteligencia, y es sumamente eficaz. Sería un error subestimar su capacidad —advirtió Bubovoy—. Por consiguiente, tanto nuestro Politburó como el búlgaro deben saber que sólo pueden hablar de este asunto entre ellos. Y en lo que a nosotros concierne, esto significa no mencionárselo a nadie, ni siquiera al Comité Central ni a la secretaría del partido. La menor filtración resultaría desastrosa para la misión. Pero, al mismo tiempo —prosiguió—, gozamos de muchas ventajas. El papa no puede aislarse ni protegerse como lo haríamos nosotros o cualquier otra nación ante semejante amenaza contra el jefe de Estado. En el sentido operativo, en realidad es un objetivo bastante «fácil», siempre y cuando logremos encontrar a un asesino dispuesto a arriesgar su vida, con el fin de acercarse lo suficiente para efectuar el disparo.

—Si consigo la autorización del Politburó y formulamos la petición de ayuda a nuestros hermanos búlgaros y usted pone en movimiento al coronel Strokov, ¿cuánto tiempo deberá transcurrir antes de cometer el atentado?

—Un mes, supongo, tal vez dos, pero no más. Necesitaremos cierto apoyo de la delegación romana para aspectos como el horario y cosas por el estilo, pero eso es todo. Nuestras propias manos permanecerían completamente limpias, especialmente si Strokov colabora en la eliminación del asesino inmediatamente después de cumplir su misión.

—¿Desearía usted que Strokov actuara personalmente?

—Da —asintió Bubovoy—. Boris Andréievich no es reacio a mancharse las manos. Anteriormente ya ha hecho cosas parecidas.

—Muy bien —dijo Andrópov, con la mirada en su escritorio—. No habrá constancia escrita de esta operación. Cuando disponga de la debida autorización, usted recibirá la orden de seguir adelante, pero sólo por código operativo, que es 15-8-82-666. Cualquier información compleja se transmitirá sólo por mensajero o cara a cara. ¿Queda claro?

—Perfectamente, camarada director. Nada por escrito salvo el número

operativo. Supongo que haré frecuentes desplazamientos entre Sofía y Moscú, pero eso no importa.

—¿Son de confianza los búlgaros? —preguntó Andrópov, de pronto preocupado.

—Sí, lo son, camarada director. Mantenemos una relación operativa desde hace mucho tiempo y son expertos en ese tipo de cosas, a decir verdad, más que nosotros. Tienen más práctica. Cuando alguien debe morir, a menudo son los búlgaros quienes nos resuelven la papeleta.

—Eso me ha contado el coronel Rozhdiéstvensky, pero yo no tengo conocimiento directo de ello.

—Evidentemente, puede usted conocer al coronel Strokov cuando lo desee —sugirió Bubovoy.

Andrópov negó con la cabeza.

—Creo que es preferible no hacerlo.

—Como usted desee, camarada director.

Era de suponer, pensó Bubovoy. Andrópov era un hombre del partido y no estaba acostumbrado a mancharse las manos. Todos los políticos eran iguales: sedientos de sangre, pero personalmente impolutos, y dependían siempre de otros para llevar a cabo sus perversos deseos. Bueno, en eso consistía su trabajo, decidió el coronel, y puesto que los políticos controlaban las buenas cosas en su sociedad, precisaba complacerlos para sacar la miel de la colmena. Y él era tan goloso como cualquiera en la Unión Soviética. La recompensa de esa misión podrían ser unas estrellas de general, un bonito piso en Moscú, e incluso una modesta casa de campo en las Colinas de Lenin. Tanto él como su esposa se alegrarían de regresar a Moscú. Si el precio que debía pagar por ello era la muerte de un extranjero que le resultaba políticamente incómodo a su país, no tenía ningún inconveniente. Debería haber pensado más detenidamente a quién ofendía.

—Gracias por venir y ofrecernos su experiencia, camarada coronel. Recibirá usted noticias mías.

— Sirvo a la Unión Soviética —dijo Bubovoy después de levantarse para dirigirse a la puerta secreta.

Rozhdiéstvenskv lo estaba esperando en el despacho del secretario.

—¿Cómo te ha ido, Ilya?

—No estoy seguro de que esté autorizado a hablar de ello —respondió cautelosamente.

—Si se trata de la operación seis, seis, seis, estás autorizado a hacerlo, Ilya Fiódorovich —aseguró Rozhdiéstvensky mientras se dirigían a la puerta del pasillo.

—En ese caso, Aleksey Nikolayich, la reunión ha sido satisfactoria. No puedo decir más sin el consentimiento del director. Después de todo, por muy amigo que fuera Rozhdiéstvensky, podía tratarse de una prueba de seguridad.

—Le dije que se podía confiar en ti, Ilya. Esto podría ser beneficioso para ambos.

—Somos servidores, Aleksey, como todos los demás en este edificio.

—Deja que te acompañe al coche. Puedes coger el vuelo del mediodía.

Al cabo de pocos minutos, Rozhdiéstvensky estaba de nuevo en el despacho de Andrópov.

—¿Y bien? —preguntó el director.

—Dice que la reunión ha sido satisfactoria, pero que no dirá otra palabra sin su autorización. Ilya Fiódorovich es un profesional concienzudo, camarada director. ¿Voy a ser su contacto para esta misión?

—Sí, Aleksey, lo será. Mandaré un mensaje a dicho efecto —confirmó Andrópov, que no sentía la necesidad de dirigir personalmente la operación, puesto que no tenía una mente operativa, sino la de una imagen global—. ¿Qué sabe de ese coronel Boris Strokov?

—¿Búlgaro? El nombre me suena. Es un oficial de Inteligencia de grado superior que se especializó en operaciones de asesinato. Tiene mucha experiencia y evidentemente Ilya lo conoce bien.

—¿Cómo se especializa uno en asesinatos? —preguntó el director, por tratarse de un aspecto del KGB sobre el que no se le había informado.

—Su verdadero trabajo es otro, evidentemente, pero el DS dispone de un pequeño grupo de oficiales especializados en esas cosas. El es el más experto. Su historial operativo es impecable. Si mal no recuerdo, ha eliminado personalmente a siete u ocho personas cuya muerte era necesaria; creo que sobre todo búlgaros. Probablemente también algún turco, pero no occidentales, que yo sepa.

—¿Es difícil de hacer? —preguntó Yuri Vladimirovich.

—Personalmente no tengo esa experiencia —reconoció Rozhdiéstvensky sin agregar que tampoco deseaba tenerla—. Los que lo hacen dicen que su preocupación principal no es la de cumplir la misión, sino la de completarla; es decir, evitar a continuación una investigación policial. Los cuerpos de policía modernos son bastante eficaces en la investigación de asesinatos. En este caso, cabe esperar una investigación a fondo.

—Bubovoy quiere que ese tal Strokov participe en la misión y elimine al asesino inmediatamente después de cumplir su cometido.

—Tiene sentido. —Rozhdiéstvensky asintió reflexivamente—Recuerdo que ya habíamos hablado de esa opción.

—Sí —dijo Andrópov con los ojos momentáneamente cerrados, mientras visualizaba la imagen en su mente, que resolvería muchos problemas políticos—. Sí, mi próximo trabajo consistirá en obtener la aprobación del Politburó para la misión.

—¿Pronto, camarada director? —preguntó el coronel Rozhdiéstvensky, incapaz de contener su curiosidad.

—Mañana por la tarde, creo.

En la sala de comunicaciones, Zaitzev había permitido que la rutina cotidiana absorbiera su conciencia. De pronto pensó en la monotonía de su trabajo. Querían que esa labor la desempeñara una máquina y se había convertido en un autómata. Lo tenía todo archivado en su memoria, desde el oficial del caso en el piso superior al que correspondía cada identificador operativo, hasta el contenido de cada una de las operaciones. Le asombraba la cantidad de información que llegaba a albergar en su mente. Había ocurrido de una forma tan gradual que nunca se había percatado de ello. Pero ahora lo hacía.

Sin embargo, era el 15-8-82-666 lo que no lograba quitarse de la cabeza.

—Zaitzev —dijo una voz, y al volver la cabeza vio al coronel Rozhdiéstvensky.

—Diga, camarada coronel.

—Un despacho para el delegado de Sofía —anunció Rozhdiéstvensky al tiempo que le entregaba el mensaje debidamente redactado.

—¿A máquina o código único, camarada?

El coronel reflexionó unos instantes, sopesando ambas opciones, pero se decidió por la consistencia.

—Código único, creo.

—Como usted desee, camarada coronel. Saldrá dentro de unos minutos.

—Bien. Bubovoy se lo encontrará en su despacho a su regreso. Hizo ese comentario sin pensar. La gente, en general, hablaba demasiado y ningún entrenamiento, por intenso que fuera, lograba impedírselo por completo.

De modo que el delegado de Sofía acababa de estar allí, comprendió Zaitzev.

—Sí, camarada coronel. ¿Quiere que lo llame para confirmar el despacho?

—Sí, gracias, camarada comandante.

—Sirvo a la Unión Soviética —afirmó Zaitzev. Rozhdiéstvensky regresó al piso superior, mientras Zaitzev se dedicaba a la monótona misión de codificar el mensaje.

ALTO SECRETO
INMEDIATO Y URGENTE
DE: DIRECCIÓN, MOSCÚ CENTRO
A: DELEGADO DE SOFÍA
REFERENCIA: IDENTIFICADOR OPERATIVO 15-8-82-666
PARA TODAS LAS COMUNICACIONES FUTURAS SU CONTACTO OPERATIVO SERÁ EL CORONEL ROZHDIÉSTVENSKY. POR ORDEN DEL DIRECTOR.

No era más que un mensaje administrativo, pero calificado de «inmediato y urgente». Eso significaba que era importante para el director Andrópov y su referencia correspondía a una operación, no a un simple comunicado.

Zaitzev se percató de que realmente se proponían hacerlo. ¿Qué diablos podía hacer él al respecto? Nadie en esa sala, ni en todo el edificio, podía detener dicha operación. ¿Pero y fuera del edificio...?

Zaitzev encendió un cigarrillo. Cogería el metro como de costumbre para regresar a su casa. ¿Estaría allí también aquel norteamericano?

Se planteaba una traición, pensó con un escalofrío. Esa palabra tenía un sonido horripilante, pero más aterradora era su realización. Sin embargo, la alternativa consistía en permanecer allí sentado, leyendo despachos, mientras asesinaban a un hombre inocente... No, no podía permitirlo.

Zaitzev cogió un formulario en blanco del montón que había sobre su mesa, colocó delante de él la hoja suelta y con un lápiz del número uno escribió en inglés: «Si esto le parece interesante, póngase mañana una corbata verde.» Hasta ahí llegaba su valor esa tarde. Dobló el papel y lo introdujo dentro de su paquete de cigarrillos, procurando actuar con absoluta normalidad, porque cualquier gesto inusual podía llamar la atención en aquella sala. A continuación garabateó algo en otra hoja y la arrojó a la papelera antes de volver al trabajo. Durante las próximas tres horas, Oleg Ivan'ch reflexionó de nuevo sobre sus actos cada vez que se

llevaba la mano al bolsillo en busca de un cigarrillo. Y en cada ocasión se planteaba sacar el papel, romperlo en mil pedazos antes de arrojarlo a la papelera y luego deshacerse también del paquete de cigarrillos. Pero cada vez lo dejaba en su lugar y se recordaba a sí mismo que todavía no había hecho nada. Sobre todo intentaba liberar su mente, hacer su trabajo habitual como un autómata y llegar al final de la jornada. Finalmente se dijo a sí mismo que su destino no estaba en sus manos. Si llegaba a su casa sin que nada inusual hubiera ocurrido, sacaría el papel doblado de su paquete de cigarrillos, lo quemaría en la cocina y consideraría el asunto zanjado. A eso de las cuatro de la tarde, Zaitzev levantó la mirada al techo manchado de humedad de la sala de comunicaciones y susurró algo parecido a una oración.

Por fin concluyó la jornada laboral. Siguió el camino de costumbre, al paso normal, hasta la estación habitual del metro y descendió al andén por la escalera mecánica. El horario del metro era tan previsible como el de las mareas y subió al vagón junto con un centenar de pasajeros.

Entonces casi dejó de latir el corazón en su pecho. Ahí estaba el norteamericano, de pie exactamente en el mismo lugar, leyendo un periódico que sujetaba con la mano derecha, la izquierda agarrada a la barra superior, su impermeable desabrochado y holgado alrededor de su cuerpo delgado. El bolsillo abierto lo llamaba como las sirenas de la Odisea. Zaitzev se abrió paso entre los pasajeros para acercarse al centro del vagón. Introdujo la mano derecha en el bolsillo de su camisa, donde guardaba el paquete de cigarrillos, sacó con destreza el papel del mensaje, lo sujetó disimuladamente en la palma de la mano y avanzó por el vagón cuando el metro reducía la velocidad para detenerse en una estación, como para dejar espacio a otro pasajero. Funcionó a la perfección. Tropezó con el norteamericano, efectuó la transferencia y se retiró.

Zaitzev respiró hondo. Lo había hecho. A partir de ahora, estaba en otras manos.

¿Era ese individuo realmente norteamericano o tal vez un señuelo del Segundo Directorio?

¿Había visto el «norteamericano» su cara?

¿Tenía eso alguna importancia? ¿No estaban sus huellas dactilares en el papel del mensaje? Zaitzev no tenía la menor idea. Había sido cuidadoso al separar el formulario y, si alguien le preguntaba, siempre podría decir que cualquiera podía haberlo cogido, porque estaba sobre su mesa, o incluso que alguien se lo había pedido. Si se aferraba a su versión, quizá incluso lograra superar una investigación del KGB. Tardó poco en apearse del metro y salir al aire libre, con la esperanza de que nadie se percatara de que le temblaban las manos al encender el cigarrillo.

A Foley le fallaron sus sentidos altamente entrenados. Con el impermeable suelto como lo llevaba, no detectó ningún toque, salvo los roces habituales del metro. Pero cuando se apeaba del vagón metió la mano en su bolsillo izquierdo y encontró algo que sabía que antes no estaba allí. La intriga se reflejó en su cara, pero su formación borró inmediatamente la expresión de su rostro. Sucumbió a la tentación de volver la cabeza para comprobar si alguien lo seguía, pero pronto se

percató de que dada la regularidad de su horario, habría un rostro nuevo en la calle para vigilarlo, o con mayor probabilidad una serie de cámaras en la parte superior de los edificios circundantes. El celuloide era aquí tan barato como en cualquier otro lugar del mundo. De modo que se fue caminando a casa como cualquier otro día, saludó con la cabeza al guardia de la puerta, entró en el ascensor y llegó por fin a su casa.

—Ya estoy en casa, cariño —dijo Ed Foley sin sacar el papel del bolsillo hasta después de haber cerrado la puerta.

Estaba bastante seguro de que no había cámaras allí, ni siquiera la tecnología norteamericana estaba todavía tan avanzada, y había visto lo suficiente en Moscú para que su tecnología no le impresionara. Desplegó el papel y quedó paralizado.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó.

—Ven a verlo, Ed —respondió Mary Pat desde la cocina.

Las hamburguesas chirriaban en la sartén. De acompañamiento puré de patatas con salsa de carne y judías en salsa de tomate: comida típica de obreros norteamericanos. Pero el pan era ruso y no estaba mal. El pequeño Eddie estaba frente al televisor viendo un vídeo de los Transformers, que lo mantendría ocupado los próximos veinte minutos.

—¿Ha ocurrido hoy algo interesante? —preguntó Mary Pat frente a la cocina al tiempo que volvía la cabeza para recibir un beso de su marido y él respondió con la frase de su código personal para lo inusual.

—Nada en absoluto, encanto.

Eso despertó suficientemente su interés para coger el papel que su marido le mostraba, mirarlo y abrir enormemente los ojos. No por el mensaje escrito, sino por el membrete que loacompañaba: «COMUNICACIÓN OFICIAL DE LA SEGURIDAD NACIONAL.»

«Maldita sea», se pudo leer en los labios de Mary Pat.

El jefe de la delegación de Moscú movió reflexivamente la cabeza.

—¿Te importa vigilar las hamburguesas, cariño? Tengo que buscar algo.

Ed cogió la espátula y dio la vuelta a una hamburguesa. Su esposa regresó casi de inmediato con una corbata de color verde irlandés en la mano.

CAPITULO ONCE

MALABARISMO

Evidentemente, poco se podía hacer de momento. Sirvieron la cena, comieron y Eddie volvió a su vídeo de dibujos animados. Era fácil contentar a un niño de cuatro años, incluso en Moscú. Sus padres se centraron en lo suyo. Hacía muchos años habían visto por televisión El milagro de Ana Sullivan, donde Annie Sullivan (Anne Bancroft) enseñaba a Helen Keller (Patty Duke) el lenguaje de los sordomudos y decidieron que podía ser una forma útil de comunicarse, si no con rapidez, sí en silencio, e introdujeron sus propias abreviaciones.

—Bien, ¿tú qué opinas? —preguntó Ed.

—Podría ser muy interesante —respondió Mary.

—Desde luego.

—¡Caramba, Ed, este individuo trabaja en Mercury, bueno, en su equivalente!

—Lo más probable es que sólo tenga acceso a sus formularios para mensajes —advirtió cautelosamente el jefe de delegación—. Pero me pondré la corbata verde de todos modos y cogeré el mismo metro durante una semana más o menos.

—Estupendo —respondió su esposa.

—Espero que no sea una trampa, ni un señuelo —observó Ed.

—Gajes del oficio, cariño —repuso Mary Pat, a quien no le asustaba la perspectiva de que llegaran a descubrirla, aunque prefería no pasar por ese vergonzoso trance.

Se esforzaba más en la busca de oportunidades que su marido, que era más propenso a preocuparse. Aunque, curiosamente, no en esta ocasión. Si los rusos lo habían identificado como jefe de la delegación, o incluso como un simple espía de campo, aunque eso le parecía improbable, deberían ser muy imbéciles para quemarlo de ese modo, con tanta rapidez y de manera tan poco profesional. A no ser que pretendieran hacer algún tipo de declaración política, lo cual parecía ilógico, y el KGB era tan fríamente lógico como el señor Spock en Vulcano. Ni siquiera el FBI se entretendría con semejante juego. Por consiguiente, esa oportunidad debía de ser auténtica, a no ser que el KGB hubiera decidido poner a prueba a todos los diplomáticos para comprobar qué caía del árbol. Foley decidió que era posible, pero sumamente improbable y valía la pena intentarlo. Se pondría la corbata verde para comprobar lo que ocurría y prestaría mucha atención a todos los rostros en el vagón.

—¿Se lo has contado a Langley? —preguntó Mary a continuación.

—Es demasiado pronto para eso —respondió Ed, moviendo la cabeza.

Mary Pat asintió y a continuación fingió que montaba a caballo para indicar que se había iniciado una persecución y por fin había comenzado el juego. Era como si temiera que sus habilidades se oxidaran, pero su marido consideraba que eso era sumamente improbable. Ed estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que había pasado por la escuela sin un solo castigo, porque las hermanas nunca lo habían descubierto haciendo ninguna travesura.

Pero a él tampoco, pensó Ed.

—Mañana será un día interesante —dijo Ed.

Su esposa le respondió con un sugerente movimiento de la cabeza.

Lo difícil del resto de la velada fue no seguir hablando del tema. Incluso con su formación y experiencia, no lograban quitarse de la cabeza la idea de disponer de un agente en el Mercury ruso. Era un cuadrangular potencial al final de la novena del séptimo partido del campeonato mundial de béisbol, con Reggie Jackson Foley como jugador del año.

Maldita sea.

—Dime, Simon, ¿qué sabemos realmente acerca de ese individuo?

—No mucho a nivel personal —reconoció Harding—. En primer, segundo y último lugar, es un hombre del partido. Supongo que dirigir el KGB ha ampliado sus horizontes. Se dice que prefiere los licores occidentales a su propio vodka y que le gusta el jazz norteamericano, pero eso podrían ser

rumores divulgados deliberadamente por el Centro para que parezca que simpatiza con Occidente; muy improbable en mi humilde opinión. Ese individuo es un maleante. Su historial en el partido no es precisamente un ejemplo de moderación. No se progresa en esa organización salvo con una actitud agresiva y cabe destacar que a menudo los que sobresalen han aplastado a sus propios mentores de camino a la cima. Es el evolucionismo de la demencia, Jack. Los más fuertes sobreviven, pero demuestran su fortaleza destruyendo a quienes suponen una amenaza para ellos, o simplemente aplastando a gente para demostrar su crueldad en el campo de su elección.

—¿Es inteligente? —preguntó Ryan a continuación. Harding dio otra calada a su pipa de brezo.

—No es imbécil. Tiene un sentido muy desarrollado de la naturaleza humana; probablemente es un buen psicólogo aficionado, puede que incluso brillante.

—No lo habrás comparado con algún personaje de Tolstói o de Chéjov... —comentó Jack, ya que Simon era, después de todo, un licenciado en Literatura.

Harding descartó la sugerencia.

—Eso sería demasiado fácil. No, la gente como él no suele aparecer en la literatura, porque los autores carecen de la imaginación necesaria. En la literatura alemana, Jack, nadie había anticipado a un personaje como Hitler. Evidentemente, Stalin se consideraba a sí mismo un segundo Iván el Terrible y Sergei Eisenstein le siguió la corriente con su película épica, pero eso es sólo para quienes carecen de la imaginación necesaria para ver a las personas como son, en lugar de parecerse a alguien que comprenden. No, Stalin era un monstruo complejo y fundamentalmente incomprensible, salvo tal vez para los psiquiatras, que no es mi caso —aclaró Harding—. No es preciso comprenderlos plenamente para pronosticar sus actos, porque esas personas son racionales dentro de su propio contexto. Eso es lo único que hay que entender, o por lo menos así lo he creído siempre.

—A veces pienso que debería involucrar a Cathy en este trabajo.

—¿Por ser médica? —preguntó Harding.

—Sí, entiende muy bien a la gente —asintió Ryan—. De ahí procede el informe sobre Mijáil Suslov. Ninguno de los médicos que lo redactaron es psiquiatra —recordó Jack a su compañero. —Bueno, el caso es que sabemos muy poco sobre la vida privada de Andrópov —reconoció Harding—. Nunca se le ha encargado a nadie que lo investigue a fondo. Si asciende a secretario general, imagino que su esposa se convertirá en una figura semipública. De todos modos, no existe ningún indicio de que sea homosexual ni nada por el estilo. Ten en cuenta que allí son bastante intolerantes con respecto a esa aberración. Alguno de sus colegas indudablemente lo habría utilizado contra él para arruinar su carrera. El armario en el que se esconden en la Unión Soviética es muy hondo. Es preferible el celibato —concluyó el analista.

Bien —pensó Ryan—, esta noche llamaré al almirante y le diré que los británicos tampoco lo saben. Era curiosamente decepcionante, pero de algún modo previsible. A pesar de lo mucho que sabían los servicios de Inteligencia, las frecuentes lagunas en su conocimiento a menudo

sorprendían a los foráneos, pero no tanto a los que pertenecían a los mismos. Ryan era todavía demasiado nuevo para sorprenderse y decepcionarse. Un casado estaría acostumbrado a los compromisos, y permitiría que su esposa se saliera con la suya en muchos sentidos, porque todo hombre casado era en mayor o menor medida esclavo del sexo, a no ser que fuera un pertinaz maleante, y pocos pertenecían a dicha categoría. Y menos serían aún los que de ese modo llegaran a formar parte de cualquier jerarquía, porque en toda organización uno debía adaptarse para progresar. Así era la naturaleza humana y ni siquiera el partido comunista de la Unión Soviética podía evitarlo, por mucho que hablaran del nuevo hombre soviético que intentaban crear en su sociedad. Sí, seguro, pensó Ryan.

—Bien —dijo Harding después de consultar su reloj—, creo que ya hemos servido bastante a su majestad por hoy.

—Estoy de acuerdo —respondió Ryan, levantándose para coger su chaqueta del perchero.

Cogería el metro hasta la estación de Victoria, para enlazar con el Lionel a su casa. Empezaba a fastidiarle la rutina. Habría sido preferible buscar alojamiento en la ciudad y evitar los desplazamientos, pero entonces Sally no dispondría de un jardín donde jugar, y Cathy había sido inflexible en ese sentido. Una prueba más de que también él era esclavo del sexo, pensó de camino al ascensor. Bueno, podría ser peor. Después de todo, su esposa era una buena ama.

El coronel Bubovoy llegó a la embajada a su regreso del aeropuerto. Lo esperaba un breve despacho, que descodificó rápidamente: trabajaría con el coronel Rozhdiéstvensky. No le sorprendió particularmente. Aleksey Nikolayev era el perrito faldero de Andrópov. Y probablemente ése era un buen trabajo, pensó el delegado. Bastaba con mantener contento al jefe y Yuri Vladimirovich probablemente no era un exigente cabrón como lo había sido Beria. Quizá los jerarcas del partido fueran exageradamente precisos en sus exigencias, pero cuando alguien había trabajado en la secretaría del partido sabía indudablemente cómo relacionarse con la gente. La era de Stalin estaba realmente superada.

Parecía que tenía que organizar un asesinato, pensó Bubovoy, y se preguntó cómo reaccionaría Boris Strokov. Strokov era un profesional, con escasos sentimientos y menos conciencia profesional. Para él, el trabajo era el trabajo. Pero la magnitud de esa misión superaba todo lo que había hecho trabajando en el Dirzhavna Sugurnost. ¿Le asustaría eso, o le emocionaría? Sería interesante comprobarlo. Su colega búlgaro se caracterizaba por una frialdad que alarmaba e impresionaba simultáneamente al oficial del KGB. Podía ser útil disponer de su pericia. Y si el Politburó precisaba eliminar a ese molesto polaco, tendrían que matarlo. Era una lástima, pero si sus creencias eran verdaderas, ¿no se limitaban a mandarlo al cielo como un santo mártir?

Ésa debía de ser, con toda seguridad, la ambición secreta de todo sacerdote.

La única preocupación de Bubovoy eran las repercusiones políticas, que serían épicas, y por tanto le convenía permanecer lo más ajeno posible a la operación. Si fracasaba, no sería culpa suya. Ese tal Strokov era el

mejor para ese trabajo, nadie podría negarlo basándose en su historial, como lo confirmaría llegado el caso una comisión investigadora. Le había advertido al director que un disparo, por cerca que estuviera el pistolero, no sería necesariamente fatal. Debería escribirlo en un informe para asegurarse de que su evaluación formal constara en el escaso papeleo relacionado con la operación 15-8-82-666. Lo redactaría personalmente, lo mandaría por valija diplomática al Centro y guardaría una copia en la caja fuerte de su despacho, sólo para asegurarse de tener las espaldas debidamente cubiertas.

Pero de momento debería esperar la autorización del Politburó. ¿Decidirían aquellos viejos seguir adelante? Ésa era la cuestión, sobre la que no estaba dispuesto a apostar. Brézhnev era un viejo caduco. ¿Lo convertía eso en más sanguinario o cauteloso? La pregunta era demasiado difícil para que la dilucidara el coronel. Se decía que Yuri Vladimirovich era el heredero aparente. En tal caso, ésa era su oportunidad para demostrar su valía.

—Así pues, Mijáil Yevgeniyevich, ¿cuento con tu apoyo mañana? —preguntó Andrópov entre copa y copa en su casa.

Alexándrov removió el selecto vodka castaño en su copa.

—Suslov no asistirá mañana a la reunión. Dicen que sufre una crisis renal y que le quedan menos de dos semanas. ¿Me apoyarás para su cargo? —aprovechó para preguntar, sin responder a la pregunta anterior.

—¿Necesitas preguntármelo, Misha? —respondió el director del Comité de Seguridad Nacional—. Claro que te apoyaré.

—Muy bien. Dime, ¿qué margen de probabilidades de éxito tiene esa operación que propones?

—Según mi personal, el cincuenta por ciento. Utilizaremos a un oficial búlgaro para organizarla, pero por razones de seguridad el asesino tendrá que ser un turco...

—¿Un despreciable musulmán? —exclamó Alexándrov.

—Misha, quienquiera que sea, casi con toda seguridad será capturado, muerto, según nuestro plan. En una misión como ésta, es imposible plantearse escapar. De ahí que no podamos utilizar a uno de los nuestros. La naturaleza de la misión nos impone ciertas limitaciones. Lo ideal sería usar a un experto francotirador, del Spetsnaz por ejemplo, a trescientos metros de distancia, pero eso delataría el asesinato como obra de una nación. No, esto debe parecer el acto de un loco solitario, como los que abundan entre los norteamericanos. Con todas las pruebas que obtuvieron en el asesinato de Kennedy, algunos imbéciles en Norteamérica todavía nos acusan a nosotros o a Castro. No, las pruebas que queden en este caso deben indicar claramente que no estamos involucrados. Eso limita nuestros métodos operativos. Creo que éste es el mejor plan que podemos elaborar.

—¿Con qué detenimiento lo has estudiado? —preguntó Alexándrov antes de tomar un trago.

—Lo mantenemos muy en secreto. Es imprescindible en una operación como ésta. La seguridad debe ser hermética, Mijáil Yevgeniyevich.

—Supongo que tienes razón —reconoció el hombre del partido—, pero el riesgo del fracaso...

—Misha, en todos los aspectos de la vida hay algún riesgo. Lo importante es que la operación no se vincule a nosotros y eso lo podemos garantizar con toda certeza. En el peor de los casos, ¿no crees que una herida grave reducirá el anhelo de Karol por crearnos problemas?

—Debería hacerlo...

—Y medio fracaso significa medio éxito —recordó Andrópov a su invitado.

—Entonces te apoyaré. Leonid Ilich también lo hará. Con eso bastará. ¿Cuánto tardarás luego en llevarlo a la práctica?

—Aproximadamente un mes, puede que seis semanas.

—¿Tan de prisa?

Raramente se resolvían tan rápidamente los asuntos del partido.

—¿Qué sentido tendría esta «acción ejecutiva» (¿no es así como lo llaman los norteamericanos?) si hubiera que esperar mucho tiempo? Si hay que hacerlo, es preferible hacerlo cuanto antes para evitar intrigas políticas adicionales por su parte.

—¿Quién lo sustituirá?

—Algún italiano, supongo. Su elección fue una aberración de primer orden. Tal vez su muerte aliente a los romanos a volver a sus antiguas costumbres —sugirió Andrópov, provocando la risa de su invitado.

—Sí, esos fanáticos religiosos son muy previsibles.

—¿Entonces mañana me apoyarás, cuando proponga la misión? —preguntó de nuevo Andrópov para estar completamente seguro.

—Sí, Yuri Vladimirovich. Contarás con mi apoyo. Y yo contaré con el tuyo para el cargo de Suslov.

—Mañana, camarada —prometió Andrópov.

CAPÍTULO DOCE

TRANSFERENCIA

El despertador sonó y ambos lo oyeron. Ed Foley se levantó para dirigirse al baño, que dejó pronto libre para su esposa, antes de ir a despertar a Eddie, mientras Mary Pat empezaba a preparar el desayuno. El pequeño encendió inmediatamente el televisor y sintonizó el programa de gimnasia matutino que parecen emitir en todas las ciudades del mundo, dirigido, también como en todo el mundo, por una mujer con un cuerpo impresionante, que parecía capaz de superar cómodamente las pruebas físicas de la academia de zapadores del ejército en Fort Banning, Georgia. Eddie había visto la serie de Lynda Carter en la televisión por cable en su casa de Norteamérica, por lo que la llamaba «monitora». Mary Pat opinaba que el pelo rubio de la rusa era producto de la química, mientras que Ed pensaba que dolía sólo de pensar en lo que hacía. Pero sin ningún periódico respetable ni página deportiva que leer, no tenía dónde elegir y semivegetaba frente al televisor, mientras su hijo disfrutaba hasta el final del programa para despertarse y sudar. El jefe de la delegación se percató de que el programa se emitía en directo. Por consiguiente, quienquiera que fuese esa mujer, debía de levantarse a las

cuatro de la madrugada y probablemente aquél era también su ejercicio matutino. Bueno, por lo menos era verídico. Su marido debía de ser un paracaidista del Ejército Rojo, al que ella probablemente podía dar una buena paliza, pensó Ed Foley a la espera de las noticias.

Empezaban a las seis y media. El truco consistía en verlas y luego intentar deducir lo que sucedía realmente en el mundo, al igual que en Norteamérica, pensó el agente de la CIA con un refunfuño matutino. En la embajada vería el Early Bird, que mandaban desde Washington por fax de seguridad para los altos cargos diplomáticos. Para un norteamericano, vivir en Moscú era como estar en una isla desierta. Por lo menos disponían de una antena parabólica en la embajada, que les permitía recibir la CNN y otras cadenas, gracias a lo cual se sentían, prácticamente, como personas reales.

El desayuno era el desayuno. Al pequeño Eddie le gustaban los Frosted Flakes, con leche procedente de Finlandia, porque su madre no confiaba en el colmado del barrio y la tienda «sólo para extranjeros» estaba cerca de su casa. Ed y Mary Pat no hablaban mucho durante el desayuno a causa de los micrófonos que plagaban sus paredes. Nunca hablaban en casa de asuntos importantes, salvo mediante el lenguaje de los sordomudos y nunca delante de su hijo, porque los pequeños eran incapaces de guardar ningún tipo de secreto. En cualquier caso, sus vigilantes del KGB probablemente ya estaban completamente aburridos de los Foley, ya que ambos dedicaban gran parte de su tiempo al trabajo, e introducían sólo suficiente variedad en su conducta para parecer norteamericanos. Pero una cantidad limitada. Nunca excesiva. Lo habían planeado cuidadosa y meticulosamente en Langley, con la ayuda de un desertor del Segundo Directorio del KGB.

Mary Pat había preparado la ropa de su marido sobre la cama, incluida la corbata verde que llevaría con su traje de color castaño. Al igual que al presidente, su esposa consideraba que a Ed le sentaba bien el castaño. Volvería a ponerse también un impermeable, que llevaría suelto y desabrochado por si le pasaban de nuevo algún mensaje, y no bajaría la guardia en todo el día.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó a su esposa en la sala de estar.

—Lo de siempre. Puede que me encuentre con Penny después del almuerzo.

—Bien, salúdala de mi parte. Tal vez podamos cenar juntos más adelante, algún día de esta semana.

—Buena idea —respondió Mary Pat. Quizá puedan explicarme cómo funciona eso del rugby.

—Es igual que el fútbol americano, cariño, sólo que las reglas son un poco estúpidas —explicó el jefe de la delegación—. Bien, voy a contentar a los periodistas.

—De acuerdo —respondió Mary Pat con una carcajada y la mirada fija en las paredes—. Aquel individuo del Boston Globe es un idiota.

En la calle hacía un tiempo bastante agradable, con sólo un asomo de frío en el aire que anticipaba la próxima llegada del otoño. Foley saludó con la mano al guardia de la puerta, de camino a la estación. El vigilante de servicio de la mañana llegaba incluso a sonreír de vez en cuando. Evidentemente había pasado demasiado tiempo entre extranjeros, o tal

vez eso formaba parte del entrenamiento del KGB. Llevaba el uniforme de la milicia moscovita, la policía local, pero a Foley le parecía demasiado inteligente para ser un simple agente uniformado. Los moscovitas sentían bastante desprecio por su policía local y dicho empleo no atraería a las personas más brillantes.

Poco tardó en recorrer las dos manzanas que separaban su casa de la estación del metro. Cruzar las calles en Moscú era bastante seguro, mucho más que en Nueva York, debido a la escasez de coches privados. Afortunadamente, porque los conductores rusos hacían que los italianos parecieran prudentes y ordenados. Los conductores de los omnipresentes volquetes, a juzgar por su uso de la vía pública, parecían ex conductores de tanques. Compró un ejemplar del Pravda en el quiosco y bajó por la escalera mecánica. Como correspondía a un hombre de costumbres fijas, llegaba a la estación todas las mañanas exactamente a la misma hora y consultaba el reloj de pared para comprobarlo. Los metros circulaban con una precisión inhumana y subió a su tren a las siete y cuarenta y tres en punto. No había vuelto la cabeza. Hacía demasiado tiempo que estaba en Moscú para comportarse como un turista, y calculó que para el agente del KGB que lo vigilaba eso convertiría a ese norteamericano en algo tan poco interesante como las gachas de alforfón que comían los rusos para desayunar, junto con su repugnante café. El control de calidad era algo que los soviéticos reservaban para sus armas nucleares y programas espaciales, aunque Foley tenía sus dudas en ese sentido, a juzgar por lo que había visto en esa ciudad, donde sólo el metro parecía funcionar correctamente. Era una extraña combinación de cosas al azar y de precisión germánica. Allí uno podía ver lo bien que funcionaban las cosas según su propósito y las operaciones de inteligencia gozaban de la máxima prioridad, con el fin de evitar que los enemigos de los soviéticos descubrieran no lo que tenían, sino aquello de lo que carecían. Foley disponía del agente Cardenal para informarlo a él y a su país de lo que disponía la Unión Soviética en el campo militar. Por regla general, la información era sabrosa, debido sobre todo a que cuanto más se aprendía menos había de qué preocuparse. No, allí lo más importante era la inteligencia política, porque por retrasados que fueran, seguían siendo suficientemente grandes para causar problemas, si no se los contrarrestaba desde el principio. Actualmente, la mayor preocupación en Langley estaba relacionada con el papa. Evidentemente había hecho algo que podía resultar embarazoso para los rusos. Y a los soviéticos les gustaba tan poco como a los políticos norteamericanos sentirse incómodos en la arena política, tan poco que podían recurrir al Washington Post para vengarse. A Ritter y a Moore les preocupaba enormemente lo que pudieran hacer los rusos y especialmente cómo pudiera reaccionar Yuri Andrópov. Ed Foley no sentía ninguna debilidad por ese personaje en particular. Al igual que la mayoría en la CIA, sólo conocía su rostro, su nombre y sus evidentes problemas hepáticos, que habían trascendido gracias a algún medio desconocido por el jefe de la delegación. Tal vez los británicos... si es que uno podía confiar en ellos, reflexionó Ed. Debía confiar en ellos, pero tenían algo que le inquietaba. Quizá ellos también tuvieran dudas con respecto a la CIA. Ese juego era una locura. Ojeó la primera página; nada sorprendente, aunque el artículo sobre el Pacto de Varsovia era ligeramente interesante. Todavía les preocupaba la OTAN.

Puede que les inquietara la posibilidad de que el ejército alemán marchara de nuevo hacia el este. Ciertamente eran bastante paranoicos... Probablemente, la paranoia se había inventado en Rusia. Quizá Freud la hubiera descubierto en un viaje a ese país, pensó mientras escudriñaba su entorno en busca de alguien que lo mirara, pero decidió que nadie lo hacía. ¿Era posible que el KGB hubiera dejado de seguirlo? Cabía esa posibilidad, pero era improbable. Si alguien, o con mayor probabilidad un equipo le vigilaba, sus componentes debían de ser expertos, ¿pero para qué utilizar expertos para vigilar a un agregado de prensa? Foley dio un suspiro. ¿Se preocupaba demasiado, o no era suficientemente paranoico? ¿Y cómo distinguir lo uno de lo otro? ¿Se habría expuesto a una operación de señuelo al ponerse la corbata verde? ¿Cómo diablos podía saberlo?

Si se había quemado, también lo había hecho su esposa, y eso estropearía dos prometedoras carreras en la CIA. El y Mary Pat eran la pareja favorita de Bob Ritter, el equipo universitario, los jóvenes profesionales de Langley, y ésa era una reputación que ambos debían proteger cuidadosamente y también incrementar. El propio presidente de Estados Unidos leería sus informes y tal vez tomaría decisiones basadas en la información que contenían; decisiones importantes que podrían afectar a la política de su país. Sin embargo, no debían pensar demasiado en dicha responsabilidad; podía volverlo a uno loco, convertirlo en excesivamente cauteloso, tan cauteloso que no consiguiera nunca nada. El verdadero problema en los servicios de Inteligencia consistía en situar la barrera entre la circunspección y la eficacia. Si uno se inclinaba demasiado en un sentido, nunca obtenía nada útil. Si lo hacía en el contrario, se quemaban él y sus agentes, lo que en ese país significaba una muerte segura para aquellos de cuyas vidas era responsable. Era un dilema que podía empujar perfectamente a alguien a la bebida.

El metro se detuvo en su estación, se dirigió a la puerta y luego a la escalera mecánica. Estaba bastante seguro de que nadie le había metido la mano en el bolsillo. Al llegar a la calle lo comprobó. Nada. De modo que quienquiera que fuese sólo coincidía con él en el metro por la tarde, o sus rivales lo habían descubierto. Tendría algo de lo que preocuparse durante todo el día.

—Éste es para ti —dijo Dobrik, entregándoselo—. De Sofía.

—No me digas —respondió Zaitzev.

—Está escrito sólo para tus ojos, Oleg Ivan'ch —dijo el oficial de guardia del turno de noche—. Por lo menos es corto.

Zaitzev cogió el mensaje y vio la referencia 15-8-82-666 a modo de membrete. Evidentemente consideraron que al utilizar un número en lugar de un nombre no era preciso codificar el membrete. No reaccionó ni dijo nada. Por supuesto, Kolya sentía curiosidad, el deporte de la sección consistía en preguntarse por lo que uno no podía leer. Ese mensaje había llegado sólo cuarenta minutos después de que se hubo marchado.

—Bueno, algo con que empezar la jornada. ¿Algo más, Nikolay Konstantinovich?

—No, eso es todo, por lo demás no hay nada pendiente —respondió Dobrik que, por todos los defectos que pudiera tener, era un trabajador muy eficiente—. Y ahora considero mi turno oficialmente concluido. En

casa me espera una botella de vodka.

—Antes deberías comer algo, Kolya —advirtió Zaitzev.

—Eso dice mi madre, Oleg. Puede que me coma un bocadillo para desayunar —bromeó.

—Duerme bien, camarada comandante, tomo el relevo.

Zaitzev se sentó en su butaca. A los diez minutos había descifrado el mensaje. El delegado de Sofía se daba por enterado de que el coronel Rozhdiéstvensky era su contacto para la operación 15-8-82-666. Así quedaba debidamente zanjado y 15-8-82-666 acababa de convertirse en una operación de pleno derecho. Introdujo el mensaje descifrado en un sobre amarillo, lo cerró y lo lacró.

Realmente van a llevarlo a cabo se dijo Oleg Ivanovich así mismo con el entrecejo fruncido—. ¿Qué puedo hacer yo ahora?

Trabajar como de costumbre el resto del día y buscar la corbata verde en el metro de regreso a su casa. ¿Y rezar para encontrarla? ¿O rezar para no hacerlo?

Zaitzev ahuyentó la idea de su mente y llamó a un mensajero para que llevara el despacho en mano al piso superior. Al cabo de un momento apareció sobre su mesa una cesta de despachos para procesar.

—Joder —exclamó Ed Foley después de leer el extenso mensaje de Ritter y Moore, en nombre del presidente.

Para esto debería emplearse a fondo.

En la delegación de Moscú no existía ninguna lista de los agentes, ni siquiera por sus nombres en clave, ni en la caja fuerte del despacho de Foley, que además de la combinación incorporaba una alarma de dos fases, con un teclado exterior y otro diferente interior, que Foley programaba personalmente. En caso de que sonara la alarma, los marines de la embajada tenían orden de acudir con las armas desenfundadas, porque los documentos de dicha caja eran los más confidenciales del edificio.

Sin embargo, Foley tenía los nombres de todos los rusos que trabajaban para la CIA esculpidos en sus pupilas, junto a sus especialidades respectivas. Actualmente eran doce los que estaban en activo, después de que uno se quemó la semana anterior a su llegada a Moscú. Nadie sabía cómo había sucedido, pero Foley temía que los rusos tuvieran un topo en la propia central de Langley. Era una herejía suponerlo, pero al igual que la CIA lo intentaba con el KGB, el KGB lo intentaba con la CIA, y no había ningún árbitro en el campo que permitiera a los jugadores conocer el resultado. El agente perdido, cuyo nombre en clave era Sousa, era un teniente coronel en el servicio de Inteligencia militar ruso que había contribuido a identificar importantes filtraciones en el Ministerio de Defensa alemán y otras fuentes de la OTAN, que facilitaban al KGB secretos políticos y militares de primer orden. Pero aunque quizá aquel individuo respirara todavía, en realidad estaba muerto. Foley esperaba que no lo introdujeran vivo en un horno crematorio, como lo habían hecho con otra fuente del mismo servicio en los años cincuenta. Era una forma muy cruel de ejecutar a alguien, incluso para los rusos bajo el mandato de Jruschov, que seguramente había mantenido despierto muchas noches al oficial del caso.

Deberían utilizar a dos, o quizá a tres de sus agentes en ese caso. Disponían de un buen elemento en el KGB y otro en el Comité Central del partido. Tal vez alguno de ellos hubiera oído algo sobre una posible operación contra el papa.

Maldita sea, pensó Foley, ¿se han vuelto locos? Tenía que extender mucho su imaginación. Como descendiente de irlandeses y católico por formación y afiliación religiosa, Ed Foley se veía obligado a realizar un esfuerzo mental para dejar a un lado sus creencias personales. Puede que semejante complot superara los límites de lo razonable, pero se trataba de gente que no reconocía el concepto de la limitación, ciertamente en lo concerniente a organismos extranjeros. Para ellos, Dios era la política y una amenaza a su mundo político era como un desafío del propio Lucifer al orden divino. Salvo que aquí acababa la comparación. Era más parecido a un desafío del arcángel Miguel al orden infernal. Mary Pat lo denominaba las entrañas de la bestia, y en ese caso la bestia era terriblemente perversa.

—¡Papá! —exclamó Sally después de despertarse con su sonrisa habitual.

La acompañó al baño y luego al comedor, donde la esperaban sus gachas de avena. Llevaba todavía puesto su pelele de conejo, con una larga cremallera. Era amarillo, de la última talla y le apretaba los pies. Pronto tendría que cambiar de indumentaria para dormir, pero eso era cosa de Cathy.

Tenían su rutina establecida. Cathy daba de comer al pequeño Jack y, a medio desayuno, su marido dejaba el periódico y subía a afeitarse. Cuando él acababa de vestirse, ella había terminado de darle el desayuno al pequeño e iba a lavarse y a vestirse, mientras Jack se ocupaba de que su hijo eructara y de ponerle los calcetines para que no se le enfriaran los pies y también para que pudiera quitárselos y comprobar si sabían igual que el día anterior, lo cual era una de sus nuevas habilidades.

Poco tardó Margaret Van der Beek en llamar a la puerta, seguida casi de inmediato de Ed Beaverton, que permitió a los padres escapar al trabajo. En la estación de Victoria, Cathy se despidió con un beso de su marido y se dirigió al metro para trasladarse a Moorefields, mientras Jack lo hacía por otra línea a Century House, a punto de empezar la jornada laboral.

—Buenos días, sir John.

—Hola, Bert —respondió Ryan, observando a Bert Canderton, que tenía un aspecto inconfundiblemente militar, y decidió preguntarle—: ¿A qué regimiento pertenecía usted?

—Era brigada en los Royal Green Jackets, señor.

—¿Infantería?

—Efectivamente, señor.

—Creí que llevaban chaquetas rojas —observó Ryan.

—Bueno, eso es culpa suya, de los yanquis. Durante la guerra de la Independencia, sus fusileros causaron tantas bajas en mi regimiento que el coronel decidió que una túnica verde sería menos peligrosa. Y así ha seguido desde entonces.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Estoy esperando una plaza de alabardero en la Torre, señor. Dicen que es posible que haya una dentro de un mes aproximadamente.

En su chaqueta de guardia de seguridad, Canderton lucía una franja de condecoraciones, probablemente no otorgadas por su higiene dental, y el brigada de un regimiento británico era semejante a un sargento mayor artillero en el cuerpo de los marines.

—He estado allí, en su club —dijo Ryan—. Una buena tropa. —Efectivamente. Allí tengo un amigo, Mick Truelove. Está en el regimiento Queen's.

—Bien, brigada, no permita que entren los malos —dijo Ryan mientras introducía su tarjeta en la ranura electrónica que controlaba la puerta de entrada.

—Así lo haré, señor —prometió Canderton.

Harding estaba en su escritorio cuando llegó Ryan. Jack colgó su chaqueta en el perchero.

—¿Cómo estás aquí tan temprano, Simon?

—Vuestro juez Moore mandó un fax a Bas anoche, poco después de las doce. Aquí está —respondió Harding, mostrándole el documento.

Jack le echó una ojeada.

—Conque el papa, ¿eh?

—Vuestro presidente está interesado y también la primera ministra —respondió Harding mientras encendía de nuevo su pipa—. Basil nos ha llamado temprano para repasar la información de que disponemos.

—Bien, ¿qué tenemos?

—No mucho —reconoció Harding—. No puedo hablarte de nuestras fuentes...

—Simon, no soy imbécil. Disponéis de alguien cerca del poder, un confidente de algún miembro del Politburó o alguien en la secretaría del partido. ¿No os ha contado nada? —dijo Ryan, que tenía ante sí una información muy interesante, que debía de proceder de alguien en el interior de la gran marquesina roja.

—No puedo confirmar tu sospecha —advirtió Harding—, pero estás en lo cierto, ninguna de nuestras fuentes nos ha facilitado información alguna, ni siquiera que la carta de Varsovia haya llegado a Moscú, aunque sabemos que debe de haberlo hecho.

—Es decir, que no sabemos un carajo.

—Exactamente —asintió sobriamente Simon.

—Es asombroso que esto ocurra tan a menudo.

—Forma parte del trabajo, Jack.

—¿Y la primera ministra está por mearse en las bragas? Harding, que no había oído nunca aquel americanismo, parpadeó dos veces.

—Eso parece.

—¿Entonces qué se supone que debemos contarle? Evidentemente no quiere oír que no lo sabemos.

—A nuestros líderes políticos no les gusta oír eso.

Tampoco a los nuestros, reconoció Ryan para sus adentros.

—¿Cómo se las arregla entonces Basil para entretener al personal?

—En realidad, bastante bien. En este caso podrá decir que tu gente tampoco sabe gran cosa.

—¿Se han explorado otros servicios de la OTAN?

Harding negó con la cabeza.

—No. En primer lugar podría filtrarse a la oposición que estamos interesados, y en segundo lugar, que sabemos poco.

—¿Son buenos nuestros amigos?

—Depende. A veces el Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje francés obtiene buena información, pero no les gusta compartirla. Lo mismo ocurre con nuestros amigos israelíes. Los alemanes están enteramente comprometidos. Ese tal Markus Wolf de Alemania Oriental es un genio en su oficio, tal vez el mejor del mundo, y está bajo control soviético. Los italianos tienen algunas personas de talento, pero también tienen problemas con las infiltraciones. Es probable que el mejor servicio europeo sea precisamente el del propio Vaticano. Pero si los rusos están haciendo algo ahora, lo ocultan con mucho acierto. Son buenos en ese sentido.

—Eso he oído —respondió Ryan—. ¿Cuándo debe ir Basil a Downing Street?

—Después del almuerzo. A las tres de la tarde, tengo entendido.

—¿Y qué podremos darle?

—Me temo que no mucho. Lo peor del caso es que puede que Basil quiera que lo acompañe.

—Será divertido —refunfuñó Ryan—. ¿Has hablado antes con ella?

—No, pero la primera ministra ha visto mis análisis. Bas dice que quiere conocerme —agregó con un escalofrío—. Preferiría tener algo concreto que contarle.

—Bien, veamos si podemos analizar lo que tenemos —dijo Jack después de sentarse—. ¿Qué sabemos exactamente?

Harding le entregó un fajo de documentos. Ryan se acomodó en su butaca y los hojeó.

—Tienes la carta de Varsovia de una fuente polaca, ¿no es cierto?

Harding titubeó, pero era evidente que debía responder.

—Sí, efectivamente.

—¿Pero nada de Moscú propiamente dicho?

—No —respondió Harding negando con la cabeza—. Sabemos que se remitió la carta a Moscú, pero eso es todo.

—Entonces estamos realmente a oscuras. Puede que te convenga tomar una cerveza antes de cruzar el río.

—Gracias, Jack —dijo Harding, elevando la mirada—. Era precisamente lo que necesitaba para levantar el ánimo. Guardaron unos momentos de silencio.

—Yo trabajo mejor con un ordenador —dijo Ryan—. ¿Es difícil conseguir uno aquí?

—No es fácil. Deben ser a prueba de tormenta para asegurarse de que nadie pueda leer electrónicamente las teclas que se pulsan desde el exterior de este edificio. Puedes pedírselo a la administración.

Pero no hoy, pensó Ryan. Había descubierto que la burocracia en Century House era por lo menos tan complicada como en Langley, y después de trabajar varios años en el sector privado, podía volverlo a uno loco. Bien, podía intentar elaborar algunas ideas para evitar que a Simon le abrieran un nuevo boquete en las entrañas. La primera ministra era una dama, pero en términos de exigencias, el padre Tim de Georgetown se quedaba corto al lado de ella.

Oleg Ivan'ch regresó de su almuerzo en la cafetería del KGB y examinó los hechos. Muy pronto debería decidir qué contarle a su norteamericano y cómo hacerlo.

Si era un empleado regular de la embajada, habría entregado la primera nota al jefe de la CIA en la delegación diplomática. Sabía que debía de haber un jefe de delegación norteamericano, cuyo trabajo consistía en espiar en la Unión Soviética, al igual que lo hacían los rusos en todo el mundo. La gran incógnita era si lo espiaban a él. ¿Podía haberle tendido una trampa el Segundo Directorio, cuya reputación asustaba al mismísimo diablo? ¿O tal vez aquel supuesto norteamericano era en realidad un señuelo ruso?

Por consiguiente, en primer lugar debía asegurarse de que el contacto era genuino. ¿Pero cómo hacerlo...?

De pronto tuvo una idea. Sí, pensó. Eso era algo que nunca podría hacer el KGB y le permitiría estar seguro de que trataba con alguien capaz de hacer lo que precisaba. Nadie podría simularlo. Para celebrarlo, Zaitzev encendió otro cigarrillo y volvió a concentrarse en los despachos matutinos de la delegación de Washington.

Era difícil apreciar a Tony Prince. El corresponsal del New York Times en Moscú estaba bien considerado por los rusos y eso, por lo que concernía a Ed Foley, demostraba la debilidad de su personalidad.

—¿Qué te parece tu nuevo trabajo, Ed? —preguntó Prince.

—Todavía me estoy aclimatando. Tratar con la prensa rusa es bastante interesante. Son previsibles, pero de un modo imprevisible.

—¿Cómo puede ser alguien imprevisiblemente previsible? —preguntó el periodista con una sonrisa torcida.

—Verás, Tony, sabes lo que van a decir, pero no cómo formularán la pregunta.

Y la mitad son espías, o por lo menos enlaces, por si no te habías dado cuenta, pensó.

Prince forzó una carcajada. Se consideraba intelectualmente superior. Foley había fracasado como corresponsal de sucesos en Nueva York, mientras que Prince se había servido de sus conocimientos políticos para alcanzar uno de los mejores cargos en el periodismo norteamericano. Tenía algunos buenos contactos en el gobierno soviético, que cultivaba asiduamente, a menudo simpatizando con ellos respecto a la conducta del tedioso régimen actual en Washington, que de vez en cuando intentaba explicar a sus amigos rusos, señalando a menudo que él no había votado por ese maldito actor, ni tampoco ninguno de sus colegas en la oficina de Nueva York.

—¿Has conocido ya al nuevo individuo, Alexándrov?

—No, pero uno de mis contactos que lo conoce dice que es una persona razonable y habla en favor de la coexistencia pacífica. Más liberal que Suslov. He oído que está bastante enfermo.

—Yo también lo he oído, pero no estoy seguro de lo que tiene.

—Es diabético, ¿no lo sabías? Ésa es la razón por la que los médicos de Baltimore vinieron a tratarle los ojos. Retinopatía diabética —explicó Prince, pronunciándolo lentamente para que Foley lo

comprendiera.

—Tendré que preguntarle al médico de la embajada lo que eso significa —comentó Foley mientras tomaba ostentosamente nota en su cuaderno—. ¿Entonces crees que ese tal Alexándrov es más liberal?

Para Prince, la palabra liberal significaba buena persona.

—Bueno, todavía no lo conozco, pero eso es lo que piensan mis fuentes. También creen que cuando Suslov pase a mejor vida, Mijáil Yevgeniyevich ocupará su puesto.

—¿De veras? Tendré que comunicárselo al embajador.

—¿Y al jefe de la delegación?

—¿Sabes quién es? Yo no lo sé —dijo Foley.

—Ron Fielding —respondió Prince con una ceja levantada—. Maldita sea, todo el mundo lo sabe.

—No es posible —protestó Ed con tanta energía como su talento histriónico le permitía—. Es el primer canciller del consulado, no un espía.

La deducción nunca ha sido tu fuerte, pensó Prince con una sonrisa. Sus contactos rusos habían señalado a Fielding y sabía que no le mentirían.

—Bueno, es sólo una suposición, claro está prosiguió el corres-ponsal.

—Y si creyeras que soy yo, lo divulgarías a los cuatro vientos, ostentoso cretino, pensó Foley.

—Bien, como tú sabes, estoy autorizado a saber ciertas cosas, pero no ésta.

—Sé quién lo sabe —anunció Prince.

—Sí, pero no voy a preguntárselo al embajador, Tony. Me pondría a parir.

—No es más que un cargo político, Ed, nada especial. Debería ocuparlo un buen diplomático, pero el presidente no me pidió consejo.

Gracias a Dios, dijo el jefe de la delegación para sus adentros.

—¿No es cierto que Fielding lo ve con frecuencia? —pregunto Prince.

—El canciller del consulado trabaja directamente con el embajador, Tony, ya lo sabes.

—Sí, muy conveniente, ¿no te parece? ¿Con qué frecuencia lo ves tú?

—¿Te refieres al jefe? Generalmente una vez al día.

—¿Y Fielding?

—Más que yo. Tal vez dos o tres veces.

—Ahí lo tienes —concluyó pomposamente Prince—. Siempre se nota.

—Lees demasiadas novelas de James Bond —repuso desdeñosamente Foley—. 0 tal vez de Matt Helm.

—Despierta, Ed —aconsejó elegantemente Prince.

—Si Fielding es el jefe de los espías, ¿quiénes son sus ayudantes? Yo no tengo la menor idea.

—Bueno, ésos tienen siempre buenas tapaderas —reconoció

—Prince—. La verdad es que tampoco tengo ninguna pista. —Lástima. Eso es algo a lo que se juega en la embajada, a adivinar quiénes son los espías.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—Supongo que tampoco necesito saberlo —reconoció Foley. Nunca se es suficientemente curioso para ser un buen periodista, pensó Prince con una amable sonrisa.

—¿Entonces te mantiene tu trabajo muy ocupado?

—No es agotador. Por cierto, ¿podemos hacer un trato?

—Por supuesto —respondió Prince—. ¿De qué se trata?

—¿Estás dispuesto a comunicárnoslo si oyes algo interesante?

—Puedes leerlo en el Times, generalmente en primera plana y en grandes titulares —respondió para asegurarse de que Foley comprendiera lo importante que era, además de penetrante analista.

—Bueno, ya sabes, hay cosas que el embajador prefiere conocer de antemano. Me ha dicho que te lo preguntara extraoficialmente.

—Esto es una cuestión ética, Ed.

—Si se lo cuento a Ernie, sé que no le gustará.

—Tú trabajas para él, pero yo no.

—Eres un ciudadano norteamericano, ¿no es cierto?

—No apeles a mi patriotismo, ¿vale? —respondió cansadamente Prince—. De acuerdo, si me entero de que están a punto de lanzar armas nucleares, te lo comunicaré. Pero me parece más probable que seamos nosotros quienes cometamos semejante estupidez.

—Tony, sé razonable.

—Esa mierda del «foco del mal en el mundo» no era exactamente la idea de Abe Lincoln, ¿no te parece?

—¿Me estás diciendo que el presidente se equivoca? —preguntó el jefe de la delegación, considerando hasta qué punto se hundiría la opinión de ese cretino.

—Sé lo del gulag, ¿vale? Pero eso forma parte del pasado. Los rusos se han suavizado desde la muerte de Stalin, aunque no parece que la nueva administración lo haya comprendido todavía.

—Mira, Tony, aquí yo no soy más que un currante. El embajador me ha solicitado que te transmitiera una simple petición. ¿Debo entender que tu respuesta es «no»?

—Exactamente.

—En tal caso, no esperes ninguna postal de Ernie Fuller por Navidad.

—Ed, mi obligación es para con el New York Times y mis lectores, eso es todo.

—Bien, de acuerdo. Debía preguntártelo —dijo Foley a la defensiva, que no esperaba nada mejor de aquel individuo, pero le había sugerido al embajador Fuller que lo sondearan y el embajador había dado su visto bueno.

—Lo comprendo —respondió Prince al tiempo que consultaba su reloj—. Por cierto, tengo una reunión en el edificio del Comité Central del partido comunista.

—¿Algo que yo debería saber?

—Ya te lo he dicho, puedes leerlo en el Times. ¿No te mandan por fax el Early Bird desde Washington?

—Sí, a veces lo recibimos.

—Entonces pasado mañana podrás leerlo —dijo Prince, ya de pie para retirarse—. Díselo a Ernie.

—Lo haré —respondió Foley al tiempo que le tendía la mano, antes de decidir acompañarlo al ascensor.

De regreso entró en el servicio para lavarse las manos. A continuación se dirigió al despacho del embajador.

—Hola, Ed, ¿ha hablado con ese tal Prince?

—Acabo de despedirme de él —asintió Foley.

—¿Ha mordido el anzuelo?

—No, me ha escupido en la cara.

—¿No se lo advertí? —dijo Fuller con una torcida sonrisa—. Cuando yo tenía su edad, había algunos periodistas patrióticos, pero con el paso del tiempo la mayoría lo han superado.

—No me sorprende. Cuando Tony era un crío en Nueva York, nunca le gustaron mucho los policías, pero lograba convencerlos para que hablaran con él. Cuando se lo propone, ese cabrón puede ser muy persuasivo.

—¿Ha intentado sonsacarle algo?

—No, señor. No soy suficientemente importante para eso.

—¿Qué le ha parecido la petición de Washington respecto al papa? —preguntó Fuller cambiando de tema.

—Me ocuparé de que alguien lo investigue, pero...

—Lo sé, Ed. No quiero saber exactamente lo que hace al respecto. Si averigua algo, ¿podrá contármelo?

—Eso depende, señor —respondió Foley, dando a entender que probablemente no.

Fuller lo aceptó.

—Bien, ¿algo más?

—Prince investiga algo que debería aparecer en el periódico pasado mañana. Ahora se dirige al Comité Central, según me ha dicho. Ha confirmado que Alexándrov sustituirá a Mijáil Suslov, cuando Miguel el Rojo estire la pata. Si se lo cuentan a él, debe de ser oficial. Me parece que nos lo podemos creer. Tony tiene buenos contactos entre sus políticos y coincide con lo que nuestros otros amigos nos cuentan acerca de Suslov.

—Nunca he hablado con él. ¿Cómo es?

—Uno de los últimos creyentes, igual que Alexándrov. Cree que Marx es el único dios y Lenin su profeta, y que su sistema político y económico realmente funciona.

—¿De veras? Hay quien nunca aprende.

—Desde luego. De eso no cabe la menor duda, señor. Ya quedan pocos, pero Leonid Ilich no es uno de ellos, ni tampoco lo es su aparente sucesor, Yuri Vladimirovich. Sin embargo, Alexándrov es un aliado de Andrópov. Esta tarde se celebrará una reunión del Politburó.

—¿Cuándo sabremos de qué han hablado?

—Probablemente dentro de un par de días.

Aunque no sabemos exactamente cómo lo averiguaremos, señor, pensó Foley.

No era necesario. Ernie Fuller conocía las reglas del juego. Se informaba plenamente a los embajadores en todos los países del mundo sobre el funcionamiento de la embajada que iban a dirigir. Para ir a Moscú, uno debía someterse a un lavado de cerebro voluntario en el Fondo Tenebroso y en Langley. En realidad, el embajador norteamericano en Moscú era el jefe del servicio de Inteligencia de su país en la Unión Soviética y Foley consideraba que el tío Ernie era bastante bueno.

—Bien, manténgame informado si puede.

—Así lo haré, señor —prometió el jefe de la delegación.

CAPÍTULO TRECE

CONSENSO

Andrópov llegó al Kremlin a las doce cuarenta y cinco para la reunión de la una. Su chófer condujo el ZIL hecho a mano por la imponente estructura de ladrillo de la puerta de Spasskiy, por los controles de seguridad y más allá de la guardia de honor de la división Tamanskiy, estacionada a las afueras de Moscú y utilizada principalmente para desfiles y ceremonias. Los soldados saludaron elegantemente, pero el gesto les pasó inadvertido a los ocupantes del vehículo. Se encontraban a ciento cincuenta metros de su destino, donde otro soldado sostenía la puerta abierta. Andrópov detectó su saludo y movió distraídamente la cabeza para que el brigada supiera que lo había visto, antes de entrar en el edificio de color amarillento. En lugar de subir por los peldaños de piedra, Andrópov giró a la derecha para subir en el ascensor hasta el primer piso, seguido de su ayudante, el coronel Rozhdiéstvensky, para quien éste sería el servicio oficial más interesante e intimidante desde que pertenecía al KGB.

Había más seguridad en los pisos superiores: oficiales uniformados y armados del Ejército Rojo, por si surgía algún problema. Pero no habría ningún problema en su ascenso a la secretaría general, pensó Andrópov. Esto no sería un golpe de Estado. Sería elegido por sus pares políticos, en la forma que la Unión Soviética gestionaba la transición del poder: de manera torpe y ruda, pero previsible. El de mayor capital político presidiría ese consejo de pares, porque confiarían en que no impusiera la fuerza de su voluntad y se rigiera por consenso colegial. Ninguno de ellos quería a otro Stalin, ni siquiera a otro Jruschov, que podría emprender hazañas aventureras. A esos hombres no les gustaban las aventuras. La historia les había enseñado que al apostar cabía la posibilidad de perder y ninguno de ellos había llegado tan lejos para perder algo, por poco que fuera. Eran los caciques en una nación de jugadores de ajedrez, para quienes la victoria era el resultado de hábiles movimientos realizados paciente y progresivamente durante varias horas, cuya conclusión parecería tan inevitable como la puesta del sol.

Ese era hoy uno de los problemas, pensó Andrópov cuando ocupaba su escaño junto al ministro de Defensa Ustínov. Ambos estaban cerca de la presidencia, en las sillas reservadas para los miembros del Consejo de Defensa, el Orborony soviético, que eran los cinco componentes más decanos del gobierno soviético, incluido Suslov, ministro de Ideología. Ustínov levantó la cabeza.

—Yuri —dijo el ministro a modo de saludo.

—Buenos días, Dmitri —respondió Andrópov, que ya había llegado a su escaño con el mariscal de la Unión Soviética.

Nunca obstruiría sus peticiones de fondos para las infladas y mal dirigidas fuerzas armadas soviéticas, que deambulaban torpemente por Afganistán como una ballena varada en la playa. Todos creían que probablemente acabarían por ganar. Después de todo, el Ejército Rojo nunca había fracasado... a no ser que uno recordara la primera incursión de Lenin en Polonia, en 1919, que acabó con la ignominia de una derrota aplastante. No, preferían recordar la derrota infligida a Hitler después de que los alemanes llegaron prácticamente hasta las puertas del propio

Kremlin y cuyo avance sólo se detuvo gracias a la intervención del más fiel aliado de los rusos a lo largo de la historia: el General Invierno. Andrópov no era un fiel devoto de las fuerzas armadas soviéticas, pero seguían siendo un manto de seguridad para el resto del Politburó, porque se aseguraban de que el país obedeciera sus órdenes. No debido al amor, sino a que el Ejército Rojo poseía grandes cantidades de armamento. El KGB y el Ministerio del Interior también estaban bien armados para controlar al Ejército Rojo y evitar que se les ocurriera alguna idea extravagante. Para mayor seguridad, el KGB disponía además del Tercer Directorio, cuyo trabajo consistía en vigilar a todas y cada una de las compañías del Ejército Rojo. En otros países se denominaba revisión y control. Aquí era el control del terror.

Leonid Ilich Brézhnev fue el último en llegar, caminando como el viejo campesino que era, con el rostro antes varonil cubierto ahora de arrugas. Se acercaba a los ochenta, edad que podría alcanzar, pero que a juzgar por su aspecto no superaría. Eso era bueno y malo a la vez. No había forma de dilucidar lo que pululaba por su cerebro senil. En otra época había sido un hombre de gran poder personal, Andrópov lo recordaba claramente. Había sido un hombre vigoroso, aficionado a caminar por los bosques en busca de ciervos o incluso osos, un gran cazador. Pero ahora hacía años que no mataba nada, bueno, quizá seres humanos sí, aunque eran otros los que apretaban el gatillo. No obstante, no por ello se había suavizado con la edad, sino todo lo contrario. Sus ojos castaños eran todavía taimados, aún a la expectativa de alguna traición, que a veces descubría incluso cuando no existía. En la época de Stalin, esto significaba frecuentemente la pena de muerte. Pero no ahora. Ahora se limitaban a desposeer a la víctima, retirarle el poder y relegarla a una provincia lejana donde moriría de hastío.

—Buenas tardes, camaradas —dijo el secretario general con tanta amabilidad como su tono gruñón le permitía.

Por lo menos ya no se estilaba hacer abiertamente la pelota, con los cortesanos comunistas esforzándose por complacer al emperador marxista. Se podía perder media hora en esas bobadas y Andrópov tenía importantes asuntos que tratar.

Leonid Ilich había sido informado de antemano, y después de tomar un sorbo de té se dirigió al director del KGB: —Yuri Vladimirovich, ¿tienes algo de que hablarnos?

—Gracias, camarada secretario general. Camaradas —empezó a decir—, ha surgido algo que requiere nuestra atención. Hizo una seña al coronel Rozhdiéstvensky, que rodeó rápidamente la mesa a la vez que distribuía copias de la carta de Varsovia.

—Lo que tenéis ante vosotros es una carta remitida la semana pasada a Varsovia por el papa de Roma. Considero que esto es una amenaza política potencial para nosotros.

Lo que tenía cada uno de ellos era una fotocopia del documento original, ya que algunos hablaban polaco, acompañada de una traducción literal al ruso, con notas a pie de página.

—Ya la he leído —dijo Alexándrov desde su alejado escaño de «candidato».

En deferencia al alto rango del enfermo terminal Mijáil Suslov, su escaño a la izquierda de Brézhnev y junto a Andrópov estaba vacío, pero

sobre su lugar en la mesa había los mismos documentos que tenían los demás; tal vez Suslov los hubiera leído en su lecho de muerte y arremetiera una última vez desde el nicho que lo esperaba en el muro del Kremlin.

—Esto es un escándalo —exclamó inmediatamente el mariscal Ustínov, también cerca de los ochenta—. ¡Quién se ha creído que es ese sacerdote!

—Es polaco —les recordó Andrópov a sus colegas—, y considera que tiene la obligación de brindar protección política a sus ex compatriotas.

—¿De qué pretende protegerlos? —preguntó el ministro del Interior—. La amenaza en Polonia procede de sus propios contrarrevolucionarios.

—Y su gobierno no tiene suficientes agallas para enfrentarse a ellos. Ya os advertí el año pasado que deberíamos intervenir —dijo el primer secretario del partido de Moscú.

—¿Y si se resisten? —preguntó el ministro de Agricultura desde su escaño al fondo de la mesa.

—Podéis estar seguros de ello —reflexionó en voz alta el ministro de Exteriores—. Por lo menos opondrán resistencia política.

—¿Dmitri Fiódorovich? —dijo Alexándrov dirigiéndose al mariscal Ustínov, que vestía su uniforme militar con dos palmos de condecoraciones, incluidas dos estrellas de «Héroe de la Unión Soviética».

Había obtenido sus medallas por su valor político, no en el campo de batalla, pero era uno de los más listos de los presentes, que se había distinguido como comisario popular de armamento en la «gran guerra patriótica» y por haber contribuido a encaminar a la URSS hacia la era espacial. Su opinión era previsible, pero respetable por su sagacidad.

—La cuestión, camaradas, es si los polacos opondrían resistencia armada. Eso no supondría una amenaza militar, pero crearía una situación política sumamente embarazosa, tanto aquí como en el extranjero. Es decir, no podrían detener al Ejército Rojo en el campo de batalla, pero si lo intentaran, las repercusiones políticas serían graves. Por eso apoyé el año pasado nuestra decisión de aplicar presión política en Varsovia, que como recordaréis se llevó a cabo con éxito.

A sus setenta y cuatro años, Dmitri Fiódorovich había aprendido a ser cauteloso, por lo menos en lo concerniente a la política internacional. La preocupación implícita era el efecto que tendría dicha resistencia en los Estados Unidos de Norteamérica, que acostumbraban a meter las narices en lo que no era de su incumbencia.

—Eso podría perfectamente instigar agitación política en Polonia, según mis analistas —comentó Andrópov, y se sintió un ligero escalofrío en la sala.

—¿Qué gravedad reviste y hasta qué punto puede llegar a empeorar, Yuri Vladimirovich? —preguntó Brézhnev bajo sus frondosas cejas, que hablaba por primera vez.

—Polonia sigue siendo inestable, debido a elementos contrarrevolucionarios en su propia sociedad. Su sector laboral, en particular, está inquieto. Tenemos nuestras fuentes dentro de ese conciliábulo que denominan «solidaridad», y dicen que la agitación va en aumento. El problema con el papa es que, si cumple su amenaza y se traslada a Polonia, los polacos dispondrán de un punto de concentración, y si son los suficientes, puede que intenten cambiar su forma de gobierno —respondió delicadamente el director del KGB.

—Eso no es aceptable —repuso sosegadamente Leonid Ilich, en un ambiente donde sólo se levantaba la voz para liberar el estrés personal y el tono tranquilo era mucho más peligroso—Si Polonia cae, a continuación lo hará Alemania...

Seguida de todos los países del Pacto de Varsovia, lo cual dejaría a la Unión Soviética sin su zona de protección frente a Occidente. La OTAN era fuerte y lo sería aún más cuando entrara en efecto el nuevo crecimiento defensivo de Estados Unidos. Habían recibido ya información sobre ese asunto tan preocupante. Sabían que ya habían hecho entrega de sus nuevos tanques, que serían trasladados a Alemania Occidental, así como sus nuevos aviones. Lo más aterrador era el régimen intensivo de entrenamiento que recibían los soldados norteamericanos. Efectivamente parecían preparativos para avanzar hacia el este.

La caída de Polonia y Alemania supondría reducir el desplazamiento a territorio soviético en más de mil kilómetros, y no había un solo hombre en aquella mesa que no recordara la última vez que los alemanes habían penetrado en la Unión Soviética. A pesar de todas las protestas de que la OTAN no era más que una alianza defensiva, cuyo propósito era el de evitar que el Ejército Rojo llegara a los Campos Elíseos, para Moscú la OTAN y las demás alianzas norteamericanas eran como una enorme soga concebida para su cuello. Todos lo habían pensado detenidamente, y en realidad no necesitaban agregar inestabilidad política a sus problemas. Los comunistas, aunque no necesariamente tan fervientes como Suslov y su heredero ideológico Alexándrov, temían sobre todo que su pueblo se alejara de la fe verdadera, que constituía la fuente de su propio poder y gran comodidad personal. Todos habían llegado al poder a remolque de una revolución campesina, que había derrocado a la dinastía Romanov, o por lo menos eso se decían a sí mismos, a pesar de lo que contara realmente la historia, y no se hacían ninguna ilusión sobre cuál sería su propio destino en caso de una revuelta,

—De modo que ese cura polaco supone una amenaza —dijo Brézhnev cambiando de posición.

—Sí, camaradas, así es —afirmó Andrópov—. Esta carta es un verdadero ataque contra la estabilidad política en Polonia y, por consiguiente, contra la totalidad del Pacto de Varsovia. La Iglesia católica sigue teniendo mucho poder político en toda Europa, incluidos nuestros fraternales aliados socialistas. Si dimitiera del papado y regresara a su patria, eso en sí constituiría una importantísima declaración política.

—En una ocasión, Iosif Visariónovich Stalin preguntó de cuántas divisiones disponía el papa. La respuesta evidentemente es de ninguna, pero no podemos descartar su poder. Supongo que podríamos intentar disuadirlo mediante contactos diplomáticos...

—Eso sería una verdadera pérdida de tiempo —repuso inmediatamente el ministro de Asuntos Exteriores—. Siempre que hemos mantenido algún contacto diplomático ocasional con el propio Vaticano, nos han escuchado educadamente, se han expresado razonablemente y luego han hecho lo que se les ha antojado. No, no podemos influir en él, ni siquiera amenazando a la Iglesia. Interpretan las amenazas como si fueran retos.

Y eso puso las cartas boca arriba sobre la mesa. Andrópov leestaba agradecido al ministro de Asuntos exteriores, que también lo apoyaba en el asunto de la sucesión. Se preguntó perezosamente si Brézhnev sabía o

si le preocupaba lo que sucediera después de su muerte; le preocuparía el destino y la protección de sus hijos, pero eso tenía fácil solución. Se les podría otorgar a todos ellos sinecuras en el partido para que no tuvieran que depender de nadie en el futuro.

—Yuri Vladimirovich, ¿qué puede hacer el KGB acerca de esta amenaza? —preguntó a continuación Brézhnev, mientras Andrópov reflexionaba agradecido sobre lo fácil que era de manejar.

—Quizá sea posible eliminar la amenaza eliminando a su autor —respondió el director en un tono pausado y frío.

—¿Matarlo? —preguntó Ustínov.

—Sí, Dmitri.

—¿Qué peligro supondría esto? —preguntó inmediatamente el ministro de Asuntos Exteriores, a quien le preocupaban este tipo de cosas como a todos los diplomáticos.

—No podemos evitarlo por completo, pero podemos controlarlo. Mi personal ha elaborado un concepto operativo, que consistiría en disparar al papa durante una de sus comparecencias en público. He traído a mi ayudante, el coronel Rozhdiéstvensky, para que nos informe al respecto. Con vuestro permiso, camaradas. Aleksey Nikolay'ch —agregó después de que todos asintieran.

—Camaradas —dijo el coronel después de levantarse para dirigirse al atril, procurando controlar el temblor de sus rodillas—, la operación no tiene nombre, ni lo tendrá por razones de seguridad. El papa aparece en público todos los miércoles por la tarde. Generalmente circula por la plaza de San Pedro en un vehículo que no ofrece protección alguna contra un atentado y se acerca a tres o cuatro metros de la multitud allí reunida.

Rozhdiéstvensky había elegido cuidadosamente sus palabras. Todos los presentes que estaban situados alrededor de aquella mesa estaban familiarizados con la Biblia y con su terminología. Uno no podía criarse, ni siquiera en ese país, sin adquirir cierto conocimiento del cristianismo, aunque sólo fuera para detestarlo.

—La cuestión, por consiguiente —prosiguió el coronel, consiste en cómo hacer llegar a un hombre con una pistola a la primera línea de los espectadores, con el fin de que pueda efectuar su disparo a una distancia suficientemente corta para que sea probablemente certero.

—¿No «seguro»? —preguntó con cierta indignación el ministro del Interior.

Rozhdiéstvensky hizo un esfuerzo para no destemplarse.

—Camarada ministro, raramente tratamos con certezas absolutas. Ni siquiera un experto en armas cortas puede garantizar un disparo perfecto contra un blanco en movimiento, y las realidades tácticas no le permitirán apuntar cuidadosamente. El asesino deberá sacar rápidamente el arma de donde la tenga escondida y disparar. Puede que logre efectuar dos, o incluso tres disparos, antes de que lo inmovilice la muchedumbre. En ese momento, un segundo agente matará al asesino por la espalda con una pistola con silenciador y luego se dará a la fuga. De ese modo no quedará nadie para hablar con la policía italiana. Utilizaremos a nuestros aliados socialistas búlgaros para seleccionar al asesino, hacerlo llegar al lugar adecuado y luego eliminarlo.

—¿Cómo huirá nuestro amigo búlgaro, dadas las circunstancias? —quiso saber Brézhnev.

Andrópov se percató de que su conocimiento personal de las armas de fuego le permitía eludir los aspectos técnicos.

—Es probable que la muchedumbre se concentre en el asesino y no preste atención al disparo del agente secreto que se efectúe a continuación. Será prácticamente silencioso y habrá mucho ruido del gentío. Luego retrocederá y huirá —explicó Rozhdiéstvensky—. El agente que queremos utilizar tiene mucha experiencia en esta clase de operaciones.

—¿Tiene un nombre? —preguntó Alexándrov.

—Sí, camarada, y se lo puedo facilitar si lo desean, pero por razones de seguridad...

—Correcto, coronel intervino Ustínov—. En realidad no necesitamos saber su nombre, ¿verdad, camaradas?

Todos asintieron alrededor de la mesa. Para esos hombres, el secretismo era algo tan natural como orinar.

—¿Y por qué no un francotirador? —preguntó el ministro del Interior.

—Correríamos el riesgo de que lo descubrieran. La fuerza de seguridad del propio Vaticano, mercenarios suizos, patrulla por los edificios alrededor de la plaza y...

—¿Son buenos esos milicianos suizos? —preguntó alguien.

—¿Hay que ser bueno para ver a un hombre con un rifle y dar la voz de alarma? —respondió razonablemente Rozhdiéstvensky—. Camaradas, cuando se organiza una operación como ésta, se procuran mantener las variables rigurosamente bajo control. La complejidad es un peligroso enemigo en toda empresa de ese género. Como está planeado, sólo precisamos introducir a dos hombres en una muchedumbre de millares de personas y lograr que se acerquen todo lo posible al papa. Luego es sólo cuestión de efectuar el disparo. Es fácil ocultar una pistola entre la ropa holgada. No se somete al público a ninguna clase de control ni de cacheo. Sí, camaradas, éste es el mejor plan que podernos elaborar, a no ser que quieran mandar a un pelotón de soldados del Spetsnaz a los apartamentos del Vaticano. Evidentemente, eso funcionaría, pero sería imposible ocultar una operación semejante. Esta misión, si se realiza, depende sólo de dos personas, de las cuales sólo una sobrevivirá y casi con toda certeza huirá tranquilamente.

—¿Qué nivel de fiabilidad tienen los participantes? —preguntó el presidente de la Comisión de Control del partido.

—El oficial búlgaro ha matado personalmente a ocho hombres y tiene buenos contactos en la comunidad criminal turca, donde seleccionará a nuestro asesino.

—¿Un turco? —preguntó alguien del partido.

—Sí, un musulmán —confirmó Andrópov—. Es mucho mejor para nosotros que se le pueda atribuir la operación a un turco mahometano, ¿no les parece?

—Eso no nos perjudicaría —afirmó el ministro de Asuntos Exteriores—. En realidad, podría incrementar el aspecto barbárico del islam a los ojos de Occidente. Eso induciría a Norteamérica a aumentar su apoyo a Israel y molestaría a los países musulmanes donde compran su petróleo. El plan está revestido de una elegancia que me resulta atractiva, Yuri.

—La complejidad del plan se limita enteramente a sus consecuencias —observó el mariscal Ustínov—, no a su propia realización.

—Correcto, Dmitri —confirmó Andrópov.

—¿Qué probabilidades existen de que se relacione esta operación con nosotros? —preguntó el secretario del partido ucraniano.

—Si lo único que dejamos es a un turco muerto, será muy difícil establecer conexiones —respondió el director del KGB—. Esta operación no tiene nombre. El número de personas involucradas es inferior a veinte y la mayoría estamos ahora en esta sala. No habrá constancia escrita. Camaradas, la seguridad de esta operación será absoluta. Debo insistir en que ninguno de vosotros se lo comente a nadie. Ni a vuestras esposas, ni a vuestros secretarios particulares, ni a vuestros asesores políticos. De ese modo no habrá filtraciones. No olvidemos que los servicios de Inteligencia occidentales siempre intentan descubrir nuestros secretos. En este caso, no podernos permitir que ocurra.

—Deberías haber limitado esta discusión al Consejo de Defensa —reflexionó Brézhnev en voz alta.

—Lo pensé, Leonid Ilich —respondió Andrópov—, pero las implicaciones políticas de este asunto requieren la atención de todo el Politburó.

—Comprendo —asintió el secretario general, pero sin llegar a comprender que Andrópov había elegido cuidadosamente dicha vía para no parecer un aventurero ante los ojos de quienes en un futuro próximo lo elevarían a la presidencia—. Muy bien, Yuri. No tengo ninguna objeción —concluyó pensativamente Brézhnev.

—Sigue siendo una perspectiva peligrosa —dijo el secretario de la república socialista soviética rusa federada—. Debo reconocer que no me siento plenamente cómodo con este plan.

—Gregoriy Vasiliyevich —respondió el jefe del partido ucraniano—, en lo que concierne a Polonia, si su gobierno cae, yo sufriré consecuencias que no me resultan atractivas. Y tú estás en la misma situación —advirtió—. Si ese polaco regresa a su país, los resultados podrían ser desastrosos para todos nosotros.

—Soy consciente de ello, pero el asesinato de un jefe de Estado no debe tomarse a la ligera. Creo que antes deberíamos avisarlo; hay formas de llamar su atención.

El ministro de Asuntos Exteriores meneó la cabeza.

—Ya lo he dicho antes, sería perder el tiempo. Los hombres como él no comprenden lo que significa la muerte. Podríamos amenazar a los miembros de su iglesia en los países del Pacto de Varsovia, pero con toda probabilidad eso surtiría el efecto contrario al deseado. Nos colocaría en la peor situación posible, con las consecuencias de atacar a la Iglesia católica y sin la opción de eliminar a ese problemático sacerdote. No —insistió, negando con la cabeza—, si hay que hacerlo, debe hacerse bien, decisivamente y con rapidez. Yuri Vladimirovich, ¿cuánto tiempo se necesita para llevar a cabo esta misión?

—¿Coronel Rozhdiéstvensky? —preguntó el director del KGB.

Todas las miradas se centraron en el coronel y éste procuró mantener un tono de voz nivelado. Estaba en aguas muy profundas para un mero coronel. Toda la operación descansaba ahora sobre sus hombros, lo cual era una posibilidad que nunca había considerado plenamente. Pero si aspiraba a conseguir sus estrellas de general, no le quedaba más remedio que aceptar la responsabilidad.

—Camarada ministro, calculo unas cuatro o seis semanas si hoy

autorizan ustedes la operación y se informa debidamente al Politburó búlgaro. Utilizaremos a uno de sus agentes, para lo cual su permiso es necesario.

—¿Andrey Andréievich? —preguntó Brézhnev—. ¿Qué cooperación cabe esperar de Sofía?

El ministro de Asuntos Exteriores reflexionó un instante antes de responder.

—Eso dependerá de lo que les pidamos y de cómo lo hagamos. Si les revelamos el propósito de la operación, puede que titubeen un poco.

—¿Podemos pedir su cooperación sin revelarles el propósito de la misma? —preguntó Ustínov.

—Creo que sí. Podemos ofrecerles simplemente cien nuevos tanques o algunos cazas, como gesto de solidaridad socialista — sugirió el ministro de Asuntos Exteriores.

—Seamos generosos —dijo Brézhnev—. Estoy seguro de que en el Ministerio de Defensa tienen alguna solicitud pendiente, ¿me equivoco, Dmitri?

—¡Permanentemente! —confirmó el mariscal Ustínov—. ¡Nunca dejan de pedir más tanques y más MiGs!

—Entonces cargad los tanques en un tren y mandadlos a Sofía. Camaradas, tenemos que votar —dijo el secretario general del Politburó.

Los once miembros con voz y voto se sintieron ligeramente presionados. Los siete «candidatos», sin voto, se limitaron a observar y a asentir.

Como de costumbre, el voto fue unánime. Nadie votó en contra, a pesar de que algunos ocultaban dudas en su silencio. En esta sala, nadie quería alejarse demasiado del espíritu colectivo. Aquí el poder estaba tan circunscrito como en cualquier otro lugar del mundo, hecho acerca del que raramente reflexionaban y sobre el que nunca actuaban.

—Muy bien —dijo Brézhnev dirigiéndose a Andrópov . El KGB está autorizado a realizar esta operación y que Dios tenga piedad de su alma polaca —agregó con cierta ligereza campesina—. ¿Algo más?

—Camarada, con tu permiso... dijo Andrópov al tiempo que el jefe asentía—. Nuestro hermano y amigo Mijáil Andréievich Suslov abandonará pronto esta vida, después de un prolongado y fiel servicio al partido que todos apreciamos. Su escaño ya está vacío debido a su enfermedad y es preciso ocuparlo. Yo propongo a Mijáil Yevgeniyevich Alexándrov como nuevo secretario del Comité Central de Ideología y miembro de pleno derecho con voz y voto en el Politburó.

Alexándrov logró incluso ruborizarse. Levantó las manos y habló con absoluta sinceridad:

—Camaradas, mi amigo, nuestro amigo, está todavía vivo. No puedo ocupar su escaño mientras siga vivo.

—Está muy bien lo que dices, Misha —observó el secretario general, utilizando el diminutivo cariñoso de su nombre de pila—. Pero Mijáil Andréievich está gravemente enfermo y le queda poco tiempo de vida. Sugiero que posterguemos momentáneamente la moción de Yuri. Dicho nombramiento, evidentemente, deberá ser ratificado por el conjunto del Comité Central.

Pero eso, como todos sabían, no llegaba siquiera a mera formalidad. Brézhnev acababa de dar su visto bueno a la promoción de Alexándrov y

eso era todo lo que se precisaba.

—Gracias, camarada secretario general.

Y ahora Alexándrov podía contemplar la silla vacía que estaba a la izquierda de Brézhnev, consciente de que dentro de pocas semanas sería oficialmente suya. Lloraría como todos los demás cuando Suslov muriera y sus lágrimas serían igualmente frías. E incluso Mijáil Andréievich lo comprendería. Su mayor problema consistía ahora en enfrentarse a la muerte, el más descomunal de los misterios de la vida, y preguntarse qué había más allá. Todos los presentes deberían enfrentarse a eso, pero en su caso estaba suficientemente lejano, en principio, para olvidarlo. Esa era una de las diferencias entre ellos y el papa, de cuya muerte pronto serían responsables, pensó Yuri Andrópov.

La sesión se levantó poco después de las cuatro de la tarde. Se despidieron como siempre con cumplidos y apretones de manos, antes de emprender cada uno su camino. Andrópov, seguido del coronel Rozhdiéstvensky, tardó un poco en salir. Pronto sería el último en hacerlo, como era prerrogativa del secretario general.

—Camarada director, tenga la bondad de disculparme un momento —dijo Rozhdiéstvensky antes de dirigirse al servicio.

Al cabo de un minuto y medio regresó, claramente aliviado.

—Lo ha hecho muy bien, Aleksey —dijo Andrópov cuando reemprendieron la marcha por la escalera, en lugar de coger el ascensor. ¿Qué impresión le ha causado?

—El camarada Brézhnev está más frágil de lo que imaginaba.

—Sí, es cierto. No le ha servido de mucho dejar de fumar —dijo Andrópov mientras se metía la mano en el bolsillo en busca de sus Marlboro, ya que ahora no fumaban en las reuniones del Politburó por deferencia a Leonid Ilich, y el director del KGB necesitaba un cigarrillo inmediatamente—. ¿Algo más?

—Ha sido asombrosamente consensual. Supongo que esperaba más discrepancias, más discusión.

Las discusiones entre espías en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy eran mucho más animadas, especialmente cuando hablaban de operaciones.

—Son todos muy cautelosos, Aleksey. Los que tienen tanto poder al alcance de la mano siempre lo son, como corresponde. Pero a menudo no actúan porque temen hacer algo nuevo y diferente.

Andrópov sabía que su país necesitaba cosas nuevas y diferentes, y se preguntaba lo difícil que sería para él llevarlas a cabo.

—Pero, camarada director, nuestra operación...

—Eso es distinto, coronel. Cuando se sienten amenazados, entonces pueden actuar. Temen al papa. Y probablemente hacen bien, ¿no le parece?

—Camarada director, sólo soy un coronel. Mi función es servir, no mandar.

—Siga así, Aleksey. Es más seguro.

Andrópov entró en el coche, se sentó y se sumió inmediatamente en sus pensamientos.

Al cabo de una hora, Zaitzev concluía su jornada laboral y esperaba su

relevo. El coronel Rozhdiéstvenskv apareció junto a él sin previo aviso.

—Capitán, necesito mandar esto a Sofía inmediatamente —dijo el coronel—. ¿Ve alguien más estos mensajes? preguntó después de hacer una pausa.

—No, camarada coronel. El titular del mensaje lo identifica como algo sólo para mí. Así consta en las ordenanzas.

—Bien. Que siga así dijo, entregándole el documento. —A sus órdenes, camarada coronel.

Zaitzev vio cómo se marchaba. Apenas disponía de tiempo para el encargo antes de retirarse.

ALTO SECRETO
INMEDIATO Y URGENTE
DE: DIRECCIÓN, MOSCÚ CENTRO
A: DELEGADO DE SOFÍA
REFERENCIA: IDENTIFICADOR OPERATIVO 15-8-82-666
OPERACIÓN APROBADA. PRÓXIMO PASO APROBACIÓN INTERMEDIA POLITBURÓ BÚLGARO. ESPERA PLENA APROBACIÓN DENTRO DE DIEZ DÍAS A LO SUMO. SIGUE PLANEANDO OPERACIÓN.

Zaitzev vio salir el télex y a continuación entregó una copia a un mensajero para que la llevara en mano al piso superior. Luego se retiró a paso un poco más ligero que de costumbre. En la calle sacó su paquete de Trud del bolsillo para fumar otro cigarrillo antes de bajar por la escalera mecánica al andén del metro. Entonces consultó el reloj de pared. Se percató de que había caminado demasiado deprisa y dejó que se le escapara el primer tren, mientras manoseaba como pretexto su paquete de cigarrillos por si alguien lo estaba observando, aunque si alguien lo hacía, ya era hombre muerto. Le temblaron las manos sólo de pensar en ello. El próximo tren salió del túnel a la hora en punto y se subió al vagón apropiado, entre una quincena aproximada de trabajadores como él...

Y ahí estaba, leyendo un periódico, con el impermeable desabrochado y la mano derecha sujeta a la barra cromada del techo.

Zaitzev se le acercó. En la mano derecha llevaba la segunda nota, que acababa de sacar de su paquete de cigarrillos. Se percató tardíamente de que llevaba una corbata verde brillante, sujeta con una aguja dorada. Vestía un traje castaño, una camisa blanca de aspecto caro y el periódico ocultaba su cara. No volvió la cabeza y Zaitzev siguió acercándosele.

Una de las cosas que Ed Foley había aprendido en La Granja había sido a perfeccionar su visión periférica. Con entrenamiento y práctica, en realidad uno podía llegar a ampliar el campo de visión más de lo que parecía. Durante su entrenamiento en la CIA había aprendido a leer los números de las casas cuando caminaba por una calle sin volver la cabeza. Era como montar en bicicleta; cuando uno lo había aprendido, bastaba con concentrarse para hacerlo cuando fuera necesario. Y así fue como vio a alguien que se le acercaba lentamente. Era un varón blanco, de metro ochenta aproximadamente, corpulencia media, ojos y pelo castaños, ropa pardusca y necesitaba un corte de pelo. No vio el rostro con suficiente claridad para recordarlo, o identificarlo en una rueda de reconocimiento,

pero se percató de que sus facciones eran eslavas. Expresión impasible, pero sus ojos definitivamente lo miraban. Foley no permitió que variara el ritmo de su respiración, aunque puede que aumentaran los latidos de su corazón.

Adelante, Iván. Llevo la jodida corbata verde, como me lo pediste. Había subido en la estación adecuada. La central del KGB estaba a sólo una manzana de la boca del metro. Sí, probablemente era un espía. No se trataba de una trampa. Si perteneciera al Segundo Directorio, lo habrían organizado de otro modo. Eso era demasiado evidente, chapucero, no como lo haría el KGB. Habrían elegido otra estación del metro.

Ese individuo es realmente auténtico, se dijo a sí mismo Foley. Se obligó a ser paciente, lo cual no fue fácil siquiera para un agente experimentado como él, pero respiró hondo imperceptiblemente y esperó, al tiempo que ordenaba a las terminaciones nerviosas de su piel que comunicaran el más leve cambio de peso de su impermeable sobre sus hombros...

Zaitzev miró a su alrededor tan desinteresadamente como supo. Nadie le prestaba atención, ni miraba vagamente hacia él. Entonces deslizó su mano derecha en el bolsillo abierto con rapidez, aunque no excesiva. Luego la retiró.

Bien, Iván, ¿qué dice en esta ocasión tu mensaje?, pensó Foley mientras su corazón se saltaba un par de latidos.

Una vez más tenía que ser paciente. No tendría sentido hacer que mataran a ese individuo. Si pertenecía realmente al Mercury ruso, no había forma de prever lo importante que aquello podía ser. Como cuando algo mordía por primera vez el anzuelo en alta mar, que podía ser un pez espada, un tiburón, o una bota perdida. Si era un bonito pez espada azulado, ¿qué tamaño tendría? Pero no podía tirar todavía del sedal hasta que hubiera mordido el anzuelo. Eso, si sucedía, ocurriría más adelante. La fase de reclutamiento en las operaciones de campo, que consistía en convertir a algún inocente ciudadano soviético en un agente, en una fuente de información para la CIA, en un espía, era más difícil que ligar en una recepción de las juventudes católicas. El verdadero arte consistía en no dejar a la chica embarazada, o al agente muerto. Las reglas del juego consistían en empezar por un baile rápido, luego uno lento, más adelante un beso, seguido del primer manoseo, y entonces, con suerte, desabrocharle la blusa y...

Cesó el sueño cuando el tren se detuvo. Foley soltó la mano de la barra y miró a su alrededor...

Y ahí estaba, mirándolo, y archivó su rostro en su álbum fotográfico mental.

No muy hábil, muchacho. Eso podría costarte la vida. Nunca mires directamente a tu enlace en un lugar público, pensó Foley cuando pasaba junto a él sin prestarle atención, por el camino más largo hasta la puerta.

A Zaitzev le impresionó el norteamericano. Había visto a su nuevo

contacto ruso, pero sin revelar nada en los ojos, ni siquiera mirarlo directamente, pero cruzándose con él hacia el fondo del vagón. Y de pronto el norteamericano se había alejado. Sé lo que espero que seas, deseó Oleg Ivan'ch con toda la fuerza de su mente.

Después de ascender cinco metros, ya en la calle, Foley se negaba todavía a permitir que su mano se metiera en el bolsillo de su impermeable. Estaba seguro de que otra mano había penetrado en el mismo; lo había percibido. Y ese ruso, quienquiera que fuese, no lo había hecho en busca de dinero.

Foley pasó frente al guardia de la puerta, entró en el edificio y subió en el ascensor. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Sólo después de cerrarla a su espalda se llevó la mano al bolsillo.

Mary Pat estaba allí, observando su rostro, y vio el destello descuidado de comprobación y descubrimiento.

Sacó la nota del bolsillo. Como la vez anterior, se trataba de un formulario para un mensaje y en él había algo escrito. Lo leyó y releyó de inmediato, e incluso por tercera vez antes de entregárselo a su esposa.

A Mary Pat también se le iluminó la mirada.

Era un pescado, pensó Foley, puede que grande. Y pedía algo considerable. Quienquiera que fuese, no era estúpido. No sería fácil organizar lo que quería, pero podría hacerlo. Sólo significaría enojar al brigada y sobre todo enojarlo visiblemente, porque la embajada estaba siempre vigilada. Algo como eso no podría parecer rutinario, ni deliberado, pero tampoco debía ser una actuación merecedora de un Oscar: Estaba seguro de que los marines podrían hacerlo. Cogió la mano de Marv Pat entre las suyas.

—Hola, cariño —dijo para los micrófonos.

—Hola, Ed —respondió su esposa mientras le indicaba con la mano que aquel individuo era genuino.

Ed asintió con la cabeza.

—¿Mañana por la mañana? —preguntó Mary Pat por signos, y Ed asintió de nuevo.

—Cariño, debo volver a la embajada. Maldita sea, me he dejado algo sobre la mesa.

Mary Pat levantó un pulgar a modo de respuesta.

—No tardes. Estoy preparando la cena. He comprado un buen trozo de carne para asar en la tienda finlandesa. Con patatas al horno y mazorcas de maíz.

—Parece apetitoso respondió Ed—. Media hora como mucho.

—Bien, date prisa.

—¿Dónde están las llaves del coche?

—En la cocina.

Ambos caminaron en dicha dirección.

—¿Debo marcharme sin un beso? —preguntó Ed en su mejor tono de marido sometido.

—Supongo que no —respondió juguetonamente su esposa. ¿Algo interesante hoy en el trabajo?

—Sólo ese tal Prince, del Times.

—Es un cretino.

—¿A mí me lo dices? Hasta luego, cariño.

Foley se dirigió a la puerta, todavía con su impermeable.

Al salir saludó con la mano al guardia de la puerta, e hizo una mueca de frustración para dar la impresión adecuada. Los guardias probablemente tomaban nota de sus entradas y salidas, puede que incluso llamaran a alguien, y con un poco de suerte cotejarían su desplazamiento a la embajada con las grabaciones del piso, y los chupatintas del Segundo Directorio pondrían una cruz en el lugar adecuado del formulario de vigilancia, confirmando que Ed Foley efectivamente había metido la pata y había olvidado algo en su despacho. Debería acordarse de llevar una carpeta en el asiento del Mercedes a su regreso. Los espías se ganaban esencialmente la vida recordándolo todo y no olvidando nada.

A esa hora de la tarde, el desplazamiento en coche a la embajada fue más rápido que en el metro, pero eso era algo incorporado a su rutina laboral. A los pocos minutos entró por la puerta de la embajada, frente al centinela de los marines, cogió una tarjeta de visitante antes de entrar corriendo entre otros marines y subió a su despacho. Allí levantó el teléfono e hizo una llamada mientras cogía una carpeta e introducía en la misma un ejemplar del International Herald Tribune.

—Sí, ¿Ed? —respondió la voz de Dominic Corso, uno de sus agentes de campo.

Corso, en realidad mayor que su jefe, figuraba oficialmente como agregado comercial. Trabajaba en Moscú desde hacía tres años v estaba bien considerado por el jefe de la delegación. También era neoyorquino, nacido en el municipio de Richmond, en Staten Island, y era hijo de un detective de la policía de Nueva York. Tenía el aspecto de lo que era, un mulato neoyorquino, pero bastante más listo de lo que los racistas estarían dispuestos a reconocer. Tenía los penetrantes ojos castaños de un viejo zorro rojo, pero disimulaba su inteligencia.

—Necesito que hagas algo.

—¿De qué se trata?

Folev se lo contó.

—¿Hablas en serio? —preguntó, por tratarse de algo inusual.

—Sí.

—Bien, se lo diré al brigada. Me preguntará por qué. El brigada Tom Drake, suboficial al mando del contingente de marines de la embajada, sabía para quién trabajaba Corso. —Dile que se trata de una broma, pero que es importante. —De acuerdo —asintió Corso. ¿Algo que yo necesite saber?

—No de momento.

Corso parpadeó. Pensó que debía de tratarse de un asunto delicado si el jefe no compartía la información, pero eso no era inusual. En la CIA, a menudo uno no sabía lo que hacía su proopio equipo. No conocía demasiado bien a Foley, pero sí lo suficiente para respetarlo.

—Bien, iré a verlo ahora.

—Gracias, Dom.

—¿Cómo le sienta al niño la vida en Moscú? —preguntó el agente de campo de camino a la puerta.

—Se va adaptando. Le gustará más cuando haya aprendido a patinar un poco. Realmente le gusta el hockey.

—Bueno, para eso está en la ciudad adecuada.

—No cabe la menor duda —dijo Foley mientras se ponía de pie y cogía su carpeta. Vamos a resolver esto, Dom.

—Inmediatamente, Ed. Hasta mañana.

CAPITULO CATORCE

SEÑAL DE PELIGRO

Si hay algo constante en el espionaje, eso es lo poco que duermen los que lo ejercen. Lo provoca el estrés, compañero inseparable de los espías. Cuando a Ed FoleY y a Mary Pat les costaba dormir, siempre podían comunicarse por signos en la cama.

—Es del todo auténtico —dijo Ed.

—Estoy de acuerdo. ¿Hemos tenido alguna vez a alguien tan introducido? —preguntó su esposa.

—Ni de lejos —respondió Ed.

—En Langley alucinarán.

—Es un bombazo —reconoció él.

Final de la novena, bases cargadas, dos fuera, cuenta completa y el lanzador acababa de efectuar un gran lanzamiento curvado que subiría al marcador. Siempre y cuando no lo estropearan todo, se advirtió Foley a sí mismo.

—¿Quieres que intervenga? —preguntó a continuación su esposa.

—Hay que esperar.

Mary Pat respondió con un suspiro que ya lo sabía. Incluso ellos se impacientaban. Foley veía aquella pelota bombeada en medio del campo, en el cenit de su trayectoria, y al bateador de Louisville con las manos apretadas y la mirada tan fija en la misma que distinguía incluso sus costuras, dispuesto a golpearla con tanta fuerza que saldría del estadio y acabaría en el centro de la ciudad. Le mostraría a Reggie Jackson quién era el auténtico bateador en ese campo...

Si no lo estropeaba todo, se repitió a sí mismo. Pero Ed Foley había llevado a cabo una operación semejante en Teherán y había conseguido un agente en la comunidad revolucionaria, que lo convirtió en el único oficial de campo de la delegación que podía medir el pulso del deterioro de la situación para el sha y sus informes encendieron la luz de su estrella en Langley, convirtiéndolo así en uno de los protegidos de Bob Ritter.

Y también le sacaría el jugo a ésta.

En Langley, Mercury era el lugar al que todos temían, porque sabían que un empleado bajo control extranjero podría derrumbar prácticamente el edificio entero. Esa era la razón por la que todos pasaban dos veces al año por «la caja», donde los mejores expertos del FBI los sometían al detector de mentiras, ya que no confiaban siquiera en los especialistas de la propia CIA para dicha función. Un oficial de campo o un analista en jefe corruptos podían quemar a muchos agentes y muchas misiones, con el consiguiente peligro para todos los involucrados, pero una filtración en

Mercury sería como soltar a una agente femenina del KGB en la Quinta Avenida con una tarjeta oro de la American Express. Podría conseguir todo lo que se le antojara. Maldita sea, el KGB podría llegar a pagar un millón de dólares por una fuente semejante. Arruinarían la Hacienda rusa, pero la rentabilizarían con uno de los huevos de Fabergé de Nicolás II, sin el menor remordimiento.

Todo el mundo sabía que el KGB debía disponer de la contrapartida de Mercury, pero ningún servicio de Inteligencia había logrado meterse en el bolsillo a un ruso que perteneciera al mismo.

Foley se preguntaba cómo debía de ser; qué aspecto tenía la sala. En Langley era inmensa, del tamaño de un parking, sin paredes ni tabiques interiores para que todos pudieran verse. Había siete estructuras cilíndricas para almacenar casetes, con los nombres de los enanitos de Disney, e incluso cámaras de televisión en el interior, por si algún lunático intentaba entrar, aunque probablemente eso le costaría la vida, pues los potentes extractores giraban sin previo aviso. Además, sólo los grandes ordenadores, incluido el más rápido y más potente fabricado por Cray Research, sabían qué casete contenía ciertos datos y dónde se encontraba. La seguridad allí, a múltiples niveles y verificada a diario, o tal vez a todas horas, era asombrosa. De vez en cuando y al azar, probablemente el FBI, a cuya pandilla de detectives se les daba bastante bien esa función, seguían a los empleados desde el trabajo hasta su casa. Debía de ser agobiante para los que trabajaban allí, pero si alguien se había quejado en alguna ocasión, la queja no había llegado hasta Ed Foley. Los marines debían correr sus cinco kilómetros diarios y someterse a inspecciones formales, y los empleados de la CIA tenían que soportar la asfixiante paranoia institucional, pero así eran las cosas. El detector de mentiras era particularmente molesto y la CIA disponía incluso de psiquiatras que entrenaban al personal para engañar al detector. Tanto Ed como su esposa habían recibido dicho entrenamiento, y a pesar de eso la CIA los obligaba a pasar por la caja por lo menos una vez al año para comprobar su lealtad o verificar si todavía recordaban su entrenamiento.

¿Pero hacía lo mismo el KGB? Sería una locura no hacerlo, pero Ed no estaba seguro de que dispusieran de la tecnología necesaria y, por consiguiente, tal vez lo hicieran, o tal vez no. Había muchas cosas con respecto al KGB que tanto él como la CIA desconocían. En Langley se hacían muchas conjeturas imaginarias, basadas sobre todo en la idea de que «si nosotros lo hacemos, ellos también deben de hacerlo», lo cual era una soberana estupidez. Nunca dos personas, ni mucho menos dos países, habían hecho las cosas exactamente del mismo modo y ésa era la razón por la que Ed Foley era uno de los mejores en ese oficio de locos. Era consciente de ello. Nunca dejaba de buscar. Nunca repetía nada del mismo modo, salvo como artimaña, para dar a alguien una falsa impresión, especialmente a los rusos, que casi con toda seguridad padecían la misma enfermedad burocrática que restringía las mentes de la CIA.

—¿Y si ese individuo quiere un billete de salida? —preguntó Mary Pat.

—Primera clase en Pan Am —respondió su marido moviendo los dedos tan rápidamente como pudo, con derecho a acostarse con la azafata.

—Eres muy malo —repuso Mary Patricia con el sonido apagado de una carcajada.

Pero sabía que Ed tenía razón. Si ese individuo quería jugar a los espías, lo más sensato podría ser sacarlo de la URSS, trasladarlo a Washington y ofrecerle un pase vitalicio a Disneylandia después de haberlo interrogado. Un ruso recibiría una sobrecarga sensorial en el Reino Mágico, por no mencionar el recientemente inaugurado Epcot Center. Después de visitar la Montaña Espacial, Ed había bromeado acerca de que la CIA debería alquilar un día el lugar para que lo visitaran los miembros del Politburó soviético, probaran todas las atracciones, comieran unas hamburguesas, tomaran unas coca-colas y a la salida se les explicara que eso era lo que hacían los norteamericanos para divertirse, pero que lamentablemente no se les podía mostrar lo que hacían cuando trabajaban en serio. Si eso no los dejaba aterrados, nada lo haría. Pero los Foley estaban seguros de que surtiría el efecto deseado. Incluso los más importantes, que tenían acceso a todo lo que el KGB extraía de su Enemigo Principal, eran personas eminentemente insulares y provincianas. En general creían en la propaganda porque no tenían nada con qué compararla, ya que en efecto eran tan víctimas del sistema como los pobres campesinos que conducían los camiones.

Pero los Foley no vivían en aquel mundo de fantasía.

—¿Y qué haremos después de satisfacer su petición? —preguntó entonces Mary Pat.

—Paso a paso —respondió Ed mientras ella asentía en la oscuridad.

Al igual que un parto, éste era un proceso que no podía acelerarse para evitar malformaciones. De todos modos quedaba claro que su marido no era un cascarrabias y le dio un beso a oscuras.

Zaitzev no se comunicaba con su esposa. En su caso, ahora, ni siquiera medio litro de vodka lo anudaría a dormir. Había hecho su petición. Sólo al día siguiente sabría con seguridad si trataba con alguien capaz de ayudarlo. Lo que había pedido no era del todo razonable, pero no disponía del tiempo ni de la seguridad necesarios para ceñirse a la razón. Se sentía seguro con el convencimiento de que ni siquiera el KGB podría falsificar lo que había especificado. Sí, claro, podrían conseguirlo de los polacos, los rumanos, o de algún otro país socialista, pero no de los norteamericanos. Incluso el KGB tenía sus límites.

De modo que no le quedaba más remedio que esperar, pero seguía sin poder dormir. Mañana no sería un camarada muy feliz. Empezaba a sentir ya la resaca como un terremoto atrapado en los confines de su cráneo...

—¿Cómo te ha ido, Simon? preguntó Ryan.

—Podría haber sido peor, La primera ministra no me ha arrancado la cabeza de cuajo. Le he dicho que sólo teníamos lo que teníamos y Basil me ha apoyado. Quiere más; lo ha dicho en mi presencia.

—No me sorprende. ¿Has oído alguna vez a un presidente que quisiera menos información, amigo?

—No últimamente —reconoció Harding.

Ryan se percató de que su compañero rezumaba estrés. Estaba seguro de que le apetecería tomarse una cerveza antes de volver a su casa. El analista británico cargó su pipa, la encendió y le dio una honda calada.

—Si hace que te sientas mejor, Langley dispone de tan poca información como vosotros.

—Lo sé. Ella lo ha preguntado y eso ha sido lo que Basil le ha contestado. Evidentemente ha hablado con vuestro juez Moore antes de la entrevista.

—Entonces todos compartimos la misma ignorancia. —Menudo consuelo —refunfuñó Simon Harding.

Hacía mucho que había pasado la hora de volver a casa. Ryan había esperado para ver qué contaría Simon sobre la reunión en el número diez de Downing Street, porque su función consistía también en recoger información sobre los británicos. Ellos lo comprenderían, porque las reglas del juego eran iguales para todos. Consultó su reloj.

—Bueno, para mí ha llegado la hora de volver a casa. Nos veremos mañana.

—Que duermas bien —deseó Harding cuando Ryan se dirigía a la puerta.

Jack estaba bastante seguro de que Simon no lo haría. Sabía lo que Harding ganaba como funcionario de nivel medio, y no era suficiente para un día tan estresante. Pero, ya en la calle, se recordó a sí mismo que así era la vida en la gran ciudad.

—¿Qué le has dicho a tu personal, Bob? —preguntó el juez Moore.

—Exactamente lo que tú me dijiste, Arthur. El presidente quiere información. Todavía no hay nada. Decidle al jefe que tendrá que ser paciente.

—Eso he dicho yo y no le ha gustado demasiado —respondió el director de la CIA.

—Lo cierto, juez, es que no puedo evitar que caiga la lluvia. Hay muchas cosas sobre las que no tenemos poder y el tiempo es una de ellas. Ya es mayor y será capaz de comprenderlo, ¿no crees?

—Sí, Robert, pero le gusta conseguir lo que necesita. Está preocupado por Su Santidad, ahora que el papa ha sacudido la colmena...

—Nosotros también creemos que lo ha hecho. Quizá los rusos sean suficientemente listos para actuar por vía diplomática, decirle que se tranquilice, dejar que se resuelva la situación y...

—Bob, eso no funcionaría —interrumpió el almirante Greer—. No es un personaje a quien se pueda amedrentar con jerga jurídica, ¿no te parece?

—No —reconoció Ritter.

Ese papa no era un hombre dispuesto a transigir en asuntos de gran importancia. Había superado toda clase de situaciones desagradables, desde los nazis de Hitler hasta el comisariado de asuntos interiores de Stalin, y había mantenido su iglesia unida formando un círculo con los carromatos, como se protegían los colonos de los ataques de los indios en las películas del Oeste. Había mantenido su iglesia viva en Polonia y no precisamente cediendo ante asuntos importantes. Y a base de defender su territorio, había conservado suficiente fuerza moral y política para amenazar a las demás superpotencias mundiales. No, aquel individuo no cedería ante ninguna presión.

La mayoría de los seres humanos temían la muerte y la ruina, pero él no. Los rusos nunca entenderían por qué, pero comprenderían el respeto

que merecía. Empezaba a estar claro para Bob Ritter y para los demás altos mandos del servicio de Inteligencia en la sala que la única respuesta que tendría sentido para los miembros del Politburó sería atentar contra el papa. Y hoy se había reunido el Politburó, pero era frustrante desconocer de qué habían hablado o a qué conclusiones habían llegado.

—Bob, ¿tenemos algún medio de averiguar de qué han hablado hoy en el Kremlin?

—Tenemos varias posibilidades y se les habrá avisado dentro de un par de días, o si descubren algo importante, quizá decidan facilitar la información por cuenta propia. Si llegan a comprender la importancia de este asunto, sería de esperar que tomaran la iniciativa de preparar un informe y entregárselo a su contacto oficial —respondió Ritter—. Por cierto, Arthur, me gusta tan poco como a ti esperar sin saber nada, pero debemos dejar que esto siga su curso. Conoces tan bien como yo los peligros de poner a nuestros agentes entre la espada y la pared.

Los tres lo sabían. Algo parecido había provocado la muerte de Oleg Penkovsky. La información que obtuvo evitó probablemente una guerra nuclear y contribuyó al reclutamiento del agente residente más antiguo de la CIA, Cardenal, pero no le sirvió de mucho a Penkovsky. Cuando lo descubrieron, el propio Jruschov exigió su cabeza y la consiguió.

—Sí —reconoció Greer—, y esto no es tan importante en el marco global de la situación.

—Efectivamente —tuvo que admitir el juez Moore, aunque no le entusiasmaba particularmente la perspectiva de explicárselo al presidente.

Pero el nuevo jefe comprendía las cosas cuando uno las explicaba con claridad. Lo realmente aterrador era lo que pudiera hacer el presidente si el papa moría inesperadamente. El jefe era a su vez un hombre de principios, pero también de sentimientos. Eso sería tan enfurecedor como agitar una bandera soviética frente a un toro de lidia. Uno no podía permitir que los sentimientos entorpecieran el arte de gobernar, eso sólo servía para evocar más sentimientos, frecuentemente de aflicción por los recientemente fallecidos. Y los milagros de la nueva tecnología sólo servían para incrementar el número de víctimas. El director de la CIA se reprendió a sí mismo por haberlo pensado. El nuevo presidente era un hombre reflexivo. Sus sentimientos estaban supeditados a su intelecto, muy superior a lo que generalmente se creía, especialmente en los medios de comunicación, que sólo prestaban atención a su sonrisa y a su personalidad histriónica. Pero los medios de comunicación, al igual que muchos políticos, se sentían mucho más cómodos tratando con las apariencias que con la realidad; después de todo, exigía un esfuerzo intelectual mucho menor. El juez Moore miró a sus principales subordinados.

—De acuerdo, pero no olvidemos que uno puede sentirse muy solo ante él en el despacho oval cuando no tiene lo que él quiere.

—Estoy seguro de ello, Arthur —reconoció compasivamente Ritter.

Todavía podía echarse atrás, reflexionó Zaitzev, aún sin poder dormir. Junto a él, Irina respiraba plácidamente dormida. El sueño de los justos, lo llamaban; no el insomnio del traidor.

Lo único que debía hacer era detener aquello. Así de sencillo. Sólo había

dado dos pequeños pasos. Tal vez el norteamericano conociera su rostro, pero eso tenía fácil solución, bastaba con coger otro metro, viajar en otro vagón. Nunca volvería a verlo, su contacto quedaría tan roto como un vaso de cristal caído al suelo y su vida volvería a la normalidad, pero su conciencia... ¿no volvería a turbarlo? Era su conciencia la que lo había metido en ese lío. No, eso no desaparecería.

Pero la otra cara de la moneda era la preocupación, el insomnio y el miedo a perpetuidad. El miedo era algo que todavía no había experimentado, pero estaba seguro de que llegaría. Sólo había un castigo para la traición: la muerte del traidor, seguida de la ruina de sus supervivientes. Los mandarían a Siberia, a contar árboles como eufemísticamente lo llamaban. Era el infierno soviético, un lugar de condena eterna, cuya única escapatoria era la muerte.

En realidad, Zaitzev se percató de que eso era precisamente lo que le haría su conciencia si no seguía adelante, hasta que perdió finalmente la batalla y se quedó dormido.

Al cabo de un segundo, o al menos eso le pareció, sonó el despertador. Afortunadamente no le habían atormentado las pesadillas. Esa era la única buena noticia de la mañana. Parecía que su cabeza estuviera a punto de estallar, empujando los ojos fuera de sus órbitas. Se tambaleó hasta el cuarto de baño, donde se refrescó la cara y se tomó tres aspirinas con la vana esperanza de que aplacaran su resaca en unas horas.

No se sentía con ánimo para comer salchichas, porque también tenía el estómago revuelto, y decidió desayunar cereales, leche y un poco de pan con mantequilla. Pensó en tomar café, pero finalmente se decidió por un vaso de leche, que le sentaría mejor a su estómago.

—Bebiste demasiado anoche —dijo Irina.

—Sí, querida, ya lo sé —logró responder sin resultar desagradable.

Su estado no era culpa suya, e Irina era una buena esposa para él y una buena madre para Svetlana, su pequeña zaichik. Sabía que superaría el día que tenía por delante, pero no le entusiasmaba la idea de afrontarlo. Lo peor del caso era que debía empezar temprano y lo hizo, afeitándose mal y apresuradamente, pero adquiriendo un aspecto presentable con su corbata y su camisa limpia. Antes de salir guardó otras cuatro aspirinas en el bolsillo de su chaqueta y, para activar la circulación, bajó por la escalera en lugar de coger el ascensor. El aire matutino era bastante fresco y eso también lo ayudó ligeramente de camino al metro. Compró un ejemplar de Izvestia, se fumó un Trud y se sintió un poco más animado.

Si alguien lo reconocía.., bueno, pocos lo harían. No estaba en su vagón habitual, ni en su tren de costumbre; solía desplazarse quince minutos más tarde. Era uno de tantos rostros anónimos que llenaban el metro.

Por consiguiente, nadie se percataría de que se apeaba en la estación equivocada.

La embajada norteamericana estaba a sólo dos manzanas, y se dirigió hacia la misma mientras consultaba su reloj.

Conocía el horario exacto porque había estado allí antes, como cadete en la academia del KGB, trasladado en autobús a primera hora de la mañana, con otros cuarenta y cinco compañeros de estudios. Vestían

incluso su uniforme oficial en dicho desplazamiento, probablemente para recordarles su identidad profesional. Incluso entonces parecía una pérdida de tiempo, pero el comandante de la academia era un hueso y ahora aquel desplazamiento servía para algo que le habría escandalizado. Zaitzev encendió otro cigarrillo cuando empezó a vislumbrar el edificio.

Consultó su reloj. Todos los días, a las siete y media en punto, izaban la bandera. Hacía diez años, el comandante de la academia la había señalado y les había dicho: «¡Mirad, camaradas, ése es el enemigo! Ahí es donde vive en nuestra hermosa ciudad de Moscú. En ese edificio residen espías, que aquellos de vosotros que ingreséis en el Segundo Directorio intentaréis identificar y expulsar de nuestro bello país. Ahí viven, y trabajan los que espían en nuestra tierra y a nuestro pueblo. Esa es su bandera.

«Nunca lo olvidéis.»

Y entonces, a la hora en punto, unos miembros del cuerpo de marines de Estados Unidos, con sus atractivos uniformes, izaron la bandera hasta la cima del asta blanca, coronada por una águila de bronce. Zaitzev había comprobado la hora de su reloj en la estación del metro. Debería ocurrir... ahora.

Una corneta tocó una melodía para él desconocida. Sólo alcanzaba a vislumbrar las gorras blancas de los marines, apenas visibles sobre el parapeto de piedra de la azotea del edificio. El estaba al otro lado de la calle, junto a la vieja iglesia que el KGB había llenado de aparatos electrónicos.

Ahí está, pensó, mirando fijamente entre un grupo de transeúntes, en la acera de hormigón resquebrajado.

Y lo vio. Cuando apareció la parte superior de la bandera, era de rayas rojas y blancas horizontales, en lugar del cuadro azul con las cincuenta estrellas blancas. ¡Izaban la bandera al revés! Estaba inequívocamente boca abajo. Y así llegó hasta la cima del asta.

Habían hecho lo que les había pedido. Zaitzev caminó rápidamente hasta el final de la manzana, giró a la derecha, luego de nuevo a la derecha, regresó a la estación del metro de donde había salido y, previo pago de una gran moneda de cobre de cinco copecas, subió a otro metro en dirección a la plaza Dzerzhinskiy.

En aquel momento, como por obra de magia, desapareció su resaca. Casi la olvidó hasta subir de nuevo por la escalera mecánica.

Los norteamericanos están dispuestos a ayudarme, se dijo el oficial de Comunicaciones. Me ayudarán. Puede que, después de todo, logre salvar la vida del cura polaco. Caminaba con alegría cuando entró en el Centro.

—¿Qué coño significaba eso, señor? —preguntó el brigada Drake a Dominic Corso después de volver a izar debidamente la bandera.

—No sabría decírselo, brigada —respondió Corso, aunque su mirada indicaba lo contrario.

—A sus órdenes, señor. ¿Qué pongo en el informe?

—Nada, brigada. Alguien cometió un estúpido error y usted lo corrigió.

—Lo que usted diga, señor Corso.

El brigada tendría que darles una explicación a los marines, pero sería parecida a la que acababa de recibir, aunque en un lenguaje bastante más blasfemo. Si alguien del regimiento de marines de la embajada le hacía alguna pregunta, respondería que había recibido órdenes de la embajada

y el coronel D'Amici tomaría las medidas que creyera oportunas. Qué diablos, que se las apañara con Corso. El brigada de Helena, Montana, esperaba que al ser ambos latinos se comprenderían mejor. De lo contrario, el coronel D'Amici les haría pasar un mal rato a él y a sus marines.

Zaitzev se instaló en su silla después de relevar al comandante Dobrik. El tráfico de la mañana era un poco más escaso que de costumbre y empezó su rutina habitual. A los cuarenta minutos cambió de nuevo la situación.

—Camarada comandante —dijo una voz últimamente familiar, y al volver la cabeza vio al coronel Rozhdiéstvensky.

—Buenos días, camarada coronel. ¿Tiene algo para mí?

—Esto —respondió Rozhdiéstvensky, entregándole un formulario—. Le ruego que lo mande inmediatamente en clave de un solo uso.

—A sus órdenes. ¿Una copia para usted? —Correcto —asintió el coronel.

—Supongo que está permitido utilizar un mensajero interno para entregársela...

—Sí, lo está.

—Muy bien. Saldrá dentro de unos minutos.

—Bien —respondió Rozhdiéstvensky antes de retirarse. Zaitzev examinó el despacho, que afortunadamente era corto. Tardó sólo quince minutos en codificarlo y transmitirlo.

ALTO SECRETO
INMEDIATO Y URGENTE
DE: DIRECCIÓN, MOSCÚ CENTRO
A: DELEGADO DE SOFÍA
REFERENCIA: IDENTIFICADOR OPERATIVO 15-8-82-666
APROBACIÓN OPERATIVA ESPERADA HOY POR LOS CANALES SEÑALADOS EN NUESTRA REUNIÓN. INFORME CUANDO SE HAYAN ESTABLECIDO LOS CONTACTOS APROPIADOS.

Y eso significaba que la operación 666 seguía adelante. El día anterior le había producido a Zaitzev un escalofrío, pero hoy no; hoy sabía que haría algo para impedirla. Si algo malo ocurría a partir de ahora, sería culpa de los norteamericanos. Eso suponía una diferencia considerable. Ahora sólo debía encontrar la forma de mantener algún tipo de contacto regular con ellos.

En el piso superior, Andrópov tenía en su despacho al ministro de Asuntos Exteriores.

—Bien, Andrey, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Normalmente, nuestro embajador se reuniría con su primer secretario, pero, en interés de la seguridad, tal vez sea conveniente intentar otro enfoque.

—¿De cuánta autoridad ejecutiva goza su primer secretario?—preguntó el director.

—Prácticamente de la misma que Koba hace treinta años.

Bulgaria se gobierna de forma muy autoritaria. Los miembros de su Politburó representan distintas circunscripciones, pero en realidad sólo el primer secretario del partido tiene poder decisivo.

—Bien —respondió Yuri Vladimirovich, para quien eso era una buena noticia, antes de levantar el teléfono para hablar con su secretario—. Dígale al coronel Rozhdiéstvensky que se presente.

Al cabo de dos minutos entró el coronel por la puerta del armario.

—A sus órdenes, camarada director.

—Andrey, éste es el coronel Rozhdiéstvensky, mi ayudante ejecutivo. Coronel, ¿habla nuestro delegado en Sofía directamente con el jefe del gobierno búlgaro?

—Rara vez, camarada, pero lo ha hecho ocasionalmente en el pasado.

A Rozhdiéstvensky le sorprendió que el director no lo supiera, pero todavía estaba aprendiendo el funcionamiento de las operaciones de campo. Por lo menos tenía el buen sentido de preguntar sin avergonzarse.

—Muy bien. Por razones de seguridad, preferiríamos que la totalidad del Politburó búlgaro no estuviera al corriente del alcance de la operación 666. Por consiguiente, ¿cree que el coronel Bubovoy podría informar directamente al jefe de su partido y obtener su aprobación de una forma más expeditiva?

—Para ello, probablemente sería necesaria una carta firmada por el camarada Brézhnev —respondió Rozhdiéstvensky.

—Sí, ésa sería la mejor manera de hacerlo —confirmó inmediatamente el ministro de Asuntos Exteriores—. Bien pensado, coronel —agregó en señal de aprobación.

—Muy bien. Hoy la conseguiremos. ¿Estará Leonid Ilich en su despacho, Andrey?

—Sí, Yuri. Lo llamaré antes para decirle lo que se necesita. Puedo ordenar que la redacten en mi oficina, si te parece, ¿o prefieres que lo hagan aquí?

—Con tu permiso, Andrey —respondió cortésmente Andrópov—, es preferible que lo hagamos nosotros. Y la mandaremos por mensajero a Sofía para que la entreguen mañana o pasado mañana.

—Mejor concederle unos días a nuestro camarada búlgaro, Yuri. Son nuestros aliados, pero, después de todo, siguen siendo un Estado soberano.

—Claro está, Andrey.

Todos los países del mundo tenían una burocracia, cuyo único propósito era el de retrasar la ejecución de las cosas importantes.

—Además, no queremos que todo el mundo sepa que nuestro delegado le hace una visita sumamente importante —agregó el ministro de Asuntos Exteriores.

Al coronel Rozhdiéstvensky no le pasó inadvertido que, al tiempo que decía eso, el ministro le daba al director del KGB una pequeña lección sobre seguridad operativa.

—¿Cuánto tiempo después de eso, Aleksey Nikolayvich? —preguntó Andrópov a su ayudante.

—Por lo menos unas semanas. Camarada director —decidió proseguir al detectar enojo en la mirada de su jefe—, para seleccionar a un asesino no bastará con levantar el teléfono y marcar un número. Strokov será necesariamente cuidadoso en su elección. Después de todo, las personas no son tan previsibles como las máquinas y éste es el aspecto más importante y más delicado de la operación.

—Sí, supongo que tiene razón, Aleksey. Muy bien. Comuníquele a Bubovoy que está en camino un mensaje en mano.

—¿Ahora, camarada director, o cuando lo tengamos firmado y listo para mandar? —Rozhdiéstvensky formuló la pregunta como un experto

burócrata, comunicándole a su jefe implícitamente la mejor forma de hacerlo.

Este coronel llegará lejos, pensó el ministro de Asuntos Exteriores, que registraba por primera vez su nombre.

—Buena observación, coronel. Muy bien, se lo comunicaré cuando la carta esté lista para su envío.

—A sus órdenes, camarada director. ¿Desea algo más de mí?

—No, esto es todo por ahora —respondió Andrópov, dándole permiso para que se retirara.

—Yuri Vladimirovich, tienes un buen ayudante.

—Sí, aquí me queda todavía mucho por aprender —reconoció Andrópov—. Y él me educa todos los días.

—Tienes suerte de disponer de tantos expertos.

—Es verdad, Andrey Andréievich. Es verdad.

En su despacho, a lo largo del pasillo, Rozhdiéstvenskv redactó un breve despacho para Bubovoy. Aquello avanzaba con rapidez, pensó, aunque no tan de prisa como deseaba el director del KGB. Realmente anhelaba la muerte de ese sacerdote. El Politburó parecía temeroso de que hubiera terremotos políticos, pero Rozhdiéstvensky dudaba de que eso sucediera. El papa, después de todo, no era más que un ser humano, pero el coronel había amoldado su asesoramiento a lo que su jefe deseaba oír, como todo buen funcionario, sin dejar de informarle de lo que precisaba saber. Su cargo realmente estaba revestido de mucho poder. Rozhdiéstvensky sabía que podía arruinar la carrera de los oficiales que no le gustaran, e influir significativamente en las operaciones. Si algún día la CIA intentaba reclutarlo, podría ser un agente de gran valor. Pero el coronel Rozhdiéstvensky era un patriota y, además, probablemente los norteamericanos no tenían la menor idea de quién era ni de lo que hacía. La CIA inspiraba más miedo del que merecía. Los norteamericanos carecían realmente de sensibilidad para el espionaje. Los ingleses la tenían, pero el KGB y sus predecesores habían logrado infiltrarlos con cierto éxito en el pasado. Hoy no tanto, lamentablemente. Todos los jóvenes comunistas de Cambridge de los años treinta eran ahora unos viejos que estaban cumpliendo condena en cárceles británicas o cobrando pacíficamente su pensión estatal, o tal vez pasando los últimos años de su vida en Moscú, como Kim Philby, considerado un borracho incluso por los moscovitas. Probablemente bebía porque sentía nostalgia de su país, echaba de menos el lugar donde había crecido, la comida, la bebida, los partidos de fútbol y los periódicos de los que siempre había discrepado filosóficamente. Qué terrible debe de ser la vida de un desertor, pensó Rozhdiéstvensky.

¿Qué voy a pedir?, se preguntó Zaitzev.

¿Dinero? La CIA probablemente pagaba muy bien a sus espías, más de lo que podría llegar a gastar en la vida. Lujos inimaginables. ¡Un magnetoscopio! Empezaban a aparecer en Rusia, fabricados sobre todo en Hungría, imitaciones de aparatos occidentales. Lo más difícil era conseguir cintas, especialmente las pornográficas, para las que había mayor

demanda. Algunos de sus colegas del KGB hablaban de esas cosas. Zaitzev nunca había visto ninguna, pero sentía tanta curiosidad como cualquiera. Los dirigentes de la Unión Soviética eran muy conservadores. Quizá los miembros del Politburó fueran demasiado viejos para disfrutar del sexo y, por consiguiente, tampoco tenían por qué hacerlo los jóvenes.

Sacudió la cabeza. ¡Basta! Debía decidir qué decirle al norteamericano en el metro. Durante su almuerzo reflexionó sobre esa cuestión en la cafetería del KGB.

CAPÍTULO QUINCE

LUGAR DE ENCUENTRO

Se esperaba que Mary Pat visitara la embajada de vez en cuando para charlar con su marido de asuntos familiares o comprar algo especial en el economato. En dichas ocasiones siempre se ataviaba, más que para circular por las calles de Moscú, con su pelo bien peinado y sujeto con una juvenil diadema y bien maquillada, para parecer una típica cabeza de chorlito norteamericana cuando entraba en el aparcamiento. Sonreía para sus adentros. Le gustaba ser rubia natural, y todo lo que contribuyera a que pareciera una boba favorecía su tapadera.

Entró alegremente por la puerta principal, saludando con la mano a los siempre educados marines y se dirigió al ascensor. Encontró a su marido solo en su despacho.

—Hola, cariño —dijo Ed, que se levantó para darle un beso antes de retroceder para contemplarla—. Estás muy hermosa. —Es un disfraz muy eficaz.

También había tenido mucho éxito en Irán, especialmente cuando estaba embarazada. En aquel país no se trataba particularmente bien a las mujeres, pero sí con una curiosa deferencia, especialmente cuando estaban embarazadas, por lo que había comprobado antes de abandonar definitivamente el país. Era un destino por el que no sentía nostalgia alguna.

—Sí, muñeca. Ya sólo necesitas una tabla de surf y una bonita playa, tal vez la de Banzai.

—Por Dios, Ed, no seas ridículo. Además, la playa de Banzai está en Hawai, bobo —repuso Mary Pat antes de cambiar rápidamente de tema—. ¿Se ha izado la bandera invertida?

—Sí. Las cámaras de televisión no han mostrado a nadie en la calle que prestara especial atención. Veremos si nuestro amigo introduce algún mensaje en mi bolsillo de regreso a casa esta noche.

—¿Qué han dicho los marines?

—Han preguntado por qué, pero Dom no les ha dado ninguna explicación. Maldita sea, él tampoco lo sabe.

—Dominic es un buen espía —comentó Mary Pat.

—A Ritter le gusta. Por cierto... —dijo Foley que acababa de recordarlo, mientras sacaba un mensaje del cajón y se lo mostraba a su esposa.

—Mierda —exclamó Mary Pat después de echarle una fugaz mirada—

¿El papa? ¿Esos cabrones quieren matar al papa? Mary Pat no siempre hablaba como una rubia californiana. —Bueno, no disponemos de información que lo sugiera directamente, pero si es lo que se proponen, se supone que debemos averiguarlo.

—Parece un trabajo para Talador —sugirió Mary Pat, refiriéndose a su contacto en la secretaría del partido. -0 tal vez Cardenal —reflexionó Ed.

—Todavía no nos hemos puesto en contacto con él —señaló su esposa.

Pero pronto llegaría el momento de hacerlo. Observaban su piso todas las noches para comprobar la combinación de luces y persianas en su sala de estar. Su casa estaba convenientemente cerca de donde vivían ellos y la línea de comunicación, que empezaba con un trozo de cinta adhesiva pegada a una farola, estaba bien establecida. Colocar la primera señal era responsabilidad de Mary Pat. Había paseado ya con el pequeño Eddie por el lugar indicado media docena de veces.

—¿Es un trabajo adecuado para él? —preguntó Mary Pat. —El presidente quiere saberlo —señaló su esposo.

Pero Cardenal era el más importante de sus agentes locales y sólo debían alertarlo en casos de extrema importancia. Además, les comunicaría automáticamente algo como aquello si fuera consciente de ello.

—Sí, pero yo esperaría hasta que Ritter nos ordene lo contrario.

—Estoy de acuerdo —reconoció Foley.

Si Mary Pat aconsejaba precaución, indudablemente era lo indicado. Después de todo, era a ella a quien le gustaba arriesgarse y apostar contra la banca. Aunque eso tampoco significaba que fuera imprudente.

—De momento lo mantendré en suspenso —agregó Ed. —Será interesante ver lo que hace a continuación tu nuevo contacto.

—Puedes apostar tu bonito trasero. ¿Quieres conocer al embajador?

—Supongo que ya va siendo hora de que lo haga —respondió Mary Pat.

—¿Te has recuperado de lo de anoche? —preguntó Ryan, que había llegado por primera vez al despacho antes que Harding.

—Supongo que sí.

—Si te sirve de consuelo, yo todavía no he hablado nunca con el presidente. Y no me entusiasma precisamente dicha perspectiva. Como dijo Mark Twain, refiriéndose a un individuo al que habían embadurnado con alquitrán y cubierto de plumas, si no fuera por el honor que representa, habría preferido ahorrarme la experiencia.

Harding soltó una pequeña carcajada.

—Exactamente, Jack. Le tiemblan a uno un poco las rodillas.

—¿Es tan dura como dicen?

—Creo que no me gustaría enfrentarme a ella en un campo de rugby. También es excepcionalmente inteligente. No le pasa nada por alto y hace muy buenas preguntas.

—Bueno, Simon, nos pagan para contestarlas —señaló Ryan.

No tenía sentido temer a las personas que hacían bien su trabajo y que necesitaban buena información para hacerlo debidamente.

—Y a ella también, Jack. Tiene que contestar preguntas en el Parlamento.

—¿Sobre esta clase de asuntos? —preguntó Jack, sorprendido.

—No esto concretamente. A veces hablan con la oposición, pero bajo reglas muy estrictas.

—Le preocupan las filtraciones? —se interesó Jack con curiosidad.

En Norteamérica, había juntas selectivas cuyos miembros recibían una formación intensa sobre lo que podían y lo que no podían decir. A la CIA le preocupaban las filtraciones, después de todo eran políticos, pero nunca había oído hablar de ninguna filtración grave en el Capitolio. Dichos miembros solían proceder de la CIA y por regla general del séptimo piso, o del ala oeste de la Casa Blanca. Eso no significaba que la CIA se sintiera cómoda con ninguna clase de filtraciones, pero por lo menos éstas solían ser atajadas y a menudo consistían en desinformación, por motivaciones políticas. Aquí ocurría probablemente lo mismo, especialmente porque los medios de comunicación estaban sometidos a controles que habrían provocado una conmoción en el New York Times.

—Uno siempre tiene sus dudas con respecto a esa gente, Jack. Por cierto, ¿llegó algo nuevo anoche?

—Nada nuevo respecto al papa —respondió Ryan—. Nuestras fuentes, por lo que son, se han encontrado con un muro de piedra. ¿Vais a soltar a vuestros espías de campo?

—Sí, la primera ministra le ha dejado claro a Basil que quiere más información. Si algo le sucediera a Su Santidad, bueno.

—Se le fundiría la junta de la culata, ¿no es cierto?

—Los norteamericanos tenéis expresiones muy curiosas, Jack. ¿Y vuestro presidente?

—Se le corroerían las tripas, y no precisamente de una borrachera. Su padre era católico y aunque su madre lo educó como protestante, le sentaría muy mal incluso que el papa cogiera un resfriado.

—El caso es que, aunque obtengamos alguna información, no es seguro que podamos aprovecharla para nada.

—Ya lo he pensado, pero por lo menos podríamos advertir a su servicio de seguridad. Hasta ahí podemos llegar y puede que cambie su programa, aunque lo dudo. Preferirá que le disparen como a un hombre. Pero tal vez podamos entrometernos en los planes de los malos. Es imposible saberlo hasta que dispongamos de algunos datos concretos. En cualquier caso, ése no es realmente nuestro trabajo.

Harding meneó la cabeza, con su taza de té en las manos. —Tienes razón, los agentes de campo nos facilitan los datos y nosotros intentamos determinar lo que significan.

—¿No te parece frustrante? —preguntó Ryan, puesto que Harding era mucho más veterano que él.

—Frecuentemente. Sé que los agentes de campo sudan sangre haciendo su trabajo y los que no tienen una tapadera «legal» corren peligro físico, pero nosotros, que usamos su información, no siempre lo vemos desde su perspectiva. Por consiguiente, ellos no nos aprecian tanto a nosotros como nosotros a ellos. A lo largo de los años he conocido a algunos de ellos y son buenos chicos, pero es un choque cultural, Jack.

Si lo pensaba uno bien, con toda probabilidad los agentes de campo eran también unos analistas bastante buenos, pensó Ryan, y se preguntó con qué frecuencia lo reconocía la comunidad de analistas. Ryan lo grabó en su mente para no olvidarlo. Después de todo, se suponía que la CIA era un gran equipo feliz. Evidentemente no lo era, ni siquiera al nivel del

séptimo piso.

—Hemos recibido esto de Alemania Oriental —anunció Jack al tiempo que le entregaba una carpeta—. Ciertos rumores en su jerarquía política la semana pasada.

—Esos malditos prusianos —masculló Harding mientras abría la carpeta y examinaba la primera página.

—Anímate. A los rusos tampoco les gustan demasiado. —No se lo reprocho en absoluto.

Zaitzev no dejaba de pensar en su despacho, mientras su cerebro trabajaba de forma automática. Debería reunirse con su nuevo amigo norteamericano. Eso suponía cierto peligro, a no ser que pudiera encontrar un buen lugar perfectamente anónimo. La buena noticia era que en Moscú abundaban dichos lugares. La mala, que el Segundo Directorio del KGB probablemente los conocía todos. Pero eso no importaba, siempre y cuando el lugar estuviera suficientemente abarrotado de gente.

¿Qué le diría?

¿Qué pediría?

¿Qué ofrecería?

Buenas preguntas. El peligro sólo aumentaría. La mejor salida consistiría en abandonar permanentemente la Unión Soviética con su esposa e hija.

Sí, eso le pediría, y si el norteamericano se negaba, se sumergiría de nuevo en su realidad habitual, consciente de que lo había intentado. El tenía cosas que ellos querían y le aclararía que el precio de dicha información era su huida.

Vivir en Occidente, pensó. Con todo lo decadente que el Estado predicaba a todos los que leían periódicos o veían la televisión, todas las cosas terribles de las que hablaban. La forma en que Norteamérica trataba a las minorías. Incluso mostraban imágenes por televisión de los barrios depauperados, aunque también mostraban los coches. Si Norteamérica oprimía a los negros, ¿por qué les permitía comprar tantos automóviles? ¿Por qué los autorizaba a manifestarse en las calles? Si eso hubiera sucedido en la URSS, el gobierno habría llamado a las fuerzas armadas. Por consiguiente, la propaganda estatal no podía ser completamente cierta. Además, ¿acaso no era él blanco? ¿Qué le importaban unos negros descontentos que podían comprarse un coche si lo deseaban? Al igual que la mayoría de los rusos, que sólo habían visto negros por televisión, su primera reacción había consistido en preguntarse si realmente existían personas color chocolate, pero sí, existían. El KGB tenía operaciones en Africa. Luego se preguntó si recordaba alguna operación del KGB en Norteamérica en la que hubieran utilizado a algún agente negro. No muchos, tal vez uno o dos, y ambos eran sargentos del ejército norteamericano. Si los negros estaban oprimidos, ¿cómo llegaban a sargentos? En el Ejército Rojo sólo admitían en la escuela de suboficiales a las personas política-mente fiables. Otra mentira al descubierto y, en este caso, sólo porque él trabajaba en el KGB. ¿Qué otras mentiras se conta-ban? ¿Por qué no marcharse? ¿Por qué no pedirle al norteamericano un billete de salida?

¿Pero se lo concederían?, se preguntaba Zaitzev.

Claro que lo harían. Podía facilitarles mucha información sobre las operaciones del KGB en Occidente. Conocía los nombres de los oficiales y los nombres en clave de los agentes que traicionaban a los gobiernos occidentales y a los que desearían eliminar definitivamente.

¿Lo convertiría eso en cómplice de asesinato?, se preguntó. No. Después de todo, esas personas eran traidores. Y un traidor es un traidor...

¿Y en qué vas a convertirte tú, Oleg Ivanovich?, preguntó la vocecita de su interior, sólo para atormentarlo.

Pero ahora se sentía suficientemente fuerte para ahuyentarla con un simple movimiento de la cabeza. ¿Traidor? No, lo que hacía era impedir un asesinato y eso era algo honorable.

Pero todavía debía calcular cómo hacerlo. Tenía que reunirse con el espía norteamericano y pedirle lo que quería.

¿Dónde y cuándo?

Debería ser un lugar concurrido, donde la gente se mezclara con tanta naturalidad que ni siquiera un agente del contraespionaje del Segundo Directorio pudiera ver lo que ocurría ni oír lo que se decía.

Y de pronto se le ocurrió. Su esposa trabajaba en un lugar semejante.

Lo escribiría en otro formulario en blanco y lo transferiría en el metro, como en las dos ocasiones anteriores. Entonces comprobaría si el norteamericano estaba realmente dispuesto a seguirle la corriente. Ahora era él quien iba al volante. Tenía algo que ellos deseaban, controlaría cómo podían obtenerlo, elaboraría las reglas del juego y ellos deberían ajustarse a las mismas. Era así de simple.

Sí, se dijo a sí mismo. ¿No era genial? Haría lo que el KGB siempre había deseado: dictar términos a la CIA norteamericana.

Director por un día, dijo el comunicador para sus adentros. Esas palabras tenían un sabor exquisito.

En Londres, Cathy observaba a dos oftalmólogos ingleses que operaban a un albañil llamado Ronald Smithson de un tumor detrás del ojo derecho. La radiografía mostraba una masa de un tamaño similar al de media pelota de golf, tan preocupante como para que el señor Smithson sólo tuviera que esperar cinco semanas para la operación. Eso suponía unos treinta y tres días más que en el Hopkins, pero mucho menos de lo habitual en Inglaterra.

Los dos cirujanos de Moorefields eran Clive Hood y Geoffrey Phillips, ambos experimentados residentes decanos. Se trataba de un procedimiento bastante rutinario. Después de exponer el tumor, se extraía una muestra que se mandaba congelada al laboratorio de patología, donde había un buen histopatólogo de servicio que determinaría si el tumor era benigno o maligno. Cathy esperaba que fuera benigno, puesto que los malignos podían causarle problemas al paciente. Las probabilidades eran bastante buenas, pensó. A simple vista no parecía particularmente agresivo, y solía acertar en un ochenta y cinco por ciento de los casos. No era muy científico pensar de ese modo y ella lo sabía. Era casi una superstición, pero eso era algo con lo que los cirujanos, al igual que los jugadores de béisbol, estaban familiarizados. Esa era la razón por la que siempre se ponían los calcetines del mismo modo por la mañana, o

en su caso las medias, porque se acostumbraban a una forma de vida, y los cirujanos eran seres de costumbres fijas, que solían aplicar sus hábitos a su trabajo. Después de mandar la muestra congelada al laboratorio de patología, ya sólo era cuestión de extraer la masa encapsulada de un gris rosáceo.

—¿Qué hora es, Geoffrey? —preguntó el doctor Hood.

—La una menos cuarto, Clive —respondió el doctor Phillips después de consultar el reloj de pared.

—¿Qué te parece si nos tomamos un descanso para almorzar?

—No tengo ningún inconveniente. Me apetece comer algo. Deberemos llamar a otro anestesista para que mantenga inconsciente al señor Smithson —dijo el encargado de mantener al paciente dormido.

—Adelante, Owen, llámalo —sugirió Hood.

—De acuerdo —respondió el doctor Ellis antes de abandonar su silla junto a la cabeza del paciente y dirigirse al teléfono que colgaba de la pared—. Dos minutos.

—Excelente. ¿Dónde vamos a almorzar, Geoffrey? —preguntó Hood.

—¿Al Frog and Toad? Sirven un excelente beicon con lechuga, tomate y patatas fritas.

—Estupendo —accedió Hoocl.

Cathy Ryan, detrás del doctor Phillips con la boca cerrada tras su mascarilla, abrió enormemente sus ojos azules. ¿Iban a dejar a un paciente inconsciente sobre la mesa de operaciones, mientras iban a almorzar? ¿Qué eran esos individuos, unos brujos?

En aquel momento llegó el anestesista suplente, perfectamente equipado y listo para entrar en acción.

—¿Algo que precise saber, Owen? —preguntó a Ellis.

—Pura rutina —respondió el primer anestesista mientras señalaba varios instrumentos que medían las constantes vitales del paciente y Cathy pudo comprobar que todo era perfectamente normal.

A pesar de lo cual...

Hood entró el primero en el vestuario, donde los cuatro médicos se quitaron sus batas verdes y se pusieron sus chaquetas antes de salir al pasillo y descender por la escalera a la planta baja. Cathy los siguió, sin saber qué otra cosa podía hacer.

—Dígame, Caterine, ¿qué les parece Londres? —preguntó amablemente Hood.

—Nos gusta mucho —respondió ella, todavía aturdida.

—¿Y a sus hijos?

—Tenemos una niñera muy agradable, una joven sudafricana.

—Una de nuestras costumbres más civilizadas —asintió Phillips.

El bar estaba en City Road, escasamente a una manzana de allí. Pronto encontraron una mesa. Hood sacó inmediatamente un cigarrillo, lo encendió y se percató de que Cathy lo miraba con desaprobación.

—Sí, lo sé, señora Ryan, no es sano y además es un mal ejemplo para un médico, pero todos tenemos derecho a una debilidad humana, ¿no le parece?

—Le pide aprobación a la persona equivocada —respondió ella.

—Bueno, echaré el humo en otra dirección —repuso Hood con una carcajada cuando se acercaba el camarero—. ¿Qué cerveza vais a tomar?

Menos mal que fumaba, pensó Cathy, porque le costaba asimilar más

de un susto a la vez y como mínimo en este caso estaba advertida. Hood y Phillips se decidieron por John Courage, Ellis prefirió Tetley's y Cathy optó por una coca-cola. Hablaron sobre todo de medicina, como suelen hacerlo los médicos.

Por su parte, Caterine Ryan se reclinó en su silla de madera, observando cómo los tres médicos disfrutaban de su cerveza y uno de ellos de un cigarrillo, mientras su bendito paciente yacía inconsciente bajo los efectos del óxido nitroso en el quirófano número tres.

—¿Cómo hacemos las cosas aquí? ¿De un modo diferente del Johns Hopkins? —preguntó Hood al tiempo que apagaba su cigarrillo.

A Cathy le entraron ganas de vomitar, pero decidió no hacer ninguno de los comentarios que rondaban por su cabeza.

—Bueno, la cirugía es cirugía. Me sorprende que no dispongan de más escáneres TAC, de resonancia magnética y de tomografía positrónica. ¿Cómo pueden prescindir de ellos? En mi país, señor Hood, ni siquiera me plantearía una intervención sin una buena serie de imágenes del tumor.

—Tiene razón —dijo Hood después de reflexionar un instante—. Nuestro albañil podría haber esperado unos meses más, si hubiéramos tenido una buena idea del tamaño del tumor.

—¿Tanto esperan para extirpar un hemangioma? —exclamó Cathy—. En mi país lo hacemos inmediatamente.

No precisaba aclarar que eso dolía dentro del cráneo, presionaba el glóbulo ocular y a veces enturbiaba la visión, y por eso el señor Smithson había acudido a su médico de cabecera. Se quejaba también de unas terribles jaquecas, que debieron de volverle loco hasta que le recetaron un analgésico con codeína.

—Aquí las cosas son un poco diferentes. Esa debe de ser una buena forma de ejercer la medicina —pensó Cathy—, por horas, en lugar de por paciente. Llegó el almuerzo. El bocadillo no estaba mal, mejor que la comida hospitalaria a la que estaba acostumbrada, pero todavía no había digerido que esos individuos bebieran cerveza. La cerveza local era dos veces más fuerte que la norteamericana, ¡y se tomaban una pinta entera, dieciséis onzas!

—¿Ketchup para las patatas, Cathy? —preguntó Ellis al tiempo que le pasaba la botella—. ¿O debería llamarla lady Caterine? Tengo entendido que su alteza es el padrino de su hijo.

—Bueno, más o menos. Accedió a serlo después de que Jack se lo pidió de improviso en el hospital de la academia naval. Sus verdaderos padrinos son Robby y Sissy Jackson. Robby es piloto de caza en la armada; Sissy es concertista de piano.

—¿Es ése el negro de los periódicos?

—Efectivamente. Jack lo conoció cuando ambos eran profesores en la academia naval y son muy buenos amigos.

—Por supuesto. ¿Entonces era cierto lo que publicaron los periódicos? Me refiero a...

—Procuro no pensar en ello. Lo único bueno que sucedió aquella noche fue la llegada del pequeño Jack.

—Lo entiendo perfectamente, Cathy —respondió Ellis entre bocado y bocado—. Si las noticias eran correctas, debió de ser una experiencia terrible.

—No fue divertido —dijo Cathy con un esbozo de sonrisa—. Las

contracciones y el parto fueron la parte buena.

Los tres británicos soltaron una carcajada. Todos tenían hijos y habían estado presentes en los partos, que no eran más amenos para las inglesas que para las norteamericanas. Al cabo de media hora regresaron a Moorefields. Hood se fumó otro cigarrillo por el camino, pero tuvo los buenos modales de colocarse a sotavento de su colega norteamericana. A los diez minutos estaban de nuevo en el quirófano. El anestesista suplente les informó de que no había sucedido nada inusual y prosiguieron con la operación.

—¿Quieren que los ayude? —preguntó Cathy, esperanzada.

—No, gracias, Cathy —respondió Hood—. Lo tengo todo bajo control —agregó al tiempo que se inclinaba sobre el paciente que, por suerte, estaba profundamente dormido y no podía oler la cerveza en su aliento.

La doctora Caterine Ryan pensó en felicitarse a sí misma por no poner el grito en el cielo, pero se limitó a acercarse todo lo posible con el fin de asegurarse de que aquellos dos ingleses no le extirpaban la oreja al paciente por equivocación. Quizá el alcohol los ayudara a estabilizar el pulso, se dijo a sí misma. Pero tuvo que concentrarse para evitar que le temblaran sus propias manos.

El Crown and Cushion era un bar londinense típico y encantador. El bocadillo estaba bueno y Ryan saboreó una pinta de cerveza John Smith mientras charlaba con Simon. Pensó fugazmente en la idea de que sirvieran cerveza en la cafetería de la CIA, pero sabía que eso no ocurriría. Algún congresista lo averiguaría y armaría un escándalo ante las cámaras, evidentemente mientras degustaba una copa de Chardonnay con su almuerzo en el Capitolio, o algo un poco más fuerte en su despacho. Allí la cultura era diferente, y ¡viva la diferencia!, pensó mientras cruzaba Westminster Bridge Road en dirección al Big Ben, que al contrario de lo que suponen los turistas, es el nombre del reloj y no el de la torre, que es en realidad el campanario de la iglesia de Santa María. Ryan estaba seguro de que los diputados disponían de tres o cuatro bares en su propio edificio, sin que con toda probabilidad se emborracharan más que sus colegas norteamericanos.

—¿Sabes lo que te digo, Simon?, creo que esto preocupa a todo el mundo.

—Es una lástima que mandara esa carta a Varsovia, ¿no te parece?

—¿Cabía esperar que no lo hiciera? —replicó Ryan—. Después de todo, ¿acaso no se trata de su pueblo, de su patria? Es su parroquia la que los rusos intentan oprimir.

—Ese es el problema —reconoció Harding. Pero los rusos no cambiarán. Han llegado a un punto muerto.

—Sí —asintió Ryan—. ¿Qué probabilidades existen de que los rusos se retracten?

—Sin una razón muy sólida, casi inexistentes. ¿Intentará vuestro presidente que lo hagan?

—Aunque pudiera, no lo haría. No en un asunto como éste, amigo mío.

—Por consiguiente, tenemos dos bandos. Uno impulsado por lo que se considera moralmente correcto y el otro por la necesidad política, por el miedo a permanecer impasible. Como te he dicho, Jack, es un maldito

punto muerto.

—Al padre Tim de Georgetown le gustaba decir que las guerras las empezaban hombres asustados. Temían las consecuencias de la guerra, pero tenían aún más miedo de no luchar. Menuda manera de dirigir el mundo —reflexionó Ryan en voz alta al tiempo que le abría la puerta a su amigo.

—Supongo que 1914 sería el modelo.

—Efectivamente, pero por lo menos aquellos individuos creían todos en Dios. La segunda parte fue un poco diferente en ese sentido. Los participantes en esa ocasión, por lo menos los malos, no vivían bajo esa limitación en particular. Como tampoco lo hacen los de Moscú. Ten en cuenta que nuestras acciones deben tener ciertos límites, o de lo contrario podemos convertirnos en monstruos.

—Cuéntaselo al Politburó, Jack —sugirió Harding a la ligera.

—Sí, Simon, claro está —dijo Ryan de camino al lavabo para librarse de una parte del líquido que había ingerido durante su almuerzo.

El atardecer no llegó con suficiente rapidez para ninguno de los dos participantes. Ed Foley se preguntaba qué sucedería a continuación. No había ninguna garantía de que aquel individuo prosiguiera con lo que había empezado. Siempre podía echarse atrás y, en realidad, eso sería lo más sensato. La traición era peligrosa fuera de la embajada estadounidense. Seguía llevando una de las dos únicas corbatas verdes que tenía, para que le diera suerte, porque había llegado a un punto en el que contaba la suerte. Quienquiera que fuese aquel individuo, pro-curaría que no se arrepintiera.

Vamos, amigo, sigue acercándote y te daré lo que quieras, pensaba Foley, intentando alcanzarlo con su mente. Un pase vitalicio a Disneylandia y todos los partidos de fútbol americano que quieras ver. Oleg Penkovsky quería conocer a Kennedy y, bueno, probablemente podrían organizar un encuentro con el nuevo presidente. Maldita sea, incluirían incluso una película en el cine privado de la Casa Blanca.

Al otro lado de la ciudad, Mary Pat pensaba exactamente en eso mismo. Si esto seguía adelante, ella jugaría un papel en el primer cuadro de la obra. Si ese individuo trabajaba en el Mercury ruso y quería un billete de salida de la madre Rusia, entre ella y Ed deberían calcular la forma de convertir su sueño en realidad. Había formas de hacerlo y no sería la primera vez, pero no eran lo que podría llamarse «rutinarios». La seguridad fronteriza soviética no era exactamente perfecta, pero sí bastante intensa, lo suficiente para poner a uno nervioso, y a pesar de que ella tenía una actitud que solía funcionar bien en casos importantes, hacía que uno se sintiera bastante incómodo. Entonces Mary Pat empezó a explorar ideas, sólo a nivel mental, mientras hacía labores domésticas y el pequeño Eddie dormía la siesta. Y así pasaron lentamente las horas, segundo tras segundo de eterna duración.

Ed Foley no había mandado todavía ningún mensaje a Langley. No

disponía de nada sustancial que comunicar y no tenía sentido ilusionar a Bob Ritter por algo que todavía no se había desarrollado. Con cierta frecuencia, la gente se ponía en contacto con la CIA, pero luego le entraba miedo y se echaba atrás, sin que uno pudiera perseguirla. Lo más corriente era que uno no supiera siquiera quién había sido y, aunque lo supiera, si la persona en cuestión decidía no seguir adelante, lo más sensato por su parte era denunciar a su contacto al KGB. Eso lo identificaba a uno como espía y reducía prácticamente a cero el valor que tenía para su país, al tiempo que el denunciante demostraba ser un ciudadano leal y fiel a la Unión Soviética, que cumplía con su obligación a la patria.

La gente no se percataba de que la CIA casi nunca reclutaba a sus agentes. No, eran ellos quienes se acercaban, unas veces de forma inteligente y otras no. Eso lo dejaba a uno expuesto a caer en una posible trampa. El FBI norteamericano era bastante bueno en esa clase de juego y el Segundo Directorio del KGB también lo utilizaba, sólo para identificar a los espías entre el personal de la embajada, que siempre valía la pena. Si uno los conocía, siempre podía seguirlos para ver dónde dejaban los mensajes y luego vigilar el lugar, hasta comprobar quién los recogía. Así se descubría a un traidor, que podía conducir a otros traidores y, con un poco de suerte, uno podía acabar descubriendo un círculo de espías, por lo que obtendría una estrella dorada, o una bonita estrella roja, en su historial. Los agentes del contraespionaje podían basar toda su carrera en un caso como éste, tanto en Rusia como en Norteamérica, y por consiguiente se aplicaban con bastante ahínco. El personal del Segundo Directorio era numeroso, supuestamente la mitad de los empleados del KGB, y eran espías profesionales e inteligentes que disponían de toda clase de recursos, sumados a la paciencia de un buitre volando en círculos sobre el desierto de Arizona, husmeando el aire en busca del olor de una presa muerta, para lanzarse luego sobre el cadáver.

Pero el KGB era más peligroso que un buitre. El buitre no practicaba activamente la caza, pero Ed Foley nunca podía estar seguro de que no lo siguieran cuando circulaba por Moscú. En algún caso podía detectar a alguien, pero eso sólo significaría que le habían puesto deliberadamente a un vigilante torpe, o sumamente inteligente, para comprobar si intentaba deshacerse de él. Todos los agentes del servicio de Inteligencia habían recibido entrenamiento en vigilancia y contravigilancia con técnicas válidas y reconocidas a nivel universal, razón por la cual Foley nunca las utilizaba. Jamás. Ni siquiera en una sola ocasión. Era demasiado peligroso pasarse de listo en ese juego, porque uno nunca podía ser suficientemente listo. Había otras medidas que se podían adoptar cuando era necesario, como el pase al cruzarse sin detenerse, conocido por todos los espías del mundo, pero a pesar de ello muy difícil de detectar, debido a su sencillez. Cuando eso fallaba, era generalmente porque a tu agente le habían tendido una trampa. Era mucho más difícil conseguir un agente que un oficial de campo. Foley gozaba de protección diplomática. Aunque los rusos dispusieran de una filmación suya, abusando sexualmente de la cabra de compañía de Andrópov, no podrían hacer nada al respecto. Técnicamente era un diplomático, protegido por la convención de Viena, lo que convertía a su persona en inviolable, incluso en tiempo de guerra, aunque entonces la situación era algo más delicada. Pero, según Foley, eso no suponía ningún problema. En dicha situación moriría carbonizado, como todos los

demás habitantes de Moscú y, por consiguiente, no se sentiría solo donde residieran los espías en otra vida.

Por entretenidas que fueran, ahuyentó las superficialidades de su mente. El quid de la cuestión era si ese amigo ruso daría el próximo paso, o si desaparecería de nuevo entre la maleza, con la satisfacción de haber obligado a la embajada estadounidense a bailar a su son en una fría mañana moscovita. Para averiguarlo era preciso colocar las cartas boca arriba. ¿Sería un siete y medio, o sólo una pareja de cuatros?

Ésa era la razón por la que uno se metía en esta profesión, se recordó Ed Foley a sí mismo: por la emoción de la caza. Sin duda era muy emocionante, aunque el juego desapareciera en la bruma del bosque. Pero era más divertido despellejar el oso que olfatearlo.

¿Qué impulsaba a ese individuo a hacer lo que hacía? ¿El dinero? ¿La ideología? ¿La conciencia? ¿Su ego? Esas eran razones clásicas, resumidas en el acrónimo DICE. Ciertos espías se contentaban con un tarro de mayonesa lleno de billetes de cien dólares. Algunos llegaban a creer en la política de los países extranjeros a los que servían, con el fervor religioso de un converso. Otros sentían remordimientos porque su madre patria hacía algo que ellos eran incapaces de consentir. También había quienes sabían sencillamente que eran mejores que sus jefes y ésa era una forma de vengarse de esos cabrones.

Históricamente, los espías ideológicos eran los más productivos. Los hombres arriesgaban la vida por sus creencias, de ahí que las guerras religiosas fueran tan sangrientas. Foley prefería a los de motivación monetaria; ésos eran siempre racionales y se la jugaban, porque a mayor riesgo mayor recompensa. Los que seguían los impulsos de su amor propio eran susceptibles y problemáticos. La venganza no era nunca un buen motivo para nada y los que se movían por ese sentimiento solían ser inestables. La conciencia era casi tan buena como la ideología; por lo menos les impulsaba alguna clase de principio. Lo cierto era que la CIA pagaba bien a sus agentes, aunque sólo fuera por espíritu de equidad y, además, no les perjudicaba tener esa reputación. El hecho de saber que serían debidamente recompensados ayudaba a los indecisos a dar el último paso. Independientemente de la motivación de cada uno, unos buenos honorarios eran siempre un incentivo. Los ideólogos también tenían que comer, al igual que los que tenían remordimientos. Y los impulsados por el amor propio consideraban que la buena vida era una forma bastante agradable de vengarse.

¿En qué categoría estás tú, Iván? —se preguntó Foley—. ¿Qué te impulsa a traicionar a tu país? Los rusos eran ferozmente patrióticos. Cuando Stephen Decantur dijo «nuestro país, para bien o para mal», podía haber sido un ruso quien hablaba. Pero el país estaba muy mal gobernado... trágicamente mal. Rusia debía de ser la nación más desgraciada del mundo; en primer lugar, era demasiado grande para ser gobernada con eficacia, luego en manos de los sumamente ineptos Romanov y a continuación, cuando ni siquiera ellos podían reprimir la vitalidad de su pueblo, sumida en las fauces sangrientas de la primera guerra mundial, con una cantidad tan ingente de víctimas que Vladimir Ilich Ulyanov, Lenin, logró hacerse con el poder e instaurar un régimen político calculado para provocar destrucción en su propio seno, dejando luego el país en manos de Iosif Stalin, el psicópata más sanguinario después de

Calígula. La acumulación de tanto abuso empezaba a corroer la fe del pueblo...

Sin duda te divaga la mente, Foley, se dijo el jefe de la delegación. Otra media hora. Saldría de la embajada a la hora justa y cogería el metro, con su impermeable suelto y desabrochado, para comprobar lo que ocurría. Se dirigió al lavabo; a veces su vejiga se excitaba tanto como su intelecto.

Al otro lado de la ciudad, Zaitzev se tomaba su tiempo. Sólo podría escribir una sola vez el mensaje, ya que tirarlo a la papelera ante la mirada de cualquiera era demasiado peligroso, tampoco se podía confiar en la incineración del contenido de la bolsa y, evidentemente, no podía quemarlo en su cenicero. Por consiguiente, compuso mentalmente el mensaje y lo repasó una y otra vez en su cabeza.

El proceso duró más de una hora antes de decidirse a escribir subrepticiamente el mensaje, doblarlo y guardarlo en su paquete de cigarrillos.

El pequeño Eddie introdujo su cinta predilecta de los Transformers en el vídeo. Mary Pat observaba desinteresadamente, detrás de su hijo, con la mirada fija en el suelo de la sala. De pronto se le ocurrió.

Eso es lo que soy —comprendió—. Me transformo de rubia superficial, ama de casa, en espía de la CIA. Sin ningún salto violento. Le gustó la idea. Le provocaría al oso soviético una úlcera estomacal, con suerte hemorrágica, que no se curaría bebiendo leche ni tomando Almax. Dentro de cuarenta minutos, Ed descubriría si su nuevo amigo estaba realmente dispuesto a jugar, en cuyo caso, ella dirigiría al nuevo agente. Lo llevaría de la mano, recibiría su información y la mandaría a Langley.

¿Qué nos ofrecerá? —se preguntó Mary Pat—. ¿Algo suculento? ¿Trabaja en el centro de comunicaciones, o sólo tiene acceso a los formularios en blanco? Probablemente abundaban en el Centro... En ese caso, las medidas de seguridad debían de ser bastante rigurosas. Sólo se confiaría el acceso a las comunicaciones del KGB a unas pocas personas...

Y ése era el cebo en el anzuelo, pensó mientras veía la transformación de un tractor Kenworth en un robot bípedo. Por Navidad tendrían que empezar a comprar esos juguetes. Se preguntó si el pequeño Eddie necesitaría ayuda para efectuar la transformación.

Llegó el momento. Ed saldría de la embajada a la hora en punto, para alivio de su vigilante, si es que lo tenía. En el supuesto de que existiera, se percataría de que llevaba nuevamente una corbata verde y pensaría que la anterior no era tan inusual, no lo suficiente para servir de señal a algún agente que pudiera trabajar con él. Ni siquiera el KGB pensaría que todos los empleados de la embajada eran espías, pensó Foley. A pesar de la paranoia general en la Unión Soviética, incluso ellos conocían las reglas del juego, y su amigo del New York Times probablemente habría dicho a sus propios contactos que Foley era un inepto hijo de perra, que ni siquiera había triunfado como corresponsal de crímenes en la Gran Manzana, donde la abundancia de delitos hacía que ese campo fuera tan

difícil como ver la televisión los fines de semana. La mejor tapadera para un espía era ser estúpido y quién mejor para organizárselo que ese arrogante cretino de Anthony —no sólo Tony— Prince.

En la calle, el aire era fresco por la proximidad del otoño. Ed se preguntaba si el invierno ruso haría honor a su reputación. De ser así, habría que abrigarse. Pero lo que realmente detestaba Foley era el calor, a pesar de que recordaba haber jugado al béisbol en la calle y haberse rociado con los aspersores de las bocas de incendios. La inocencia de la juventud estaba muy lejana, sumamente lejana, se dijo a sí mismo el jefe de la delegación mientras consultaba su reloj al entrar en la estación del metro. Como de costumbre, la puntualidad del metro era ejemplar y Ed entró en el vagón habitual.

Zaitzev pensaba, al tiempo que se acercaba. Su amigo norteamericano hacía exactamente lo mismo de siempre: leía el periódico, sujeto de la barra superior con la mano derecha, el impermeable suelto a su alrededor... y al cabo de un par de minutos ya estaba junto a él.

La visión periférica de Foley todavía funcionaba. Ahí estaba aquel individuo, vestido exactamente igual que antes. Vamos, Iván, haz la transferencia... Ten cuidado, muchacho, muchísimo cuidado, pensó, consciente de que esa actividad sería demasiado peligrosa para hacerla repetidamente. Tendrían que fijar un lugar conveniente para realizar los intercambios. Pero primero deberían organizar un encuentro y probablemente dejaría que fuera Mary Pat quien se ocupara de ello. Su disfraz era mejor...

Zaitzev esperó a que el tren redujera la velocidad. Aprovechó el movimiento de los pasajeros para meter y sacar rápidamente la mano del bolsillo que se le ofrecía. Luego retrocedió lentamente, no muy lejos para no llamar la atención, con movimientos naturales fácilmente justificables por el meneo del vagón.

¡Sí! Muy bien, Iván. Todas sus fibras deseaban que volviera la cabeza y mirara a aquel individuo, pero las reglas no lo permitían. Si en el vagón había alguien que lo vigilaba, algo semejante no le pasaría inadvertido, y la función de Ed Foley no era llamar la atención. De modo que esperó pacientemente hasta llegar a su estación y en esta ocasión giró a la derecha, alejándose de Iván, hasta llegar al andén y luego al aire fresco de la calle.

No se metió la mano en el bolsillo. Caminó hasta su casa, con la misma naturalidad que se pone el sol en un día despejado, y subió al ascensor sin meterse todavía la mano en el bolsillo, porque podía haber perfectamente una cámara de vídeo en el techo.

Foley no sacó el mensaje del bolsillo hasta después de haber entrado en su casa. En esta ocasión, el papel estaba repleto de palabras en tinta negra, como siempre, en inglés. Quienquiera que fuese ese ruso, pensó

Foley, era un hombre educado y eso era una buena noticia.

—Hola, Ed —dijo su esposa con un beso para los micrófonos—. ¿Ha ocurrido algo interesante hoy en la oficina? —La mierda habitual. ¿Qué hay para cenar?

—Pescado —respondió mientras contemplaba el papel en las manos de su marido y levantaba el pulgar.

¡Aleluya!, pensaron ambos. Tenían un agente, ni más ni menos que un espía del KGB, trabajando para ellos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

UN GORRO DE PIEL PARA EL INVIERNO

—¿Qué es lo que han hecho? —preguntó Jack.

—¡Han dejado de trabajar a media operación y se han ido a un bar a tomar una cerveza! —repitió Cathy.

—Bueno, yo también.

—¡Tú no estabas trabajando en un quirófano!

—¿Qué ocurriría si hicieras eso en nuestro país?

—Poca cosa —respondió Cathy—. Probablemente me retirarían la licencia para ejercer la medicina, ¡después de que Bernie me amputara las jodidas manos con una sierra mecánica!

Eso llamó la atención de Jack. Cathy no solía decir tacos.

—¡No me digas!

—Para almorzar he comido beicon con tomate y patatas fritas, o a la francesa, como las denominamos los paletos de las colonias. Por cierto, también he tomado una coca-cola.

—Me alegro, doctora —dijo Ryan mientras se acercaba para darle un beso, que su esposa parecía necesitar.

—Nunca había visto nada parecido —prosiguió Cathy—. Puede que en algún maldito lugar perdido de Montana hagan esas jodidas barbaridades, pero no en un hospital de verdad.

—Tranquilízate, Cathy. Estás empezando a hablar como un carretero.

—0 tal vez como un ex marine blasfemo —sonrió por fin—. Jack, no he abierto la boca. No sabía qué decir. Técnicamente, esos dos carniceros oculares son mis superiores, pero si hicieran esa barbaridad en nuestro país, estarían acabados. Ni siquiera les permitirían operar perros.

—¿Está bien el paciente?

—Ah, sí. La muestra congelada confirmó que el tumor era benigno, y nos limitamos a extirpárselo y a cerrar la herida. Estará perfectamente después de cuatro o cinco días de recuperación. No tendrá problemas de visión, ni más jaquecas, ¡pero esos sujetos lo han operado con alcohol en la sangre!

—¿De qué preocuparse, si no ha sufrido ningún daño? —sugirió tímidamente Jack.

—Jack, no es así como se supone que debe ser.

—Entonces denúncialos a tu amigo Byrd.

—Debería hacerlo. Realmente debería hacerlo.

—¿Y qué ocurriría?

—¡No lo sé! —exclamó ella, nuevamente enojada.

—Es muy grave quitarle a alguien el pan de la mesa y a ti se te calificaría de perturbadora —advirtió Jack.

—En el Hopkins, Jack, les habría llamado la atención en aquel mismo momento y se habría organizado un escándalo, pero aquí no soy más que una invitada.

—Y sus costumbres son diferentes.

—No tan diferentes, Jack. Lo que ha sucedido es muy poco profesional, potencialmente peligroso para el paciente, y ésa es una línea que uno nunca debe cruzar. En el Hopkins, si tienes un paciente en recuperación, o quirófano al día siguiente, no tomas siquiera un vaso de vino con la cena. Eso es porque se sitúa al paciente ante todo lo demás. Sí, claro, si regresas a tu casa de una fiesta, ves a alguien herido en la carretera y eres la única persona que puede ayudar, haces lo que puedes hasta conseguir un médico que esté completamente sereno, al que seguramente le contarás que habías tomado un par de copas antes de ver al accidentado. También es cierto que durante el internado te obligan a hacer un horario imposible, para que aprendas a tomar buenas decisiones cuando no funcionas a pleno rendimiento, pero siempre hay alguien para apoyarte si no estás capacitado, y se supone que debes saberlo cuando la situación te supera. Eso me ocurrió en una ocasión durante mi servicio en pediatría y me asusté muchísimo cuando cierto niño dejó de respirar, pero contaba con la ayuda de una buena enfermera. Llamamos inmediatamente al especialista y, gracias a Dios, salvamos al pequeño sin daños permanentes. Pero Jack, uno no crea situaciones deficientes; uno no las busca. Se enfrenta a ellas cuando aparecen, pero no las genera deliberadamente.

—De acuerdo, Cathy, ¿entonces qué vas a hacer?

—No lo sé. En mi hospital acudiría directamente a Bernie, pero no estoy en mi hospital...

—¿Quieres un consejo?

Miró fijamente a su marido con sus ojos azules.

—Sí, dime, ¿tú qué opinas?

Lo que él creyera realmente no tenía ninguna importancia, y Jack lo sabía. Sólo era cuestión de guiarla a su propia decisión.

—Si no haces nada, ¿cómo te sentirás dentro de una semana?

—Fatal, Jack. He visto algo que...

Su marido le dio un abrazo.

—Cathy, tú no me necesitas. Haz lo que creas que debes hacer. De lo contrario tendrás remordimientos. Nunca te arrepientas de hacer lo que es debido, por adversas que sean las consecuencias. Lo justo es justo, mi lady.

—Ellos también me han llamado lady. Eso me hace sentir incómoda...

—Lo comprendo, cariño. En la oficina de vez en cuando me llaman sir John. Hay que seguirles la corriente. Después de todo, no es un insulto.

—Aquí a los cirujanos no los llaman doctor, sino señor o señora. ¿Por qué diablos harán eso?

—Es una costumbre local. Se remonta a la armada real en el siglo xvii. Los médicos de los barcos generalmente eran jóvenes tenientes y en la armada a alguien de dicho rango lo llaman señor en lugar de teniente. De algún modo, esa costumbre se trasladó a la vida civil.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cathy.

—Cathy, tú estás doctorada en Medicina, pero no olvides que yo lo estoy en Historia. Sé muchas cosas, como colocar una tirita en una herida después de desinfectarla. Hasta ahí llegan mis conocimientos médicos, a pesar de que algo nos enseñaron en la escuela, pero no me considero capaz en un futuro próximo de curar una herida de bala. Eso lo dejo para ti. Y estoy encantado de hacerlo.

—Te curé el invierno pasado —le recordó Cathy a su marido. —¿Y acaso no te di un millón de gracias? —preguntó antes de darle un beso—. Gracias, cariño.

—Tendré que mencionárselo al profesor Byrd.

—Cariño, ante la duda, haz lo que creas oportuno. Ésa es la función de nuestra conciencia, recordarnos lo que es justo. —No les caeré bien después de esto.

—No importa, Cathy. Tú eres quien debe gustarse a sí misma. No a los demás. Salvo a mí, claro está —agregó Jack.

—¿Te gusto?

—Lady Ryan, adoro tus bragas sucias —respondió con una radiante sonrisa.

—Muchas gracias, sir John —respondió, finalmente relajada.

—Discúlpame mientras voy arriba a cambiarme —dijo antes de detenerse en el umbral de la puerta—. ¿Debo lucir mi espada ceremonial para la cena?

—No, sólo la normal —sonrió ahora también Cathy—. ¿Qué ocurre en la oficina?

—Nos pasamos el tiempo aprendiendo lo que no sabemos. —¿Te refieres a descubrir cosas nuevas?

—No, me refiero a descubrir lo mucho que no sabemos y que deberíamos saber. Nunca se acaba.

—No te preocupes. Lo mismo ocurre en mi profesión.

Y Jack se percató de que la semejanza entre ambos oficios consistía en que, si metías la pata, alguien podía morir. Y eso no tenía ninguna gracia.

Cuando apareció de nuevo en la cocina, Cathy estaba dándole de comer al pequeño Jack. Sally miraba la televisión, el gran pacificador infantil, sintonizada ahora en un canal local, en lugar de ver las cintas del Correcaminos. La cena se estaba cocinando. ¿Por qué una adjunta de cátedra de oftalmología insistía en preparar ella misma la cena, como la esposa de un camionero? Eso era algo que su marido no se explicaba, pero tampoco ponía ninguna objeción; era una buena cocinera. ¿Habría recibido lecciones de cocina en Bennington? Tomó asiento y se sirvió una copa de vino blanco.

—Espero que la profesora no tenga ningún inconveniente.

—Supongo que no tienes que operar mañana.

—Ninguna operación programada, lady Ryan.

—Entonces me parece bien —dijo al tiempo que levantaba al pequeño sobre el hombro para que eructara, cosa que hizo con gran deleite.

—Maldita sea, pequeño, has impresionado a tu padre. —Claro —respondió la madre mientras le secaba la boca con la toalla que llevaba al hombro—. ¿Un poco más? A John Patrick Ryan hijo no le pareció mal la oferta.

—¿Qué es lo que no sabéis? ¿Todavía os preocupa la esposa de ese

individuo? —preguntó Cathy, bastante tranquilizada. —No hay ninguna noticia sobre ese tema—reconoció Jack—.

Nos preocupa lo que puedan hacer respecto a cierto asunto.

—¿No puedes contarme de qué se trata? —preguntó Cathy.

—Así es —confirmó Jack—. Los rusos, como dice mi amigo Simon, son gente muy rara.

—También lo son los británicos —comentó Cathy.

—Dios mío, me he casado con Carrie Nation —dijo Jack mientras tomaba un sorbo de Pinot Grigio, un buen vino blanco italiano que vendían en la bodega del barrio.

—Sólo cuando corto a alguien con un bisturí.

A Cathy le gustaba expresarlo de ese modo, porque a su marido siempre le producía un escalofrío.

—¿Quieres una? —le preguntó a su esposa levantando la copa.

—Tal vez cuando haya terminado. ¿No hay nada de lo que puedas hablar? —preguntó después de hacer una pausa. —Lo siento, cariño, son las normas.

—¿Y nunca las rompes?

—Puede convertirse en una mala costumbre. Es preferible no empezar.

—¿Qué ocurre cuando algún ruso decide trabajar para nosotros?

—Eso es diferente. Entonces trabaja para las fuerzas de la verdad y de la belleza en el mundo. Nosotros —recalcó Ryan somos los buenos.

—¿Y ellos qué opinan?

—Que son ellos. Pero también lo creía un individuo llamado Adolf —recordó—. Y no se habría llevado muy bien con Bernie. —Pero hace mucho tiempo que está muerto.

—No lo están todos los que son como él, cariño. Créeme.

—Algo te preocupa, Jack. Se te nota. ¿Y no puedes hablar de ello?

—Sí, algo me preocupa, y no, no puedo hablar de ello.

—De acuerdo —asintió Cathy.

La información secreta no le interesaba más allá del deseo abstracto de saber lo que ocurría en el mundo. Sin embargo, como médico, eran muchas las cosas que realmente deseaba saber —como por ejemplo la forma de curar el cáncer, pero que desconocía y que, con reticencias, había aprendido a aceptar. Pero en medicina no había mucho lugar para los secretos. Cuando alguien encontraba algo que ayudaba a los pacientes, publicaba el descubrimiento en su revista médica predilecta para ponerlo inmediatamente en conocimiento de todo el mundo. Indudablemente, la CIA no lo hacía muy a menudo y eso molestaba a Cathy.

—De acuerdo, ¿entonces qué hacéis cuando descubrís algo importante?

—Lo comunicamos al piso de arriba. Desde allí va directamente a sir Basil y yo se lo transmito al almirante Greer. Generalmente a través del teléfono de seguridad.

—¿Como el que tenemos arriba?

—Efectivamente. Luego lo transmitimos por fax de seguridad o, si es realmente importante y preferimos no confiar en los sistemas de codificación, sale de la embajada por correo diplomático.

—¿Con qué frecuencia sucede eso?

—No ha ocurrido desde que estoy aquí, pero no soy yo quien toma esas decisiones. Después de todo, la valija diplomática llega a su destino en

ocho o nueve horas. Mucho más de prisa que en otra época.

—Creía que ese artefacto telefónico que tenemos arriba era invulnerable.

—Bueno, aunque algunas de las cosas que tú haces también sean casi perfectas, ¿acaso no las haces con sumo cuidado? Pues nosotros también.

—¿Qué clase de cosas? Teóricamente hablando, claro está —preguntó Cathy, con una sonrisa de autosuficiencia.

—Cariño, sabes muy bien cómo formular una pregunta. Digamos que disponemos de cierta información sobre su arsenal nuclear, procedente de un agente muy introducido, y que se trate de algo verdaderamente importante, pero perder dicha información supondría revelar a la oposición la identidad del agente. Eso sería lo que se mandaría por valija diplomática. Lo esencial es proteger la fuente.

—Porque si lo identifican...

—Es hombre muerto, probablemente de forma muy desagradable. Se cuenta que en una ocasión introdujeron a alguien vivo en un horno crematorio, encendieron el gas y lo filmaron, pour encourager les autres, como habría dicho Voltaire.

—¡Ya nadie hace ese tipo de cosas! —exclamó inmediatamente Cathy.

—Hay alguien en Langley que asegura haber visto la película. Aquel pobre desgraciado se llamaba Popov y era un oficial del servicio secreto ruso que trabajaba para nosotros. Sus jefes se disgustaron mucho con él.

—¿Hablas en serio? —insistió Cathy.

—Completamente. Se dice que mostraban dicha película a los cadetes de su academia como advertencia sobre el peligro de cruzar la línea, lo cual a mí me parece mala psicología, pero como ya te he dicho, conozco a alguien que dice haberla visto. En cualquier caso, ésta es una de las razones por las que procuramos proteger a nuestras fuentes.

—Es un poco difícil de creer.

—¿De veras? ¿Como que un cirujano se tome un descanso para almorzar y beber una cerveza?

—Pues... sí.

—Vivimos en un mundo imperfecto, cariño.

No insistiría. Cathy dispondría de todo el fin de semana para reflexionar y él se dedicaría a su libro sobre Halsey.

En Moscú, los dedos se movían a toda velocidad.

—¿Cómo vas a comunicárselo a Langley? —preguntó Mary Pat.

—No estoy seguro —respondió Ed.

—Por mensajero —sugirió ella—. Esto podría ser realmente importante.

—Ritter se pondrá contento —asintió Ed.

—Y con razón —dijo su esposa—. ¿Quieres que organice el encuentro? —preguntó a continuación.

—Hablas bastante bien el ruso —reconoció Ed.

Ahora fue ella quien asintió. Ed sabía que hablaba un elegante ruso literario, que allí estaba reservado para la gente muy educada. Al soviético medio le parecía increíble que un extranjero pudiera hablar tan bien su idioma. Pero cuando daba un paseo o hablaba con los dependientes de alguna tienda, nunca hablaba de ese modo, sino que fingía trabarse con frases complicadas. De lo contrario habría llamado inmediatamente la

atención y, por tanto, evitarlo era una parte importante de su tapadera, incluso más que su pelo rubio y sus maneras norteamericanas. Sin duda, eso la habría puesto en evidencia.

—¿Cuándo? —preguntó a continuación.

—Iván dice que mañana. ¿Animada?

Mary Pat le dio una palmada en la cadera a su marido, acompañada de una juguetona sonrisa, indicando que podía apostar su trasero.

Foley quería a su esposa con todas las fuerzas de las que un hombre era capaz y eso incluía el respeto que le inspiraba el amor que ella sentía por la labor que ambos desempeñaban. El Departamento de Personal de Paramount no podía haberle encontrado mejor esposa. Esa noche harían el amor. Puede que la norma en el boxeo fuera evitar el sexo la noche antes del combate, pero para Mary Pat la norma era todo lo contrario, y que se jodieran los micrófonos de la pared si lo captaban, pensó el jefe de la delegación de Moscú con una pícara sonrisa.

—¿Cuándo te marchas, Bob? —preguntó Greer al subdirector de Operaciones.

—El domingo. Viajo en ANA hasta Tokio, y de allí a Seúl. —Me alegro de que seas tú y no yo. Detesto esos vuelos largos —comentó el subdirector de Inteligencia.

—Bueno, uno intenta pasar medio viaje durmiendo —respondió Ritter, a quien se le daba bien dormir en los aviones.

Tenía prevista una reunión con la CIA coreana para repasar la situación con los norcoreanos y los chinos, que preocupaba tanto a él como a los coreanos.

—En cualquier caso —agregó—, actualmente suceden pocas cosas en mi departamento.

—Es muy astuto por tu parte salir de la ciudad cuando el presidente me atosiga por el asunto del papa —reflexionó en voz alta el juez Moore.

—Lo siento, Arthur —respondió Ritter con una irónica sonrisa—. Mike Bostock se ocupará de todo en mi ausencia.

Ambos directivos conocían y apreciaban a Bostock, un espía de campo profesional, experto en asuntos soviéticos y centroeuropeos. Pero su temeridad era algo excesiva para gozar de la confianza del Capitolio, lo cual todos lamentaban. Las personas temerarias tenían sus utilidades, como por ejemplo Mary Pat Foley.

—¿Todavía no sabemos nada de la reunión del Politburó?

—Aún no, Arthur. Tal vez sólo hablaran de asuntos rutinarios. No siempre se reúnen para planear la próxima guerra nuclear.

—Claro —respondió Greer con una carcajada—. Ellos creen que somos nosotros quienes lo hacemos. Maldita sea, son unos paranoicos.

—Recuerda lo que dijo Henry: «Incluso los paranoicos tienen enemigos.» Y en eso consiste nuestro trabajo —les recordó Ritter a sus compañeros.

—¿Todavía reflexionando sobre tu plan de «La máscara de la muerte roja», Robert?

—Aún nada concreto. El personal con el que he hablado... maldita sea, Arthur, les dices que piensen por sí mismos, que intenten ir más allá, y ¿qué hacen?, ¡pues todavía lo hacen peor!

—No olvides que aquí escasea el espíritu empresarial. Esto es un organismo estatal, un funcionariado. Tiende a militar contra el pensamiento creativo. Esa es nuestra función —señaló el juez Moore—. ¿Cómo podemos cambiarlo?

—Tenemos algunos empleados del mundo real. Maldita sea, hay uno en mi equipo que es incapaz de no ir más allá en sus pensamientos.

—¿Te refieres a Ryan? —preguntó Ritter.

—Es uno de ellos —asintió Jim Greer.

—No es uno de nosotros —comentó el subdirector de Operaciones.

—Bob, no se pueden tener todas las ventajas —replicó el subdirector de Inteligencia—. Hay que elegir entre uno que piensa como cualquiera de nuestros burócratas, u otro que piensa de forma creativa. Ryan conoce el reglamento, es un ex marine capaz incluso de pensar de pie y pronto será un analista de primer orden. Es el mejor oficial joven que he visto desde hace años —prosiguió Greer después de hacer una pausa—, y no sé qué tienes contra él, Robert.

—A Basil le gusta —agregó Moore—, y Basil es un hombre a quien no es fácil engañar.

—La próxima vez que vea a Jack, me gustaría mencionarle lo de la «muerte roja».

—¿De veras? —preguntó Moore—. Está muy por encima de su rango.

—Arthur, sabe más de economía que cualquiera de mis empleados del Departamento de Inteligencia. La única razón por la que no lo he destinado a la sección de economía es porque es demasiado inteligente para imponerle dicha limitación. Si quieres destruir la Unión Soviética sin una guerra, Bob, la única forma de lograrlo es arruinar su economía. Ryan ganó un montón de dinero porque sabía cómo funciona. Os lo aseguro, sabe cómo separar el grano de la paja. Tal vez descubra cómo arrasar un campo de trigo. En cualquier caso, ¿qué puede haber de malo en ello? Tu proyecto es puramente teórico, ¿no es cierto?

Después de todo, Greer tenía razón.

—¿Y bien? —preguntó el director de la CIA dirigiéndose a Ritter.

—Bueno, qué diablos, de acuerdo —admitió el subdirector de Operaciones—. Siempre y cuando no hable con The Washington Post. No queremos que se divulgue esa idea; al Congreso y a la prensa les daría un infarto.

—¿Que Jack hable con la prensa? —dijo Greer—. No es probable. No busca favores de nadie, ni siquiera de nosotros. Creo que es alguien en quien podemos confiar. En las arcas del KGB no hay suficiente dinero para sobornarlo. Y eso es más de lo que puedo decir de mí mismo —bromeó.

—Recordaré tus palabras, James —prometió Ritter con una sonrisa.

En Langley, ese tipo de bromas solían limitarse al séptimo piso.

Los grandes almacenes eran parecidos en todo el mundo y GUM supuestamente era el homólogo en Moscú de Macy's en Nueva York. En teoría, pensó Ed Foley cuando entraba por la puerta principal. Al igual que la Unión Soviética era en teoría una unión voluntaria de repúblicas y, también en teoría, Rusia tenía una constitución que estaba por encima de la voluntad del partido comunista de la Unión Soviética. Y, en teoría, había también lo que en su jerga denominaban un rabbit, un conejo, pensó,

mirando a su alrededor.

Subieron por la escalera mecánica al primer piso. Era una escalera antigua, con gruesos peldaños de madera, en lugar de los metálicos que se usaban desde hacía tiempo en Occidente. El departamento de pieles estaba situado al fondo a la derecha y, a primera vista, su selección de artículos no parecía demasiado andrajosa.

Tampoco lo parecía Iván, vestido igual que en el metro. ¿Sería ése su mejor traje?, se preguntó Foley. De ser así, le convenía trasladarse cuanto antes a un país occidental.

Aparte de la calidad de la mercancía, aquí mediocre en el mejor de los casos, los grandes almacenes eran todos iguales, aunque aquí los departamentos eran tiendas semiautónomas. Pero su Iván era listo. Había sugerido que se encontraran en el lugar donde habría artículos de alta calidad. Desde hacía varios milenios, Rusia era un lugar de inviernos fríos, donde incluso los elefantes necesitaban abrigos de pieles, y puesto que el veinticinco por ciento de la sangre humana irriga el cerebro, los hombres necesitan gorros. Los de calidad media se llamaban shapkas y eran esencialmente tubulares, sin ninguna forma precisa, pero servían para evitar que se congelara el cerebro. Los mejores eran de almizclero, mientras que los de marta y de visón se encontraban sólo en las tiendas especializadas, frecuentadas casi exclusivamente por las mujeres ricas: esposas o amantes de los jefes del partido. Pero el noble almizclero, animal de los pantanos que apestaba —aunque de algún modo eliminaban el mal olor de su piel, para que no se confundiera a su usuario con un pozo negro—, tenía un pelo muy fino que además era un buen aislante. Un animal apestoso con pretensiones. Pero eso no era lo importante.

Ed y Mary Pat también podían comunicarse con la mirada, aunque su gama de frecuencias era bastante limitada. La hora del día les era favorable. Acababan de llenar las estanterías de gorros para el invierno, pero el tiempo otoñal hacía que la gente no se precipitara para comprarlos. Sólo había un individuo con una chaqueta de color castaño y Mary Pat se dirigió hacia él, después de indicarle a su marido que se alejara, como si pretendiera comprarle un regalo.

Aquel hombre estaba de compras, igual que ella, en la sección de sombreros. Quienquiera que sea —pensó Mary Pat—, no es un imbécil.

—Disculpe —dijo ella en ruso.

—Diga —respondió el individuo después de volver la cabeza.

Mary Pat lo observó. Tenía poco más de treinta años, pero parecía mayor. Debido al estilo de vida en Rusia, la gente parecía envejecer más rápidamente incluso que en la ciudad de Nueva York. Su pelo era castaño, al igual que sus ojos, de mirada inteligente. Buena señal.

—Busco un gorro de invierno para mi marido —dijo en su mejor ruso—, como ha sugerido usted en el metro.

La señora Foley se percató inmediatamente de que él no esperaba encontrarse con una mujer. Parpadeó y la observó, intentando compaginar su impecable ruso con el hecho de que debía de ser norteamericana.

—¿En el metro?

—Exactamente. A mi marido le ha parecido mejor que acudiera yo a la cita, en lugar de él —dijo mientras cogía un gorro y lo acariciaba, antes de volverse hacia su nuevo amigo, como para pedir su opinión—. Dígame,

¿qué quiere de nosotros?

—¿A qué se refiere? —respondió.

—Usted se ha acercado a un norteamericano y le ha pedido una cita. ¿Quiere ayudarme a elegir un gorro para mi marido? —repitió Mary Pat casi en un susurro.

—¿Es usted de la CIA? —preguntó después de recuperar casi por completo el control de su mente.

—Sí, mi marido y yo trabajamos para el gobierno norteamericano. Y usted para el KGB.

—Así es —respondió—, en Comunicaciones, la central de Comunicaciones.

—¿De veras? —preguntó mientras se volvía hacia el estante y cogía otro shapka.

Joder, pensó Mary Pat, ¿era cierto lo que decía, o sólo quería un billete barato a Nueva York?

—¿Cómo puedo estar segura de eso? —insistió Mary Pat.

—Porque lo digo yo —respondió, sorprendido y ligeramente ofendido de que se cuestionara su honradez; ¿acaso esa mujer creía que se jugaba la vida por diversión?—. ¿Por qué habla conmigo?

—Los mensajes del metro me han llamado la atención —respondió mientras examinaba un gorro castaño y fruncía el entrecejo, como si le pareciera demasiado oscuro.

—Señora, trabajo en el Octavo Directorio.

—¿En qué sección?

—Simple proceso de comunicaciones. No formo parte del servicio de Inteligencia. Soy oficial de Comunicaciones. Transmito mensajes de salida a diversas delegaciones, y cuando las respuestas del campo llegan a mi despacho, las dirijo a los destinatarios correspondientes. Por consiguiente, veo muchos mensajes operativos. ¿Es suficiente eso para sus propósitos?

Por lo menos sabía desenvolverse debidamente, señalando el shapka y moviendo la cabeza antes de indicar otro más claro, casi rubio.

—Supongo que sí. ¿Qué quiere de nosotros?

—Tengo información de gran importancia, de muchísima importancia. A cambio de dicha información, quiero un pasaje a Occidente para mí, mi esposa y mi hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Tres años y siete meses. ¿Puede ofrecerme lo que necesito?

La pregunta inyectó medio litro de adrenalina en su flujo sanguíneo. Debería decidirse de un modo casi inmediato y su decisión comprometería toda la fuerza de la CIA en un solo caso. Sacar a tres personas de la Unión Soviética no sería coser y cantar.

Pero Mary Pat se percató de que aquel individuo trabajaba en Mercury y sabría cosas a las que un centenar de agentes bien colocados no tendrían acceso. Era guardián de las joyas de la corona rusa, más valiosas que los genitales del propio Brézhnev y, por consiguiente...

—Sí, podemos sacarlos a usted y a su familia. ¿Cuándo?

—El tiempo es de suma importancia en la información que poseo. Tan pronto como sea posible. No revelaré mi información hasta que esté en Occidente, pero le aseguro que es de gran importancia; la suficiente para impulsarme a tomar esta medida —agregó como coletilla.

No te excedas, Iván, pensó Mary Pat. Un agente movido por el orgullo

podría decirles que tenía los códigos de lanzamiento de los misiles estratégicos, cuando lo único que poseía era la receta de caldo de su madre, y sacarlo del país supondría un desperdicio de recursos, que debían administrarse con suma cautela. Pero frente a dicha posibilidad, Mary Pat tenía sus ojos. Miró al alma de aquel individuo y vio que podía ser muchas cosas, pero con toda probabilidad no un mentiroso.

—Sí, podemos hacerlo con mucha rapidez, si es necesario. Debernos hablar del lugar y de los métodos. No podemos seguir hablando aquí. Sugiero que nos reunamos en otro sitio para hablar de los detalles.

—Es muy sencillo —respondió Zaitzev al tiempo que fijaba el lugar para la mañana siguiente.

Tienes mucha prisa, pensó Mary Pat.

—¿Cómo le llamo? —preguntó por fin.

—Oleg Ivanovich —respondió automáticamente antes de percatarse de que había dicho la verdad, en una situación en la que probablemente convenía disimular.

—Estupendo. Yo me llamo María —dijo ella—. ¿Entonces qué shapka me recomienda?

—¿Para su marido? Indudablemente, éste—respondió Zaitzev a la vez que le entregaba el de color más claro.

—Entonces lo compraré. Gracias, camarada.

Examinó brevemente el gorro y miró la etiqueta mientras se dirigía al mostrador: ciento ochenta rublos, más de lo que ganaba mensualmente un obrero moscovita. Para efectuar la compra tuvo que entregarle el slzapka a una dependienta, dirigirse luego a la caja y pagar al contado —puesto que los soviéticos no habían descubierto todavía las tarjetas de crédito—, obtener un recibo y entregárselo a la primera dependienta, que le devolvió el gorro.

Era cierto, los rusos eran realmente más ineficaces que el gobierno norteamericano. Resultaba asombroso que eso fuera posible, pero ver era creer, reflexionó Mary Pat con la bolsa de papel castaño en las manos antes de reunirse con su marido y salir rápidamente a la calle.

—Bueno, ¿qué me has comprado? —preguntó Ed.

—Algo que te gustará—prometió su esposa levantando la bolsa, pero sus brillantes ojos azules lo decían todo.

Entonces consultó su reloj. Eran las tres de la madrugada en Washington, demasiado temprano para llamar por teléfono. Ese asunto no era para el personal del turno de noche, ni siquiera para los empleados de confianza que trabajaban en Mercury. Eso lo había aprendido a fuerza de palos. No, lo que harían en este caso sería escribirlo, codificarlo y mandarlo por valija diplomática. Luego sólo precisarían la aprobación de Langley.

Su coche había sido inspeccionado el día anterior por el mecánico de la embajada, como se hacía de forma rutinaria con los de todos los empleados para no delatarlos como espías, y las señas en la puerta y en el capó permanecían intactas desde la noche anterior. El Mercedes 280 tenía también una alarma bastante sofisticada. De modo que Ed Foley se limitó a subir el volumen del radiocasete. Sonaba una cinta de los Bee Gees que indudablemente ofendería a quien la escuchara por un micrófo-

no oculto, a suficiente volumen para saturarlo. En el asiento del pasajero, Mary Pat se movía al ritmo de la música, como una buena californiana.

—Nuestro amigo necesita transporte —dijo en voz baja para que sólo su marido la oyera—. Para él, su esposa y su hija, de tres años y medio.

—¿Cuándo? —preguntó Ed

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Eso depende de nosotros.

—¿Va en serio? —preguntó Ed para aclarar si valía la pena que se tomaran la molestia.

—Creo que sí.

No se podía estar seguro, pero Mary Pat tenía buen ojo para evaluar a las personas, y su marido estaba dispuesto a apostar por ella.

—De acuerdo —asintió.

—¿Tenemos compañía? —preguntó a continuación.

—No —respondió Foley, cuya mirada se dividía a partes iguales entre la calzada y los retrovisores.

Si alguien los seguía, debía de ser el hombre invisible. —Bien —dijo Mary Pat antes de bajar un poco el volumen de la música—. A mí también me gusta, Ed, pero un poco más suave para los oídos.

—De acuerdo, cariño. Por la tarde tengo que volver a la oficina.

—¿Para qué? —preguntó en ese tono semienojado con el que todos los maridos del mundo están familiarizados.

—Tengo papeleo pendiente desde ayer...

—Y quieres ver los resultados del béisbol —refunfuñó—.

—Ed,¿por qué no recibimos la televisión por satélite en nuestro edificio?

—Están en ello, pero los rusos ponen ciertas dificultades.

—Temen que pueda ser una herramienta para el espionaje —agregó con asco.

—Sí, claro —dijo Mary Pat, sólo por si el KGB disponía de un operario clandestino muy listo que deambulara de noche por el aparcamiento—. Sólo faltaría eso.

Puede que el FBI lo lograra, y aunque debían tornar medidas contra dicha posibilidad, dudaba de que los rusos fueran capaces de hacerlo. Sus aparatos de radio eran demasiado voluminosos. No obstante, actuaban como paranoicos, ¿pero lo eran lo suficiente?

Cathy salió con Sally y el pequeño Jack a la calle. Había un parque a una manzana y media de su casa, junto a Fristow Way, con unos columpios que a Sally le gustaban y césped que el pequeño arrancaba e intentaba comerse. Acababa de descubrir cómo utilizar sus manos, con dificultad y torpeza, pero todo lo que llegaba a su pequeño puño pasaba acto seguido a la boca, como bien sabían todos los padres en el mundo entero. No obstante, era una buena oportunidad para que los pequeños tomaran un poco el sol, ya que las noches invernales serían allí largas y oscuras, y al mismo tiempo le proporcionaba a Jack la paz necesaria en la casa para dedicarse a su libro sobre Halsey.

Había sacado ya uno de los textos médicos de Cathy, Principios de la medicina interna, para informarse sobre el herpes, esa infección de la piel que había atormentado al almirante norteamericano en un momento muy

inoportuno. Después de leer la sección sobre dicha enfermedad, que resultaba estar emparentada con la varicela, comprendió que debió de ser como una tortura medieval para el aviador naval de edad ya avanzada, agravada por el hecho de que su querido grupo de combate, que lo formaban el Enterprise y el Yorktown, debería zarpar sin él hacia una importante confrontación. Pero se lo tomó como un hombre, igual que todo lo demás en la vida de William Frederick Halsey hijo, y recomendó a Raymond Spruance para que ocupara su puesto. Difícilmente podían haber sido aquellos dos hombres más diferentes. Halsey era un blasfemo, un borracho, fumador empedernido y ex jugador de fútbol americano. Spruance era un intelectual abstemio, que no fumaba ni se sabía que hubiera levantado jamás la voz enojado. Pero se hicieron íntimos amigos y más adelante se turnarían en el mando de la flota del Pacífico, denominada tercera o quinta flota, según quien la mandara. Ryan consideraba que ésa era una pista evidente de que Halsey también era un intelectual y no un agresor sin contemplaciones, como proclamaba la prensa contemporánea. Un erudito como Spruance no habría entablado amistad con un zoquete. Pero sus subordinados pelearon entre sí, como gatos por una hembra en celo, probablemente la equivalencia militar de «mi papá es más fuerte que el tuyo», como niños de unos siete años, sin respeto intelectual alguno.

Tenía los comentarios de Halsey sobre la enfermedad, pero sus propias palabras debían de haber sido cambiadas por su editor y coautor, porque Bill Halsey se expresaba realmente como un carretero borracho, lo cual era probablemente una de las razones por las que tanto gustaba a los periodistas. Habría sido interesante reproducirlas.

Sus notas y algunos documentos de referencia estaban amontonados junto a su ordenador Apple II. Jack utilizaba WordStar como procesador de textos. Era bastante complicado, pero mucho más fácil que una máquina de escribir. Se preguntaba cuál sería la editorial adecuada para el libro. La Navel Institute Press manifestaba de nuevo su interés, pero Jack se planteaba la posibilidad de elegir una de las grandes editoriales. Sin embargo, antes debía terminar el maldito libro, y se sumergió de nuevo en el complejo cerebro de Halsey.

Pero hoy, inusualmente para él, titubeaba. Su mecanografía, con tres dedos y un pulgar (ambos pulgares en días excepcionales), era como siempre, pero su cerebro no se concentraba debidamente, como si quisiera pensar en otra cosa. Esa era una maldición ocasional de su trabajo como analista en la CIA. Algunos problemas se negaban a desaparecer, y obligaban a su mente a repasarlos una y otra vez hasta encontrar una respuesta, que a menudo tenía escaso sentido en sí misma. Lo mismo le había ocurrido de vez en cuando durante su época en Merrill Lynch, cuando investigaba asuntos bursátiles en busca de valores o peligros ocultos en las operaciones y finanzas de algunas transacciones comerciales. Eso lo había enfrentado en algunas ocasiones a los peces gordos de la oficina de Nueva York, pero Ryan nunca había estado dispuesto a hacer algo simplemente porque se lo ordenaba un superior. Incluso en el cuerpo de marines, como oficial, por joven que fuera, se esperaba que reflexionara y, como corredor de Bolsa, sus clientes confiaban en que protegiera su dinero como si fuera suyo. En general lo había logrado. Después de invertir sus propios fondos en los Ferrocarriles

de Chicago y del Noroeste, recibió las críticas de sus supervisores, pero los clientes que habían seguido su consejo obtuvieron unos buenos beneficios y eso le sirvió para ganar un montón de clientes nuevos. Ryan había aprendido a escuchar sus instintos, a rascar los picores que no alcanzaba a ver ni apenas a sentir. Ésa era una de dichas situaciones, en la que el sujeto era el papa. La información de la que disponía no llegaba a configurar una imagen completa, pero eso era algo a lo que ya estaba acostumbrado. En el negocio bursátil había aprendido cómo y cuándo apostar su dinero en imágenes incompletas, y en nueve de cada diez casos había acertado.

Pero ahora sólo sentía el picor, y no tenía nada que apostar. Algo ocurría, sólo que no sabía qué. Lo único que había visto era la copia de una carta de advertencia mandada a Varsovia y remitida a Moscú, donde un puñado de ancianos la verían como una amenaza.

No era mucho en lo que basarse, se dijo Ryan. Le entraron ganas de fumar un cigarrillo. A veces eso ayudaba a pensar, pero se organizaría un escándalo si Cathy olía el humo en la casa. Y en casos como ése, el chicle no surtía el efecto deseado.

Necesitaba a Jim Greer. A menudo, el almirante lo trataba como a un hijo adoptivo, después de haber perdido a su propio hijo como teniente de los marines en Vietnam, por lo que Ryan había averiguado, y de vez en cuando le ofrecía la oportunidad de analizar algún problema. Pero no tenía suficiente intimidad con sir Basil Charleston y la edad de Simon estaba demasiado cerca de la suya, aunque no su experiencia. Y ése no era un problema que pudiera resolver por sí mismo. Le gustaría poder discutirlo con su esposa, sabía que los médicos eran bastante lis-tos, pero eso estaba prohibido y, además, en realidad Cathy no conocía suficientemente bien la situación para comprender las amenazas. Como hija de un financiero millonario, se había criado en un entorno más privilegiado, en un gran piso de Park Avenue, siempre había asistido a las mejores escuelas, tuvo su propio coche el día en que cumplió los dieciséis años y estaba perfectamente protegida de todos los riesgos de la vida. No era el caso de Jack. Su padre era policía, durante la mayor parte de su carrera en la brigada de homicidios, y aunque no solía hablar de su trabajo en casa, Jack le había formulado suficientes preguntas para comprender que el mundo real podía ser un lugar de peligros imprevisibles y que algunas personas no pensaban como seres humanos. Los llamaban «los malos» y podían ser realmente perversos. Para él no existía la vida desprovista de conciencia. No sabía si eso lo había adquirido en su lejana infancia, o en las escuelas católicas, o si formaba parte de su estructura genética. Sabía que quebrantar las reglas raramente era algo positivo, pero también era consciente de que las reglas eran producto de la razón y que la razón estaba por encima de las mismas, lo cual significaba que podían quebrantarse si existía una razón excepcionalmente buena para ello. Eso se denominaba juicio y, curiosamente, los marines se lo habían fomen-tado. Se estimaba una situación, se examinaban las opciones y luego se actuaba. A veces era preciso hacerlo a toda prisa y de ahí que los oficiales cobraran más que los sargentos, aunque siempre era aconsejable escuchar la opinión del suboficial si el tiempo lo permitía.

Pero ahora Ryan no disponía de ninguna de esas cosas y ésa era la mala noticia. No se vislumbraba ninguna amenaza inmediatamente

identificable y ésa era la buena noticia. Pero en su ambiente actual las amenazas no siempre eran fácilmente detectables y su trabajo consistía en encontrarlas, reuniendo la información disponible. Pero eso tampoco abundaba ahora. Era sólo una posibilidad, que debía aplicar a las mentes de personas que no conocía y con las que nunca hablaría, de las que únicamente sabía lo que otros, a quienes tampoco conocía, habían escrito sobre ellas. Era como navegar en una de las carabelas de Cristóbal Colón, creyendo que debía de haber tierra, pero sin saber dónde ni cuándo aparecería, con la esperanza de que no lo hiciera de noche, ni en una tormenta, y que no estuviera precedida de una barrera coralífera que destrozara el casco del barco. Su propia vida no corría peligro, pero al igual que se había sentido profesionalmente obligado a tratar el dinero de los demás como si fuera suyo, debía considerar que la vida de un hombre que potencialmente se encontraba en peligro tenía tanta importancia como la de su propia hija.

Y de ahí procedía el escozor. Pensó en llamar al almirante Greer, pero en Washington no eran siquiera las siete de la mañana y no le haría a su jefe ningún favor despertándolo con el pitido agudo del teléfono de seguridad de su casa; más aún porque no tenía nada que contarle y sólo preguntas que formularle. Por consiguiente, se reclinó en su silla, con la mirada fija en la pantalla verde de su monitor Apple, en busca de algo que sencillamente no estaba ahí.

CAPÍTULO DIECISIETE

TRANSMISIONES RELÁMPAGO

En su despacho, Ed Foley escribió:

PRIORIDAD: RELÁMPAGO
A: SUBDIRECTOR DE OPERACIONES, CIA
C/C: DIRECTOR CIA, SUBDIRECTOR DE INTELIGENCIA
DE: JEFE DE LA DELEGACIÓN DE MOSCÚ
TEMA: RABBIT
TEXTO: TENEMOS UNA LIEBRE, ALTO CARGO CAÍDO DEL CIELO, DICE SER OFICIAL DE COMUNICACIONES EN EL CENTRO DEL KGB, CON INFORMACIÓN DE INTERÉS PARA EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE. ESTIMACIÓN: ES SINCERO. CINCO SOBRE CINCO. SE SOLICITA AUTORIZACIÓN URGENTE PARA EXTRACCIÓN INMEDIATA DE LA TIERRA DE LOS ROJOS. EL PAQUETE INCLUYE ESPOSA E HIJA (3).
SE SUPLICA PRIORIDAD CINCO SOBRE CINCO.
FIN.

Listo, pensó Foley, suficientemente conciso. Cuanto más cortos eran los mensajes de ese tipo, mejor, porque brindaban menos oportunidades a la oposición de analizar el texto y descifrar el código, en el supuesto de que cayera en sus manos.

Pero las únicas manos que tocarían ese mensaje serían las de la CIA. Apostaba mucho en este mensaje operativo. Cinco sobre cinco significaba que la importancia estimada de la información disponible, así como su

supuesta precisión y la prioridad de la acción que proponía, eran del nivel cinco: el más elevado. Concedió exactamente la misma evaluación a la veracidad del sujeto. Cuatro ases no eran la clase de despacho que uno mandaba todos los días. Era la calificación que otorgaría a un mensaje de Oleg Penkovsky, o del propio agente Cardenal, que eran de una fiabilidad insuperable. Reflexionó unos instantes, preguntándose si su evaluación era correcta, pero a lo largo de su carrera, Ed Foley había aprendido a guiarse por sus instintos. Además, había contrastado sus ideas con las de su esposa, cuyos instintos eran igualmente agudos. Rabbit, término utilizado por la CIA para alguien que quería un billete de salida urgente de cualquier lugar nefasto en el que se encontrara, aseguraba mucho, pero todos los indicios apuntaban a que era lo que alegaba ser: el poseedor de cierta información sumamente importante. Eso lo convertía en un desertor de conciencia y por tanto, bastante fiable. Si fuera un impostor, un señuelo, habría pedido dinero, porque ésa era la mentalidad de los desertores del KGB, y la CIA nunca había hecho nada para desalentar dicha idea.

Por consiguiente, la sensación era correcta, pero «sensaciones correctas» no era lo que uno mandaba al séptimo piso por correo diplomático. En este caso deberían seguirle la corriente; confiar en él. Era el jefe de la delegación de Moscú, el más alto de los cargos de campo de la CIA, y le correspondía un nivel muy elevado de credibilidad. Deberían sopesar eso con los reparos que pudieran tener. Si se convocaba una reunión de la cumbre, podría poner el trato en peligro, pero ni el presidente ni el secretario de Estado tenían intención de hacerlo. Por tanto, no había ningún impedimento para que Langley aprobara algún tipo de acción si consideraban que estaba en lo cierto.

Foley no sabía siquiera por qué se cuestionaba a sí mismo. El era el hombre de Moscú y, santo Dios, con eso bastaba. Levantó el teléfono y pulsó tres botones.

—Russell —respondió una voz.

—Mike, soy Ed. Te necesito aquí.

—De acuerdo.

Al cabo de un minuto y medio se abrió la puerta.

—Dime, Ed.

—Algo para la valija.

Russell consultó su reloj.

—Vamos muy justos de tiempo, amigo.

—Es breve. Me temo que debo insistir.

—Entonces, adelante, hermano.

Russell se dirigió a la puerta seguido de Foley. Afortunadamente, el pasillo estaba desierto y su despacho no estaba lejos.

Russell se sentó en su silla giratoria y encendió la máquina codificadora. Foley le entregó el papel, que Russell sujetó a un atril sobre el teclado.

—Bastante corto —asintió cuando empezaba a teclear.

Era casi tan hábil como la propia secretaria del embajador y concluyó el trabajo en un minuto, incluida la hojarasca, consistente en dieciséis apellidos elegidos al azar de la guía telefónica de Praga. Cuando la nueva página salió de la máquina, Foley la cogió, la dobló, la introdujo en un sobre y lo selló. Después de lacrar la solapa, se lo devolvió a Russell.

—Regreso dentro de cinco minutos, Ed —dijo el oficial de

Comunicaciones de camino a la puerta.

Cogió el ascensor para bajar al primer piso. Allí se encontraba el correo diplomático, que se llamaba Tommy Cox, ex suboficial piloto de helicóptero del ejército, derribado cuatro veces en los Altiplanos Centrales cuando pertenecía a la Primera División de Caballería y con unos sentimientos exclusivamente negativos respecto a los adversarios de su país. La valija diplomática era una bolsa de lona, que llevaría sujeta con unas esposas a la muñeca durante el viaje. Ya tenía una reserva en el vuelo de un 747 de Pan Am, directo al aeropuerto internacional Kennedy de Nueva York, que duraría once horas, durante las que no podía beber ni dormir, pero llevaba consigo tres novelas de intriga para leer durante el viaje. Saldría de la embajada dentro de diez minutos en un coche oficial, y sus credenciales diplomáticas le garantizaban que las medidas de seguridad y de inmigración no le plantearían dificultad alguna. Los rusos eran en realidad bastante cordiales en dicho sentido, aunque seguro que se morían de ganas de ver lo que contenía la bolsa de lona. Evidentemente no se trataba de perfume ruso, ni de ropa interior femenina, para algún amigo de Nueva York o de Washington.

—Buen viaje, Tommy.

—Gracias, Mike —asintió Cox.

Russell regresó al despacho de Foley en el piso superior.

—Bien, ya está en la bolsa. El vuelo sale dentro de una hora y diez minutos.

—Bien.

—¿Es una liebre lo que creo que es?

—No puedo decírtelo, Mike —respondió Foley.

—Sí, lo sé, Ed. Perdona la pregunta.

Russell no era de los que quebrantan las reglas, aunque sentía tanta curiosidad como cualquiera. Y evidentemente sabía lo que era una liebre. Había pasado toda su vida en el mundo de las tinieblas con un trabajo u otro y su jerga no era tan difícil de comprender. Pero el mundo de las tinieblas tenía paredes y ésa era la realidad.

Foley cogió su copia del mensaje, lo guardó en la caja fuerte de su despacho y activó la combinación y la alarma. Luego bajó a la cafetería de la embajada, donde la televisión estaba sintonizada en la cadena de deportes y entretenimiento. Descubrió que los Yankees habían perdido una vez más por tres lanzamientos directos y una carrera hasta el banderín. ¿Acaso no había justicia en este mundo?, refunfuñó para sus adentros.

Mary Pat hacía labores domésticas, muy aburridas, pero que le brindaban una buena oportunidad para dejar el cerebro en posición neutra y permitir que se desbocara su imaginación. Bien, volvería a reunirse con Oleg Ivanovich. Ella sería quien debería calcular la forma de trasladar el «paquete», otro término de la CIA que significaba el material, persona o personas que debían sacar del país y llevar a un lugar seguro. Había muchas formas de hacerlo. Todas eran peligrosas, pero tanto ella como Ed, como los demás espías de campo de la CIA, estaban entrenados para el peligro. Moscú era una ciudad con varios millones de habitantes y, en dicho entorno, tres personas en movimiento no eran más que parte del

ruido de fondo, como la caída de una sola hoja en un bosque otoñal, uno más de los búfalos de la manada en el parque nacional de Yellowstone, o uno de los coches en una autopista de Los Angeles en hora punta. Después de todo, no era tan difícil.

Bueno, en realidad, sí lo era. En la Unión Soviética, todos los aspectos de la vida personal estaban sujetos a un control. Aplicado a Norteamérica, evidentemente, el paquete no era más que uno de tantos coches en una autopista de Los Angeles, pero para ir a Las Vegas era necesario cruzar una línea estatal y se precisaba una razón para ello. Allí nada era fácil, en el sentido que lo sería en Norteamérica.

Y había algo más...

Sería preferible que los rusos no supieran que se había ido, pensó Mary Pat. Después de todo, no se consideraba un caso de asesinato si no había un cadáver, para que todo el mundo supiera que alguien había muerto. Asimismo, no se consideraría una deserción a no ser que los interesados aparecieran en otro lugar, donde se suponía que no debían estar. Por consiguiente, sería mucho mejor... si fuera posible...

¿No sería eso una buena patada en el trasero? ¿Pero cómo llevarlo a cabo? Eso era algo sobre lo que especular mientras pasaba la aspiradora a la alfombra de la sala de estar, lo cual, por cierto, anularía los efectos de los micrófonos que los rusos pudieran haber instalado en sus paredes... Entonces se detuvo de pronto. ¿Por qué desperdiciar semejante oportunidad? Ed y ella podían comunicarse mediante el lenguaje de los sordomudos, pero la gama de matices era sumamente limitada.

Se preguntó si a Ed le parecería bien. Tal vez, pensó. Normalmente, a él no se le ocurriría. Ed, a pesar de toda su pericia, no se distinguía por su intrepidez. Con todas sus virtudes, que eran muchas, se parecía más al piloto de un bombardero que al de un avión de caza. Pero Mary Pat pensaba como Chuk Yeager en el X-1, o como Pete Conrad en el módulo lunar. Era más hábil para los lanzamientos a larga distancia.

La idea tenía también implicaciones estratégicas. Si lograban sacar a Rabbit sin el conocimiento de la oposición, podrían utilizar sus conocimientos indefinidamente y dicha posibilidad, si llegaban a calcular cómo hacerlo, era realmente muy apetecible. No sería fácil y podría ser una complicación innecesaria, en cuyo caso se descartaría, pero valía la pena pensar en ello, si lograba que Ed se lo planteara. Necesitaría el talento planificador de su marido y su realismo, pero esa sola idea le hacía bullir la cabeza. A fin de cuentas, dependería de los medios disponibles... Y ésa sería la parte difícil. Pero «difícil» no significaba «imposible». Y para Mary Pat, «imposible» tampoco significaba «imposible». En absoluto.

El vuelo de Pan Am llegó a la hora prevista, tambaleándose sobre la ondulada pista de aterrizaje del aeropuerto de Sheremetyevo, famoso en el mundo de la aviación por su calzada semejante a una montaña rusa. Pero las pistas de despegue eran adecuadas y los turborreactores Prat & Whitney JT-9D impulsaron la nave a velocidad de rotación y el avión emprendió el vuelo. Tommy Cox, en el asiento 3-A, detectó con una sonrisa la reacción habitual cuando un avión norteamericano despegaba de Moscú: los pasajeros vitoreaban y aplaudían. No era una norma, ni lo sugería la tripulación. Sucedía espontáneamente, como muestra de lo

impresionados que estaban los norteamericanos con la hospitalidad soviética. Cox, que no sentía el menor afecto por la gente que había suministrado las ametralladoras que habían alcanzado cuatro veces su Huey —por lo que le habían otorgado tres condecoraciones Purple Heart, que lucía en forma de franja en miniatura en la solapa, junto a dos estrellas de repetición—, compartía sus sentimientos. Miró por la ventana y observó cómo se alejaba el suelo a su izquierda, y entonces, cuando oyó el agradable son de la campanilla, se sacó un Winston y su Zippo del bolsillo. Lástima que no pudiera beber ni dormir en esos vuelos, pero la película que proyectaron era una que, asombrosamente, no había visto. En su trabajo, uno aprendía a apreciar los pequeños detalles. Doce horas hasta Nueva York, pero el vuelo directo era preferible a los que hacían escala en Frankfurt o en Heathrow. Dichos lugares no servían más que para tener que cargar su jodida bolsa de lona de un lado para otro, a veces sin la ayuda de ningún carro. Bueno, tenía un paquete entero de cigarrillos y el menú de la cena no parecía demasiado malo. Además, el gobierno le pagaba incluso por permanecer sentado durante doce horas, cuidando de una bolsa barata. Era mejor que pilotar su Huey por los Altiplanos Centrales. Cox hacía mucho que había dejado de preguntarse por la importante información que transportaba en su bolsa. Y si a otros les importaba, allá ellos.

Ryan había logrado escribir tres páginas —no había sido una jornada muy productiva— sin poder alegar siquiera que la elegancia de su prosa lo obligaba a trabajar despacio. Su lenguaje era culto, en gran parte había aprendido la gramática con curas y monjas y manejaba adecuadamente el vocabulario, pero no era particularmente refinado. En su primer libro, Águilas condenadas, el editor había eliminado del manuscrito todos los fragmentos de lenguaje artístico que había intentado, con el consiguiente furor silencioso y sumiso por su parte. Los pocos críticos que leyeron y comentaron su epopeya histórica, alabaron moderadamente la calidad de su análisis, pero señalaron lacónicamente que podía ser un buen libro de texto para estudiantes de historia, pero no algo en lo que el lector corriente quisiera malgastar su dinero. Se vendieron siete mil ochocientos sesenta y cinco ejemplares, no eran muchos para compensar dos años y medio de trabajo, pero Jack se recordaba a sí mismo que aquélla no había sido más que su primera experiencia y tal vez una nueva editorial le encontraría a un corrector que se comportara más como aliado que como enemigo. Después de todo, la esperanza era gratuita.

Pero la maldita obra no progresaría hasta que él la escribiera y tres páginas no justificaban una jornada entera encerrado en su estudio. Compartía el cerebro con otro problema y eso no era útil para la productividad.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Cathy, que acababa de aparecer de pronto a su espalda.

—Relativamente bien —mintió.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Mayo. Halsey lucha contra su infección cutánea.

—¿Dermatitis? Puede ser algo muy molesto, incluso hoy en día —señaló Cathy—. Puede enloquecer a los pobres pacientes.

—¿Desde cuándo eres dermatóloga?

—He estudiado medicina general, Jack, ¿acaso lo has olvidado? Puede que no lo sepa todo, pero tengo bastantes conocimientos.

—Y además eres humilde —replicó Jack con una mueca.

—¿No te cuido debidamente cuando coges un resfriado?

En realidad, lo hacía.

—Supongo que sí. ¿Cómo están los chicos?

—Estupendamente. Sally se ha divertido en los columpios y ha hecho un nuevo amigo, Geoffrey Froggatt. Su padre es abogado.

—Magnífico. ¿Hay algo más por aquí, además de abogados?

—Bueno, hay un médico y un espía —señaló Cathy—. El problema está en que no puedo decirle a la gente lo que tú haces.

—¿Entonces qué les dices? —preguntó Jack.

—Que trabajas para la embajada.

Era bastante cierto.

—Un burócrata más —refunfuñó Jack.

—¿Preferirías volver a Merrill Lynch?

—No en esta vida.

—A algunas personas les gusta ganar un montón de dinero —dijo Cathy.

—Sólo como pasatiempo, cariño —respondió, consciente de que eso le proporcionaría a su suegro un año de felicidad, pero no pensaba volver a hacerlo en la vida; como buen marine, ya había servido su tiempo en el infierno—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Como qué?

—No puedo decírtelo.

—Ya lo sabía —dijo su esposa con una juguetona sonrisa—.

Bueno, por lo menos no juegas con información privilegiada. En realidad lo hacía, del género más nefasto, pero Ryan no podía revelárselo. Millares de personas trabajaban todos los días para averiguar cosas que se suponía que no debían saber, con el fin de cometer actos que se suponía que no debían cometer.

Pero ambos bandos jugaban diligentemente al mismo juego, porque no era sobre dinero; era un juego sobre vida y muerte, el más nefasto que existía. Pero a Cathy no le quitaba el sueño el tejido canceroso que había mandado al incinerador del hospital y probablemente aquellas células cancerosas también querían vivir, pero peor para ellas.

El coronel Bubovoy tenía el despacho sobre su mesa y lo leyó. No le temblaron las manos, pero encendió un cigarrillo para mejorar su contemplación. De modo que el Politburó estaba dispuesto a seguir adelante. El propio Leonid Ilich había firmado la carta dirigida al presidente del partido búlgaro. Le ordenaría al embajador que llamara el lunes por la mañana para organizar la reunión, que debería ser breve. Los búlgaros eran perritos falderos de la Unión Soviética, pero a veces resultaban de gran utilidad. Los soviéticos habían colaborado en el asesinato de Georgiy Markov en el puente londinense de Westminster; el KGB suministró el arma, si es que se puede denominar así al paraguas utilizado, con una diminuta cápsula metálica, para inyectar el veneno del ricino y silenciar al molesto desertor, que se habría ido de la lengua en el

programa internacional de la BBC. De eso hacía ya algún tiempo, pero esas deudas no tenían fecha de caducidad, por lo menos a ese nivel de gobernación. Por consiguiente, ahora Moscú exigía el pago de la deuda. Existía también el pacto de 1964, en virtud del cual el DS se comprometía a llevar a cabo el trabajo sucio del KGB en Occidente. Asimismo, Leonid Ilich prometía el envío del nuevo modelo de tanques T-72 para un batallón completo, que siempre hacía que el jefe de un Estado comunista se sintiera mejor respecto a su seguridad política. Además, eran más baratos que los MiG-29 que solicitaban los búlgaros. Como si los pilotos búlgaros fueran capaces de manejar semejantes aparatos. Bubovoy recordó que, según se bromeaba en Rusia, los pilotos búlgaros debían introducir cuidadosamente sus bigotes en el casco de vuelo antes de poder cerrar la visera. Con o sin bigotes, los búlgaros eran considerados hijos de Rusia desde la época de los zares. Y por regla general eran chicos obedientes, aunque al igual que los rusos apenas apreciaran diferencia alguna entre el bien y el mal, si no se les sorprendía con las manos en la masa. Por consiguiente, manifestaría el debido respeto por ese jefe de Estado, que lo recibiría cordialmente como mensajero de una gran potencia, y el mandatario protestaría un poco antes de dar su consentimiento. Sería una actuación tan estilizada como la del bailarín Aleksander Gudonov y con una conclusión igualmente previsible.

A continuación se reuniría con Boris Strokov y se formaría una idea de la rapidez con que proseguiría la operación. A Boris Andréievich le emocionaría aquella perspectiva. Sería la mayor misión de su vida, como participar en una olimpiada, más excitante que sobrecogedora, seguida indudablemente de un ascenso después de ser completada con éxito, además quizá de un coche nuevo para Strokov, o tal vez una bonita casa de campo a las afueras de Sofía. Puede que ambas cosas. ¿Y para él?, se preguntó el oficial del KGB. Regresar a Moscú con estrellas de general, un lujoso despacho en el Centro y un bonito piso en Kutusovskie Prospekt. Regresar a Moscú era algo que le apetecía al delegado, que había pasado muchos años en el extranjero. Los suficientes, pensó. Más que suficientes.

—¿Dónde está el correo? —preguntó Mary Pat mientras pasaba la aspiradora por la alfombra de la sala de estar.

—Ahora debe de estar sobre Noruega —calculó su marido en voz alta.

—Tengo una idea —dijo Mary Pat.

—¿Qué? —preguntó Ed, no con poca inquietud.

—¿Y si lográramos sacar a Rabbit sin que ellos lo supieran?

—¿Cómo diablos lo haríamos? —preguntó sorprendido Ed, sin comprender qué se proponía su esposa—. Complicado —agregó lacónicamente.

—Pero factible —replicó Mary Pat.

—Cariño, eso son palabras mayores —repuso Ed, pero ella vio en sus ojos que lo pensaba.

—Sí, pero si lo logramos, menudo golpe —respondió Mary Pat mientras introducía la aspiradora bajo el sofá.

Eddie se acercó al televisor para poder oír lo que decían los robots Transformers. Buena señal. Si Eddie no alcanzaba a oír, tampoco lo harían los micrófonos del KGB.

—Vale la pena pensarlo —reconoció Ed—. Pero lograrlo...maldita sea.

—¿No nos pagan para ser creativos?

—Desde aquí no lo conseguiremos de ninguna de las maneras.

No, sin la utilización de muchos recursos, algunos de ellos no del todo fiables, lo que evidentemente suponía su mayor temor, del que no podían defenderse fácilmente. Ese era uno de los problemas en el mundo del espionaje. Si el servicio de contraespionaje del KGB identificaba a uno de sus agentes, solía tratar la situación con bastante astucia. Por ejemplo, podían mantener una pequeña charla con la persona en cuestión y ordenarle que siguiera operando, a cambio de lo cual tal vez viviría hasta fin de año. Sus agentes estaban entrenados para ahuyentar el miedo, pero las reacciones de una persona eran imprevisibles. Era mucho pedir de la supuesta dedicación de sus agentes y algunos, probablemente la mayoría, se doblegarían.

—Hay otros lugares adonde pueden ir —sugirió Mary Pat—. Europa oriental, por ejemplo. Sacarlos de esa manera.

—Supongo que es posible —reconoció nuevamente Ed—. Pero la misión aquí consiste en sacarlos, no en hacer méritos ante un juez en Alemania Oriental.

—Lo sé, pero piénsalo. Si logramos alejarlos de Moscú, dispondremos de mucha mayor flexibilidad en nuestras opciones.

—Sí, cariño, y también tendremos problemas de comunicaciones.

Y eso suponía un riesgo de echarlo todo a perder. El principio de «cuanto más sencillo mejor» era algo tan intrínseco de la CIA como la gabardina y el sombrero de fieltro en las películas malas.

Pero lo que Mary Pat sugería era muy interesante. Sacar a Rabbit de modo que los soviéticos lo creyeran muerto; eso significaba que no tomarían precauciones. Sería como mandar al capitán Kirk al cuartel general del KGB por teletransportador, invisible, y volverlo a sacar con montones de información importante sin que nadie supiera que había estado allí. Sería una de las cosas más perfectas jamás realizadas; como nunca se había hecho en el mundo real, se dijo Ed. Pensó unos instantes en lo afortunado que era de tener una esposa tan creativa tanto en el trabajo como en la cama.

Era estupendo.

Mary Pat sabía cómo leer su mente, simplemente mirándolo a la cara. Era un hombre cauteloso, pero ella había pulsado un botón muy sensible y él era suficientemente inteligente para reconocer el mérito de su idea. Supondría una complicación, pero tal vez no excesiva. Sacar el paquete de Moscú no sería coser y cantar, ni en las mejores circunstancias. Lo difícil sería cruzar la frontera finlandesa; siempre se hacía por Finlandia y todo el mundo lo sabía. Había formas de hacerlo, utilizando generalmente vehículos preparados con lugares ocultos para los pasajeros. A los rusos les resultaba difícil contrarrestar dicha táctica, porque si el conductor y el vehículo llevaban credenciales diplomáticas, la convención internacional limitaba sus posibilidades de registro. Cualquier diplomático que quisiera ganar dinero rápido podía hacerse con una pequeña fortuna haciendo contrabando de drogas, y Mary Pat estaba segura de que algunos lo hacían, aunque muy raramente los descubrían. Se podían hacer muchas cosas cuando uno tenía la garantía de que no acabaría en la cárcel. Pero ni siquiera eso ofrecía una seguridad absoluta. Si los rusos descubrían que

aquel individuo había desaparecido, puede que se quebrantaran las reglas, debido a la importancia de la información almacenada en su cabeza. La otra cara de la violación de las reglas diplomáticas era que sólo generaban una protesta, acompañada de la declaración pública de que un diplomático extranjero practicaba el espionaje y de represalias contra algunos de sus diplomáticos. Pero los soviéticos tenían antecedentes de haber sacrificado un gran número de soldados con fines políticos, que para ellos suponían un precio aceptable con el fin de alcanzar sus propósitos. Por la información que poseía Rabbit, no dudarían en derramar sangre, incluida la suya. Mary Pat se preguntaba hasta qué punto comprendía aquel individuo el peligro en el que se encontraba y la magnitud de las fuerzas a las que se enfrentaba. Todo se reducía a si los soviéticos sabían que algo se fraguaba. De no ser así, todas sus medidas de vigilancia rutinarias, aunque meticulosas, eran previsibles. Pero si estaban sobre aviso, podían cerrar la ciudad de Moscú a cal y canto.

No obstante, todas las actividades clandestinas de la CIA se llevaban a cabo cautelosamente y disponían de planes alternativos por si fallaba algo, además de otras medidas, algunas desesperadas, que habían tenido un efecto satisfactorio cuando se habían utilizado. Aunque uno procuraba evitarlas.

—Estoy a punto de acabar —advirtió Mary Pat a su marido.

—De acuerdo, Mary Pat, seguiré pensando.

Su formidable mente empezó a examinar ideas. A veces necesita un pequeño empujón, pensó Mary Pat, pero una vez encaminado en la dirección adecuada, era como un perro con un hueso en la boca. Se preguntó cuánto dormiría su marido aquella noche. Indudablemente, lo averiguaría.

—Le gustas a Basil —dijo Murray, que fingía inspeccionar las rosas con Jack en el jardín mientras las mujeres estaban en la cocina.

—¿De veras?

—Sí, mucho.

—Pues no sé por qué —respondió Ryan—. Todavía no he hecho gran cosa.

—Tu compañero de trabajo le informa sobre ti todos los días. Simon Harding es un favorito, por si nadie te lo había dicho. De ahí que acompañara a Bas al número diez.

—Dan, creía que estabas en el FBI y no en la CIA —repuso Jack al tiempo que se preguntaba por el alcance del agregado jurídico.

—Bueno, me llevo bien con los muchachos a lo largo del pasillo y me relaciono un poco con los espías locales.

Al decir «los muchachos a lo largo del pasillo», Dan se refería al personal de la CIA. Pero una vez más, Jack se preguntó a qué rama del gobierno pertenecía realmente Murray. Todo, para quien sabía dónde mirar, parecía indicar que era «policía». ¿O tal vez eso también era un complejo disfraz? No, imposible. Dan había sido el mediador personal de Emil Jacobs, el discreto y competente director del FBI, y eso era demasiado rebuscado para una tapadera gubernamental. Además, Murray no tenía agentes en Londres. ¿O quizá sí?

¿Los tenía? Nada era nunca lo que parecía. Ryan detestaba ese aspecto

de su trabajo en la CIA, pero debía reconocer que mantenía su mente plenamente despierta. Incluso cuando tomaba una cerveza en el jardín.

—Bueno, supongo que es de agradecer.

—No es fácil impresionar a Basil, muchacho. Pero él y el juez Moore se aprecian mutuamente. Jim Greer también. A Basil sencillamente le encanta su capacidad analítica.

—Es muy listo —reconoció Ryan—. He aprendido mucho de él.

—Te está convirtiendo en una de sus estrellas.

—¿De veras? —exclamó Ryan, que no siempre tenía esa impresión.

—¿No te has percatado de la rapidez con que te asciende? Como si fueras un catedrático de Harvard, o algo por el estilo.

—Universidad de Boston y Georgetown, no lo olvides.

—Sí, bueno, nosotros, los productos de los jesuitas, dirigimos el mundo, sólo que lo hacemos con humildad. La humildad es una asignatura que no enseñan en Harvard.

Indudablemente no alientan a sus licenciados a hacer algo tan plebeyo como trabajar en la policía, pensó Ryan. Recordó a los ex alumnos de Harvard en Boston, muchos de los cuales creían ser dueños del mundo, porque su papá se lo había comprado. Ryan prefería adquirirlo él mismo, debido indudablemente a su procedencia obrera. Pero Cathy no era como esos altaneros de clase alta y, sin embargo, había venido al mundo con un pan bajo el brazo. Evidentemente, nadie se avergonzaba de que su hijo o hija fuera médico y menos aún si se había licenciado en el Johns Hopkins. Tal vez Joe Muller no fuera tan malo después de todo, pensó fugazmente Ryan; había contribuido a la educación de una buena hija. Lamentablemente, para su yerno era un cretino insoportable.

—¿Entonces te gusta Century House?

—Es mejor que Langley. Aquello se parece demasiado a un monasterio. Por lo menos en Londres vivimos en la ciudad. Durante la hora del almuerzo puedes salir a tomar una cerveza o ir de compras.

—Lástima que el edificio se esté desintegrando. Es el mismo problema que han tenido con otros edificios en Londres: el hormigón, el cemento, o como lo llamen, es defectuoso. La fachada se desmorona. Es embarazoso, pero el constructor debe de estar muerto desde hace tiempo. No se puede llevar a un cadáver ante los tribunales.

—¿Nunca lo has hecho? —preguntó desenfadadamente Jack.

Murray negó con la cabeza.

—No, nunca le he disparado a nadie. En una ocasión estuve a punto de hacerlo, pero lo evité en el último momento. Menos mal, porque el memo estaba desarmado. No habría sido fácil explicárselo al juez —agregó mientras tomaba un trago de cerveza.

—¿Cómo va la policía local? —preguntó Jack, ya que después de todo era responsabilidad de Murray relacionarse con ellos.

—En realidad, bastante bien. Está bien organizada y dispone de buenos investigadores para asuntos importantes. No tienen muchos delitos callejeros de que preocuparse.

—No como en Nueva York o en Washington.

—En absoluto. ¿Algo interesante en Century House? —preguntó Murray.

—En realidad, nada. Me he dedicado sobre todo a examinar archivos antiguos, comparando viejos análisis con nuevos datos. Nada que valga la pena mencionar, pero no me queda más remedio que hacerlo. El

almirante me da mucha cuerda, pero no dejo de estar atado.

—¿Qué opinas de nuestros primos?

—Basil es muy listo —respondió Ryan—. Pero ejerce cautela en cuanto a lo que me muestra. Supongo que es justo. Sabe que mando informes a Langley y en realidad no preciso saber mucho en cuanto a las fuentes... Pero puedo adivinar algunas cosas. «Seis» debe de disponer de buen personal en Moscú. Maldita sea, nunca me metería en ese juego —agregó después de hacer una pausa—. Nuestras cárceles son bastante nefastas; no quiero ni pensar cómo deben de ser las rusas.

—No vivirías lo suficiente para averiguarlo, Jack. No son la gente más indulgente del mundo, especialmente en lo que concierne al espionaje. Es mucho menos peligroso abatir a un policía en la puerta de una comisaría que ser espía.

—¿Y en nuestro caso?

—Es curioso lo patrióticos que son los reclusos. Los espías lo pasan mal en las cárceles federales; ellos y los pedófilos. Reciben mucha atención por parte de los ladrones y los atracadores, ya sabes, los delincuentes honrados.

—Sí, mi padre hablaba de ello de vez en cuando, de la jerarquía dentro de las cárceles, y uno no quiere estar en los peldaños inferiores.

—Mejor ser lanzador que receptor —rió Murray.

Había llegado el momento de formular una pregunta seria:

—Dime, Dan, ¿estás muy vinculado con el mundo del espionaje?

Murray examinó el horizonte.

—Nos llevamos bastante bien —fue todo lo que estaba dispuesto a responder.

—¿Sabes una cosa, Dan? —observó Jack—, si hay algo que haya llegado a preocuparme, son los eufemismos.

A Murray le gustó el comentario.

—En tal caso, compañero, estás en el lugar equivocado. Aquí todo el mundo habla de ese modo.

—Sí, sobre todo entre los espías.

—Bueno, si habláramos como todo el mundo, desaparecería el misterio y la gente comprendería lo jodido que está realmente todo —sonrió Murray antes de tomar un trago—. No lograríamos conservar la confianza de la gente. Apuesto a que ocurre lo mismo con los médicos y los corredores de Bolsa —sugirió el representante del FBI.

—Toda profesión tiene su jerga.

La supuesta razón era que facilitaba una comunicación más rápida y eficaz entre los miembros de la congregación, pero la realidad, evidentemente, era que privaba de conocimiento y de acceso a los demás. Aunque en el fondo eso no importaba, si uno estaba en el interior.

La desgracia tuvo lugar en Budapest y fue pura consecuencia de la mala suerte. El agente no era siquiera particularmente importante. Facilitaba información sobre las fuerzas aéreas húngaras, aunque era una organización que en el mejor de los casos nadie se tomaba demasiado en serio, al igual que las demás fuerzas armadas húngaras, que raramente se habían distinguido en el campo de batalla. En cualquier caso, aquí nunca había cuajado realmente el marxismo-leninismo, pero el Estado disponía

de un servicio de Inteligencia y Contrainteligencia muy atareado, aunque no particularmente competente, y no todos sus miembros eran estúpidos. Algunos incluso habían sido entrenados por el KGB, y si en algo eran expertos los rusos, era en el espionaje y el contraespionaje. El oficial en cuestión, Andreas Morrisay, estaba sentado en un bar de Andrassy Utca, tomando su café matinal, cuando vio que alguien cometía una equivocación. No se habría percatado de no haberse aburrido de su periódico, pero ahí estaba. Un húngaro, evidente por su forma de vestir, dejó caer algo. Tenía el tamaño aproximado de una caja de tabaco de pipa. Se agachó para recogerlo y entonces, curiosamente, lo pegó bajo su mesa. Y Andreas se percató de que no volvía a caerse; debía de llevar algún tipo de adhesivo. Y no sólo era eso inusual, sino que lo había visto en una película de entrenamiento en la academia del KGB, a las afueras de Moscú. Era una forma muy simple y obsoleta de hacer un pase, algo que hacían los espías enemigos para transferir información. Andreas pensó que era como entrar en un cine y ver una película de espías, consciente instintivamente de lo que sucedía. Su reacción inmediata fue la de dirigirse al servicio, donde había un teléfono público. Desde allí llamó a su oficina y habló menos de treinta segundos. A continuación utilizó el retrete, porque aquello podría durar un rato y de pronto estaba emocionado. Más valía prevenir. La central de su organización estaba a sólo media docena de manzanas y aparecieron dos de sus colegas, que se sentaron, pidieron un café y se pusieron a charlar animadamente. Andreas era relativamente nuevo en su trabajo, sólo llevaba en él un par de años, y todavía no había detenido a nadie. Pero hoy era su día, lo sabía. Estaba mirando a un espía. Un húngaro que trabajaba para alguna potencia extranjera, y aunque facilitara información al KGB soviético, cometía un delito por el que se lo podía detener, aunque en dicho caso el oficial de enlace del KGB no tardaría en resolver la situación. Transcurridos otros diez minutos, el húngaro se levantó y echó a andar, seguido por los otros dos agentes.

A continuación no sucedió nada durante más de una hora. Andreas pidió una ración de tarta de manzana, tan rica como en Viena, a trescientos kilómetros de distancia, a pesar del gobierno marxista de su país, porque a los húngaros les encantaba la buena comida y Hungría era un país agrícola, no obstante las restricciones impuestas a los agricultores orientales. Andreas encendió una serie de cigarrillos, leyó su periódico y se limitó a esperar que ocurriera algo.

Y por fin sucedió. Un hombre demasiado bien vestido para ser húngaro tomó asiento junto a su mesa, encendió un cigarrillo y se puso a leer el periódico.

El hecho de ser muy miope, en ese momento fue una ventaja para Andreas. Sus gafas eran tan gruesas que un observador tardaba varios segundos en ver hacia dónde miraban sus ojos y recordaba suficientemente bien su entrenamiento para no mirar ningún lugar en concreto durante más de unos breves segundos. En general parecía estar leyendo su periódico, como otra media docena de clientes en el elegante café, que de algún modo había sobrevivido a la segunda guerra mundial. Andreas, convencido de que aquel individuo debía de ser norteamericano, vio cómo tomaba su café y leía su periódico, hasta que dejó la taza en el plato, se metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo que utilizó

para sonarse la nariz y luego volvió a guardarlo.

Pero no sin antes recuperar la caja de tabaco de debajo de la mesa. Lo hizo con tanta pericia que sólo un agente del contraespionaje debidamente entrenado podría haberlo detectado, y Andreas se recordó a sí mismo que ése era precisamente su caso. Y fue su orgullo lo que generó la primera y más costosa equivocación del día.

El norteamericano acabó de tomarse su café v se marchó, seguido de cerca por Andreas. El extranjero se dirigió a la estación del metro, a una manzana de distancia, y casi llegó. Pero no del todo. Volvió la cabeza, sorprendido, cuando sintió una mano en el brazo.

—¿Puedo ver la caja de tabaco que ha cogido de la mesa? —preguntó educadamente Andreas, porque aquel extranjero, desde un punto de vista técnico, era probablemente un diplomático.

—¿Cómo dice usted? —respondió el extranjero, a juzgar por su acento era británico o norteamericano.

—La caja que está en el bolsillo de su pantalón —aclaró Andreas.

—No sé de qué me habla y tengo prisa —repuso y echó a andar.

No llegó muy lejos. Andreas desenfundó su pistola, una Agrozet checa modelo 50, y casi puso fin a la conversación, pero no del todo.

—¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

—Documentación —dijo Andreas con la mano extendida, sin bajar la pistola—. Ya hemos capturado a su contacto. Queda usted detenido —agregó.

En las películas, el norteamericano habría desenfundado su propia pistola, y habría intentado huir por los veintiocho peldaños que descendían hacia el antiguo metro. Pero el temor del norteamericano era que aquel individuo hubiera visto demasiadas películas y se pusiera suficientemente nervioso para apretar el gatillo de la porquería de pistola checa que tenía en la mano. Por consiguiente, con deliberada lentitud para no asustar a aquel imbécil, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó su pasaporte. Era negro, como los que se extienden a los diplomáticos, e inmediatamente reconocible por cretinos afortuna-dos, como ese estúpido y jodido húngaro. El norteamericano, que se llamaba James Szell y era de ascendencia húngara, pertenecía a una de las muchas minorías étnicas llegadas a Norteamérica el siglo anterior.

—Soy un diplomático norteamericano, debidamente acreditado ante su gobierno. Lléveme inmediatamente a mi embajada.

Szell bullía por dentro. Evidentemente no lo manifestaba en su rostro, pero cinco años de trabajo en el campo acababan de llegar a un fin repentino. Y todo a causa de un agente novato de segunda categoría, que le facilitaba información mustia sobre unas fuerzas aéreas de tercera categoría. ¡Maldita sea!

—Antes deberá acompañarme dijo Andreas con un movimiento de su pistola—. Por aquí.

El vuelo 747 de Pan Am aterrizó en Kennedy media hora antes de lo previsto a causa de que soplaban vientos favorables. Cox guardó sus libros en la bolsa, se puso en pie y, con un poco de ayuda de las azafatas, fue el primero en salir del avión. A continuación cruzó rápidamente la aduana, su bolsa de lona indicaba quién y lo que era, y de allí fue al

próximo avión del puente aéreo a Washington. Transcurridos otros noventa minutos, estaba en el asiento trasero de un taxi con dirección al Fondo Tenebroso del Departamento de Estado. Una vez dentro del espacioso edificio, abrió la valija diplomática y ordenó su contenido. Entregó el sobre de Foley a un mensajero, que condujo por George Washington Parkway hasta Langley, donde las cosas sucedieron también con bastante rapidez.

El mensaje se entregó en mano en Mercury, centro de comunicaciones de la CIA, y después de descifrado e impreso se llevó en mano a la séptima planta. El original se arrojó al incinerador y no se conservó ninguna copia impresa, pero se grabó la versión electrónica en una casete VHS, que se guardó en un compartimento de Bufón.

Mike Bostock se encontraba en su despacho, y cuando vio el sobre de Moscú decidió que todo lo demás podía esperar: Comprobó inmediatamente que así era, pero al consultar su reloj se percató de que Bob Ritter estaba sobre el este de Ohio, desplazándose hacia el oeste en un 747 de All Nippon Airlines. Entonces decidió llamar al juez Moore a su casa para pedirle que acudiera a su despacho. El director de la CIA refunfuñó que lo haría inmediatamente y le ordenó llamar también a Jim Greer. Ambos vivían bastante cerca de la central de la CIA y aparecieron en el ascensor de ejecutivos con una diferencia de ocho minutos.

—¿Qué ocurre, Mike? —preguntó Moore a su llegada. —Un mensaje de Foley. Parece que tiene algo interesante. Intrépido o no, Bostock se caracterizaba por su discreción. —Maldita sea exclamó el director—. ¿Y Bob ya se ha marchado?

—Sí, señor, hace sólo una hora.

—¿De qué se trata, Arthur? —preguntó el almirante Greer; que llevaba una camisa barata de golf.

—Tenemos una liebre —respondió Moore mostrándole el mensaje.

Greer lo examinó detenidamente.

—Podría ser interesante —dijo después de reflexionar unos instantes.

—Sí, podría serlo —reconoció Moore antes de dirigirse al ayudante del subdirector de Operaciones—. Háble me, Mike.

—Foley lo considera importante. Ed es uno de nuestros mejores oficiales de campo, al igual que su esposa. Quiere sacar a ese individuo y a su familia cuanto antes. Creo que en este caso debemos guiarnos por sus instintos, juez.

—¿Problemas?

—La cuestión es cómo llevar a cabo la misión. Normalmente lo dejaríamos en manos de nuestro personal de campo, a no ser que intentaran alguna locura, pero Ed y Mary son demasiado inteligentes para eso dijo Bostock con un suspiro mientras contemplaba el valle del Potomac por los ventanales, que daban al parking de ejecutivos—. Juez, Ed cree que ese individuo tiene información muy importante. No se lo podemos cuestionar. Es lógico suponer que Rabbit está muy introducido y quiere salir pitando del purgatorio. Incluir a su esposa y a su hija en el paquete es una complicación grave. Una vez más, debemos guiarnos por los instintos de nuestro personal en el campo. Sería interesante utilizar a ese individuo como agente para que nos facilitara información con regularidad, pero por alguna razón eso no es factible, o Ed considera que ya posee lo que necesitamos y queremos.

—¿Por qué no podrá decirnos algo más? —se preguntó Greer, con el despacho todavía en la mano.

—Es posible que tuviera prisa por entregarle este mensaje al correo, o que no quisiera confiar al sistema de envío información que la oposición podría utilizar para identificar a ese individuo. Para lo que ese sujeto conoce, Ed no ha querido confiar en los canales habituales de comunicación y eso, caballeros, es en sí mismo un mensaje.

—¿Entonces considera que debemos aprobar la petición? —preguntó Moore.

—No me parece que tengamos otra alternativa —señaló Bostock.

—De acuerdo, aprobada —declaró oficialmente el director de la CIA— Comuníqueselo inmediatamente.

—Sí, señor —respondió Bostock antes de abandonar la sala.

—Bob va a cabrearse —comentó Greer con una carcajada.

—¿Qué puede ser tan importante para que Foley decida de pronto utilizar un atajo? —reflexionó Moore en voz alta.

—No nos queda más remedio que esperar para averiguarlo.

—Supongo, pero la paciencia no ha sido nunca mi fuerte.

—Bueno, plantéatelo como una oportunidad para adquirir esa virtud, Arthur.

—Estupendo.

Moore se puso en pie. Podía irse a casa y refunfuñar durante todo el día, como un crío en la víspera de Navidad, preguntándose qué aparecería bajo el árbol, en el supuesto de que ese año realmente hubiera Navidad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MÚSICA CLÁSICA

La respuesta llegó a Moscú después de la medianoche. El oficial de Comunicaciones del turno de noche la imprimió y luego la dejó sobre la mesa de Mike Russell, donde quedó rápidamente olvidada. Debido a las ocho horas de diferencia con Washington, ésa era habitualmente la hora más ajetreada del día para recibir mensajes de entrada y aquello no era más que otro documento con un texto incoherente, que él no estaba autorizado a descifrar.

Como Mary Pat suponía, Ed apenas había dormido, aunque había procurado no moverse demasiado en la cama para no molestar a su esposa. Las dudas también formaban parte del juego del espionaje. ¿Era Oleg Ivan'ch un señuelo, un anzuelo del KGB, que él había mordido con excesiva rapidez y demasiada dureza? ¿Acaso los soviéticos habían salido a pescar al azar y habían atrapado un gran atún al primer intento? ¿Jugaba el KGB a esos juegos? No, según los extensos informes recibidos en Langley. Lo habían hecho en el pasado, pero iban dirigidos deliberadamente a conocidos participantes, de los que podían obtener pistas sobre otros agentes siguiéndolos para comprobar los lugares donde efectuaban los pases...

Pero ésa no era forma de jugar. Uno no pedía un billete de salida al

primer encuentro, a no ser que quisiera algo específico, como la neutralización de un objetivo en particular, y ése no podía ser el caso. El y Mary Pat todavía no habían hecho gran cosa. Maldita sea, incluso en la embajada sólo un puñado de personas sabían quién era y lo que era. Aún no había reclutado a ningún nuevo agente, ni trabajado con los existentes. Estrictamente hablando, ése no era su trabajo. Se suponía que el jefe de delegación no hacía trabajo de campo. Su misión consistía en dirigir y supervisar a quienes lo hacían, como Dom Corso, Mary Pat y el resto de los miembros de su equipo, pequeño pero experto.

Y si los rusos supieran quién era, ¿por qué exponerlo tan pronto?; eso sólo serviría para facilitar a la CIA más conocimientos de los que ahora poseía, o que podía fácilmente averiguar. No era así como se ejercía el espionaje.

Otra posibilidad; supongamos que Rabbit era un personaje desechable, cuya función era la de identificar a Foley y facilitar luego información inútil o falsa. ¿Y si no era más que una estratagema para identificar al jefe de la delegación de Moscú? ¿Pero lo habrían elegido a él sin saber quién era? Ni siquiera el KGB disponía de suficientes recursos para llevar a cabo semejante misión con todos los empleados de la embajada. Esa era una forma muy torpe de actuar, que indudablemente pondría sobre aviso al resto del personal de la embajada de que algo muy extraño ocurría.

No, en el KGB eran demasiado profesionales para eso.

De modo que no podían haberlo elegido sin saber quién era y, de haberlo sabido, habrían querido ocultar dicha información para no revelar a la CIA una fuente o un método que sería claramente preferible no dar a conocer.

Por tanto, definitivamente Oleg Ivanovich no podía ser un señuelo.

Debía de ser auténtico.

Con su inteligencia y su experiencia, Foley era incapaz de elaborar una hipótesis en la que Rabbit no fuera genuino. El problema era que aquello no tenía mucho sentido.

Aunque, al fin y al cabo, ¿qué lo tenía en el mundo del espionaje?

Lo que tenía sentido era la necesidad de sacar a aquel individuo del país. Tenían una liebre que precisaba huir del oso.

—

¿No puedes decirme qué te preocupa? —preguntó Cathy.

—No.

—¿Pero es importante?

—Sí —asintió Jack—. Sin duda lo es, pero el problema estriba en que no sabemos hasta qué punto es grave.

—¿Algo de lo que yo debería preocuparme?

—No. No se trata de una tercera guerra mundial, ni nada por el estilo. Pero en realidad no puedo hablar de ello.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes, es confidencial. ¿Acaso me hablas tú de tus pacientes? Claro que no, porque tienes unas reglas éticas y yo tengo las de la confidencialidad.

A pesar de lo inteligente que era, Cathy todavía no lo había asimilado plenamente.

—¿Puedo ayudar de algún modo?

—Cathy, si tuvieras autorización para saberlo, tal vez podrías darnos tu opinión. 0 tal vez no. No eres psiquiatra, que es la especialidad indicada para esto: cómo reacciona la gente ante las amenazas, cuáles son sus motivaciones, cómo perciben la realidad y cómo determinan sus actos dichas percepciones.

Hace algún tiempo que estudio su forma de pensar, incluso antes de pertenecer a la CIA, pero...

—Lo sé, es difícil introducirse en el cerebro de otro. ¿Y sabes qué te digo?

—¿Qué? —Es más difícil con los cuerdos que con los locos. Las personas pueden pensar de un modo racional y, no obstante, cometer locuras.

—¿Debido a sus percepciones? —En parte —asintió Cathy—, pero también porque han elegido creer en cosas completamente falsas, aunque por razones plenamente racionales.

A Ryan le pareció que merecía la pena hablar del tema más a fondo.

—Bien, háblame por ejemplo de... Iosif Stalin. Mató a mucha gente. ¿Por qué?

—En parte, por motivos racionales y, en parte, por pura paranoia. Cuando detectaba una amenaza, la atajaba de raíz. Pero tenía tendencia a ver amenazas donde no las había, o cuando no eran suficientemente graves para reaccionar con fuerza letal. Stalin vivía en la frontera entre la locura y la normalidad, y cruzaba de un lado a otro como alguien sobre un puente, incapaz de decidir dónde estaba su casa. En asuntos internacionales se lo suponía tan racional como cualquiera, pero tenía una veta implacable y nadie se atrevía a decirle que no. Uno de los médicos del Hopkins escribió un libro sobre él. Lo leí cuando estaba en la facultad.

—¿Y qué decía?

La doctora Ryan se encogió de hombros.

—No es muy bueno. Ahora se cree que los desequilibrios químicos en el cerebro son los causantes de las enfermedades mentales y no el hecho de que tu padre te maltratara, o de ha ber visto a tu madre en la cama con un macho cabrío. Pero ahora ya no podemos analizar la química de Stalin.

—Claro que no. Creo que lo incineraron y guardaron las cenizas... no recuerdo dónde —reconoció Jack.

¿Estaban en el muro del Kremlin? 0 puede que enterraran el ataúd, en lugar de incinerarlo. No valía la pena averiguarlo.

—Es curioso. Muchos personajes históricos hicieron lo que hicieron debido a su inestabilidad mental. Hoy podríamos curarlos con litio u otros productos que hemos descubierto, sobre todo en los últimos treinta años, pero en aquella época sólo disponían de alcohol y yodo. Y puede que también algún exorcismo —agregó al tiempo que se preguntaba si éstos eran reales.

—¿Y Rasputín padecía también un desequilibrio químico? —reflexionó Jack en voz alta.

—Tal vez. No sé mucho al respecto, salvo que era una especie de cura loco, ¿no es cierto?

—No era cura, sino una especie de místico seglar. Supongo que hoy en día sería un evangelista televisivo. Fuera lo que fuese, acabó con la casa Romanov, que en cualquier caso eran bastante inútiles.

—¿Y entonces Stalin tomó el poder?

—Primero Lenin, luego Stalin. Vladimir Ilich murió de un infarto.

—Tal vez hipertensión, o simplemente una acumulación de colesterol, hasta que un coágulo en el cerebro acabó con su vida. Pero Stalin fue peor, ¿no es cierto?

—Lenin no era un santo, pero lo de Stalin fue asombroso: Tamerlán reencarnado en el siglo xx, o tal vez uno de los césares. Cuando los romanos conquistaban una ciudad rebelde, mataban todo cuanto encontraban a su paso, incluidos los perros.

—¿En serio?

—Sin embargo, los británicos respetaron siempre a los perros. Les tienen demasiado cariño —agregó Jack.

—Sally echa de menos a Ernie —dijo Cathy como aportación femenina, aunque no del todo ajena a la conversación.

Ernie era el nombre del perro que tenían en su país.

—Yo también, pero se divertirá de lo lindo este otoño, cuando se levante la veda de los patos. Recuperará todas las piezas que hayan caído al agua.

Cathy se estremeció. Nunca había cazado nada más vivo que una hamburguesa en el supermercado, pero cortaba seres humanos con un bisturí. Como si eso tuviera sentido, pensó Ryan con una irónica sonrisa. Pero hasta la última vez que lo había comprobado, no había descubierto que en el mundo hubiera ninguna regla que lo obligara a ser lógico.

—No te preocupes, cariño. A Ernie le gustará. Te lo prometo.

—Sí, claro.

—Le encanta nadar —señaló Jack para pinchar un poco a su esposa—. ¿Algún problema ocular interesante en el hospital la próxima semana?

—Sólo casos rutinarios: examinar la vista y recetar gafas toda la semana.

—¿Nada divertido, como cortarle a algún desgraciado el ojo por la mitad y coserlo de nuevo?

—Ése no es el procedimiento habitual —replicó Cathy. —Cariño, yo no podría cortarle a alguien el ojo con un cuchillo sin vomitar, o tal vez desmayarme.

Sólo pensar en ello le producía escalofríos.

—Debilucho —se limitó a responder su esposa, que no comprendía que eso no se incluyera en el plan de estudios de la academia de los marines en Quantico, Virginia.

Mary Pat se percató de que su marido seguía despierto, pero no era el momento de hablar, ni siquiera mediante el lenguaje de los sordomudos. Pensaba en las operaciones, en cómo sacar el paquete. Moscú sería demasiado difícil. Otros lugares de la Unión Soviética eran igualmente difíciles, porque la delegación de Moscú disponía de escasos recursos en otros lugares de ese vasto país; las operaciones de inteligencia solían centrarse en las capitales nacionales, porque ahí era donde podían instalarse «diplomáticos», que en realidad eran lobos con piel de cordero. La forma evidente de contrarrestar dicha situación consistía en usar la capital del Estado exclusivamente para servicios administrativos relacionados con el gobierno y mantener alejados los aspectos militares, así como otros asuntos delicados, pero nadie lo hacía, por la simple razón de que los peces gordos del gobierno querían tener a todos sus

funcionarios al alcance de la mano para poder disfrutar de su ejercicio del poder. Y ése era el aliciente de su vida, tanto en Moscú, como en Berlín, cuando gobernaba Hitler, como en Washington.

¿Pero de dónde saldría si no lo hacía de Moscú? Había sólo ciertos lugares a los que Rabbit podía desplazarse libremente. A ningún lugar al oeste de la alambrada, como Mary Pat denominaba el Telón de Acero que había dividido Europa en 1945. Y habría pocos sitios que un hombre como él querría visitar que fueran convenientes para la CIA. Quizá las playas de Sochi. En teoría, la marina podría acercar un submarino y rescatarlo, pero para eso no bastaba con silbar, ni sería fácil convencer a la armada.

Quedaban los fraternales Estados socialistas de Europa oriental, tan emocionantes para pasar unas vacaciones como el centro de Mississippi en pleno verano, ideal para disfrutar de un calor intenso y de las plantaciones de algodón. Polonia quedaba descartada. Varsovia estaba reconstruida después de la dura versión de la Wehrmacht de la renovación urbana, pero actualmente Polonia se había convertido en un lugar muy controlado, debido a sus problemas políticos internos, y el punto de salida más fácil, Gdansk, estaba sometido a tanta vigilancia como la frontera ruso-polaca. No ayudó el hecho de que allí los británicos organizaran el robo de un nuevo tanque ruso T-72. Mary Pat esperaba que le hubiera sido útil a alguien, pero un imbécil en Londres presumió de ello en la prensa, se divulgó la noticia y Gdansk dejó de ser un puerto conveniente de salida durante algunos años. ¿Tal vez la República Democrática de Alemania? Pero pocos eran los rusos a los que les importaba un comino Alemania y, además, allí había poco que ver. ¿Checoslovaquia? Su capital era supuestamente interesante, estaba repleta de monumentos arquitectónicos de la época imperial y tenía una intensa vida cultural. Su música y su ballet estaban casi a la altura de los rusos y la reputación de sus galerías de arte era excelente. Pero la frontera austro-checa también estaba muy estrechamente vigilada.

Quedaba... Hungría.

Hungría, pensó. Budapest también era una antigua ciudad imperial, en otra época gobernada rígidamente por la dinastía austríaca de los Habsburgo, conquistada por los rusos en 1945 después de una prolongada y sangrienta batalla contra las SS alemanas y probablemente reconstruida para recuperar la gloria del siglo anterior. No eran entusiastas del comunismo, como lo habían demostrado en 1956, antes de ser duramente sometidos por los rusos, siguiendo las órdenes personales de Jruschov, y luego bajo la tutela de Andrópov como embajador de la URSS recuperada para el feliz redil socialista, pero con un gobierno más liberal después de la breve y sangrienta rebelión. Todos los jefes rebeldes habían sido fusilados, ahorcados, o de algún otro modo eliminados. El perdón nunca había sido una virtud del marxismo-leninismo.

Pero muchos rusos se desplazaban en tren a Budapest. Esa ciudad era vecina de Yugoslavia, el San Francisco comunista, que los rusos no podían visitar sin autorización, pero Hungría mantenía tratos comerciales libres con Yugoslavia y allí los soviéticos podían comprar vídeos, zapatillas Reebok y lencería Fogal. Los rusos iban allí con una maleta llena, dos o tres vacías y una lista de la compra para todos sus amigos.

Los soviéticos podían desplazarse a dicho lugar con relativa libertad, porque disponían de rublos del Comecon, que todos los países socialistas

debían aceptar por orden de su Gran Hermano moscovita. Budapest era en realidad el centro comercial del bloque oriental. Incluso se podían comprar cintas pornográficas para los magnetoscopios de fabricación nacional, según diseños robados de los japoneses y construidos en las fábricas de la hermandad socialista. Las cintas vírgenes se introducían de contrabando desde Yugoslavia y se utilizaban para grabar cualquier cosa y en cualquier lugar, desde grandes musicales hasta películas del Oeste. En Budapest había buenas galerías de arte, monumentos históricos, excelentes orquestas, y se suponía que la comida era bastante buena. Era un lugar perfectamente verosímil para que lo visitara Rabbit, con sus mejores intenciones aparentes de regresar a su querida Rodina.

He ahí el principio de un plan, pensó Mary Pat. Además, ya había perdido bastante sueño por una noche.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el embajador.

—Un agente del AVH tomaba café junto a la mesa donde mi agente ha dejado el paquete —explicó Szell en el despacho privado del embajador, situado en la esquina del último piso, en realidad donde en otra época se había hospedado el cardenal Iosif Mindszenty durante su prolongada estancia en la embajada estadounidense.

Era un personaje tan querido por el personal norteamericano como por el pueblo húngaro, encarcelado por los nazis, puesto en libertad con la llegada del Ejército Rojo y casi inmediatamente encarcelado de nuevo por no manifestar suficiente entusiasmo por la nueva fe rusa, aunque técnicamente se le imputó el cargo descabellado de ser un ferviente monárquico, que pretendía restaurar el poder imperial de la casa de los Habsburgo. Los comunistas locales no se habían distinguido por su talento creativo. Incluso a principios del siglo xx, los Habsburgo eran tan populares en Budapest como un cargamento de ratas con la peste bubónica.

—¿Por qué lo hacías personalmente, Jim? —preguntó el embajador Peter Ericsson, alias Spike, que debería responder al mensaje viperino, aunque perfectamente previsible, recibido por mediación del jefe de la delegación, que ahora estaba sobre su escritorio.

—¿Recuerdas que la esposa de Bob Taylor está embarazada?

Tuvo algunos problemas ginecológicos y ambos se trasladaron al hospital general del Segundo Ejército en Kaiserslauten para una revisión.

—Sí, lo había olvidado —refunfuñó Ericsson.

—En cualquier caso, lo cierto es que he metido la pata —tuvo que reconocer Szell, que no era amigo de los subterfugios.

Esto supondría un tropiezo importante en su carrera en la CIA, pero ya no tenía remedio. Con toda seguridad, lo pasaría mucho peor aquel pobre desgraciado, cuya torpeza había estropeado la operación. Los agentes del servicio de seguridad nacional húngaro, conocido como AVH, que lo interrogarían, evidentemente no habían tenido ningún éxito desde hacía bastante tiempo y disfrutarían contándole la facilidad con que lo habían capturado. Malditos aficionados, pensó Szell, enojado. Pero el juego acababa con el gobierno húngaro declarándolo persona non grata y con una orden de expulsión del país que debía cumplirse en un plazo de cuarenta y ocho horas, preferiblemente con el rabo entre las piernas.

—Lamento perderte, Bob, pero no hay mucho que yo pueda hacer.

—Lo sé. En cualquier caso, ahora sería inútil para el equipo —respondió Szell con un prolongado suspiro de frustración. Había estado allí el tiempo suficiente para organizar un pequeño equipo de espías respetable, que obtenía información política y militar bastante buena, aunque no excesivamente importante, porque Hungría no era una gran potencia, a pesar de lo cual uno nunca sabe cuándo puede suceder algo interesante, incluso en un lugar como Lesotho, que Szell pensó que podría ser su próximo destino. Debería comprar crema de protección solar y una buena cazadora... Por lo menos ahora podría ver el campeonato mundial de béisbol en su pais.

Pero de momento la delegación de Budapest permanecería cerrada. Aunque para consuelo de Szell, en Langley no la echarían de menos.

El mensaje al respecto, por supuesto debidamente codificado, se transmitiría al Fondo Tenebroso por el télex de la embajada. El embajador Ericsson redactó su respuesta al ministro de Asuntos Exteriores húngaro, negando rotundamente las absurdas alegaciones de que James Szell, segundo secretario de la embajada de los Estados Unidos de América, hubiera actuado en modo alguno de forma inconsecuente con su categoría de diplomático, y presentando una protesta oficial en nombre del Departamento de Estado de Estados Unidos. Tal vez la semana siguiente Norteamérica expulsaría a algún diplomático húngaro, que Washington decidiría si era oveja o cabra. Ericsson creía que sería oveja. ¿Para qué revelar, después de todo, que el FBI había identificado a una cabra? Era preferible dejar que siguiera mordiendo el césped del jardín que hubiera invadido y vigilarlo de cerca. Y así proseguía el juego. El embajador lo consideraba una estupidez, pero todo su personal participaba del mismo, con mayor o menor entusiasmo.

Resultó que el mensaje sobre Szell era suficientemente discreto para que en la central de la CIA pasara por tráfico rutinario y consideraran que no valía la pena molestar al director durante el fin de semana, aunque el juez Moore recibía evidentemente un informe todas las mañanas y los oficiales de servicio decidieron colectivamente que podía esperar hasta el domingo a las ocho, porque al juez le gustaba la vida ordenada. Además, en un marco general, Budapest no era particularmente importante.

El domingo por la mañana en Moscú era como un domingo por la mañana en cualquier otro lugar, aunque con menos gente que se arreglara para ir a la iglesia. Ese era el caso de Ed y Mary Pat. Un sacerdote católico celebraba una misa en la embajada norteamericana los domingos por la mañana, pero a menudo no asistían a la misma, a pesar de que eran suficientemente católicos para sentirse culpables por la transgresión pecaminosa. Ambos se decían a sí mismos que mitigaba su culpa el hecho de hacer el trabajo de Dios, en el seno del país de los infieles. Su plan para hoy era llevar a Eddie a dar un paseo por el parque, donde tal vez encontraría algunos niños con quienes jugar. Por lo menos ésa era la misión de Eddie. Ed saltó de la cama y fue el primero en ir al baño, seguido de su esposa y luego del pequeño Eddie. No había

periódicos matutinos y la televisión era tan mala como el resto de la semana. Por consiguiente, se vieron obligados a hablar durante el desayuno, cosa difícil para muchos norteamericanos. Su hijo era todavía suficientemente joven e influenciable para que Moscú le pareciera interesante, aunque todos sus amigos eran norteamericanos o ingleses, que residían como toda su familia en el recinto custodiado por el MGB o el KGB, nadie estaba demasiado seguro, aunque todos sabían que eso, en realidad, poco importaba.

La reunión estaba prevista para las once. Oleg Ivan'ch sería fácil de vislumbrar, al igual que ella; Mary Pat lo sabía perfectamente. Como un pavo real entre cuervos, solía decir su esposo (aunque el pavo real fuera en realidad un pájaro macho). Hoy decidió ser discreta. Sin maquillaje, el pelo cepillado, unos vaqueros y un jersey. No podía hacer mucho respecto a su cuerpo, que para su altura, según la estética local, debería ser unos diez kilos más pesado. Cuestión de régimen, suponía Mary Pat. 0 tal vez, cuando se disponía de comida en un país donde generalmente se pasaba hambre, uno la consumía. ¿Tal vez la capa de grasa hacía los inviernos más soportables? En cualquier caso, el referente de la moda para la mayoría de las mujeres rusas parecía una película de los Dead End Kids. Era fácil reconocer a las esposas de los personajes importantes, porque su ropa parecía casi de clase media, en lugar del estilo campesino más habitual típico de Apalache. Pero Mary Pat decidió que eso era injusto para con los habitantes de Apalache.

—¿Vienes, Ed? —preguntó después del desayuno.

—No, cariño. Pondré un poco de orden en la cocina y empezaré a leer este nuevo libro que conseguí la semana pasada.

—Lo hizo el camionero —dijo Mary Pat—. Ya lo he leído.

—Muchas gracias —refunfuñó su marido.

Acto seguido, consultó su reloj y salió de casa. El parque estaba a sólo tres largas manzanas en dirección este. Saludó con la mano al guardia de la garita, que según ella pertenecía definitivamente al KGB, y giró a la izquierda, con el pequeño Eddie de la mano. El tráfico en la calle era mínimo para los niveles norteamericanos, y empezaba a refrescar. Se alegraba de haberle puesto un jersey a su hijo. Cuando volvió la cabeza para mirar al niño, comprobó que, al parecer, nadie la seguía. Evidentemente podían vigilarla con prismáticos desde el otro lado de la calle, pero creyó que no lo hacían. Se había establecido de forma bastante convincente como rubia boba norteamericana y prácticamente todo el mundo se había tragado su personaje. Incluso los contactos periodísticos de Ed la consideraban más estúpida que él, y a él lo tomaban por un cretino, lo cual era ideal desde su punto de vista. Esos loros repetían todo lo que ella y Ed se decían, hasta que sus palabras quedaban tan solidificadas como el glaseado de sus pasteles. Todo llegaba a oídos del KGB con la máxima rapidez de los rumores, que en esa comunidad era casi la velocidad de la luz, porque los periodistas practicaban el incesto intelectual como forma de vida y los rusos incluían todo lo que oían en sus voluminosos historiales, hasta convertirlo en algo del «dominio público». Un buen oficial de campo utilizaba siempre a los demás para elaborar su tapadera. La tapadera parecía aleatoria, como la vida misma, y eso la convertía en verosímil, incluso para una espía profesional.

El parque era tan lúgubre como todo lo demás en Moscú. Unos pocos árboles y un césped podrido. Parecía que el KGB hubiera podado los árboles de todos los parques para convertirlos en malos puntos de encuentro. Eso debía de limitar también los lugares de reunión para los jóvenes moscovitas, aunque posiblemente unos besos no ofenderían a la conciencia del Centro, parecida a la de Poncio Pilatos en un día de reflexión.

Y ahí estaba Rabbit, a unos cien metros de distancia, bien situado, cerca de unos columpios que serían del agrado de un crío de tres o cuatro años. Al acercarse comprobó de nuevo que los rusos adoraban a sus pequeños y en este caso tal vez más que de costumbre, porque al pertenecer Rabbit al KGB tendría acceso a mejores artículos de consumo que el ruso medio y, como buen padre en cualquier lugar del mundo, mimaba a su pequeña. Buena señal respecto a su personalidad, pensó Mary Pat. Puede que incluso llegara a gustarle ese individuo, lo que supondría una bonificación inusual para un oficial de campo. Muchos agentes estaban tan perturbados como un delincuente del sur del Bronx. No la observó cuando se acercaba, salvo cuando movió aburridamente la cabeza como lo hacían los hombres cuando paseaban con un menor. Madre e hijo caminaron hacia él, como si estuvieran paseando tranquilamente.

—Eddie, ahí hay una niña a la que puedes saludar. Intenta hablarle en ruso —sugirió la madre.

—¡De acuerdo! —respondió el pequeño antes de salir corriendo como cualquier crío de su edad, hasta llegar junto a la niña—. Hola.

—Hola.

—Me llamo Eddie.

—Yo me llamo Svetlana Olegovna. ¿Dónde vives?

—Allí —respondió Eddie, señalando el recinto de extranjeros.

—¿Es su hijo? —preguntó Rabbit.

—Sí, Eddie hijo. Edward Edwardovich para usted.

—Vaya —exclamó Oleg Ivan'ch sin sonreír—. ¿Pertenece también a la CIA?

—No exactamente —respondió al tiempo que le tendía teatralmente la mano, para protegerlo en caso de que alguna cámara lo vigilara—. Me llamo Mary Patricia Foley.

—Comprendo. ¿Le gustó el shapka a su marido?

—La verdad es que sí. Tiene usted buen gusto para las pieles.

—Igual que muchos rusos —dijo antes de cambiar de tema, para hablar de lo importante—. ¿Ha decidido si puede ayudarme, o no?

—Sí, Oleg Ivan'ch, podemos ayudarlo. Tiene una hija encantadora. ¿Se llama Svetlana?

—Es mi pequeña zaichik —asintió el oficial de Comunicaciones.

La ironía era inquietante. Rabbit llamaba conejito a su hijita. Eso le provocó una radiante sonrisa.

—Bien, Oleg, ¿cómo podemos hacerlo llegar a Norteamérica?

—¿A mí me lo pregunta? —exclamó con no poca incredulidad.

—El caso es que necesitamos cierta información. Sus aficiones y sus intereses, por ejemplo, así como los de su esposa.

—Juego al ajedrez. Leo libros sobre los juegos de los viejos maestros. Mi esposa tiene una formación más clásica que la mía. Le encanta la

música, la música clásica, no esa basura que hacen en Norteamérica.

—¿Algún compositor en particular?

Meneó la cabeza.

—Cualquiera de los clásicos: Bach, Mozart, Brahms... no conozco todos sus nombres. Esa es la pasión de Irina. Estudió piano de niña, pero no era suficientemente buena para que el Estado se ocupara de su formación. Eso es lo que más lamenta y no tenemos un piano para que pueda practicar —agregó, consciente de que debía facilitarle esa clase de información para ayudarla en sus esfuerzos de salvarlos a él y a su familia—.

¿Qué más quiere saber?

—¿Alguno de ustedes tiene algún problema de salud, toman algún medicamento?

Hablaban nuevamente en ruso y Oleg se percató de la elegancia de su lenguaje.

—No, todos estamos bastante sanos. Mi Svetlana ha tenido las enfermedades infantiles habituales, pero sin ninguna clase de complicaciones.

—Bien —dijo Mary Pat, pensando en que eso simplificaba bastante las cosas—. Es una niña encantadora. Debe de sentirse muy orgulloso de ella.

—¿Pero le gustará la vida en Occidente? —reflexionó en voz alta.

—Oleg Ivan'ch, ningún pequeño ha tenido jamás razón alguna para que no le guste la vida en Norteamérica.

—¿Y cómo le sienta a su pequeño Edward vivir en la Unión Soviética?

—Echa de menos a sus amigos, evidentemente. Antes de venir lo llevamos a Disneylandia. Todavía habla mucho de ello. Entonces llegó la sorpresa.

—¿Disneylandia? ¿Qué es eso?

—Es un gran negocio comercial para divertir a los niños y para que los mayores recuerden su infancia. Está en Florida —agregó.

—Nunca había oído hablar de ello.

—Le parecerá extraordinario y muy divertido. Sobre todo para su hija. ¿Qué opina su esposa sobre sus planes? —preguntó después de hacer una pausa.

—Irina no sabe nada de esto —respondió Zaitzev, provocando una enorme sorpresa en su interlocutora norteamericana.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Mary Pat, que temía que estuviera completamente loco.

—Irina es una buena esposa. Hará lo que le diga.

El machismo ruso era del género agresivo.

—Oleg Ivan'ch, esto es muy peligroso. Debe ser consciente de ello.

—Lo peligroso para mí sería que me descubriera el KGB. Si eso sucede, soy hombre muerto, y no sólo yo —agregó a modo de coletilla, pensando que lo favorecería.

—¿Por qué quiere marcharse? ¿Qué lo ha convencido de que eso era necesario? —tuvo que preguntar Mary Pat.

—El KGB se propone matar a un hombre que no merece morir.

—¿Quién? —se sentía también obligada a preguntar. —Eso se lo diré cuando esté en Occidente.

—Me parece justo —respondió, actuando con suma cautela.

—Hay algo más —dijo Zaitzev.

—Diga.

—Tenga mucho cuidado con lo que transmita a su central. Hay razones para suponer que sus comunicaciones están intervenidas. Debe utilizar códigos de un solo uso, como lo hacemos nosotros en el Centro. ¿Comprende lo que le digo?

—Todas las comunicaciones sobre usted han sido codificadas primero y luego mandadas a Washington por valija diplomática.

La expresión de alivio en el rostro de Zaitzev fue inconfundible, aunque intentó disimularla. Además, acababa de revelarle algo de gran importancia.

—¿Somos víctimas de una infiltración? —preguntó Mary Pat.

—Ésa es otra cosa de la que sólo hablaré en Occidente.

Mierda, pensó Mary Pat. Tenían un topo en algún lugar y podía estar perfectamente en los jardines de la Casa Blanca.

¡Mierda!

—Bien, en su caso tomaremos las medidas máximas de seguridad —prometió, aunque eso significaba que tardarían dos días en intercambiar mensajes importantes, como en la época de la primera guerra mundial, y a Ritter le encantaría—. ¿Puede decirme qué métodos pueden ser seguros?

—Los británicos cambiaron sus máquinas codificadoras hace unos cuatro meses. Todavía no hemos logrado descifrar su código. De eso estoy seguro. No sé exactamente cuáles de sus transmisiones están intervenidas, pero algunas lo están plenamente. Por favor, no lo olvide.

—Lo tendré en cuenta, Oleg Ivan'ch.

Aquel individuo poseía información que la CIA realmente necesitaba. Tener las comunicaciones intervenidas era lo más peligroso que podía ocurrirle a cualquier servicio secreto. Se habían perdido y ganado guerras por dicha razón. Los rusos no disponían de la tecnología informática de los norteamericanos, pero tenían algunos de los mejores matemáticos del mundo y el cerebro de una persona era el más peligroso de todos los instrumentos, además de mucho más competente que los que descansaban sobre una mesa o en el suelo. ¿Acaso Mike Russell tenía códigos de un solo uso en la embajada? La CIA los había utilizado en otra época, pero los habían descartado por lo engorrosos que eran. La NSA se había hartado de repetir que Seymour Cray, en uno de sus mejores días, incluso con la ayuda de su superordenador CRAY-2 último modelo y cargado de anfetaminas, era incapaz de descifrar sus códigos. Si estaban equivocados, podrían perjudicar a Norteamérica hasta límites inimaginables. Pero había muchos sistemas de códigos, y los que descifraban uno no eran necesariamente capaces de descifrar otro. 0 eso decían todos... aunque Mary Pat no era una experta en la seguridad de las comunicaciones. Incluso ella debía confiar de vez en cuando en otra persona. Pero eso era como recibir un disparo en la espalda de la pistola de salida en los cien metros lisos y tener que correr de todos modos hacia la meta. Maldita sea. —Es inconveniente, pero haremos lo necesario para protegerlo. ¿Quiere marcharse pronto?

—Esta semana sería ideal, no tanto por mis necesidades como por las del hombre cuya vida está en peligro. —Comprendo —respondió Mary Pat sin tener realmente la menor idea.

Cabía la posibilidad de que aquel individuo la estuviera engañando, en

cuyo caso ella reaccionaba como una auténtica profesional, pero no le daba esa impresión. No actuaba como un experimentado agente de campo. Pertenecía al mundo del espionaje, pero no como ella.

—Muy bien. Cuando llegue mañana al trabajo, redacte un informe de este encuentro —le indicó Mary Pat.

—¿Habla en serio? —preguntó Oleg, sorprendido.

—Por supuesto. Comuníquele a su supervisor que ha conocido a una norteamericana, esposa de un pequeño funcionario de la embajada. Facilítele mi descripción y la de mi hijo...

—Y les digo que es una norteamericana atractiva pero superficial, con un hijo muy guapo y bien educado —conjeturó—. Y que necesita mejorar el ruso. ¿Qué le parece?

—Aprende rápido, Oleg Ivan'ch. Apuesto a que juega bien al ajedrez.

—No lo suficiente. Nunca seré un gran maestro.

—Todos tenemos nuestras limitaciones, pero en Norteamérica comprobará que están mucho más lejos que en la Unión Soviética.

—¿A finales de esta semana?

—Cuando mi marido lleve una corbata roja, fije la hora y el lugar para un encuentro. Posiblemente reciba nuestra señal mañana por la tarde y entonces nos ocuparemos de los preparativos.

—Muy bien, que tenga un buen día. ¿Dónde aprendió usted el ruso?

—Mi abuelo era secretario privado de Aleksey Nikolaievich Romanov —explicó—. Durante mi infancia me contó muchas historias sobre aquel joven y su inoportuna muerte.

—Entonces, ¿su odio por la Unión Soviética está muy arraigado?

—Sólo para con su gobierno, Oleg. No hacia la gente de este país. Me gustaría verlos libres.

—Tal vez algún día, pero no pronto.

—La historia, Oleg Ivan'ch, no la fraguan los grandes acontecimientos, sino un cúmulo de pequeños sucesos.

Esa era una de sus creencias fundamentales. Una vez más, para las cámaras que pudieran o no estar presentes, le estrechó la mano y llamó a su hijo. Pasearon por el parque durante una hora más antes de regresar a su casa para almorzar.

Pero finalmente decidieron ir todos a almorzar a la embajada y por el camino no hablaron de nada más delicado que el maravilloso tiempo que hacía. A su llegada, todos comieron perritos calientes en la cantina y luego llevaron a Eddie a la guardería. Ed y Mary Pat fueron a su despacho.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el jefe de la delegación.

—Que su esposa, que por cierto se llama Irina, desconoce sus planes —respondió Mary Pat.

—¡Será cabrón! —exclamó inmediatamente su marido.

—Bueno, eso simplifica un poco nuestro riesgo de exposición. Por lo menos no se le escapará nada.

Ed se percató de que su esposa era siempre optimista.

—Sí, cariño, hasta que intentemos sacarlos del país y ella decida que no va a ninguna parte.

—El asegura que lo obedecerá. Ya sabes que aquí a los hombres les gusta llevar la voz cantante.

—Eso no funcionaría contigo —repuso el jefe de la delegación.

No funcionaría por diversas razones y una de las más importantes era

que su esposa tenía tantos cojones como él.

—Yo no soy rusa, Eddie.

—Bien, ¿qué más ha dicho?

—No confía en nuestras comunicaciones. Cree que parte de nuestro sistema ha sido infiltrado.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Más buenas noticias? —preguntó después de hacer una pausa.

—La razón por la que se marcha es que el KGB quiere matar a alguien que, según él, no merece morir.

—¿Ha dicho quién?

—No, hasta que respire aire libre. Pero hay buenas noticias.

Su esposa es una entusiasta de la música clásica. Debemos encontrar un buen director en Hungría.

—¿Hungría?

—Lo estuve pensando anoche. Es el mejor lugar de donde sacarlo. ¿No es ésa la delegación de Jimmy Szell?

—Efectivamente.

Ambos conocían a Szell de su época en La Granja, el centro de entrenamiento de la CIA en Tidewater, Virginia, junto a la autopista sesenta y cuatro, a pocos kilómetros de Colonial Williamsburg.

—Siempre pensé que merecía algo mejor —agregó Ed después de reflexionar unos instantes—. ¿Entonces lo que piensas es de Hungría a Yugoslavia? —Siempre supe que eras muy listo.

—Bien... —dijo Ed, con la mirada fija en la pared, mientras su cerebro trabajaba—, podemos hacer que funcione.

—Tu señal será una corbata roja en el metro. Entonces él te pasará los detalles del encuentro, nosotros organizamos los preparativos y Rabbit abandona la ciudad acompañado de su esposa e hija. Por cierto, esto te encantará, habitualmente llama a su hija zaichik.

—¿Flopsy, Mopsy y Cotton-tail, los tres conejitos? —bromeó Ed.

—Me gusta. Llamémosla operación Beatrix —sugirió Mary Pat. De niños, ambos habían leído Las aventuras de Peter Rabbit, de la señora Potter. ¿Quién no lo había hecho?

—El problema será la aprobación de Langley. Si no podemos utilizar los canales habituales de comunicación, coordinarlo todo va a ser muy engorroso.

—En La Granja nunca nos dijeron que este trabajo iba a ser fácil. Recuerda las palabras de John Clark: «Sed flexibles.»

—Sí, como los tallarines —repuso con un profundo suspiro—. Las limitaciones en las comunicaciones significan esencialmente que lo debemos organizar y llevar a cabo desde esta oficina sin la ayuda de la central.

—En cualquier caso, Ed, así es como se supone que debe hacerse. Lo único que hacen en Langley es decirnos que no podemos hacer lo que nos proponemos.

Después de todo, ésa era la función de toda oficina central en todos los negocios del mundo entero.

—¿Qué comunicaciones podemos utilizar?

—Rabbit dice que los británicos han instalado un nuevo sistema que todavía no han logrado descifrar. ¿Tenemos allí algún código de un solo uso?

El jefe de la delegación negó con la cabeza.

—No, que yo sepa —respondió Foley antes de levantar el teléfono y marcar un número—. ¿Mike, estás ahí? ¿Puedes venir a mi despacho? Gracias.

Russell llegó al cabo de un par de minutos.

—Hola, Ed, Mary. ¿Qué hacéis hoy en la oficina?

—Debo hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Nos queda algún código de un solo uso?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Cuestión de seguridad adicional —respondió Mary Pat sin convencer a su interlocutor.

—¿Me estáis diciendo que mis sistemas no son seguros? —preguntó Russell con su inquietud debidamente disimulada.

—Hay razones para creer que algunos de nuestros sistemas de codificación no son completamente seguros, Mike —respondió Ed al oficial de Comunicaciones de la embajada.

—Mierda —masculló entre dientes antes de volver la cabeza, avergonzado—. Lo siento, Mary.

—No tiene importancia, Mike —sonrió Mary Pat—. No sé lo que significa esa palabra, pero ya la he oído antes.

Russell no acabó de captar el chiste. La conmoción de la revelación anterior le impedía apreciar el humor en aquel momento.

—¿Qué puedes decirme al respecto?

—Nada en absoluto, Mike —respondió el jefe de la delegación.

—¿Crees que es cierto?

—Lamentablemente, sí.

—Bueno, en mi despacho tengo unos pocos códigos de un solo uso, de ocho o nueve años de antigüedad. No he querido desprenderme de ellos... nunca se sabe.

—Michael, te felicito —asintió Ed.

—Permitirán tal vez unos diez despachos, de aproximadamente cien palabras cada uno, en el supuesto de que conserven los códigos correspondientes en Fort Meade, aunque mis superiores no suelen deshacerse de muchas cosas. Seguramente tendrán que buscarlos en algún archivo.

—¿Son difíciles de utilizar?

—Los detesto. Ya sabes por qué. Maldita sea, la clave Stripe tiene sólo un año. El sistema británico es una adaptación de la misma. Conozco al equipo en la división Z que la elaboró. Hablo de una codificación de ciento veintiocho bits, más una clave diaria única para cada máquina. No hay forma humana de descifrarla.

—A no ser que dispongas de un agente infiltrado en Fort Meade, Mike —señaló Ed.

—Entonces dejadlo en mis manos y despellejaré a ese hijo de puta con mi cuchillo de caza.

La idea lo había sulfurado tanto que no se molestó siquiera en disculparse por su grosería ante una dama. Aquel negro había despellejado numerosos ciervos de cola blanca, pero todavía aspiraba a convertir la piel de un oso en una alfombra y un viejo oso castaño ruso le vendría de maravilla.

—¿Puedo comunicárselo a Fort Meade? —preguntó.

—No con Stripe —respondió Foley.

—Cuando oigáis un grito aterrador desde Occidente, sabréis lo que es.

—Lo mejor es que de momento no se lo comentes a nadie, Mike —advirtió Mary Pat—. No tardarán en averiguarlo por otros canales.

Eso le indicó a Russell que el mensaje sobre una liebre que había transmitido hacía unos días se refería a alguien que quería huir a toda prisa, y ahora creyó comprender por qué. Rabbit era un especialista en comunicaciones y cuando alguien encontraba a uno de ésos, procuraba sacarlo en el primer tren del purgatorio. Cuanto antes significaba ahora, o con la máxima rapidez que pudieran hacerse los preparativos.

—De acuerdo. Dadme vuestro mensaje, lo codificaré en mi máquina Stripe y luego con un código de un solo uso. ¿Entenderán algo si leen mis comunicaciones? —preguntó procurando no estremecerse.

—Dímelo tú —respondió Ed Foley.

Russell reflexionó unos instantes antes de negar con la cabeza.

—No, no lo creo. Incluso cuando puedes descifrar las comunicaciones del contrincante, nunca logras leer más de un tercio de los mensajes. Los sistemas son demasiado complejos, a no ser que el agente infiltrado tenga acceso a los mensajes ya descodificados. Contra eso no hay defensa alguna, por lo menos desde mi perspectiva.

Y ésa era la otra idea auténticamente aterradora. Después de todo, era el mismo juego para todos y el mismo objetivo que intentaban alcanzar permanentemente: introducir a alguien hasta el mismo seno de la organización, para luego sacar información de la misma. Como su agente Cardenal, a quien nunca se referían en voz alta. Pero ése era el juego que habían elegido, conscientes de que su contrincante era bastante bueno, pero convencidos de que ellos eran mejores. He ahí el viejo sonsonete.

—Bien, Mike. Nuestro amigo cree en los códigos de un solo uso. Supongo que los demás también.

—En el caso de los rusos no cabe la menor duda, pero su personal debe de volverse loco para descifrar sus mensajes letra por letra.

—¿Has trabajado alguna vez en el lado de la infiltración? —preguntó Ed Foley.

Russell negó inmediatamente con la cabeza.

—No soy suficientemente listo y me alegro de ello. Muchos de esos individuos acaban en habitaciones acolchadas, cortando muñecas de papel con tijeras de plástico. Conozco a muchos de los que trabajan en la división Z. El jefe acaba de rechazar la cátedra de Matemáticas en Cal Tech. Es bastante listo, mucho más de lo que yo pueda llegar a serlo jamás —explicó Russell—. Tiene un nombre griego, Ed Popadopolous, y su padre dirigía un restaurante en Boston. ¿Creéis que envidio su trabajo?

—Supongo que no.

—Desde luego que no, ni aunque incluyeran a Pat Cleveland como bonificación.

Ed Foley sabía que Pat Cleveland era una mujer muy atractiva y Mike Russell necesitaba compañía femenina en su vida... —Te entregaré un despacho dentro de aproximadamente una hora, ¿de acuerdo?

—Estupendo —respondió Mike Russell antes de retirarse.

—Creo que le hemos puesto realmente nervioso —reflexionó Mary Pat en voz alta.

—El almirante Bennett, en Fort Meade, tampoco se alegrará. Debo redactar un mensaje.

—De acuerdo, voy a ver cómo se desenvuelve Eddie con los lápices de colores.

Mary Patricia Kaminsky Foley también se retiró.

El juez Arthur Moore recibía habitualmente sus informes a las siete y media de la mañana, salvo los domingos, cuando se levantaba tarde y la sesión tenía lugar a las nueve. Su esposa reconocía incluso la llamada a la puerta del oficial de Inteligencia nacional que llegaba a diario con la información, que el juez recibía siempre en el estudio privado de su casa en Great Falls, inspeccionada semanalmente por los expertos en electrónica de la CIA.

El mundo había permanecido relativamente tranquilo el día anterior; incluso a los comunistas les gustaba descansar el fin de semana, como había descubierto desde que ocupaba su cargo.

—¿Algo más, Tommy? —preguntó el juez.

—Malas noticias de Budapest —respondió el oficial de Inteligencia—. La oposición ha quemado a nuestro jefe de delegación, James Szell, cuando recogía un mensaje. Se desconocen los detalles, pero el gobierno húngaro lo ha declarado persona non grata. Su principal ayudante, Robert Taylor, está ausente del país por razones personales. Por consiguiente, la delegación de Budapest está temporalmente paralizada.

—¿Es eso muy problemático? —preguntó el director de la CIA, convencido de que no lo era.

—No es una gran tragedia. No parece que ocurra gran cosa en Hungría. Sus fuerzas armadas son bastante insignificantes dentro del Pacto de Varsovia y su política exterior, salvo en lo que concierne a su entorno inmediato, es un mero reflejo de la de Moscú. Dicha delegación nos ha facilitado una cantidad considerable de información militar, pero al Pentágono no le preocupa demasiado. Su ejército no se entrena lo suficiente para ser una amenaza, y los soviéticos los consideran poco fiables —concluyó el oficial.

—¿Es Szell de los que meten la pata? —preguntó el juez, que recordaba vagamente haberlo conocido en una recepción de la CIA.

—En realidad, Jimmy tiene buena reputación. Como ya le he dicho, señor, todavía desconocemos los detalles. Probablemente llegará a finales de esta semana.

—Bien. ¿Es eso todo?

—Sí, señor.

—¿Nada nuevo respecto al papa?

—Ni una palabra, señor, pero nuestro personal tardará algún tiempo en sacudir todos sus árboles.

—Eso dice Ritter.

Foley tardó casi una hora en redactar su despacho. Debía ser breve pero completo y eso suponía un esfuerzo para él. A continuación se dirigió al despacho de Mike Russell. Permaneció allí, viendo cómo el jefe de

Comunicaciones refunfuñaba, mientras codificaba el mensaje letra por letra con el maldito código de un solo uso, para rellenarlo luego con apellidos checos y codificarlo a continuación con su máquina Stripe. Acto seguido lo introdujo en el fax de seguridad, que evidentemente lo codificó una vez más, aunque ahora de forma gráfica en lugar de alfa-numérica. La codificación del fax era relativamente sencilla, pero como la oposición —que imaginaban que interfería la señal vía satélite de la embajada -no podía saber si el mensaje era gráfico o de texto, eso suponía una barrera más para los descifradores. La señal ascendió a un satélite geosincrónico, para descender de nuevo a través de diversos repetidores, uno en Fort Belvoir, Virginia, otro en Sunnyvale, California, y por supuesto otro en Fort Meade, al que las demás estaciones transmitían la señal por fibra óptica de seguridad.

El personal de Comunicaciones en Fort Meade estaba formado enteramente por suboficiales uniformados, y cuando uno de ellos, un brigada de las fuerzas aéreas, pasó el mensaje por la máquina de descodificar, descubrió asombrado la anotación indicando que había sido codificado mediante el código NHG-1329 de un solo uso.

—¿Dónde diablos está eso? —preguntó al supervisor de guardia, un brigada de la marina.

—Maldita sea —comentó el marine—. No he visto uno de ésos desde hace mucho tiempo.

Tuvo que buscar en una carpeta de tres anillas hasta averiguar dónde estaba almacenado: en un rincón escondido del gran sótano del centro de Comunicaciones, custodiado por un sargento de los marines, cuyo sentido del humor, al igual que el de todos sus compañeros, le había sido extirpado quirúrgicamente en el centro médico de Bethesda, antes de ser destinado a Fort Meade.

—Hola, sargento, debo entrar a buscar algo —dijo el marine.

—Tendrá que hablar antes con el comandante —respondió el sargento.

Entonces el brigada de la marina se dirigió al despacho del comandante de las fuerzas aéreas, que estaba junto a su escritorio leyendo el periódico de la mañana.

—Buenos días, comandante. Necesito algo del sótano.

—¿Qué necesita, brigada?

—El código de un solo uso NHG-1329.

—¿Todavía los conservamos? —preguntó el comandante, sorprendido.

—Si no es así, mi comandante, puede utilizar esto para encender el fuego —respondió, entregándole el mensaje.

El oficial de las fuerzas aéreas le echó un vistazo.

—Manténgame informado, ¿entendido? —dijo mientras escribía una autorización en un cuaderno al borde de su escritorio—. Entréguele esto al marine.

—A sus órdenes, señor.

El brigada regresó al sótano, mientras el oficial de aviación se preguntaba por qué los marines hablaban siempre de una forma tan rara.

—Aquí la tienes, Sam —anunció el brigada, mostrándole la autorización al marine.

Este abrió la puerta de vaivén y el brigada entró en el sótano. La caja donde se encontraba el código no estaba cerrada con llave, probablemente porque cualquiera que cruzara los siete niveles de

seguridad necesarios para llegar hasta allí debía de ser de tanta confianza como la esposa del presidente.

El código de un solo uso estaba en un pequeño cuaderno de anillas. El brigada de la armada firmó un recibo a la salida y regresó a su escritorio. El sargento de las fuerzas aéreas se le acercó y entre los dos emprendieron la ardua tarea de descifrar el mensaje.

—Maldita sea —observó el joven suboficial cuando habían descifrado dos tercios del mensaje—. ¿Se lo comentamos a alguien?

—Eso está por encima de nuestro rango, hijo. Supongo que el director se lo comunicará a las personas pertinentes. Y olvida lo que has oído —agregó.

Pero ninguno de ellos lo haría y ambos lo sabían. Después de todas las pruebas que debían haber superado para encontrarse donde estaban, la idea de que sus sistemas de comunicaciones no fueran seguros era como descubrir que su madre ejercía la prostitución en la calle Dieciséis de Washington.

—Sí, por supuesto, jefe —respondió el limpiabalas—. ¿Cómo vamos a entregarlo?

—Creo que por mensajero, hijo. ¿Te importa llamar a uno?

—A sus órdenes —respondió el sargento antes de retirarse con una sonrisa.

El mensajero, un sargento del ejército que conducía un Plymouth Reliant castaño claro, cogió el sobre sellado, lo colocó en un maletín junto a su asiento, se dirigió al cinturón de Washington por la carretera de Baltimore, siguió por George Washington Parkway y luego giró por la primera a la derecha, donde se encontraba la CIA. A partir de allí, el despacho, fuera lo que fuese, dejó de ser responsabilidad suya.

Por la dirección del sobre, lo llevaron al séptimo piso. Al igual que muchos departamentos gubernamentales, la CIA nunca dormía. En el piso superior estaba Tom Riley, oficial titulado de la Inteligencia nacional, que era quien presentaba los informes al juez Moore los fines de semana. Tardó unos tres segundos en comprender que aquello debía ser mandado inmediatamente al juez. Levantó su teléfono de seguridad y pulsó el número uno de marcación abreviada.

—Arthur Moore al habla —respondió inmediatamente una voz.

—Aquí Tom Riley, señor juez. Ha surgido algo. Me refiero a algo realmente importante.

—¿Ahora? —Sí, señor.

—¿Puede usted venir aquí? —Sí, señor.

—¿Puede acompañarlo Jim Greer?

—Sí, señor, y probablemente también el señor Bostock. Aquello se ponía cada vez más interesante. —Bien, llámelos y vengan.

Al otro extremo de la línea y antes de colgar el teléfono, Riley casi pudo oír: «¡Maldita sea, no puedo descansar ni un día a la semana!» Después de unos minutos para llamar a los otros dos altos mandos de la CIA y de una breve pausa para hacer tres fotocopias, Riley se dirigió a su coche.

Era la hora del almuerzo en Great Falls. La señora Moore, como siempre una perfecta anfitriona, preparó unos fiambres y unos refrescos para los inesperados invitados, antes de retirarse a su sala de estar, en el primer piso.

—¿De qué se trata, Tommy? —preguntó Moore.

Le gustaba el recientemente nombrado oficial de Inteligencia nacional. Era un experto en ruso, licenciado en la Universidad de Marquette, que había sido uno de los mejores analistas de Greer antes de ascender a su cargo actual. Pronto sería uno de los muchachos que acompañaban siempre al presidente en el avión presidencial.

—Esto ha llegado a última hora de esta mañana, vía Fort Meade —respondió Riley, distribuyendo las fotocopias.

—¡Dios mío! —exclamó Mike Bostock, que era el lector más rápido del grupo.

—Chip Bennett se pondrá contento —pronosticó James Greer.

—Sí, como cuando va al dentista —observó Moore—. Bien, señores, ¿qué nos dice esto?

—Significa, caballeros, que queremos a esa liebre cuanto antes en nuestra madriguera —respondió en primer lugar Bostock.

—¿Por Budapest? —preguntó Moore, recordando el informe recibido por la mañana.

—Hay que reflexionar —observó Bostock.

—Bien —dijo el juez inclinándose hacia adelante—. Pensemos. En primer lugar, ¿qué importancia tiene esta información?

—Dice que el KGB va a matar a alguien que no lo merece—respondió James Greer—. ¿No creen que esto parece sugerir que se trata del papa?

—Lo más importante es que dice que nuestro sistema de comunicaciones puede estar intervenido —señaló Bostock—. Esto

es lo fundamental de este mensaje, James.

—Bueno, sea como sea, queremos a ese individuo de nuestro lado, ¿no es cierto?

—Puede apostar su poltrona, señor juez —respondió el subdirector de Operaciones—. Con la máxima rapidez que podamos organizarlo.

—¿Podemos lograrlo con nuestros propios medios? —preguntó Moore a continuación.

—No será fácil. Budapest está cerrado.

—¿Cambia eso la importancia de sacar a esa dulce liebrecita de la tierra de los rojos? —preguntó el director de la CIA.

—No —respondió Bostock.

—Bien, si no podemos hacerlo nosotros, ¿pedimos ayuda?

—¿Se refiere a los británicos? —preguntó Greer.

—Ya lo hemos hecho en otras ocasiones. Tenemos buenas relaciones con ellos y a Basil le gusta que estemos en deuda con ellos —recordó Moore—. ¿Le parece aceptable, Mike? —agregó, dirigiéndose a Bostock.

—Sí, señor —asintió—. Pero tal vez sea una buena idea que uno de los nuestros esté presente como observador. Basil no podrá negarse.

—Bien, debemos decidir a quién de los nuestros podemos mandar. Y con qué rapidez —dijo Moore.

—¿Esta misma noche? —observó Greer, para deleite de los demás—. A mi entender, Foley está dispuesto a llevar a cabo la operación desde su propia delegación y es bastante capaz de hacerlo. Foley es un buen chico. Creo que debemos permitírselo. Y Budapest probablemente es un buen lugar de salida para nuestra liebre.

—Estoy de acuerdo —afirmó Mike Bostock—. Es un lugar al que un oficial del KGB puede ir de vacaciones y simplemente desaparecer.

—Descubrirán con mucha rapidez que ha desaparecido —reflexionó

Moore en voz alta.

—También lo supieron cuando se fugó Arkady Shevchenko. ¿Y qué? No por eso dejó de facilitarnos buena información —señaló Bostock, que había ayudado a supervisar la operación, en realidad llevada a cabo por el FBI en la ciudad de Nueva York.

—Bien. ¿Qué le decimos a Foley? —preguntó Moore.

—Una palabra: «Aprobado» —respondió Bostock, que siempre apoyaba a sus oficiales de campo.

Moore miró a su alrededor.

—¿Alguna objeción?

Los presentes se limitaron a negar con la cabeza.

—Bien, Tommy. Regrese a Langley y mándele ese mensaje a Foley.

—Sí, señor.

El oficial de Inteligencia se puso en pie y se retiró. Algo bueno del juez Moore era que cuando uno precisaba una decisión, puede que no le gustara la que tomaba, pero siempre la obtenía.

CAPITULO DIECINUEVE

UNA SEÑAL CLARA

Foley sabía que el mayor impedimento para dirigir su delegación era la diferencia horaria. Si permanecía en la embajada a la espera de una respuesta, quizá transcurrirían varias horas y no ganaría nada con ello. Por tanto, inmediatamente después de transmitir el mensaje, había recogido a su familia y se había dirigido a casa, con Eddie comiendo aparatosamente otro perrito caliente de camino al coche y con una copia facsímil del New York Daily News en la mano. Hacía tiempo que pensaba que la suya era la mejor página de deportes de los periódicos de Nueva York, aunque sus titulares eran algo morbosos. Mike Lupica conocía el béisbol mejor que el resto de los aspirantes a jugadores, y Ed Foley siempre había respetado sus análisis. Podría haber sido un buen espía si hubiera elegido una línea de trabajo útil. Por eso ahora podía ver por qué los Yankees habían hecho el ridículo esa temporada. Parecía que los condenados Orioles iban a ganar la liga y eso, para su sensibilidad neoyorquina, era un crimen peor que la imagen que ese año daban los Rangers.

—Eddie, ¿te apetece patinar? —le preguntó a su hijo, sentado en el asiento trasero, con el cinturón de seguridad abrochado.

—¡Sí! —respondió en seguida el muchacho.

No cabía duda de que Eddie era hijo suyo, y quizá allí podría aprender a jugar a hockey sobre hielo correctamente. En el armario de su padre lo estaban esperando el mejor par de patines de hockey junior que había podido comprar y otro par para cuando le crecieran los pies. Mary Pat ya se había interesado por las ligas juveniles locales y ésas, pensaba su esposo, estaban entre las mejores del país; tal vez fueran incluso mejores que las canadienses.

En general, era vergonzoso que no pudiera tener un teléfono de seguridad en su casa, pero Rabbit le había dicho que quizá no sería totalmente seguro y, además, eso les indicaría a los rusos que él no era

meramente un funcionario de la embajada que hacía de canguro de los reporteros locales.

Para la familia Foley, el sábado y el domingo eran los días de la semana más aburridos. Desde luego, debían pasar algún tiempo con su hijo, pero eso también podían hacerlo en su casa de Virginia, que ahora habían alquilado. Estaban en Moscú por su trabajo, a ambos les apasionaba, y confiaban en que algún día su hijo lo entendería. De momento, su padre leía algunos libros con él. El chico iba pescando el alfabeto y parecía que leía palabras, aunque como símbolos caligráficos en vez de como construcciones fonéticas. Eso satisfacía a su padre, aunque Mary Pat tenía algunas dudas al respecto. Después de treinta minutos de lectura, el pequeño Eddie le habló a su padre durante media hora acerca de unas cintas de vídeo de los Transformers, para satisfacción del primero y desconcierto del segundo.

Desde luego, la mente del jefe de la delegación estaba pensando en Rabbit y ahora retornó a la sugerencia de su esposa de sacar el paquete sin que el KGB supiera que se había ido. Fue durante el vídeo de los Transformers cuando le volvió a la cabeza. No se puede hablar de asesinato sin tener un cadáver, pero cuando hay un cadáver no cabe la menor duda de que se ha cometido un asesinato. Pero ¿y si el cuerpo no era el correcto?

Una vez oyó decir a Doug Henning que la esencia de la magia era controlar la percepción del público. Si pudieras determinar lo que ven, entonces también podrías dictar lo que piensan que ven, y precisamente de ahí lo que recordarían haber visto y lo que entonces contarían a los demás. La clave estaba en darles algo que esperaran ver, por increíble que fuera. La gente, incluso la gente inteligente, creía toda clase de cosas imposibles. Eso era indudablemente cierto en Moscú, donde los dirigentes de ese vasto y poderoso país creían en una filosofía política tan fuera de tono con la realidad contemporánea como el derecho divino de los reyes. Además, sabían que era una filosofía falsa y aun así se imponían la creencia como si fueran las Sagradas Escrituras grabadas en oro por la propia mano de Dios. Era evidente que se les podía engañar; después de todo, trabajaban arduamente para engañarse a sí mismos.

De acuerdo, ¿cómo engañarlos?, se preguntó Foley. Dale al otro algo que espere ver y lo verá tanto si realmente está ahí como si no. ¿Pretendían hacerles creer a los soviéticos que Rabbit y su familia no habían abandonado la ciudad, sino que habían... muerto?

Los muertos no cuentan historias, había dicho supuestamente el capitán Kidd. Ni tampoco los muertos equivocados.

¿Acaso no lo habían hecho los británicos en la segunda guerra mundial?, se preguntó Foley. Sí, había leído el libro en la escuela secundaria, e incluso entonces, en el instituto de Fordham, le había impresionado el concepto operativo. La habían denominado operación Mincemeat. Aquel concepto ciertamente era muy elegante, ya que se trataba de hacer creer al oponente que era listo, y a la gente le gusta sentirse lista. Especialmente a los tontos, se recordó a sí mismo Foley. Y los servicios de Inteligencia alemanes en la segunda guerra mundial no valían siquiera lo que costaba la pólvora necesaria para mandarlos al infierno. Eran tan ineptos que los alemanes habrían sido mejor asesorados prescindiendo por completo de ellos; el astrólogo de Hitler habría sido

igual de bueno y probablemente habría salido mucho más barato.

Pero los rusos fueron condenadamente listos, temidos desde el punto de vista estratégico, aunque no tan listos como para encontrar algo que esperaban encontrar, tirarlo al cubo de la basura y seguir buscando lo que no esperaban. No, en eso consistía la naturaleza humana, e incluso el nuevo hombre soviético que trataban de fabricar estaba sujeto a la misma, aunque el gobierno soviético tratase de evitarlo.

¿Cómo afrontaremos eso?, se preguntó en silencio mientras en la televisión un tractor se transformaba en un robot de dos piernas, el mejor para combatir las fuerzas del mal, fueran cuales fuesen...

Sí, era evidente, solamente tenías que darles lo que necesitaban ver para demostrar que Rabbit y sus compañeros estaban muertos, para darles lo que los muertos siempre dejan. Eso sería complicado, pero no tanto como para que fuera imposible organizarlo. No obstante, necesitarían ayuda. Ese pensamiento no le dio seguridad a Ed Foley. En su trabajo, confiabas más en ti mismo que en los demás y, quizá, en otros de tu propia organización, pero los menos posibles. Cuando era imprescindible confiar en gente de alguna otra organización, realmente no tenías más remedio que aguantarte. En las instrucciones recibidas en Langley antes de su misión había sido informado de que podía confiar en Nigel Haydock, un británico muy dócil y capacitado, y un buen espía de campo en un servicio estrechamente unido. Sí, le agradaba su apariencia y habían congeniado bastante bien, pero, maldita sea, no pertenecía a su organización.

Sin embargo, Ritter le había dicho que, si era necesario, se podía confiar en él para que echara una mano, y el propio Rabbit, cuya honradez no debía poner en duda, le había dicho que las comunicaciones de los británicos aún no se habían descifrado. La vida de Foley no dependía de eso, pero su carrera sí.

De acuerdo, pero qué hacer, o mejor dicho, cómo hacerlo en este caso. Nigel era el agregado comercial de la embajada británica, justo al otro lado del río delante del propio Kremlin, una legación que se remontaba a la época de los zares y que supuestamente molestaba sobremanera a Stalin, al tener que ver todas las mañanas desde la ventana de su despacho la bandera del Reino Unido. Y los británicos ayudaron a reclutar y posteriormente a utilizar al coronel Oleg Penkovsky, de la Jefatura de Inteligencia del Estado Mayor soviético, el agente que evitó la tercera guerra mundial y, durante su servicio, reclutó a Cardenal, la joya más brillante de la corona de la CIA. Por tanto, si tenía que confiar en alguien, esa persona tendría que ser Nigel. La necesidad era la madre de muchas cosas, y si Rabbit tuviera problemas, entonces sabrían que se habían infiltrado en el servicio secreto de Inteligencia una vez más. Se dio cuenta de que tendría que disculparse ante Nigel simplemente por pensar de ese modo, pero eso era puramente profesional, nada personal.

Paranoia, Eddie —se dijo a sí mismo el jefe de delegación—. No puedes sospechar de todo el mundo. ¡Claro que puedo!

Además, sabía que Nigel Haydock pensaba de la misma forma con respecto a él. Sencillamente, así eran las reglas del juego.

Y si sacaban a Rabbit, eso sería una prueba irrefutable de que Haydock era honrado. Por nada del mundo los rusos permitirían que esa liebre escapara con vida. Sabía demasiado.

¿Tenía alguna idea Zaitzev del peligro en el que se estaba metiendo? Había confiado en la CIA para que lo sacara a él y a su familia vivos del averno...

Pero toda la información a la que tenía acceso, ¿no bastaba para formarse una opinión?

¡Santo Dios, en todo aquello había tantos engranajes como en una fábrica de bicicletas!

La cinta terminó y Master Truck Robot, o como se llamara, se transformó de nuevo en un tractor y se fue al compás de «Transformers, more than meets the eye...». Bastaba con que a Eddie le gustara. Así que le había dedicado un rato agradable a su hijo y se había reservado algún tiempo para pensar en lo suyo; en general, no había sido una mala tarde de domingo.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Arthur? —preguntó Greer.

—Buena pregunta, James —respondió el director de la CIA.

Estaban mirando la televisión en su guarida: los Orioles y los White Sox, que jugaban en Baltimore. Mike Flanagan estaba lanzando, y se lo veía encaminado a conseguir otro premio Cy Young, y el parador en corto novato que los Orioles acababan de sacar estaba jugando realmente bien, seguramente tendría un buen futuro en la gran liga. Ambos estaban bebiendo cerveza y comiendo galletas saladas, como si fueran gente corriente disfrutando de una tarde de domingo con el pasatiempo americano. Y en parte era cierto.

—Basil nos ayudará; podemos confiar en él —opinó el almirante Greer.

—De acuerdo. Cualquier problema que pudiera existir es cosa del pasado y lo mantendrá tan oculto como el joyero de la reina. Pero queremos a uno de los nuestros a su lado.

—¿Tú qué opinas?

—El jefe de la delegación de Londres, no; todo el mundo sabe quién es, incluso los taxistas.

Eso no se discutió. El jefe de la delegación de Londres llevaba mucho tiempo en el espionaje, y ahora era más un administrador que un oficial de campo activo. Lo mismo se podría decir de la mayoría de su personal, para quienes Londres era un empleo fácil, y mayoritariamente un destino para gente que esperaba la jubilación. Eran buenas personas, sólo que estaban apunto de colgar las zapatillas.

—Quienquiera que sea, deberá ir a Budapest y tendrá que ser invisible.

—Por tanto, alguien a quien no conozcan.

—¡Ajá! —asintió Moore mientras le daba un mordisco a su bocadillo y cogía algunas patatas.

—No tendrá mucho que hacer, simplemente manifestar a los británicos que está presente. Comprobar su honradez.

—Basil querrá entrevistar a ese individuo.

—Eso es inevitable —acordó Moore—. También tiene derecho a meter el hocico.

Ése era un estilo que había aprendido como juez de un singular caso de apelación sobre el crimen organizado. El y sus compañeros juristas de Austin, Texas, se habían reído de ello durante semanas, después de rechazar la apelación por cinco a cero.

—También queremos que intervenga en esto uno de los nuestros.

—Puedes apostar tu trasero, James —acordó nuevamente Moore.

—Y mejor que nuestro hombre sea de por allí. El cambio horario puede ser un poco duro.

—Por supuesto.

—¿Qué hay de Ryan? —sugirió Greer—. Está bien escondido bajo el radar. Nadie sabe quién es; es uno de los míos, ¿no es cierto? Ni tan sólo parece un oficial de campo.

—Su cara salió en los periódicos —objetó Moore.

—¿Crees que el KGB lee la página de sociedad? Como mucho habrán creído que es un aspirante a escritor, y si tienen algún expediente, estará en algún subsótano del Centro. Eso no debería ser un problema.

—¿Tu crees? —preguntó Moore.

Seguro que eso le causaría dolor de estómago a Bob Ritter, lo cual no era malo del todo. Bob se había visto en sueños apoderándose de las operaciones de la CIA y, aunque era un buen hombre, nunca sería director de la organización, por muchas razones, la menos importante de las cuales no era que al Congreso no le gustaran los espías con complejo de Napoleón.

—¿Está capacitado para ello?

—El muchacho es un ex marine, y no olvides que sabe cómo mantener los pies en el suelo.

—Ha demostrado su valía, James. No mea sentado —reconoció el director de la CIA.

—Y todo lo que tiene que hacer es vigilar a nuestros amigos, no jugar a espías en suelo enemigo.

—A Bob le dará un ataque de histeria.

—Mantener a Bob en su lugar no nos va a perjudicar, Arthur. Especialmente si esto funciona, pensó. Y debería funcionar.

Una vez fuera de Moscú debería ser una operación rutinaria; tensa, desde luego, pero rutinaria.

—¿Y si mete la pata?

—Arthur, Jimmy Szell nos falló en Budapest y es un oficial de campo experimentado. Ya sé que con toda probabilidad no fue culpa suya, seguramente fue mala suerte, pero demuestra el argumento. La mayoría de estos casos son cuestión de suerte. Los británicos harán todo el trabajo, y estoy seguro de que Basil reunirá a un buen equipo.

Moore sopesaba la idea en silencio. Ryan era muy nuevo en la CIA, pero era una estrella emergente. Lo que ayudó fue su experiencia, hacía menos de un año, cuando se enfrentó dos veces armado a sus contrincantes y los eliminó. Algo bueno tenía la armada, y eso era que no se especializaba en la formación de debiluchos. Ryan podía pensar y actuar con rapidez y eso era una buena baza en su poder. Mejor aún, a los británicos les gustaba. Había visto los comentarios de sir Basil Charleston sobre la ocupación de Ryan en Century House y empezaba a caerle simpático el joven analista norteamericano. Era una buena oportunidad para introducir a un nuevo talento, y aunque no se había graduado en La Granja, eso no significaba que estuviera perdido en el bosque. Había penetrado en la maleza y se había deshecho de un par de lobos.

—James, no es muy ortodoxo, pero no voy a negarme por esa razón. De acuerdo, suéltalo. Espero que no se mee en los pantalones.

—¿Cómo llamó Foley a esta operación?

—Beatrix, dijo, como en el cuento de Peter Rabbit.

—Foley está pisando fuerte, Arthur, y su esposa, Mary Patricia, es excelente.

—En eso estamos todos de acuerdo, James. Ella sería una gran amazona de rodeos y él un buen marshall al oeste de Pecos —dijo el director de la CIA.

Le gustaba ver a algunos de los jóvenes talentos que producía la organización. ¿De dónde procedían? Venían de muchos lugares diferentes, pero parecían tener el mismo fuego en las venas que él había tenido treinta años atrás, trabajando con Hans Tofte. No diferían mucho de los Rangers de Texas que él había admirado de joven, gente elegante pero que hacían lo que tenían que hacer.

—¿Cómo se lo comunicamos a Basil?

—Anoche llamé a Chip Bennett y le dije que tuviera a su gente lista para atrapar a algunos incautos. Esta noche debería estar en Langley. Hoy mismo los trasladaremos en el 747 hasta Londres y desde allí mandaremos a algunos a Moscú. Esto nos permitirá comunicarnos con seguridad, aunque no cómodamente.

Eso, en realidad, ya estaba hecho. Un sistema computarizado que se usaba para anotar los signos punto y raya del código morse internacional se conectó a una radio altamente sensible, sintonizada a una frecuencia que ninguna organización humana utilizaba y transformaba el ruido en letras romanas. Uno de los técnicos de Fort Meade comentó que el ruido intergaláctico que estaban copiando eran residuos estáticos producidos por el Big Bang, por lo cual unos años atrás Penzias y Miller habían recibido el Premio Nobel. Eso era así de aleatorio, a menos que uno pudiera descodificarlo para saber lo que Dios pensaba, lo cual estaba más allá de las posibilidades incluso de la división Z de la Agencia de Seguridad Nacional. Una impresora matricial escribía las letras en conjuntos con tres copias de papel carbón, el original para el autor, una copia para la CIA y otra para la NSA. Todos tenían suficientes letras como para transcribir un tercio de la Biblia, y cada página y cada línea estaban identificadas alfanuméricamente para que fuera posible su identificación. Tres personas separaban las páginas y se aseguraban de que los conjuntos estuvieran ordenados correctamente antes de colocarlos en carpetas de anillas para facilitar su manejo. Luego entregaban dos juegos a un suboficial de las fuerzas aéreas que llevaba las copias de la CIA a Langley. El jefe técnico se preguntó qué era eso tan importante que requería dichas claves de un solo uso, que la NSA había superado desde hacía mucho tiempo con su adoración institucional a la tecnología electrónica. De todas maneras, no era su deber averiguarlo, por lo menos no en Fort Meade, Maryland.

Ryan miraba la televisión y trataba de acostumbrarse a las comedias. Se había criado para que le gustara el humor británico; después de todo, los británicos habían inventado a Benny Hill. Ese tipo debía de estar mal de la cabeza para hacer algunas de las cosas que hacía. No obstante, tardó algún tiempo en acostumbrarse a las series de la televisión; las señales eran diferentes, y aunque hablaban inglés tan bien como cualquier norteamericano, los matices de aquí tenían una dimensión sutil que ocasionalmente se le escapaban. Pero no a su esposa, observó Jack. Su esposa se tronchaba de risa con los chistes, y se reía de cosas que él

apenas comprendía. En ese instante sonó el teléfono de seguridad que se encontraba en su cuarto de arriba. Corrió por la escalera para cogerlo. No podían haberse equivocado de número. British Telecom era una corporación semiprivada que hacía exactamente lo que el gobierno le mandaba; quienquiera que hubiera elegido su número habría escogido uno tan diferente de los habituales que sólo un niño podría marcarlo por error.

—Ryan —dijo.

—Jack, aquí Greer. ¿Qué tal la tarde del domingo en la querida Inglaterra?

—Hoy ha llovido. No he salido a cortar el césped —informó Ryan.

Eso no le preocupaba demasiado. Odiaba cortar el césped desde que de pequeño aprendió que, por mucho que uno lo corte, el condenado vuelve a crecer en pocos días como antes. —Aquí los Orioles ganan a los White Sox cinco a dos después de seis lanzamientos. Creo que tu equipo ganará la liga.

—¿Quién ganará la liga nacional?

—Si tuviera que apostar, diría que los Phillies, muchacho.

—Apuesto un dólar a que se equivoca, señor. Mis Orioles parecen prometedores desde aquí.

Lo cual no era lo mismo que desde allí, ¡maldita sea! El día en que perdieron los Colts se pasó al béisbol. El juego era más interesante desde un punto de vista táctico, aunque le faltaba la lucha varonil de la liga nacional de fútbol americano.

—¿Qué ocurre en Washington una tarde de domingo, señor?

—Sólo quería ponerlo sobre aviso. Hay un mensaje camino de Londres que tiene que ver con usted. Se trata de una nueva tarea que durará unos tres o cuatro días.

—De acuerdo.

Aquello despertó su interés, pero tenía que saber de qué se trataba antes de emocionarse demasiado. Probablemente lo necesitaban para unos nuevos análisis. Generalmente eran económicos, ya que al almirante le gustaba la forma en que él manejaba los números.

—¿Es importante?

—Estamos interesados en lo que usted puede hacer con ello —fue todo lo que el subdirector de Inteligencia quiso decirle. Ese tipo debe de enseñar a los zorros cómo burlar a los perros y a los caballos. Menos mal que no es británico. La aristocracia local le dispararía por arruinar su carrera de obstáculos, se dijo Ryan.

—De acuerdo, señor, me mantendré a la espera. Supongo que no puede darme más detalles... —sugirió, un tanto esperanzado.

—Ese nuevo parador en corto, Ripken, volvió por la línea de la izquierda, consiguió la sexta carrera, una fuera, fondo de la séptima.

—Gracias, señor. Es más divertido que «Hotel Fawlty».

—¿Y eso qué es?

—Es lo que aquí llaman una comedia, almirante. Si se entiende, es divertida.

—Infórmeme de ello la próxima vez que venga —sugirió el subdirector de Inteligencia. —A la orden, almirante.

—¿La familia bien?

—Todos bien, señor, gracias por preguntar.

—De acuerdo, buena suerte. Hasta la vista.
—¿Quién era? —preguntó Cathy desde la sala de estar.
—El jefe. Me manda algo para trabajar.
—¿Qué exactamente?
Nunca se cansaba de intentarlo.
—No me lo ha dicho; sólo me ha anticipado que tengo algo nuevo con que jugar.
—¿Y no te dijo qué era?
—Al almirante le gustan las sorpresas.
—¡Ja! —fue la respuesta de su esposa.

El mensajero se instaló en su asiento de primera clase. El paquete que llevaba en su bolsa de mano estaba debajo del asiento delantero, y tenía varias revistas para leer. Dado que no era un correo diplomático oficial sino uno encubierto, podía fingir que era una persona normal, un disfraz que se quitó al llegar al mostrador de inmigración de la terminal cuatro de Heathrow, para subirse a un coche de la embajada que lo llevaría a Grosvenor Square. Su propósito, antes de regresar a su país después de un día y medio, era ir a un bonito bar inglés y tomar cerveza británica. Eso era un desperdicio de talento y entrenamiento para un nuevo oficial de campo, pero todos tenían que pagar su precio y ése era el de ese joven recién salido de La Granja. Se consoló pensando que, fuera lo que fuese, debía de ser relativamente importante. Seguro, Wilbur. Si fuera muy importante, iría en el Concorde.

Ed Foley estaba durmiendo el sueño de los justos. Al día siguiente encontraría una excusa para dirigirse a la embajada británica, mantener una charla con Nigel y planear la operación. Si todo iba bien, llevaría puesta la corbata más roja que tuviera, cogería el mensaje de Oleg Ivan'ch, fijaría la próxima cita y seguiría adelante con la operación. ¿Quién era, a quién trataba de matar el KGB?, se preguntó. ¿Al papa? Eso tenía nervioso a Bob Ritter. ¿O a otra persona? El KGB tenía una forma muy expeditiva de tratar con la gente que no le gustaba; la CIA, no. En realidad, no habían matado a nadie desde los años cincuenta, cuando el presidente Eisenhower había usado a la CIA, con mucha habilidad, como alternativa al uso de tropas uniformadas de forma manifiesta. Pero esa habilidad no se transmitió a la administración Kennedy, que echó a perder casi todo lo que tocó. Seguramente leyeron demasiados libros de James Bond. En la ficción todo era más simple que en el mundo real, incluso en la ficción escrita por ex espías de campo. En el mundo real, subirse la cremallera puede tener sus dificultades.

Planeaba una operación bastante compleja, pero no dejaba de repetirse que no lo era tanto. ¿Se equivocaba? La mente de Foley vagaba, mientras el resto de su conciencia seguía dormida. Incluso mientras dormía seguía dándole vueltas y más vueltas. En sus sueños vio liebres que corrían alrededor de un campo verde, mientras unos zorros y unos osos las observaban. Los depredadores no se movían para darles caza, quizá porque eran muy rápidas o tal vez porque estaban muy cerca de sus madrigueras. ¿Pero qué ocurría cuando las liebres se alejaban de sus

madrigueras? Entonces los zorros lograban cazarlas y los osos se las tragaban enteras... ¿Y acaso su trabajo no consistía en proteger a los mamíferos pequeños?

Pero en su sueño, los zorros y los osos sólo miraban, mientras el águila volaba en círculos sobre sus cabezas. El águila había jurado dejar a las liebres tranquilas, aunque un zorro podía ser un buen bocado si conseguía atraparlo con sus garras justo por detrás de la cabeza. Así podría dejárselo a los osos para comer, pues los osos no le hacen ascos a ninguna clase de comida. No, al señor oso no le importaba lo más mínimo. Era un oso grande y viejo, y su vientre siempre estaba vacío. Si tuviera la ocasión, incluso se comería una águila, pero el águila era muy rápida y lista. Bastaba con mantener los ojos bien abiertos, se dijo la noble águila, que debía ser cautelosa a pesar de sus grandes habilidades y su buena vista. Y se elevó con las corrientes ascendentes de aire caliente, observando... No debía intervenir en la refriega. A lo sumo podía descender y alertar a las liebres del peligro que corrían, pero la estupidez de esos animales era proverbial; masticaban la hierba sin preocuparse demasiado de lo que ocurría a su alrededor. Ese era su trabajo, se dijo la noble águila, usar su magnífica vista para asegurarse de que sabía todo lo que necesitaba saber. La tarea de la liebre era correr cuando era necesario y con la ayuda del águila, correr hacia otro campo, uno sin zorros ni osos, de manera que tuviera libertad para criar más liebrecitas y vivir felices para siempre, como los personajes Flopsy, Mopsy y Cotton-tail de Beatrix Potter.

Foley se dio la vuelta y el sueño terminó, con el águila vigilando el peligro y las liebres comiendo hierba, mientras los zorros y los osos observaban desde la lejanía, inmóviles, ya que no sabían cuál de ellas se alejaría lo suficiente de su madriguera.

El molesto zumbido del despertador hizo que los ojos de Foley se abrieran de par en par. Se dio la vuelta para desconectarlo, saltó de un brinco de la cama y se dirigió al cuarto de baño. De repente echó de menos su casa de Virginia. Tenía más de un cuarto de baño, en realidad, dos y medio, lo que daba un margen de flexibilidad si ocurría una emergencia. El pequeño Eddie se levantó cuando lo despertaron y casi inmediatamente después se sentó en el suelo delante del televisor; cuando aparecieron las imágenes, gritó: ¡la monitora! Esto provocó la sonrisa de sus padres y probablemente la de los tipos del KGB que se encontraban al otro lado de los micrófonos ocultos.

—¿Tienes algo importante que hacer hoy en la oficina? —preguntó Mary Pat desde la cocina.

—Bueno, debería de haber el tráfico normal de fin de semana desde Washington. Tengo que pasarme por la embajada británica antes del almuerzo.

—¿Ah, sí? ¿Para qué? —preguntó su esposa.

—Quiero comentarle un par de cosas a Nigel Haydock —respondió mientras ella freía el beicon.

Los días en que había un importante trabajo de espionaje, Mary Pat preparaba huevos con beicon. El se preguntaba si algún día los escuchas del KGB llegarían a darse cuenta de ello. Probablemente, no. Nadie es tan concienzudo, y los hábitos alimenticios de los norteamericanos probablemente les interesaban sólo en la medida en que los extranjeros,

normalmente, comían mejor que los rusos.

—Salúdalos de mi parte.

—De acuerdo. —Bostezó y tomó un sorbo de café. —Deberíamos invitarlos, ¿qué te parece el próximo fin de semana?

—Por mí, está bien. ¿Rosbif y lo de costumbre?

—Sí, trataré de comprar maíz congelado.

Los rusos cultivaban maíz que podías comprar en los mercados abiertos de los granjeros, y era bueno, pero no era como el Silver Queen de Virginia que tanto apreciaban. Normalmente encargaban maíz congelado, que las fuerzas aéreas traían de Rhein Main, y los perritos calientes Chicago Red, que servían en la cantina de la embajada, así como todos los demás sabores de su país, tan importantes en un destino como aquél. Quizá era tan cierto en París como allí, pensó Ed. El desayuno pasó de prisa, y media hora después ya casi estaba vestido.

—¿Qué corbata me pongo hoy, cariño?

—Bueno, en Rusia debes llevar una roja de vez en cuando —respondió mientras le pasaba la corbata con un guiño, junto con la aguja de plata de la buena suerte.

—Bien, aquí está Edward Foley, padre, oficial del servicio exterior —dijo mientras se miraba en el espejo para ajustársela al cuello.

—A mí me parece bien, cariño —comentó Maiy Pat con un sonoro beso.

—Adiós, papi —dijo el pequeño mientras su padre se dirigía a la puerta.

Levantó la mano en vez de darle un beso. Ya era mayorcito para esas mariconadas.

El resto del viaje fue pura rutina. Caminar hacia el metro. Comprar su periódico en el quiosco y coger el mismo tren por cinco copecas, porque si siempre cogía el mismo para regresar a casa, con el fin de que el KGB lo clasificara como alguien que seguía una estricta rutina, debía reflejar los mismos hábitos tanto por la mañana como por la tarde. Al llegar a la embajada entró en su despacho y esperó a que Mike Russell le trajera los mensajes de la mañana. Mientras hojeaba los mensajes y examinaba los encabezados, en seguida vio que había más que de costumbre.

—¿Alguna cosa sobre lo que hablamos? —preguntó el oficial de Comunicaciones.

—Parece que no —respondió Foley—. ¿Has tenido problemas?

—Ed, mi trabajo es conseguir que entre y salga material con seguridad.

—Míralo desde mi posición, Mike. Si me descubren, seré tan inútil como las tetillas de los machos. Por no mencionar a las personas que morirán a causa de ello.

—Sí, ya te oigo. —Russell hizo una pausa—. No puedo creer que sean capaces de desmantelar mis sistemas, Ed. Como dijiste, perderías gente por todos lados.

—Quiero estar de acuerdo contigo, pero nunca se puede ser demasiado precavido, ¿no te parece?

—Coincido plenamente contigo, amigo. Si pillo a cualquiera husmeando en mi operación, no vivirá lo suficiente como para hablar con el FBI —prometió en tono siniestro.

—No te entusiasmes demasiado.

—Ed, cuando estuve en Vietnam, los mensajes inseguros mataron a muchos soldados. Difícilmente puede ser algo tan importante.

—Si me entero de algo, me aseguraré de que lo sepas, Mike.

—De acuerdo. Russell se retiró, casi sacando humo por las orejas.

Foley organizó sus mensajes y empezó a leerlos. Todos iban dirigidos al jefe de la delegación, pero sin especificar nombre alguno. Seguían preocupados por el KGB y el papa, pero, aparte de Rabbit, no tenía nada nuevo de que informar y sólo la esperanza le inducía a creer que Flopsy tendría algo nuevo que aportar. Había mucho interés en la reunión del Politburó de la semana anterior, pero en cuanto a eso, tenía que esperar que sus fuentes le informaran. Dudas en cuanto a la salud de Leonid Brézhnev, pero aunque conocían el nombre de sus médicos, un equipo completo, ninguno de ellos hablaba directamente con la CIA. Viendo la imagen de Leonid Ilich por televisión, era evidente que no iba a correr el maratón en los próximos juegos olímpicos. Pero las personas en sus condiciones podían durar años, lo cual eran buenas y malas noticias. Brézhnev no iba a hacer nada nuevo ni diferente, pero, dado que se volvía cada vez más irracional, no había forma de predecir qué tonterías podría intentar, y lo seguro era que no iba a retirarse de Afganistán. Le importaban un comino las vidas de los jóvenes soldados rusos y menos cuando podía oír los pasos de la muerte acercándose a su puerta. La CIA estaba interesada en la sucesión, pero era casi seguro que Yuri Vladimirovich Andrópov sería el próximo individuo que se sentaría a la cabeza de la mesa, a menos que ocurriera una muerte repentina o que metiera la pata en algún asunto político importante. Sin embargo, Andrópov era un político demasiado astuto para eso; era el típico zarevich. Sólo cabía esperar que no tuviera demasiada vitalidad, y si los rumores sobre su enfermedad hepática eran ciertos, no la tendría. Cada vez que Foley lo veía por la televisión rusa se fijaba en si su piel tenía una tonalidad amarillenta, lo cual confirmaría dicha enfermedad, pero el maquillaje podía esconderlo, si es que usaban maquillaje con sus jefes políticos... ¿Cómo saberlo?, se preguntó. Quizá debería preguntárselo a la Dirección de Ciencia y Tecnología de Langley.

Después de relevar a Kolya Dobrik, Zaitzev tomó asiento y miró por encima el montón de mensajes que había sobre su mesa. Le tomó algo más de tiempo que de costumbre pasar los mensajes a sus destinatarios, ya que decidió memorizar lo máximo posible. De nuevo había uno del agente Cassius dirigido al agente de Inteligencia Política del piso de arriba y también al Instituto Americocanadiense, donde los académicos descifraban incógnitas como apoyo para el Centro. Había uno de Neptuno, solicitando dinero para el agente que pasaba tan buena información sobre comunicaciones al KGB. Neptuno le recordaba el mar, y Zaitzev buscó en su memoria mensajes anteriores procedentes de dicha fuente. Se trataba principalmente de la armada norteamericana y él era la causa de su preocupación por la seguridad de las comunicaciones norteamericanas. Seguro que el KGB le pagaba grandes cantidades de dinero, cientos de miles de dólares norteamericanos en metálico, algo que al KGB seguramente le costaba conseguir; para la Unión Soviética era más fácil pagar con diamantes, ya que podía extraerlos de Siberia oriental. De hecho habían pagado a algunos norteamericanos con diamantes, pero el FBI los había pillado y el KGB nunca trató de negociar su liberación... Menuda gala de lealtad. Sabía que los norteamericanos lo intentaban, pero casi

siempre ya habían ejecutado a la gente que intentaban liberar. Este recuerdo lo dejó paralizado.

Ahora ya no había marcha atrás y la CIA era suficientemente competente como para que el KGB le tuviera miedo, y eso significaba que estaba en buenas manos.

Más tarde recordó que tenía que hacer otra cosa. Como Mary Pat le había sugerido que informara de su encuentro, cogió el bloc de informes de contactos que tenía en el cajón de su escritorio y empezó a escribir. La describió: guapa, de unos veintinueve o treinta años, madre de un precioso niño, no muy brillante, con gestos muy norteamericanos, habilidades lingüísticas modestas, buen vocabulario pero con una pronunciación y una sintaxis pobres, que hacían que su ruso fuera comprensible pero poco natural. No había valorado la posibilidad de que fuera oficial de Inteligencia, como consideraba que era su obligación. Quince minutos después llevó el informe al oficial del Departamento de Seguridad.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo mientras lo entregaba al oficial, un capitán al que habían pasado por alto dos veces para el ascenso.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó el oficial de Seguridad después de echarle un vistazo.

—Está todo aquí —dijo, señalando el formulario de contacto—. Llevé a dar un paseo por el parque a mi zaichik y apareció ella con su niño. Se llama Eddie; evidentemente, su verdadero nombre es Edward, Edwardovich, o como dicen los norteamericanos, Edward hijo; creo que ella me dijo que tiene cuatro años, un muchachito muy lindo. Hablamos unos minutos de algunas cosas y luego ambos se alejaron.

—¿Qué impresión tienes de ella?

—Si es una espía, entonces estoy seguro de la victoria del socialismo —respondió Zaitzev—. Es guapa, pero más bien flacucha y no demasiado brillante. Supongo que es una típica ama de casa norteamericana.

—¿Algo más?

—Eso es todo, camarada capitán. Tardé más tiempo en escribirlo que el que estuve hablando con ella.

—Se agradece tu vigilancia, camarada mayor.

—Sirvo a la Unión Soviética —respondió Zaitzev antes de regresar a su escritorio.

Pensó que era una buena idea por su parte que tuviera que salvar tan a menudo esa encrucijada. Después de todo, quizá escondía algo, pero si no, sencillamente sería una nota más en los archivos del KGB, una información proporcionada por uno de sus oficiales, certificando que no suponía ninguna amenaza para el mundo socialista.

De vuelta en su escritorio, continuó con su repaso mental del trabajo del día. Cuanto más le diera a la CIA, mejor le pagarían. Quizá llevaría a su hija al parque de atracciones Disney Planet; seguro que allí su pequeña zaichik se lo pasaría de maravilla. Sus mensajes incluían, además, otros países, que también memorizó. Había un nombre en clave en Inglaterra, Ministro, que era interesante. Probablemente estaba en su Ministerio del Exterior y suministraba información politico-diplomática que interesaba mucho a los de arriba.

Foley se dirigió a la embajada británica en uno de los coches oficiales. Después de mostrarles su identificación, fueron bastante cordiales, y Nigel bajó a su encuentro en el vestíbulo.

—¡Hola, Ed! —lo saludó con un cordial apretón de manos y una sonrisa—. Por aquí.

Subieron por la escalera de mármol y después se dirigieron hacia la derecha hasta su despacho. Haydock cerró la puerta y le indicó que se sentara en un sillón de piel.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tenemos una liebre —dijo Foley saltándose los preliminares.

Y con eso lo dijo todo. Haydock sabía que Foley era un espía, un «primo», según la terminología británica.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque necesitaremos vuestra ayuda para sacarlo. Queremos hacerlo vía Budapest y nuestra delegación allí ha sido quemada. ¿Qué tal vuestra operación en esa ciudad?

—El jefe es Andy Hudson, antiguo oficial del regimiento de paracaidistas, un tipo competente. Rebobina, Edward. ¿Qué puedes contarme y por qué es tan importante?

—Supongo que dirás que es como caído del cielo. Parece que se trata de un oficial de Comunicaciones. Es muy real, Nigel. He solicitado permiso para sacarlo y Langley me ha dado luz verde. Un póquer de ases, amigo —añadió.

—¿Entonces es un individuo de alta prioridad y fiabilidad máxima?

—Sí —dijo Foley inclinando la cabeza—. ¿Quieres la buena noticia?

—Si hay alguna...

—Dice que nuestras comunicaciones pueden estar en peligro, pero vuestro nuevo sistema aún no ha sido descifrado.

—Es bueno saberlo. ¿Eso quiere decir que nosotros podemos comunicarnos libremente pero vosotros no?

Asintió de nuevo.

—Esta mañana me he enterado de que un ayudante de Comunicaciones está en camino, quizá hayan encontrado un par de claves para mí. Puede que lo descubra más tarde.

Haydock se echó hacia atrás en su sillón y encendió un cigarrillo, un Silk Cut bajo en nicotina. Se había pasado a ese tipo de tabaco para contentar a su esposa.

—¿Tienes algún plan? —preguntó el espía británico.

—Cuento con que coja el tren de Budapest. A partir de ahí... Foley esbozó el plan que se le había ocurrido a él y a su esposa.

—Muy original, Edward —dijo Haydock—. ¿Cuándo leíste lo de Mincemeat? ¿Sabías que figura en el plan de estudios de nuestra academia?

—Cuando era niño; creía que era algo muy ingenioso.

—En sentido abstracto, no es una mala idea, pero las piezas que necesitas no puedes comprarlas en la ferretería.

—Ya lo imagino, Nigel. Es mejor que comencemos a movernos con rapidez si queremos hacer la jugada.

—De acuerdo —asintió Haydock—. Basil querrá saber algunos detalles. ¿Qué más puedo contarle?

—Esta mañana tendría que recibir en mano una carta del juez Moore.

Todo lo que puedo decir es que el tipo parece muy real.

—¿Dijiste que es un oficial de Comunicaciones del Centro?

—Sí.

—Eso puede ser de mucho valor —comentó Haydock—, especialmente si se trata de un funcionario de Comunicaciones.

—Eso es lo que pensamos —asintió ahora lentamente Foley, con la mirada fija en su anfitrión.

—¡Joder! —exclamó Haydock, asimilando finalmente la idea—. Esto podría ser muy valioso. ¿Y es como caído del cielo?

—Exacto. En realidad, es un poco más complicado, pero básicamente se reduce a eso, amigo.

—¿Sin trampas ni señuelos?

—Desde luego he pensado en ello, ¿pero tú crees que tendría sentido? —preguntó Foley.

Los británicos sabían que pertenecía a la CIA, pero no que fuera el jefe de la delegación.

—Si me hubieran descubierto, ¿para qué precipitarse? —Cierto —tuvo que reconocer Nigel—, sería una torpeza.

—Entonces, ¿Budapest? Por lo menos es más fácil que Moscú. —También hay una mala noticia. Su esposa no entra en el plan —tuvo que decirle Foley.

—Debes de estar bromeando, Edward.

—Qué más quisiera, pero así son las cosas.

—Bueno, ¿qué sería la vida sin algunas complicaciones? ¿Alguna preferencia acerca de cómo sacar a Rabbit? —preguntó sin dar a conocer lo que estaba pensando.

—Supongo que eso le corresponde a Hudson, vuestro hombre en Budapest. No es mi territorio, ni mi cometido decirle cómo debe llevar esta operación.

Haydock asintió. Era una de esas cosas que ya se saben, pero que hay que decirlas de todos modos.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Pronto, tan pronto como sea posible. En Langley están tan ansiosos como yo.

Estaba seguro de que era una buena oportunidad para hacer méritos como jefe de delegación en Moscú.

—¿Estás pensando en Roma? Sir Basil me ha hablado de ello.

—¿Vuestra primera ministra está interesada?

—Me imagino que tanto como vuestro presidente. Esta jugada enturbiará bastante las aguas.

—Será un triunfo —comentó Foley—. Bien, quería poneros sobre antecedentes. Seguramente, sir Basil te mandará un mensaje hoy, un poco más tarde.

—Entendido, Edward. Estaré preparado para entrar en acción cuando llegue.

Consultó su reloj; era demasiado pronto para ofrecerle una cerveza a su invitado en el bar de la embajada. Lástima. —Llámame cuando recibas la autorización. ¿De acuerdo?

—Desde luego. Nos ocuparemos de todo por ti, Ed. Andy Hudson es un buen oficial y dirige la operación de Budapest de forma muy meticulosa.

—Estupendo —dijo Foley.

—¿Qué te parece si cenamos pronto? —preguntó Haydock.

—Sí, creo que es mejor que sea pronto. Penny parece que ya está casi lista para dar a luz. ¿Cuándo la mandarás a casa?

—Dentro de dos semanas. Ahora ese pequeño cabroncete no deja de dar vueltas y patadas.

—Hombre, eso siempre es una buena señal.

—En el caso de que se adelantara, aquí en la embajada tenemos a un buen doctor.

Pero en realidad el doctor de la embajada no quería atender partos, nunca lo hacía.

—Bueno, si es un niño, Eddie le dejará sus vídeos de los Transformers —prometió Ed.

—¿Qué es eso de los Transformers?

—Si es un niño, ya te enterarás —aseguró Foley.

CAPÍTULO VEINTE

PUESTA EN ESCENA

El joven oficial de campo llegó a la terminal cuatro del aeropuerto londinense de Heathrow justo antes de las siete de la mañana. Pasó por inmigración y por la aduana como si nada y se dirigió al exterior, donde lo estaba esperando un chófer con la pancarta de costumbre, con un nombre falso, por supuesto, ya que los espías de la CIA sólo usaban sus verdaderos nombres cuando era imprescindible.

El chófer se llamaba Leonard Watts. Conducía un Jaguar de la embajada y, dado que tenía un pasaporte diplomático y llevaba distintivos en el coche, no le preocupaban los límites de velocidad.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien. He dormido durante casi todo el viaje.

—Bien venido al mundo de las operaciones de campo —dijo Watts—. Cuanto más haya dormido, mejor.

—Lo supongo. Aquí está el paquete.

Era su primera misión transatlántica y, además, de escasa importancia. El hecho de que viajara sólo con el paquete del correo y una pequeña bolsa de viaje, que guardó en el compartimento superior durante todo el trayecto y en la que llevaba una camisa limpia, una muda y los utensilios de afeitar, no mejoraba su tapadera.

—Por cierto, me llamo Len.

—Bien, yo soy Pete Gatewood.

—¿Es la primera vez que viene a Londres?

—Sí —contestó Gatewood, que trataba de acostumbrarse a ir sentado en el asiento delantero de la izquierda sin un volante que lo protegiera, en un vehículo conducido por un chófer aparentemente expulsado de la NASCAR (Siglas de National Association for Stock Car Auto Racing.)—. ¿Cuánto falta para la embajada?

—Media hora respondió Watts, concentrado en la conducción—. ¿Qué lleva en el paquete?

—Lo único que sé es que es algo para el jefe de la delegación. —Bueno, no puede ser algo rutinario. Me han despertado para que viniera — refunfuñó Watts.

—¿Dónde ha trabajado? —preguntó Gatewood, confiando que aquel maníaco aminoraría un poco la velocidad.

—En Bonn, Berlín, Praga. Me preparo la jubilación para regresar a Indiana. Ahora tenemos un equipo de fútbol estupendo.

—Sí, y también todo el maíz —observó Gatewood, que nunca había estado en Indiana, ni tenía particular interés en visitar aquel Estado granjero, del cual, recordó, habían salido buenos jugadores de baloncesto.

Poco después circulaban por la derecha de un largo parque verde y unas manzanas más adelante pasaron frente al rectángulo verde de la plaza Grosvenor. Watts detuvo el automóvil para que Gatewood se apeara. Pasó entre las macetas, colocadas para impedir que los coches de bomberos se acercaran demasiado a las paredes de hormigón del feísimo edificio y entró. Los marines comprobaron su identidad e hicieron una llamada. Al momento se presentó en el vestíbulo una mujer de mediana edad, que lo acompañó al ascensor para subir a la tercera planta, al lado del grupo técnico que colaboraba con la central de Comunicaciones del gobierno británico en Cheltenham. Gatewood se dirigió al despacho apropiado y vio a un hombre de mediana edad sentado frente a un escritorio de roble.

—¿Es usted Gatewood?

—Sí, señor. ¿Y usted...?

—Soy Randy Silvestri. Creo que tiene un paquete para mí dijo el jefe de la delegación de Londres.

—Sí, señor. —Gatewood abrió la cremallera de su bolsa, sacó el sobre grande de papel manila y se lo entregó.

—¿Está interesado en su contenido? —preguntó Silvestri mientras observaba al joven.

—Supongo que si me concierne ya me lo dirá, señor.

Muy bien —asintió el jefe de la delegación—. Si lo desea, Annie puede acompañarlo abajo para desayunar, o puede coger un taxi e ir a su hotel. ¿Lleva dinero británico?

—Cien libras, señor, en billetes de diez y de veinte.

—Bien, eso le bastará para sus necesidades. Gracias, Gatewood.

—Sí, señor.

Gatewood abandonó el despacho.

Después de asegurarse de que no había sido manipulado, Silvestri abrió el paquete. La carpeta de anillas contenía unas cuarenta o cincuenta hojas de papel, todas llenas de letras aleatorias a un espacio y medio. «Claves de un solo uso, para Moscú», decía la tapa. Tenía que mandarlo a Moscú en el vuelo del mediodía de British Airways. Y dos cartas, una de ellas para sir Basil, que debía entregarse en mano. Después de avisar por teléfono, un coche debería conducirlo a Century House. La otra era para ese chico, Ryan, que le gustaba tanto a Jim Greer, también tenía que ser entregada en mano a través de la oficina de sir Basil. Se preguntó qué pasaba. Por el tratamiento que le estaban dando a aquel asunto, no podía ser algo trivial. Cogió el teléfono y pulsó el número cinco de la marcación abreviada.

—Aquí Basil Charleston.

—Basil, soy Randy. Acaba de llegar algo para ti. ¿Puedo llevártelo? —Oyó cómo revolvía papeles, seguro que Basil sabía que era importante.

—¿Qué te parece a las diez en punto?

—De acuerdo. Hasta luego.

Silvestri sorbió su café y calculó el tiempo que necesitaba. Aún le faltaba cerca de una hora para marcharse. Seguidamente pulsó el botón del intercomunicador.

—¿Sí, señor?

—¿Puede bajarle esto?

—Sí, señor.

A las secretarias de la CIA no se les pagaba para que fueran verbosas.

—Bien, gracias.

Silvestri colgó.

Jack y Cathy se encontraban en el tren, atravesando Elephant and Castle. Él aún no sabía por qué demonios le habían puesto ese nombre a aquel lugar. El tiempo amenazaba tormenta, pero Ryan pensó que Inglaterra no era lo suficientemente ancha para que los temporales duraran mucho. Quizá sólo fueran algunas nubes de lluvia que se acercaban desde el Atlántico. De cualquier manera, parecía que se acababa el período de buen tiempo. Mala suerte.

—¿Sólo gafas esta semana, cariño? —preguntó a su esposa que como de costumbre, cubría su cara con la revista médica.

—Toda la semana —confirmó, y entonces levantó la mirada—. No es tan interesante como la cirugía, pero aun así es importante.

—Si tú lo haces, tiene que ser importante, Cathy.

—¿Y tú no sabes lo que vas a hacer?

—No, hasta que llegue a mi despacho. —Probablemente ni entonces, pensó.

Fuera lo que fuese, indudablemente había sido transmitido vía impresora o fax de seguridad durante la noche... a menos que se tratara de algo realmente importante y se hubiera enviado con un correo. En ese caso, la diferencia horaria era una ventaja. El primer 747 procedente de Dulles acostumbraba a llegar entre las seis y las siete de la mañana y se tardaba otros cuarenta minutos en llegar a su despacho. Cuando quería, el gobierno podía ser más eficiente que Federal Express. Quince minutos más leyendo su Daily Telegraph y partirían juntos hacia la estación Victoria, ella con su revista médica de Nueva Inglaterra. Cathy cogió el metro. Ryan optó por un taxi, que pasó con rapidez frente al palacio de Westminster y cruzó el Támesis; pagó las cuatro libras con cincuenta y añadió una sustancial propina. Diez segundos más tarde ya estaba dentro.

—Buenos días, sir John —saludó Bert Canderton.

—Cómo está usted, señor comandante —respondió Ryan, cruzando la entrada de camino al ascensor.

Simon estaba en su asiento atendiendo el tráfico de mensajes. Cuando Jack entró, levantó la vista.

—Buenos días, Jack.

—Hola, Simon. ¿Qué tal el fin de semana?

—No pude hacer nada en el jardín. Maldita lluvia.

—¿Hay algo interesante esta mañana? —preguntó mientras se servía

una taza de café.

El té que preparaba Simon no estaba mal para la hora del té, pero Jack prefería el café, sobre todo por la mañana. No había ninguna discusión sobre el particular. Jack había olvidado recoger su croissant de camino.

—Aún no, pero hay algo en camino desde Norteamérica.

—¿De qué se trata?

—Basil no me lo ha dicho, pero cuando entregan algo en mano un lunes por la mañana, suele ser interesante. Tiene que estar relacionado con los soviéticos. Sólo ha dicho que me mantuviera a la espera.

—Bueno, a lo mejor empezamos la semana con algo interesante —respondió Ryan mientras sorbía su café, que no estaba la altura del que le preparaba Cathy, pero era mejor que el té. ¿Para cuándo está previsto que llegue?

—Alrededor de las diez. Lo trae Silvestri, vuestro jefe de delegación.

Ryan sólo se había encontrado una vez con él. Parecía bastante competente, pero generalmente uno espera que un jefe de delegación lo sea, incluso si está en su último destino.

—¿Hay alguna noticia de Moscú?

—Sólo algunos rumores sobre la salud de Brézhnev. Parece que dejar de fumar le ha sentado bien —dijo Harding mientras encendía su pipa—. Asqueroso hijo de puta —añadió el analista británico.

—¿Qué hay de lo de Afganistán?

—Iván cada vez es más listo. Esos helicópteros Mi-24 parece que son bastante efectivos. Malas noticias para los afganos. ¿Cómo crees que va a acabar esto?

—Todo depende de cuántas bajas quieran causar los rusos, ya que disponen de un arsenal más que suficiente para ganar y sólo es cuestión de voluntad política. Por desgracia para los muyahidines, a los líderes de Moscú no les importa el número de bajas.

—A no ser que algo provoque un cambio... —pensó en voz alta Ryan.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, misiles tierra-aire efectivos, que neutralicen sus helicópteros. Tenemos el Stinger. Yo nunca lo he usado, pero las críticas son muy buenas.

—Pero ¿crees que pueden usar apropiadamente un misil un montón de analfabetos? —preguntó Harding, dubitativo . Un rifle moderno, sí, y una ametralladora, también, pero ¿un misil?

—La idea es fabricar una arma a prueba de soldados, Simon. Tan sencilla que no tengas que reflexionar mientras estás esquivando las balas. Entonces no tienes tiempo de pensar y haces los pasos lo más cortos que puedes. Como ya he dicho, yo nunca he usado ninguno, pero he jugado con armas antitanque y son muy simples.

—Bien, tu gobierno tendrá que decidir si les suministra los misiles tierra-aire. Aún no lo ha hecho y eso no me entusiasma mucho. Cierto, están matando rusos y reconozco que es bueno, pero son unos malditos salvajes.

En una ocasión mataron a muchos británicos, recordó Ryan, y la memoria de los británicos es tan grande como la de cualquiera. También estaba el asunto de exponerse a que algunos Stingers cayeran en manos rusas, lo cual no haría muy feliz a la fuerza aérea estadounidense. Pero

eso estaba muy por encima de su rango. Había algunas peleas sobre el asunto en el Congreso.

Jack se acomodó en su asiento, sorbió su café y leyó los mensajes. Había vuelto a su trabajo normal, analizar la economía soviética. Eso sería como elaborar un mapa con un plato de espaguetis.

El empleo de Silvestri no era ningún secreto en Londres. Llevaba largo tiempo en el negocio del espionaje, y aunque no estaba quemado, al final de su estancia en Varsovia, donde dirigía una estrecha operación, el bloque oriental, al que había sonsacado cantidades de información política, ya se había percatado para la organización de qué gobierno trabajaba. Ése sería el fin de su etapa laboral, igual que para la mayoría de sus oficiales, y dado que era respetado por varios servicios aliados, lo habían destinado a Londres, donde su labor principal consistía en relacionarse con el servicio secreto de Inteligencia británico. Por eso disponía de un Daimler con chófer para cruzar el río.

Ni siquiera necesitaba un pase de seguridad. Sir Basil lo recibía personalmente en la puerta con un cordial apretón de manos, para subir después a su despacho.

—¿Qué noticias hay, Randy?

—Tengo un paquete para ti y otro para ese tipo, Ryan —respondió Silvestri.

—Estupendo, ¿lo llamo?

—Claro, Bas, y a Harding también, si no te importa.

El jefe de delegación de Londres había leído la tapa y sabía lo que contenían los paquetes.

Charleston cogió el teléfono y los mandó llamar. Al cabo de menos de dos minutos llegaron los dos analistas. Todos se habían visto al menos una vez. En realidad, Ryan era el que estaba menos familiarizado con el otro norteamericano. Sir Basil, que ya había abierto su sobre, les indicó que tomaran asiento. Silvestri le entregó su mensaje a Ryan.

Jack se dio cuenta de que ocurría algo inusual, y en la CIA había aprendido a desconfiar de las cosas nuevas y diferentes.

—Esto es interesante —observó Charleston.

—¿Abro esto ahora? —preguntó Ryan.

Silvestri asintió, por lo que se sacó del bolsillo la navaja multiusos y cortó el grueso papel del sobre. Su mensaje sólo tenía tres páginas, firmadas personalmente por el almirante Greer.

«Una liebre», vio. Conocía la terminología. Alguien necesitaba un billete de salida de Moscú, y la CIA lo suministraba, con la ayuda del servicio secreto de Inteligencia, ya que la delegación de Budapest estaba fuera de servicio en ese momento...

—Dile a Arthur que será un placer ayudarlo, Randy. Supongo que tendremos la oportunidad de hablar con él antes de que salga para Londres.

—Eso estaría bien confirmó Silvestri—. ¿Cuánto crees que costará sacarlo?

—¿De Budapest? —Charleston pensó un momento—. No mucho, creo. La policía secreta húngara es más bien desagradable, pero el pueblo en conjunto no es muy devoto del marxismo. Este Rabbit dice que puede

que el KGB haya puesto en peligro vuestras comunicaciones. Esto era lo que preocupaba en Langley.

—¡Maldita sea, Basil! Si hay una filtración, debemos atajarla cuanto antes.

—¿Está en su Mercury? !Por Dios! —exclamó Ryan.

—Lo pillaste en seguida, hijito —dijo Silvestri.

—¿Por qué debo salir al campo? preguntó Jack. Yo no soy un oficial operativo.

—Necesitamos a uno de los nuestros para vigilar las cosas.

—Comprendo, Randy —observó Charleston mientras miraba sus instrucciones, y ¿quieren a alguien a quien no conozcan?

—Eso parece.

—Pero ¿por qué yo? insistió Ryan.

—Tu trabajo sólo consistirá en observar lo que ocurra. Es pura formalidad, Jack respondió sir Basil para tranquilizarlo.

—¿Y qué hay de mi tapadera?

—Te daremos un nuevo pasaporte diplomático —contestó Charleston Estarás totalmente seguro, ya sabes, por lo de la convención de Viena.

—Pero... pero... seré un impostor.

—Ellos no lo sabrán, querido muchacho.

—¿Y mi acento?

Evidentemente era el de un norteamericano, no el de un británico.

—¿En Hungría? preguntó Silvestri, sonriente.

—Con su maldito lenguaje, Jack, dudo que noten la diferencia, y en cualquier caso, con tu nueva documentación, tu persona es totalmente inviolable.

—Relájate, muchacho. Estarás más seguro que el osito de peluche de tu pequeña. Confía en mí, ¿de acuerdo? —aseguró Silvestri.

—Además, en todo momento tendrás a un oficial de seguridad a tu lado —añadió Charleston.

Ryan se recostó y respiró. No quería quedar como un pelele delante de ellos y menos ante el almirante Greer.

—De acuerdo, discúlpenme. Nunca antes había estado en el campo. Es algo nuevo para mí —dijo, pensando que sería preferible dar marcha atrás . ¿Qué haré exactamente y cómo?

—Volarás desde Heathrow a Budapest. Nuestros hombres te recogerán en el aeropuerto y te llevarán a la embajada. Esperarás allí un par de días, supongo, y luego observarás cómo Andy saca a Rabbit del mundo rojo. ¿Cuánto crees que tardarás, Randy?

—¿Para esto? El fin de semana, o como mucho uno o dos días más —respondió Silvestri—. Rabbit volará o cogerá el tren a Budapest y tu hombre verá cómo se las arregla para sacarle de Dodge City.

—Unos dos o tres días —calculó sir Basil. No debemos ir demasiado de prisa.

—Bueno, esto me mantendrá fuera de casa unos cuatro días. ¿Cuál va a ser mi tapadera?

—¿Para tu esposa? —preguntó Charleston—. Dile que tienes que ir a Bonn, por ejemplo, para asuntos de la OTAN. Sé impreciso en cuanto a la duración —advirtió.

Le hacía mucha gracia tener que explicar esto a los ingenuos norteamericanos en el extranjero.

—De acuerdo —accedió finalmente Ryan—. Parece que no tengo mucho donde elegir.

De regreso en la embajada, Foley se dirigió al despacho de Mike Barnes. Barnes era el agregado cultural, el oficial experto en temas artísticos. Ese era un cargo importante en Moscú. La URSS tenía una vida cultural bastante rica. Al régimen actual parecía no importarle el hecho de que la mejor parte datara del tiempo de los zares, pensó Foley, probablemente porque todos los grandes rusos querían parecer cultos y superiores a los occidentales, especialmente los norteamericanos, cuya cultura era mucho más reciente y burda que la del país de Borodín y Rimsky Korsakov. Barnes se había licenciado en las universidades de Juilliard y Cornell, y apreciaba la música rusa de forma especial.

—Hola, Mike —saludó Foley.

—¿Cómo vas con los novatos? —preguntó Barnes.

—Como de costumbre. Mira, tengo una pregunta para ti.

—Dispara.

—Mary Pat y yo queremos hacer un viaje, quizá a Europa del Este. Praga, por ejemplo. ¿Puedes sugerirnos alguna buena música para escuchar por allí?

—La sinfónica de Praga aún no ha inaugurado la temporada. Pero Jozsef Rozsa está ahora mismo en Berlín y después irá a Budapest.

—¿Quién es? No recuerdo el nombre —dijo Foley, a quien le dio un vuelco el corazón.

—Un húngaro, primo de Miklos Rozsa, compositor de Hollywood, de películas como Ben-Hur y otras por el estilo. Pertenece a una familia de músicos. Está considerado como uno de los mejores. Los ferrocarriles estatales húngaros tienen cuatro orquestas, aunque parezca increíble, y Jozsef va a dirigir la primera. Puedes ir en tren o en avión, depende del tiempo de que dispongas.

—Interesante —pensó Foley en voz alta.

Fascinante, pensó por dentro.

—La orquesta estatal de Moscú abre la temporada a principios del próximo mes. Tiene un nuevo director, un tipo llamado Anatoli Sheymov. Aún no lo he escuchado, pero está muy bien considerado. Te puedo conseguir entradas fácilmente. A los rusos les encanta lucirse ante nosotros, los extranjeros, y realmente son de talla mundial.

—Gracias, Mike, pensaré en ello. Hasta luego, amigo.

Se alejó con una sonrisa, que conservó durante todo el trayecto de vuelta a su despacho.

—Maldita sea —observó sir Basil al leer el último telegrama procedente de Moscú—, ¿a qué genio se le ha ocurrido esa idea? —gritó al aire y se preguntó cómo lo lograría ese oficial norteamericano, Edward Foley.

Estaba a punto de salir para almorzar en el palacio de Westminster, al otro lado del río, y no podía quitárselo de la cabeza. Tendría que pensar sobre ello mientras degustaba su rosbif y el pudín de Yorkshire.

—Qué suerte la mía observó Ryan de regreso en su despacho.

—Esto será menos peligroso que cruzar la calle, Jack.

—Lo cual, en Londres, podía ser toda una aventura.

—Puedo cuidar de mí mismo, Simon —le recordó Ryan a su compañero. Pero si meto la pata, alguien más caerá.

—Tú no serás responsable de nada de eso. Sólo estarás allí como observador. No conozco personalmente a Andy Hudson, pero tiene una reputación profesional excelente.

—Estupendo —comentó Ryan. Es hora de almorzar, Simon, y me apetece una cerveza.

—¿Cómo está el duque de Clarence?

—¿No es aquel tipo que se ahogó en un barril de vino de malvasía?

—El peor camino que uno puede tomar, sir John —observó Harding.

—Por cierto, ¿qué es la malvasía?

—Un vino fuerte y dulce muy parecido al de Madeira. De hecho, procede de esas islas.

Mientras iba a por su chaqueta, Ryan pensó que había aprendido algunas trivialidades más.

En Moscú, Zaitzev consultó su expediente personal. Había acumulado doce días de vacaciones. El verano anterior no pudieron ir a Sochi, ya que no quedaba ningún hueco, pues el cupo del KGB se había llenado en julio y agosto. Como en todas partes, resultaba más fácil programar unas vacaciones con un hijo de edad preescolar, podías escapar de la ciudad cuando quisieras. Svetlana estaba en una guardería del Estado y el hecho de que se perdiera unos días de tizas y lápices de colores era más fácil de arreglar que una semana o dos de una escuela primaria estatal, lo cual estaba mal visto.

Arriba, el coronel Rozhdiéstvenskv repasaba el último mensaje procedente del coronel Bubovov desde Sofía, que acababa de traer el correo. 0 sea que el primer ministro búlgaro había aceptado la solicitud de Moscú sin hacer preguntas embarazosas. Los búlgaros sabían estar en su lugar. El jefe de Estado de una nación supuestamente soberana sabía cómo acatar las órdenes de un oficial de campo de alta graduación del comité ruso para la seguridad estatal, lo cual, pensó el coronel, era como debía ser. Y ahora el coronel Strokov del Dirzhavna Sugurnost estaba seleccionando a su tirador, un turco, sin lugar a dudas, y la operación 666 podría seguir adelante. Más tarde se lo comunicaría al director Andrópov.

—¿Tres cuerpos? —preguntó Alan Kingshot, muy sorprendido, que era el oficial de campo de más edad de sir Basil, un operador muy experto que, en sus treinta y siete años de servicio al país y a la reina, había trabajado en las calles de todas las principales ciudades europeas, primero como oficial «legal» y más tarde como mediador en la oficina central. Algún género de intercambio, supongo.

—Sí. Me imagino que quien lo sugirió es un admirador de la operación

Mincemeat —respondió Basil.

La operación Mincemeat era una leyenda de la segunda guerra mundial. Fue diseñada para hacer creer a Alemania que la siguiente operación principal aliada sería la invasión de Córcega, en lugar de Sicilia, según estaba planeado con el nombre de Husky. Para ello se facilitó a los alemanes el cadáver de un alcohólico, que después de muerto habían transformado en un oficial de los marines reales, un supuesto oficial planificador de la operación ficticia de la toma de Córcega. El cadáver fue arrojado en aguas de la costa española por el submarino británico Serpa, llegó a la orilla, fue recogido y entregado a la policía, se le practicó la autopsia y el maletín que llevaba esposado en la muñeca fue entregado al oficial local de la Abwehr. Este mandó urgentemente los documentos a Berlín, donde causaron el efecto deseado: el traslado de varias divisiones alemanas a una isla cuyo único interés militar era ser el lugar de nacimiento de Napoleón. Se llamó al caso «el hombre que nunca existió», que ha sido el tema de un libro y una película, y una prueba más de la inutilidad del servicio de Inteligencia alemán, que no supo ver la diferencia entre el cadáver de un borracho y el de un soldado profesional.

—¿Qué más sabemos? Quiero decir, ¿de qué edades y sexo, señor? —puntualizó Kingshot.

—Todavía lo desconocemos, así como el color del pelo y todo lo demás. La causa de la muerte también es importante. Por tanto, lo que ahora debemos preguntarnos es si cabe la posibilidad de hacerlo.

—En teoría, sí. Pero necesito muchos más detalles antes de continuar. Como ya he dicho, para estar seguro tengo que saber la estatura, el peso, el color del cabello y de los ojos, y el sexo. Con eso podremos seguir adelante.

—Bueno, Alan, ve pensando en ello. Necesito una lista específica para mañana al mediodía.

—¿En qué ciudad va a tener lugar?

—Probablemente en Budapest.

—Bueno, eso ya es algo —pensó en voz alta el espía de campo. —Maldito trabajo refunfuñó entre dientes sir Basil cuando su hombre ya se había retirado.

Andv Hudson estaba sentado en su despacho, descansando después del plato combinado, acompañado de una cerveza John Courage, que había comido para almorzar en el bar de la embajada. No era muy alto, pero a sus espaldas tenía ochenta y dos saltos en paracaídas y podía demostrarlo por sus rodillas. Llevaba ocho años de baja del servicio activo, pero como quería un poco de acción en su vida, había optado por alistarse en el servicio secreto de Inteligencia, y había ascendido con rapidez, principalmente debido a sus extraordinarias habilidades lingüísticas. Aquí, en Budapest, le eran necesarias. Los filólogos catalogan el idioma húngaro como indoeuropeo. Su vecino europeo más cercano es el finlandés, seguido del mongol. No tiene ninguna relación con el resto de los idiomas europeos, salvo por algunos nombres cristianos, cuya introducción ocurrió cuando el pueblo húngaro sucumbió al cristianismo, después de hartarse de matar a muchos misioneros. Entretanto, también perdieron el espíritu guerrero que los había caracterizado. Los húngaros eran ahora uno de los

pueblos menos guerreros del continente.

Pero en el arte de la intriga eran muy buenos y, al igual que cualquier otra sociedad, tenían un sector de delincuentes, pero el suyo se había instalado principalmente en el partido comunista y en el aparato del poder. La policía secreta local, la Allavedelmi Hatosag, podía llegar a ser tan desagradable como lo había sido la Cheka bajo el mandato del propio Stalin. Pero desagradable no es lo mismo que eficiente. Era como si trataran de compensar su innata ineficacia mediante el trato brutal que dispensaban a los que detenían por error. Y su policía se distinguía por su estupidez. Había un aforismo húngaro que rezaba: «Tan estúpido como seis pares de botas de policía», cuya veracidad Hudson había comprobado en muchas ocasiones. No era la policía metropolitana, pero Budapest tampoco era Londres.

De hecho, la vida allí le parecía placentera. Budapest era una ciudad muy bonita, su arquitectura muy francesa, y sorprendentemente informal para una capital comunista. La comida era muy rica, incluso en las cantinas para trabajadores explotadas por el gobierno que había por todas las esquinas, donde los platos no eran elegantes pero sí sabrosos. El transporte público era adecuado para su propósito principal, la inteligencia política. Tenía una fuente de información, llamada Parade, dentro del Ministerio del Exterior; que le canalizaba información política muy útil sobre el Pacto de Varsovia y el bloque oriental en general, a cambio de dinero en efectivo, no mucho, por cierto, por lo que sus expectativas eran muy pobres.

Budapest iba una hora adelantada con respecto a Londres, como el resto de Europa central. El mensajero de la embajada llamó a la puerta de Hudson, entró y depositó un sobre encima de su escritorio. Hudson dejó su cigarrillo y cogió el sobre. Vio que era de Londres, del mismísimo sir Basil...

¡Joder!, pensó Hudson. Su vida estaba a punto de adquirir un poco más de interés.

El mensaje concluía: «... próximamente recibirá más detalles.» Nunca lo sabías todo hasta que era indispensable. Como la mayoría de los espías expertos, sir Basil no era una mala persona para quien trabajar. Disfrutaba de su astucia, lo cual nunca se apreciaba completamente allá en el campo, donde la mayor preocupación de las abejas obreras eran las avispas. Hudson formaba equipo con otras dos personas. Dado que Budapest no era una delegación principal, para él era una de paso hasta que surgiera algo más importante. Era demasiado joven para ser un jefe de delegación. Basil le daba la oportunidad de estirar las piernas. Eso le convenía a Hudson. La mayoría de los jefes de delegación esperaban sentados en sus despachos como arañas en su tela, lo cual era dramático y realmente aburrido, pues se pasaban el día redactando interminables informes. El también desempeñaba tareas de campo. Esto lo ponía en peligro de quemarse, como le había ocurrido a Jim Szell; sencillamente era cuestión de muy mala suerte, por lo que le había contado una fuente llamada Boot, plenamente integrada en el AVH. Pero la gracia de ese trabajo residía en el peligro, aunque resultaba menos peligroso que patrullar por Belfast, con miembros del IRA en los alrededores. Precisamente, las habilidades adquiridas en las calles del Ulster le proporcionaron la perspicacia callejera del espía. Como con todo en esta

vida, había que tomar lo amargo con lo dulce. Pero mejor que lo amargo fuera cerveza, se dijo.

Tenía una liebre a punto de salir. Eso no debería ser difícil, aunque ésta debía de ser una liebre importante, lo suficientemente importante como para que la CIA pidiera ayuda a «Seis», y eso no ocurría todos los días; sólo cuando los malditos yanquis metían la pata, lo cual, pensó Hudson, sucedía con cierta frecuencia.

De momento no tenía nada que hacer. No tenía forma de saber qué había que hacer hasta que le dieran instrucciones más específicas, pero en teoría sabía cómo sacar a alguien de Hungría. No era tan difícil. Los húngaros no eran un adversario serio, ya que no estaban muy ligados al marxismo. 0 sea, que mandó un «acuse de recibo» a Century House y aguardó nuevos acontecimientos.

El vuelo del mediodía con destino a Moscú de British Airways lo cubría un reactor bimotor Boeing 737. El trayecto duraba unas cuatro horas, dependiendo del viento, que hoy estaba calmado. Una vez en el aeropuerto de Sheremetvevo, el correo diplomático pasó por el control de inmigración como Pedro por su casa, gracias a su bolsa de lona y el pasaporte diplomático, antes de dirigirse al coche de la embajada que lo estaba esperando para llevarlo a la ciudad. Había estado allí muchas veces por el mismo motivo, y tanto los guardias de la embajada como el conductor lo conocían, y él además sabía moverse por la embajada. Hecha la entrega, se dirigió a la cantina a tomar un perrito caliente y una cerveza y a comenzar la lectura de su nueva novela. Se dio cuenta de que debería hacer algo de ejercicio, pues su trabajo lo obligaba a estar muchas horas sentado en coches y aviones. Pensó que eso no podía ser saludable.

Mike Russell examinó el monstruoso código de un solo uso que había recibido, con la esperanza de no tener que usarlo todo en un solo día. El trabajo terriblemente monótono de trasponer letras aleatorias podía volverlo loco; tenía que haber algún sistema más fácil. Para ello disponía de su máquina codificadora KH-7, pero Foley le insinuó que la siete no era totalmente segura y eso le indignó como profesional. La KH-7 era la máquina codificadora más sofisticada que existía, de fácil manejo y, a su parecer, totalmente imposible de forzar. Conocía al equipo de matemáticos que la habían diseñado y habían resuelto los algoritmos. Las fórmulas algebraicas usadas en la siete estaban tan por encima de su cabeza, que debía esforzarse para vislumbrar su alcance... Pero lo que un matemático podía hacer, otro, en teoría, lo podía deshacer, y los rusos eran buenos. Y de ahí procedía la pesadilla: el enemigo había interceptado las comunicaciones que él estaba encargado de proteger.

Eso no podía permitirse.

Por tanto, a pesar de las molestias, debía usar esas claves para comunicaciones sumamente críticas. No tenía mucha vida social en Moscú. Los ciudadanos rusos de a pie relacionaban su piel oscura con los monos trepadores de árboles africanos, lo cual ofendía de tal manera a Russell que nunca hablaba de ello con nadie, sólo dejaba que generara furia en su

corazón: la clase de ira en lo profundo del alma que había sentido por el Ku Klux Klan antes de que el FBI quitara de la circulación a esos chiflados ignorantes. Quizá todavía lo odiaran, pero por muy poderosos que fueran los instintos sexuales de un buey, era incapaz de satisfacerlos y a esos idiotas fanáticos se les había olvidado que, después de todo, Ulysses Simpson Grant había derrotado a Bobby Lee. Podían odiarlo tanto como quisieran, pero la perspectiva del Leavenworth Federal Pen los mantenía en sus oscuros agujeros. Russell pensó que esos cabrones racistas de los rusos eran igual de malos. Pero tenía sus libros y su magnetófono para escuchar jazz y la paga extra asociada a ese difícil destino. De momento, Iván no había podido descifrar su señal, por lo que Foley sacaría su liebre. Cogió el teléfono y marcó el número apropiado.

—Foley.

—Soy Russell. ¿Puedes bajar un momento a mi despacho?

—Ahora mismo voy —respondió el jefe de delegación. ¿De qué se trata, Mike? —preguntó cuatro minutos más tarde al entrar en el despacho.

—Sólo debemos hacer tres copias de esto —dijo Russell con la carpeta de anillas en alto. Una para nosotros, otra para Langley y otra más para Fort Meade. ¿Quieres seguridad, amigo?, pues toma seguridad. Que los mensajes sean cortos, ¿de acuerdo? Esta mierda me hace subir la tensión.

—De acuerdo, Mike. Lástima que no haya una manera mejor de hacerlo.

—Quizá algún día. Debería haber una forma de hacerlo con un ordenador, ya me entiendes, poner la clave en un disquete. Quizá escriba a Fort Meade sobre ello —dijo Russell. Esto puede dejarte tuerto.

—Mejor tú que yo, pensó Foley.

—De acuerdo, podré darte algo más tarde, hoy mismo.

—Bien —asintió Russell.

Ni que decir tenía que lo codificaría con su KH-7 y luego lo codificaría de nuevo con la clave. Confiaba en que Iván interceptaría la señal y pasaría el documento a sus criptógrafos para que intentaran descifrarlo. Le hacía gracia pensar en esos bastardos volviéndose locos mientras intentaban descifrar uno de sus mensajes. Le satisfacía engañarlos con su baza de ases matemáticos de talla mundial.

No había forma de saberlo. Si el KGB se las había ingeniado, por ejemplo, para colocar un micrófono oculto en el edificio, no lo controlarían con una batería interna, sino más bien mediante microondas desde Nuestra Señora de los Microchips, al otro lado de la calle. Tenía a dos personas rondando permanentemente por la embajada en busca de señales de radiofrecuencia desconocidas. De vez en cuando encontraban y retiraban algún micrófono oculto, pero hacía veinte meses desde la última vez. Decían que ahora habían barrido completamente la embajada y estaba totalmente limpia. Pero nadie lo creía. Iván era muy listo. Russell se preguntó cómo Foley había mantenido su identidad en secreto, pero ése no era su problema. Mantener la seguridad de las comunicaciones ya era suficientemente duro.

De vuelta en su despacho, Foley redactó el siguiente mensaje para Langley, tratando de que fuera lo más corto posible para ponérselo más fácil a Russell. Eso seguramente abriría los ojos de algunos de la séptima planta. Confiaba en que los británicos aún no habrían dicho nada sobre

ello a Washington. Lo verían como una falta grave y los oficiales más antiguos, en todas partes, se ofendían por esas trivialidades. Pero a veces no había tiempo para pasar por todos los cauces y, como jefe de delegación, era de esperar que alguna vez tomara la iniciativa.

Y con la iniciativa, quizá un poco de exuberancia.

Foley consultó su reloj. Se había puesto la corbata más roja que tenía y le faltaba una hora y media para coger el metro de regreso a casa; Rabbit necesitaba verlo a él y la señal. Una vocecita le decía a Foley que moviera a Beatriz lo más rápido posible. No sabía si suponía un peligro para Rabbit o para alguien más, pero se podía confiar en la intuición de Foley.

CAPITULO VEINTIUNO

LAS VACACIONES

Realmente no era fácil estar seguro de haber cogido la línea de metro correcta. Ambos, Rabbit y Foley, utilizaban la eficiencia inhumana, que debía de ser el único aspecto de la vida soviética que realmente funcionaba de manera apropiada y lo digno de mención era que los trenes seguían unos horarios tan regulares y predecibles como la puesta del sol, sólo que con más frecuencia. Foley entregó su envío en mano a Mike Russell, luego se puso el impermeable y salió de la embajada por la puerta principal en el momento exacto, caminó al paso habitual y llegó al andén del metro a la hora convenida; después se dio la vuelta para verificarlo con el reloj que colgaba del techo de la estación. Sí, de nuevo lo había logrado. El tren entró mientras el anterior salía y Foley subió al vagón de costumbre, echó un vistazo... No, sí, allí estaba Rabbit. Foley desplegó su periódico. El impermeable desabrochado colgaba de sus hombros libremente.

Zaitzev se sorprendió al ver la corbata roja, pero no podía quejarse. Como de costumbre, avanzaba en la dirección correcta.

Ahora era cuestión de rutina, pensó el jefe de delegación. Sintió que la mano se metía subrepticiamente en su bolsillo y volvía a salir. Después, sus agudos sentidos percibieron que el hombre se apartaba un poco. Era de esperar que aquello todavía se repetiría algunas veces. Para Foley no era peligroso, pero para Rabbit, sí, a pesar de la habilidad adquirida para tal menester. Las demás personas presentes en el vagón del metro, algunas de cuyas caras conocía de vista, podrían pertenecer perfectamente al Segundo Directorio. Podrían estar vigilándolo mediante un grupo de oficiales diferentes; sería una táctica sensata por parte de la oposición, de forma irregular, para reducir las oportunidades de ser identificados.

El tren llegó a la parada prevista a la hora precisa y Foley se apeó. Dentro de algunas semanas tendría que colocarle el forro a su abrigo y a lo mejor hasta ponerse el shapka que le había comprado Mary Pat. Debía empezar a pensar qué ocurriría una vez hubieran sacado a Rabbit. Si Beatrix concluía satisfactoriamente, tendría que mantener su tapadera durante un tiempo, o cambiar e ir en coche a la embajada, un cambio de

rutina que no extrañaría a los rusos. Después de todo, era norteamericano, y los norteamericanos tenían fama de ir en coche a todas partes. El metro empezaba a cansarle; demasiado lleno, a menudo de gente que no sabía lo que era una ducha. Las cosas que tenía que hacer por su país, pensó Foley. No, se corrigió, las cosas que tenía que hacerles a los enemigos de su país. Eso hacía que mereciera la pena. Provocarle un dolor de barriga al Gran Oso, incluso cáncer de estómago, iba cavilando de camino a su apartamento.

—¿Sí, Alan? —preguntó Charleston levantando la cabeza.

—Esta es una operación importante, ¿no es cierto? —dijo Kingshot.

—Importante en cuanto a su objetivo, sí —confirmó el director general, pero de lo más rutinaria posible en cuanto a su funcionamiento. Sólo tenemos a tres personas en Budapest y no sería muy inteligente mandar un comando.

—¿Va alguien más?

—Jack Ryan, el norteamericano dijo sir Basil.

—No es un oficial de campo —objetó inmediatamente Kingshot.

—Básicamente es una operación norteamericana, Alan. Unicamente solicitaron que uno de los suyos fuera como observador. A cambio tendremos uno o dos días a Rabbit en una casa segura, de nuestra elección, para que nos facilite un informe. Sin lugar a dudas, tendrá cantidad de informacion que nos pueda ser de utilidad y seremos los primeros en hablar con él.

—Bien, espero que ese tal Ryan no nos jorobe.

—¿Acaso no ha demostrado que es muy equilibrado en los momentos de tensión, Alan? —preguntó sir Basil, razonable como siempre.

—Será debido a su entrenamiento como marine —observó Kingshot con misteriosa generosidad.

—Y es muy listo, Alan. Está haciendo un excelente trabajo en su proyecto analítico.

—Si usted lo dice, señor. Necesito cierta ayuda de la brigada especial para conseguir los tres cuerpos y luego rezar a la espera de que ocurra algo espantoso.

—¿En qué está pensando?

Kingshot explicó su incipiente concepto operativo. Era la única manera de que algo así ocurriera. Y como ya había mencionado anteriormente sir Basil aquel mismo día, era tan espeluznante como una autopsia.

—¿Qué probabilidades hay de que ocurra algo así? —preguntó Basil.

—Debo hablar con la policía para poder responderle.

—¿Quién es su contacto allí?

—El superintendente en jefe Patrick Nolan. Ya lo conoce.

—¿Aquel enorme individuo que detiene delanteros de rugby para entretenerse? —preguntó Charleston cerrando un momento los ojos.

Ese es Nolan. En el cuerpo lo llaman Enano. Creo que come barras de pesas con los copos de avena. ¿Puedo comentar con él lo de la operación Beatrix?

—Sólo lo que sea necesario para nuestros intereses, Alan.

—Muy bien, señor —respondió Kingshot antes de abandonar el despacho.

—¿Qué quieres? —preguntó Nolan con una jarra de cerveza en la mano, poco después de las cuatro de la tarde, en el bar que se encontraba a una manzana de New Scotland Yard.

—Ya me has oído, Enano —dijo Kingshot mientras encendía un cigarrillo para no desentonar con el resto de los clientes.

—Bueno, debo admitir que he oído muchas cosas raras desde que estoy en Scotland Yard, pero nunca nada parecido. Nolan medía uno noventa y tres y pesaba ciento cuatro kilos, casi nada de grasa. Por lo menos pasaba una hora tres veces a la semana en el gimnasio de Scotland Yard. Pocas veces llevaba pistola. Nunca la había necesitado para convencer a los delincuentes de la futilidad de ofrecer resistencia.

—¿Puedes decirme por qué lo necesitas? —preguntó.

—Lo siento, no estoy autorizado. Todo lo que puedo decirte es que se trata de un asunto importante.

—Bueno, ya sabes que no guardamos esas cosas en cámaras frigoríficas, ni siquiera en el museo de los horrores —dijo después de tomar un prolongado trago de cerveza.

—Pensaba en un accidente de tráfico. Ocurren continuamente, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad, Alan, pero no a una familia de tres miembros.

—Bueno, ¿con qué frecuencia ocurren? —preguntó Kingshot.

—Quizá haya unos veinte accidentes como éste en un año normal, pero no se puede predecir cuándo van a tener lugar.

—Bien, entonces tendremos que confiar en la buena suerte, y si no ocurre, ¿qué le vamos a hacer?

Eso podía suponer un problema. Quizá sería preferible conseguir la ayuda de los norteamericanos. En Estados Unidos había unas cinco mil muertes anuales por accidentes de tráfico en las autopistas. Kingshot decidió que se lo sugeriría a sir Basil por la mañana.

—¿Buena suerte? Yo no lo llamaría así, Alan —señaló Nolan. Y si ocurre en la M4, ¿entonces qué?

—Nosotros recogeremos los cadáveres.

—¿Y los familiares de los fallecidos? —preguntó Nolan.

—Sustituiremos los cuerpos por bolsas con peso. El estado de los cadáveres evitará una ceremonia con ataúdes abiertos ¿no te parece?

—Sí, bueno, ¿y después qué?

—Disponemos de personal para ocuparse de los cadáveres No necesitas saber los detalles.

El servicio secreto de Inteligencia tenía una relación cordial con la policía metropolitana, pero nada más que eso.

—Sí, dejo las pesadillas para ti, Alan —dijo Nolan después de terminarse la cerveza, reprimiendo un escalofrío. Mantendré los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo?

—Inmediatamente.

—¿Cabe la posibilidad de que tengamos que ocuparnos de los restos de más de uno de esos incidentes?

—Evidentemente —asintió Kingshot. ¿Otra ronda?

—Buena idea, Alan —respondió Nolan y su anfitrión le hizo un gesto con la mano al camarero—. ¿Sabes?, algún día me gustaría

saber para qué me estáis usando.

—Algún día, cuando ambos estemos retirados, Patria, te complacerá saber a lo que estás contribuyendo. Te lo puedo asegurar; amigo.

—Si tú lo dices, Alan.

Notan se conformó por el momento.

—¡Qué diablos! observó —el juez Moore al leer el último despacho de Moscú.

Se lo pasó a Greer, que le echó un vistazo y se lo pasó a su vez a Mike Bostock.

—Mike, Foley, tu chico, tiene una gran imaginación —comentó el almirante.

—Yo creo que es cosa de Mary Pat. Ella es el vaquero, bueno, la amazona. Es original, chicos.

—Original no es la palabra —dijo el director de la CIA poniendo los ojos en blanco. De acuerdo, Mike, ¿es posible hacerlo?

—En teoría, sí, y me gusta el concepto operativo. Conseguir a un desertor sin que Iván se entere. Eso es tener estilo, caballeros señaló Bostock con admiración—. La parte desagradable es que se necesitan tres cadáveres y uno de ellos tiene que ser el de un niño.

Los tres ejecutivos del servicio de Inteligencia se controlaron para no estremecerse, con sólo pensar en ello. Curiosamente resultaba más fácil para el juez Moore, que treinta años atrás ya se había mojado las manos. Pero eso fue en tiempo de guerra, cuando las reglas eran más flexibles. Aunque no tanto como para no tener remordimientos. Eso lo impulsó a ejercer de nuevo. No podía reparar los errores cometidos, pero sí asegurarse de que no se repitieran. 0 por lo menos intentarlo, se dijo a sí mismo.

—¿Por qué un accidente de automóvil? —preguntó Moore—. ¿Por qué no un incendio en una casa? ¿No seria más indicado para este propósito?

—Buena idea —asintió inmediatamente Bostock. Menos traumas físicos que explicar.

—Se lo comentaré a Basil.

Moore se percató de que incluso la gente más brillante tenía sus limitaciones. Por eso siempre les decía que dieran rienda suelta a su pensamiento. Y de vez en cuando, alguno lo hacía, aunque no muy a menudo.

—Esto será un auténtico acontecimiento si logramos que funcione dijo Mike Bostock después de reflexionar unos instantes.

—«Si» puede ser una palabra de mucho peso, Mike —advirtió Greer.

—Bueno, quizá en esta ocasión el vaso esté medio lleno sugirió el subdirector de Operaciones. Bien. La misión principal es sacar a ese individuo, pero, de vez en cuando, se puede acompañar el pato con un poco de salsa.

—No sé —observó con recelo Greer:

—Bueno, llamaré a Emil al FBI y comprobaré qué opina al respecto —dijo Moore—. Es más su territorio que el nuestro.

—Y si algún abogado se entera, ¿entonces qué, Arthur?

—Hay maneras de tratar con los abogados, James.

Una pistola siempre es útil, pensó Greer mientras asentía. Avanzar paso a paso era una buena norma, especialmente en ese trabajo de locos.

—¿Cómo te han ido las cosas hoy, cariño? —preguntó MaryPat

—Como de costumbre —respondió Ed para los micrófonos ocultos en el techo mientras levantaba los dos pulgares y le pasaba la nota que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Ya tenían un lugar y una hora de reunión. Mary Pat se ocuparía de ello. Leyó la nota y asintió. Ella y Eddie darían otro paseo para encontrarse con la pequeña Svetlana, la *zaichik*. Luego sólo era cuestión de sacar a Rabbit de la ciudad, y dado que era del KGB, no debería de costar demasiado. Esa era la ventaja de que trabajara en el Centro. Después de todo, se trataba de un pequeño aristócrata y no de un *muzhik* de la clase obrera.

Vio que había bistec para cenar, la comida habitual de las celebraciones. Mary Pat estaba tan mentalizada como él en cuanto a ese asunto, quizá más. Con un poco de suerte, la operación Beatrix les daría fama, y ambos deseaban tener una buena reputación en su campo.

Ryan cogió el tren de costumbre a Chatham. De nuevo no se encontró con su esposa, que había tenido un día rutinario, por lo que seguramente había regresado más temprano, como todos los demás médicos funcionarios del gobierno con los que trabajaba. Se preguntó sí aquella mala costumbre continuaría cuando regresaran a su hogar en Peregrine Cliff. Probablemente, no. A Bernie Katz le gustaba tener el escritorio limpio y las listas de espera vacías, y las costumbres laborales locales estaban conduciendo a su mujer a la bebida. La buena noticia era que, como no tenía ninguna operación programada para esa semana, podían beber vino para cenar esa noche.

Se preguntaba cuánto tiempo pasaría fuera de casa. Era algo a lo que no estaba acostumbrado. Una de las ventajas de ser un analista era que hacía todo su trabajo en la oficina, antes de regresar a casa. En todo el tiempo que llevaban casados, rara vez había dormido lejos de su esposa, una norma casi sagrada en su matrimonio. Cuando se levantaba a las tres de la madrugada, le gustaba besarla y verla sonreír mientras dormía. El matrimonio con Cathy era el ancla de su vida, el mismísimo centro del universo. Pero ahora el deber lo mantendría alejado de ella durante varios días, algo que no le gustaba. Tampoco le agradaba viajar en otro maldito avión a un país comunista con documentación falsa para supervisar allí una operación ilegal, de la que no sabía un carajo, salvo lo que había pescado ocasionalmente hablando con algún espía de campo en Langley... y de sus propias experiencias aquí en Londres, así como en su casa en Chesapeake, cuando Sean Miller y sus terroristas se presentaron disparando. Era algo que trataba de olvidar por todos los medios. Otro gallo habría cantado de haber estado en el cuerpo de marines, pero ahí se habría encontrado rodeado de compañeros de guerra. Podría haberse nutrido de su respeto, recordar sus proezas bélicas con el orgullo de haber hecho lo correcto en el momento apropiado, relatar los sucesos a los interesados, transmitir las lecciones tácticas aprendidas en su paso por medio campo de batalla, entre cervezas en el club de oficiales, e in cluso

sonreír acerca de algo que normalmente no tendría gracia. Pero había dejado el cuerpo de marines con una lesión en la espalda y tuvo que afrontar el combate como un civil muy asustado. Aunque el valor, por lo que le habían dicho en una ocasión, consistía en ser el único consciente de lo aterrorizado que estaba. Y supuso que, efectivamente, había mostrado esa cualidad en el momento oportuno. Además, su trabajo en Hungría consistiría tan sólo en observar y luego, durante la parte importante, permanecer sentado mientras los muchachos de sir Basil entrevistaban a Rabbit en alguna casa segura de Londres, o donde fuese, antes de que probablemente las Fuerzas aéreas los llevaran a Washington en su KC-135 para misiones especiales, desde el campo de Benwaters de la RAF, con buena comida y mucho alcohol pala aliviar el miedo a volar.

Se apeó del tren, subió por la escalera y cogió un taxi para Grizedale Clase, donde encontró a Cathy, que había despedido a la señorita Margaret, ocupada en la cocina y vio que tenia a Sally como ayudante.

—Hola, cariño.

Se besaron. Alzó a Sally para abrazarla, como de costumbre. Las niñas dan los mejores abrazos.

—¿De qué se trataba el importante mensaje? —preguntó Cathy.

—Nada importante. En realidad, algo decepcionante.

—Ya, ya. Cathy miró a su marido a los ojos.

Jack no sabía mentir. Eso era algo de él que a ella le agradaba.

—De verdad, cariño —dijo Ryan, que reconocía la mirada de su esposa y quería esconderse bajo tierra . No me han dispara-do ni nada por el estilo.

—De acuerdo —respondió, queriendo decir «ya hablaremos de ello más tarde».

Has vuelto a meter la pata, Jack, se dijo a sí mismo Ryan.

—¿Cómo va el asunto de las gafas? —preguntó.

—Hoy he visitado a seis pacientes, aunque tenía tiempo para ocho o nueve, pero eran los que había en mi lista.

—¿Has hablado con Bernie de las condiciones de trabajo de aquí?

—Hoy lo he llamado al regresar a casa. Se ha reído a base de bien y me ha dicho que disfrutara de las vacaciones.

—¿Y de los que abandonan el quirófano para tomar una copa?

—Dijo, y cito literalmente: «Jack está en la CIA, ¿no es cierto? Pues dile que les pegue un tiro a esos cabrones» —respondío Cathy, y siguió cocinando.

—Debes decirle que nosotros no hacemos ese tipo de cosa —sonrió Jack.

Eso, al menos, no era una mentira y confiaba en que ella diera cuenta,

—Ya lo sé. No podrías cargar con ese peso sobre tu conciencia.

—Soy muy católico —confirmo.

—Bien, al menos sé que no me engañarás.

—Que Dios me castigue con un cáncer si alguna vez lo hago.

Era la única imprecación sobre el cáncer que Cathy casi aprobaba.

—Nunca tendrás razón alguna para ello, Jack.

Eso era muy cierto. No le gustaban las armas, ni que se derramara sangre, pero lo amaba. Y eso era suficiente por el momento.

La cena fue bien, seguida de las actividades nocturnas habituales, hasta que llegó la hora de que su hija de cuatro años se pusiera su pelele

amarillo y trepara a su cama de niña mayor.

Con Sally en la cama y el pequeño Jack dormitando también, era hora de mirar la tele como de costumbre. 0 eso pensó Jack, hasta que...

—De acuerdo, Jack, ¿cuál es la mala noticia?

—Nada del otro mundo —respondió.

Fue la peor respuesta posible. Cathy era muy buena leyéndole el pensamiento.

—¿Qué significa eso? Tengo que hacer un pequeño viaje a Bonn respondió él, sin olvidar la advertencia de sir Basil. Un asunto de la OTAN que me han encargado.

—¿Para hacer qué?

—No sabría decirte, cariño.

—¿Por cuánto tiempo?

—Probablemente tres o cuatro días. Por alguna maldita razón, creen que soy la persona indicada para ello.

La media verdad de Ryan fue lo suficientemente oblicua para que por una vez frustrara la lectura de su mente.

—¿No irás a llevar una arma o algo por el estilo?

—Cariño, soy un analista, no un oficial de campo, ¿recuerdas? Eso no forma parte de mi trabajo. Tampoco creo que los espías de campo lleven armas muy a menudo. Si alguien se da cuenta, es demasiado difícil de explicar.

—Pero...

—James Bond existe en las películas, cariño, no en la vida real.

Ryan volvió a prestar atención al televisor. La ITV reponía «Peligro-UXB», y Jack volvió a preguntarse si Brian sobreviviría a su trabajo de desactivación de bombas no explosionadas y se casaría con Suzy al volver a la vida civil. Desactivar armamento explosivo era un trabajo espantoso pero, si cometías un error, no sentías dolor por mucho tiempo.

—¿Sabes algo de Bob? —preguntó Greer cerca de las seis de la tarde.

El juez Moore se levantó de su costosa silla giratoria y se desperezó. Permanecía demasiado tiempo sentado y hacía poco ejercicio. En Texas tenía un pequeño rancho con tres caballos de cuarto de milla (no podías ser un ciudadano prominente si no tenías al menos uno o dos caballos) y tres o cuatro veces a la semana ensillaba a Aztec y montaba aproximadamente durante una hora, principalmente para aclarar sus ideas, para poder pensar fuera de su oficina. Así era como reflexionaba mejor. Moore pensó que quizá por eso se sentía tan condenadamente improductivo allí. Una oficina no era un buen lugar para reflexionar, aunque todos los ejecutivos del mundo fingieran que lo era. A saber por qué. Eso es lo que necesitaba en Langley, su propio establo. En el recinto había mucho espacio, unas cinco veces más del que tenía en Texas. Pero si hiciera eso, las historias recorrerían el mundo entero: «Al director de la CIA norteamericana le gusta montar a caballo con su sombrero negro Stetson, complemento del caballo, y probablemente con una Colt 45 en su cadera, opcional.» Y eso no les gustaría a los equipos de televisión, que tarde o temprano aparecerían alrededor de la valla con sus mini-cámaras. Por tanto, por razones de vanidad personal, tuvo que negarse a sí mismo la oportunidad de tener algún pensamiento creativo. Era una necedad

permitir que tales consideraciones afectaran a la manera de desempeñar su trabajo, se dijo a sí mismo el ex juez. En Inglaterra, Basil podría cazar zorros a lomos de un bonito purasangre, y ¿acaso le preocuparía eso a alguien de ese país? ¡Claro que no! Causaría admiración por ello, o a lo sumo pensarían que era un poco excéntrico, en un país donde ésa era una cualidad excelente. Pero en la tierra de la libertad, los hombres estaban esclavizados por costumbres impuestas por reporteros y funcionarios electos que exprimían a sus secretarios. Bueno, después de todo, no había ninguna norma que dijera que el mundo debía tener sentido.

Nada importante. Sólo un cable diciendo que las reuniones con nuestros amigos coreanos progresan satisfactoriamente —respondió Moore.

—Esta gente me asusta un poco —observó Greer.

No tuvo que explicar por qué. De vez en cuando, la agencia central de Inteligencia coreana dejaba que su personal de campo tratara demasiado directamente con empleados del otro gobierno coreano. Allí las normas eran algo diferentes. Seguía habiendo un estado de guerra real entre el norte y el sur y, en tiempo de guerra, algunas personas perdían la vida. Hacía casi treinta años que la CIA no había hecho ese tipo de cosas. Los pueblos asiáticos no habían adoptado las ideas occidentales del valor de la vida humana. Quizá porque sus países estaban superpoblados. Tal vez por sus diferentes creencias religiosas. o puede que por muchas otras causas, pero por alguna razón se sentían libres para trabajar o no con diferentes parámetros operacionales.

—Son nuestros mejores vigilantes en Corea del Norte y China, James le recordó Moore . Y son unos aliados muy fieles.

De vez en cuando era bueno tener noticias de la República Popular China. Una de las tareas más frustrantes de la CIA era infiltrarse en ese país.

—Lo sé, Arthur. Sólo desearía que no fueran tan arrogantes con respecto al asesinato.

—Operan dentro de reglas estrictas y ambos lados parecen atenerse a ellas.

Y en ambos lados, los asesinatos tenían que estar autorizados por las altas esferas, lo cual no le preocupaba mucho al cadáver implicado. Las operaciones sucias interferían con la misión principal, que consistía en reunir información. Eso era algo que de vez en cuando la gente olvidaba pero que tanto la CIA como el KGB entendían, por lo que ambas organizaciones se habían apartado del tema.

Pero cuando la información obtenida asustaba u ofendía a los políticos que supervisaban los servicios de Inteligencia, entonces ordenaban a los espías que hicieran cosas que preferían evitar y sólo entonces pasaban a la acción, principalmente mediante sustitutos o mercenarios.

—Arthur, si el KGB quiere atentar contra el papa, ¿como crees que lo hará?

—Con ninguno de los suyos —dijo Moore—. Demasiado peligroso. Sería una catástrofe política, como un tornado a través del Kremlin. Con seguridad daría al traste con la carrera política de Yuri Vladimirovich y no lo veo arriesgándose por ninguna causa. El poder es demasiado importante para él.

—Estoy de acuerdo. Supongo que pronto renunciará a la dirección.

Debe hacerlo; no le permitirían saltar de jefe del KGB a la Secretaría General. Incluso para ellos, eso sería un poco siniestro. Aún se acuerdan de Beria, por lo menos los que se sientan alrededor de esa mesa asintió el subdirector de Inteligencia.

—Es algo que hay que tener en cuenta, James —dijo Moore, dándose la vuelta desde la ventana. Me pregunto cuánto durará todavía Leonid Ilich.

Evaluar la salud de Brézhnev era un interés constante de la CIA, que de hecho importaba a todo el mundo en Washington.

—Nuestro mejor indicador en este sentido es Andrópov. Estamos plenamente convencidos de que será el sustituto de Brézhnev. Cuando parezca que Leonid Ilich va a emprender su último asalto, entonces Yuri Vladimirovich cambiará de trabajo.

—Buena observación, James. Se lo comunicaré al gobierno y a la Casa Blanca.

—Para eso nos pagan —asintió el almirante Greer. Volvamos al papa sugirió.

—El presidente sigue preguntando —confirmó Moore.

—Si hacen algo, no usarán a un ruso. Causaría demasiadas dificultades políticas, Arthur.

—Nuevamente, estoy de acuerdo contigo. ¿Pero eso qué nos deja?

—Utilizan a los búlgaros para hacer el trabajo sucio —puntualizó Greer.

—¿Entonces buscamos a un pistolero búlgaro?

—¿Cuántos búlgaros crees que van de peregrinaje a Roma?

—No podemos pedirles a los italianos que lo controlen. Con toda seguridad se divulgaría la noticia y no nos lo podemos permitir; quedaríamos como unos estúpidos en la prensa. Sencillamente no podemos hacerlo, James.

—Sí, ya lo sé, no sin estar seguros—dijo Greer con un prolongado suspiro.

—Más seguros que ahora, James, que todo son meras elucubraciones.

El juez Moore pensó que sería estupendo que la CIA fuera tan poderosa como parecía en las películas y creían los críticos. No siempre, sólo de vez en cuando. Pero, en realidad, no lo era.

El día siguiente empezó en Moscú antes que en ninguna otra parte. El despertador mecánico desveló a Zaitzev, que rezongó y blasfemó como todo buen trabajador antes de arrastrar los pies hacia el cuarto de baño. A los diez minutos ya estaba tomándose el primer té de la mañana, acompañado de pan negro con mantequilla.

A un kilómetro de allí, la familia Foley hacía más o menos lo mismo. Para variar, Ed comía un panecillo inglés con jalea de uva acompañado de su café, igual que el pequeño Eddie, que se había tomado un descanso de la monitora y de sus cintas de los Transformers. Le apetecía ir al colegio preescolar que tenían en el gueto para los niños occidentales, donde prometía como dibujante con sus lápices de colores y con los triciclos Hot Wheels, además de ser el campeón de Sit'n Spin.

Ed pensó que hoy podría tomarse un descanso. La reunión tendría lugar por la noche y Mary Pat se ocuparía de ello. Luego, quizá más o menos dentro de una semana, habría concluido la operación Beatrix y podría relajarse de nuevo y dejar que sus oficiales de campo hicieran el trabajo

en aquella ciudad extraordinariamente fea. Seguro que los malditos Orioles estaban en las finales y deseosos de enfrentarse a los Philadelphia Phillies, relegando de nuevo a sus Bronx Bombers a la liga de consolación. ¿Qué les ocurría a los nuevos propietarios? ¿Cómo podía ser tan estúpida la gente rica?

Debía ceñirse a su rutina del metro. Si el KGB lo estaba vigilando, sería inusual, o tal vez no, que hubieran señalado el tren específico que él cogía. Eso le planteaba una duda. Si lo seguían dos individuos, el segundo permanecería en el andén y a la salida del tren tomaría nota de la hora del reloj de la estación; eso sería lo que tendría sentido, dado que los trenes se regían por la hora del mismo. En el KGB eran concienzudos y profesionales, pero ¿serían tan buenos? Este tipo de precisión era germánica, pero si esos bastardos eran capaces de hacer funcionar sus trenes con tanta puntualidad, probablemente el KGB podía darse cuenta de ello, y había sido precisamente la exactitud horaria lo que le había permitido contactar con Rabbit.

¡Qué asco de vida!, exclamó Foley para sus adentros, brevemente enfurecido. Pero eso era algo que ya sabía cuando acepto su destino en Moscú y, a pesar de todo, resultaba excitante. Si, al igual que a Luis XVI le pareció excitante el paseo en carro hacia la guillotina, pensó Ed.

Algún día daría una conferencia sobre eso en La Granja. Esperaba que apreciaran lo dura que había sido la preparación para la conferencia sobre su operación Beatrix. Bueno, puede que los impresionara un poco.

Cuarenta minutos después compró el periódico Izvestia y bajó por la interminable escalera mecánica hasta el andén, como de costumbre, sin percibir la presencia de los rusos, que miraban de reojo a un auténtico norteamericano como si fuera un animal en el zoo. Eso nunca le sucedería a un ruso en Nueva York, donde se podía encontrar a cualquier grupo étnico, especialmente detrás del volante de un taxi.

Ya se había concretado la rutina de la mañana. La señorita Margaret estaba atendiendo a los niños y Eddie Beaverton esperaba fuera en la puerta. Los padres abrazaron y besaron a los niños y se dirigieron al trabajo. Si había algo que Ryan odiaba, eso era su rutina. Si tan sólo pudiera persuadir a Cathy para comprar un piso en Londres, eso reduciría la jornada laboral en unas dos horas, pero no, a Cathy le gustaba estar rodeada de naturaleza para que los niños pudieran jugar. Y pronto no verían el sol hasta que llegaran al trabajo, y un poco más adelante, ni siquiera entonces.

Diez minutos más tarde estaban en su compartimento de primera clase del tren dirección noroeste con destino a Londres, Cathy leyendo su revista médica y Jack el Daily Telegraph. En él había un artículo sobre Polonia, y Ryan se dio cuenta de que el periodista estaba inusualmente bien informado. En Gran Bretaña, los artículos tenían tendencia a ser menos densos que en el Washington Post y por una vez Jack se lamentaba de ello. Ese individuo estaba muy bien informado, o era muy buen analista. No dejaban de exprimir al gobierno polaco, atrapado entre la espada y la pared, y vio que se hablaba de que el papa daba voces acerca del bienestar de su tierra natal y de su pueblo, y eso, resaltaba el periodista, podía desbaratar muchos planes.

¿No era eso realmente lo que ocurría?, pensó Jack. La mala noticia era que ahora pertenecía al dominio público. ¿Quién lo había filtrado? Sabía el nombre del periodista; era un especialista en asuntos exteriores, principalmente europeos. Por tanto, ¿quién podía habérselo comunicado? ¿Alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores? Esa gente, en conjunto, eran muy listos, pero al igual que sus homólogos norteamericanos del Fondo Tenebroso, de vez en cuando se iban de la lengua y eso allí podía ocurrir tomando amigablemente una pinta de cerveza en uno de los miles de confortables bares, quizá en un tranquilo reservado, con un funcionario saldando una deuda, o simplemente para mostrar a los medios lo listo que era. ¿Rodarían cabezas?, se preguntó. Debería hablarlo con Simon.

A no ser que el propio Simon lo hubiera filtrado... Ocupaba un puesto de responsabilidad y su jefe lo apreciaba. Quizá Basil había autorizado la filtración. 0 puede que ambos conocieran a un tipo en Whitehall y lo hubieran autorizado a tomar amistosamente una cerveza con un individuo de Fleet Street.

0 tal vez el periodista era lo suficientemente listo para atar cabos por sí mismo. No todos los listos trabajaban en Century House; seguro que en Norteamérica tampoco todos los listos trabajaban en Langley. Generalmente, el talento iba donde estaba el dinero, pues a la gente lista le gustaban las casas grandes bonitas, y las vacaciones, como al resto de mortales. Los que ingresaban en el servicio gubernamental sabían que podían vivir cómodamente, aunque sin lujos excesivos, pero los mejores también sabían que tenían una misión que cumplir en la vida, y ésa era la razón por la que se encontraba a buena gente de uní forme, o con placas y pistolas. En su caso, Ryan había tenido éxito en las actividades comerciales, pero no se sentía satisfecho. Evidentemente, no todas las personas con talento iban detrás del dinero. Algunos iban en pos de otra cosa.

—¿Es eso lo que estás haciendo, Jack?, se preguntó cuando el tren entraba en la estación Victoria.

—Pareces tener pensamientos muy profundos esta mañana —comentó su esposa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jack.

—Conozco esa mirada, cariño —señaló Cathy—. Estás pensando en algo importante.

—Cathy, ¿eres cirujana ocular o psiquiatra?

—Contigo soy psiquiatra —contestó con una juguetona sonrisa.

—De acuerdo. Tú tienes glóbulos oculares para controlar y yo secretos para entender —dijo a la vez que se levantaba y abría la puerta del compartimento para cederle el paso a su esposa . ¿Qué has aprendido de nuevo por el camino de esa mierda de revista mensual?

—No lo entenderías.

—Probablemente, no admitió —Jack dirigiéndose hacia la parada de taxis.

Cogieron uno de color azul en vez del negro habitual.

—Al hospital Hammersmith —dijo Ryan al conductor—, luego al número cien de Westminster Bridge Road.

—¿Al MI seis, verdad, señor?

—¿Usted perdone? —contestó inocentemente Ryan.

— Exportaciones Universales, señor, donde trabajaba James Bond.—Se

rió entre dientes y arrancó.

Bien, reflexionó Ryan, la salida de la CIA por la avenida George Washington ya no estaba señalizada con el rótulo National Highway Administration. Cathy pensó que era gracioso. No había secretos para los taxistas londinenses. Cathy se apeó en el amplio paso subterráneo del Hammersmith y el taxista dio la vuelta y siguió unas manzanas más hasta Century House. Ryan entró, pasó por delante del sargento mayor Canderton y subió a su despacho.

Al entrar dejó el Telegraph sobre el escritorio de Simon antes de quitarse el impermeable.

—Ya lo he visto, Jack —dijo inmediatamente Harding. —¿De quién habla?

—No estoy seguro. Probablemente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Han sido informados sobre esto. 0 quizá alguien del despacho del primer ministro. Sir Basil no está satisfecho —le aseguró Harding.

—¿No ha llamado nadie al periódico?

—No. No sabíamos nada hasta que se ha publicado esta mañana.

—Pensaba que los periódicos locales tenían una relación más cordial con el gobierno de aquí.

—Habitualmente, sí, lo cual me lleva a creer que lo ha filtrado la oficina del primer ministro.

El rostro de Harding parecía inocente, pero Jack trataba de leer en él. Eso era algo en lo que su esposa lo superaba. Tenía el presentimiento de que Harding no era del todo sincero, pero realmente no tenía ninguna razón para quejarse.

—¿Alguna novedad del turno de noche?

—Nada de interés —respondió Harding negando con la cabeza Tampoco sobre la operación Beatrix. ¿Has hablado con tu esposa sobre tu inminente viaje?

—Sí. ¿No te he contado que es muy buena leyendo la mente?

—La mayoría de las esposas lo son, Jack —dijo Harding riendo.

Zaitzev tenía el mismo escritorio y el mismo montón de mensajes, siempre diferente en sus detalles, pero en el fondo siempre lo mismo: informes de oficiales de campo que transmitían datos de naciones extranjeras sobre todo tipo de asuntos. Había memorizado cientos de nombres de operaciones y retenía miles de detalles entre sus orejas, incluidos los nombres reales de algunos agentes y los nombres en clave de muchos otros.

Igual que en las jornadas laborales anteriores, se tomó su tiempo, leyendo los mensajes de la mañana antes de enviarlos arriba, confiando en que su memoria entrenada registraría y archivaría todos los detalles importantes.

Evidentemente, algunos contenían información escondida de múltiples maneras. Probablemente había un agente infiltrado dentro de la CIA, pero lo único que Zaitzev sabía de él era su nombre en clave, Trumpet. Incluso los datos que transmitía se ocultaban mediante el uso de un código especial, que incluía claves de un solo uso. No obstante, los datos iban a un coronel de la sexta planta especializado en investigaciones de la CIA, que trabajaba estrechamente con el Segundo Directorio, de modo que por

deducción Trumpet facilitaba al KGB algo en lo que el Segundo Directorio estaba interesado, y eso significaba que había agentes operando para la CIA ahí mismo, en Moscú. Todo esto era suficiente para que sintiera escalofríos, pero ya había advertido a los norteamericanos con los que hablaba de que vigilaran la seguridad de las comunicaciones. Eso limitaría cualquier mensaje referente a él a un número muy reducido de personas. Y dado que habían pagado grandes sumas de dinero a Trumpet, Zaitzev creía que no debía de tratarse de ningún alto mando de la CIA, que probablemente estaban muy bien remunerados. Un agente ideológico realmente sería motivo de preocupación, pero no había ninguno de ellos en Norteamérica, si no, él lo sabría.

Su enlace le había dicho que dentro de una semana, a lo sumo, estaría a salto en Occidente. Confiaba en que su esposa no enloqueciera al contarle sus planes. No tenía familia cercana. Su madre había fallecido el año anterior, para disgusto de Irina, y no tenía hermanos ni hermanas que pudieran esconderla; además, no era feliz trabajando en la tienda universal del gobierno, debido a la corrupción que reinaba en el establecimiento. También le prometería que le conseguiría el piano que tanto deseaba y que, a pesar de su destino en el KGB, no le había podido conseguir debido a la escasez de los suministros.

Así que ordenó sus papeles, quizá más lentamente que de costumbre, pero a su parecer sin excederse. Incluso en el KGB había pocos buenos trabajadores. En la Unión Soviética había un dicho cínico que decía: «Mientras finjan que nos pagan, nosotros fingiremos que trabajamos», y ese principio también era aplicable allí. Si superabas el cupo, al año siguiente te lo aumentaban sin recibir ninguna mejora en tus condiciones laborales; por tanto, muy pocos trabajaban suficientemente duro para ser distinguidos como héroes del trabajo socialista.

Poco después de las once, el coronel Rozhdiéstvenskv hizo acto de presencia en la sala de Comunicaciones. Al verlo, Zaitzev lo llamó con la mano.

—¿Sí, camarada comandante? —preguntó el coronel.

—Camarada coronel dijo —Zaitzev con absoluta tranquilidad—, últimamente no ha habido comunicaciones acerca de seis, seis, seis. ¿Hay algo que debería saber?

—¿Por qué lo pregunta? —respondió Rozhdiestvenskv, desconcertado.

—Camarada coronel prosiguió —humildemente Zaitzev—,tenía entendido que esta operación era importante y que yo soy el único comunicador autorizado para ella. ¿He actuado incorrectamente?

—No, camarada comandante —dijo Rozhdiéstvenskv, mas relajado, no tenemos queja alguna de sus actividades. Ya no son necesarias comunicaciones de este tipo para la operación. Comprendo. Gracias, camarada coronel.

—Parece cansado, comandante Zaitzev. ¿Le ocurre algo?

—No, camarada. Supongo que podría tomarme unas vacaciones. No pude ir a ningún lugar en verano. Sería una bendición descansar una o dos semanas antes de que llegue el invierno.

—Muy bien. Si tiene alguna dificultad, hágamelo saber y trataré de hacerle las cosas más fáciles.

—Muchas gracias, camarada coronel—respondió Zaitzev,sonriente.

—Usted hace un buen trabajo aquí abajo, Zaitzev. Todos tenemos derecho a un poco de tiempo libre, incluso el personal de seguridad del Estado.

—Gracias de nuevo, camarada coronel. Sirvo a la Unión Soviética.

Rozhdiéstvensky asintió y se fue. Cuando se alejó, Zaitzev respiró hondo y volvió a su trabajo, memorizando despachos... pero no para la Unión Soviética. Entonces, pensó, la operación seis, seis, seis se trataba con mensajeros. No había sabido nada más sobre ella, pero acababa de enterarse de que seguía adelante como asunto de alta prioridad. Estaban dispuestos a hacerlo. Se preguntaba si los norteamericanos lo sacarían del país con tiempo para impedirlo. Tenía la información en sus manos, pero no los medios para hacer algo al respecto. Se sentía como antaño debió de hacerlo Casandra, la hija del rey Príamo de Troya, que sabía lo que iba a ocurrir, pero que no podía acudir a nadie para evitarlo. Casandra, por algún motivo, había provocado la ira de los dioses y, como resultado, había recibido esa maldición, pero ¿qué había hecho él para merecerlo?, se preguntó Zaitzev, de repente enojado ante la ineficacia de la CIA. Pero sencillamente no podía coger un vuelo de la Pan American desde el aeropuerto internacional Sheremetvevo.

CAPITULO VEINTIDOS

LOS PREPARATIVOS

El segundo encuentro cara a cara tuvo lugar detrás de la tienda universal del gobierno, donde había un conejito que necesitaba ropa de otoño-invierno, que su padre quería comprarle, lo cual fue una sorpresa agradable para Irina Bogdanova. Mary Pat, la experta en compras por excelencia de la familia Foley, daba vueltas mientras miraba varios artículos, sorprendida de que en la tienda no todo fueran porquerías soviéticas. Algunos incluso eran atractivos... aunque no tanto como para comprarlos. Se entretuvo de nuevo en la sección de pieles, cuyos artículos se venderían bien en Nueva York, aunque no estaban a la altura de Fendi. En Rusia no había suficientes diseñadores italianos. Pero la calidad de las pieles, es decir, las pieles de los animales en sí mismas, no estaba mal. Sencillamente, los soviéticos no sabían cómo coserlas de forma apropiada. Era realmente lamentable, pensó. Lo triste acerca de la Unión Soviética era cómo el gobierno de ese país, poco prometedor, impedía a sus ciudadanos que alcanzaran demasiados logros. Había muy poca originalidad allí. Las mejores cosas que podías comprar eran antiguas obras de arte de la época prerrevolucionaria, normalmente objetos pequeños, casi siempre piezas religiosas, que se vendían en mercadillos improvisados para que una familia u otra consiguiera el dinero que necesitaba. Ya había comprado varias piezas y trataba de no sentirse como una ladrona por haberlo hecho. Para aliviar su conciencia, nunca regateaba, casi siempre pagaba lo que le pedían sin tratar de conseguir que le rebajaran el precio. Pensó que eso habría sido como un robo a

mano armada y su última misión en Moscú; una creencia básica para ella era ayudar a esa gente, aunque de una manera que ellos difícilmente podían entender o aprobar. Pero a la mayoría de los moscovitas les gustaba su sonrisa y su simpatía típicamente norteamericanas. Y, por supuesto, también les gustaban los rublos certificados con los que pagaba, dinero en metálico que les daba acceso a artículos de lujo o, mejor aún, que podían cambiar por tres o cuatro artículos.

Estuvo dando vueltas durante una media hora antes de vislumbrar a su objetivo en la sección de ropa infantil. Se dirigió hacia allí, entreteniéndose para coger y examinar varios objetos antes de acercársele por detrás.

—Buenas tardes, Oleg Ivan'ch —dijo en voz baja, con un anorak para una niña de tres o cuatro años en la mano.

—¿Mary, verdad?

—Eso es. Dígame, ¿le quedan algunos días de vacaciones?

—Sí. De hecho, dos semanas.

—Me dijo que a su esposa le gusta la música clásica.

—Sí, es cierto.

—Hay un director muy bueno. Se llama Jozsef Rozsa. El domingo por la noche comenzará sus actuaciones en la principal sala de conciertos de Budapest. El mejor hotel para alojarse es el Astoria. Está muy cerca de la estación y goza de popularidad entre los soviéticos. Dígaselo a sus amigos y haga preparativos para comprarles cosas en Budapest. Organícese como suele hacerlo un ciudadano soviético. Nosotros nos ocuparemos de todo lo demás —prometió Mary Pat.

—¿Para todos? recordó Zaitzev — ¿Salimos todos?

—Por supuesto, Oleg. Su pequeña chaisik verá cosas maravillosas en Norteamérica y los inviernos no son tan duros como aquí —añadió Marvy Pat.

—Los rusos disfrutamos de nuestros inviernos —puntualizo con cierto amor propio.

—En ese caso, podrá vivir en una región tan fría como Moscú. Y si le apetece un clima cálido en febrero, podrá ir a Florida y descansar en una playa bajo el sol.

—¿Es usted agente de viajes, Mary? —preguntó Rabbit.

—Para usted, Oleg, eso es exactamente lo que soy. ¿Se siente cómodo pasándole información a mi marido en el metro?

—Sí.

—¿Cuál es su mejor corbata? —preguntó Mary Pat, pensando que no debería sentirse cómodo.

—Una azul con rayas rojas.

—Muy bien, póngasela dos días antes de coger el tren para Budapest. Tropiece con él y discúlpese, eso nos pondrá sobre aviso. Dos días antes de abandonar Moscú, póngase su corbata azul de rayas y tropiece con mi marido en el metro —repitió.

Uno debía tener mucho cuidado al hacer esas cosas. La gente podía cometer los peores errores con asuntos tan simples, especialmente cuando sus vidas dependían de ello. Por eso trataba de ponérselo lo más fácil posible. Sólo una cosa para recordar. Sólo una cosa para hacer

—De acuerdo, es fácil.

—Estupendo. Por favor; tenga mucho cuidado, Oleg Ivan'ch

—dijo Mary Pat, pensando que su interlocutor era muy optimista. A continuación siguió su camino, pero luego se detuvo a unos cinco o seis metros de distancia y se dio la vuelta. Llevaba una cámara Minox en su bolso. Sacó cinco instantáneas y se fue.

—¿No viste nada que mereciera la pena comprar? —!preguntó su esposo en su Mercedes 280 de segunda mano.

—No, nada. Quizá deberíamos hacer un viaje a Helsinki para comprar algunas cosas de invierno sugirió—. Ya sabes, coger el tren, ¿te gustaría? Tiene que ser divertido hacerlo así. A Eddie le gustaría.

El jefe de delegación levantó la ceja. Probablemente era preferible viajar en tren —se dijo—. Así no parecería forzado ni apresurado. Con varias maletas, la mitad de ellas vacías para traer de vuelta todas las porquerías que compraran allí con los rublos del Comecon pensó. Sólo que él no regresaría... y si Langley y Londres coordinaban debidamente sus puñeteros esfuerzos, quizá lograrían alcanzar la meta.

—¿A casa, cariño? preguntó Foley.

Sería para morirse de risa si el KGB no hubiera escondido micrófonos en su coche ni en su casa y estuvieran haciendo todas esas gilipolleces de agente secreto sin ningún motivo, pensó. Bueno, por lo menos servía para practicar.

—Sí, ya hemos hecho bastante por hoy.

—¡Maldita sea! exclamó Basil Charleston antes de levantar el teléfono y marcar tres dígitos.

—Diga, señor respondió Kingshot después de entrar en el despacho.

Charleston le entregó el despacho.

—Mire esto.

—¡Mierda! —exclamó Kingshot.

—Siempre es lo evidente, alguna bobada, ¿no es cierto? —dijo sir Basil, sonriendo.

—Sí, señor. Aun así, hace que uno se sienta un poco imbécil —reconoció. Un incendio en un hogar. Es mejor que la idea original.

—Bien, algo para recordar. ¿Cuántos incendios tenemos en Londres, Alan?

—No tengo ni idea, sir Basil —admitió el espía de campo más antiguo del servicio secreto de Inteligencia—. Pero lo averiguaré.

—Pregúnteselo también a su amigo Nolan.

—Mañana por la mañana, señor —prometió Kingshot—. Por lo menos eso mejora nuestras oportunidades. ¿Se ocupa también la CIA de esto?

—Sí.

Y también el FBI. Su director, Emil Jacobs, había recibido numerosas peticiones extravagantes de los muchachos del otro lado del río, como a veces llamaban a la CIA en los círculos oficiales de Washington, pero esto era decididamente truculento. Levantó el teléfono y marcó su línea directa con el director de la CIA.

—Supongo que habrá una buena razón para esto, Arthur... —dijo sin rodeos.

—Sí, Emil, pero no por teléfono.

—Tres caucasianos, un hombre de unos treinta años, una mujer de la misma edad y una niña de tres o cuatro años de edad —dijo Jacobs, leyéndolo de la nota procedente de Langley que le habían entregado en mano—. Mis agentes de campo creerán que el director ha perdido el juicio, Arthur. Probablemente sería mejor pedir ayuda a las fuerzas de la policía local.

—Pero...

—Sí, ya lo sé, se filtraría con mucha rapidez. Puedo mandar un mensaje a todos mis jefes de sección para que revisen los periódicos de la mañana, pero no será fácil evitar alguna filtración.

—Ya lo entiendo, Emil. También estamos tratando de recibir ayuda de los británicos. No es algo para lo que baste con dar un silbido y asunto resuelto, lo sé, no es fácil. Lo único que puedo decirte, Emil, es que es muy importante.

—¿Tienes que ir pronto al Congreso?

—Tengo Comité de Inteligencia de la Cámara a las diez para hablar de los presupuestos —explicó Moore.

El Congreso siempre iba detrás de esta clase de información y Moore tenía que defender su organización de personal del mismo, que pretendía pararle los pies a la CIA para poder quejarse más adelante de fallos en el servicio de Inteligencia.

—De acuerdo, ¿puedes pasarte por aquí un momento? Tengo que oír ese cuento chino —preguntó Jacobs.

—¿A las ocho cuarenta, más o menos?

—A mí me va bien, Arthur.

—Hasta luego —prometió Moore.

Cuando el director Jacobs colgó el teléfono, se preguntó qué podía ser tan importante como para pedir al FBI que jugara a los ladrones de tumbas.

De camino a casa en el metro, después de comprarle un anorak blanco con flores rojas y verdes a su pequeña zaichik, Zaitzev repasó su estrategia. ¿Cuándo iba a comentarle a Irina lo de las improvisadas vacaciones? Si se lo decía, generaría inmediatamente un problema, porque Irina se preocuparía por su trabajo de contable en la tienda universal del gobierno, aunque la dirección del almacén estaba tan desorganizada, según ella, que ni siquiera se percatarían de su ausencia. Pero si la avisaba con mucha antelación habría otro problema, trataría de controlarlo todo, como toda esposa del mundo conocido, ya que, según ella, él no estaba cualificado para entender nada, lo cual, dadas las circunstancias, no dejaba de tener cierta gracia, pensó Oleg Ivan'ch.

Por tanto, no se lo diría en seguida, sino que se lo soltaría por sorpresa y utilizaría al director húngaro como pretexto. La gran sorpresa vendría en Budapest. Se preguntaba cómo reaccionaría ante esa parte de la noticia. Quizá no muy bien, pero era una esposa rusa, entrenada y educada para aceptar órdenes de su marido, como al parecer de los hombres rusos debía ser.

A Svetlana le gustaba desplazarse en el metro. Oleg sabía que eso era propio de los críos. Para ellos todo era una aventura, incluso algo tan rutinario como ir en metro. No andaba ni corría. Brincaba como un

cachorro, o como una liebre, pensó su padre, sonriente. ¿Encontraría su pequeña zaichik mejores aventuras en Occidente?

Probablemente... si logro que llegue viva, pensó Zaitzev. Era peligroso, pero no temía por sí mismo, sino por su hija. Parecía extraño. 0 tal vez no. Ya no sabía qué pensar. Tenía una misión que cumplir y eso era todo lo que realmente veía ante él. Todo lo demás era una colección de pasos intermedios, al final de los cuales brillaba una luz resplandeciente y eso era cuanto realmente alcanzaba a ver. Era curioso cómo el brillo de la luz había ido aumentando desde sus primeras dudas acerca de la operación seis, seis, seis hasta ahora, cuando ocupaba su mente por completo. Igual que una palomilla atraída por una luz, a la que se había acercado progresivamente y lo único que esperaba era no perecer abrasado por su llama.

—¡Aquí, papá! —gritó Svetlana, que reconoció su parada, lo cogió de la mano y tiró de él hacia las puertas correderas.

Un minuto después saltó sobre la escalera mecánica, excitada por el paseo. Su hija era como un adulto norteamericano, o como los rusos suponían que era, siempre atento a las ocasiones y posibilidades de diversión, en vez de los peligros y amenazas que los sobrios y cautelosos soviéticos veían en todas partes. Pero si los norteamericanos eran tan tontos, ¿por qué los soviéticos siempre estaban tratando de alcanzarlos, sin conseguirlo? ¿Estaba Norteamérica en lo cierto y la URSS equivocada? Esa era una cuestión muy profunda que apenas había considerado. Todo lo que sabía de Norteamérica era la evidente propaganda que veía todas las noches por televisión, o leía en los periódicos oficiales del Estado. Sabía que debía de estar equivocado, pero su conocimiento no era equilibrado, ya que realmente no poseía la información verdadera. Por consiguiente, su salto a Occidente era fundamentalmente un acto de fe. Si su país estaba tan equivocado, entonces la superpotencia alternativa debía de ser la correcta. Tenía que dar un gran salto, largo y peligroso, pensó ca-minando por la acera con su hijita cogida de la mano. Se dijo a sí mismo que debería ser más temeroso.

Pero ya era demasiado tarde para estar asustado, y echarse atrás sería tan perjudicial como seguir adelante. Por encima de todo, la cuestión era quién lo destruiría si fracasaba en su misión, su país o él mismo. Y, por otro lado, ¿le recompensaría Norteamérica por tratar de hacer lo que consideraba correcto? Parecía que él era como Lenin y los demás héroes de la revolución: veía algo objetivamente erróneo e intentaba impedirlo. ¿Por qué? Porque se sentía obligado a hacerlo. No le quedaba más remedio que confiar en que los enemigos de su país pudieran discernir lo que era correcto y lo que no lo era, de la misma manera que lo entendía él. ¿Lo harían? Mientras el presidente norteamericano denunciaba a su país como foco de la maldad en el mundo, su país alegaba más o menos lo mismo de Norteamérica. ¿Quién estaba en lo cierto? ¿Quién se equivocaba? Era su país y su patrón quienes conspiraban para asesinar a un hombre inocente, y eso, a su entender, formaba parte de la cuestión entre el bien y el mal.

Mientras Oleg y Svetlana giraban hacia la izquierda para entrar en su bloque de pisos, se percató una vez más de que su suerte estaba echada. No podía cambiarla, ya sólo podía lanzar los dados y confiar en la suerte.

¿Y dónde se criaría su hija? Eso también dependía de los dados.

Ocurrió primero en York, la ciudad más grande del norte de Inglaterra. Los expertos en seguridad siempre dicen, a quienes los quieren escuchar, que lo menos importante de los incendios es su causa, porque siempre comienzan por las mismas razones. En este caso era una de las que más detestan los bomberos. Owen Williams, después de una agradable velada en su bar predilecto, The Brown Lion, donde se había tomado seis jarras de cerveza negra, se dirigió a su casa. La bebida, junto con el cansancio de una larga jornada laboral como carpintero, le había provocado somnolencia cuando llegó a su piso de la tercera planta, pero eso no le impidió conectar el televisor en su habitación y encender el último cigarrillo del día. Con la cabeza apoyada sobre una almohada ahuecada, dio varias caladas antes de desvanecerse por causa del alcohol y el cansancio. Relajó in-conscientemente la mano y el cigarrillo cayó sobre la ropa de la cama. Al cabo de unos diez minutos, las sábanas antes blancas de algodón comenzaron a arder. Williams no estaba casado —hacía un año que su esposa se había divorciado de él—, por lo que no había nadie cerca para darse cuenta del olor agrio y hediondo, y el humo fue subiendo hasta el techo mientras el fuego iba consumiendo la ropa de la cama y el colchón.

La gente no suele morir por el fuego y tampoco lo hizo Owen Williams. Más bien empezó a respirar humo. El humo —los expertos a menudo usan la expresión «gas del fuego»—principalmente consiste en aire caliente, monóxido de carbono y partículas de hollín no destruidas por la combustión. De éstos, el monóxido de carbono a menudo es el componente más mortífero, ya que se adhiere a los glóbulos rojos de la sangre. Esta adherencia es realmente más fuerte que la formada por la hemoglobina con el oxígeno, que la sangre transporta a las diferentes partes del cuerpo humano. El efecto en la conciencia humana es parecido al del alcohol, euforia, como estar placenteramente borracho, seguido de la pérdida del conocimiento y, si se prolonga, como en este caso, de la muerte por falta de oxígeno en el cerebro. Así pues, envuelto en llamas, Owen Williams nunca despertó, sino que cayó en un sueño cada vez más profundo que lo llevó pacíficamente a la eternidad, a la edad de treinta y dos años.

No fue hasta tres horas después cuando un trabajador, que hacía el turno de noche y vivía en la misma planta, al regresar a casa percibió un olor extraño en el pasillo de la tercera planta que disparó su alarma interna. Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta alguna, corrió a su piso y llamó al nueve, nueve, nueve.

Había un parque de bomberos a seis manzanas y allí, como en los demás, los bomberos saltaban de sus camas individuales estilo militar, se ponían las botas y sus chaquetas de trabajo, se deslizaban por la barra vertical para descender a la planta baja, donde se encontraban los camiones, pulsaban el botón para levantar las puertas automáticas y salían a toda prisa con su vehículo cisterna Dennis, seguidos de un camión escalera. Ambos conductores conocían las calles tan bien como un taxista y llegaron al edificio de apartamentos menos de diez minutos después de que los timbres los despertaron. El equipo de la bomba detuvo su vehículo y dos hombres arrastraron las mangueras hasta la boca de incendios de la

esquina, dispuestos a atacar el fuego con experiencia y pericia. Los del equipo de la escalera, cuyo principal cometido era la busca y el rescate, corrieron hacia adentro y vieron que el preocupado ciudadano había llamado ya a todas las puertas de la tercera planta y había despertado a los vecinos, que se encontraban en el rellano. Indicó al encargado de los bomberos cuál era la puerta correcta y el fornido individuo la derribó de dos hachazos. Lo recibió una densa humareda negra, cuyo olor penetró en su máscara de gas y le comunicó a su mente experimentada que se estaba quemando un colchón. Siguió una rápida oración para que hubieran llegado a tiempo y luego el terror instantáneo de no haberlo logrado. Lo tenían todo en contra, incluida la hora del día, en la oscuridad de la madrugada. Corrió hacia la habitación trasera, rompió las ventanas con su hacha para que saliera el humo y se dio la vuelta para ver lo que había visto treinta o más veces antes, una forma humana inmóvil, casi escondida tras la humareda. Para entonces, dos más de sus colegas estaban en la habitación. Arrastraron a Owen Williams hasta el pasillo.

—¡Oh, mierda! —exclamó uno de ellos.

El veterano paramédico del equipo colocó una máscara de oxígeno en la cara pálida y empezó a golpear el botón para forzar la entrada de oxígeno puro en los pulmones, mientras un segundo hombre golpeaba el pecho de la víctima para intentar reanimarle el corazón. A su espalda, los maquinistas arrastraron una manguera de seis centímetros hasta el piso y comenzaron a rociarlo todo.

En general, era un ejercicio rutinario. El fuego fue sofocado en menos de tres minutos. Poco después, el humo se había despejado y los bomberos se quitaron sus máscaras protectoras. Pero fuera, en el pasillo, Owen Williams no daba la menor señal de vida. La regla era que nadie estaba muerto hasta que un médico lo certificara, por lo que cargaron el cuerpo como si fuera un enorme trapo flácido y pesado hasta la ambulancia que esperaba en la calle. El equipo paramédico tenía sus instrucciones de batalla y las siguieron al pie de la letra: primero colocaron el cuerpo en una camilla con ruedas, después examinaron sus ojos, a continuación sus vías respiratorias, que no estaban obturadas, y usaron su ventilador para darle más oxígeno al tiempo que intentaban reanimar su corazón. Las quemaduras periféricas tuvieron que esperar. Lo primero que debían conseguir era que le latiera el corazón y que sus pulmones respiraran, mientras el chófer circulaba por las calles oscuras hacia el Queen Victoria Hospital, a unos dos kilómetros de distancia.

Pero a su llegada al centro hospitalario, los paramédicos de la ambulancia sabían que estaban perdiendo su valioso tiempo. El área de urgencias estaba lista para ellos. El conductor cambió de sentido y entró marcha atrás, abrieron las puertas traseras de un tirón y sacaron la camilla ante un joven doctor que estaba observando sin tocar nada todavía.

—Inhalación de humo —dijo el bombero paramédico al entrar por las puertas de vaivén—. Una grave intoxicación por monóxido de carbono.

Las extensas quemaduras, aunque mayoritariamente superficiales, por el momento podían esperar.

—¿Cuánto hace? —preguntó en seguida el doctor de la sala de urgencias.

—No lo sé. No tiene buen aspecto, doctor. Envenenamiento por

monóxido de carbono, ojos fijos y dilatados, uñas rojas, de momento sin respuesta a la resucitación cardiopulmonar —respondió el paramédico.

Los médicos lo intentaron todo. Uno no puede desestimar la vida de un hombre en su treintena, pero una hora más tarde era evidente que Owen Williams no volvería a abrir sus ojos azules nunca más y el doctor, después de ordenar que se abandonaran los esfuerzos por salvarle la vida, anunció la hora oficial de la muerte para que fuese anotada en el certificado de defunción. La policía también estaba allí. Hablaron principalmente con los bomberos, hasta que se estableció la causa de la muerte. Tomaron muestras de sangre, que le habían extraído inmediatamente para analizar el contenido de gases, y quince minutos después el laboratorio informó de que el nivel de monóxido de carbono en la sangre era del treinta y nueve por ciento, muy por encima del nivel letal. Llevaba muerto desde antes de que los bomberos se quitaran sus chaquetas de trabajo.

Fue la policía, más que los bomberos, quien se ocupó del caso a partir de ese momento. Un hombre había muerto y había que informar de ello a la cadena de mando.

Esa cadena terminaba en Londres en el edificio de acero y cristal de New Scotland Yard, con su letrero triangular giratorio que hacía pensar a los turistas que el nombre de las fuerzas de policía londinenses era, de hecho, Scotland Yard, cuando en realidad éste había sido, años atrás, el nombre de la calle del antiguo edificio de la Jefatura de Policía. Allí, una nota adhesiva sobre el teletipo avisaba de que el superintendente en jefe Nolan, del Departamento de Seguridad del Estado, quería que se le informase inmediatamente de cualquier defunción causada por un incendio. El operador del teletipo cogió el teléfono y marcó el número apropiado.

El número era el del oficial de guardia del Departamento de Seguridad del Estado que, después de formular algunas preguntas, llamó a York para obtener más información. Ahora su trabajo consistía en despertar al Enano Nolan a las cuatro de la madrugada.

—Muy bien —dijo el superintendente en jefe después de recobrar la calma—. Dígales que no hagan nada con el cuerpo, nada en absoluto. Asegúrese de que lo entienden: nada en absoluto.

—Muy bien, señor —confirmó el sargento de guardia—. Transmitiré la orden.

Y a unos dos kilómetros y medio de distancia, Patrick Nolan volvió a dormir, o al menos lo intentó, mientras su mente se preguntaba de nuevo para qué coño quería el servicio secreto de Inteligencia un cuerpo humano asado. Tenía que tratarse de algo interesante, aunque también asqueroso de contemplar, lo suficiente como para mantenerlo desvelado unos veinte minutos más o menos antes de volver a conciliar el sueño.

Los mensajes iban y venían a través del Atlántico y de Europa oriental durante toda la noche y todos eran procesados por los especialistas en comunicaciones de las diversas embajadas, es decir, el personal administrativo mal pagado y sobrecargado de trabajo, cuya única responsabilidad consistía esencialmente en transmitir toda la información

confidencial de las fuentes a los usuarios finales; por consiguiente, estaban en posesión de toda la información, pero no hacían nada con la misma. También era a ellos a quienes los enemigos trataban de corromper por todos los medios y, como consecuencia, era a los que se vigilaba más de cerca, tanto en las oficinas centrales como en las distintas embajadas, aunque para los afectados normalmente no había preocupación compensatoria para su comodidad. Pero era a través de este personal, tan a menudo menospreciado aunque esencial, que los despachos llegaban a su destino.

Uno de los receptores era Nigel Haydock y era a él a quien iban dirigidos los mensajes más importantes de la mañana, porque en ese momento sólo él conocía el alcance de Beatrix, gracias a su cargo, cuya tapadera era la de agregado comercial de la embajada de su majestad británica, en la orilla oriental del río Moscú.

Haydock solía desayunar en la embajada, puesto que su esposa estaba en un estado muy avanzado del embarazo y creía impropio pedirle que le preparara el desayuno. Además, dormía mucho, en previsión de lo poco que lo dejaría dormir el pequeño hijo de puta cuando llegara, pensaba Nigel. Estaba, por tanto, en su despacho tomando su té de la mañana y comiendo un bollo con mantequilla cuando vio el mensaje de Londres.

—¡Maldita sea! —suspiró, e hizo una pausa para reflexionar. Era brillante esa creación norteamericana sobre Mincemeat, asquerosa y repugnante, pero brillante. Y parecía que sir Basil seguía adelante. Ese maldito tramposo. Era la clase de cosas que le gustaban. Charleston era un devoto de la vieja escuela, alguien a quien le gustaba el sabor de las operaciones tortuosas. Su privilegiada inteligencia podría ser algún día la causa de su ruina, pero uno no podía dejar de admirar su exuberancia, pensó Haydock. 0 sea, llevar a Rabbit a Budapest y preparar su huida desde allí.

Andy Hudson prefería tomar café por la mañana, acompañado de huevos, beicon, tomates fritos y una tostada.

—Extraordinariamente brillante —dijo en voz alta.

La audacia de esa operación apelaba a su naturaleza aventurera. 0 sea, que se proponían sacar encubiertamente de Hungría a tres personas: un hombre adulto, una mujer adulta y una niña. En general no era difícil, pero debía comprobar su cadena de contactos, porque no quería meter la pata en esa operación, especialmente pensando en un futuro ascenso. El servicio secreto de Inteligencia era una de las burocracias del singular gobierno británico en que, si bien recompensaba muy bien los éxitos, era singularmente implacable con los errores; no había ningún sindicato en Century House para proteger a las abejas obreras. Pero él ya lo sabía cuando ingresó, y en cualquier caso, no podrían quitarle su pensión cuando alcanzara la antigüedad necesaria, se dijo Hudson. Y aunque esa operación no fuera la copa del mundo, sería como marcar el gol de la victoria para el Arsenal contra el Manchester United en el estadio de Wembley.

Por tanto, su primera tarea del día consistiría en ocuparse de las conexiones fronterizas. Eran fiables, pensó. Había dedicado bastante tiempo para establecerlas y las había comprobado con anterioridad. Pero a

partir de hoy volvería a comprobarlas. También comprobaría su contacto en el AVH... 0 tal vez no. ¿Qué sacaría con ello? Podría permitirle descubrir si las fuerzas de la policía secreta húngara estaban en estado de alerta, en busca de algo, pero si ése fuera el caso, Rabbit no abandonaría Moscú. Su información debía de ser muy importante para una operación tan compleja dirigida por la CIA a través del servicio secreto de Inteligencia, y el KGB era una organización demasiado cautelosa y conservadora como para correr algún riesgo con información de tal importancia. En el negocio de los servicios de Inteligencia, el otro lado nunca era previsible; había demasiada gente con ideas ligeramente diferentes para actuar codo con codo. De modo que no, el AVH no podía saber mucho, si es que sabía algo. El KGB no confiaba en nadie en absoluto, salvo por descuido involuntario, preferiblemente con pistolas en la mano.

Por tanto, la única cosa inteligente que podía hacer era comprobar sus procedimientos de huida y hacerlo con cautela, o por el contrario esperar a que ese tal Ryan llegara de Londres y lo mirara por encima del hombro... Ryan, de la CIA, pensó. El mismo que... no, no podía ser. Sería una coincidencia. Tenía que serlo. Aquel Ryan era un ex marine, un ex marine norteamericano. Demasiada coincidencia, decidió el jefe de la delegación de Budapest.

Ryan se había acordado de sus croissants y esta vez los había traído con él en el taxi desde Victoria hasta Century House, junto con el café. Cuando llegó vio la chaqueta de Simon en la percha, pero no a Simon. Pensó que probablemente estaría con sir Basil y se sentó en su escritorio, mirando el montón de mensajes nocturnos que tenía que revisar. Los tres croissants que por glotonería había comprado, además de los paquetes de mantequilla y jalea de uva, eran tan hojaldrados que corría el peligro de terminar con ellos por encima en vez de comérselos, y el café de esa mañana tampoco estaba muy bueno. Tomó nota mental de escribir a Starbucks y sugerirles que abrieran algunos puntos de venta en Londres. Los británicos necesitaban buen café para deshacerse del maldito té, y esa nueva empresa de Seattle podía conseguirlo, suponiendo que lograran entrenar a alguien para prepararlo correctamente. Levantó la cabeza en el momento que se abría la puerta.

—Buenos días, Jack.

—Hola, Simon. ¿Cómo está sir Basil esta mañana?

—Se siente muy ingenioso con la operación Beatrix. Está en camino, por así decirlo.

—¿Puedes contarme lo que está pasando?

Simon Harding reflexionó unos instantes antes de explicárselo sucintamente.

—¿Es que alguien ha perdido el juicio? —exclamó Ryan al terminar su breve explicación.

—Sí, es creativo, Jack —reconoció Harding—. Pero creo que no habrá muchas dificultades en la operación.

—A menos que vomite —repuso gravemente Jack.

—Entonces llévate una bolsa de plástico —sugirió Harding—. Puedes coger una del avión.

—Muy gracioso, Simon —respondió Ryan antes de hacer una pausa— ¿Qué es esto, una especie de rito de iniciación para mí?

—No, no hacemos ese tipo de cosas. El concepto operativo procede de tu gente y la solicitud de cooperación del propio juez Moore.

—¡Joder! —exclamó Jack—. Y me mandan a la mierda, ¿no?

—Jack, aquí el objetivo no es sacar a Rabbit, sino hacerlo de manera que los rusos crean que ha muerto, no desertado, junto con su esposa y su hija.

La parte que realmente le preocupaba a Ryan era la de los cadáveres. ¿Qué podía ser más desagradable que eso? Y aún no conoce la parte más horrible, pensó Simon Harding, satisfecho de haberla omitido.

Zaitzev se dirigió a la oficina administrativa en la segunda planta del Centro. Mostró su identificación a la chica y esperó algunos minutos antes de entrar en el despacho del supervisor.

—¿Sí? —dijo el burócrata, casi sin levantar la vista.

—Quiero coger unos días de vacaciones. Deseo llevar a mi esposa a Budapest. Hay un director de orquesta al que le gustaría escuchar y quiero ir en tren en vez de en avión.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días. De hecho, tan pronto como sea posible.

—Comprendo.

La agencia de viajes del KGB hacía muchas cosas, la mayoría completamente rutinarias. El agente de viajes —¿qué otra cosa podía llamarlo Zaitzev?— aún no le había mirado.

—Debo comprobar si hay plazas disponibles en el tren — agregó el funcionario.

—Quiero ir en clase internacional, en compartimentos, con camas para tres, tengo una hija.

—Eso puede que no sea fácil —comentó el burócrata.

—Camarada, si hay cualquier dificultad, por favor, póngase en contacto con el coronel Rozhdiéstvensky —dijo suavemente.

Zaitzev vio que el nombre le hacía levantar la mirada. La única duda era si haría o no la llamada. El burócrata trataba de pasar desapercibido para los oficiales, y como la mayoría en el Centro, tenía un temor saludable a los de la planta superior. Por una parte, quizá sentía curiosidad por saber si alguien tomaba el nombre del coronel en vano. Pero por otra, llamar la atención de aquel alto mando, como un gusanito oficioso de la administración, no le haría mucho bien. Miró a Zaitzev, preguntándose si tendría autorización para invocar el nombre y la autoridad de Rozhdiéstvensky.

—Veré lo que puedo hacer, camarada comandante —prometió.

—¿Cuándo puedo llamarlo?

—Hoy, más tarde.

—Gracias, camarada. —Zaitzev salió y se dirigió hacia los ascensores.

Gracias a su jefe temporal de la planta superior, eso ya estaba hecho. Para asegurarse de que todo estaba bien, llevaba su corbata azul de rayas en el bolsillo de la chaqueta. De regreso en su escritorio, continuó memorizando el contenido de su rutinario tráfico de mensajes. Pensó que era una lástima que no pudiera copiar de los libros de claves de un solo uso, pero eso no resultaba práctico, y memorizarlos era imposible incluso

para su memoria entrenada.

Foley vio que era la única palabra sobre el mensaje de Langley. 0 sea, que seguían adelante. Eso era bueno. La oficina central estaba deseando trotar sobre Beatrix y eso probablemente era porque Rabbit les había advertido acerca de la seguridad en las comunicaciones, la única cosa que probablemente causaba pánico en la planta séptima. ¿Pero era posible que fuera cierto? No, Mike Russell no lo creía, y tal como ya había observado, si fuera verdad, algunos de sus agentes habrían sido barridos como confeti en un desfile y eso no había ocurrido... a menos que el KGB fuera realmente listo y hubiera convertido a sus agentes en dobles, operando bajo el control soviético. ¿Pero no sería él capaz de detectarlo? Bien, probablemente, juzgó Foley. Lo cierto era que todos no podían ser agentes dobles. Algunas cosas eran imposibles de esconder, a menos que el Segundo Directorio del KGB tuviera la más ingeniosa operación de espionaje de la historia, y dado que eso teóricamente era imposible, lo convertía en algo sumamente improbable, que seguramente evitaban, ya que la calidad de la información que saldría sería excepcional, demasiado buena para dejarla ir a propósito...

Pero no podía descartar totalmente esa posibilidad. Seguro que la Agencia de Seguridad Nacional ahora mismo estaría dando pasos para examinar sus KH-7 y otras máquinas codificadoras, pero Fort Meade tenía un equipo de verificación cuyo único trabajo era tratar de forzar sus propios sistemas, y aunque los matemáticos rusos eran muy listos —siempre lo habían sido—, no eran alienígenas de otro planeta... A menos que tuvieran un agente suyo infiltrado en Fort Meade, y ésa era una preocupación que todos tenían. ¿Cuánto pagaría el KGB por esa clase de información? Quizá millones. No tenía esa cantidad de dinero para pagar a su gente y, además de ser mezquino, el KGB no les era leal y los consideraba como bienes prescindibles. Claro que tenían a Kim Philby escondido en un lugar seguro en Moscú. Las organizaciones de espionaje occidentales sabían dónde vivía, e incluso habían fotografiado a ese renegado hijo de puta. Hasta sabían cuánto bebía, mucho, incluso según las costumbres rusas. Pero cuando los rusos perdían a un agente que era detenido, ¿trataban alguna vez de negociar o hacer un intercambio? No, desde que la CIA negoció la liberación de Francis Gary Powers, el desafortunado piloto del U-2 a quien habían derribado en 1961, y quisieron intercambiarlo por Rudolf Abel, pero Abel había sido uno de sus propios oficiales, un coronel, y además muy bueno, que operaba en Nueva York. Eso tenía que disuadir a cualquier espía norteamericano que tuviera ilusiones de hacerse rico con una cuenta corriente de la madre Rusia. Y los traidores pasaban largo tiempo en el sistema federal de prisiones, lo cual tenía que ser muy disuasorio.

Pero los traidores eran reales, no importa lo equivocados que estuvieran. Al menos la era del espía ideológico prácticamente había terminado. Aquéllos habían sido los más productivos y los más dedicados, cuando la gente realmente creía que el comunismo supondría la liberación de la evolución humana, pero ni siquiera los rusos creían ya en el marxismo-leninismo, salvo Suslov, que estaba a punto de morir, y su supuesto sucesor, Alexándrov. No, los agentes del KGB en Occidente eran

casi todos unos mercenarios hijos de puta. No eran los luchadores por la libertad a los que Ed Foley se había unido en las calles de Moscú, se dijo el jefe de delegación. Esa era una ilusión que todos los oficiales de la CIA mantenían, incluso su esposa.

¿Y Rabbit? Estaba furioso por algo. Un asesinato, dijo, uno premeditado. Algo que ofendía los sentimientos de un hombre decente y honorable. Entonces, sí, Rabbit tenía motivaciones honorables y, por tanto, merecía la atención y la preocupación de la CIA.

¡Por Dios!, pensó Ed Foley, la ilusión que debes tener para llevar a cabo este jodido trabajo. Tienes que ser psiquiatra, madre amorosa, padre severo, amigo íntimo y padre confesor para los idealistas, confusos, enojados, o sencillamente individuos avariciosos que eligieron traicionar a su país. Algunos de ellos bebían demasiado; algunos se enfurecían tanto que se ponían en peligro al arriesgarse de forma grotesca. Algunos sencillamente estaban locos, dementes o clínicamente perturbados. Otros adquirían desviaciones sexuales, ¡caray!, algunos comenzaban así y luego empeoraban. Pero Ed Foley tenía que ser su asistente social, lo cual era una rara descripción del oficio para alguien que se veía como un guerrero contra el Gran Oso Feo. Bien —se dijo—, una cosa a la vez. A sabiendas, había escogido una profesión apenas medianamente retribuida, por la que no se le reconocería mérito alguno, ni recibiría ninguna gratificación por los peligros físicos y psicológicos que conllevaba servir a su país de una manera que nunca apreciarían los millones de ciudadanos a los que ayudaba a proteger; una profesión despreciada por los medios de comunicación, a los que él también despreciaba, y en la que nunca podía defenderse con la verdad de lo que hacía. ¡Qué asco de vida!

Pero tenía sus satisfacciones, como la de sacar a Rabbit del país de las tinieblas.

Si Beatrix funcionaba.

Foley se dijo que ahora, una vez más, sabía lo que era lanzar en una competición mundial.

Istvan Kovacs vivía a unas manzanas del palacio parlamentario húngaro, un edificio ornamentado con reminiscencias del palacio de Westminster, en la tercera planta de una casa de vecinos de finales de siglo, cuyos cuatro cuartos de baño estaban en la primera planta de un patio deprimente. Hudson cogió el metro hasta el palacio gubernamental y anduvo el resto del camino asegurándose de que no lo seguían. Había llamado antes; las líneas telefónicas de la ciudad eran seguras, incontroladas principalmente por causa de la ineficacia de los sistemas telefónicos locales.

Kovacs era tan típicamente húngaro que merecía una foto en los inexistentes folletos turísticos: metro setenta y dos, moreno, cara bastante redonda con ojos castaños y cabello negro. Pero debido a su profesión vestía bastante mejor que el ciudadano medio. Kovacs era un contrabandista. Ese era un medio de vida bastante honorable en su país, ya que traficaba con Yugoslavia, un país con reputación marxista hacia el sur, cuyas fronteras estaban lo suficientemente abiertas como para que un hombre listo comprara artículos occidentales con el fin de venderlos en Hungría y en el resto de Europa oriental. Los controles aduaneros de

Yugoslavia eran bastante laxos, especialmente para aquellos que tenían algún acuerdo con los policías de la frontera. Kovacs era una de esas personas.

—Hola, Istvan —dijo Andy Hudson, sonriendo.

«Istvan» era la versión local de Steven, y «Kovacs» la de Smith, por su ubicuidad.

—Buenos días, Andy —respondió Kovacs.

Abrió una botella de Tokaji, el vino tinto noble. Hudson había venido para disfrutarlo como la variante local del jerez, con un gusto diferente pero idéntico propósito.

—Gracias, Istvan.

Hudson tomó un sorbo. Era de una buena cosecha, con seis cestas de uva en la etiqueta indicando que era de la mejor calidad.

—¿Cómo va el trabajo?

—Muy bien. Nuestros magnetoscopios son populares entre los yugoslavos y las cintas que me suministran lo son para todo el mundo. ¡Ojalá tuviera la polla como esos actores! —se rió.

—Las mujeres tampoco están mal —observó Hudson, que había visto unas cuantas de esas películas.

—¿Cómo puede ser tan hermosa una kurva?

—Los norteamericanos pagan más a sus putas que nosotros aquí en Europa, supongo. Pero Istvan, esas mujeres no tienen corazón.

Hudson no había pagado nunca por ello en su vida, al menos no abiertamente.

—No es su corazón lo que quiero —volvió a reírse Kovacs.

Ya le había estado dando al Tokaji durante el día y de ahí que no saliera esa noche. Bueno, nadie trabaja permanentemente.

—Puede que tenga una tarea para ti.

—¿Entrando qué?

—Nada. Sacando —aclaró Hudson.

—Eso es fácil. La határ rség nos da problemas cuando entramos, pero no demasiados cuando salimos.

Tenía su mano derecha alzada, frotándose el pulgar con el índice, el gesto universal para indicar lo que los guardias fronterizos deseaban: dinero o algo negociable.

—Bueno, este paquete puede que sea voluminoso —advirtió Hudson.

—¿Cómo de voluminoso? ¿Quieres sacar un tanque?

El ejército húngaro acababa de recibir nuevos T-72 rusos y la noticia había salido por la televisión en un intento de levantar el ánimo de las tropas. Una pérdida de tiempo, pensaba Hudson.

—Eso podría ser difícil —agregó—, pero todo es posible por el precio adecuado.

Los polacos acababan de entregar uno de dichos tanques al servicio secreto de Inteligencia, un hecho poco conocido.

— No, Istvan, algo más pequeño. Más o menos de mi tamaño, pero tres paquetes.

—¿Tres personas? —preguntó con hastío Kovacs, que había comprendido el mensaje—. ¡Bah! ¡Baszd meg! Dalo por hecho —concluyó.

—Sabía que podía contar contigo, Istvan —dijo Hudson con una sonrisa—. ¿Cuánto costará?

— Pasar tres personas a Yugoslavia... —Kovacs calculó mentalmente—.

Cinco mil marcos alemanes.

— ¡Ez kurva drága! —objetó Hudson, o fingió hacerlo, aunque era barato, apenas mil libras esterlinas—. ¡Muy bien, ladrón! Lo pagaré porque eres mi amigo, pero sólo por esta vez —agregó mientras vaciaba su copa—. Podría enviar los paquetes por avión —sugirió Hudson.

—Pero en el aeropuerto es precisamente donde los határ rség están alerta —puntualizó Kovacs—. Los pobres bastardos siempre están a la vista, vigilados por sus altos mandos. No tienen ocasión para estar abiertos a... negociaciones.

—Supongo que tienes razón —reconoció Hudson—. Muy bien. Te llamaré para informarte.

—Está bien. Ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias por la bebida, amigo —dijo Hudson.

—Lubrica el negocio —respondió Kovacs mientras le abría la puerta a su invitado.

Con cinco mil marcos alemanes taparía muchos agujeros y además podría adquirir artículos para revender en Budapest por una suculenta suma de dinero.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

VIAJEROS, AL TREN

Zaitzev llamó a la oficina de viajes a las tres y media de la tarde. Confiaba en que eso no demostrara un entusiasmo inusual, pero pensó que todo el mundo tenía interés en los preparativos de sus vacaciones.

—Camarada comandante, tiene plaza en el tren de pasado mañana. Sale de la estación Kiev a las 13.30 horas y llega a Budapest dos días después a las 14.00 horas exactamente. Usted y su familia tienen una reserva en el vagón 906, compartimentos A y B. También tienen reserva en el hotel Astoria de Budapest, habitación 307, para once días. El hotel está al otro lado de la calle, frente a la casa de la amistad y cultura soviética, que evidentemente es una sucursal del KGB, con una oficina de enlace, por si necesita alguna ayuda local.

—Estupendo. Muchas gracias por su ayuda —dijo Zaitzev antes de reflexionar unos instantes—. ¿Hay algo que le gustaría que comprara para usted en Budapest?

—Pues gracias, camarada —respondió el funcionario en un tono más animado—. Sí, quizá unas medias para mi esposa —agregó con gravedad.

—¿Qué talla?

—Mi esposa es una rusa de verdad —respondió, queriendo decir que por supuesto no era anoréxica.

—Muy bien. Ya encontraré algo, o mi esposa me ayudará.

—Estupendo. Que tenga un excelente viaje.

—Sí, lo tendré —prometió Zaitzev.

Con eso arreglado, Oleg Ivan'ch dejó su escritorio y se fue a ver al supervisor con el fin de comunicarle sus planes para las próximas dos semanas.

—¿Hay algún proyecto de arriba al que sólo usted tenga acceso? —le preguntó el teniente coronel.

—Sí, pero ya he hablado con el coronel Rozhdiéstvensky y me ha dicho que no me preocupara por eso. Siéntase libre de llamarlo para confirmarlo, camarada —dijo Zaitzev.

Y así lo hizo en su presencia. La breve llamada concluyó con un «gracias, camarada», y miró a su subordinado.

—Muy bien, Oleg Ivan'ch, está relevado de sus obligaciones a partir de esta noche. Aprovechando su estancia en Budapest...

—Por supuesto, Andrey Vasili'yevich. Puede pagármelo cuando regrese.

Andrey era un jefe decente, que nunca gritaba y ayudaba a su personal cuando se lo pedía. Lástima que trabajara para una organización que asesinaba a gente inocente.

Ahora era cuestión de limpiar su escritorio, lo cual no era difícil. Las normas del KGB decían que todos los escritorios tenían que ordenarse exactamente de la misma manera, por tanto, un trabajador podía cambiar de escritorio sin ningún problema y el escritorio de Zaitzev estaba arreglado exactamente de acuerdo con las especificaciones oficiales; sus lápices perfectamente afilados y ordenados, sus mensajes hechos al momento y todos sus libros en su lugar apropiado. Vació la papelera y se dirigió al servicio. Entró en un retrete, se quitó la corbata de color castaño y la reemplazó por la de rayas. Consultó su reloj. Era algo pronto. Por consiguiente, Zaitzev se tomó su tiempo para salir, fumó dos cigarrillos en vez de uno y disfrutó unos momentos de la tarde despejada, se detuvo por el camino para comprar un periódico y, para mimarse, seis paquetes de Krasnopresnensky, los cigarrillos de primera calidad que fumaba el mismísimo Leonid Brézhnev, por dos rublos cuarenta. Algo bueno para fumar en el tren. Decidió que ahora podía gastarse sus rublos. No tendrían ningún valor a donde iba. Luego caminó hacia la estación del metro y consultó el reloj. Por supuesto, el tren llegó a la hora exacta.

Foley estaba en el mismo lugar, haciendo lo mismo y de la misma manera, con su mente corriendo a medida que el tren aminoraba la marcha hasta detenerse en la estación. Sintió la pequeña vibración causada por los pasajeros que subían al tren y el refunfuñar de las personas que topaban unas con otras. Se estiró para volver la página. El tren dio una sacudida. Los técnicos, o maquinistas, o comoquiera que se llamen, siempre eran un poco bruscos con el acelerador. Un momento después había alguien a su izquierda. Foley no lo veía, pero lo notaba. Dos minutos más tarde, el tren aminoró la marcha al llegar a otra estación. Dio una sacudida al frenar y alguien se le echó encima. Foley se volvió ligeramente para ver de quién se trataba.

—Disculpe, camarada —dijo Rabbit, que llevaba una corbata azul con rayas rojas.

—No tiene importancia —respondió Foley mientras le daba un vuelco el corazón.

Bien, dentro de dos días en la estación Kiev. El tren a Budapest. Rabbit se apartó uno o dos pasos y eso fue todo.

Los cohetes estaban en vuelo. Foley dobló su periódico y se fue hacia las puertas correderas. Luego hizo el trayecto de costumbre hasta su

casa. Mary Pat estaba preparando la cena.

— ¿Te gusta mi corbata? Esta mañana no me has dicho nada...

Mary Pat lo miró con brillo en los ojos. Pasado mañana, comprendió. Tenían que avisar, pero eso era una mera formalidad. Confiaba en que en Langley estuvieran listos. Beatrix iba algo de prisa, pero ¿por qué entretenerse?

—¿Qué tenemos para cenar?

—Bien, quería ir a por bistecs pero creo que hoy tendrás que conformarte con pollo frito.

—Eso está bien, cariño. ¿Dejamos el bistec para pasado mañana? —preguntó.

—A mí me parece bien.

Cariño, ¿dónde está Eddie?

—Mirando un vídeo de los Transformers, desde luego —respondió ella.

—Éste es mi chico —observó Ed, sonriendo—. Sabe lo que es importante —agregó mientras besaba tiernamente a su esposa en la frente.

—Luego, tigre —dijo Mary Pat.

Pero el éxito de una operación merecía una discreta celebración. No era todavía un éxito, pero estaba encaminada a serlo y era su primera en Moscú.

—¿Tienes las fotos? —susurró ella.

Ed las sacó del bolsillo de su chaqueta. No eran como las de las portadas de las revistas, pero se reconocía bien a Rabbit y a su conejito. No sabían qué aspecto tenía la señora Rabbit, pero tendrían que esperar. Pasarían las fotografías a Nigel y a Penny. Uno de ellos cubriría la estación de tren para asegurarse de que la familia Rabbit seguía el horario.

—Ed, hay un problema con la ducha —dijo Mary Pat—. La alcachofa no funciona como es debido.

—Veré si Nigel tiene las herramientas adecuadas —respondió Foley antes de salir al pasillo.

En pocos minutos estaba de vuelta, acompañado de Nigel con su caja de herramientas.

—Hola, Mary —dijo Nigel, saludando con la mano mientras se dirigía al cuarto de baño.

Una vez allí armó un alboroto abriendo su caja de herramientas y luego el grifo del agua. Ahora cualquier micrófono oculto que pudiera tener el KGB estaba inutilizado.

—De acuerdo, Ed, ¿de qué se trata?

—Rabbit y el conejito. Aún no tenemos ninguna de la señora Rabbit. Tomarán el tren de Budapest pasado mañana a la una de la tarde.

—En la estación Kiev —asintió Haydock—. Seguramente querrás que le tome una foto a la señora Rabbit.

—Correcto.

—Muy bien. Puedo hacerlo.

La maquinaria empezó a moverse al instante. Como agregado comercial, se inventaría una historia de tapadera, pensó Haydock. Buscaría a un periodista cooperativo para que lo acompañara y pareciera que trabajaban en una noticia, quizá algo sobre turismo. Paul Matthews del Times serviría. Sería fácil. Haría que Matthews llevara a un fotógrafo profesional para sacar instantáneas de toda la familia Rabbit para Londres

y Langley. Los rusos no sospecharían nada. Por importante que fuese la información de Rabbit, en sí mismo sólo era un simple número, uno entre miles de empleados del KGB sin la suficiente importancia como para que se fijaran en él. Así pues, al día siguiente por la mañana Haydock llamaría a los ferrocarriles estatales soviéticos para decirles que su empresa homóloga británica, que también era propiedad del Estado, estaba interesada en el funcionamiento de los ferrocarriles rusos, y por consiguiente... Sí, eso funcionaría. Nada les gustaba más a los soviéticos que el hecho de que otros quisieran aprender de su glorioso sistema. Era bueno para su ego. Nigel cerró el grifo.

—Creo que ya está arreglado, Edward.

—Gracias, amigo. ¿Conoces algún lugar en Moscú para comprar buenas herramientas?

—No lo sé, Ed. Estas las tengo desde que era un muchacho. Pertenecían a mi padre.

Entonces Foley se acordó de lo que le había ocurrido a su padre. Sí, él quería que Beatrix tuviera éxito. Quería aprovechar toda oportunidad para propinarle una buena patada en el trasero a ese peludo oso.

—¿Cómo está Penny?

—Todavía no ha dado a luz. Quizá dentro de una semana o más. En realidad no cumple hasta dentro de tres semanas, pero...

—Los médicos nunca aciertan en eso. Nunca —dijo Foley a su amigo—. Lo más prudente es que no te alejes de ella. ¿Cuándo tenéis previsto ir a casa?

—Dentro de diez días, siguiendo el consejo del médico de la embajada. Después de todo, sólo son dos horas de vuelo.

—Vuestro médico es muy optimista, amigo. Estas cosas nunca siguen un plan preconcebido. Supongo que no querréis un inglesito nacido en Moscú...

—No, Edward, no es eso lo que queremos.

—Bien, pues mantén a Penny alejada de las camas elásticas —sugirió Foley con un guiño.

—Sí, lo haré, Ed —pensó que el humor norteamericano era algo grosero.

Eso podía ser interesante, pensó Foley mientras acompañaba a su amigo a la puerta. Siempre había pensado que los niños británicos nacían con cinco años y eran enviados inmediatamente a los internados. ¿Los criaban de la misma manera que los norteamericanos? Sería interesante comprobarlo.

El cuerpo de Owen Williams nunca fue reclamado. Resultó que no tenía familia directa y su ex esposa no tenía el menor interés por él, especialmente muerto. La policía local, al recibir un télex del superintendente en jefe Patrick Nolan de la policía metropolitana de Londres, transfirió el cuerpo a un ataúd de aluminio, lo cargaron en una furgoneta de la policía y lo llevaron hacia Londres. Pero la furgoneta se detuvo en un lugar acordado y la caja de aluminio se transfirió a otra furgoneta, sin identificación, antes de entrar en la ciudad. Fue a parar a un depósito de cadáveres en el distrito de Swiss Cottage, del norte de Londres.

El cadáver no tenía muy buen aspecto, y dado que aún no lo había visto ningún empleado funerario, no había recibido ningún tratamiento. La parte no quemada del lado inferior era carmesí azulado, de un tono lívido mortecino. Cuando se para el corazón, la fuerza de la gravedad lleva la sangre a la parte baja del cuerpo, en este caso la espalda, donde, al faltarle el oxígeno, hace que el cuerpo caucasiano adquiera una tonalidad cerúlea, dejando la parte superior con una desagradable palidez marfil. El empleado funerario en este caso era un civil que de vez en cuando efectuaba trabajos especiales para el servicio secreto de Inteligencia. Junto con un patólogo forense, examinó el cadáver por si había algo inusual. Lo peor era el olor a carne humana asada, pero sus narices estaban cubiertas por máscaras quirúrgicas para atenuar el hedor.

—Tatuaje, parte inferior del antebrazo, parcial pero no enteramente quemado —informó el empleado funerario.

El patólogo encendió la llama de un soplete de propano y lo aplicó al brazo, quemando toda evidencia del tatuaje del cuerpo.

—Muy bien. ¿Alguna cosa más, William? —preguntó un par de minutos después.

—Nada que pueda ver. La parte superior está bien carbonizada. Casi sin pelo (el olor de pelo humano quemado es particularmente vomitivo) y una oreja casi quemada por completo. Supongo que este tipo estaba muerto antes de quemarse.

—Tiene que haberlo estado —dijo el patólogo—. El nivel de monóxido de carbono en su sangre era excepcionalmente alto. Dudo que este pobre bastardo sintiera algo.

Entonces le quemó las huellas digitales, deteniéndose para quemar ambas manos con el soplete, con el fin de que no pareciera que había sido mutilado a propósito.

—Bien —dijo finalmente el patólogo—. Si existe alguna forma de identificar este cadáver, yo no la conozco.

—¿Lo congelamos ahora? —preguntó el empleado funerario.

—No, mejor no. Si lo enfriamos a unos dos o tres grados centígrados, no debería producirse ninguna descomposición notable.

—¿Hielo seco, entonces?

—Sí. El ataúd metálico está bien aislado y cierra herméticamente. El hielo seco no se derrite. Pasa directamente del estado sólido al gaseoso. Ahora tenemos que vestirlo.

El doctor había traído consigo la ropa interior. Ninguna era de origen británico y toda estaba abrasada. En general, era un trabajo desagradable, pero uno al que los patólogos y los empleados funerarios se acostumbraban pronto. Simplemente era una manera diferente de pensar, para una clase de trabajo diferente. Pero en ese caso era inusualmente truculento, incluso para esos dos profesionales. Ambos tomarían una copa de más antes de acostarse esa noche. Cuando terminaron volvieron a cargar la caja de aluminio en la furgoneta y la llevaron a Century House. Por la mañana, sir Basil se encontraría una nota sobre su escritorio comunicándole que Rabbit A estaba listo para su último vuelo.

Más tarde, aquella misma noche, a cinco mil kilómetros de allí, en Boston, Massachusetts, hubo una explosión de gas en el segundo piso de un edificio de dos plantas que daba al puerto. En su interior había tres

personas cuando ocurrió. Los dos adultos no estaban casados, pero ambos estaban borrachos y la hija de la mujer, de cuatro años de edad, sin parentesco con el hombre, ya estaba en la cama. El fuego se extendió rápidamente, demasiado de prisa para que los dos adultos, debido a la embriaguez, pudieran reaccionar. Las tres muertes no tardaron en producirse, todas debido a la inhalación de humo más que por las quemaduras, El Departamento de Bomberos de Boston tardó diez minutos en acudir y su equipo de búsqueda y rescate, con la escalera, se abrió paso a través de las llamas bajo la protección de los chorros de agua de dos mangueras, encontraron los cuerpos y los arrastraron hacia afuera, pero se percataron de que habían llegado demasiado tarde. El jefe del equipo pudo decir, casi al instante, lo que había ocurrido. Había habido un escape de gas procedente de la vieja cocina que el propietario no había querido sustituir y, debido a su mezquindad, tres personas habían fallecido. (Por supuesto que con mucho gusto recogería el cheque de la aseguradora y diría cuánto lamentaba el trágico accidente.) Ese no era el primer suceso de ese tipo. Tampoco sería el último, por lo que tanto él como sus hombres tendrían algunas pesadillas con los tres cadáveres, especialmente con el de la niña. Pero así era su trabajo.

La historia era lo suficientemente fresca como para que las noticias de las once siguieran la regla de «si toca los sentimientos, despierta el interés». El jefe de sección de la división de campo del FBI de Boston estaba levantado y mirando la televisión, esperaba el reportaje sobre las finales de béisbol, después de asistir a una cena oficial y perderse la retransmisión en directo de la NBC, y al ver la noticia se acordó inmediatamente del télex descabellado que había recibido por la mañana. Eso lo hizo mascullar una maldición y coger el teléfono.

—FBI —dijo el joven agente de guardia al coger el teléfono.

—Levanta a Johnny de la cama —ordenó el jefe de sección—. Una familia ha muerto en un incendio en la calle Hester. El sabrá qué hacer. Dile que si tiene que llamarme, que lo haga a mi casa.

—Sí, señor.

Y eso fue todo, salvo para el asistente del jefe de sección John Tyler, natural de Carolina del Sur, que prefería el fútbol universitario al béisbol profesional, y que al recibir la llamada estaba leyendo un libro en la cama. Se dirigió refunfuñando al cuarto de baño, después cogió su arma y las llaves del coche y condujo en dirección sur. También había visto el télex de Washington y se preguntaba qué clase de drogas tomaba Emil Jacobs, aunque no le correspondiera explicar el porqué.

Poco después de eso, aunque a cinco zonas horarias hacia el este, Jack Ryan se levantó de la cama, cogió su periódico y encendió el televisor. La CNN, en un informativo nocturno bastante parco, también daba la noticia de Boston, y Jack musitó una oración por las víctimas del incendio, seguida de especulaciones acerca de la conexión de la tubería del gas en su propia cocina. Aunque su casa era mucho más nueva que la barraca que se definía como casa en el sur de Boston. Cuando se quemaban, lo hacían a lo grande y con mucha rapidez. Evidentemente, demasiado de prisa para que esa gente pudiera salir. Se acordó de que su padre a menudo decía lo mucho que respetaba a los bomberos, gente que se

metía en edificios ardiendo en vez de alejarse de ellos. La peor parte del trabajo tenía que ser lo que encontraban inmóvil en el interior. Meneó la cabeza al tiempo que abría su periódico de la mañana y alcanzaba su café, mientras su esposa seguía viendo la noticia del incendio hasta el final y se forjaba sus propias ideas. Se acordó de cuando trataba a víctimas de quemaduras en su tercer curso de la Facultad de Medicina y los gritos horribles que proferían al retirarles los tejidos quemados de las heridas subyacentes, sin poder hacer nada para evitarlo. Pero esas personas de Boston estaban muertas. No le gustaba, pero había visto muchas muertes, porque a veces ganaba el malo, así funcionaban las cosas. No era un pensamiento agradable para una madre, especialmente cuando la niña de Boston tenía los mismos años que Sally y ahora ya no cumpliría ninguno más. Suspiró. Al menos esa mañana efectuaría algunas operaciones quirúrgicas, lo cual realmente mejoraría la salud de alguien.

Sir Basil Charleston vivía en una casa cara de Londres, en el elegante distrito de Belgravia, al sur de Knightsbridge. Era un viudo cuyos hijos mayores se habían emancipado y estaba acostumbrado a vivir solo, aunque siempre disponía de un discreto destacamento de seguridad para atenderlo. También tenía una sirvienta que iba tres veces a la semana para ordenar su casa, pero prefería no tener cocinera, porque le gustaba comer fuera o incluso prepararse él mismo las comidas. Evidentemente disponía de los equipos de seguridad propios de un buen espía: tres clases diferentes de teléfonos, un télex y un nuevo telefax. No tenía ninguna secretaria, pero cuando había mucho movimiento en la oficina y él no estaba allí, un mensajero lo mantenía informado del material impreso que circulaba por Century House. Como estaba convencido de que la oposición vigilaba su casa, creyó que era más inteligente permanecer en ella en tiempo de crisis para dar una imagen de calma. No importaba. Estaba firmemente atado al servicio secreto de Inteligencia mediante un cordón umbilical electrónico.

Fue esa mañana. Alguien de Century House decidió darle a conocer que el servicio secreto de Inteligencia tenía el cuerpo de un hombre adulto para usar en la operación Beatrix; lo que necesitaba con el desayuno, observó Basil con una expresión retorcida. Pero necesitaban tres, uno de ellos una niña, lo cual no era algo en lo que pensar con el té y los copos de avena del desayuno.

Sin embargo, era difícil no emocionarse con la operación Beatrix. Si Rabbit decía la verdad —no todos lo hacían—, ese tipo debía de tener toda clase de información útil en su cabeza. Desde luego, la más útil de todas sería si pudiera identificar a los agentes soviéticos infiltrados en el gobierno de su majestad. Ese era el trabajo propio del servicio de seguridad, erróneamente llamado MI-5, pero las dos organizaciones cooperaban estrechamente, más de lo que la CIA y el FBI lo hacían en Norteamérica, o así se lo parecía a Charleston. Sir Basil y su gente hacía tiempo que sospechaban que había alguna infiltración a alto nivel en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no habían logrado acercársele. Por ello, si lograban sacar a Rabbit y se recordó a sí mismo que uno no debía felicitarse hasta haberlo logrado, eso sería indudablemente algo que su personal le preguntaría, en la casa segura que tenían a las afueras de

Tauton, en las onduladas colinas de Somerset.

—¿No vas a trabajar hoy? —preguntó Irina a su esposo, que ya debería haber salido para la oficina.

—No, y tengo una sorpresa para ti —anunció Oleg.

—¿De qué se trata?

—Mañana nos vamos a Budapest.

—¿Qué? —exclamó, volviendo inmediatamente la cabeza.

—He decidido coger los días de vacaciones que me quedaban y ahora hay un director de orquesta en Budapest, Jozsef Rozsa. Sé que te gusta la música clásica, cariño, y he pensado en llevaros a ti y a zaichik al concierto.

—¡Oh! —fue todo cuanto dijo—. ¿Y qué pasa con mi trabajo en la tienda universal del gobierno?

—¿No puedes escaparte?

—Supongo que sí —admitió Irina—. ¿Pero por qué Budapest?

—Por la música y también podemos comprar cosas allí. Tengo una lista de artículos para algunos del Centro —le dijo.

—¡Ah, sí!... podemos comprar algunas cosas bonitas para Svetlana —reflexionó en voz alta, ya que al trabajar en la tienda universal del gobierno sabía lo que estaba disponible en Hungría y que nunca conseguiría en Moscú, ni siquiera en los almacenes cerrados—. Por cierto, ¿quién es Rozsa?

—Es un joven director húngaro que está haciendo una gira por Europa oriental. Tiene muy buena fama, cariño. El programa creo que incluye a Brahms y a Bach, por una de las orquestas estatales húngaras, y —añadió— muchas buenas compras.

No había una sola mujer en el mundo que no respondiera favorablemente ante esa oportunidad, pensaba Oleg. Esperó pacientemente la próxima objeción:

—No tengo nada que ponerme.

—Querida, por eso vamos a Budapest. Allí podrás comprar cualquier cosa que necesites.

—Bien...

—Acuérdate de empaquetar todo lo que necesites en una maleta. Nos llevaremos maletas vacías para todas las cosas que compremos para nosotros y nuestros amigos.

—Pero...

—Irina, piensa en Budapest como en un gran almacén de artículos de consumo. Magnetoscopios húngaros, pantalones vaqueros, medias occidentales y perfume de verdad. Serás la envidia de toda la oficina de la tienda universal del gobierno —prometió.

—Bien...

—Ya lo pensé. Cariño, ¡vamos de vacaciones! —dijo en un tono varonil.

—Si tú lo dices —respondió con una leve sonrisa codiciosa—. Llamaré a la oficina más tarde para decírselo. Supongo que no me echarán demasiado en falta.

—A los únicos que echan en falta en Moscú son a los miembros del Politburó y sólo durante el día y medio que tardan en sustituirlos —declaró su marido.

Asunto resuelto. Cogerían el tren a Hungría. Irina comenzó a pensar qué guardar en la maleta. Oleg lo dejó a su albedrío. Dentro de una semana o diez días tendremos mejor ropa, se dijo el oficial de Comunicaciones del KGB. Y quizá dentro de un mes o dos irían a ese Disney Planet del Estado norteamericano de Florida...

Se preguntaba si la CIA sabría cuánto confiaba en ellos y rezó, algo inusual en un oficial del KGB, para que llevaran a cabo el asunto tal como él esperaba.

—Buenos días, Jack.

—Hola, Simon. ¿Qué novedades hay en el mundo? —preguntó Ryan mientras se servía el café antes de quitarse la chaqueta.

—Anoche murió Suslov —anunció Harding—. Saldrá en sus periódicos de la tarde.

—Qué lástima. Otra alma que se lleva el diablo, ¿no te parece? —Al menos murió conservando la vista, gracias a Bernie Katz y los muchachos del Johns Hopkins, pensó Ryan—. ¿Se le complicó la diabetes?

—Además de la edad, imagino. Nuestras fuentes nos han dicho que fue un ataque al corazón. Parece increíble que ese asqueroso hijo de puta realmente haya sufrido un ataque cardíaco. En cualquier caso, su sustituto será Mijáil Yevgeniyevich Alexándrov —dijo Harding, encogiéndose de hombros.

—Que no es precisamente moco de pavo. ¿Cuándo enterrarán a Suslov?

—Es un miembro veterano del Politburó. Supongo que harán un funeral de Estado completo, con banda y todo, incineración y un nicho en el muro del Kremlin.

—¿Sabes?, siempre me he preguntado en qué debe pensar un comunista de verdad cuando sabe que se está muriendo. Uno supone que se preguntará si no ha sido todo un gran y jodido error.

—No tengo ni idea. Pero Suslov evidentemente era un verdadero creyente. Probablemente pensó en todo el bien que hizo durante su vida, guiando a la humanidad hacia el futuro radiante del que les gusta hablar.

«Nadie es tan tonto», quería replicar Ryan, pero probablemente Simon estaba en lo cierto. Nada duraba más en la mente de un hombre que una mala idea, y ciertamente el rojo Mike había mantenido sus malas ideas cerca de ese corazón que finalmente dejó de funcionar. Pero la mejor perspectiva de un comunista después de la muerte correspondía con la peor de Ryan, y si el comunista estaba equivocado, entonces, casi literalmente, lo pagaba con el infierno. Mala suerte, Misha, espero que te hayas llevado contigo algún protector solar.

—De acuerdo, ¿qué tenemos para hoy?

—La primera ministra quiere saber si esto tendrá algún efecto en la política del Politburó.

—Dile que no. En términos políticos, Alexándrov podría pasar por hermano gemelo de Suslov. Cree que Marx es Dios, Lenin su profeta y que Stalin estaba bastante en lo cierto, sólo un poco nekulturniy en su aplicación de la teoría política. El resto del Politburó ya no cree en eso, pero tienen que aparentar que lo hacen. Considera a Alexándrov como el nuevo director de la orquesta sinfónica ideológica. Tampoco les gusta ya mucho la música, pero de todos modos bailan a su son, porque es la única

danza que conocen. No creo que afecte a sus decisiones políticas en lo más mínimo. Apuesto a que lo escuchan cuando habla, pero les entra por un oído y les sale por el otro; aparentan respetarlo, pero en realidad no lo hacen.

—Es un poco más complejo que eso, pero has captado lo esencial —reconoció Harding—. El problema es que debo encontrar la manera de decirlo en diez páginas a doble espacio.

—Sí, la burocracia.

Ryan nunca había dominado ese lenguaje y ésa era una de las razones por las que le agradaba tanto al almirante Greer.

—Tenemos nuestros procedimientos, Jack, y la primera ministra, o de hecho todos los primeros ministros, quieren que se lo entreguemos en un lenguaje comprensible.

—Apuesto a que la Dama de Hierro entiende el mismo lenguaje que un estibador.

—Sólo cuando ella lo utiliza, sir John, no cuando otros tratan de hablar con ella.

—Supongo. De acuerdo —reconoció Ryan—. ¿Qué documentos necesitamos?

Ryan decidió consagrar el día a la escritura creativa. Habría sido más interesante investigar su economía, pero en su lugar debía ayudar a redactar una esperada nota necrológica analítica de un hombre que no le gustaba a nadie y que probablemente había muerto sin hacer testamento.

La preparación fue incluso más fácil de lo que pensaba. Haydock esperaba que los rusos estuvieran satisfechos y, estaba seguro, que una llamada a su contacto en el Ministerio de Transporte había funcionado. A las diez de la mañana siguiente, él, Paul Matthews y un fotógrafo del Times estarían en la estación Kiev para hacer un reportaje acerca de los ferrocarriles estatales soviéticos y sus diferencias de los británicos, que al parecer de la mayoría de los ingleses necesitaban alguna mejora, especialmente en la alta dirección.

Matthews probablemente sospechaba que Haydock pertenecía al servicio secreto, pero nunca se lo dijo, porque el espía se había portado muy bien con él, facilitándole información. Era la única manera de cultivar la amistad de un periodista —incluso enseñaban a hacerlo en la academia del servicio secreto de Inteligencia—, pero oficialmente era algo prohibido para la CIA. Los británicos pensaban que el Congreso de Estados Unidos aprobaba las más sorprendentes y absurdas leyes para atar de pies y manos a sus servicios de Inteligencia, aunque estaban seguros de que los agentes de campo las quebrantaban a diario. El había violado algunas de las más suaves de su propia organización. Y, desde luego, nunca le habían pillado. Como tampoco le habían pillado dirigiendo agentes en las calles de Moscú...

—Hola, Tony —dijo Ed Foley al tiempo que le tendía amistosamente la mano al corresponsal del New York Times en Moscú, mientras se preguntaba si Prince sabía cuánto le despreciaba, aunque probablemente era el sentimiento mutuo—. ¿Qué pasa hoy?

—A la espera de una declaración del embajador sobre la muerte de Mijáil Suslov.

—¿Qué te parece que está contento de que ese asqueroso hijo de puta se haya muerto? —dijo Foley, riéndose.

—¿Puedo citar tus palabras? —preguntó Prince con su bloc de notas en la mano.

—No exactamente. No tengo instrucciones sobre este asunto, Tony, y el jefe está ocupado con otras cosas por el momento. Me temo que no dispone de tiempo para verte hasta avanzada la tarde.

—Bien, necesito alguna cosa, Ed.

—«Mijáil Suslov era un importante miembro del Politburó y una importante fuerza ideológica en su país, y lamentamos su pérdida.» ¿Te parece bien?

—Tu primera cita era mejor y más sincera —observó el corresponsal del Times.

—¿Te recibió alguna vez?

—En un par de ocasiones, antes y después de que los doctores del Hopkins lo operaran de la vista —asintió Prince.

—¿Es eso cierto? Quiero decir, he oído varias historias sobre eso, pero nada fiable —dijo Foley, actuando.

—Sí, es cierto —asintió de nuevo Prince—. Llevaba unas gafas con unos cristales que parecían culos de botella de coca-cola. Pensé que era un caballero distinguido. Buenos modales y todo lo demás, pero debajo había un «tipo duro». Creo que era como el sumo sacerdote del comunismo.

—¿Hizo votos de pobreza, castidad y obediencia?

—Bueno, había algo de asceta en él, como si realmente fuera una especie de sacerdote —dijo Prince después de reflexionar un momento.

—¿Tú crees?

—Sí, había algo sobrehumano en ese individuo, como si pudiera ver cosas que el resto de nosotros no alcanzamos a vislumbrar, como un místico o algo por el estilo. Seguro que creía en el comunismo. Tampoco se disculpó por ello.

—¿Era estalinista? —preguntó Foley.

—No, pero treinta años atrás lo habría sido. Puedo verlo firmando la orden para matar a alguien. Eso no le quitaba el sueño, no a nuestro Mishka.

—¿Quién va a sustituirlo?

—No estoy seguro —admitió Prince—. Mis contactos dicen que no lo saben.

—Creía que estaba muy unido a otro Mike, ese tal Alexándrov —sugirió Foley, preguntándose si los contactos de Prince eran tan buenos como él creía.

Para los líderes soviéticos, joder a los periodistas occidentales era un juego. En Washington era diferente, ya que los periodistas tenían un poder que podían ejercer contra los políticos. Eso allí no era aplicable. Los miembros del Politburó no temían a los periodistas en absoluto, en realidad ocurría más bien todo lo contrario.

—Quizá, pero no estoy seguro. ¿Qué dicen por aquí?

Era evidente que los contactos de Prince no eran tan buenos.

—Aún no he estado en el comedor y, por tanto, no he oído chismorreos, Tony —respondió elusivamente Foley.

No esperarás realmente que te dé una sugerencia, pensó. —Bueno, lo sabremos mañana o pasado mañana.

Pero te gustaría ser el primer periodista en hacer una predicción y quieres que yo te ayude, ¿verdad? No en esta vida, pensó Foley, pero después tuvo que recapacitar. Prince quizá no fuera un amigo valioso, pero se lo podía utilizar y no tenía sentido crearse enemigos sin ton ni son. Por otra parte, ayudarlo podía sugerir que era un espía, o que conocía a los espías, y Tony Prince era uno de esos individuos a los que les gustaba hablar y mostrar a la gente lo listo que era... Era preferible que Prince lo tomara por un tonto, porque diría a todos sus conocidos lo listo que era él y lo bobo que era Ed.

Como había aprendido en La Granja, la mejor de las tapaderas era que lo tomaran por un memo, y aunque eso resultara algo doloroso para su amor propio, lo ayudaba en su misión, y Ed Foley consagraba su vida a la misma. Por tanto... a la mierda Prince y lo que pensara. En esta ciudad, soy yo quien marca la diferencia, se dijo.

—¿Sabes qué?, preguntaré por ahí a ver qué piensa la gente.

—Eso está bien.

No esperaba nada útil de ti, pensó Prince, casi en voz alta.

Era menos hábil de lo que creía ocultando sus sentimientos. Nunca sería un buen jugador de póquer, pensó el jefe de la delegación al verlo salir. Consultó su reloj de pulsera y vio que era la hora de comer.

Al igual que la mayoría de las estaciones europeas, Kiev estaba pintada de un color amarillo pálido, como muchos de los viejos palacios reales, como si a principios del siglo xix hubiera habido un excedente de mostaza y a algún que otro rey le hubiera gustado su color y hubiera decidido plasmarlo en todos sus palacios. Gracias a Dios, nada semejante había ocurrido en Gran Bretaña, pensó Haydock. El techo era de cristal con marcos de hierro para permitir que penetrara la luz, pero dado que en Londres el cristal rara vez, o nunca, se limpiaba, estaba cubierto de hollín de las ya desaparecidas máquinas de vapor, con sus calderas de carbón.

Pero los rusos seguían siendo rusos. Llegaban al andén cargados con sus maletas baratas y casi nunca estaban solos, mayoritariamente iban en grupos familiares, incluso cuando sólo uno de ellos cogía el tren. Eso permitía presenciar emotivas despedidas, con besos apasionados de hombres a mujeres y de hombres a hombres, lo cual los ingleses veían como algo extraño. Pero era una costumbre local y todas las costumbres locales eran raras para los visitantes. La salida del tren para Kiev, Belgrado y Budapest estaba prevista para las 13.00 horas y los ferrocarriles rusos, al igual que el metro de Moscú, se ceñían a su horario con precisión.

A unos metros de allí, Paul Matthews estaba conversando con un representante de los ferrocarriles estatales soviéticos. Hablaban del tipo de máquinas, que desde que el camarada Lenin decidió electrificar la URSS y eliminar los piojos, eran todas eléctricas. Aunque parezca mentira, las anteriores eran mejores que las actuales.

La gran locomotora VL80T, de doscientas toneladas de acero, estaba a la cabeza del tren en la vía tres, con tres vagones diurnos de tercera, un vagón restaurante y seis coches cama de clase internacional, más tres

vagones de correo detrás de la locomotora. Había varios revisores y camareros en el andén con aspecto hosco, como era habitual en los rusos que trabajaban en servicios públicos.

Haydock no dejaba de mirar a su alrededor, con las fotos de Rabbit y su conejito presentes en su mente. El reloj de la estación marcaba las 12.15 y coincidía con su reloj de pulsera. ¿Aparecería Rabbit? Haydock prefería llegar temprano para coger un vuelo o el tren, seguramente debido a que de niño se quedó en tierra en alguna ocasión. Fuera cual fuese la razón, él estaba allí para el tren de la una en punto. Pero nadie más pensaba de esa forma, recordó Nigel, por ejemplo su esposa. Le preocupaba ligeramente que su esposa diera a luz en el coche, de camino al hospital. Menudo lío se formaría, pensó el espía mientras Paul Matthews hacía sus preguntas y el fotógrafo iba sacando instantáneas con su película Kodak. Finalmente...

Sí, allí estaba Rabbit con su señora y el conejito. Nigel le dio un golpecito en el hombro al fotógrafo.

—Saca una foto de esa familia que se está acercando con esa niña tan bonita —observó, por si acaso alguien los oía.

El fotógrafo disparó diez instantáneas, después cogió otra cámara Nikon y tomó otras diez. Excelente, pensó Haydock. Tendría las fotografías antes de que la embajada cerrara por la noche, sacaría varias copias, se las entregaría en mano personalmente a Ed Foley y se aseguraría de que las demás salieran por mensajero real, como llamaban formalmente los británicos al correo diplomático, para asegurarse de que estuvieran en manos de sir Basil antes de acostarse. Se preguntaba cómo se las arreglarían para ocultar la deserción de Rabbit; con toda seguridad, se requerían cadáveres. Era desagradable, pero posible. Se sentía satisfecho de no tener que resolver todos los detalles.

La familia Rabbit pasó a unos tres metros de él y de su amigo periodista. No cruzaron palabra alguna, aunque la niña, como las niñas en todas partes, cuando pasó se volvió para mirarlo. El le guiñó un ojo y ella le sonrió. Después siguieron adelante hasta llegar a un guarda al que le enseñaron los billetes.

Matthews siguió haciendo sus preguntas al sonriente empleado de los ferrocarriles rusos, que le respondía con suma cortesía.

A las doce horas cincuenta y nueve minutos y treinta segundos, el revisor, o al menos eso le pareció a Haydock por el uniforme gastado, caminó arriba y abajo al lado del tren, asegurándose de que todas las puertas menos una estuvieran cerradas. Sopló un silbato y agitó una varita parecida a una pala para que el maquinista supiera que era la hora de la salida, y a las trece horas en punto sonó la sirena y el tren comenzó a alejarse del andén, aumentando la velocidad progresivamente por la espaciosa vía en dirección a Kiev, Belgrado y Budapest.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LAS LLANURAS ONDULANTES

Para Svetlana aquello era como una aventura, aunque realmente lo era para todos ellos, ya que nadie de la familia Zaitzev había cogido nunca un tren de largo recorrido. La zona de vías a la salida de la estación era como en cualquier otro lugar: kilómetros de raíles paralelos convergiendo y divergiendo, llenos de vagones de carga en forma de caja o de plataforma que transportaban quién sabe qué a quién sabe dónde. La aspereza de las vías daba la sensación de que aumentaba la velocidad. Oleg e Irina encendieron unos cigarrillos y miraron con interés superficial a través de las grandes y mugrientas ventanas. Los asientos no estaban mal y Oleg había visto que las camas se desplegaban hacia abajo por encima de sus cabezas.

De hecho, tenían dos compartimentos con una puerta que los conectaba. Los paneles eran de madera de abedul, y cada compartimento tenía su propio cuarto de baño, por lo que zaitchik, por primera vez en su vida, podía disponer de uno para ella sola, algo que aún tenía que apreciar.

Cuando hacía cinco minutos que habían salido de la estación, pasó el revisor para comprobar los billetes, que Zaitzev le entregó.

—¿Pertenece usted a los servicios de seguridad del Estado? —preguntó el revisor cortésmente.

0 sea, que la oficina de viajes del KGB había llamado interesándose por él, pensó Zaitzev. Aquella gallina de escritorio probablemente tenía mucho interés en que le trajera las medias para su esposa.

—No estoy autorizado para hablar de ello, camarada —contestó Oleg Ivan'ch con una dura mirada, asegurándose de que el ferroviario apreciaba su importancia.

Ésa era una manera de asegurarse un buen servicio. Ser un oficial del KGB no era tan bueno como ser miembro del Politburó, pero sí mejor que ser el encargado de una fábrica. No es que le tuvieran pavor al KGB, pero no querían llamar la atención para que no cayera sobre ellos la mirada adversa del organismo.

—Sí, desde luego, camarada. Si necesita cualquier cosa, por favor, llámeme. La cena se sirve a las 18.00 horas y el vagón restaurante es el siguiente de delante —dijo, indicando el camino.

—¿Cómo es la comida? —decidió preguntar Irina.

Con toda seguridad, ser la esposa de un oficial del KGB tenía sus ventajas...

—No está mal, camarada —respondió el revisor cortésmente—. Yo también como allí —añadió, lo cual era significativo, pensaron Oleg e Irina.

—Gracias, camarada.

—Disfruten de su viaje con nosotros —dijo, y siguió su camino.

Ambos, Oleg e Irina, sacaron unos libros. Svetlana presionaba su nariz contra la ventana para contemplar cómo el mundo se desplazaba ante sus ojos, y así comenzó el viaje, cuyo destino final sólo conocía uno de ellos. El paisaje de Rusia occidental consiste básicamente en una serie de llanuras ondulantes y horizontes lejanos, no muy distinto del de Kansas o el del este de Colorado. Era aburrido para todos menos para su zaichik, a quien todo le resultaba nuevo y excitante, especialmente el ganado que pacía en las praderas. Las vacas —pensó ella— estaban muy tranquilas.

En Moscú, Nigel Haydock y Paul Matthews agradecieron al funcionario del Ministerio de Transporte su espléndida ayuda y se marcharon hacia la embajada británica. La embajada disponía de un laboratorio fotográfico, al que se dirigió el fotógrafo mientras Matthews seguía a Nigel hasta su despacho.

—Entonces, Paul, ¿hay alguna historia útil en eso?

—Supongo que debe de haberla. Pero ¿es importante que la haya?

—Bueno, para mí ya tiene valor que los soviéticos crean que la gloria de su país sea el centro de atención —explicó Haydock con una risita.

—Supongo que puedo provocar algo. Dios sabe que los ferrocarriles británicos necesitan un empujón. Quizá esto anime al tesoro público para que les aumente el presupuesto —dijo Matthews, que sospechaba que su interlocutor era un espía.

—No es mala idea —reconoció Nigel.

Estaba claro que su invitado tenía sus sospechas, pero decidió no decir nada. Quizá lo haría más adelante, cuando regresara a un escritorio en Century House y se encontraran en algún bar de Fleet Street.

—¿Quieres ver nuestras fotos?

—¿Te importa?

—En absoluto. Como bien sabes, la mayoría las tiramos.

—Estupendo —respondió Haydock antes de abrir el armario que se encontraba detrás de su escritorio—. ¿Te apetece algo para beber, Paul?

—Gracias, Nigel. Sí, un jerez estaría bien.

Después de dos copas de jerez entró el fotógrafo con una carpeta llena de fotografías. Haydock la cogió y comenzó a mirarlas.

—Haces un trabajo excelente. ¿Sabes?, cuando yo uso mi cámara Nikon, casi nunca me salen bien la fotos, por la luz... —explicó.

Había una buena foto de la familia Rabbit y, lo más importante, la señora Rabbit. Había tres, a cuál mejor. Las metió en su cajón y devolvió la carpeta. Matthews siguió su ejemplo.

—Bien, tengo que regresar a mi oficina y escribir la historia. Gracias por la pista, Nigel.

—Ha sido un placer, Paul. ¿Conoces la salida?

—Perfectamente, amigo.

Matthews y su fotógrafo desaparecieron por el pasillo. Haydock volvió a centrar su atención en las fotos. La señora Rabbit era típicamente rusa; con aquella cara eslava redonda, podría tener un millón de hermanas idénticas en toda la Unión Soviética. Debería perder algunos kilos y maquillarse en Occidente... si llegaban allí, pensó. Medía más o menos un metro sesenta y dos; pesaba unos sesenta y tres kilos, no estaba mal. La niña era una monada, con sus vivos ojos azules y su expresión feliz; era demasiado joven para esconder sus sentimientos tras una máscara inexpresiva, como allí hacían la mayoría de los adultos. No, los niños eran iguales en todas partes, con su inocencia y su curiosidad insaciable. Pero lo más importante era que ahora tenían fotos de gran calidad de toda la familia Rabbit.

El mensajero estaba en la planta superior, cerca del despacho del embajador, sir John Kenny. Haydock le pasó un sobre amarillo sellado con un broche metálico, cola y cera por encima de la solapa. Iba dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores, de donde pasaría directamente a Century

House a través del Támesis desde Whitehall. El maletín del mensajero era de piel cara con el escudo de armas de la casa real de Windsor, grabado y repujado en ambos lados. También había un par de esposas para asegurarlo a su muñeca, a pesar de las severas reglas de la convención de Viena. El mensajero real tenía un coche esperando para llevarlo al aeropuerto internacional Sheremetyevo, donde cogería el vuelo de regreso a Heathrow del 737 de British Airways. Las fotos estarían en manos de sir Basil antes de que se fuera a casa por la noche, y seguro que algunos expertos de Century House se quedarían hasta tarde aquella noche para re-pasarlas. Esa sería la última comprobación oficial para ver si Rabbit era auténtico. Compararían su cara con las que tenían de oficiales de seguridad y de campo del KGB, y si se habían burlado de ellos, Ed y Mary Foley lo pasarían mal. Pero Haydock confiaba en que eso no sucediera. Estaba de acuerdo con sus homólogos de la CIA: ése parecía real. Pero también lo parecía la buena gente del Segundo Directorio. Su última parada fue en Comunicaciones para mandar un mensaje urgente a la jefatura central de los servicios secretos de Inteligencia, notificándoles que había salido un importante mensaje sobre la operación Beatrix vía mensajero. Eso abriría los ojos de todos de par en par y un hombre del servicio secreto de Inteligencia estaría esperando ese sobre en particular en la oficina del correo, en Whitehall. A pesar de lo lenta que podía ir la burocracia gubernamental, Haydock pensó que, cuando había que hacer algo importante, normalmente se hacía con rapidez, al menos en el servicio secreto de Inteligencia.

El vuelo tardó dos horas y veinte minutos en llegar a la terminal tres de Heathrow, con un poco de retraso debido a los vientos en contra. Allí, un representante del Ministerio de Asuntos Exteriores llevó rápidamente al mensajero a Londres en un Jaguar negro, y el mensajero real hizo su entrega antes de dirigirse a su oficina. Incluso con antelación a su llegada, un oficial del servicio secreto de Inteligencia había llevado el paquete a Westmínster Bridge a través del Támesis.

—¿Lo tiene? —preguntó sir Basil.

—Aquí está, señor. —El mensajero le pasó el sobre. Charleston comprobó los cierres y, satisfecho al ver que no había sido manipulado, lo abrió con su abrecartas. Entonces, por primera vez vio el aspecto de Rabbit. Tres minutos más tarde entró Alan Kingshot y Charleston le pasó las fotografías.

—Correcto, Alan —confirmó sir Basil.

—Tiene un aspecto muy normal, y su esposa también. La niña es bastante mona —pensó el espía veterano en voz alta—. Están camino de Budapest, ¿verdad?

—Hace cinco horas y media que salieron de la estación Kiev.

—Nigel ha trabajado de prisa —dijo Kingshot mientras examinaba más detenidamente las fotos y se preguntaba qué información albergaría el cerebro de aquel hombre y si alguna vez la usarían—. Así que Beatrix sigue adelante... ¿Tenemos los cadáveres?

—El hombre de York se le parece bastante. Aunque creo que tendremos que quemarle la cara —observó Charleston, disgustado.

—No me sorprende, señor —declaró Kingshot—. ¿Qué hay de los otros

dos?

—Tenemos dos candidatos de Norteamérica. Una madre y una hija que murieron en el incendio de una casa en Boston, según tengo entendido. El FBI está trabajando en ello tal como hablamos. Tenemos que hacerles llegar la foto lo antes posible para asegurarnos de que los cuerpos encajen.

—Ahora me ocuparé de ello si le parece, señor.

—Sí, Alan, hágalo, por favor.

Abajo tenían una máquina bastante nueva para enviar fotos en color, parecida a las que usaban los periódicos y que era de muy fácil manejo, según le dijo el operador a Kingshot. Sólo introdujo un instante la foto para pasarla. La transmisión a una máquina Xerox idéntica en Langley tardó menos de dos minutos. Luego Kingshot devolvió la foto al despacho de Charleston.

—Ya está hecho, señor —dijo, y sir Basil le indicó con la mano que tomara asiento.

Charleston consultó su reloj de pulsera para darles un margen de cinco minutos, ya que el edificio de la jefatura central de la CIA era muy grande y el equipo de Comunicaciones se encontraba en el sótano. Entonces llamó a la línea privada del juez Moore.

—Buenas tardes, Basil —dijo la voz de Moore a través del circuito digitalizado.

—Hola, Arthur. ¿Tienes la fotografía?

—Acabo de recibirla. Parece una bonita familia —observó el director de la CIA—. ¿Las fotos son de la estación del ferrocarril?

—Sí, Arthur, ya están en camino. Llegarán a Budapest dentro de unas veinte, no, diecinueve horas.

—De acuerdo, ¿estáis listos ahí?

—Pronto lo estaremos. No obstante, está el asunto de esa gente desafortunada de Boston. Tenemos el cadáver del hombre que, a primera vista, parece que encajará bien con nuestro propósito.

—De acuerdo, haré que el FBI acelere las cosas aquí —respondió Moore.

Tenía que hacer llegar esa fotografía al edificio Hoover cuanto antes. Quizá también compartiría ese truculento asunto con Emil, pensó.

—Muy bien, Arthur. Te mantendré al corriente.

—Estupendo, Bas. Hasta pronto.

—Excelente —dijo Charleston antes de colgar el teléfono y mirar a Kingshot—. Dile a nuestra gente que prepare el cadáver para transportarlo a Budapest.

—¿De cuánto tiempo disponemos, señor?

—Tres días estará bien —pensó en voz alta sir Basil.

—De acuerdo —asintió Kingshot, y abandonó el despacho.

Después de meditarlo un momento, Charleston decidió que era hora de avisar a otro norteamericano y pulsó otro botón de su teléfono. Eso sólo le llevó un minuto y medio.

—Sí, señor —dijo Ryan al entrar en su despacho.

—Su viaje a Budapest será dentro de tres días, quizá cuatro, pero lo más probable es que sean tres.

—¿Desde dónde partiré?

—Hay un vuelo matinal de British Airways desde Heathrow. Puede ir desde aquí o coger un taxi desde la estación Victoria. En el vuelo lo

acompañará uno de los nuestros, y en Budapest se encontrará con Andy Hudson, nuestro jefe de delegación. Un buen hombre. Su delegación es pequeña pero buena.

—Sí, señor —dijo Ryan sin saber qué más decir ante la perspectiva de su primera misión como espía de campo, cuando de pronto se le ocurrió una pregunta—: ¿Qué va a ocurrir exactamente?

—No estoy seguro aún, pero Andy tiene buenos contactos con los contrabandistas locales. Supongo que organizará el cruce de la frontera de Yugoslavia y, desde allí, a casa en vuelo comercial.

—De acuerdo, espero que funcione.

Fantástico, más malditos aviones —pensó Ryan—. ¿No podríamos coger el tren? Pero se suponía que a los ex marines no les daban miedo.

—Puede hablar discretamente con Rabbit —advirtió Charleston—. Y después se le permitirá estar presente en nuestra toma de información inicial en Somerset. Y finalmente, espero que forme parte de la escolta para llevarlo a Estados Unidos, probablemente en un avión de transporte de las fuerzas aéreas estadounidenses desde la base de la RAF en Benwaters.

Cada vez mejor, pensó Jack. Su odio a volar era algo que tendría que vencer y su inteligencia le decía que, tarde o temprano, eso sucedería. El problema era que aún no lo había superado. Bueno, por lo menos no volaría a cualquier lugar en un CH-46, con unas transmisiones deficientes. Iría directamente a su destino.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera de casa?

Y durmiendo lejos de mi esposa, pensó Ryan.

—Cuatro días, como mucho siete. Depende de cómo vayan las cosas en Budapest —respondió Charleston—. Eso es difícil de predecir.

Ninguno de ellos había comido anteriormente a cien kilómetros por hora. Para su muchachita, la aventura cada vez iba a mejor. La cena fue aceptable. Constaba de ternera, que era lo habitual en la Unión Soviética y, por tanto, no podía desagradarles, acompañada de patatas y verdura y, por supuesto, una garrafa de vodka, de una de las mejores marcas, para alegrar el viaje. Ahora se dirigían hacia poniente por un territorio exclusivamente ganadero. Irina se inclinó sobre la mesa para cortar la carne para su zaichik y la observó mientras cenaba, como la muchacha mayor que decía ser, junto con un vaso de leche fría.

—¿Estás nerviosa por el viaje, cariño? —le preguntó Oleg a su esposa.

—Sí, especialmente por las compras.

En parte, Oleg Ivan'ch estaba tranquilo, a decir verdad, más que desde hacía varias semanas. Su traición, como lo interpretaba parte de su conciencia, ya estaba en marcha. ¿Cuántos de sus compatriotas o, en realidad, cuántos de sus compañeros de trabajo en el Centro aprovecharían la oportunidad si tuvieran el valor de hacerlo?, se preguntaba. Quién sabe. Vivía en un país y trabajaba en una oficina donde todos escondían sus pensamientos íntimos. Y en el KGB, incluso la costumbre rusa de consagrar estrechas amistades, confiándole a otro información que podría llevarlo a uno a la cárcel, con el convencimiento de que un amigo verdadero nunca te denunciaría, no existía; un oficial del KGB no hacía esas cosas. El KGB se basaba en un equilibrio dicotómico

entre la lealtad y la traición. La lealtad al Estado y a sus principios, y la traición a cualquiera que los violara. Pero como ya no creía en esos principios, se había volcado en la traición para salvar su alma.

Y ahora la traición estaba en marcha. Si el Segundo Directorio tuviera conocimiento de sus planes, estarían locos por encontrarlo en este tren. Podría abandonarlo en cualquier parada intermedia, o simplemente saltar del tren cuando aminorara la marcha al acercarse a algún punto preestablecido y escapar a manos occidentales que estuvieran aguardándolo en algún lugar. No, estaba a salvo, al menos mientras estuviera en este tren. Por tanto, de momento podía estar tranquilo, viendo pasar los días y esperar a ver qué ocurría. Se repetía incesantemente que hacía lo correcto y eso le producía una sensación de seguridad personal, aunque ilusoria. Si existiera un dios, ciertamente protegería a un hombre que huía de la maldad.

En casa de Ryan volvían a cenar espaguetis. Cathy tenía una receta de su madre —que no tenía ni una gota de sangre italiana en las venas— para una salsa particularmente buena, que a su esposo le encantaba, especialmente con un pan italiano que Cathy compraba en una panadería del centro de Chatham. Como no tenía intervenciones quirúrgicas programadas para el día siguiente, tomaban vino con la cena. Ahora era el momento apropiado para decírselo.

—Cariño, tengo que salir de viaje unos cuantos días.

—¿Para eso de la OTAN?

—Me temo que sí, cariño. Parece que serán unos tres o cuatro días, quizá un poco más.

—¿De qué se trata, puedes contarlo?

—No, no estoy autorizado.

—¿Asunto de duendes?

—Sí —era lo único que sí estaba autorizado a responder.

—¿Qué es un duende? —preguntó Sally.

—Lo que hace papá —respondió Cathy sin reflexionar. —¿Cómo en el magodoz? —insistió Sally.

—¿Cómo dices? —preguntó su padre.

—¿No te acuerdas de que el León Cobarde dice que cree en los duendes? —señaló Sally.

—Ah, te refieres al Mago de Oz.

Hasta ahora seguía siendo su película favorita.

—Eso es lo que había dicho, papá.

¿Cómo podía ser tan estúpido su padre?

—Bueno, no, papá no es uno de ésos —dijo Jack a su hija. —Entonces, ¿por qué lo ha dicho mamá? —insistió Sally. Al instante, Jack pensó que la niña sería una buena agente del FBI.

—Sally, mamá sólo bromeaba —aclaró Cathy.

—¡Ah! —exclamó Sally, concentrándose de nuevo en sus espaguetis.

Jack miró a su mujer. No podían hablar jamás de su trabajo delante de su hija. Los niños no guardaban nunca un secreto durante más de cinco minutos. Había aprendido que nunca debías decir algo a un niño que no pudieras publicar en la primera página del Washington Post. En Grizedale Close, todo el mundo sabía que John Patrick Ryan trabajaba en la

embajada de Estados Unidos y que tenía la suerte de estar casado con una cirujana. No precisaban saber que era agente de la CIA. Tendrían demasiada curiosidad y harían demasiadas bromas al respecto.

—¿Tres o cuatro días? —preguntó Cathy.

—Eso es lo que me han dicho. Quizá un poco más, pero creo que no mucho.

—¿Es importante?

Sally había heredado la naturaleza inquisitiva de su madre, pensó Jack... y quizá un poco de él mismo.

—Sí, tan importante que me obligan a coger un avión. Eso realmente funcionó. Cathy sabía cuánto odiaba volar su esposo.

—Bueno, tienes tu receta de Valium. ¿Quieres también un betabloqueador?

—No, gracias, cariño, esta vez no.

—Si te mareas, será fácil de entender.

No hizo falta que añadiera «y más fácil de tratar».

—Cariño, ¿no estabas tú allí cuando me partí la espalda? Tengo malos recuerdos de los vuelos. Quizá, cuando volvamos a casa, podamos viajar en barco —añadió con un deje de esperanza en la voz. Pero no, no funcionaría así. En el mundo real nunca lo hacía.

—Volar es divertido —protestó Sally.

Definitivamente lo había heredado de su madre.

El cansancio al viajar es algo inevitable, por lo que la familia Zaitzev tuvo una grata sorpresa cuando regresaron a sus compartimentos y se encontraron las camas abiertas. Irina le puso a su hija un pequeño camisón amarillo, con flores en lo que era el corpiño. Dio a sus padres el beso de buenas noches de costumbre, trepó a su cama ella sola —insistió en hacerlo— y se metió entre las sábanas. En vez de dormirse, apoyó su cabeza en la almohada y se quedó mirando por la ventana el oscuro paisaje. Sólo se veían algunas luces de los edificios de las granjas colectivas, pero hasta eso fascinaba a la muchachita.

Sus padres dejaron un poco abierta la puerta intermedia, por si tenía alguna pesadilla o necesitaba su ayuda y darle así un abrazo tranquilizador. Antes de acostarse, Svetlana ya había mirado debajo de la cama por si había algún lugar donde pudiera esconderse un gran oso negro, y se quedó tranquila al comprobar que no había ninguno. Oleg e Irina cogieron sus libros y se fueron durmiendo gradualmente con el balanceo del tren.

—Beatrix está en marcha —le comunicó Moore al almirante Greer—. Rabbit y su familia están en el tren, probablemente cruzando los Urales en este mismo momento.

—Odio esta espera —observó el subdirector de Inteligencia.

Para él era más fácil admitirlo. Nunca había participado en ninguna misión de campo. No, siempre había trabajado en un despacho, examinando información importante. Eran ocasiones como ésa las que le recordaban el placer de estar en el barco de guerra, en su caso principalmente submarinos, donde uno podía percibir el viento y las olas,

sentir la brisa en la cara y, sólo por decir algo, cambiar el rumbo y la velocidad de su barco, en lugar de abandonar su suerte al océano y a un enemigo lejano. Uno tenía la impresión de ser el dueño de su propio destino.

—La paciencia es la virtud más difícil de adquirir, James, y cuanto más arriba estás, más necesitas a esta hija de puta. Para mí, esto es como sentarse en el tribunal a esperar que los abogados lleguen a sus malditas conclusiones. Puede durar una eternidad, especialmente cuando sabes lo que dirán esos charlatanes —admitió Moore.

También había pasado por allí y había hecho lo mismo. Pero gran parte de aquel trabajo también era la espera. Nadie podía controlar esa suerte, como se aprendía más tarde en la vida. Uno trataba de avanzar procurando cometer el menor número de errores posible.

—¿Has hablado de esto con el presidente?

—No hay razón para preocuparlo en demasía. Si cree que ese tipo tiene información que él desconoce, joder, ¿por qué decepcionarlo? Ya lo hacemos a menudo nosotros.

—Arthur, nunca disponemos de suficiente información, y cuanta más obtenemos, más apreciamos la que necesitamos y no tenemos.

—James, amigo mío, tampoco ninguno de nosotros ha sido educado para ser filósofo.

—Eso viene con las canas, Arthur.

En ese momento entró Mike Bostock.

—Un par de días más y Beatrix entrará en los anales de la historia —anunció con una sonrisa.

—Mike, ¿dónde coño aprendiste a creer en Papá Noel? —preguntó el director de la CIA.

—Juez, es así: tenemos a un hombre que está desertando en este mismo momento. Disponemos de un buen equipo para sacarlo de la tierra roja. Uno debe confiar en que sus tropas harán el trabajo que se les ha encomendado.

—Pero no todas las tropas son nuestras —señaló Greer. —Basil está dirigiendo una buena operación, almirante; lo sabes.

—Cierto —admitió Greer.

—¿Entonces sólo esperas a ver lo que hay bajo el árbol de Navidad, Mike? —preguntó Moore.

—He mandado mi carta a Papá Noel y él siempre reparte. Todo el mundo lo sabe. ¿Qué vamos a hacer con él cuando llegue?

—Llevarlo a La Granja, a las afueras de Winchester, supongo —pensó Moore en voz alta—. Debemos darle un lugar bonito para que se relaje y dejar que haga excursiones por los alrededores.

—¿Qué estipendio se le dará? —preguntó Greer.

—Depende —respondió Moore, que era quien controlaba los fondos reservados de la CIA—. Si su información es buena... al menos un millón, imagino. Y un bonito lugar para trabajar, cuando se lo hayamos sonsacado todo.

—Me pregunto dónde —dijo Bostock.

—Eso dejaremos que lo decida él.

Era un proceso simple y complejo a la vez. La familia Rabbit tendría que aprender inglés, adquirir nuevas identidades... Necesitarían nuevos nombres al llegar, y probablemente simularían ser inmigrantes noruegos

para justificar su acento. La CIA tenía autorización para admitir anualmente un total de cien nuevos ciudadanos a través del servicio de nacionalización e inmigración y nunca lo usaban por completo. La familia Rabbit también necesitaría un juego de números de la Seguridad Social, permisos de conducir, probablemente también tendrían que tomar lecciones conducir, quizá los dos —la esposa con toda seguridad—, de la Commonwealth of Virginia. (La CIA tenía una relación cordial con el gobierno del Estado. Richmond nunca preguntaba demasiado.)

Luego estaba la ayuda psicológica para gente que había abandonado todo lo que siempre había conocido y que tenía que aprender la manera de vivir en un país muy diferente del suyo. La organización pagaba para ello a un profesor de psicología de la Universidad de Columbia. A continuación llamarían a antiguos desertores para que los llevaran de la mano durante la transición. Nada de eso era fácil para los nuevos inmigrantes. Para los rusos, Norteamérica era como una tienda de juguetes para un niño que nunca había visto una, era abrumador en todos los sentidos, con prácticamente ningún punto en común de referencia, casi como otro planeta diferente. Tenían que ponérselo lo más fácil posible a los desertores. En primer lugar, como recompensa por la información, y en segundo lugar, para asegurarse de que no quisieran regresar a su país, que aunque podría suponer la muerte, al menos para el esposo, ya había ocurrido con anterioridad; así de fuerte era la llamada del hogar para un hombre.

—Si le gusta el clima frío, envíalo a Saint Paul de Minneapolis —sugirió Greer—. Pero caballeros, nos estamos precipitando.

—James, tú siempre eres la voz de la sensatez —observó con una sonrisa el director de la CIA.

—Alguien debe serlo. Los huevos aún no se han incubado, señores. Cuando lo hagan, contaremos los polluelos.

—¿Y si no sabe nada? —pensó Moore—. ¿Y si solamente quiere un billete de salida?

—¡Maldito trabajo!, concluyó el director de la CIA.

—Bien, Basil nos mantendrá informados y además tenemos a Ryan, nuestro muchacho, velando por nuestros intereses.

—Eso es una gran noticia, juez. Basil se estará riendo de ello mientras toma una cerveza.

—Es un buen muchacho, Mike. No lo subestimes. Los que lo hicieron están ahora en la penitenciaría estatal de Maryland, esperando los procesos de apelación —dijo Greer en defensa de su protegido.

—Bueno, sí, había sido marine —concedió Bostock—. ¿Qué le digo a Bob cuando llame?

—Nada —respondió al instante el director de la CIA—. Hasta que averigüemos de Rabbit qué parte de nuestras comunicaciones están comprometidas, debemos ir con cuidado con lo que transmitimos. ¿Está claro?

—Sí, señor —respondió Bostock asintiendo con la cabeza como un alumno de primero.

—He ordenado a S y T que revisen las líneas telefónicas. Dicen que están limpias. Chip Bennett todavía está hecho un buen lío y girando en círculos en Fort Meade.

No era necesario que Moore dijera que esa suposición de Rabbit era la

revelación más terrorífica para Washington desde Pearl Harbor. Pero quizá pudieran devolverles la pelota a los rusos. En Langley, como en cualquier otra parte, no se perdía la esperanza. Era improbable que los rusos supieran algo que el Directorio de Ciencia y Tecnología no conociera; pero para ver las cartas tenías que pagar.

Ryan preparaba su equipaje en silencio. Cathy lo hacía mejor, pero no sabía qué necesitaría. ¿Qué tenía que poner un agente secreto en su maleta? Un traje de negocios. ¿Sus útiles de marine? (Aún los guardaba, incluida la barra de grasa para el cuello.) ¿Unos bonitos zapatos de piel? ¿Zapatillas? Pensó que eso era apropiado. Finalmente se decidió por un traje moderado y dos pares de zapatos para andar, uno medio formal y otro informal. Y todo debía caber en una bolsa, una pequeña bolsa deportiva. Al ser de lona, era fácil de llevar y bastante anónima. Dejó su pasaporte en el cajón del escritorio. Sir Basil le daría uno nuevo británico, otro pasaporte diplomático, de los de «jódete». Probablemente con un nuevo nombre. Maldita sea —pensó Jack—, otro nombre para acordarse y responder al mismo. Estaba acostumbrado a tener uno solo.

Una cosa agradable acerca de Merrill Lynch: uno siempre sabía quién coño era. Seguro —siguió pensando Jack—, deja que todo el maldito mundo sepa que eras un esbirro de Joe Muller. No en esta vida. Cualquier imbécil dogmático podía hacer dinero, y su suegro era uno de ellos.

—¿Has terminado? —preguntó Cathy a su espalda.

—Casi, cariño —respondió Jack.

—No será peligroso lo que estás haciendo, ¿verdad?

—Confío en que no lo sea.

Pero Jack no sabía mentir y su incertidumbre era suficientemente expresiva.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo dije, ¿recuerdas?, a Alemania.

Maldita sea. Me ha pillado otra vez.

—¿Algo sobre la OTAN?

—Eso es lo que me han dicho.

—¿Qué haces en Londres, Jack? Century House es del servicio de Inteligencia y...

—Cathy, ya te lo he explicado otras veces. Soy un analista. Examino informaciones de diferentes fuentes, trato de averiguar qué significan y escribo informes para que los lean ciertas personas. No es tan diferente de lo que hacía en Merrill Lynch. Mi trabajo consiste en examinar información y entender lo que significa realmente. Creen que soy bueno en esto.

—¿Pero nada de pistolas? —dijo Cathy entre pregunta y observación.

Jack suponía que se debía a su trabajo en la sala de urgencias del Hopkins. En general, a los médicos no les interesaban mucho las armas de fuego, salvo a los aficionados a cazar pájaros en otoño. A Cathy no le gustaba la escopeta Remington descargada que guardaba en su armario, pero aún le gustaba menos la Browning Hi-Power cargada que tenía escondida en la repisa del armario.

—No, cariño, ninguna arma en absoluto. No soy de esa clase de espías.

—De acuerdo. Pero procura regresar cuanto antes —concedió a medias.

No estaba completamente convencida, pero sabía que no podía insistir, al igual que ella tampoco podía hablar con él de sus pacientes. Era frustrante.

—Cariño, ya sabes que detesto estar lejos de ti. No puedo siquiera dormir si no estás a mi lado.

—Entonces, llévame contigo.

—¿Y así podrás ir de compras en Alemania? ¿Para qué? ¿Faldas con peto para Sally?

—Bueno, a ella le gustan las películas de Heidi.

Era una débil oferta.

—Buen intento, cariño. Me gustaría que pudieras acompañarme, pero es imposible.

—Maldita sea —observó la señora Ryan.

—Vivimos en un mundo imperfecto, cariño.

Ella precisamente odiaba ese aforismo suyo y su respuesta fue un gruñido gramaticalmente incorrecto. Pero, en realidad, no podía darle ninguna respuesta.

Unos minutos más tarde, en la cama, Jack se preguntaba en qué coño consistiría su misión. La razón le decía que sería rutinaria en todo, excepto por el lugar. Salvo un pequeño detalle: Abe Lincoln había disfrutado de la obra en el teatro Ford. Estaría en suelo extranjero, no, en suelo hostil. De hecho, ya vivía en un lugar extranjero, y aunque los británicos eran muy corteses, sólo el hogar era el hogar. Pero él les gustaba a los británicos. En cambio, a los húngaros no les gustaría. Quizá no le dispararían, pero tampoco le darían la llave de la ciudad. ¿Y si se daban cuenta de que llevaba un pasaporte falso? ¿Qué decía al respecto la convención de Viena? No podía portarse como un pelele; después de todo, era un ex marine. Se suponía que no debía tener miedo. Sí, seguro. Lo único bueno que había ocurrido en su casa unos meses atrás era que había hecho una llamada antes de que los malos irrumpieran en la fiesta, evitando así mojarse los pantalones, cuando le pusieron una pistola en la cabeza. Lo había hecho, pero no por ello se sentía como un héroe. Había logrado sobrevivir, matar al individuo de la Uzi, pero lo único de lo que se sentía satisfecho era de no haber matado al hijo de puta de Sean Miller. Dejó que el Estado de Maryland se encargara de él de forma rutinaria, a menos que el tribunal supremo volviera a interferir, y eso no parecía probable en este caso, con un montón de agentes muertos. Los tribunales no solían olvidar a los policías muertos.

¿Pero qué pasaría en Hungría? El sólo sería un observador, un oficial de la CIA con capacidad semioficial, que supervisaba la evacuación de un loco ruso que quería mudarse de su lugar en Moscú. Maldita sea, ¿por qué parece que este tipo de cosas siempre me ocurren a mí?, se preguntó Jack. Era como jugar a la lotería del diablo y que siempre saliera su número. ¿Terminaría eso alguna vez? Le pagaban para mirar al futuro y hacer sus predicciones, pero interiormente sabía que no podía hacerlo. Necesitaba que otros le contaran lo que estaba ocurriendo para poder compararlo con cosas que todos sabían que habían sucedido y combinar luego ambas cosas, con el descabellado propósito de adivinar lo que alguien pudiera hacer en el futuro. Y aunque efectivamente lo había hecho con éxito en el mundo financiero, nadie moría a causa de un puñado de acciones en la Bolsa. Pero ahora quizá se estuviera jugando la vida.

Estupendo. ¡Joder, qué alegría! Fijó la mirada en el techo. ¿Por qué siempre eran blancos? ¿No sería mejor el color negro para dormir? Siempre veías techos blancos, incluso en habitaciones oscuras. ¿Había alguna razón para ello?

¿Había alguna razón por la que no podía dormir? ¿Por qué se estaba haciendo todas esas estúpidas preguntas sin respuesta? Sin embargo, eso se acababa, casi seguro que saldría bien. Basil no permitiría que le pasara nada; quedaría muy mal en Langley y los británicos no lo podrían soportar, sería demasiado embarazoso. El juez Moore no lo olvidaría y llegaría a ser parte de la memoria institucional de la CIA, con los perjuicios consiguientes durante por lo menos una década. No, el servicio secreto de Inteligencia no dejaría que le ocurriera nada.

Por otra parte, ellos no serían los únicos jugadores en el campo y, como en el béisbol, el problema era que ambos equipos jugaban para ganar y era preciso calcular muy bien para lanzar la pelota a ciento cincuenta kilómetros por hora hasta las gradas.

Pero no puedes quedar como un pelele, Jack, se recordó. Otros, cuyas opiniones valoraba, se avergonzarían de él, o peor aún, él sentiría vergüenza de sí mismo. Por tanto, le gustara o no, debía adaptarse y salir al campo, con la esperanza de que no se le cayera la maldita pelota.

0 volver a Merrill Lynch. Pero no, prefería afrontar las bayonetas. Ryan se percató, considerablemente sorprendido, de que realmente lo prefería. ¿Lo convertía eso en valiente o en cabezota? He ahí la cuestión, se dijo. Y la única respuesta tenía que venir de otra persona, alguien que sólo pudiera ver un lado de la cuestión. Uno sólo podía ver la parte física, nunca el pensamiento que la acompañaba. Y eso no bastaba para formar un juicio, como lo hacían los periodistas y los historiadores, que trataban de dar forma a la realidad, como si comprendieran esas cosas a años o kilómetros de distancia. Sí, seguro.

En cualquier caso, su equipaje estaba preparado y, con suerte, la peor parte de su viaje sería el vuelo en el avión. Aunque lo odiaba, era predecible... a menos que se cayera una ala.

—¿De qué coño se trata? —preguntó John Tyler sin dirigirse a nadie en particular.

El télex que tenía en la mano sólo daba órdenes, pero no las razones que había tras ellas.

Los cuerpos habían sido trasladados al forense de la ciudad, con la solicitud de que no hicieran nada con ellos. Tyler se quedó pensativo por un momento y luego llamó al ayudante del fiscal, que solía trabajar con él.

—¿Qué has dicho que quieres? —preguntó Peter Mayfair con cierta incredulidad.

Se había licenciado con el número tres de su promoción hacía tres años en la Facultad de Derecho de Harvard, y ahora ascendía por el escalafón profesional de la fiscalía. La gente lo llamaba Max.

—Ya me has oído.

—¿Qué clase de asunto es ése?

—No lo sé. Sólo sé que viene directamente de la oficina de Emil. Parece cosa de los del otro lado del río, pero el télex no dice nada. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Dónde están los cadáveres?

—Creo que en el depósito del forense. Hay una nota sobre ellos, madre e hija... que dice «no remitir». Por tanto, supongo que están en el congelador.

—¿Y los quieres tal cual?

—Congelados, supongo, pero tal cual.

Qué manera de expresarlo, pensó el agente especial asistente al mando.

—¿Hay algún pariente involucrado?

—Que yo sepa, la policía aún no ha localizado a ninguno.

—De acuerdo, esperemos que siga así. Si no hay familiares que lo impidan, los declararemos indigentes y haremos que el forense los entregue para custodia federal, como si se tratara de un borracho muerto en la calle. Sencillamente los meten en un ataúd barato y los entierran en Potter's Field. ¿Dónde vas a llevarlos?

—No lo sé, Max. Supongo que le mandaré un télex a Emil y él me lo dirá.

—¿Corre prisa? —preguntó Mayfair para saber las prioridades.

—Para la semana pasada, Max.

—De acuerdo, si quieres me acerco ahora mismo a la oficina del forense.

—Nos vemos allí, Max. Gracias.

—Me debes una cerveza y una cena en Legal Seafood —dijo el fiscal.

—Dalo por hecho.

Tendría que cumplir esa promesa.

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAMBIO DE VAGONES

Metieron los cuerpos en cajas de aluminio baratas, como las que se usaban para el transporte aéreo de cadáveres, luego los cargaron en una furgoneta que utilizaba el FBI y los llevaron al aeropuerto internacional de Logan. El agente especial Tyler llamó a Washington para preguntar qué había que hacer a continuación y, afortunadamente, la radio de su coche estaba codificada.

Resultó que el director del FBI, Emil Jacobs, aún no lo había pensado, por lo que llamó al juez Moore a la CIA, donde también trabajaban aceleradamente, hasta que se decidió cargarlos en el 747 de British Airways, que tenía previsto salir de Boston con destino al aeropuerto londinense de Heathrow, de forma que el personal de Basil pudiera recogerlos. Esto se hizo con prontitud, ya que British Airways cooperaba satisfactoriamente con las organizaciones policíacas norteamericanas y el vuelo 214 despegó a tiempo, a las ocho y diez, y pronto estaba surcando el firmamento para recorrer cuatro mil kilómetros hasta la terminal cuatro de Heathrow.

Eran cerca de las cinco de la madrugada cuando Zaitzev se despertó en su litera superior sin saber por qué. Se dio la vuelta para mirar por la ventana y se sobresaltó al ver que el tren estaba detenido en una estación. No sabía cuál era, no había memorizado el horario, y sintió un repentino escalofrío. ¿Y si hubieran subido al tren algunos hombres de la jefatura del Segundo Directorio? De día podría quitárselos de encima, pero el KGB tenía la fama de practicar sus detenciones a media noche, cuando era menos probable que se resistieran de forma efectiva, por lo que de repente volvió a sentir miedo. Entonces oyó pasos por el pasillo... pero pasaron de largo y poco después el tren empezó a moverse de nuevo, alejándose del edificio de madera de la estación y nuevamente en el exterior reinaba sólo la oscuridad. ¿Por qué me he asustado?, se preguntó Zaitzev. ¿Por qué ahora? ¿No estaba seguro ahora? 0 casi, se corrigió a sí mismo. La respuesta era no, no hasta que sus pies estuvieran en suelo extranjero. Tenía que recordar ese hecho hasta que estuviera en otro país no socialista. Y aún no estaba allí. Con este recordatorio fijo en su mente, se dio la vuelta y trató de dormir de nuevo. El movimiento del tren finalmente redujo su ansiedad y recuperó unos sueños que no eran en lo más mínimo tranquilizadores.

El 747 de British Airways volaba también en la oscuridad, con la mayoría de sus pasajeros dormidos, mientras la tripulación controlaba los numerosos instrumentos y tomaba café, al tiempo que disfrutaba de las estrellas nocturnas y observaba el horizonte a la espera del amanecer, que solía manifestarse sobre la costa occidental de Irlanda.

Ryan se despertó más temprano que de costumbre. Se levantó de la cama sin molestar a su esposa, se vistió de manera informal y salió. El lechero entraba en el callejón sin salida al final de Grizedale Close. Detuvo su vehículo y bajó con una barra de pan y dos litros de leche entera, que sus chicos bebían igual que un motor de Pratt & Whitney consume combustible. Estaba a medio camino de la casa cuando se percató de la presencia de su cliente.

—¿Algún problema, señor? —preguntó el lechero, pensando que a lo mejor algún hijo suyo se encontraba mal, la causa habitual de que los padres que tienen hijos pequeños estén levantados de madrugada.

—No, sólo que me he levantado un poco temprano —respondió Ryan, bostezando.

—¿Necesita algo?

—Sólo un cigarrillo —respondió Ryan sin pensar.

Bajo las férreas normas de Cathy, no había fumado ninguno desde su llegada a Inglaterra.

—Tenga, señor —respondió el lechero, ofreciéndole uno ya medio fuera del paquete.

—Gracias, amigo.

Ryan quedó sorprendido, pero de todas maneras lo cogió y lo encendió. Con la primera calada tosió, pero en seguida se acostumbró. Era una sensación muy familiar en el apacible aire antes del amanecer, y lo maravilloso de los malos hábitos era la rapidez con que uno volvía a adquirirlos. El cigarrillo era fuerte, como los Marlboro que fumaba en sus últimos años en el instituto, durante su adolescencia, a finales de los sesenta. El lechero debería dejar de fumar —pensó Jack—, pero seguramente no estaba casado con una cirujana del Hopkins.

—¿Le gusta vivir aquí, señor? —preguntó el repartidor, que no solía tener la oportunidad de hablar con sus clientes.

—Sí. Aquí la gente es muy amable.

—Lo intentamos, señor. Que pase usted un buen día.

—Gracias, amigo. Usted también —dijo Ryan mientras el hombre regresaba a su furgoneta.

Los lecheros prácticamente habían desaparecido en Norteamérica, víctimas de los supermercados y de los almacenes 7-Eleven. Lástima, pensó Jack, que recordaba el pan de Peter Wheat y los donuts bañados con miel cuando era un niño. De alguna manera todo desapareció sin darse cuenta, cuando estaba aproximadamente en el séptimo curso. Pero el humo y el aire tranquilo no estaban mal para despertarse. No se oía nada en absoluto. Incluso los pájaros dormían. Alzó la mirada para ver las luces de los aviones en lo alto del firmamento. Por el rumbo de los aviones, había gente que viajaba a Europa, probablemente a Escandinavia, seguramente desde Heathrow. ¿Qué pobre diablo debía levantarse tan temprano para acudir a una reunión?, se preguntó. Terminó su cigarrillo y arrojó la colilla al césped, al tiempo que se preguntaba si Cathy se daría cuenta. Bueno, siempre podía echarle la culpa a otro. Lástima que el chico de los periódicos aún no hubiera pasado. Entonces Jack entró en la casa y encendió el televisor de la cocina para ver la CNN. Estaban dando los deportes. Los Orioles habían ganado de nuevo y jugarían la final del mundo contra los Phillies. Eso era una buena noticia, bueno, más o menos. Si estuviera en casa, habría com-prado entradas para uno o dos partidos en el Memorial Stadium y habría visto el resto por televisión. Pero ese año, no. En su televisión por cable no tenía ningún canal que retransmitiera los partidos de béisbol, aunque los británicos comenzaban a ver partidos de fútbol de la liga nacional norteamericana. No lo entendían, pero por alguna razón disfrutaban viéndolo. Era mejor que los demás programas de su televisión, pensó Ryan con un bufido. A Cathy le gustaban sus comedias, pero a él no le llamaban la atención. Pero sus programas de noticias eran muy bue-nos. Era cuestión de gustos y, como decían los romanos, non est disputandum. «Sobre gustos no hay disputas», suponía. Entonces vio amanecer, la primera vislumbre en el horizonte oriental. Aún faltaba una hora para que realmente comenzara la mañana, pero estaba llegando y ni siquiera el deseo de seguir durmiendo la detendría.

Jack decidió preparar el café, sólo para probar la máquina que le había regalado a Cathy por su aniversario. Entonces oyó el ruido del periódico en la puerta y fue a recogerlo.

—¿Te has levantado temprano? —dijo Cathy cuando regresó.

—Sí. No tenía ganas de seguir durmiendo.

Jack besó a su esposa y ella lo miró, extrañada. Su nariz le había

enviado un ligero mensaje, pero su intelecto lo había descartado por error como algo improbable.

—¿Has preparado el café?

—Le he dado al botón —confirmó Jack—. Ya te dejo que hagas el resto.

—¿Qué quieres para desayunar?

—¿Puedo elegir? —preguntó Ryan, algo incrédulo.

Otra vez le había dado por los alimentos saludables. No más dónuts.

—¡Buenos días! —deseó Oleg a su hija.

—¡Papá! —respondió la niña levantando ambos brazos con esa sonrisa característica de los pequeños al despertar.

Era algo que se perdía antes de ser adulto y que asombraba a los padres mientras duraba. Oleg la levantó de la cama y le dio un abrazo. Sus pies desnudos se posaron sobre el suelo enmoquetado y se dirigió hacia su cuarto de baño privado. Irina entró para preparar su ropa y ambas se trasladaron al compartimento de los adultos. Al cabo de unos diez minutos ya iban hacia el vagón restaurante. Oleg volvió la cabeza y vio al mozo, que se dirigía apresuradamente a ordenar sus compartimentos en primer lugar. Efectivamente, pertenecer al KGB tenía sus ventajas, aunque sólo fuera por otras veinticuatro horas.

Durante la noche el tren se había detenido en alguna granja estatal para cargar leche fresca, que a Svetlana le encantaba para el desayuno. Los mayores tomaron un café mediocre (a lo sumo) y pan con mantequilla. (Se habían terminado los huevos.) Por lo menos, el pan y la mantequilla eran frescos y sabrosos. En el vagón de cola había un montón de periódicos. Oleg cogió un Pravda y se sentó a leer las mentiras de costumbre.

Otra buena cosa de pertenecer al KGB era estar lo suficientemente informado como para no creerse lo que publicaban los periódicos. Por lo menos en Izvestia aparecían artículos sobre gente real, algunos de los cuales incluso eran ciertos, pensó. Pero un tren soviético sólo llevaría los periódicos más políticamente correctos y La Verdad lo era, Zaitzev resopló.

Ryan tenía dos juegos completos de utensilios para afeitarse y acicalarse, según las exigencias ocasionales del viaje. Su bolsa llena colgaba de su gran percha metálica en el armario, lista para cuando sir Basil lo mandara a Budapest. La contemplaba mientras se hacía el nudo de la corbata, preguntándose cuándo se iría. Entonces Cathy volvió a entrar en la habitación para vestirse. Seguro que su bata blanca colgaba de un gancho detrás de la puerta de su consultorio, probablemente tanto en el de Hammersmith como en el de Moorefields, con su correspondiente placa de identificación.

—Cathy.

—Dime.

—¿Aún llevas las placas de identificación del Hopkins en tus batas o llevas unas nuevas? —Nunca se había preocupado de preguntárselo.

—Unas locales. Sería demasiado pesado explicárselo a cada paciente que se percatara de ello.

Pero, de todas formas, algunos le preguntaban por su acento o por qué la placa decía señora Caterine Ryan, M. D., FACS. Lo de «señora>) aparecía por su vanidad femenina. Jack la contempló mientras se cepillaba el cabello, algo que siempre le proporcionaba placer. Estaría muy bien con el pelo un poco más largo, pero nunca se lo dejaba crecer, porque decía que las gorras quirúrgicas arruinaban cualquier peinado. Eso cambiaría la próxima vez que los invitaran a una cena formal. Tenían una en perspectiva. Ambos agradaban a la reina y también al príncipe de Gales, y se encontraban en la versión local de la lista prioritaria. Uno debía aceptar dichas invitaciones, aunque Cathy podía excusarse si tenía que operar al día siguiente. Por otra parte, se esperaba que a los espías les deleitara dicho honor, aunque eso significaba dormir menos de tres horas antes del próximo día de trabajo.

—¿Qué agenda tienes para hoy?

—Dar una conferencia sobre el láser de xenón. Pronto comprarán uno, y soy la única persona en Londres que sabe cómo usarlo correctamente.

—Mi esposa, la amazona del láser.

—Bueno, por lo menos yo puedo hablar de lo que hago —respondió Cathy—, agente secreto.

—Sí, cariño —suspiró Ryan.

Quizá debería incluir mi Browning en el equipaje, sólo para cabrearla, pensó. Pero si alguien en el tren la detectaba, en el mejor de los casos le tomarían por un maleante, y en el peor, algún agente de policía querría saber por qué iba armado. Ni siquiera su categoría diplomática lo protegería por completo del lío resultante.

Quince minutos más tarde, Jack y Cathy estaban en su compartimento camino de Londres, ella de nuevo leyendo sus revistas médicas y él con el Telegraph. John Keegan tenía una columna interior y era un historiador por quien Ryan sentía un respeto considerable como analista de información compleja. Por qué Basil no lo había reclutado para Century House era un misterio para Jack. Quizá a Keegan le iba demasiado bien la vida como historiador, divulgando sus ideas a las masas, o por lo menos a la gente inteligente que circulaba por ahí. Sería lógico. Nadie se había enriquecido jamás como funcionario británico y, en cuanto al anonimato... bueno, estaba bien recibir de vez en cuando una palmadita en la espalda por hacer algo particularmente bien. En todo el mundo se les negaba eso a los funcionarios.

Mientras el tren exprés pasaba por la estación de Elephant and Castle, el vuelo 214 llegaba a la terminal cuatro de Heathrow. No se detuvo en un túnel de desembarque, sino junto a los autobuses que transportan a los pasajeros a inmigración y la aduana. Inmediatamente después de calzar las ruedas, se abrió la escotilla de la carga. Los últimos dos artículos cargados en Logan habían sido los dos ataúdes y fueron los primeros en salir. Las etiquetas en las esquinas de cada uno indicaban adónde debían llevarse, y dos hombres anónimos de Century House estaban allí para controlar el proceso. Los colocaron en una carretilla de cuatro ruedas, que en Inglaterra llamaban carrito, los llevaron a una área de aparcamiento

para coches y pequeños camiones, y allí los cargaron rápidamente en un pequeño camión de cuatro ruedas, sin ningún distintivo externo. Los dos hombres del servicio secreto de Inteligencia subieron al camión y se marcharon en dirección este hacia Londres, sin saber en qué consistía aquel encargo. Ocurría a menudo.

Cuarenta minutos más tarde, el camión llegó al número cien de Westminster Bridge Road. Entonces cargaron las cajas en otro carrito para llevarlas al montacargas y bajarlas al segundo sótano.

Allí esperaban otros dos hombres. Las abrieron y ambos agradecieron que hubiera una buena cantidad de hielo seco en el interior para evitar que los cadáveres despidieran un nauseabundo olor a tejido humano putrefacto. Con guantes de goma, levantaron los cuerpos, ninguno de los cuales era particularmente pesado, y los colocaron sobre unas mesas de acero inoxidable. Ninguno de los cadáveres estaba vestido y, en el caso de la niña, su trabajo era particularmente triste.

Pero lo sería aún más. Al comparar los cuerpos con las fotografías del Times, comprobaron, sin sorprenderse, que la cara de la niña no correspondía con la de la fotografía. Lo mismo ocurrió con la mujer, aunque la masa corporal y la configuración encajaban bastante bien. Su cara prácticamente no había sufrido quemaduras, ya que los gases tóxicos del incendio habían sido los que acabaron con su vida. Por consiguiente, ambas tendrían que ser desfiguradas para que sirvieran en la operación Beatrix. Lo hicieron con sopletes de propano. En primer lugar, el mayor de los dos puso en marcha el potente extractor del techo. A continuación, ambos se pusieron los monos contra el fuego y encendieron sus sopletes, que aplicaron despiadada-mente sobre las caras de los cadáveres. El color del pelo era distinto en ambos casos, por lo que lo quemaron completamente. Luego aplicaron los sopletes a corta distancia sobre ambas caras. Fue rápido, pero no lo suficientemente rápido para los dos empleados del servicio secreto de Inteligencia. El que desfiguraba a la niña musitó una serie de oraciones por el alma de la pequeña, consciente de que estaba dondequiera que los niños inocentes moraran. Eso que quedaba era tan sólo carne fría, de ningún valor para su anterior propietario, pero de algún valor para el Reino Unido, e indudablemente también para los Estados Unidos de América, ya que de lo contrario no estarían haciendo ese trabajo tan morboso. Cuando el ojo izquierdo de la niña explotó debido a la presión interna, su atormentador tuvo que volverse y vomitar. Tenía que hacerlo; sus ojos eran de un color distinto.

Tenían que carbonizarles bien las manos y los pies y debían examinar los cuerpos por si tenían algún tatuaje, cicatriz o cualquier otra característica distintiva, pero no encontraron ninguna, ni tan sólo una cicatriz debida a una apendicectomía.

En total tardaron unos noventa minutos hasta quedar satisfechos con su trabajo. Luego tuvieron que vestir los cuerpos. Les pusieron prendas soviéticas y luego tuvieron que quemarlas para que las fibras se mezclaran con las quemaduras corporales. Después de ese horrible trabajo volvieron a meter los cuerpos en sus cajas de transporte y añadieron más hielo seco para mantenerlos lo suficientemente fríos, con el fin de retardar la descomposición. Dejaron las cajas junto a una tercera, idéntica, que se encontraba en la esquina de la sala. Ya era la hora de almorzar, pero ninguno de ellos, por el momento, estaba demasiado

preocupado por la comida. Lo que necesitaban eran unos cuantos tragos de whisky y había muchos bares cerca de allí.

—¿Jack?

Sir Basil asomó la cabeza por la puerta y vio a Ryan inmerso en sus documentos, como correspondía a un buen analista.

—Diga —respondió Ryan después de levantar la cabeza.

—¿Has hecho el equipaje?

—Sí, señor.

—Estupendo. Tienes que coger el vuelo de British Airways desde la terminal tres de Heathrow esta noche a las ocho. Haremos que un coche te lleve a casa para recoger el equipaje, ¿qué te parece a las 15.30?

—Aún no tengo mi pasaporte ni el visado —repuso Ryan.

—Los tendrás después del almuerzo. Tu tapadera será como auditor del Ministerio de Asuntos Exteriores. Creo recordar que una vez hiciste de censor de cuentas. Quizá puedas echarles un vistazo a los libros cuando estés allí —dijo Charleston, pensando que eso sería gracioso.

—Probablemente será más interesante que la Bolsa local. ¿Alguien viene conmigo? preguntó Ryan.

—No, pero te encontrarás con Andv Hudson en el aeropuerto. Es nuestro jefe de delegación en Budapest. Un buen hombre —prometió sir Basil—. Pasa por mi despacho antes de marcharte.

—Lo haré, señor.

Y la cabeza de Basil desapareció por el pasillo.

—¿Vamos a tomar un bocadillo y una cerveza, Simon? —le sugirió Ryan a su compañero de trabajo.

—Buena idea.

Harding se levantó, cogió su chaqueta y ambos salieron en dirección al Duke of Clarence.

El almuerzo en el tren era bueno: sopa de remolacha con nata agria, fideos, pan negro y un buen postre de fresas procedentes de alguna granja. El único problema era que a Svetlana no le gustaba la sopa de remolacha, lo cual era raro para un nativo ruso, incluso para un niño. Sorbió la nata agria que flotaba en la superficie de la sopa, atacó a continuación los fideos con entusiasmo y devoró positivamente las fresas de final de temporada. Acababan de atravesar las montañas bajas de Transilvania, en la frontera búlgara. El tren pasaría por Sofía, luego se dirigiría hacia el noroeste, hacia Belgrado, Yugoslavia, y final-mente Hungría.

Los Zaitzev alargaron la sobremesa y Svetlana miraba por las ventanas mientras el tren se acercaba a Sofía.

Lo mismo hacía Oleg Ivanovich entre calada y calada de su cigarrillo. Al pasar por Sofía se preguntó qué edificio albergaría el Dirzhavna Sugurnost. ¿Estaría allí el coronel Bubovoy fraguando su complot, probablemente con ese coronel Strokov? ¿Hasta dónde habrían llegado? ¿Corría peligro la vida del papa? ¿Cómo se sentiría si el cura polaco fuera asesinado antes de que él pudiera dar aviso? ¿Podía o debía haberse movido con más rapidez? ¡Esas malditas preguntas, y nadie a quien confiárselas! Estás haciéndolo lo mejor que puedes, Oleg Ivanovich, se

dijo, y ¡ningún hombre podía hacer más que eso!

La estación de Sofía parecía una catedral, era un edificio de piedra impresionante con un propósito casi religioso. De algún modo, ahora le preocupaba la posibilidad de una detención, por un equipo del KGB que abordara el tren. Su único pensamiento era seguir adelante, llegar a Budapest y ver qué hacía allí la CIA... con la esperanza de que fueran competentes. El KGB podía hacer un trabajo como ése con gran profesionalidad, casi como por arte de magia. ¿Era la CIA igualmente buena? En la televisión rusa, a menudo se los retrataba como adversarios perversos pero torpes. Sin embargo, eso no era lo que decían en el Centro. No, en el número dos de la plaza Dzerzhinskiy se los veía como espíritus malignos, siempre merodeando, listos como el propio diablo, los enemigos más mortíferos. ¿Cuál era la verdad? De una manera u otra, no tardaría en averiguarlo. Zaitzev apagó el cigarrillo y regresó con su familia a sus compartimentos.

—¿Deseando entrar en acción, Jack? —preguntó Harding.

—Sí, tengo tantas ganas como de ir al dentista. Y no me digas lo fácil que será. Tú nunca has estado en el campo tampoco.

—Ya sabes que esto lo ha sugerido tu propia gente.

—Cuando vuelva a casa, si es que vuelvo, le pegaré un tortazo al almirante Greer —bromeó Ryan, aunque sólo a medias. No olvides que yo no estoy entrenado para esto, Simon.

—¿Cuánta gente está entrenada para defenderse de un ataque físico directo? Tú lo has hecho —le recordó Simon.

—De acuerdo, en otra época fui teniente de los marines, durante unos... once meses más o menos, antes de que se estrellara nuestro helicóptero en Creta y me rompiera la espalda. Mierda, si ni siquiera me gustan las montañas rusas. A mis padres les gustaban esas condenadas cosas; siempre me estaban subiendo a ellas en el parque de atracciones de Gwynn Oak cuando era niño. Esperaban que a mí también me gustaran esas malditas cosas. Mi padre fue paracaidista en la ciento uno aero-transportada —explicó Ryan— hace cuarenta años. Caer del cielo no le preocupaba demasiado —resopló.

Algo bueno de los marines era que no te hacían saltar de un avión. ¡Faltaría más!, pensó Jack de pronto. ¿Le preocupaba más eso ahora que su propio vuelo? Eso lo obligó a poner los pies en el suelo y le provocó una risita irónica.

—¿Van armados vuestros oficiales de campo?

—Sólo en las películas, Jack —rió su compañero—. Pesan mucho para cargar con ellas y son difíciles de explicar. No hay agentes cero, cero en el servicio secreto de Inteligencia, por lo menos que yo sepa. Los franceses a veces matan a alguien y son bastante buenos en ello. También los israelíes, pero la gente comete errores, incluso los profesionales entrenados, y esta clase de cosas son difíciles de explicar a la prensa.

—¿Puedes invocar una censura oficial por razones de seguridad?

—En teoría, sí, pero son difíciles de imponer. Fleet Street tiene sus propias reglas.

—También el Washington Post, como muy bien descubrió Nixon. Por tanto, no debería matar a nadie.

—Yo trataría de evitarlo —coincidió Simon sin dejar de masticar su bocadillo de pavo.

Belgrado, Beograd para sus habitantes, también tenía una bonita estación. En el siglo anterior, evidentemente, los arquitectos trabajaban duro para superarse unos a otros, como los piadosos que construyeron catedrales en la Edad Media. Le sorprendió comprobar que el tren llevaba varias horas de retraso. No entendía por qué. No se había detenido mucho tiempo en ninguna parte. Seguramente no iba tan de prisa como se suponía que debía ir. Al salir de Belgrado serpenteó alrededor de unas modestas colinas. Le pareció que aquel país debía de ser bonito en invierno. ¿No estaba prevista una olimpiada por allí próximamente? El invierno probablemente llegaba a esa región al mismo tiempo que en Moscú. Ese año se retrasaba, pero eso normalmente significaba que sería inusualmente severo cuando llegara. Zaitzev se preguntaba cómo sería el invierno en Norteamérica...

—¿Listo, Jack? —preguntó Charleston en su despacho.

—Creo que sí.

Jack miró su nuevo pasaporte. Al ser diplomático, estaba un poco más ornamentado de lo habitual y encuadernado en cuero rojo, con el escudo de armas en la tapa. Pasó las páginas para ver los sellos de todos los lugares que no había visitado. Tailandia, la República Popular China. Maldita sea —pensó Jack—, sí que viajo.

—¿Por qué este visado? —preguntó, puesto que el Reino Unido no lo requería de nadie.

—Hungría controla los movimientos de entrada y salida bastante estrictamente. Requieren un visado de entrada y otro de salida. Espero que no necesites el último —observó Charleston—. Probablemente, Hudson os sacará por el sur. Tiene buena relación con los contrabandistas locales.

—¿Caminando por las montañas? —preguntó Ryan.

—No, no solemos hacer eso. En coche o en camión, supongo. No tendría que haber ningún problema, muchacho —respondió con la mirada en el techo—. Realmente es casi rutinario, Jack.

—Si usted lo dice, señor.

Maldita sea, no lo es para mí.

—Buena suerte, Jack. Nos veremos dentro de unos días. —Charleston se puso en pie y Ryan le estrechó la mano—. Semper fidelis, amigo.

—Comprendido, sir Basil.

Había un coche esperando en la calle. Jack se instaló en el asiento izquierdo de delante y el chófer salió en dirección este. El trayecto duró unos cincuenta minutos con el tráfico ligero de la tarde, casi tan rápido como lo habría sido el tren.

Al llegar a Chatham, Ryan encontró a su hija durmiendo, al pequeño Jack en el parque infantil jugando con sus pies, que le parecían algo fascinante, y a la señorita Margaret sentada con una revista en la sala de estar.

—Doctor Ryan, no esperaba...

—No se preocupe, tengo que salir en viaje de negocios.

Se dirigió al teléfono de pared de la cocina e intentó llamar a Cathy, sólo para enterarse de que estaba dando aquella maldita conferencia sobre su juguete láser. Era el que usaba para soldar los vasos sanguíneos, pensó. 0 algo así. Con el entrecejo fruncido, subió a buscar su equipaje. Intentaría llamarla desde el aeropuerto. Pero, por si acaso, le escribió una nota.

«Salgo para Bonn. He intentado llamarte. Volveré a intentarlo. Te quiero, Jack.» La colgó en la puerta del frigorífico. Ryan se agachó para besar a Sally y luego levantó a su hijo para darle un abrazo. El niño babeaba de la misma manera que un motor de coche chorrea aceite; tuvo que utilizar papel de cocina para secarse.

—Que tenga un buen viaje, doctor Ryan —dijo la niñera.

—Gracias, Margaret, hasta la vista.

Tan pronto como salió el coche, ella llamó a Century House para que supieran que sir John iba camino de Heathrow. Luego volvió a su revista, la Tattler de ese mes.

El tren se detuvo inesperadamente en un depósito en la mismísima frontera húngara, cerca de la ciudad de Zombor. Zaitzev no sabía nada de eso y la sorpresa pronto como se agravó. Había grúas en su lado del tren, y tan pronto como éste se detuvo, aparecieron un montón de hombres con sus monos de trabajo.

Los ferrocarriles estatales húngaros operaban con medidas estándares, de mil cuatrocientos treinta y cinco milímetros de separación entre raíles, que era el estándar mundial y que, in-congruentemente, databa del tiempo de los carros de dos caballos que usaban los romanos. Pero los trenes rusos usaban la medida de mil quinientos veinticuatro milímetros, por alguna razón que nadie recordaba. La solución consistía en levantar los vagones de los trenes de las vías rusas, separarlos de sus ruedas y colocarlos sobre otro juego de ruedas diferente. La operación duró cerca de una hora, pero lo hicieron eficientemente. Esto fascinó absolutamente a Svetlana, e incluso impresionó a su padre, por el hecho de que la tarea se realizara de forma tan rutinaria. Una hora y veinte minutos más tarde se movían en dirección casi norte sobre raíles más estrechos con una nueva locomotora eléctrica, cruzando el rico suelo agrícola de Hungría. Casi al instante, Svetlana se alegró al ver jinetes vestidos con trajes típicos, lo cual impresionó tanto a los padres como a la hija, como algo muy exótico.

El avión era un Boeing 737 bastante nuevo y, para ese viaje, Ryan había decidido llevarse a un amigo; compró un paquete de cigarrillos en el aeropuerto y en seguida encendió uno en la terminal.

La buena noticia era que le habían dado un asiento de primera clase al lado de la ventanilla, el 1-A. El paisaje desde las alturas era lo único bueno del vuelo, con la ventaja adicional de que nadie podía ver el miedo reflejado en su cara, salvo quizá la azafata, porque al igual que los médicos, probablemente podían oler el miedo. Allí delante la bebida era gratis y Ryan pidió un whisky, sólo para descubrir que la selección consistía en whisky escocés (que no le gustaba), vodka (que tampoco le gustaba), o ginebra (que le producía náuseas). Era la línea equivocada

para tomar un Jack Daniel's, pero la carta de vinos estaba bien. Al llegar a la altura de crucero, se apagó la luz de prohibido fumar y Ryan encendió otro cigarrillo. No era tan bueno como un buen bourbon, pero era mejor que nada. Por lo menos le permitió reclinarse y fingir que se relajaba con los ojos cerrados, abriéndolos de vez en cuando para comprobar si lo que había debajo del avión era verde o azul. El vuelo era agradablemente suave, con sólo unas cuantas sacudidas que lo impulsaron a agarrarse a los brazos de su butaca y tres vasos de un buen vino blanco francés, que lo ayudaron a mitigar la ansiedad. A mitad de trayecto, cuando sobrevolaban Bélgica, volvió a sus pensamientos. ¿Cuánta gente odiaba viajar en avión? ¿Quizá un tercio, o la mitad de los pasajeros? ¿Cuántos de ellos lo detestaban tanto como él? ¿La mitad de ellos? Por tanto, probablemente no estaba solo. La gente miedosa trataba de ocultarlo y una mirada a su alrededor bastaba para ver otras caras, probablemente más o menos como la suya. 0 sea que, por lo menos, no era el único timorato del avión. El vino era bueno y afrutado. Y si los disparos de las metralletas no habían logrado acabar con él en su casa de Chesapeake Bay, lo más probable era que la suerte estuviera ahora también de su lado. Por tanto, podía relajarse y disfrutar del viaje, ya que después de todo estaba atrapado y el Boeing volaba a una velocidad de crucero de unos quinientos nudos aproximadamente. Durante el descenso hubo algunas sacudidas, pero esa parte del vuelo era en la que Ryan se sentía más seguro, cuando el avión regresaba a tierra. Por medio de la inteligencia sabía que realmente ésa era la parte más peligrosa, pero sus entrañas no lo veían de esa forma. Oyó el gemido de los servofrenos y luego el rugido que anunciaba la aperturade las puertas del tren de aterrizaje, y se sintió suficientemente seguro al ver el suelo corriendo hacia él. El aterrizaje fue movido, pero Jack se alegró de su llegada. Volvía a estar en el suelo, donde uno podía estar de pie y deambular por sí mismo y a una velocidad razonablemente segura. Bien.

Se encontraban en otro depósito ferroviario, lleno de vagones de carga y otros de ganado, y su vagón daba sacudidas, unas veces hacia adelante y otras hacia atrás. Una vez más, la zaichik tenía su nariz pegada al cristal, cuando por fin entraron bajo un techo de cristal y el tren se detuvo con una sacudida en la estación del este. Unos maleteros semiuniformados, con aspecto desaliñado, se detuvieron ante el vagón del equipaje. Zaichik prácticamente saltó del vagón para mirar a su alrededor, casi haciendo carreras con su madre, que la seguía torpemente con sus bolsas de mano. Oleg se dirigió hasta el vagón del equipaje y supervisó la transferencia de sus maletas a la carretilla de dos ruedas. Se alejaron del tren, atravesaron la sala donde se expendían los billetes y desde allí hacia afuera, hasta la parada de taxis. Había muchos taxis, todos ellos eran Lada rusos, la versión soviética de un viejo Fiat, y también eran del mismo color que, seguramente, debajo de la suciedad era beige. Zaitzev dio un rublo del Comecon de propina al maletero y supervisó la carga de su equipaje en el coche. El maletero del diminuto taxi era demasiado pequeño. Tuvieron que llevar tres maletas en el asiento delantero y Svetlana tuvo que sentarse sobre el regazo de su madre en el trayecto hasta el hotel. El taxi hizo un rápido y legalmente dudoso cambio de

sentido, como alma que lleva el diablo, por lo que parecía una importante calle comercial.

El hotel Astoria estaba a sólo cuatro minutos de la estación. Era un edificio digno de admiración, parecía un gran hotel de otra época. El vestíbulo era pequeño pero muy concurrido y estaba lleno de tallas de roble. El recepcionista los estaba esperando y los saludó con una sonrisa. Poco después de que Zaitzev recibiera la llave de la habitación, se fijó en que al otro lado de la calle estaba el centro soviético-húngaro para la amistad y la cultura. Evidentemente se trataba de una sede del KGB, tanto, que frente al mismo podrían haber colocado perfectamente una estatua del propio Stalin. El botones los acompañó al pequeño ascensor y después al tercer piso, donde giraron a la derecha hasta la habitación trescientos siete en la esquina, que sería su hogar durante los diez días siguientes, o por lo menos eso pensaba todo el mundo excepto Oleg. Le dio un rublo de propina al botones y, acto seguido, éste se retiró. La habitación era ligeramente mayor que los dos compartimentos del tren juntos, y sólo tenía un cuarto de baño, aunque con ducha y bañera, que los tres necesitaban utilizar. Oleg dejó que su esposa y su hija entraran primero.

Aunque para los criterios occidentales la habitación estaba en bastante mal estado, desde un punto de vista soviético era casi palaciega. Zaitzev se sentó en una silla situada al lado de la ventana e inspeccionó las calles por si veía a algún oficial de la CIA. Reconoció que eso era una tontería, pero no pudo resistir la tentación.

Los hombres a los que buscaba no eran norteamericanos; se trataba de Tom Trent y Chris Morton, que trabajaban para Andy Hudson. Ambos tenían el pelo oscuro y aquel día no se habían lavado, para hacerse pasar por obreros húngaros. Trent estaba de vigilancia en la estación y los había visto entrar, mientras Morton observaba el hotel. Con las fotografías facilitadas por el fotógrafo del Times en Moscú, la identificación de la familia Zaitzev fue muy sencilla. Como comprobación de último momento, Morton, que hablaba un ruso impecable, se acercó al mostrador de recepción y verificó el número de habitación de su viejo amigo, a cambio de un billete de veinte florines y un guiño. A continuación dio una vuelta hasta el bar, mientras inspeccionaba la planta baja del hotel para referencia futura. En su camino de regreso a la embajada en el metro comentaron que hasta el momento todo salía a pedir de boca. El tren había llegado tarde, pero su información sobre el hotel había sido excepcionalmente correcta.

Andy Hudson era un hombre de apariencia y altura normales, salvo por su pelo rubio rojizo que lo señalaba como extranjero, en una tierra donde todo el mundo tenía un aspecto muy similar. Ciertamente en el aeropuerto todos se parecían mucho, pensó Ryan.

—¿Podemos hablar? —preguntó Ryan cuando se alejaban del aeropuerto.

—Sí, el coche está limpio.

Al igual que todos los vehículos de esa clase, lo barrían regularmente y

lo aparcaban en lugar seguro.

—¿Está completamente seguro?

—La oposición no rompe las reglas de conducta diplomáticas. Es extraño, pero cierto. Además, el coche tiene una alarma muy sofisticada. En realidad, ni yo creo que pudiera amañarlo. En cualquier caso, bien venido a Budapest, sir John.

Pronunció el nombre de la ciudad como Biudapecht, contrariamente a lo que Ryan creía la pronunciación correcta.

—¿Entonces sabe quién soy?

—Sí, estuve en Londres el pasado mes de marzo. Estaba en la ciudad cuando se hizo el héroe; menuda tontería, ya estaría muerto de no haber sido por ese estúpido irlandés.

—Me he dicho eso a mí mismo muchas veces, señor Hud... —Andy — sugirió inmediatamente Hudson.

—Estupendo. Llámame Jack.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Cualquier viaje en avión del que sales andando es bueno, Andy. Pero háblame acerca de la misión y cómo la vas a desarrollar.

—Es pura rutina. Estamos vigilando a Rabbit y a su familia, los mantendremos bajo vigilancia intermitente y, cuando sea el momento apropiado, los sacaremos rápidamente de la ciudad y los pasaremos a Yugoslavia.

—¿Cómo?

—En coche o en camión, aún no lo he decidido —contestó Hudson—. El único problema posible es Hungría. A los yugoslavos les importa un carajo la gente que cruza su frontera, tienen un millón de ciudadanos trabajando en el extranjero en diferentes capacidades y nuestras relaciones con los guardias de la frontera son muy cordiales —agregó.

—¿Sobornos?

Hudson asintió mientras giraba alrededor de un pequeño parque.

—Es un buen sistema para ellos, que les permite vestir a su familia con artículos de moda. Conozco a gente que entra drogas duras; por supuesto, a ésos no los uso. La gente de aquí finge que le preocupan las drogas, pero algunos guardias fronterizos están más abiertos a la negociación que otros; ¡joder!, probablemente todos, o casi todos. Te sorprendería lo que puedes conseguir con algo de divisa o con un par de zapatillas deportivas Reebok. Aquí el mercado negro es muy activo, y dado que a menudo aporta divisas al país, los líderes políticos hacen la vista gorda mientras no se les vaya de la mano.

—¿Entonces cómo cascaron a la delegación de la CIA?

—Maldita mala suerte —siguió explicando Hudson durante uno o dos minutos—. Es como ser atropellado por un camión en una carretera solitaria.

—Maldita sea, ¿realmente suceden ese tipo de cosas?

—No muy a menudo, es algo parecido a que te toque la lotería.

—Tienes que jugar a ganar —murmuró Ryan.

Ese era el lema de la lotería estatal de Maryland, que era un sistema más de recaudar impuestos para aquellos que eran tan tontos como para participar, con la única diferencia de que era un poco más cínico que los demás.

—Sí, es cierto. Es un riesgo al que nos exponemos todos.

—¿Y cómo afecta eso al hecho de sacar a Rabbit y a su familia?

—Una posibilidad entre diez mil.

Para Ryan esto sonaba como una apuesta, pero había otro problema del que preocuparse.

—¿Te han dicho que su esposa y su hija no saben lo largas que van a ser sus vacaciones?

—Bromeas —dijo Hudson, volviendo la cabeza.

—No. Eso es lo que él le dijo a nuestra gente en Moscú. ¿Nos traerá complicaciones?

—Sólo si ella es ruidosa. Supongo que podremos controlarlo, si es necesario —respondió, con las manos al volante.

Pero en su rostro se veía claramente que era algo de lo que preocuparse.

—Dicen que las mujeres europeas son menos autoritarias que las norteamericanas.

—Y es cierto —corroboró Hudson—. Especialmente, las rusas, creo. Bien, ya lo veremos.

Otro giro hacia Harm Utca y llegaron a la embajada británica. Hudson aparcó y salió del coche.

—Ese edificio de allí es el Budapesti Rendórfókápitanság, la jefatura central de la policía. Es bueno estar en un lugar seguro, no suponen ningún peligro para nosotros. La policía local no está muy bien vista. El idioma local es jodidamente imposible. Los filólogos lo llaman indoaltaico. Es originario de algún lugar de Mongolia, por increíble que parezca. No guarda relación con ningún lenguaje que hayas oído. Aquí hay poca gente que hable inglés, pero algunos hablan alemán, porque Austria es el país vecino del norte. No tienes de qué preocuparte; siempre habrá uno de nosotros contigo. Mañana por la mañana te llevaré a dar una vuelta. No sé a ti, pero a mí siempre me cansa mucho viajar.

—Y a mí —respondió inmediatamente Ryan—. Yo lo llamo shock del viaje.

—Entonces, vamos a instalarte en las dependencias de arriba. La cantina de la embajada está bastante bien y tus habitaciones son cómodas, aunque sin lujos. Déjame coger tu maleta.

No podías criticar la hospitalidad, pensó Jack diez minutos más tarde. Una cama, baño privado, un televisor y un vídeo, con más o menos una docena de cintas. Se decidió por Mar cruel, con Jack Hawkins, y la vio hasta el final. Luego se quedó dormido.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LOS TURISTAS

Todos se despertaron más o menos a la misma hora. La primera fue la pequeña zaichik, seguida rápidamente por su madre y finalmente por su padre. El hotel Astoria disponía incluso de servicio de habitaciones, un lujo insólito para los ciudadanos soviéticos. Había un teléfono en su habitación, e Irina, después de anotar los pedidos, llamó a la extensión apropiada y le

respondieron que su comida llegaría dentro de unos treinta minutos.

—Yo podría prepararlo más de prisa —observó Irina con algo de resentimiento.

Pero tuvo que reconocer que era una ventaja no tener que hacerlo. Se turnaron para usar el cuarto de baño, a la espera del desayuno.

Ryan se duchó y encontró el camino hacia la cantina de la embajada, cerca de las ocho menos cuarto. Evidentemente, los británicos apreciaban sus lujos tanto como los oficiales del servicio exterior norteamericano. Se sirvió una generosa porción de huevos revueltos con beicon —a Ryan le encantaba el beicon inglés, aunque sus salchichas más populares le parecían que tenían serrín como relleno— y cuatro rebanadas de pan blanco tostado, porque suponía que necesitaba un gran desayuno para afrontar el duro día que le esperaba. El café no estaba del todo mal. Preguntando, descubrió que era de origen austríaco, lo cual explicaba su calidad.

—El embajador insistió en ello —dijo Hudson, sentándose a la mesa enfrente de su invitado norteamericano—. A Dickie le encanta el buen café.

—¿A quién? —preguntó Jack.

—Richard Dover. Es el embajador, de nuevo en Londres en este momento, justamente se fue anteayer. Lástima. Le habría gustado conocerte. Es un buen jefe. Dime, ¿has dormido bien?

—No puedo quejarme. ¡Caray, sólo hay una hora de diferencia! ¿Hay alguna forma de llamar a Londres? No tuve la oportunidad de despedirme de mi mujer antes de marcharme ayer. No quiero que se preocupe —explicó Jack.

—Ningún problema, sir John —respondió Hudson—. Puedes llamar desde mi despacho.

—Cree que estoy en Bonn por asuntos de la OTAN.

—¿De veras?

—Cathy sabe que soy de la CIA, pero no sabe mucho acerca de lo que hago, además, tampoco sé qué coño hago aquí. Soy analista —explicó Ryan—, no un agente operativo.

—Eso decía el mensaje referente a ti. Gilipolleces —observó lacónicamente el oficial de campo—. Piensa en esto como en una nueva experiencia para tu colección.

—¡Mil gracias, Andy! —respondió Ryan con la mirada en el techo y una sonrisa torcida—. Ya tengo muchas, amigo.

—Bien, entonces, la próxima vez que redactes un informe podrás apreciar mejor cómo son las cosas en la línea de combate.

—Perfecto, mientras no me estrelle contra un muro.

—Mi trabajo consiste en evitarlo.

Ryan tomó un largo trago de café. No estaba a la altura del de Cathy pero, para ser café industrial, no estaba mal.

—¿Qué agenda tenemos para hoy?

—Terminaremos el desayuno y luego te haré de guía turístico. Te haremos sentir el terreno y empezar a pensar cómo completar la operación Beatrix.

La familia Zaitzev estaba gratamente sorprendida por la calidad de la

comida. Oleg había oído hablar bien de la cocina húngara, pero las cosas nunca se saben con seguridad hasta que se prueban y la sorpresa resultó muy placentera. Deseosos de ver la nueva ciudad, terminaron de comer, se vistieron y pidieron direcciones. Dado que Irina era la que estaba más interesada por las oportunidades locales, preguntó por la mejor calle de tiendas. Váci Utca, les respondió el recepcionista, a la que podían ir en el metro que, según les contó, era el más antiguo de Europa. Así pues, caminaron hacia Andrassy Utca y bajaron por la escalera. Vieron que el metro de Budapest en realidad era igual que un tranvía, sólo que subterráneo. Incluso los vagones eran de madera, con la misma catenaria superior que en los tranvías de las calles. Pero circulaba bajo tierra, y lo hacía con bastante eficacia. Apenas diez minutos después de subir, estaban en Vorosmarty Tér, o plaza del Rojo Marty, a un corto paseo de la calle Váci. No se habían percatado de la presencia del hombre que los escoltaba a una discreta distancia, Tom Trent, asombrado al verlos caminar directamente hacia la embajada británica en Harm Utca.

Ryan regresó a su habitación en busca del impermeable que Hudson le había recomendado para la excursión de la mañana, luego bajó rápidamente al vestíbulo y salió a la calle. Había nubes dispersas, lo que indicaba lluvia para más tarde. Hudson saludó con la cabeza al oficial de seguridad de la puerta y salió con Ryan, que se llevó una sorpresa al pisar la acera. Hudson miró en primer lugar a la izquierda, hacia la jefatura central de la policía, pero ahí estaba Tom Trent, a menos de setenta metros de distancia...

¿Siguiendo a la familia Rabbit?

—Mira esto, Jack.

—¿Qué, Andy?

—Ahí están nuestro maldito Rabbit, la señora Rabbit y su conejita.

Ryan se dio la vuelta para mirar y se quedó asustado al ver a las tres personas de las fotos caminando directamente hacia él. —¿Y qué...?

—Deben de ir de compras a la manzana siguiente. Es una área turística, con tiendas y todo lo demás. Maldita coincidencia —observó Hudson, preguntándose qué coño significaba todo aquello.

—¿Los seguimos? —preguntó Jack.

—¿Por qué no? —respondió retóricamente Hudson.

Encendió un cigarrillo de los suyos, le gustaban los cigarros pequeños, y esperó a que su compañero encendiera otro mientras pasaba la familia Rabbit. Aguardaron a que pasara Trent para ir también en la misma dirección.

—¿Tiene algún significado esto? —preguntó Ryan.

—No lo sé —respondió Hudson.

Aunque no estaba visiblemente intranquilo, su tono de voz transmitía su mensaje propio. De todos modos, los siguieron.

Casi inmediatamente se aclararon las cosas. Al cabo de un rato, era obvio que la familia Rabbit iba de compras, la señora Rabbit llevaba la delantera, como suelen hacerlo todas las mamás liebre.

La calle Váci era aparentemente antigua, aunque los edificios debían de haber sido restaurados después de la segunda guerra mundial, pensó Ryan. A principios de 1945 se libró una batalla brutal para conquistar la

ciudad. Ryan miró los escaparates y vio los artículos de costumbre, aunque de calidad más pobre y en menor cantidad que los que se veían en Norteamérica o en Londres. Por supuesto, para la familia Rabbit, cuya matriarca gesticulaba con entusiasmo ante cada escaparate que pasaban, eran impresionantes.

—Esa mujer cree que está en Bond Street —observó Hudson.

—No exactamente —respondió Jack con una carcajada.

Ya había gastado allí una pequeña fortuna. Bond Street quizá era la mejor calle de tiendas del mundo, si uno lograba andar por sus aceras. ¿Pero cómo era Moscú y cómo veía un ruso esa área comercial?

Todas las mujeres, o eso le parecía a Jack, eran iguales en un sentido. Les gustaba mirar escaparates, hasta que la tensión de no comprar las conducía al barranco. En el caso de la señora Rabbit, tardó menos de una manzana antes de entrar en una tienda de ropa, arrastrando a su conejita, seguidas con cierta reticencia del señor Rabbit.

—Esto va a durar un poco —pronosticó Ryan—. He pasado por esta experiencia.

—¿A qué te refieres, Jack?

—¿Estás casado, Andy?

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Dos chicos.

—Eres afortunado. Las chicas son más caras de mantener, amigo.

Caminaron hacia adelante para mirar de arriba abajo la tienda en cuestión. Artículos para mujeres y niñas. Sí —pensó Jack—, tardarán un poco.

—Bueno, ya sabemos cuál es su apariencia. Hora de retirarnos, sir John.

Hudson iba señalando hacia arriba y hacia abajo por Váci Utca, como si le describiera el paisaje a un nuevo visitante a Budapest, y luego condujo a su invitado de regreso a la embajada, sin dejar de escudriñar con sus ojos como antenas de radar. Siguió gesticulando, sin sincronizar los gestos con las palabras.

—O sea, que ya sabemos qué aspecto tienen. No veo ninguna cobertura evidente. Eso es bueno. Si ésta fuera una de sus operaciones encubiertas, no habrían dejado que el cebo se acercara a nosotros de esa manera; por lo menos, yo no lo haría, y el KGB es bastante previsible.

—¿Tú crees?

—Sí, claro. Los rusos son muy buenos, pero previsibles, como cuando juegan al fútbol o al ajedrez, supongo: un juego limpio con una ejecución excelente, pero con muy poca originalidad o estilo. Sus actividades siempre están restringidas. Es su cultura. No alientan a los individuos a destacar.

—Cierto, pero sus líderes a menudo lo han hecho.

—Aquél murió hace treinta años, Jack, y no quieren a ningún otro.

—Estoy de acuerdo.

No tenía sentido discutir sobre eso. El sistema soviético no fomentaba el individualismo de ninguna clase.

—¿Ahora, adónde?

—Al salón de conciertos, al hotel, lugares de interés. Creo que ya hemos tenido suficientes sorpresas esta mañana.

Por lo general, los niños detestan ir de compras, pero ése no suele ser el caso de las niñas. Ciertamente no lo era para zaichik, que nunca había visto tal variedad y colorido de ropa, ni siquiera en las tiendas especiales a las que sus padres recientemente tenían acceso. Mientras su madre contemplaba y seleccionaba, Svetlana se probó un total de seis abrigos, desde uno verde bosque hasta uno rojo incandescente con un cuello de terciopelo negro y, aunque se probó dos más después de éste, compraron el rojo, que zaichik insistió en llevarse puesto. La próxima parada fue para Oleg Ivanovich, que compró tres vídeos, que eran copias húngaras ilegales de los aparatos Sony Betamax de Japón. Se enteró de que un empleado de la tienda podría llevárselos a su habitación del hotel; los visitantes occidentales compraban allí, y esa compra constituía la mitad de los artículos de la lista que tenía para su oficina. Decidió añadir algunas cintas también, del género que no le permitiría ver a su hija, pero que les gustarían a sus amigos del Centro. Por eso Zaitzev se había llevado cerca de dos mil rublos del Comecon, que de poco le servirían en Occidente.

Siguieron de compras hasta cerca de la hora del almuerzo, en cuyo momento ya acarreaban más artículos de los que podían llevarse en las manos con comodidad. Por eso decidieron dirigirse al antiguo metro y regresar al hotel, para dejarlos allí antes de dedicarle tiempo a su hija.

La plaza de los Héroes fue construida por los Habsburgo para honrar su posesión real (aunque no muy servicial) de Hungría a finales del siglo anterior, con estatuas de anteriores reyes húngaros, desde san Esteban, «Istvan» en el idioma magiar, cuya corona, que tenía una cruz torcida encima, había sido devuelta a su país por Jimmy Carter hacía pocos años.

—Cuentan que esto ocurrió cuando Esteban arrojó su corona encima de la otra —explicó Hudson—. Devolverla probablemente fue una jugada inteligente por parte de Carter. Es un símbolo de su nación. El régimen comunista no pudo rechazarla y, al aceptarla, tuvieron que reconocer que la historia del país databa de mucho antes del marxismo-leninismo. Realmente no soy un entusiasta del señor Carter, pero ésa fue, creo, una jugada muy sutil por su parte. La mayoría de los húngaros detesta el comunismo, Jack. La nación es bastante religiosa.

—Hay muchas iglesias —observó Ryan, que había contado unas seis o siete de camino a esa plaza.

—Esa es la otra cosa que les da un sentido de identidad política. Al gobierno no le gusta, pero es una cosa demasiado grande y peligrosa para destruirla, por eso hay una especie de paz incómoda entre ambos.

—Si tuviera que apostar, lo haría a favor de la Iglesia.

—Igual que yo, sir John —asintió Hudson, dándose la vuelta. —Menuda plaza, es enorme —observó Ryan, mirando a su alrededor. Parecía que tenía más de un kilómetro cuadrado de pavimento.

—Esto se construyó en 1956 —explicó Hudson—. Los soviéticos querían que fuese lo suficientemente amplia para poder entrar con sus transportes de tropas. Aquí puede aterrizar un AN-ten Cub, lo cual permitiría traer con rapidez tropas aerotransportadas en caso de que la población se sublevara de nuevo. Podrías traer, digamos, unos diez o doce Cubs, con ciento cincuenta soldados cada uno, que defenderían el centro de la ciudad de los contrarrevolucionarios y aguardarían la llegada de los tanques

procedentes del este. No es un plan brillante, pero así es como piensan.

—¿Y qué pasaría si aparcaras aquí dos autobuses y reventaras los neumáticos?

—No dije que fuera perfecto, Jack —respondió Hudson—. Quizá fuera mejor poner algunas minas terrestres. Incluso matarían a algunos de esos hijos de puta y originarían un bonito fueguecito. No habría manera de que un piloto las viera al aproximarse. Además, los pilotos de transporte son los más tontos y ciegos que hay.

Y los rusos imaginaban que introducirían sus tropas antes de que las cosas se les escaparan de las manos. Sí, tenía sentido, pensó Ryan.

—¿Sabes quién era el embajador soviético en el cincuenta y seis?

—No, espera un momento, sí... ¿no era Andrópov?

—El mismísimo Yuri Vladimirovich —asintió Hudson—. Esto explica por qué es tan querido aquí. Una gran cantidad de gente perdió su vida en esa aventura.

Ryan recordó que entonces él estaba en la escuela primaria y era demasiado joven para apreciar esas complejidades. Era en otoño de un año de elecciones presidenciales, además, al mismo tiempo, Gran Bretaña y Francia decidieron invadir Egipto para proteger sus derechos sobre el canal de Suez. Eisenhower había fracasado a causa de dos crisis simultáneas y fue incapaz de hacer gran cosa. Pero, debido a ello, Norteamérica había recibido un buen montón de inmigrantes. No todo estaba perdido.

—¿Y la policía secreta local?

—Justo bajando Andrassy Utca desde aquí, en el número sesenta. Es un edificio de aspecto normal que, decididamente, chorrea sangre. Ahora no es tan malo como solía serlo. El personal original era devoto de Stalin y más implacable que la Gestapo de Hitler. Pero después de la rebelión fallida, se moderaron un poco y cambiaron su nombre de Allamvedelini Osztalv por el de Allavedelmi Hivatal. Oficina de Seguridad Estatal en vez de Sección de Seguridad Estatal. El jefe anterior fue reemplazado y se volvieron más delicados. Antes se habían ganado la reputación de torturadores. Supuestamente, eso es cosa del pasado. Simplemente con la reputación es suficiente para que un sospechoso se desmorone. Vale la pena tener pasaporte diplomático —concluyó Andy.

—¿Son buenos? —preguntó Jack.

—Zafios y torpes. Quizá reclutaron a gente competente alguna vez, pero eso fue hace mucho. Probablemente sean las secuelas de lo malvados que fueron en las décadas de los cuarenta y los cincuenta. La gente buena no quiere trabajar allí, y no hay ningún beneficio que el KGB pueda reportar a sus reclutas. De hecho, este país tiene excelentes universidades. Producen ingenieros notablemente buenos y excelentes científicos. Además, la Facultad de Medicina de Semmelweis es de primera clase.

—Bueno, la mitad de los componentes del proyecto Manhattan eran húngaros, si mal no recuerdo.

—Desde luego que lo eran —asintió Hudson—, y muchos de ellos, judíos húngaros. No quedan muchos de ésos, aunque en la Gran Guerra los húngaros salvaron cerca de la mitad de los suyos. El jefe de Estado, el almirante Horthy, probablemente fue asesinado por ello; murió bajo lo que eufemísticamente llaman «circunstancias misteriosas». Es difícil decir

qué clase de persona era realmente, pero hay una escuela de pensamiento que dice que era un feroz anticomunista y decididamente no era pro nazi. Quizá sencillamente fue un hombre que eligió el lugar y el momento equivocados para nacer. Nunca lo sabremos con seguridad.

Hudson disfrutaba haciendo de guía turístico. No era un mal cambio de ritmo para un rey, bueno, quizá un príncipe, del espionaje.

Pero era hora de volver al trabajo.

—Bien, ¿cómo lo vamos a hacer? —preguntó Jack.

Miró a su alrededor para comprobar si los seguían, pero si alguien lo hacía, él no podía verlo, a menos que lo hicieran en alguno de los omnipresentes y sucios automóviles Lada. Tenía que confiar en Hudson para que contemplara esa posibilidad.

—Volvamos al coche. Iremos a ver el hotel.

Sólo era un trayecto de pocos minutos bajando por Andrassy Utca, una ruta con arquitectura de estilo marcadamente francés. Ryan nunca había estado en París, pero, cerrando los ojos, pensó que bien podría haber estado allí.

—Aquí es —anunció Hudson, acercándose a la acera para detenerse.

Algo agradable de los países comunistas era la facilidad para encontrar aparcamiento.

—¿No hay nadie que nos observe? —preguntó Ryan tratando de que no se notara demasiado que daba una vuelta de trescientos sesenta grados.

—Si hay alguien, es bastante listo. Al otro lado de la calle está la delegación local del KGB. La casa soviética para la cultura y la amistad, tristemente carente de cultura y de amistad, pero calculamos que alberga a unos treinta o cuarenta individuos del KGB, ninguno interesado en nosotros —añadió Hudson—. Un ciudadano húngaro normal probablemente preferiría contraer gonorrea antes que entrar ahí. Es difícil de explicar cuánto detestan a los soviéticos en este país. La gente de aquí tomará su dinero y quizá incluso se den la mano después de la transacción, pero no mucho más que eso. Se acuerdan de 1956, Jack.

El hotel impresionó a Ryan como algo procedente de la época dorada, como la denominó H. L. Mencken, lo cual era como ser aficionado al champán y tener sólo presupuesto para cerveza.

—He estado en lugares mejores —observó Jack.

No era el Plaza de Nueva York, ni el Savoy de Londres. —Nuestros amigos rusos, probablemente no.

Maldita sea. Si los llevamos a Norteamérica, les parecerá que están en el mismísimo cielo, pensó Jack al instante.

—Entremos. Hay un bar bastante bonito —dijo Hudson.

Ahí estaba, hacia la derecha y bajando algunos peldaños, casi como un disco-bar de la ciudad de Nueva York, aunque no tan ruidoso. El conjunto musical aún no había llegado, sonaban unos discos pero la música no estaba demasiado alta. Jack se percató de que eran melodías norteamericanas. Qué raro. Hudson pidió un par de vasos de Tokaji.

Ryan sorbió el suyo. No estaba mal.

—También está embotellado en California, creo. Tus amigos lo llaman tokav, la bebida nacional de Hungría. No es algo que guste de entrada, pero es mejor que la grappa.

—Lo sé —rió Ryan entre dientes—. Eso en italiano significa «gasolina para el encendedor». A mi tío Mario le gustaba mucho. De gustibus, como

suele decirse —agregó mientras miraba a su alrededor sin ver a nadie en unos seis metros a la redonda—. ¿Podemos hablar?

—Es preferible que nos limitemos a contemplar. Vendré aquí esta noche. Este bar cierra después de las doce y necesito ver cómo es el personal. Nuestro Rabbit está en la habitación 307, en la esquina del tercer piso. Tiene fácil acceso por la escalera de incendios. Hay tres entradas, una delantera y dos laterales. Si como supongo sólo hay un recepcionista, únicamente será cuestión de entretenerlo para meter nuestros paquetes y sacar a la familia Rabbit.

—¿Meter paquetes?

—¿No te lo he dicho?

—¿Decirme qué?

—Maldita sea —pensó Hudson—, nunca dan la información necesaria a todos los que la necesitan. Siempre igual.

—Ya hablaremos de ello más tarde —respondió.

Pasaba algo que no le gustaba, pensó en seguida Ryan. Seguro. Quizá debería haber llevado consigo su Browning. Mierda. Terminó su bebida y buscó el lavabo de caballeros. La simbología lo ayudó. El lugar no se había fregado recientemente; menos mal que no necesitaba sentarse. Cuando salió, Andy lo esperaba y lo siguió a la calle. Pronto se encontraron de nuevo en su coche.

—Bien, ¿podemos discutir ese pequeño asunto ahora? —preguntó Jack.

—Más tarde —respondió Hudson.

Eso sólo hizo que Ryan se preocupara más aún.

Los paquetes acababan de llegar al aeropuerto: tres cajas más bien grandes con etiquetas adhesivas diplomáticas. Un funcionario de la embajada estaba ante la rampa para asegurarse de que no fueran manipuladas. Alguien se ocupó de colocar los paquetes en cajas identificadas como de una empresa electrónica, la Siemens alemana en este caso, dando así la impresión de que eran máquinas criptográficas u otra cosa voluminosa y delicada. Fueron debidamente cargadas en el camión ligero de la embajada y conducidas al centro de la ciudad, con nada más que curiosidad en su velatorio. La presencia de un funcionario de la embajada evitó que fueran examinadas por rayos X, lo cual era importante. Por supuesto, eso podía haber dañado los microchips del interior, pensó la gente de la aduana del aeropuerto, por lo que hicieron su informe oficial para el Belügyminisztérium. Pronto se informaría a todos los interesados, incluyendo al KGB, de que la embajada del Reino Unido en Budapest había importado alguna nueva máquina criptográfica. La información sería debidamente archivada y olvidada.

—¿Has disfrutado de la visita? —preguntó Hudson de vuelta en su despacho.

—Mejor que hacer una auditoría. Bien, Andy —dijo Ryan—, ¿no vas a ponerme al corriente?

—La idea ha sido de tu gente. Debernos sacar a la familia Rabbit de tal manera que el KGB crea que han muerto, y así no habrá desertores para cooperar con Occidente. Para ese fin tenemos que meter en la habitación

del hotel tres cadáveres después de que saquemos a Flopsy, Mopsy y Cotton-tail.

—De acuerdo, está bien —asintió Ryan—. Ya me lo contó Simon. ¿Después qué?

—Después incendiarnos la habitación. Los tres cadáveres son víctimas de incendios domésticos. Deben de haber llegado hoy.

Lo único que Ryan podía sentir era un asco visceral, y eso se reflejaba en su rostro.

—Éste no es siempre un trabajo limpio, sir John —aclaró el jefe de delegación del servicio secreto de Inteligencia a su invitado.

—¡Por Dios, Andy! ¿De dónde proceden los cadáveres?

—¿A alguien le importa?

—No, supongo que no —respondió Ryan negando con la cabeza—. ¿Y luego?

—Los conduciremos hacia el sur. Allí nos reuniremos con uno de mis agentes, Istvan Kovacs, un contrabandista profesional al que se le paga bien para que nos pase por la frontera hasta Yugoslavia. Desde allí a Dalmacia. A algunos de mis compatriotas les gusta tomar el sol en esa región. Meteremos a la familia Rabbit en un avión comercial para llevarlos a ellos y a ti a Inglaterra, y entonces la operación habrá terminado para satisfacción de todos.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

¿Qué más puedo decir?, pensó Jack.

—Dentro de dos o tres días, creo.

—¿Vas a llevar equipaje? —preguntó finalmente.

—¿Una pistola, quieres decir?

—No, un tirachinas —aclaró Ryan.

—En realidad, no son de mucha utilidad —respondió Hudson negando con la cabeza—. Si tenemos problemas, habrá soldados entrenados con rifles automáticos, una pistola no sirve de nada, salvo para hacer que los contrincantes nos disparen y que con toda probabilidad nos alcancen. No, si eso ocurriera, saldrías mejor parado negociando la salida con la documentación diplomática. Ya tenemos pasaportes británicos para la familia Rabbit —agregó mientras alzaba un sobre grande desde el cajón de su escritorio—. Se nos ha informado de que el señor Rabbit habla bien el inglés. Eso debería bastar.

—Parece que todo está previsto —dijo Ryan sin estar plenamente convencido.

—Para eso me pagan, sir John.

Ryan comprendió que él no estaba en posición para criticar. —De acuerdo, aquí tú eres el profesional. Yo sólo soy un jodido turista.

—Tom Trent ha presentado su informe. —Había un mensaje sobre el escritorio de Hudson—. No ha detectado que nadie vigilara a la familia Rabbit. 0 sea, que la operación parece normal, por el momento. Incluso diría que las cosas van muy bien. —Salvo por los cuerpos quemados y congelados en el sótano de la embajada, pensó—. Haberlos visto esta mañana ha ayudado. Tienen un aspecto completamente normal y eso también ayuda. Por lo menos no intentamos pasar a Grace Kelly de contrabando. Alguien como ella llamaría la atención, pero las mujeres como la señora Rabbit pasan inadvertidas.

—Flopsy, Mopsy y Cotton-tail... —suspiró Ryan.

—Sólo es cuestión de trasladarlos a otra conejera.

—Si tú lo dices, amigo —respondió Ryan con cierto recelo.

Ese individuo llevaba una vida diferente de la suya. Cathy cortaba glóbulos oculares para ganarse la vida, y eso para Jack sería tan traumático como para una chica enfrentarse a una serpiente de cascabel en la bañera. Sólo eran maneras diferentes de ganarse la vida. Pero con toda seguridad, no era la suya.

Tom Trent los observaba mientras daban el largo paseo, desde el hotel hasta el zoo de la localidad, que siempre era un buen lugar para los niños. El león y el tigre eran magníficos y la casa de los elefantes, construida al estilo de un pastel árabe borracho, albergaba varios paquidermos. Con la compra de un helado de cucurucho para la niña, concluyó la parte turística del día. La familia Rabbit anduvo de regreso al hotel con la niña dormida en brazos de su padre los últimos quinientos metros más o menos. Esta fue la parte más dura para Trent, para quien mantenerse invisible en el campo de aterrizaje de más de un kilómetro cuadrado de adoquines puso a prueba sus habilidades profesionales, pero la familia Rabbit no prestaba tanta atención, y al llegar al Astoria se escondió en el lavabo de caballeros, con el fin de darle la vuelta a su abrigo reversible y cambiar por lo menos el color exterior. Media hora más tarde, la familia Zaitzev volvió a salir, pero entraron inmediatamente en la puerta contigua de un popular restaurante. La comida era sana, aunque no emocionante y, lo más importante, bastante barata. Mientras los observaba, eligieron un montón de platos de la cocina del lugar y se sentaron a devorarlos. Todos guardaron un rincón para el pastel de manzana, que en Budapest era tan exquisito como el que se podía comer en Viena, pero costaba una décima parte. Cuarenta minutos más tarde, estaban agotados y bien saciados; ni siquiera dieron su paseo alrededor de la manzana después de comer para asentar sus estómagos, antes de coger el ascensor para la tercera planta y, presumiblemente, acostarse. Trent esperó media hora con el fin de asegurarse y luego cogió un taxi al parque del Rojo Marty. Había tenido un día muy largo y ahora debía redactar su informe para Hudson.

El jefe de delegación y Ryan estaban bebiendo cerveza en la cantina cuando llegó a la embajada. Hicieron las presentaciones y pidieron otra jarra de cerveza para Trent.

—Bien, ¿qué piensas, Tom?

—Parece que son justamente lo que se nos ha dicho que debíamos esperar. La niña, a quien su padre llama zaichik, que si no me equivoco significa «conejito», parece muy dulce. Es una familia normal haciendo cosas normales. Nada más que eso. Él compró tres vídeos en la calle Váci, que la tienda se ha encargado de llevarle al hotel. Luego fueron a dar un birnble.

—¿Un qué?

—Un paseo, de acá para allá como buenos turistas —explicó Trent—. Al zoo. La niña estaba impresionada con los animales, como es normal, pero aún más por el nuevo abrigo rojo con cuello negro que le compraron por la mañana. En conjunto parecen una familia agradable —concluyó el

espía.

—¿Nada fuera de lo normal? —preguntó Hudson.

—Nada, Andy, si están sometidos a algún tipo de vigilancia, no he sabido verla. La única sorpresa del día ha sido esta mañana, cuando han salido andando y han pasado por delante de la embajada para ir de compras. Ese ha sido un momento bastante delicado, pero parece ser que ha sido pura coincidencia. Váci Utca es la mejor zona de tiendas tanto para los occidentales como para los orientales. Supongo que el recepcionista les dijo que cogieran el metro aquí.

—¿Vainilla pura, no es cierto? —preguntó Jack, terminando su cerveza.

—Eso es lo que parece —respondió Trent.

—De acuerdo, ¿cuándo hacemos nuestra jugada? —preguntó a continuación el norteamericano.

—Bueno, ese tipo, Rozsa, comienza su serie de conciertos mañana por la noche. ¿Al día siguiente, entonces? Así le daremos una oportunidad a la señora Rabbit de escuchar su música. ¿Podemos conseguir entradas para nosotros? —preguntó Hudson.

—Eso está hecho —respondió Trent—. Palco seis, al lado derecho del teatro hay una buena vista de todo el edificio. Ser diplomático tiene sus ventajas.

—¿Cuál es el programa?

—J. S. Bach, los tres primeros conciertos de Brandeburgo, seguidos de algunas otras obras del mismo autor.

—Tiene que ser bastante agradable —observó Ryan.

—Las orquestas de aquí son realmente buenas, sir John.

—Andy, ya basta con esa mierda caballeresca, ¿de acuerdo?

Mi nombre es Jack. John Patrick, para ser exacto, pero siempre me han llamado Jack, desde que tenía tres años.

—Es un honor, ya lo sabes.

—De acuerdo, doy gracias a su majestad por ello, pero no hacemos esa clase de cosas allí donde yo vivo, ¿está claro?

—Bueno, llevar una espada puede ser incómodo cuando quieres sentarte —declaró comprensivamente Trent.

—Y cuidar del caballo puede ser una molestia —agregó Hudson con una gran carcajada—. Por no mencionar el coste de las justas...

—Está bien, quizá me lo he buscado —admitió Ryan—. Sólo quiero poner a Rabbit a salvo.

—Y lo haremos, Jack —aseguró Hudson—. Y tú estarás allí para verlo.

—Todo el mundo está en Budapest —declaró Bostock—. Rabbit y su familia están en un anónimo hotel llamado Astoria.

—¿No hay una parte de Nueva York con ese nombre? —preguntó el director de la CIA.

—Queens —confirmó Greer—. ¿Qué hay acerca del hotel?

—Evidentemente sirve para nuestros propósitos —respondió el subdirector de Operaciones—. Basil dice que la operación es normal hasta el momento. No se ha detectado vigilancia sobre nuestros objetivos. Todo parece pura rutina. Supongo que nuestros primos tienen un jefe de delegación competente en Budapest. Los tres cadáveres llegaron hoy allí. Sólo es cuestión de poner los puntos sobre las íes.

—¿Y el nivel de confidencialidad? —preguntó el subdirector de Inteligencia.

—Digamos que un setenta y cinco por ciento, almirante —calculó Bostock—. Quizá mejor.

—¿Qué sabemos de Ryan? —preguntó Greer a continuación. —No hay quejas de Londres. Supongo que se está comportando.

—Es un buen muchacho. Debería hacerlo.

—Me pregunto si estará contento —dijo el juez Moore.

Los otros dos sonrieron y menearon la cabeza. Bostock habló en primer lugar. Como toda la gente del Departamento de Operaciones, tenía sus dudas acerca de los miembros del mucho más numeroso Departamento de Inteligencia.

—Probablemente no se sienta tan cómodo como en su escritorio con su silla giratoria.

—Lo hará bien, caballeros —aseguró Greer con la esperanza de estar en lo cierto.

—Me pregunto qué tendrá ese tipo para nosotros... —suspiró Moore.

—Lo sabremos dentro de una semana —prometió Bostock, que siempre era el más optimista.

Tres oportunidades entre cuatro era una buena apuesta, a menos que tu propio trasero estuviera en peligro.

El juez Moore miró el reloj de su escritorio y le añadió seis horas. Ahora en Budapest la gente estará durmiendo, y seguramente también en Londres. Recordó sus propias aventuras en el campo, consistentes mayormente en esperar a que apareciera alguien para un encuentro, o rellenando informes de contactos para los burócratas que estaban en casa, que son quienes aún dirigen la CIA. No cabía olvidar que la CIA era una organización gubernamental, sujeta a todas las mismas restricciones y deficiencias propias de esa triste realidad. Pero en esta ocasión, para esta operación Beatrix, lograban que las cosas ocurrieran excepcionalmente con prontitud... sólo porque Rabbit había dicho que las comunicaciones gubernamentales estaban comprometidas. No porque hubiera dicho que tenía información acerca de la posible pérdida de una vida inocente. El gobierno tenía sus prioridades y no siempre se correspondían con las necesidades del mundo racional. El era el director de la Central de Inteligencia, supuestamente bajo jurisdicción federal, al mando de la recogida global de información y de las operaciones de análisis del gobierno de los Estados Unidos de América. Pero lograr que toda esta burocracia funcionara con eficacia equivalía a llevar una ballena a la playa y ordenarle que volara. Podrías gritar todo lo que quisieras, pero no lograrías la gravedad. El gobierno era algo hecho por los hombres y, por tanto, debería ser posible para los hombres cambiarlo, pero en la práctica eso sencillamente no ocurría. Existían, por consiguiente, tres posibilidades entre cuatro de que sacarían a aquel ruso, y obtendrían su información en una casa segura y cómoda en las colinas de Virginia, explorarían hasta el último recoveco de su cerebro y quizá encontrarían algo importante y útil, pero el juego no cambiaría ni, probablemente, tampoco la CIA.

—¿Tenemos algo que debamos decirle a Basil?

—No me viene nada a la mente, señor —respondió Bostock—. Sencillamente nos sentamos lo más quietos posible y esperamos a que su personal lleve a cabo la misión.

—De acuerdo —concedió el juez Moore.

A pesar de las tres jarras de cerveza negra británica, Ryan no dormía bien. No se acordaba de nada que pudiera faltar. Hudson y su equipo parecían bastante competentes y la familia Rabbit parecía muy normal el día anterior por la mañana, en la calle. Había tres personas, una de las cuales realmente quería salir de la URSS, lo cual le pareció a Ryan algo completamente razonable... aunque los rusos eran de las personas más patriotas de todo el mundo. Pero toda regla tenía sus excepciones y evidentemente ese hombre tenía una conciencia y sentía la necesidad de impedir... algo. Fuera lo que fuese, Jack no lo sabía y para él era más fácil saber que suponer. La especulación no era análisis y a él le pagaban su mísero salario para hacer un buen análisis.

Sería interesante descubrirlo. Ryan nunca había hablado personalmente con un desertor. Había leído su información y les había mandado preguntas por escrito a algunos de ellos para recibir respuestas sobre asuntos específicos, pero realmente nunca había mirado a ninguno a los ojos, ni observado su cara al responder. Era la única manera de leer al interlocutor, igual que en los juegos de cartas. No tenía la habilidad de su esposa en ese sentido, eso era algo digno de resaltar de la formación médica, pero tampoco era un niño de tres años que se lo creía todo. No, quería ver a ese tipo, hablar con él y penetrar en su cerebro para evaluar la fiabilidad de lo que dijera. Rabbit, al fin y al cabo, podía ser un infiltrado. Ryan había oído que en el pasado el KGB lo había hecho. Hubo un desertor que salió después del asesinato de John Kennedy que proclamó a los cielos que el KGB no había tenido nada que ver en esa acción. De hecho, eso bastó para que la CIA se preguntara precisamente si el KGB lo había hecho. El KGB podía ser astuto, pero como a todos los taimados, tarde o temprano, inevitablemente, el juego se les iba de las manos, cuanto más tarde, peor. Entendían a Occidente, así como la mentalidad de sus habitantes. No, Iván no medía tres metros de altura, ni tampoco era un genio en todo, a pesar de lo que pensaran los que se dedicaban a sembrar el terror en Washington, e incluso también en Langley.

Todo el mundo tenía la capacidad de cometer errores. Él aprendió eso de su padre, que se ganaba la vida capturando asesinos, algunos de los cuales se creían muy listos. No, la única diferencia entre un hombre sabio y uno tonto era la magnitud de sus errores. Errar era humano, y cuanto más listo y poderoso fueras, mayor el alcance de tu metedura de pata. Como L. B. Johnson con Vietnam, la guerra de la que por poco se libró Jack debido a su edad, una colosal metedura de pata impuesta al pueblo norteamericano por el hombre más hábil en táctica política de su época, que pensó que su pericia política serviría para el poder político internacional, sólo para aprender que un comunista asiático no pensaba de la misma manera que lo hacía un senador de Texas. Todos los hombres tenían sus limitaciones, sólo que algunas eran más peligrosas que otras. Y mientras que el genio conocía sus límites, la idiotez no los tenía.

Se echó sobre la cama, fumando un cigarrillo y mirando al techo, preguntándose qué pasaría mañana. ¿Otra aparición de Sean Miller y sus terroristas?

Esperaba que no, preguntándose aún por qué Hudson no tendría cerca una pistola para la próxima aventura. Decidió que debía de formar parte de la naturaleza europea. Los norteamericanos, en terreno hostil, quieren tener por lo menos un amigo a mano.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LA HUIDA DE RABBIT

Una ciudad extraña —pensó Zaitzev mientras el sol amenazaba con salir por el este, dos horas antes que en Moscú—. Si estuviera en casa, aún estaría dormido. Esperaba despertar pronto en otro lugar, en una zona horaria completamente distinta. Pero de momento permaneció inmóvil y saboreó el instante. En la calle reinaba un silencio casi absoluto, salvo el sonido lejano de un camión de reparto. El sol no había salido y aún estaba oscuro, aunque ya no era negra noche; empezaba a clarear, pero todavía no llegaba el alba; a la mitad de los prolegómenos del día. Ese podía ser un momento agradable. Era una hora que les gustaba a los niños, un momento mágico en el que el mundo les pertenece solamente a los pocos que están despiertos, mientras los demás permanecen en la cama; los niños podían pasear como los reyes de la casa, hasta que sus mamás los descubrían y los llevaban de vuelta a la cama.

Pero Zaitzev permaneció inmóvil, escuchando la respiración pausada de su esposa y de su hija, aunque él ya estaba totalmente despierto y podía pensar sin interrupciones.

¿Cuándo se pondrían en contacto con él? ¿Qué le dirían? ¿Habrían cambiado de opinión? ¿Defraudarían la confianza que había depositado en ellos?

¿Por qué estaba tan inquieto sobre el asunto? ¿No había llegado el momento de confiar un poco en la CIA? ¿Acaso no sería una baza importante para ellos? ¿No sería un bien preciado? Incluso el KGB, que era tan tacaño como un niño con su juguete favorito, ofrecía un trato de comodidad y prestigio a los desertores que acogía. Kim Philby disponía de un suministro inagotable de alcohol. Y según se rumoreaba, a Burgess le proporcionaban todos los zhopniki que quisiera tirarse. Se rumoreaba que ambos tenían apetitos insaciables de sus vicios respectivos. Sin embargo, la magnitud de estas historias siempre aumentaba a medida que pasaban de boca en boca y, por lo menos en parte, se alimentaban de la aversión soviética hacia los homosexuales.

Él no era así. ¿Acaso no era él un hombre de principios?, se preguntó Zaitzev. Por supuesto que sí. Había decidido arriesgar su vida por principios. Estaba jugando con su propio destino, como un artista de circo haciendo juegos malabares con cuchillos. Y al igual que el malabarista, él sería el único que saldría perjudicado si no juzgaba bien la situación. Oleg encendió el primer pitillo del día y empezó a darle vueltas a la situación por milésima vez, por si se le ocurría otro camino posible.

Podía regresar a los conciertos, dedicarse a sus compras, tomar el tren de regreso a la estación Kiev y convertirse en un héroe entre sus compañeros de trabajo por haberles conseguido los vídeos, las películas

pornográficas y las medias para sus esposas, además de algunas compras para sí mismo. El KGB no se enteraría nunca de lo ocurrido.

Pero entonces el sacerdote polaco morirá a manos soviéticas... Y tú tienes el poder de impedirlo. ¿Cómo podrás mirarte al espejo si no lo haces, Oleg Ivan'ch?

A fin de cuentas, siempre regresaba al mismo lugar.

Pero no tenía mucho sentido dormirse otra vez, así que terminó de fumarse el cigarrillo y permaneció despierto, observando un cielo cada vez más claro a través de la ventana de su habitación.

Cathy Ryan no se despertó del todo hasta que su mano se encontró con una sábana vacía, en el lugar que debería haber ocupado su marido. En ese instante se despertó del todo y recordó que Jack no estaba en casa, que había salido del país, tanto del suyo como de éste, y que ella se había quedado sola. A todos los efectos, se había convertido en una madre soltera y no había contado con ello al casarse con John Patrick Ryan. No era la única mujer del mundo cuyo marido viajaba por negocios; su padre lo había hecho a menudo y para ella no había supuesto ningún problema. Pero ése era el primer viaje de Jack y no le estaba gustando en absoluto.

No es que no se las arreglara sin él. Había aprendido a lidiar con peores desafíos que ése todos los días. Tampoco le preocupaba la posibilidad de que Jack tuviera algún devaneo durante el viaje. Tenía dudas sobre las actividades de su padre durante sus múltiples viajes; el matrimonio entre sus padres había tenido sus más y sus menos y no sabía qué sospechas albergó su difunta madre. Pero en el caso de Jack no tenía por qué preocuparse. Y sin embargo, lo amaba y sabía que él también la amaba, y los enamorados deberían estar juntos. Si lo hubiera conocido durante su época como oficial de los marines, habría tenido que acostumbrarse a las ausencias. En el peor de los casos podría haber tenido que enfrentarse a la pérdida de su marido en acto de servicio; sin duda, ése habría sido el peor tormento imaginable. Sin embargo, cuando lo conoció ya había pasado esa etapa. Había salido a cenar con su padre, que trajo a Jack sin darle mucha importancia. Se trataba de un joven prometedor con un buen instinto, que estaba a punto de ascender de la oficina de Baltimore a la de Nueva York. Al principio, el interés que se despertó entre ambos jóvenes fue una grata sorpresa para él, hasta que Jack anunció que se disponía a coger todo el dinero que había ganado para convertirse en profesor de historia, nada menos. Ella tuvo que lidiar más con el conflicto, ya que Jack a duras penas toleraba a Joseph Muller, vicepresidente ejecutivo de Merrill Lvnch, Pierce Fenner y Smith (a los que había que añadir el nombre de cualquier adquisición de los últimos cinco años). Para ella, Joe aún era «papá», mientras que para Jack era simplemente «él», o «ese viejo entrometido».

¿En qué demonios estará trabajando?, se preguntó. ¿Bonn? ¿Alemania? ¿Asuntos de la OTAN? El maldito mundo de la inteligencia, en la que estudiaba documentos secretos y hacía comentarios, también secretos, para gente que posteriormente los leería y los estudiaría, o no. Ella, por lo menos, sabía que su trabajo era honesto: se dedicaba a curar a los enfermos o a anudarlos a que vieran mejor. Pero no se podía decir lo mismo de Jack.

No es que su trabajo fuera inútil; se lo había explicado unos meses atrás: en el mundo había gente mala y alguien tenía que luchar contra ellos. Afortunadamente, para su lucha no hacía falta llevar una arma. Cathy no soportaba las armas, ni siquiera las que habían ayudado a impedir su secuestro y asesinato en su casa de Maryland, aquella noche que había concluido felizmente con el nacimiento del pequeño Jack. Le había tocado curar un buen número de heridos de bala durante su período de prácticas en la sala de urgencias, los suficientes para hacerse una idea de lo que eran capaces de hacer las armas, aunque no tantos como le habrían tocado en otras zonas. Era consciente de que había tenido la suerte de permanecer al margen de lo que, muy a su pesar, era una realidad, y precisamente por eso le permitió a Jack que conservara algunas armas en la casa, en lugares que estuvieran fuera del alcance de los niños, aunque se subieran a una silla. Él había tratado de enseñarla a usarlas, pero ella se había negado a tocarlas. En alguna ocasión se preguntó si no estaría exagerando, pero era una mujer y no había nada más que decir al respecto... Además, a Jack no parecía importarle demasiado.

¿Pero por qué no está aquí? —se preguntó Cathy en la oscuridad—. ¿Qué puede ser tan importante que aleje a un hombre de su mujer y de sus hijos?

Él no podía contárselo, y eso la enfurecía. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto, aunque tampoco era como enfrentarse a un enfermo terminal de cáncer. Y además, sabía que él no se habría liado con ninguna fulana alemana. Pero, aun así... maldita sea. Quería tenerlo a su lado.

A unos mil trescientos kilómetros de distancia, Ryan ya se había levantado, se había duchado, afeitado, cepillado los dientes y estaba listo para enfrentarse a un nuevo día. Por algún motivo, el hecho de estar de viaje lo ayudaba a levantarse por la mañana. Sin embargo, no tenía nada que hacer hasta que abrieran el comedor de la embajada. Miró de reojo el teléfono que había junto a la cama y pensó en llamar a casa, pero no conocía el sistema de llamadas de la embajada y no sabía qué número tenía que marcar. Además, lo más probable era que necesitara el permiso y la ayuda de Hudson para completar la llamada con éxito. Maldita sea. Se había despertado a las tres de la madruga-da, esperando darse la vuelta y besar a Cathy en la mejilla. A él le gustaba hacerlo, aunque ella nunca lo recordara por la mañana. Lo bueno era que ella le devolvía el beso. No cabía duda de que lo amaba. De no ser así, no lo besaría. No es posible fingir en sueños. Este hecho era una pieza importante en el universo personal de Ryan.

No le serviría de mucho encender la radio. El húngaro, o mejor dicho, el magiar, debía de hablarse en el planeta Marte Desde luego, no se parecía a nada en la Tierra. No había oído ni una sola palabra que le sonara a inglés, a alemán o a latín, que eran los tres idiomas que había estudiado en algún momento de su vida. Además, los nativos hablaban a la velocidad de una ametralladora y no le ponían las cosas nada fáciles. Si Hudson lo abandonara en cualquier rincón de la ciudad, no sabría encontrar el camino de regreso a la embajada británica. No se había sentido tan desamparado desde que tenía cuatro años. A todos los efectos, se encontraba en otro planeta. Su pasaporte diplomático tampoco le serviría

de mucho, porque lo identificaba con un país hostil en esa tierra alienígena. No había caído en la cuenta de todo eso durante el viaje. Al igual que muchos norteamericanos, suponía que un pasaporte y una tarjeta American Express bastaban para recorrer el mundo entero con total seguridad, pero eso sólo era cierto en el mundo capitalista, donde siempre habría alguien que hablara el inglés suficiente para mostrarle el camino hacia un edificio, con la bandera estadounidense ondeando en el tejado y una dotación de marines en el vestíbulo. Sin embargo, en esa ciudad extraña a duras penas se sentía capaz de localizar los servicios, aunque tuvo que reconocer que el día anterior los había encontrado en un bar. La sensación de desamparo lo acechaba en los márgenes de la conciencia, como el monstruo que se escondía en el armario de los niños. Pero él era un ciudadano norteamericano adulto, con treinta años cumplidos, oficial veterano del cuerpo de marines de Estados Unidos, y no estaba acostumbrado a sentirse así. De modo que contempló la sucesión de cifras rojas en el dial luminoso de su radio despertador digital y esperó su cita personal con la providencia, fuera cual fuese ese destino.

Andy Hudson ya se había levantado. Istvan Kovacs se disponía a realizar uno de sus recorridos de contrabando habituales, en esa ocasión para llevar zapatillas deportivas Reebok a Budapest desde Yugoslavia. Guardaba las divisas bajo su cama, en una caja de acero. Se estaba tomando un café y escuchaba una melodía en la radio cuando alguien llamó a la puerta. Fue a abrir en paños menores.

—¡Andy! exclamó con sorpresa.

—¿Te he despertado, Istvan?

—No —respondió Kovacs, indicándole que entrara. Llevo media hora despierto. ¿Qué te trae por aquí?

Hay que mover el paquete esta noche explicó Hudson.

—¿A qué hora?

A eso de las dos de la madrugada.

Hudson metió una mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tienes la mitad de lo pactado.

No tendría ningún sentido pagarle a ese húngaro su valor real. Eso no haría más que alterar los factores de la ecuación. —Fantástico. ¿Quieres un café, Andy?

—Sí, gracias.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó Kovacs mientras lo acompañaba a la mesa y le servía una taza de café.

—Yo llevaré el paquete hasta las proximidades de la frontera y tú los ayudarás a cruzar. Supongo que conoces a los agentes fronterizos que estarán de guardia...

—Sí, será el capitán Budai Laszlo. Llevo años tratando con él. Y el sargento Kerekes Mihály es un buen muchacho que quiere ir a la universidad para convertirse en ingeniero. Trabajan en turnos de doce horas, desde la medianoche hasta el mediodía. A esa hora estarán aburridos y dispuestos a negociar, Andy —explicó mientras frotaba el dedo índice y el pulgar.

—¿Qué suelen cobrar?

—¿Por cuatro personas?

—¿Es necesario que se enteren de que nuestro paquete está formado por personas? preguntó Hudson.

—Supongo que no —respondió Kovacs con un ademán de indiferencia—. Les daré unos pares de zapatillas. Las Reebok tienen mucho éxito. Y también les daré unos vídeos con películas occidentales. Ya disponen de todos los aparatos reproductores necesarios —explicó Kovacs.

—Sé generoso sugirió Hudson—, pero sin exagerar.

No hizo falta añadir que no quería levantar sospechas.

—Si están casados, quizá podrías darles algo para sus esposas o sus hijos...

—Conozco bien a la familia de Budai, Andy. No habrá ningún problema.

Budai tenía una hija pequeña y no le costaría nada al contrabandista entregarle algo para la pequeña Zsóka.

Hudson calculó la distancia mentalmente. A esa hora de la noche tardarían unas dos horas y media hasta la frontera con Yugoslavia. Utilizarían un pequeño camión para el primer tramo del viaje. Istvan se ocuparía del resto del trayecto en su camión más grande. Si algo fallaba, Istvan debía estar convencido de que el agente británico le pegaría un tiro. Ésa era una de las ventajas que ofrecían las famosas películas de James Bond. Sin embargo, lo más importante era que cinco mil marcos alemanes eran mucho dinero en Hungría.

—¿Y adónde voy a llevarlos?

—Te lo diré esta noche —respondió Hudson.

—Muy bien. Nos vemos sin falta en Csurgo mañana por la mañana.

—Muy bien, Istvan dijo Hudson mientras tomaba el último trago de su café y se ponía en pie—. Me alegro de tener un amigo de confianza como tú.

—Me pagas bien —comentó Kovacs, definiendo la naturaleza de su amistad.

Hudson estuvo a punto de añadir otro comentario sobre lo mucho que confiaba en su agente, pero eso no era del todo cierto. Al igual que la mayoría de los espías, no se fiaba de nadie, por lo menos hasta después de completar la misión. ¿Podría trabajar Istvan para el AVH? No era probable. Ellos no podrían permitirse la tarifa habitual de cinco mil marcos alemanes y a Kovacs le gustaba mucho la buena vida. Si algún día caía el gobierno comunista de ese país, él sería uno de los primeros en hacerse millonario, con una casa bonita en las colinas de Pes', con vistas al Danubio y a Buda.

Al cabo de veinte minutos, Hudson vio que Ryan era el primero de la fila en el comedor de la embajada.

—Veo que te gustan los huevos —comentó el jefe de la delegación.

—¿Son de aquí o los traéis de Austria?

—Los huevos son de aquí. En realidad, aquí los productos de granja son buenos, pero el beicon lo traemos de Inglaterra.

—Yo también me he aficionado al beicon inglés —explicó Jack. ¿Qué hay? preguntó al ver la mirada emocionada de Andy.

—Será esta noche. Primero iremos al concierto y a continuación recogeremos el paquete.

—¿Lo vas a avisar?

—No —respondió Hudson negando con la cabeza. Podría cambiar su actitud. Prefiero que nos ahorremos las complicaciones.

—¿Pero qué pasa si no está listo? ¿O si se arrepiente de su decisión?comentó Jack con preocupación.

—Si es así, la misión será un fracaso y nos desvaneceremos en la niebla de Budapest. Y mañana por la mañana habrá muchas expresiones de sonrojo en Londres, en Washington y en Moscú.

—Veo que te lo tomas con mucha calma.

—En esta profesión hay que aprender a tomarse las cosas como vienen. No sirve de nada ponerse nervioso añadió con una sonrisa. Mientras la reina me pague el sueldo y la comida, cumpliré con sus misiones.

—Así me gusta, siempre fiel —respondió Jack.

Echó un chorrito de leche al café y le dio un sorbo. No era una maravilla, pero de momento serviría.

Lo mismo se podía decir de la comida en la cafetería estatal que estaba situada junto al hotel Astoria. Svetlana había engullido un bollo y un vaso de leche entera.

—El concierto es esta noche —dijo Oleg a su esposa ¿Estás emocionada?

—¿Sabes cuánto hace que no voy a un concierto de verdad? —replicó ella—. Oleg, nunca olvidaré el detalle que estás teniendo.

—Le sorprendió la expresión que vio en la cara de su marido, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Bueno, querida. Hoy tenemos que hacer algunas compras más. Cosas de mujeres. Tendrás que ocuparte tú del asunto.

—¿Puedo comprar algo para mí?

Tenemos ochocientos cincuenta rublos del Comecon especialmente para eso, para que compres lo que quieras respondió Oleg Ivan'ch con una enorme sonrisa mientras se preguntaba si las compras de su mujer durarían toda la semana.

—¿Aún está su marido en viaje de negocios? pregunto Beaverton.

—Por desgracia, sí —respondió Cathy.

Lástima, se abstuvo de responder el veterano del regimiento de paracaidistas. Con el paso de los años había aprendido bastante de psicología y tenía claro que a ella no le gustaba la situación actual. Pero no dudaba de que sir John estuviera haciendo algo interesante. Se había tomado la molestia de investigar un poco a los Ryan. Según los periódicos, ella era cirujana, tal como le había comentado un par de semanas antes. Su marido, en cambio, debía de ser de la CIA, a pesar de su insistencia en que no era más que un funcionario de la embajada norteamericana. Algunos artículos en la prensa londinense lo habían dado a entender tras su roce con los terroristas irlandeses, pero no habían mencionado nunca más esos rumores. Probablemente porque alguien les había comentado con educación a los editores que no era oportuno insistir en ese tema. Con eso le bastaba a Eddie Beaverton para confirmar sus sospechas. Los artículos también habían mencionado que, aunque no era

millonario, tampoco era precisamente pobre. Eso pudo confirmarlo cuando vio el Jaguar nuevo aparcado a la entrada de la casa. Así que sir John se encontraba de viaje en alguna misión secreta. No tenía ningún sentido preguntarse cuál sería la misión, pensó el taxista mientras se detenía frente a la estación de tren de Chathan.

—Que tenga un buen día, señora —dijo cuando se bajó del coche.

—Gracias, Eddie —respondió ella, entregándole la misma propina de siempre.

Se alegraba de tener a una clienta habitual tan generosa.

Para Cathy, el recorrido en tren hasta Londres fue rutinario. La acompañó su revista médica, pero le faltó la presencia reconfortante de su marido leyendo el Daily Telehraph o echándose una siestecita. Era curioso que se pudiera echar de menos incluso la presencia de un hombre dormido.

—Ése es el teatro.

Al igual que el viejo Volkswagen Golf de Ryan, el teatro de Budapest era perfecto en todos los detalles, pero pequeño. A duras penas ocupaba una parte de la manzana, con aires de la arquitectura imperial que estaba mejor representada y en mayor tamaño a unos trescientos kilómetros, en Viena. Andy y Ryan entraron para recoger las entradas que había reservado la embajada a través del Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro. El reducido tamaño del vestíbulo fue una decepción. Hudson pidió permiso para echar un vistazo al palco y, gracias a sus dispensas diplomáticas, un acomodador los acompañó hasta el primer piso por un pasillo lateral, hasta su palco.

El interior le recordó a Ryan un teatro de Broadway, el Majestic, por ejemplo. No era muy grande, pero los asientos de terciopelo rojo y las molduras doradas le daban cierta elegancia. Era un lugar para recibir al rey cuando se dignaba recorrer el trayecto desde el palacio imperial de Viena. Les permitía a los peces gordos del lugar saludar al rey y fingir que estaban en el meollo del asunto, aunque tanto ellos como su soberano sabían que no era así. Sin embargo, el lugar no estaba nada mal y una buena orquesta compensaría cualquier aspecto del espacio reducido. Lo más probable era que la acústica fuera excelente y eso era lo más importante. Ryan nunca había asistido al Carnegie Hall de Nueva York, pero eso era el equivalente local, un poco más pequeño y humilde.

Ryan echó un vistazo a su alrededor. Se encontraban en un palco ideal que les permitía otear casi todos los asientos del teatro.

—¿Dónde se sentarán nuestros amigos? preguntó en voz baja.

—No estoy seguro. Tom los seguirá y comprobará su lugar antes de reunirse con nosotros.

—¿Y después qué pasará? preguntó a continuación Jack.

—Ya lo verás —respondió Hudson con una sonrisa.

Entretanto, en la embajada, Tom Trent estaba ocupado. En primer lugar consiguió unos ocho litros de alcohol puro de noventa y cinco grados. En teoría se podía beber, pero sólo si se deseaba una borrachera profunda e instantánea. Tomó un sorbo para asegurarse de que el contenido fuera lo

mismo que indicaba la etiqueta. No era un buen momento para dejar ningún detalle al azar. Bastó con un sorbo minúsculo. No se conseguía alcohol más puro que ése, no tenía ningún olor perceptible y el sabor a duras penas permitía diferenciarlo del agua destilada. Trent había oído decir que alguna gente lo usaba en las bodas y demás acontecimientos formales; lo echaban al ponche para animar la fiesta. Seguro que cumplía su cometido a la perfección.

El paso siguiente fue más desagradable. Había llegado el momento de inspeccionar el contenido de las cajas. La entrada al sótano de la embajada estaba prohibida a todo el personal. Trent cortó los precintos y levantó la tapa de cartón para revelar...

Los cuerpos estaban embalados en bolsas de plástico traslúcido con asas, de las que usaban en las funerarias para transportar los cadáveres. Comprobó que incluso había varias diferentes tallas de bolsas para ajustarse a los cadáveres de niños y adultos de distintos tamaños. El primer cadáver que destapó fue el de una niña pequeña. Afortunadamente, el plástico le cubría la cara, o lo que había sido su cara. Lo único que alcanzaba a divisar era una mancha oscura y, de momento, eso le pareció muy bien. No necesitaba abrir la bolsa v eso también le pareció muy bien.

Las siguientes cajas eran más pesadas, pero también más fáciles. Por lo menos, ésas contenían adultos. Los echó al suelo de cemento del sótano y los dejó ahí. Después llevó el hielo seco a la esquina opuesta para darle al CO, sólido la oportunidad de descongelarse sin molestar ni alertar a nadie. Los cadáveres tendrían unas catorce horas para descongelarse y esperaba que con eso bastaría. Trent salió del sótano y cerró la puerta con llave.

A continuación fue a la oficina de seguridad de la embajada. La misión británica tenía un destacamento de tres agentes de seguridad, todos veteranos de las fuerzas armadas. Hoy necesitaría los servicios de dos agentes; ambos habían sido sargentos en el ejército británico, Rodnev Truelove y Bob Small, y ambos estaban en forma.

—Chicos, necesito que me echéis una mano esta noche.

—¿Qué hay que hacer, Tom? —preguntó Truelove.

—Hay que mover unos objetos —explicó Trent a medias con discreción.

Ni se molestó en explicarles que se trataba de un asunto de suma importancia. Para esos hombres, cualquier misión que les encomendaran era de suma importancia.

—¿Entrada y salida con sigilo? —preguntó Small.

—Así es respondió Trent al antiguo sargento del cuerpo de ingenieros.

Small era veterano de un regimiento galés, los hombres de Harlech.

—¿A qué hora? preguntó Truelove a continuación.

—Saldremos de aquí a las dos de la madrugada. No creo que tardemos más de una hora en total.

—¿Atuendo? —interpuso Bob Small.

Esa era una buena pregunta. No parecía lo más adecuado ponerse traje y corbata, pero si llevaban monos de trabajo podían llamar la atención de algún transeúnte. Lo mejor sería vestir de forma que resultaran invisibles.

—Informal —decidió Trent. Americana pero sin abrigo. Igual que los nativos. Camisa y pantalones, con eso bastará. Ah, y guantes también —añadió el espía, pensando que querrían usarlos para llevar el cargamento

de esa noche.

—Perfecto —concluyó Truelove.

Ambos eran soldados y, como tales, estaban acostumbrados a hacer las cosas sin tener que entenderlas y a aceptar lo que se les ordenara. Trent esperaba que aún se sintieran así al día siguiente.

Las medias Fogal eran francesas, o por lo menos eso aseguraba la etiqueta. Irina casi se desmayó al coger el paquete. El contenido era auténtico pero no lo parecía, eran tan finas que parecían una sombra solidificada y no pesaban mucho más que eso. Había oído hablar de productos así, pero nunca había tenido uno en las manos y mucho menos en las piernas. Y pensar que en Occidente cualquier mujer podía comprarse todas las que quisiera... Las esposas de los compañeros rusos de Oleg se desmayarían al verlas, ¡y sus amigas de la tienda gubernamental se morirían de envidia! Tendría que ponérselas con mucho cuidado para no hacerles una carrera y caminaría con precaución para evitar tropezar con los objetos, como si fuera una niña que estuviera acostumbrada a hacerse moretones en las piernas. Esas medias eran demasiado preciosas como para permitir que les pasara algo. Debía encontrar la talla adecuada para cada una en la lista de Oleg... Y después comprar seis pares para ella.

¿Pero qué tallas debía comprar? Entregarle un artículo de vestir demasiado grande a una mujer era un insulto mortal, incluso en Rusia, donde las mujeres se parecían más a los cuadros de Rubens que a las chicas muertas de hambre de los países tercermundistas... o de Hollywood. En la etiqueta, las tallas estaban marcadas como A, B, C y D. Eso suponía un desafío adicional, porque en el alfabeto cirílico, la letra «B» correspondía a la «V» del abecedario romano, mientras que la «C» correspondía a la «S». Respiró hondo y decidió comprar un total de veinte pares de la C, incluyendo los seis pares que se quedaría ella. Eran carísimas, pero llevaba un buen puñado de rublos del Comecon en el bolsillo, y no todos eran suyos, así que respiro hondo de nuevo y pagó la compra al contado. La vendedora le respondió con una sonrisa, adivinando lo que pasaba. Al salir de la tienda con sus tesoros se sintió como una zarina, una sensación que le habría gustado a cualquier mujer del mundo. Aun le quedaban cuatrocientos ochenta y nueve rublos para comprarse algo para ella, y la sola idea le producía vértigo. Habla tantas cosas bonitas y tan poco dinero... tan poco espacio para guardarlas en su casa.

¿Zapatos? ¿Un abrigo nuevo? ¿Un nuevo bolso?

Decidió no comprar , joyas, ya que eso le correspondía Oleg, aunque al igual que la mayoría de los hombres, él no tenía la menor idea de lo que les gustaba a las mujeres.

Y qué había de la ropa interior, se preguntó Irina a contnuación. ¿Un sujetador Chantarelle? ¿Se atrevería a comprar algo tan elegante? Le costaría por lo menos cien rublos, incluso con el cambio favorable... Y sólo ella sabría que lo llevaba. Ponerse un sujetador semejante sería como sentir... unas manos. Sería como si las manos de su amante la estuvieran acariciando siempre. Sí, decidió, compraría uno de esos.

Y también tenía que comprar productos cosméticos. Los cosméticos eran algo en lo que siempre se fijaban las mujeres rusas y esa ciudad era

un buen lugar para comprarlos. Las mujeres húngaras también se cuidaban el cutis. Acudiría a una buena tienda y se lo preguntaría a la dependienta, de camaradaa camarada. Saltaba a la vista que las mujeres húngaras cuidaban su aspecto con sólo verles la cara. En ese sentido, los húngaros eran los más *kulturniy*.

Se entretuvo durante otras dos horas extáticas. Lo estaba pasando tan bien que no se percató de la presencia de su marido y de su hija. Ese era el sueño de toda mujer soviética: gastar dinero en Occidente, bueno, y si no en Occidente, en la mejor alternativa. Y era fantástico. Esa noche se pondría el Chantarelle para ir al concierto, escucharía la música de Bach y se transportaría a otra época, a otro lugar donde todos fueran *kulturniy* y fuera bueno ser mujer. Lástima que no existiera un lugar así en la Unión Soviética.

En el exterior de la sucesión de tiendas femeninas, Oleg esperaba y fumaba como todos los demás hombres del mundo, muerto de aburrimiento con las compras de las mujeres. ¿Cómo podían disfrutar tanto seleccionando y comparando, seleccionando y comparando sin cesar, sin tomar nunca una decisión, regodeándose en el ambiente y rodeadas de cosas que nunca podrían ponerse y que, en el fondo, ni siquiera les gustaban? Siempre hacían lo mismo: cogían el vestido, se lo ponían al cuello y se miraban al espejo antes de decidir que nyet, que ése no les gustaba. Y así seguían sin parar, día y noche, como si les fuera la vida en ello. La aventura actual de Oleg lo había enseñado a ser paciente, pero lo que no había logrado aún (y no creía lograrlo nunca) era observar a una mujer de compras... sin que le dieran ganas de estrangularla. No hacía más que esperar como un animal de carga, llevando las cosas que su esposa finalmente había decidido comprar y esperando a ver si cambiaba de opinión. No podía durar para siempre. Tenían entradas para el concierto de esa noche y en algún momento habría que regresar al hotel, buscar una canguro para la pequeña zaichik, vestirse y dirigirse al teatro. Incluso Irina tendría que estar de acuerdo en eso.

Espero, pensó Oleg Ivan'ch sombríamente. Como si no tuviera otros asuntos de los que preocuparse. Pero vio que su hija no tenía ninguna preocupación. Se comía el helado y observaba con interés ese lugar tan diferente de su hogar. La inocencia de los niños era un milagro. Qué lástima que la perdieran y qué extraño que tuvieran tanta prisa por hacerse mayores y dejarse la inocencia por el camino. ¿Acaso no sabían lo asombroso que era su mundo? ¿No sospechaban que, con la comprensión, las maravillas del mundo se transformaban en caras y en dolor?

Y en dudas —pensó Zaitzev. Tantas dudas...

Pero no, zaichik no lo sospechaba, y para cuando se enterara, ya sería tarde.

Por fin, Irina salió de la tienda con una sonrisa como no la había visto desde el día en que dio a luz a su hija. Y entonces lo sorprendió: se acercó a él y le dio un beso y un abrazo.

—¡Oleg, me tratas tan bien! —dijo antes de darle otro beso apasionado.

Al sentir el abrazo de una mujer satisfecha por las compras, a su marido se le ocurrió que parecía estar más contenta aún que después de

una buena sesión de sexo.

—Regresemos al hotel, cariño. Hay que vestirse para el concierto.

El viaje en metro fue fácil. Entraron en el Astoria y subieron a la habitación 307. Al llegar decidieron llevarse a Svetlana al concierto por defecto: no habría sido nada fácil conseguir una canguro. Oleg había pensado en recurrir a una agente del KGB que trabajaba al otro lado de la calle, en la casa de la cultura y la amistad. Pero ni a él ni a su esposa les hacía mucha gracia el plan, así que a zaichik no le quedaría más remedio que portarse bien durante el concierto. Las entradas estaban en la habitación: fila de platea número seis, asientos A, B y C; junto al pasillo, tal como le gustaba a Oleg. Svetlana estrenaría su ropa nueva y esperaba que eso la haría feliz. Por lo general, así era, y nunca había tenido ropa tan elegante.

El cuarto de baño de su habitación estaba abarrotado. Irina le estaba dedicando muchos esfuerzos a su rostro para lograr el efecto deseado. Para él era más fácil, y más aún para su hija: bastaba con pasar un trapo mojado por su mueca de desagrado. Todos se pusieron sus mejores galas. Oleg abrochó los zapatos negros de charol de su hija, que contrastaban con los calcetines blancos que tanto le habían gustado. A continuación le puso el abrigo rojo con el cuello negro y la conejita estaba lista para una noche de aventuras. Descendieron al vestíbulo en el ascensor cogieron un taxi en la calle.

La situación era un poco incómoda para Trent. No debería haber sido fácil vigilar el vestíbulo, pero los empleados del hotel no parecían prestarle atención, y cuando salió el paquete, sólo tuvo que andar hasta su coche y seguir el taxi durante el par de kilómetros que los separaban de la sala de conciertos. Cuando llegaron encontró una plaza junto al teatro y se dirigió hacia la entrada. Estaban sirviendo copas en el vestíbulo y, al parecer, los Zaitzev habían decidido tomarse un vino Tokaji antes de entrar. La niña estaba tan deslumbrante como siempre. Qué niña tan preciosa, pensó Trent. Esperaba que le gustara su nueva vida en Occidente. Los observó mientras entraban y tomaban asiento antes de subir por la escalera hacia el palco.

Ryan y Hudson ya se encontraban allí, sentados en las viejas sillas con cojines de terciopelo.

—Andy, Jack —los saludó Trent. Sexta fila, a la izquierda del pasillo.

En ese momento, las luces del teatro descendieron. Se abrio el telón y se acalló la cacofonía de voces y de instrumentos afinándose. Apareció el director, Jozsef Rozsa, y el público le dedicó un aplauso educado pero breve. Ese era el primer concierto de la serie y el público no estaba familiarizado con el director: A Rvan le extrañó: Rozsa era húngaro y antiguo alumno de la academia Franz Liszt. ¿Por qué no le habían dado una bienvenida más calurosa? Era un hombre alto y delgado, con el pelo negro y cara de esteta. Se inclinó para saludar al público y se encaró hacia la orquesta. El bastoncito o la batuta o como se llamara, Ryan no estaba muy seguro, se encontraba en el atril. Cuando lo levantó, se hizo

un silencio absoluto en la sala; luego extendió el brazo hacia la sección de cuerdas de la Orquesta de los Ferrocarriles Estatales Húngaros número uno.

Ryan no era tan melómano como su esposa, pero Bach era mucho Bach y la majestuosidad del concierto se dejó ver desde el primer momento. La música, al igual que la poesía o la pintura, era un medio de comunicación, pensó Jack. Sin embargo, no había logrado nunca descifrar el sentido de lo que le contaban los compositores. Era mucho más fácil en el caso de una banda sonora compuesta por John Williams, por ejemplo, en la que la música acompañaba la historia a la perfección. Pero en la época de Bach no existían las imágenes del celuloide y el compositor tuvo que referirse a cosas que eran familiares para los miembros de su público original. Sin embargo, Ryan no era uno de ellos y se limitaba a disfrutar de la belleza de las harmonías. De pronto sintió que algo fallaba con el piano, pero cuando echó un vistazo vio que no se trataba de un piano, sino de un antiguo clavicémbalo que tocaba un maestro anciano con una melena blanca y las manos elegantes de un cirujano. Jack sabía un poco de la música de piano. Según su amiga Sissy Jackson, solista en la sinfónica de Washington, la técnica de Cathy era demasiado mecánica, pero lo único que le importaba a Ryan era que nunca se dejaba ni una nota. A ese hombre tampoco se le escapa ni una nota, pensó mientras observaba la fluidez de sus manos sobre el teclado y distinguía el sonido del clavicémbalo entre las múltiples capas de la melodía. Cada nota estaba en su lugar preciso, con la intensidad justa que requería el concierto y con un control del ritmo que rayaba en la perfección. El resto de la orquesta tocaba con una exactitud que le recordaba a la banda militar de los marines; tenían la precisión milimétrica de una sucesión de rayos láser.

Lo único que no entendía Ryan era el papel del director. ¿Acaso no estaba escrito el concierto? En su opinión, para dirigir la orquesta sólo había que asegurarse de antemano de que todos se hubieran aprendido la partitura y que supieran en qué momento les tocaba entrar. Tendría que consultarlo con Cathy, aunque sabía que pondría los ojos en blanco y le respondería que era un ignorante. Pero Sissy Jackson había dicho que la técnica de Cathy al teclado era muy mecánica y que le faltaba corazón. ¡Que lo sepas, lady Caterine!

La sección de cuerda también era una maravilla. Ryan se preguntó cómo diantre se podía pasar un arco por una cuerda y lograr que produjera el sonido deseado. Supongo que será porque se ganan la vida con eso, pensó, y se dispuso a disfrutar del concierto. Pero entonces se fijó en Andy Hudson, que no quitaba ojo del paquete, y decidió echar un vistazo en esa dirección.

La niña se retorcía en su asiento y se esforzaba por portarse bien. Quizá le prestaba atención a la música, pero por mucho que se esforzara no podía compararse con su vídeo del Mago de Oz. Sin embargo, la pequeña conejita no se portaba mal, sentada entre papá Rabbit y mamá Rabbit.

Mamá Rabbit estaba absorta en el concierto; papá Rabbit prestaba atención, pero no parecía tan interesado. Quizá deberían avisar a Londres, pensó Jack, para que consiguieran un walkman para Irina y unas cintas de Christopher Hogwood... A Cathy parecían gustarle mucho sus grabaciones, junto con las de Neville Marriner.

En cualquier caso, al cabo de unos veinte minutos la orquesta terminó

de interpretar el minueto y el director Rozsa se giró hacia el público...

El teatro estalló en aplausos y vítores. Jack no sabía muy bien qué había hecho el director, pero al parecer los húngaros lo tenían muy claro. Rozsa saludó al público con una reverencia y esperó a que se acallaran los aplausos antes de centrar su atención de nuevo en la orquesta. Levantó la batuta y marcó el inicio del segundo concierto de Brandeburgo.

En esta ocasión arrancaron los instrumentos de viento y de cuerda. Ryan se fijaba más en los músicos individuales que en el trabajo del director. ¿Cuánto tendrán que estudiar para llegar a ser tan buenos?, se preguntó. Cuando estaban en Maryland, Cathy tocaba dos o tres veces por semana, pero se había desilusionado al comprobar que su casa en Chatham no era lo bastante grande para meter un piano de cola. Ryan se había ofrecido a comprarle un piano de pared, pero ella le había respondido que no era lo mismo y lo había rechazado. Sissy Jackson le había contado que practicaba tres horas o más al día, pero ella se ganaba la vida con el piano, mientras que Cathy tenía otras pasiones y obligaciones en su vida laboral.

El segundo concierto de Brandeburgo era más corto que el primero: sólo duraba unos doce minutos. Cuando terminó, tocaron el tercero en seguida. Los violines debían de ser el instrumento predilecto de Bach y la sección de cuerda de esa orquesta no estaba nada mal. En otras circunstancias, Jack se habría dejado llevar por la música y el momento, pero hoy tenía que ocuparse de otro asunto importante. Cada par de segundos echaba un discreto vistazo a la familia de las liebres...

El tercer concierto de Brandeburgo terminó aproximadamente una hora después del inicio del concierto. Encendieron las luces del teatro para señalar que había llegado la hora del intermedio. Ryan observó al papá Rabbit y a la mamá Rabbit, mientras se levantaban de sus asientos. El motivo era evidente: la pequeña conejita necesitaba ir al servicio y lo más probable era que el papá aprovechara para visitar el urinario. Hudson se percató de la oportunidad y saltó de su asiento, salió del palco y descendió hacia el servicio de caballeros, que estaba situado junto al vestíbulo, seguido de cerca por Tom Trent. Ryan permaneció en el palco y trató de tranquilizarse. La misión ya estaba en marcha.

Oleg Ivan'ch se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, esperando para entrar en los servicios. Hudson logró acercarse a su lado. El vestíbulo vibraba con la cháchara de costumbre. Algunos espectadores se acercaban al bar en busca de una copa. Otros fumaban un cigarrillo y unos veinte hombres esperaban para entrar en los servicios. La cola avanzaba a buen ritmo y no tardaron en entrar.

Los urinarios eran tan elegantes como el resto del teatro; al parecer estaban esculpidos en mármol de Carrara. Hudson esperó en la cola como todos los demás, con la esperanza de que su ropa no lo delatara como extranjero. Después de traspasar la puerta de madera y cristal se inclinó hacia adelante y echó mano de sus conocimientos de ruso.

—Buenas tardes, Oleg Ivanovich —dijo Hudson en voz baja—. No se vuelva.

—¿Quién es usted? —respondió Zaitzev en un susurro. —Soy su agente de viajes. Tengo entendido que quiere realizar una travesía.

—¿Y adónde cree que quiero ir?

—Hacia el oeste. Le preocupa la seguridad de una persona, ¿no es así?

—¿Es usted de la CIA? —preguntó Zaitzev en un susurro casi inaudible.

—Digamos que tengo una profesión insólita —confirmó Hudson.

No tenía ningún sentido confundirlo en este momento.

—¿Qué tiene pensado hacer conmigo?

—Amigo mío, esta noche dormirá en otro país —dijo Hudson—, junto con su esposa y su preciosa hija.

Hudson notó que abatía los hombros y se preguntó si sería por el alivio o el miedo. Ambas cosas, probablemente. Zaitzev carraspeó antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, debe confirmar que quiere proceder con el plan.

—Da. Adelante —respondió tras una breve pausa.

—En ese caso haga lo que tenga que hacer aquí dentro —respondió Hudson mientras se acercaban a los urinarios— y siga disfrutando del concierto. Después regrese al hotel y nos pondremos en contacto con usted de nuevo a la una y media aproximadamente. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Da —respondió Oleg Ivan'ch con la voz entrecortada y un gesto escueto.

Ahora necesitaba usar el urinario más que nunca. —Tranquilícese, amigo mío. Está todo bien organizado. Todo saldrá bien —explicó Hudson.

En ese mismo instante, aquel hombre necesitaba oír palabras de aliento. Ése debía de ser el momento más aterrador de su vida.

No intercambiaron más comentarios. Zaitzev avanzó hasta el urinario de mármol, se desabrochó la cremallera y descargó toda su tensión. Se volvió y salió sin mirar a Hudson a la cara.

Pero Trent lo estaba observando mientras tomaba una copa de vino blanco. El agente británico no lo vio hacer ninguna seña a un compañero espía del KGB. No se frotó la nariz, no se ajustó la corbata, ni hizo ningún gesto especial. Se limitó a cruzar el vestíbulo y a dirigirse de vuelta a su asiento. Beatrix tenía buen aspecto.

El público había ocupado sus lugares de nuevo. Ryan trataba de pasar por un simple aficionado a la música clásica, hasta que Hudson y Trent regresaron al palco.

—¿Y bien? —carraspeó Ryan.

—Qué maravilla de concierto, ¿no crees? —respondió Hudson en un tono desenfadado—. El tal Rozsa es un fenómeno. No deja de sorprenderme que los países comunistas sean capaces de producir algo mejor que una copia de la Internacional. Ah, por cierto —añadió Hudson—, ¿te apetecería tomar una copa con unos nuevos amigos cuando termine el concierto?

—Por supuesto, Andy —respondió Jack con un suspiro de alivio—, eso me encantaría.

Vaya por Dios —pensó Ryan—. Esto va en serio. Aún le asaltaban las dudas, pero acababan de retroceder un poco. No lo tenía nada claro, pero podría haber sido mucho peor.

La segunda parte del concierto empezó con más música de Bach, la tocata y fuga en re menor. Esa no era una celebración dé la sección de cuerda, sino de los instrumentos de viento. El primer trompetista podría haberle dado alguna clase al mismísimo Louis Armstrong sobre la técnica de las notas agudas. Ryan nunca había escuchado una sesión tan intensiva de Bach y decidió que el famoso compositor alemán sabía lo que se hacía. El antiguo oficial de los marines se relajó y se dispuso a dejarse llevar por la música. Al parecer, Hungría era un país que valoraba su legado musical; si la orquesta tenía algún fallo, Ryan no lo notaba. Y el director tenía el aspecto de estar en brazos del amor de su vida, a juzgar por la expresión extática que iluminaba su rostro. Jack se preguntó cómo serían las mujeres húngaras en esas lides. Tenían cierto atractivo primitivo, aunque no sonreían mucho... Eso quizá se debía a su régimen comunista; los rusos tampoco se prodigaban con las sonrisas.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó el juez Moore.

Mike Bostock le entregó el informe que había llegado de Londres.

—Según Basil, su jefe de Operaciones de Budapest se pondrá en marcha esta noche. Y esto le va a encantar: Rabbit se hospeda en un hotel frente a la delegación del KGB.

—Debes de estar bromeando —respondió Moore con una mirada de incredulidad.

—Juez, ¿me cree capaz de inventarme algo así?

—¿Cuándo regresa Ritter?

—Llegará dentro de unas horas en un vuelo de Pan Am. A juzgar por el material que nos envió de Seúl, le ha ido bastante bien en las reuniones de la CIA coreana.

—Le dará un síncope cuando se entere de lo de Beatrix —predijo el director de Inteligencia.

—Se le abrirán los ojos de golpe —asintió el subdirector de Operaciones.

—Especialmente cuando se entere de que el joven Ryan está involucrado en el asunto.

—Señor, se puede apostar el rancho, el ganado y la casa grande a que así será.

El juez Moore soltó una sonora carcajada.

—Bueno, supongo que la Agencia es más importante que la opinión de cualquier individuo, ¿no crees?

—Eso dicen, señor.

—¿Cuándo sabremos algo?

—Espero que Basil nos avise cuando despegue el avión de Yugoslavia. Será un día muy largo para nuestros nuevos amigos.

La siguiente pieza fue la Cantata número 208, de Bach. Ryan la reconoció de un anuncio de reclutamiento para la armada. Era un tema tranquilo, muy distinto del que le había precedido. No sabía si el concierto de esa noche serviría para el lucimiento de Juan Sebastián o del director. En cualquier caso, se trataba de una velada agradable y el público parecía

disfrutar de lo lindo, estallando en sonoros aplausos en cada oportunidad que se le ofrecía. Siguieron con otra pieza. Ryan tenía el programa del concierto, pero ni siquiera se había molestado en mirarlo porque estaba impreso en magiar; el marciano escrito le parecía tan indescifrable como la versión hablada.

El concierto concluyó con el Canon de Pachelbel, una pieza de merecida fama. A Ryan siempre le había recordado a una filmación de una muchacha del siglo xvii rezando y tratando de concentrarse en sus oraciones en vez de pensar en el chico guapo que vivía cerca de su granja, sin lograrlo del todo.

Al término del concierto, Jozsef Rozsa se volvió hacia el público y se desataron los aplausos y los vítores en la sala durante varios minutos. El muchacho se habrá ido de casa —pensó Jack—, pero ha protagonizado un regreso triunfal y sus compatriotas se alegran de darle la bienvenida. El director apenas lograba esbozar una sonrisa, como si estuviera agotado por el es-fuerzo de correr un maratón. Y Jack notó que estaba sudando. ¿Sería tan difícil dirigir una orquesta? Quizá lo era, si uno se lo tomaba tan en serio como ese hombre. El y sus compañeros ingleses también estaban de pie, aplaudiendo junto con el resto de los espectadores hasta que cesó la ovación: no tenía sentido destacarse del público. Rozsa señaló a los miembros de la orquesta con un gesto de gratitud, y el público retomó los aplausos; luego señaló al primer violín para que recibiera su dosis de aclamación. A Ryan le pareció un gesto muy gentil por parte de Rozsa, pero quizá era necesario para motivar a los músicos a dar lo mejor de sí. Por fin llegó el momento de despejar la sala.

—¿Te ha gustado la música, sir John? —preguntó Hudson con una sonrisa traviesa.

—Es mejor que lo que escucho en casa en la radio —respondió Ryan—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora nos vamos a tomar una copa en un lugar tranquilo. Hudson hizo un gesto en dirección a Trent, que salió por su cuenta, y se encaminó hacia la calle con Ryan.

Había refrescado. Ryan encendió un cigarrillo de inmediato, junto con todos los demás hombres del público y la mayoría de las mujeres. Al parecer, los húngaros no pensaban vivir para siempre. Tenía la sensación de depender tanto de Hudson como un niño pequeño de su madre, pero eso no duraría mucho. A uno y otro lado de la calle predominaban los edificios de apartamentos. En una ciudad de Occidente habrían pertenecido a sus inquilinos, pero allí no sabía cómo funcionaba. Hudson le indicó a Ryan que lo siguiera y recorrieron las dos manzanas que los separaban de un bar, junto con otros treinta espectadores del concierto. Andy se agenció un reservado que había en una esquina, y que le permitía vigilar a los presentes. Se les acercó un camarero con un par de copas de vino.

—¿Todo en marcha? —preguntó Jack.

—En marcha —asintió Hudson—. Le he dicho que llegaríamos al hotel sobre la una y media.

—¿Y después qué haremos?

—Nos dirigiremos en coche hacia la frontera yugoslava. No hizo falta

que Ryan le pidiera más detalles.

—En el sur, las medidas de seguridad son escasas, a diferencia del norte explicó Andy. La vigilancia junto a la frontera con Austria es difícil de franquear, pero recuerda que Yugoslavia es un país hermano, comunista. Por lo menos en teoría, aunque ya no estoy seguro de saber cuál es la realidad política de Yugoslavia. Los vigilantes fronterizos húngaros se ganan bien la vida gracias a sus arreglos con los contrabandistas. Se trata de una industria en expansión, aunque los más listos procuran no pasarse de la raya. Si se pasan, corren el riesgo de llamar la atención del Belügyminisztérium, el Ministerio del Interior húngaro —añadió Hudson.

—Pero si ésa es la puerta trasera del Pacto de Varsovia, ¿no está al corriente el KGB?

—¿Y por qué no ponen freno al asunto? —completó la pregunta Hudson—. Supongo que lo harían si quisieran, pero la economía local se resentiría. Y además, los soviéticos acuden a este país para comprar muchas de las cosas que les gustan. Según me ha informado Trent, nuestro amigo ha hecho unas buenas compras durante el viaje. Aparatos de música, de vídeo y medias, un montón de medias... Las mujeres rusas se mueren por las medias. La mayoría son para sus amigas y compañeras de Moscú, así que si el KGB interviniera u obligara el AVH a hacerlo, se quedarían sin sus golosinas. Un poco de corrupción no les hace daño y, además, satisface la codicia de los suyos. Que no se te olvide que ellos también tienen sus fallos; probablemente más que nosotros, aunque muchos insistan en lo contrario. Ellos quieren todo lo que nosotros tenemos; los canales oficiales no funcionan muy bien, pero los extraoficiales suplen esa carencia. Hay un dicho húngaro: A nagy kapu mellen, mindig van egy kis kapu. «Junto a la puerta grande, siempre hay una más pequeña.» Aquí las cosas funcionan gracias a esa puerta pequeña.

—Y ésa es la que vamos a usar.

—Exacto.

Andy terminó la copa de vino y decidió no tomarse otra. Le quedaban muchos kilómetros al volante esa noche, a oscuras y por malas carreteras. En vez de la copa de vino encendió uno de sus puros.

—Nunca he hecho algo así, Andy —dijo Ryan tras encender un cigarrillo.

—¿Tienes miedo?

—Sí —reconoció Jack—. Tengo miedo.

—La primera vez no es fácil. A mí nunca me ha tocado estar en casa y que entren individuos armados con ametralladoras.

—No se lo recomiendo a nadie respondió Jack con una sonrisa. Pero, por suerte, logramos zafarnos de la situación.

—No creo mucho en la suerte... bueno, quizá a veces. Pero la suerte no suele tocarle a los ineptos, sir John.

—Quién sabe. No es fácil juzgar la situación desde dentro —comentó Ryan, recordando aquella noche horrenda.

Recordó el tacto de la ametralladora en las manos; tener que acertar en la única oportunidad que tendría para disparar. No había tiempos de descuento en ese partido. Se apoyó en una rodilla, apuntó y acertó. Nunca supo cómo se llamaba el sujeto del barco al que había matado. Qué

extraño —pensó—. Si vas a matar a un hombre a escasos metros de tu casa, por lo menos deberías saber su nombre.

Pero qué demonios. Si fue capaz de hacer aquello, podría hacer esto. Echó un vistazo al reloj. Aún les quedaba una buena espera y a él no le tocaría conducir. La idea de tomarse otra copa de vino no le pareció nada mal, aunque procuraría que fuera la última de la noche.

Entretanto, en el Astoria, los Zaitzev habían acostado a la conejita y Oleg pidió una botella de vodka al servicio de habitaciones. Les llevaron una botella de medio litro, de la marca rusa que bebían los trabajadores. El tapón de papel de aluminio obligaba a beberse toda la botella en una sesión, pero esa noche, eso no le importó en absoluto. Cuando llegó la botella, zaichik ya se había dormido. Oleg se sentó en la cama y su mujer en la única silla tapizada. Se sirvieron el vodka en los vasos del cuarto de baño.

A Oleg Ivan'ch aún le quedaba una misión importante. Su mujer no estaba al corriente de los planes y no sabía cómo se los tomaría. Sabía que no era feliz. Sabía que ese viaje era el momento culminante de su matrimonio. Sabía que no soportaba su trabajo en la tienda del gobierno, que tenía muchas ganas de saborear las cosas buenas de la vida. ¿Pero estaría dispuesta a abandonar su patria?

A su favor estaba el hecho de que las mujeres rusas no solían gozar de mucha libertad, dentro o fuera del matrimonio. Acostumbraban a hacer lo que les indicaban sus maridos, que a veces lo pagaban más tarde, pero nunca en el momento. Además, ella lo amaba y confiaba en él. Y acababa de ofrecerle unos días fantásticos, así que era muy probable que decidiera acompañarlo.

Sin embargo, no se lo contaría aún. ¿Por qué arriesgarse ahora? Tenían la delegación del KGB en Budapest al otro lado de la calle y, si se enteraban de sus planes, era hombre muerto.

En la embajada británica, los sargentos Bob Small y Rod Truelove levantaron las bolsas de plástico y las llevaron hasta el camión de la embajada, al que ya le habían cambiado las matrículas. Ambos trataron de ignorar el contenido de las bolsas y regresaron a por los recipientes de alcohol, una vela y un envase de leche. Ya estaban listos. No se habían tomado ni una cerveza esa noche, aunque ganas no les faltaban. Salieron pasada la medianoche con la intención de revisar el objetivo antes de cumplir la misión. Lo más difícil sería conseguir una plaza idónea para aparcar el camión, pero disponían de más de una hora para buscarla, así que no estaban muy preocupados.

El bar se estaba quedando vacío y Hudson no quería convertirse en el último cliente. Pagó la cuenta de cincuenta florines, pero se abstuvo de dejar propina, de acuerdo con la costumbre local; no quería que lo recordaran por su generosidad. Le indicó a Ryan que lo siguiera hacia la puerta, pero lo pensó mejor y fue al servicio. Ryan consideró que era una excelente idea.

Cuando salieron a la calle, Ryan le preguntó cuál era el siguiente paso.

—Demos un paseo por la calle, sir John —respondió Hudson utilizando el título nobiliario con tono socarrón—. Creo que tardaremos una media hora en llegar hasta el hotel.

El paseo también les serviría para asegurarse de que no los estuvieran siguiendo. Si los del otro bando estaban enterados de la operación, no resistirían la tentación de vigilar a los agentes extranjeros. Con las calles prácticamente vacías, a Hudson y a Ryan no les costaría identificar a sus rastreadores... A menos que se tratara del KGB, cuyos agentes eran bastante más hábiles que los locales.

Zaitzev y su esposa sentían los efectos agradables de sus tres copas cargadas, aunque por algún motivo, ella no daba señales de quedarse dormida aún. Debe de estar emocionada por los acontecimientos del día, pensó Oleg. Quizá fuera mejor así. Lo único que le preocupaba era cómo darle la noticia... Y cómo pensaba sacarlos la CIA de Hungría. ¿Qué método elegirían? ¿Volarían en helicóptero cerca de la frontera y por debajo de los radares húngaros? Así lo habría hecho él. ¿Sería capaz la CIA de transportarlos de Hungría a Austria? ¿Serían lo bastante hábiles? ¿Se lo contarían a él? ¿Utilizarían algún sistema audaz y osado? ¿Sería una aventura terrorífica?

¿Saldrían con éxito? Si no lo lograban... bueno, las consecuencias del fracaso eran demasiado horrendas para imaginarlas.

Y sin embargo, Oleg no podía ignorarlas del todo. No era la primera vez que pensaba que podía morir como consecuencia de esa aventura y que su esposa y su hija se enfrentarían a una vida miserable. Los soviéticos no las matarían, pero quedarían marcadas como parias durante el resto de sus días y estarían condenadas a una vida de marginación. Así que ellas también estaban a la merced de su conciencia. ¿Cuántos soviéticos se habían echado atrás antes de una deserción por esos reparos? La traición era el más nefasto de los delitos y acarreaba un castigo igualmente aciago.

Zaitzev se sirvió las últimas gotas de vodka que quedaban en la botella y las bebió de un trago mientras esperaba que pasara la media hora que quedaba hasta la llegada de la CIA para que le salvaran la vida...

0 hicieran lo que quisieran con él y su familia. No dejó de echar vistazos a su reloj, hasta que su mujer se quedó dormida con una sonrisa radiante en la cara y la melodía de Bach en los labios. Por lo menos había podido ofrecerle una noche de ensueño...

Se vació una plaza junto a la puerta lateral del hotel, Small se acercó y aparcó con cuidado. En Inglaterra, las maniobras de estacionamiento eran un arte que el sargento aún dominaba. Permanecieron sentados en el coche mientras Small fumaba un cigarrillo y Truelove daba una calada tras otra a su pipa preferida. Observaron las calles vacías; sólo había un par de peatones a lo lejos, pero Small no quitaba ojo de la residencia del KGB. Quedaban algunas luces encendidas en el segundo piso, pero no se apreciaba ningún movimiento. Lo más probable era que algún agente del KGB hubiera olvidado apagarlas al salir del cuarto.

Ahí estaba. Ryan vio su objetivo a unas tres manzanas, en el lado opuesto de la calle.

Había llegado el momento.

Recorrieron la distancia que los separaba del hotel en lo que pareció un instante. Vio a Tom Trent en la esquina y se percató de que había gente saliendo del edificio, probablemente del bar que se encontraba en el sótano y que Hudson le había mostrado. Debía de ser la hora de cerrar. La gente salía de dos en dos y de tres en tres, nadie salía solo. Debe de ser un local para solteros en busca de pareja, se dijo Jack. De modo que en los países comunistas también había esa clase de locales, para que los solitarios empedernidos encontraran compañía para una noche.

A medida que se aproximaban, Hudson se rozó la nariz con un dedo, indicándole a Trent que entrara y distrajera al recepcionista. Ryan no supo cómo lo hizo, pero cuando entraron al vestíbulo al cabo de un par de minutos, ya no había nadie.

—Vamos —dijo Hudson dirigiéndose hacia la escalera, que rodeaba el hueco del ascensor.

Llegaron al tercer piso en menos de un minuto y no tardaron en localizar la habitación 307. Hudson probó el pomo de la puerta. Rabbit no había echado el pestillo. Hudson abrió lentamente.

Zaitzev vio que la puerta se abría. Irina se había quedado completamente dormida, pero le echó un vistazo para asegurarse antes de levantarse.

—Hola —dijo Hudson en voz baja y le tendió una mano. —Hola — respondió Zaitzev en inglés — ¿Es usted el agente de viajes?

—Así es, ambos lo somos. Éste es el señor Ryan.

—¿Ryan? —preguntó Zaitzev—. Hay una operación del KGB con ese nombre.

—¿En serio? —se sorprendió Jack.

Esa no la conocía.

—Tiempo habrá para comentar el tema, camarada Zaitzev. Ahora debemos irnos.

—Da.

Fue a despertar a su mujer, que se sobresaltó al ver a los dos extraños en la habitación.

—Irina Bogdanova —dijo Oleg en un tono severo—, vamos a realizar un viaje inesperado y tenemos que irnos ahora mismo. Prepara a Svetlana.

Su esposa respondió con una mirada atónita.

—0leg, ¿qué pasa? ¿De qué va todo esto?

—Nos vamos ahora mismo a otro lugar. Tienes que ponerte en marcha en seguida.

Ryan no entendía las palabras, pero el sentido estaba muy claro. La mujer lo sorprendió a continuación, cuando se puso en marcha como una autómata y fue a buscar a su hija. La mamá Rabbit la levantó en brazos y preparó su ropa.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —preguntó Rabbit.

—Vamos a llevarlos a Inglaterra esta misma noche —aclaró Hudson.

—¿No vamos a Norteamérica?

—Primero iremos a Inglaterra —interpuso Ryan—. Después los llevaré a Estados Unidos.

—Entiendo.

Ryan vio que estaba muy nervioso, pero eso era de esperar. El tipo se

estaba jugando la vida a una carta y su destino aún no se había decidido. A Ryan le tocaría asegurarse de que le saliera una carta ganadora.

—¿Qué me llevo?

—Nada —respondió Hudson—. Absolutamente nada. Deje aquí todos sus documentos. Le entregaremos unos nuevos —explicó, mostrándole tres pasaportes repletos de sellos falsos—. Pero de momento los guardaré yo.

—¿Es usted de la CIA?

—No, yo soy británico. Ryan es de la CIA.

—¿Pero por qué?

—Es una larga historia, señor Zaitzev —respondió Ryan—. Pero ahora debemos irnos.

La niña ya estaba vestida, aunque soñolienta y confundida, igual que Sally aquella noche horrible en el acantilado de Peregrine, pensó Jack.

Hudson echó un vistazo a la habitación y se alegró al ver la botella vacía de vodka en la mesita de noche. Eso era un golpe de suerte, pensó. Mamá Rabbit aún estaba confundida por la combinación del vodka y el bombazo que le acababa de caer. No habían pasado ni cinco minutos y todos estaban a punto para partir. Entonces la mujer se fijó en la bolsa de medias y se acercó para cogerla.

—Nyet —dijo Hudson en ruso—. Déjelas aquí. Habrá medias de sobra donde van ustedes.

508 509

Pero... pero...

—¡Irina, hazle caso al señor! —espetó Oleg, sufriendo los efectos del vodka y la tensión.

—¿Todos listos? —preguntó Hudson.

Irina cogió a su hija en brazos con expresión consternada, y se acercaron a la puerta. Hudson echó un vistazo al pasillo y les indicó a los demás que lo siguieran. Ryan ocupó la retaguardia y se aseguró de dejar la puerta entreabierta.

El vestíbulo aún estaba vacío. No sabían qué había hecho Tom Trent, pero fuera lo que fuese, había sido efectivo. Hudson los condujo hacia la calle a través de una puerta lateral. Allí los estaba esperando el coche de la embajada que había traído Trent, y Hudson tenía un juego de llaves. De camino al coche hizo una seña a Small y Truelove, que permanecían en el camión. El coche era un Jaguar pintado de azul oscuro con el volante a la izquierda. Ryan los ayudó a acomodarse en el coche, cerró la puerta y subió al asiento delantero. El motor de ocho cilindros arrancó a la primera con suavidad. Los mecánicos mantenían el Jaguar en perfectas condiciones, precisamente para ocasiones como ésa. Y sin más demora emprendieron su camino.

Small y Truelove aún alcanzaban a ver las luces traseras del coche cuando descendieron del camión y se dirigieron a la parte trasera. Cogieron una bolsa con los cadáveres adultos cada uno y entraron por la puerta lateral. El vestíbulo aún estaba vacío, así que subieron por la escalera a toda prisa cargando con sus fardos pesados e inertes. El pasillo también estaba vacío y ambos soldados retirados entraron en la habitación con sigilo. Abrieron las bolsas y sacaron los cadáveres con

cuidado. A ambos les costó afrontar ese momento. Aunque eran soldados profesionales con experiencia de combate, la imagen de un cuerpo humano chamuscado por las llamas no era agradable. Tuvieron que hacer un esfuerzo de concentración por controlar sus emociones y seguir con la misión. Pusieron el cadáver del hombre en la cama, junto al de la mujer, aunque ambos procedían de continentes distintos. Después salieron del cuarto y regresaron al camión, llevando consigo las bolsas vacías. Small sacó la bolsa más pequeña del camión mientras Truelove recogía el resto del material, y subieron de nuevo a la habitación.

La tarea que le había tocado a Small resultó ser la más difícil: la imagen del cadáver de la niña en su bolsa no se le borraría de la memoria en mucho tiempo. La acostó en su cama, con el camisón dañado por las llamas. Estuvo a punto de acariciarlela cabeza, pero habían eliminado todo su pelo con un soplete. Lo único que se le ocurrió fue pronunciar una breve oración por el alma de la pequeña inocente, pero estuvo a punto de perder el control y tuvo que alejarse rápidamente.

El veterano del cuerpo de ingenieros estaba ocupado con sus propias lides. Primero se aseguró de que no se dejaban nada. Había doblado la última bolsa y la llevaba en su cinturón. No se habían quitado los guantes de trabajo, así que no dejarían huellas. Revisó la habitación durante un instante antes de indicarle a Small que saliera al pasillo.

A continuación arrancó la tapa del recipiente de leche, que habían lavado y secado con anterioridad. Encendió la vela con su encendedor de butano y dejó que goteara un poco de cera en el fondo del recipiente para fijar la vela con fuerza. Después la apagó y se aseguró de que hubiera quedado sujeta en su lugar.

Ahora empezaba la parte peligrosa. Truelove abrió la garrafa de alcohol y echó casi un litro en el recipiente de la leche, hasta que llegó a un par de centímetros del extremo superior de la vela. A continuación echó más alcohol en la cama de los adultos y en la de la niña. Esparció el resto por el suelo, alrededor del recipiente de leche. Cuando terminó le lanzó la garrafa vacía a Bob Small.

Veamos pensó Truelove—, hay más de cuatro litros de alcohol puro en la cama y otro tanto en la alfombra barata. Al igual que la mayoría de los ingenieros militares, tenía múltiples campos de especialización, entre los que se encontraba el de ser un experto en demoliciones. Sabía que el siguiente paso requería una precaución absoluta. Se agachó y encendió de nuevo la vela con la precisión de un neurocirujano. Salió de la habitación sin más demora, se aseguró de que la puerta estuviera cerrada con llave y de que un cartel de «no molestar» colgaba del pomo.

—Tenemos que irnos, Robert —le dijo Rodney a su compañero.

Sólo tardaron treinta segundos en salir a la calle por la puerta lateral.

—¿Cuánto tiempo nos dará la vela? —preguntó Small cuando llegaron al camión.

—Unos treinta minutos como máximo respondió el sargento del cuerpo de ingenieros.

—Y esa pobre niña, ¿crees que...? —estuvo a punto de preguntar.

—Todos los días muere gente en incendios domésticos. No la mataron adrede para esta misión.

—Supongo que tienes razón —asintió Small.

Entonces apareció Tom Trent en el vestíbulo. No habían logrado encontrar la cámara que se le había perdido en una habitación del piso de arriba, pero le dio una buena propina al recepcionista por haberlo ayudado a buscarla. Resultó ser el único empleado que estaba de guardia esa noche y estaría sólo hasta las cinco de la madrugada.

0 al menos eso es lo que cree, pensó Trent mientras subía al camión.

—Volvamos a la embajada, muchachos —les indicó el espía—. Nos espera una buena botella de whisky escocés de malta.

—Perfecto, me iría bien un buen trago —comentó Small, recordando la imagen de la niña—, o dos.

—¿Se puede saber de qué va toda esta aventura?

—Hoy, no —respondió Trent—, quizá más adelante.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

EL CORAZÓN DE INGLATERRA

La vela ardió a su ritmo habitual, ajena al papel que jugaba en la aventura. El pabilo y la cera se consumían lentamente, acercándose a la superficie tranquila del alcohol, que pronto se convertiría en el detonador de un incendio provocado. En total pasaron treinta y cuatro minutos hasta que se inflamó la superficie del líquido y se inició lo que los profesionales llaman un fuego de «clase b». Los alemanes conocían perfectamente las cualidades del alcohol y por eso lo usaron, en lugar de utilizar queroseno, para su misil V-2. El alcohol del dispositivo casero ardió con un ímpetu comparable al de la gasolina y no tardó en consumir el cartón del recipiente de leche. Eso liberó el litro de alcohol ardiendo sobre la alfombra, a su vez empapada en alcohol. La llamarada se extendió como una ola azul y cubrió el suelo de toda la habitación en cuestión de segundos. Avanzó como un ser vivo, una línea azul seguida de una masa blanca incandescente, a medida que el fuego extendía sus tentáculos hacia arriba en busca del oxígeno que llenaba la habitación. Instantes después, las camas también empezaron a arder, y envolvieron los cuerpos en un manto de calor y fuego.

El hotel Astoria no era nuevo y carecía de las medidas de seguridad, como aspersores automáticos y detectores de humo, necesarios para dar la alarma y apagar el incendio antes de que fuera demasiado tarde. Pero ese incendio avanzó libre de obstáculos, hasta acariciar el techo y prender fuego a la pintura, alimentándose de los muebles baratos del hotel. El interior de la habitación se convirtió en una cámara de incineración para tres cuerpos que ya estaban muertos. Consumió a los cadáveres como el animal carnívoro que veían en el fuego los antiguos egipcios. La habitación

sólo tardó cinco minutos en quedar prácticamente destrozada. La intensidad del fuego se redujo un poco tras esta primera orgía de consumo, pero no murió del todo.

El recepcionista tenía más responsabilidades de las que parecía a simple vista. Todas las madrugadas, a las dos y media, dejaba un cartel de «vuelvo dentro de cinco minutos» en el mostrador de la recepción y subía en ascensor hasta el piso más alto para hacer una ronda por los pasillos. En ese piso no vio nada fuera de lo normal, ni tampoco en los siguientes, hasta que llegó al tercero.

Mientras descendía por la escalera notó un olor extraño. Se le despertaron los sentidos, pero no identificó el olor hasta que llegó al piso y vio un hilo de humo que salía por debajo de la puerta de la habitación 307. Se acercó a la puerta y tocó el pomo, que estaba caliente, pero no demasiado. Y entonces cometió su peor error.

Cogió la llave maestra que llevaba en el bolsillo y no se molestó en palpar la madera para ver si estaba caliente antes de abrir la puerta.

Después de consumir casi todo el oxígeno, el fuego había remitido, pero la habitación seguía estando caliente. Las paredes habían aislado y mantenido la temperatura, como si fueran una barbacoa. Al abrirse la puerta, la habitación se llenó de oxígeno otra vez y el recepcionista apenas tuvo tiempo de ver el espectáculo dantesco del interior, cuando hubo un estallido enorme.

Fue algo parecido a una explosión. El fuego se reavivó en toda la estancia con una llamarada enorme, que atrajo otra corriente de aire tan fuerte que estuvo a punto de arrastrar al recepcionista hacia el interior, mientras otra llamarada salía de la habitación con fuerza y le salvaba la vida, al impedir que lo absorbiera el infierno. Se tapó las quemaduras de la cara con las manos, cayó de rodillas y se esforzó por llegar a la alarma manual que había junto al ascensor, sin cerrar la puerta de la habitación 307. Empezaron a sonar las alarmas en todo el hotel y en el parque de bomberos más cercano, que se encontraba a tres kilómetros de distancia. El recepcionista descendió como pudo hasta el vestíbulo entre alaridos de dolor. En primer lugar se echó un vaso de agua a la cara y a continuación llamó al número de urgencias para avisar a los bomberos. La gente ya había empezado a bajar de sus habitaciones y a muchos les había costado pasar por el tercer piso. A pesar de sus quemaduras, el recepcionista pudo localizar un extintor y rociarlos a medida que bajaban, aunque no pudo subir al piso en cuestión para utilizar la manguera de seguridad. De todos modos no habría servido de mucho.

El primer camión de bomberos llegó unos cinco minutos después de haber activado la alarma manual. No hizo falta que les explicaran la situación porque saltaba a la vista: el estallido había roto las ventanas y las llamas ascendían por el exterior del edificio. Los bomberos subieron a la habitación, avanzando contra la corriente de huéspedes despavoridos. En cuestión de un minuto ya estaban inundando la habitación con su manguera. Los bomberos tardaron menos de cinco minutos en controlar el incendio y se adentraron en la habitación desafiando el hedor y el humo. En el interior se confirmaron sus temores: encontraron a una familia de tres personas, muertas mientras dormían.

El jefe de la primera dotación de bomberos que había llegado a la escena recogió a la niña y bajó corriendo a la calle, aunque veía que no

había nada que hacer. Estaba totalmente calcinada y las mangueras no habían hecho más que mostrar los horrores que sufre un cuerpo humano por culpa del fuego. No pudo hacer nada más que rezar por la niña. El jefe era hermano de un sacerdote y católico practicante, en un país marxista. Pidió misericordia divina para el alma de la niña sin saber que otros habían pedido exactamente lo mismo a cuatro mil kilómetros de distancia diez días antes.

Las liebres tardaron minutos en salir de la ciudad. Hudson condujo con cuidado, sin sobrepasar el límite de velocidad por si había algún agente de tráfico en las inmediaciones, aunque ya no circulaban coches y sólo veían algún camión de reparto de vez en cuando llevando quién sabe qué a quién sabe dónde. Ryan estaba en el asiento delantero, pero se había girado para observar a los pasajeros. El rostro de Irina Zaitzev reflejaba un estado de confusión embriagada, sin comprender lo suficiente como para estar asustada. La niña dormía, como hacían todas las niñas a esas horas de la madrugada. El padre trataba de mantener una fachada estoica, pero incluso en la oscuridad, su expresión reflejaba la tensión acumulada. Ryan trató de ponerse en su lugar, pero no pudo. La idea de traicionar a su patria le era demasiado ajena. Sabía que había gente que le asestaba una puñalada en la espalda a Estados Unidos, por lo general a cambio de dinero, pero no tenía la menor idea de cuáles eran sus motivos. En los años treinta y cuarenta, algunos opinaban que el comunismo era la vanguardia de la historia de la humanidad, pero aquellas ideas estaban tan obsoletas como el difunto Lenin. El comunismo era una idea en vías de extinción, excepto para aquellos que dependían de él como fuente de su poder personal... Y quizá algunos creían en él porque nunca habían tenido acceso a una alternativa, o porque les habían adoctrinado en su juventud, como un sacerdote con una fe inamovible. Sin embargo, las palabras de Lenin, reflejadas en sus obras completas, no eran escrituras sagradas para Ryan y nunca lo serían. Recién salido de la universidad había jurado su fidelidad a la Constitución de los Estados Unidos de América y había prometido respetarla y mantenerla como teniente del cuerpo de marines, y no había más que decir.

—¿Cuánto falta, Andy?

—Tardaremos algo más de una hora en llegar a Csurgo —respondió Hudson—. No creo que tengamos problemas de tráfico.

Y no los tuvieron. Tardaron unos minutos en llegar a las afueras de la capital húngara, donde las luces de casas y empresas se acabaron como si alguien hubiera apagado un interruptor. La carretera era de dos carriles, pero bastante estrecha. Había postes de teléfono, pero no barreras de seguridad. Ryan se preguntó si ésa era una de las grandes autopistas comerciales del país. Parecía una carretera rural del centro de Nevada. Había una o dos luces cada kilómetro, en las granjas que dejaban una encendida para encontrar el camino hasta la letrina. Incluso la señalización viaria estaba en condiciones lamentables; nada que ver con las señales estadounidenses de color verde menta, o los carteles viarios azules de Inglaterra. Tampoco ayudaba el hecho de que estaban escritas en un idioma que a él le parecía extraterrestre. En la carretera también había las típicas señales europeas, con la velocidad máxima permitida en

cifras negras sobre fondo blanco, rodeadas por un círculo rojo.

Hudson llevaba el coche con soltura y fumaba un cigarro tras otro, como si se dirigiera al Covent Garden londinense. Ryan dio gracias a Dios por haber visitado el servicio antes de caminar hacia el hotel, porque de lo contrario le habría costado mantener la vejiga bajo control. Por lo menos esperaba que su expresión no reflejara los nervios que lo aquejaban. No dejaba de repetirse que su vida no corría peligro. Sin embargo, las de sus pasajeros sí, y se habían convertido en su responsabilidad. Alguna parte de su personalidad, probablemente heredada de su padre, agente de policía, le concedía una enorme importancia a ese sentido de la responsabilidad.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó Oleg rompiendo el silencio de forma inesperada.

—Ryan, Jack Ryan.—¿Qué clase de apellido es Ryan? —insistió Rabbit.

—Mi familia es de origen irlandés. Creo que John equivale a Iván, pero la gente me llama Jack, algo así como Vanya.

—¿Y está en la CIA?

—Así es.

—¿A qué se dedica en la CIA?

—Soy analista. Por lo general me siento frente a un escritorio y redacto informes.

—Yo hago algo parecido en el Centro.

—¿Es agente de Comunicaciones?

—Da —asintió—, eso es lo que hago en el Centro.

Pero entonces Zaitzev recordó que su información era demasiado importante para comentarla en el asiento trasero de un coche y decidió callarse.

Ryan entendió su silencio. Tenía cosas que contar, pero ése no era el lugar adecuado, y Jack estaba de acuerdo con él.

El viaje continuó sin sobresaltos. Tras cuatro cigarros de Hudson y seis cigarrillos de Ryan, por fin se aproximaron a la ciudad de Csurgo.

Ryan esperaba algo un poco más impresionante de lo que encontraron. Csurgo apenas era un ensanchamiento de la carretera y no parecía tener ni una gasolinera, y ya no digamos una tienda abierta las veinticuatro horas. Hudson se desvió de la carretera principal y tomó un camino sin asfaltar. Al cabo de unos tres minutos se encontraron con un camión comercial. Vio en seguida que se trataba de un Volvo de grandes dimensiones, con un toldo negro en la parte trasera y dos hombres que estaban fumando unos pitillos junto al camión. Hudson lo adelantó, buscó refugio en una especie de cobertizo a unos metros de distancia y detuvo el Jaguar. Bajó del coche y les indicó a todos que hicieran lo mismo.

Ryan se acercó a los dos hombres con el espía inglés. Hudson saludó al mayor de los dos y le dio la mano.

—Hola, Istvan. Me alegro de que nos hayas esperado. —Hola, Andy. La noche está muy tranquila. ¿Quiénes son tus amigos?

—Este es el señor Ryan y ésta es la familia Somerset —explicó Hudson—. Vamos a cruzar la frontera.

—Entendido —asintió Kovacs—. Éste es Jani. Él conducirá esta noche. Andy, tú puedes venir delante con nosotros. Los demás irán en la parte trasera. Vengan —añadió, mostrándoles el camino.

Había una escalera para subir a la parte trasera del camión. Ryan fue el

primero en subir. Luego se agachó para recoger a la niña, Svetlana, si mal no recordaba. A continuación observó a los padres de la niña mientras se encaramaban por la escalera. En la zona de carga vio una serie de grandes cajas de cartón y pensó que debían de ser para los aparatos reproductores de vídeo que fabricaban los húngaros. Kovacs también se metió en la parte trasera.

—¿Hablan inglés? —preguntó.

Todos asintieron.

—El trayecto de aquí a la frontera es corto, de unos cinco kilómetros. Deben esconderse en esas cajas de cartón y mantener un silencio absoluto. Es muy importante. ¿Lo entienden? No hagan el menor ruido.

Le respondieron con más gestos de asentimiento. Vio al hombre, que no tenía nada de inglés, traducir sus palabras para su esposa. Kovacs también observó que el hombre se ocupaba de su hija. Con el cargamento oculto, cerró la puerta trasera y regresó a la cabina.

—Cinco mil marcos por esto, ¿eh? —preguntó Istvan. —Así es —asintió Hudson.

—Debería pedirte más, pero no soy un hombre codicioso.

—Eres un buen camarada y un amigo —respondió Hudson, deseando tener una pistola en el cinturón.

El motor enorme del Volvo se encendió con un rugido y el camión emprendió el camino de regreso a la carretera a trompicones. Jani estaba al mando del gran volante.

No tardaron mucho en llegar.

Y Ryan se alegró desde su apretado escondrijo en la caja de cartón. Sólo podía imaginar cómo se sentían los rusos, como bebés a punto de nacer, pero en una matriz horrenda, rodeada de armas hostiles.

A pesar de los nervios, Ryan no quiso fumarse un último cigarrillo por temor a que el olor los delatara, aunque con los gases pestilentes del motor diésel no era probable.

—Veamos, Istvan —dijo Hudson en la cabina—, ¿cuál es el plan?

—Observa. Solemos viajar de noche. Es... ¿cómo lo diría? Es más dramático. Conozco al határrség de aquí desde hace muchos años. El capitán Budai Laszlo es un buen hombre. Tiene una esposa y una hija, y siempre quiere regalos para la pequeña Zsóka. Y aquí llevo uno —explicó, mostrando una bolsa de papel.

El puesto fronterizo estaba bien iluminado y lo divisaron a unos tres kilómetros de distancia. Afortunadamente, apenas había tráfico a esa hora de la madrugada. Jani se acercó con naturalidad y se detuvo cuando se lo indicó el agente fronterizo, el határrség.

—¿Está el capitán Budai? —preguntó en seguida Kovacs—. Tengo algo para él.

El guardia entró en la garita y regresó con un oficial de rango superior.

—¡Laszlo! —exclamó Kovacs en magiar—. ¿Cómo estás en esta fría noche de invierno?

Descendió del camión con la bolsa de papel en la mano. —Istvan, ¿qué puedo decirte? Es una noche aburrida —respondió el capitán.

—¿Y qué hay de la pequeña Zsóka? ¿Está bien?

—La semana que viene es su cumpleaños. Cumplirá cinco.

—¡Fantástico! —respondió el contrabandista y le entregó la bolsa—. Regálale éstas.

«Éstas» eran un par de zapatillas Reebok de color rojo brillante, con cierres de Velcro.

—Son preciosas —comentó el capitán Budai con sincera admiración.

Las sacó para echarles un vistazo bajo la luz. A cualquier niña le habrían encantado y Laszlo se alegró tanto como lo haría su hija dentro de cuatro días.

—Eres un buen amigo, Istvan —concluyó—. ¿Qué llevas esta noche?

—Poca cosa. Pero por la mañana voy a recoger un pedido en Belgrado. ¿Necesitas algo?

—A mi mujer le encantarían unas cintas para el walkman que le trajiste el mes pasado.

Lo increíble de Budai es que no era un hombre codicioso. Por eso a Kovacs le gustaba cruzar la frontera durante su guardia, entre otros motivos.

—¿Qué grupos le gustan?

—Creo que dijo los Bee Gees. Y si no te importa, a mí me gustarían unas bandas sonoras o melodías de musicales.

—¿Algo en particular? ¿Quieres la música de alguna película norteamericana, como La guerra de las galaxias, quizá?

—Esa ya la tengo, pero no tengo la nueva: El imperio contraataca.

—Cuenta con ello.

Se dieron la mano.

—¿No quieres un poco de café occidental?

—¿De qué clase?

—Austríaco o norteamericano. Hay un lugar en Belgrado
que vende café americano Folgers. Es muy sabroso —explicó Kovacs.

—No lo he probado nunca.

—Te traeré un poco para que lo pruebes, cortesía de la casa.

—Eres un buen hombre —comentó Budai—. Que pases una buena noche, adelante —concluyó con un gesto hacia el agente.

Y fue así de fácil. Kovacs regresó al camión y entró en la cabina. Además, ni siquiera tendría que entregar el regalo que había preparado para el sargento Kerekes Mihály.

—¿No piensan comprobar tus documentos? —preguntó Hudson, sorprendido.

—Laszlo envía mi nombre a Budapest por teletipo. Allí también tengo mis contactos. Me salen un poco más caros que él, pero tampoco es que sea un gasto muy importante. Vámonos, Jani.

El conductor arrancó el camión y atravesó la línea pintada en el asfalto. Y así salieron del Pacto de Varsovia.

En la parte trasera del camión, Ryan nunca había sentido tal alivio por un motor que se ponía en marcha. Se detuvieron de nuevo al cabo de un minuto, pero en esa ocasión se trataba de otra frontera.

Jani se ocupó de la entrada a Yugoslavia. Intercambió unas palabras con los agentes fronterizos y ni siquiera apagó el motor, cuando les concedieron permiso para entrar al país semicomunista. Siguió unos tres kilómetros por la carretera, hasta que le indicaron que se desviara por un camino lateral. Tras un par de baches, el Volvo se detuvo. Hudson pudo comprobar que las medidas de seguridad fronteriza de los yugoslavos eran inexistentes.

Ryan ya había salido de la caja de cartón y estaba de pie en la parte

trasera del camión cuando apartaron el toldo de la puerta.

—Ya hemos llegado, Jack —anunció Hudson.

—¿Adónde, exactamente?

—A Yugoslavia, muchacho. La ciudad más cercana es Légrád, pero aquí es donde me despido de ti.

—¿Y eso?

—Te vas a quedar con Vic Lucas, mi homólogo en Belgrado —respondió Hudson antes de llamarlo—: ¡Vic!

Apareció un hombre que parecía hermano gemelo de Hudson, salvo por el pelo negro. Y por los cinco o diez centímetros de diferencia en la estatura, decidió Jack al fijarse con más detenimiento. Regresó para ayudar a las liebres a salir de sus cajas. No tardaron mucho en salir v Ryan los ayudó a bajar del camión. Aunque pareciera increíble, la niña seguía durmiendo. Ryan se la pasó a su madre, cuya expresión era más confusa que nunca.

Hudson los acompañó hasta un coche con un amplio maletero, de los que algunos llamaban «ranchera». Había espacio de sobra para todos.

—Sir John, es decir, Jack: bien hecho y gracias por tu ayuda.

—Yo no he hecho nada, Andy, pero tú has llevado el asunto de maravilla —repuso Ryan estrechándole la mano. Ven a verme algún día a Londres y nos tomaremos una cerveza.

—Hecho —prometió Hudson.

El coche era un Ford fabricado en Inglaterra. Ryan acomodó a las liebres en sus lugares y de nuevo se sentó en el asiento delantero.

—¿Y adónde vamos ahora, señor Lucas?

—Vamos al aeropuerto —respondió el jefe de Operaciones de Belgrado—. Nos espera el avión.

—¿Ah, sí? ¿Iremos en un vuelo especial?

—No, es un vuelo de línea regular, pero está retenido por «dificultades técnicas». Sospecho que lograrán solucionar el problema cuando subamos a bordo.

—Me alegro de oírlo —comentó Ryan.

Le tranquilizó el hecho de no tener que enfrentarse a un avión averiado de verdad, aunque sabía que aún le quedaba un trance por superar. No había conseguido dominar su miedo a volar y menos ahora que estaban en un país parcialmente hostil.

—Perfecto, vámonos —anunció Lucas mientras arrancaba el motor.

Ryan no sabía qué clase de espía era Vic Lucas, pero se creía piloto de fórmula uno. El coche avanzó por la carretera a una velocidad de vértigo, rodeado de la oscura noche yugoslava.

—¿Qué tal su noche, Jack?

—Movida —respondió Ryan mientras comprobaba que tuviera abrochado el cinturón de seguridad.

El campo estaba un poco más iluminado y las condiciones del asfalto eran mejores, o por lo menos eso parecía, mientras avanzaban a unos ciento treinta kilómetros por hora, en una carretera estrecha y oscura. Robby Jackson también conducía así, pero Robby era piloto de cazabombarderos y, por consiguiente, era invencible a los mandos de cualquier medio de transporte. El tal Vic Lucas debía de sentirse igualmente invencible mientras observaba la carretera con calma y movía el volante con gestos precisos. En el asiento trasero, Oleg seguía sin

relajarse e Irina no salía de su estupor e incomprensión, mientras su hija aún dormía como un angelito. Ryan fumaba un cigarrillo tras otro y eso lo ayudó a relajarse un poco, aunque si Cathy lo notaba en su aliento, tendría graves problemas. Bueno —pensó Jack mientras veía la sucesión de farolas a paso ligero—, no le quedará más remedio que aceptarlo. A fin de cuentas, estaba en una misión oficial del Tío Sam.

Entonces Ryan vio un coche de policía aparcado junto a la carretera, incluso llegó a divisar a los agentes, que estaban tomando una taza de café.

—No se preocupe —dijo Lucas—. Llevo matrícula diplomática. Soy el principal consejero político de la embajada de su majestad británica. Y ustedes son mis ilustres invitados.

—Así me gusta. ¿Cuánto falta?

—Una media hora, aproximadamente. De momento hemos tenido suerte con el tráfico y no nos hemos topado con muchos camiones. A veces esta carretera se llena bastante con los camiones de transporte internacional, incluso por la noche. Llevamos años trabajando con Kovacs; me haría de oro si me asociara con él. A menudo trae esos aparatos de vídeo fabricados en Hungría. No están nada mal y casi los regalan, con los sueldos baratos que tienen allí. Me extraña que no intenten venderlos en Occidente, aunque supongo que tendrían que pagarles a los japoneses por las ideas que les han «tomado prestadas». No es que tengan muchos escrúpulos en esos asuntos —añadió Lucas mientras tomaba otra curva a gran velocidad.

—Santo cielo, ¿a qué velocidad va durante el día?

—Más o menos a la misma que ahora. La verdad es que tengo muy buena visión nocturna, pero los amortiguadores de este coche me frenan. Es un diseño norteamericano y botan demasiado para agarrarse bien en las curvas.

—¿Por qué no se compra un Corvette? Un amigo mío tiene uno.

—Son una preciosidad, pero están hechos de plástico —respondió Lucas meneando la cabeza mientras cogía un cigarro.

Probablemente cubano —pensó Ryan—; a los ingleses les encantan.

—Ahí está —anunció Lucas en tono triunfal al cabo de media hora—. Justo a tiempo.

Los aeropuertos son prácticamente iguales en todo el mundo. Probablemente los diseñó todos el mismo arquitecto, pensó Ryan. La única diferencia radicaba en el idioma utilizado para la señalización de los servicios. Pero cuando se acercaban a la terminal, Jack se llevó una sorpresa. En vez de seguir recto y aparcar junto a los demás coches, Lucas se metió por una puerta abierta, directamente hacia la pista de aterrizaje.

—Tengo un acuerdo con el director del aeropuerto explicó—. Le gustan los whiskies de malta.

Afortunadamente, Lucas siguió las líneas amarillas que marcaban la ruta de los coches, hasta que llegó a un avión solitario que estaba en la pista.

—Ya hemos llegado —declaró el espía británico.

Todos salieron del coche, aunque esta vez la señora Rabbit llevaba a la conejita en brazos. Lucas los acompañó hasta la escalera de acceso al avión y de ahí a la puerta de entrada.

En la misma puerta los estaba esperando el comandante, sin gorra pero con cuatro galones en cada hombro.

—¿Es usted el señor Lucas?

—Así es, comandante Rogers. Y éstos son sus pasajeros adicionales —añadió, señalando a Ryan y a la familia Rabbit.

—Excelente —dijo el comandante Rogers y se dirigió al jefe de cabina—: Ahora pueden embarcar los demás pasajeros.

El auxiliar de vuelo los acompañó a sus asientos de primera clase y a Ryan le sorprendió la tranquilidad que sintió al abrocharse el cinturón de seguridad en su asiento de pasillo en la primera fila del avión. Observó a unos treinta turistas ingleses de clase obrera que regresaban a casa tras unas vacaciones en la costa dálmata. No parecían estar muy contentos tras sufrir un retraso de tres horas, en el que ya era el último vuelo de la noche a Manchester. A partir de ese momento, todo sucedió con rapidez. Oyó cómo arrancaban ambos motores y, a continuación, el BAC-111, la versión inglesa del Douglas DC-9, se dirigió hacia la pista de despegue.

—¿Y ahora qué? —preguntó Oleg en un tono casi normal. —Ahora volamos a Inglaterra —respondió Ryan—. Llegaremos dentro de unas dos horas más o menos.

—¿Así de fácil?

—¿Todo esto le ha parecido fácil? —preguntó Ryan con incredulidad.

A continuación sonó el sistema de megafonía del avión.

—Damas y caballeros, les habla el comandante Rogers. Me alegro de comunicarles que hemos logrado solucionar el fallo electrónico. Quisiera agradecerles su paciencia e informarles de que después del despegue les serviremos las bebidas gratis.

Los pasajeros de la parte trasera del avión respondieron con una ovación.

—De momento les pido que presten atención al mensaje de seguridad que les ofrecerán los auxiliares de vuelo.

Poneos el cinturón de seguridad, mentecatos. Y se abrochan así, para los que sean lo bastante estúpidos para no haber notado que son iguales que los de vuestro coche. Al cabo de otros tres minutos, el avión de la compañía British Midlands iniciaba su ascenso.

Según lo prometido por el comandante, cuando sobrepasaron los tres mil metros se apagaron las luces de prohibido fumar y empezó a circular el carrito de las bebidas. El ruso pidió un vodka y le entregaron tres botellines de Finlandia. Ryan pidió una copa de vino y se propuso que no sería la última. No pensaba dormir durante el vuelo, pero tampoco se preocuparía tanto como en otras ocasiones. Se estaba alejando del mundo comunista a ochocientos kilómetros por hora y no se le ocurría un modo mejor de hacerlo.

Vio que Oleg Ivan'ch se tomaba el vodka como si fuera agua en un caluroso día de verano. Su mujer, que estaba en el asiento 1-C, hacía otro tanto. Ryan se sintió un dechado de virtud y moderación mientras tomaba pequeños sorbos de su copa de vino francés.

— Hemos recibido un mensaje de Basil —informó Bostock por teléfono—. Rabbit está volando. Su hora estimada de llegada a

Manchester es dentro de noventa minutos.

—Fantástico —suspiró el juez Moore.

Siempre sentía un alivio enorme cuando una operación encubierta terminaba sin incidentes. Y mejor aún, lo habían logrado sin la ayuda de Bob Ritter, que era un buen hombre, aunque no imprescindible.

—Podremos interrogarlo dentro de unos tres días —dijo a continuación Bostock—. ¿Usamos la bonita casa cercana a Winchester?

—Sí, veamos si le gusta el mundo rural.

En la casa incluso había un piano de cola Steinway, para que se entretuviera la señora Rabbit, y unos jardines enormes para que la niña jugara.

Alan Kingshot acababa de llegar al aeropuerto de Manchester junto con dos de sus subalternos. Un automóvil Daimler de grandes dimensiones esperaba la llegada de los desertores para llevarlos a Somerset por la mañana. Esperaba que no les importara viajar en coche, ya que el trayecto duraría un par de horas. Pero de momento se hospedarían en una casa de campo a escasos minutos del aeropuerto. Lo más probable era que estuvieran hartos de viajar, especialmente porque aún les quedaban más viajes al final de la semana. Entonces se detuvo a pensarlo; quizá sería mucho pedirles que viajaran de nuevo tan pronto. Decidió sentarse a meditarlo en uno de los bares del aeropuerto.

Ryan estaba borracho. Quizá el alcohol había reaccionado con su angustia residual, pensó mientras se dirigía al baño del avión. Se sintió un poco mejor cuando regresó a su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Por lo general, nunca se lo desabrochaba. Sólo sirvieron unos bocadillos durante el vuelo y eran de estilo inglés, con la afición incomprensible que mostraba ese pueblo por unos hierbajos llamados berros. Lo que más le apetecía ahora mismo era una buena ración de carne en conserva, el corned beef de su infancia, pero los ingleses ni siquiera sabían lo que era eso y lo confundían con una porquería enlatada que parecía comida para perros. De hecho, era probable que sus perros comieran mejor, con lo obsesionados que estaban los ingleses con sus animales de compañía. A juzgar por las luces que veía a lo lejos, estaban sobrevolando Europa occidental. En Budapest había comprobado que la parte oriental no solía estar tan bien iluminada.

Sin embargo, Zaitzev no estaba tan convencido. ¿Cómo podía estar seguro de que todo eso no era más que un montaje para sonsacarle una confesión? ¿Y si la jefatura del Segundo Directorio había montado un maskirovka enorme para que picara?

—¿Ryan?

—¿Sí? —contestó Jack.

—¿Qué veré en Inglaterra cuando lleguemos?

—No sé cuáles serán los planes después de nuestra llegada a Manchester —respondió Ryan.

—¿Es usted de la CIA? —preguntó de nuevo Rabbit. —Así es —asintió

Jack.

—¿Cómo puedo estar seguro?

Ryan sacó su cartera.

—Pues... aquí está mi carnet de conducir, mis tarjetas de crédito, y algo de dinero. El pasaporte es falso, por supuesto. Yo soy norteamericano, pero me consiguieron un pasaporte británico. Ah —Ryan entendió por fin—, ¿le preocupa la posibilidad de que todo esto sea un montaje?

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Amigo mío, dentro de menos de una hora estará seguro de que no es, un montaje. Mire —dijo, mostrándole la cartera de nuevo—. Esta es mi esposa, ésta es mi hija y nuestro hijo recién nacido. Mi dirección en casa, es decir, en Norteamérica, figura en mi carnet de conducir: carretera de Peregrine Cliff, número 5000, condado de Anne Arundel, Maryland. Eso está junto a la bahía de Chesapeake. Tardo una hora en llegar de ahí a las oficinas de la CIA en Langley. Mi esposa es cirujana oftalmóloga en el hospital Johns Hopkins de Baltimore. El hospital es famoso en todo el mundo. Seguro que le suena.

Zaitzev negó con la cabeza.

—Pues hace un par de años, tres médicos del hospital Hopkins le arreglaron la vista a Mijáil Suslov. Tengo entendido que acaba de morir. Creemos que su sucesor será Mijáil Yevgeniyevich Alexándrov. Sabemos algo de él, pero no mucho. En realidad, tampoco sabemos mucho de Yuri Vladimirovich.

—¿Qué es lo que no saben?

—¿Está casado, por ejemplo? Nunca hemos visto una foto de su esposa, si es que la tiene.

—Sí, pero eso lo sabe todo el mundo. Su esposa se llama Tatiana y es una mujer elegante. Según mi esposa, tiene facciones nobles. Pero no han tenido hijos —concluyó Oleg.

He ahí la primera información facilitada por Rabbit, pensó Ryan.

—¿Cómo es posible que no sepan algo así? —preguntó Zaitzev.

—0leg Ivan'ch, hay muchas cosas que no sabemos de la Unión Soviética —reconoció Jack—. Algunas son importantes, y otras, no.

—¿Es cierto eso?

— Sí, lo es.

De pronto, una idea captó el interés de Zaitzev.

—¿Dice que se llama Ryan?

—Así es.

—¿Y su padre es policía?

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Ryan, sorprendido.

—Tenemos un pequeño archivo sobre usted. Lo realizó la delegación de Washington. A su familia la atacó una banda de rufianes, ¿no es así?

—Así es.

De modo que el KGB se interesa por mí, pensó Jack. —Fueron terroristas, trataron de matarme a mí y a mi familia. Mi hijo nació esa misma noche.

—¿Y después de ese incidente se unió a la CIA?

—Así es, por lo menos ésa fue la versión oficial. Llevaba unos años colaborando con la Agencia —explicó, hasta que la curiosidad pudo más que él—: ¿Y qué dice de mí ese archivo?

—Dice que es un insensato acaudalado, que fue oficial de la infantería

de marina, que su mujer es rica y que por eso se casó con ella, para enriquecerse aún más.

Así que el KGB también es prisionero de sus prejuicios políticos —pensó Jack—. Interesante.

—No soy pobre —explicó Jack a Rabbit —. Pero me casé por amor, no por dinero. Sólo un imbécil haría algo así.

—¿Y cuántos capitalistas son imbéciles?

Ryan respondió con una sonora carcajada.

—Más de los que se imagina. No hace falta ser muy listo para hacerse millonario en Norteamérica.

Sin ir más lejos, Nueva York y Washington estaban llenos de idiotas acaudalados, pero Ryan pensó que Rabbit ya tendría tiempo de enterarse de esas cosas más adelante.

—¿Quién redactó el informe sobre mí?

—Un corresponsal del periódico Izvestia en Washington es agente subalterno del KGB. Lo redactó el verano pasado.

—¿Y cómo se enteró de su existencia?

—El informe llegó a mi departamento y yo lo mandé al Instituto Americocanadiense. ¿Sabía que es una oficina del KGB?

—Sí, lo sé —asintió Jack—. De eso ya estábamos al corriente.

De pronto se le destaparon los oídos. El avión había empezado a descender. Ryan se acabó su tercera copa de vino blanco y se dijo a sí mismo que, dentro de un par de minutos, todo habría terminado. Una cosa que le había quedado muy clara, gracias a la operación Beatrix, era que el trabajo de campo no era lo suyo.

Se encendió de nuevo la señal de prohibido fumar y Ryan colocó su asiento en posición vertical. Las luces de Manchester aparecieron por la ventanilla, después los faros de los coches y por fin la iluminación de la pista de aterrizaje; y al cabo de unos segundos más... una ligera sacudida y aterrizaron en la bella Inglaterra. No era lo mismo que Estados Unidos, pero de momento se conformaría con esto.

Vio que Oleg se había pegado a la ventanilla y estaba comprobando los colores distintivos de todos los aviones. Había demasiados para tratarse de una base de las fuerzas aéreas soviéticas, con un gran maskirovka. Por fin empezó a relajarse.

—Queremos darles la bienvenida a la ciudad de Manchester —dijo el piloto por megafonía—. En estos momentos son las tres cuarenta, hora local, y la temperatura ambiente es de doce grados centígrados. Quiero pedirles disculpas de nuevo por el retraso y agradecerles su paciencia. Esperamos verlos de nuevo en las líneas aéreas British Midlands.

Ni lo sueñes, patrón, pensó Jack.

Ryan permaneció en su asiento mientras se dirigían hacia la terminal de llegadas internacionales. Una escalera mecanizada se acercó a la puerta delantera, que abrió el auxiliar de vuelo. Ryan y la familia Rabbit fueron los primeros en descender del avión. Los acompañaron hasta unos coches, en vez del autobús de los demás pasajeros.

Alan Kingshot los estaba esperando para estrecharles la mano.

—¿Cómo ha ido, Jack?

—Como una visita a Disneylandia —respondió Ryan sin ironía aparente en su voz.

—Entendido. Vamos a subiros al coche y a llevaros a un lugar más

cómodo.

—Por mí, perfecto. ¿Qué hora es? ¿Las tres menos cuarto?

Ryan aún no había cambiado la hora de su reloj. Las islas Británicas llevaban una hora de retraso respecto al resto de Europa.

—Así es —asintió el espía.

—Maldita sea —espetó Jack.

Ya era demasiado tarde para llamar a su casa y avisar a Cathy de que había regresado sano y salvo. Aunque, en realidad, la misión, llamada en clave Red Rabbit («Red»(rojo) hace referencia al régimen soviético), aún no había terminado. Ahora le tocaba ser el representante de la CIA en la primera entrevista que le hicieran a Rabbit. Supuso que sir Basil le había encomendado la misión porque no confiaba mucho en las habilidades de un agente tan novel. Quizá habría que demostrarle a su anfitrión británico si era tan tonto en realidad, se dijo Ryan. Pero primero tendría que dormir. Había aprendido que el estrés resultaba tan agotador como una buena sesión de ejercicio, aunque perjudicaba mucho más la salud del corazón.

Entretanto, en Budapest, los tres cuerpos habían llegado al depósito de cadáveres, que era un lugar tan deprimente tras el Telón de Acero como en Occidente. Cuando se confirmó la identidad de Zaitzev y su nacionalidad rusa, llamaron a la embajada soviética de inmediato. Allí no tardaron en ratificar que se trataba de un agente del KGB y avisaron a la delegación, al otro lado de la calle del hotel incendiado. Se sucedieron las llamadas telefónicas.

Antes de las cinco de la madrugada, el AVH despertó al profesor Zoltán Bíró. Bíró era catedrático de Patología en la Facultad de Medicina Ignaz Semmelweis. El nombre de la facultad honraba a uno de los padres de la teoría de los microbios, que había transformado la ciencia médica en el siglo xix. Aún hoy era una facultad muy respetada, que atraía incluso a estudiantes de Alemania Occidental. Sin embargo, ninguno de esos estudiantes asistiría a la autopsia solicitada por el Belügyminisztérium, en la que también estaría presente el médico oficial de la embajada soviética.

Empezaron por el hombre adulto. Los técnicos recogieron muestras de sangre de los tres cuerpos y las llevaron al laboratorio de análisis adjunto.

—Se trata del cadáver de un hombre blanco, de unos treinta y cinco años de edad, un metro y setenta y cinco centímetros de estatura y un peso aproximado de setenta y seis kilogramos. No es posible determinar el color del pelo debido a las graves quemaduras sufridas durante un incendio doméstico. La impresión inicial indica que murió a causa del fuego, probablemente por intoxicación de monóxido de carbono, ya que el cuerpo no presenta señales de haber agonizado.

A continuación empezaron a diseccionar el cuerpo, comenzando con un corte clásico en Y para abrir el cuerpo e inspeccionar el estado de los órganos internos.

Estaba estudiando el corazón, que no tenía nada de extraordinario, cuando llegaron los resultados del laboratorio.

—Profesor Bíró, los niveles de monóxido de carbono en las tres muestras de sangre son más que letales —dijo la voz por teléfono.

Bíró echó un vistazo a su colega ruso.

—¿Necesita algo más? Puedo hacer una autopsia completa de las tres víctimas, pero no cabe duda de la causa de la muerte. Este hombre no sufrió ninguna herida de bala. Realizaremos más pruebas de química sanguínea, por supuesto, pero no es probable que los hayan envenenado y no observamos heridas ni orificios de ningún tipo. Todos murieron por culpa del incendio. Le enviaré un informe completo esta misma tarde —añadió Bíró con un suspiro—. ¡A kurva életbe! —concluyó con un dicho popular magiar.

—Qué niña tan guapa —comentó el médico ruso.

La cartera de Zaitzev había sobrevivido de algún modo al incendio y, con ella, sus fotos familiares. La imagen de Svetlana era especialmente conmovedora.

—La muerte no sabe de sentimentalismos, amigo mío —declaró el profesor Bíró.

Como patólogo, eso lo tenía muy claro.

—Entendido. Muchas gracias, camarada profesor.

Y el ruso se despidió, pensando en el informe oficial que redactaría para Moscú.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

LA REVELACIÓN

El piso franco era más bien una mansión. Debía de ser la casa de campo de alguien con gusto y dinero abundante y, por su aspecto, se había construido en el siglo pasado, con estucos y vigas de roble, de las que se usaban antiguamente para construir barcos como el HMS Victory. Pero la casa estaba rodeada de tierra, tan lejos del mar como era posible en esa pequeña isla.

Al parecer, Alan Kingshot la conocía muy bien, ya que los condujo hasta allí y los ayudó a instalarse. Ryan pensó que la pareja que se encargaba del lugar debían de ser antiguos policías, probablemente casados y retirados de las fuerzas metropolitanas, como se conocía oficialmente al cuerpo policial londinense. Escoltaron a sus invitados hasta una suite bastante agradable. Irina Zaitzev no daba crédito al lugar, que incluso había impresionado a Ryan. Pero lo único que hizo Oleg Ivanovich fue colocar sus utensilios de afeitar en el cuarto de baño, quitarse la ropa y desplomarse sobre la cama, donde no tardó ni cinco minutos en caer presa de un sueño asistido por el alcohol.

Poco antes de la medianoche le comunicaron la noticia al juez Moore de que el paquete había llegado a un lugar seguro, y con esta información, él también se acostó. Lo único que quedaba pendiente era avisar a las fuerzas aéreas para que tuvieran preparado un KC-135 o algún avión similar, a punto para llevar el paquete a casa. Y para eso bastaba con realizar una llamada telefónica a un oficial del Pentágono. Se preguntaba qué revelaría Rabbit, pero eso podía esperar. El trabajo peligroso había

quedado atrás y al director de la CIA no le costó mucho tener paciencia. Se sentía como un niño antes de Navidad: no sabía qué encontraría bajo el árbol, pero estaba seguro de que sería algo bueno.

La noticia le llegó a sir Basil Charleston en su casa de Belgravia antes del desayuno, por medio de un mensajero de Century House. Qué forma tan placentera de comenzar una jornada de trabajo —pensó—, sin duda mejor que la de otros días. Poco antes de las siete de la mañana salió de su casa y se dirigió a la oficina, listo para explicar el éxito de la operación Beatrix en su informe matutino.

Ryan se despertó con el ruido del tráfico. El constructor original de esa magnífica mansión no había previsto la presencia de una autopista a menos de trescientos metros de distancia, pero Ryan había logrado evitar de algún modo la resaca de las copas que se había tomado en el avión y, gracias a los residuos de la emoción del momento, se despertó por completo tras unas seis horas y media de sueño. Se aseó y bajó a la agradable y espaciosa sala del desayuno. Ahí se encontró con Alan Kingshot, que ya estaba tomando el té de la mañana.

—Imagino que querrás café.

—Si hay...

—Sólo tenemos instantáneo —advirtió Kingshot.

—Mejor instantáneo que nada —respondió Jack tratando de reprimir su desilusión.

—¿Le apetecen unos huevos Benedict? —preguntó la antigua policía.

—Señora, sólo por eso estoy dispuesto a perdonarle la ausencia de un Starbucks —respondió Jack con una sonrisa.

A continuación echó un vistazo a los periódicos de la mañana y pensó que su vida había vuelto a la normalidad. Bueno, casi.

—El señor y la señora Thompson nos cuidan esta casa —explicó Kingshot—. Emma se dedicaba a tareas administrativas en Scotland Yard y Nick fue detective de homicidios.

—Eso es lo que hacía mi padre —comentó Ryan—. ¿Cómo acabaron trabajando para los servicios de Inteligencia?

—Nick colaboró en el caso Markov —respondió la señora Thompson.

—E hizo muy buen trabajo —añadió Kingshot—. Podría haberse convertido en un buen oficial de campo.

—Bond, James Bond —bromeó Nick Thompson mientras se dirigía hacia la cocina. Lo dudo. Oigo ruidos en la habitación de nuestros invitados. Parece que la niña los ha despertado.

—Sí —comentó Jack. Así son los niños. ¿Haremos el interrogatorio aquí o en otro lugar?

—Teníamos pensado hacerlo en Somerset, pero anoche decidí no llevarlos de un lado para otro. ¿Para qué marearlos tanto? —explicó Kingshot. Tenemos esta casa desde el año pasado y es un lugar tan cómodo como cualquier otro. La casa de Somerset se encuentra cerca de Tauton y está un poco más aislada, pero dudo que esta gente quiera huir.

—Si regresa a su casa, será liebre muerta —comentó Ryan—. Seguro

que él lo sabe. Creo que en el avión le preocupaba la posibilidad de que fuéramos del KGB y que todo esto no fuera más que un montaje. Su esposa se hartó de comprar cosas en Budapest. Quizá alguien debería llevarla de compras por aquí —añadió el norteamericano—. Así podremos hablar con él tranquilamente. Su inglés no está mal. ¿Hay alguien aquí que hable bien el ruso?

—Eso es cosa mía —dijo Kingshot a Ryan.

—Lo primero que debemos saber es por qué decidió salir de su país.

—Por supuesto, pero también hay que averiguar qué es todo esto de las comunicaciones vulneradas.

—Sí —suspiró Ryan—. Creo que rodarán cabezas por ese asunto.

—Totalmente de acuerdo —asintió Kingshot.

—¿Así que has trabajado en Moscú, Al?

—En dos ocasiones —asintió el británico—. No estuvo nada mal el asunto, aunque fue bastante tenso.

—¿Dónde más has estado?

—En Varsovia y en Bucarest. Hablo ambos idiomas. Dime, ¿cómo se ha portado Andy Hudson?

—Es un fenómeno, Al. Siempre está tranquilo y seguro de sí mismo, conoce bien el terreno y tiene buenos contactos. Cuidó muy bien de mí.

—Aquí tiene su café, sir John —anunció la señora Thompson, entregándole una taza de Taster's Choice.

Los británicos eran buena gente —pensó Ryan—, y la pésima fama de su comida era injustificada, pero no tenían la menor idea de cómo preparar un buen café. Aun así, era mejor que el té.

No tardaron en llegar los huevos Benedict y Ryan comprobó que la señora Thompson podría pronunciar conferencias sobre ese plato. Cogió un periódico, el Times, y aprovechó para ponerse al día de los acontecimientos del mundo mientras se relajaba. Pensaba llamar a Cathy al cabo de una hora, cuando llegara al trabajo. Con un poco de suerte, quizá se verían dentro de un par de días. En un mundo perfecto, podría leer algún periódico norteamericano, o incluso el International Tribune, pero el mundo no era perfecto. No tenía el menor sentido preguntar por el campeonato mundial de béisbol. ¿No iba a comenzar mañana? ¿Cómo les iría ese año a los Phillies? Como de costumbre, no se sabría hasta que jugaran.

—¿Cómo te ha ido el viaje, Jack? preguntó Kingshot.

—Esos agentes de campo se merecen todo lo que ganan, Alan. No entiendo cómo pueden aguantar la tensión constantemente.

—Es como todo, Jack, te acostumbras a lo que sea. Tu esposa es cirujana: a mí la idea de abrir a la gente con un bisturí no me atrae en absoluto.

—A mí tampoco, amigo —respondió Jack con una risita—. Y ella opera globos oculares. Casi nada.

Kingshot se estremeció sólo de pensarlo, pero Ryan pensó que trabajar en Moscú, controlando agentes y preparando misiones de rescate, como la que habían protagonizado con Rabbit, no podía ser mucho más divertido que un trasplante de corazón.

—Ah, señor Somerset —oyó decir Ryan a la señora Thompson—. Buenos días y bien venido.

—Spasiba —contestó Oleg Ivanovich con una voz soñolienta.

Los niños se despiertan a las horas más inoportunas, con sonrisas de oreja a oreja y un encanto irresistible.

—¿Así me llamo ahora? —preguntó Rabbit.

—Más adelante le daremos algún nombre más permanente —dijo Ryan—. De nuevo, bien venido.

—¿Es esto Inglaterra? —preguntó Rabbit.

—Estamos a doce kilómetros de Manchester —respondió el oficial de Inteligencia británico—. Buenos días. Por si se le ha olvidado, me llamo Alan Kingshot. Esta es la señora Emma Thompson y Nick estará de vuelta dentro de unos minutos.

Se estrecharon la mano.

—Mi esposa bajará en seguida —explicó—. Se está ocupando de zaichik.

—¿Cómo se siente, Vanya? —preguntó Kingshot.

—Mucho viaje, mucho temor, pero ahora estoy a salvo, ¿verdad?

—Sí, completamente a salvo —aseguró Kingshot.

—¿Qué le apetece para desayunar? —preguntó la señora Thompson.

—Pruebe esto —sugirió Jack señalando su plato. Está riquísimo.

—De acuerdo, lo haré. ¿Cómo se llama?

—Huevos Benedict —respondió Jack—. Señora Thompson, esta salsa holandesa es perfecta. A mi esposa le encantaría tener la receta, si me lo permite —añadió.

Y quizá Cathy podría enseñarle a preparar un café como Dios manda, pensó para sí. Ese sería un buen intercambio.

—Por supuesto, sir John —respondió la señora con una amplia sonrisa.

A todas las mujeres del mundo les encanta que halaguen sus recetas culinarias.

—Otros para mí, entonces —declaró Zaitzev.

—¿Té o café? —preguntó la señora Thompson.

—¿Tiene té inglés? —preguntó Rabbit.

—Por supuesto —respondió ella.

—Tráigame uno, por favor.

—Cómo no —dijo, y salió hacia la cocina.

A Zaitzev aún le costaba asimilar todo el asunto. Se encontraba en la sala de desayunos de una mansión digna de un gran aristócrata, rodeada de un césped tan verde como el de los mejores campos de golf, con enormes robles que llevaban ahí dos siglos, con caballerizas y un almacén para los carruajes. Para él, todo era digno de Pedro el Grande, algo que sólo había visto en los libros y los museos. ¿Acaso era él un invitado especial en esa casa?

—No está mal la casa, ¿verdad? —comentó Ryan mientras se terminaba los huevos.

—Es impresionante —respondió Zaitzev con los ojos como platos.

—Perteneció a la familia de un duque —explicó Kingshot—. La compró un magnate del textil hace unos cien años, pero su negocio se vino abajo y el gobierno la compró el año pasado. La usamos para conferencias y como «piso franco» —añadió con una sonrisa—. El sistema de calefacción es un poco rudimentario, pero de momento no hemos tenido que preocuparnos de eso. El verano ha sido muy agradable y el otoño también promete.

—En Estados Unidos habrían instalado un campo de golf en un lugar así —dijo Jack mirando por la ventana—. Uno enorme.

—Sí —asintió Alan—. Sería un lugar estupendo para eso.

—¿Cuándo iré a Norteamérica? —preguntó Rabbit.

—Dentro de unos tres o cuatro días —respondió Kingshot—. Antes nos gustaría hablar un poco con usted, si no le importa.

—¿Cuándo empezamos?

—Después del desayuno. Tómese su tiempo, señor Zaitzev. Ya no está en la Unión Soviética. No le vamos a presionar en absoluto —prometió Alan.

—Sí, cómo no —pensó Ryan—. Muchacho, te van a succionar el cerebro hasta extraértelo del cráneo y luego lo van a escurrir para obtener todos tus pensamientos, una molécula tras otra. Sin embargo, Rabbit había conseguido un viaje gratis de salida de la madre Rusia y a él y a su familia les esperaba una vida cómoda en Occidente. En esta vida, todo tiene su precio.

El té le encantó. Después bajó el resto de su familia y durante los veinte minutos siguientes, la señora Thompson estuvo a punto de quedarse sin salsa holandesa, mientras los recién llegados rusos aseguraban la facturación de las granjas de huevos.

Irina salió de la sala de desayunos y realizó un recorrido por la casa. Se entusiasmó al toparse con un piano de cola Bósendorfer para conciertos, y se dio la vuelta como una niña en Navidad para preguntar si podía tocar un poco. Hacía años que no se acercaba a un piano, pero puso cara de niña pequeña mientras se esforzaba por tocar Sur le pont d'Avignon, que había sido su melodía favorita años atrás y que aún recordaba.

—Tengo una amiga que toca profesionalmente —dijo Jack con una sonrisa.

El gozo del momento era innegable.

—¿Quién? ¿Dónde? —preguntó Oleg.

—Sissy en realidad se llama Cecilia Jackson. Su esposo es amigo mío. Es piloto de caza de la marina de Estados Unidos. Y ella es la segunda solista de piano de la sinfónica de Washington. Mi esposa también toca, pero Sissy es muy buena.

—Son muy amables con nosotros —dijo Oleg Ivanovich.

—Tratamos de cuidar lo mejor posible a nuestros invitados —interpuso Kingshot—. ¿Hablamos en la biblioteca? —agregó, indicándoles el camino.

Las sillas eran cómodas. La biblioteca era otro ejemplo deslumbrante de la ebanistería del siglo xvii, con miles de tomos suntuosamente encuadernados y tres escaleras de ruedas. Se sentaron en unos lujosos sillones, la señora Thompson trajo unos vasos de agua fría y empezó la sesión de trabajo.

—Veamos, señor Zaitzev —dijo Kingshot, ¿podría empezar por hablarnos de usted?

El ruso le dijo su nombre, su ascendencia, su lugar de nacimiento y su educación.

—¿No realizó el servicio militar? —preguntó Ryan.

—No —respondió Zaitzev al tiempo que negaba con la cabeza—, el KGB me encontró y me libró del servicio militar.

—¿Fue eso en la universidad? —preguntó Kingshot para puntualizan

Había tres grabadoras en marcha.

—Sí, así es. Hablaron conmigo por primera vez durante mi primer año.

—¿Y cuándo se alistó en el KGB?

—Dejé la universidad estatal de Moscú de inmediato. Me llevaron al Departamento de Comunicaciones.

—¿Y cuánto tiempo estuvo allí?

—Desde, bueno, estuve nueve años y medio en total, aparte del tiempo en la academia y demás entrenamiento.

—¿Y dónde trabaja ahora? —continuó Kingshot.

—Trabajo en la Central de Comunicaciones, en el sótano de la Central de Moscú.

—¿Y allí qué hacía exactamente? —preguntó Alan.

—Durante mi guardia, todos los despachos que llegaban del campo pasaban por mi escritorio. Mi trabajo consistía en mantener la seguridad, comprobar que se siguieran los procedimientos correctos y después pasarlos a los oficiales de acción en el piso superior. 0 a veces al Instituto Americocanadiense —añadió, haciendo un gesto hacia Ryan.

Jack trató de mantener el semblante serio. Ese tipo había huido ni más ni menos que de la versión soviética del Mercury de la CIA. El sujeto lo veía todo, absolutamente todo. Acababa de acompañar a una mina de oro en su escapatoria a través del Telón. Joder.

Kingshot también trataba de ocultar la emoción, pero miró a Ryan y estaba todo escrito en sus ojos.

¿Qué te parece?

—Veamos —prosiguió Kingshot—, ¿sabría decirme los nombres de sus agentes de campo y de los oficiales?

—Sé muchos nombres de los oficiales del KGB. Sé pocos de los agentes, pero conozco sus nombres en clave. El nombre codificado de nuestro mejor agente en Gran Bretaña es Minister. Nos ha facilitado información política y diplomática de gran valor durante años, unos veinte años, creo, puede que más.

—Usted dijo que el KGB había comprometido nuestras comunicaciones.

—Sí, un poco. Ese es el agente Neptune. No estoy seguro de cuánto ha suministrado, pero sé que el KGB ha leído muchas comunicaciones navales norteamericanas.

—¿Y qué hay de otras comunicaciones? —preguntó Jack de inmediato.

—De las comunicaciones navales estoy seguro, de otras no. Pero ustedes utilizan las mismas máquinas criptográficas para todo, ¿no es así?

—En realidad, no —respondió Alan—. Entonces, ¿quiere decir eso que las comunicaciones británicas aún son seguras?

—Si se han vulnerado, yo lo desconozco —respondió Zaitzev—. La mayoría de la información diplomática y de inteligencia norteamericana que obtenemos procede del agente Cassius. Es el asesor de un político de alto rango de Washington. Nos proporciona buena información sobre lo que hace la CIA y lo que saben de nosotros.

—¿Pero dice que no es de la CIA? —preguntó Ryan.

—No, creo que se trata de un asesor político, un ayudante, un empleado, algo así —respondió Zaitzev con bastante seguridad.

—Bien —dijo Ryan mientras encendía un cigarrillo. Le ofreció uno a Zaitzev, que lo aceptó de inmediato.

—Se me han terminado los Krasnopresnensky —explicó.

—Debería darle los míos. Mi esposa quiere que lo deje. Es médica —explicó Jack.

—¡Bah! —replicó Rabbit.

—Entonces, —¿por qué decidió marcharse? —preguntó Kingshot mientras tomaba un sorbo de té.

Al oír la respuesta, casi se le cayó la taza.

—El KGB quiere matar al papa.

—¿En serio? —preguntó el agente más veterano, no Ryan.

—¿En serio? He arriesgado mi vida, la de mi esposa y la de mi hija. Da, es en serio —aseguró Oleg Ivanovich a sus interlocutores en un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Joder —suspiró Ryan—. Oleg, necesitamos saber más detalles de este asunto.

—Comenzó en agosto. El 15 de agosto —explicó Zaitzev. Prosiguió ininterrumpidamente con su explicación durante unos cinco o seis minutos.

—¿Le han puesto algún nombre a la operación? —preguntó Jack cuando por fin terminó el relato.

—Ninguno, sólo archivo número 15-8-82-666. Ésa es la fecha del primer mensaje de Andrópov a la delegación de Roma y el número de mensaje. Yuri Vladimirovich preguntó cómo podía acercarse al papa. Roma respondió que era una mala idea. Entonces, el coronel Rozhdiéstvensky, el principal asistente del director, mandó un mensaje a la delegación de Sofía. La operación se dirige desde Sofía. 0 sea, que la operación seis, seis, seis probablemente la dirige el KGB por mediación del Dirzhavna Sugurnost. Creo que el nombre del oficial es Strokov, Boris Andréievich.

Kingshot pensó unos instantes, luego se levantó y abandonó la habitación. Regresó con Nick Thompson, ex superintendente de la policía metropolitana.

—¿Nick, te dice algo el nombre de Boris Andréievich Strokov?

—Desde luego, Alan —respondió el antiguo policía sin dejar de parpadear—. Creemos que es el tipo que mató a Georgi Markov en Westminster Bridge. Lo teníamos controlado, pero se escabulló del país antes de que hubiera pruebas suficientes para interrogarlo.

—¿No tenía inmunidad diplomática? —preguntó Ryan, sorprendido.

—En realidad, no. Llegó sin documentos y se fue de la misma forma. Yo mismo lo vi en Heathrow. Pero no habíamos reunido las pistas con suficiente rapidez. Fue un caso espantoso. El veneno que le suministraron a Markov era algo terrible.

—¿Viste bien a ese tal Strokov?

—Sí, desde luego —asintió Thompson—. Quizá incluso se dio cuenta. Dadas las circunstancias, yo no me andaba con miramientos. Ese fue el asesino de Markov. Me jugaría la vida.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Me dediqué a perseguir asesinos durante veinte años, sir John. Después de tanto tiempo se llega a conocerlos. Y eso es lo que era: un asesino —aseveró Thompson sin el menor atisbo de duda.

A Ryan, esa seguridad le recordó a su padre, que incluso en los casos difíciles sabía quién era el culpable, aunque no pudiera demostrárselo a un jurado.

—Los búlgaros tienen una especie de contrato con los soviéticos —explicó Kingshot—. Allá por 1964 acordaron ocuparse de todas las eliminaciones «necesarias» para el KGB. A cambio obtuvieron una serie de

concesiones políticas. Strokov, sí, me suena ese nombre. ¿Tienes alguna foto del sujeto, Nick?

—Tengo más de cincuenta, Alan —aseguró Thompson—. Nunca se me olvidará esa cara. Tiene los ojos de un cadáver, completamente carentes de vida, como los de un muñeco.

—¿Es bueno? —preguntó Ryan.

—¿Como asesino? Muy bueno, sir John. Muy bueno, ya lo creo. El asesinato de Markov en el puente fue obra de un verdadero experto; era el tercer intento. Los dos primeros asesinos potenciales metieron la pata y acabaron llamando a Strokov para que completara el trabajo. Y vaya si lo hizo. Si las cosas hubieran sido un poco diferentes, ni siquiera nos habríamos dado cuenta de que se trataba de un asesinato.

—Creemos que está trabajando en algún lugar de Occidente —dijo Kingshot—. Pero apenas tenemos información. En realidad no son más que rumores. Jack, éste es un tema peligroso. Debo pasarle la información a Basil cuanto antes.

Alan salió de la habitación en busca de una línea segura para llamar por teléfono. Ryan se dirigió de nuevo a Zaitzev.

—¿Y decidió huir por eso?

—El KGB se dispone a asesinar a un hombre inocente, Ryan. He visto cómo se desarrollaba el complot. El mismísimo Andrópov dice que lo harán. He tenido los mensajes en las manos. ¿Cómo puede un solo hombre detener al KGB? —preguntó—. Yo no soy capaz de detener al KGB, pero no quiero ayudarlos a asesinar al cura. Se trata de un hombre inocente, ¿no creen?

Ryan se quedó mirando al suelo.

—Así es, Oleg Ivanovich, lo es.

Santo Dios. Consultó su reloj. Tenía que comunicar esta información con urgencia, pero todavía no habría nadie despierto en Langley a esas horas.

—¡Santo cielo! —exclamó sir Basil Charleston por la línea segura—. ¿Está convencido de eso, Alan?

—Sí, señor, creo que es absolutamente cierto. Nuestra Rabbit parece una persona honrada y bastante lista. Parece que lo único que lo motiva es su conciencia.

A continuación, Kingshot le habló de la primera revelación de la mañana: Minister.

—Debemos pedirle al cinco que lo investigue.

El servicio de seguridad británico, conocido anteriormente como MI-5, era el brazo de contraespionaje del gobierno. Necesitaban alguna información más específica para dar caza al supuesto traidor, pero ya disponían de un punto de partida. Veinte años. Menudo traidor tan productivo debe de ser ese individuo, pensó sir Basil. Ya era hora de que visitara el interior de la cárcel de Parkhurst, en la isla de Wight. Charleston había dedicado años en limpiar su propio departamento, que antaño fue terreno abonado del KGB. Pero eso jamás se repetiría, se juró a sí mismo el caballero de la orden de Bath.

Ryan no dejaba de darle vueltas al asunto. Sin duda, Basil llamaría a Langley; Jack se aseguraría de ello por si acaso, pero sir Basil era una

persona de plena confianza. La siguiente pregunta era más difícil: ¿Qué demonios puedo, o podemos, hacer al respecto?

Ryan encendió otro cigarrillo para darle vueltas a la pregunta. Se trataba más bien de un trabajo policial que de inteligencia... Y lo más importante sería la confidencialidad.

Sí, ésa era la clave del asunto. Si se lo decían a alguien, la in-formación se filtraría de algún modo y se sabría que tenían a Rabbit. ¿Y sabes qué? —se dijo Jack—, ahora mismo Rabbit es más importante para la CIA que la vida del papa.

Mierda, pensó. Era como una llave de jiu-jitsu, como una inversión repentina de la polaridad de una brújula. El norte se había convertido en sur. Ahora, dentro era fuera. Y las necesidades del servicio de espionaje norteamericano eran más importantes que la vida del Santo Padre de Roma. Su expresión debió de reflejar lo que estaba pensando.

—¿Le ocurre algo, Ryan? —preguntó Rabbit.

—Es la información que nos acaba de proporcionar. Llevábamos algún tiempo preocupados por la seguridad del papa, pero no teníamos información concreta que nos llevara a pensar que su vida corría peligro realmente. Ahora tendremos que decidir qué hacer con la información que nos acaba de dar. ¿Conoce algún detalle más acerca de la operación?

—No, casi nada. El oficial de acción en Sofía es el jefe de de-legación, el coronel Bubovoy, Ilya Fiódorovich. Es un coronel decano, podría decirse que una especie de embajador ante el DS búlgaro. En cuanto al coronel Strokov, conozco su nombre de casos anteriores. Es un oficial del DS, especialista en asesinatos. También hace otras cosas, pero cuando hay que entregarle una bala a alguien, Strokov la entrega sin fallar.

A Ryan le pareció algo digno de una mala película, salvo que en las películas la malvada CIA era la que disponía de un departamento especial para los homicidios, como un armario lleno de murciélagos asesinos. Cuando el director necesitaba que alguien muriera, bastaba con abrir la puerta para que uno de los murciélagos saliera volando y matara a su presa. Después volaba dócilmente de regreso al armario y se colgaba boca abajo, hasta que hubiera que matar a otra persona. Sí, cómo no. Hollywood lo tenía todo muy claro, salvo que en las burocracias gubernamentales todo funciona a base de papeleo. No ocurre nada sin una orden escrita de alguna clase, porque sólo un papel escrito puede proteger tu trasero cuando las cosas van mal. Y si realmente hubiera que liquidar a una persona, alguien dentro del sistema tendría que firmar la orden. ¿Pero quién firma-ría una orden de esa clase? Algo así se convertiría en un recuerdo indeleble de un acto de infamia, por eso el documento llegaría al despacho presidencial, pero una vez allí, no era la clase de documento que pondrían con orgullo en la biblioteca conme-morativa en honor de la máxima autoridad de la nación. Y ningún cargo medio se atrevería a firmar esa orden, porque los funcionarios nunca quieren destacar, ésa es la naturaleza de su entrenamiento.

Excepto yo, pensó Ryan. Pero él no mataría a nadie a sangre fría. Ni siquiera había logrado matar a Sean Miller con la sangre hirviendo, y aunque era un poco extraño enorgullecerse de algo así, era mucho mejor que la opción contraria.

Pero a Jack no le asustaba destacar. Si perdía su sueldo del gobierno, John Patrick Ryan saldría ganando. Podría volver a la enseñanza, quizá en

una buena universidad privada que pagara medianamente bien, y podría invertir en Bolsa, cosa que no era nada fácil con su empleo actual...

¿Qué puedo hacer? Lo peor del caso era que Ryan se consideraba católico. Puede que no asistiera a misa todos los domingos, ni nombraran ninguna iglesia en su honor, pero él se sentía obligado a respetar al papa, gracias a los años que había pasado en escuelas católicas, incluyendo doce años con los jesuitas. Y a eso había que añadir algo igualmente importante: la educación recibida de las delicadas manos del cuerpo de marines de Estados Unidos, en la academia de Quantico. Le habían enseñado que, al ver algo que se tenía que hacer, se hacía y punto. Y se hacía bien, con la esperanza de que algún oficial superior se diera cuenta más adelante; una acción decisiva en el momento justo había salvado la situación en más de una ocasión durante la historia del cuerpo. «Es más fácil pedir perdón que permiso», fueron las palabras exactas del comandante en aquella clase, aunque luego agregó con una sonrisa: «Pero no digan nunca que yo se lo dije.» Había que tomar decisiones juiciosas y el juicio sólo llegaba con la experiencia, aunque la experiencia a menudo provenía de las malas decisiones.

Ya pasas de los treinta —pensó Jack—, y has tenido experiencias que no habrías elegido, pero sin duda has aprendido mucho de ellas. Ahora sería por lo menos capitán. Quizá comandante, como Billy Tucker, que era profesor de aquella clase. Entonces Kingshot regresó a la habitación.

—Tenemos un problema, Al —anunció Ryan.

—Ya lo sé, Jack. Acabo de hablar con sir Basil. Le está dando vueltas al asunto.

—Tú eres agente de campo. ¿Qué opinas?

—Jack, esto está muy por encima de mi nivel de experiencia y de mis responsabilidades.

—¿Has decidido apagar tu cerebro, Al? —preguntó Ryan con aspereza.

—No podemos comprometer nuestra fuente, Jack —replicó Kingshot—. Eso es lo más importante en este momento.

—Al, sabemos que tratarán de asesinar al dirigente de mi iglesia. Sabemos cómo se llama y Nick tiene un álbum de fotos de ese hijo de puta, ¿recuerdas? —respiró profundamente Ryan antes de proseguir—. No voy a quedarme sentado sin hacer nada al respecto —concluyó, olvidándose por completo de la presencia de Rabbit.

—¿No harán nada? ¿He arriesgado mi vida por este asunto y no piensan hacer nada? —preguntó Zaitzev.

Había entendido todo el fuego cruzado entre el inglés y el norteamericano y su cara mostraba indignación y desconcierto. Al Kingshot le respondió:

—Nosotros no nos ocuparemos de decidirlo. No podemos comprometerlo a usted, Oleg, nuestra fuente. También tenemos que protegerlo.

—¡Joder! —espetó Ryan y salió de la habitación.

¿Pero en realidad qué podía hacer?, se preguntó Jack. A continuación buscó un teléfono con línea segura y marcó un número de memoria.

—Murray —respondió una voz cuando se estableció la conexión segura.

—Dan, soy Jack.

—¿Dónde has estado? Te llamé hace un par de noches y Cathy me dijo que estabas en Alemania, en un asunto de la OTAN. Quería...

Ryan lo interrumpió:

—Déjalo, Dan. Estuve en otro lugar haciendo otra cosa. Préstame atención. Necesito una información urgente —declaró Jack recurriendo a su tono de oficial de los marines.

—Dispara —respondió Murray.

—Necesito que me consigas el programa del papa para la próxima semana, más o menos.

Era viernes y Ryan esperaba que el obispo de Roma no tuviera ningún viaje previsto para el fin de semana.

—¿Qué dices? —respondió el agente del FBI con un desconcierto evidente.

—Lo que oyes.

—¿Para qué quieres algo así?

—No puedo contártelo... ¡Qué coño! —espetó Ryan antes de continuar—. Dan, tenemos motivos para creer que le han puesto precio a la cabeza del papa.

—¿Quiénes? —preguntó Murray.

—Sólo te diré que no son las hermanitas de la caridad —respondió Ryan.

—Joder, Jack. ¿Hablas en serio?

—¡No lo dudes! —exclamó Ryan.

—De acuerdo, entendido. Déjame hacer algunas llamadas. ¿Qué digo si me preguntan algo?

Esa pregunta dejó frío a Ryan. Piensa, muchacho, piensa.

—Veamos, un amigo tuyo piensa ir a Roma y quiere ver a Su Santidad. Quieres saber cuál es el mejor lugar para verlo. ¿Entendido?

—¿Qué dirán en Langley sobre esto?

—Francamente, Dan, ahora mismo me importa un comino. Por favor, consígueme la información. Te llamaré dentro de una hora, ¿de acuerdo?

—Entendido, Jack. Una hora.

Murray colgó el teléfono.

Ryan sabía que podía confiar en su amigo. También era un antiguo alumno de los jesuitas, como muchos agentes del FBI. En su caso había estudiado en el Boston College, al igual que Ryan, y podría contar con toda su lealtad. Un poco más tranquilo, Ryan regresó a la biblioteca ducal.

—¿A quién has llamado, Jack? —preguntó Kingshot.

—A Dan Murray, el representante del FBI en la embajada. Seguro que lo conoces.

—El agregado legal, sí, lo conozco. ¿Qué le has pedido?

—El programa del papa para la próxima semana.

—Pero aún no sabemos nada —objetó Kingshot.

—¿Y eso hace que te sientas mejor, Al? —inquirió Jack con delicadeza.

—No habrás comprometido a...

—¿Que si he comprometido a nuestra fuente? ¿Me tomas por idiota?

—De acuerdo —asintió el agente británico, aceptando la lógica de Ryan—. Supongo que no pasa nada.

Durante la siguiente hora de la entrevista volvieron a temas más rutinarios. Zaitzev explicó todo lo que sabía acerca de Minister; presentó suficientes datos para empezar a buscar al tipo. Era evidente que Kingshot quería acabar con él cuanto antes. Era imposible saber qué había averiguado el KGB a través suyo. Zaitzev aclaró sin lugar a dudas que se

trataba de un hombre, probablemente un funcionario importante del gobierno. Pero pronto se tomaría unas largas vacaciones a cuenta del gobierno de su majestad, «con el beneplácito de la reina», según declaraban en los juzgados. Pero había asuntos que le preocupaban más a Jack. A las dos y veinte de la tarde regresó al teléfono seguro de la habitación contigua.

—Dan, soy Jack.

El agregado legal habló sin preámbulos.

—La embajada de Roma me ha informado de que tendrá una semana muy ajetreada, pero el papa siempre hace una aparición pública los miércoles por la tarde. Desfila con su jeep blanco alrededor de la plaza de San Pedro, enfrente de la catedral, para que los fieles lo vean y reciban su bendición. Es un coche abierto, así que, si quieren pegarle un tiro, ése será el momento ideal... A menos que tengan un asesino infiltrado entre el personal: quizá el hombre de la limpieza, un fontanero, o un electricista. No me atrevo a asegurarlo, pero me imagino que el personal contratado es leal y que hay gente que lo vigila.

Sin duda, pensó Jack, pero son precisamente esos tipos los que lo tienen mejor para hacer algo así. Sólo la gente de confianza tiene el grado de acceso necesario. Maldita sea. Los mejores para investigar un caso así eran los del servicio secreto, pero no conocía a nadie en ese cuerpo, y aunque lo conociera, haría falta un milagro para colarse en la burocracia del Vaticano, la más antigua del mundo.

—Gracias, amigo. Te debo una.

—Semper fidelis, amigo. ¿Puedes contarme algo más? Suena importante.

—No lo creo, pero además, yo no puedo tomar esa decisión, Dan. Tengo que irme. Hasta luego.

Ryan colgó el teléfono y regresó a la biblioteca.

El sol había empezado a elevarse en el cielo y alguien había traído una botella de vino, un blanco francés del valle del Loira. Por el polvo de la botella, supuso que era viejo y bueno. La bodega de esta mansión no estaba llena de vinos baratos, precisamente.

—Zaitzev tiene un mar de información sobre ese tal Minister. —Sólo tenemos que sonsacársela, se abstuvo de añadir Kingshot.

Al día siguiente llegarían los psicólogos profesionales, que recurrirían a sus mejores trucos para extraerle sus recuerdos, quizá incluso lo hipnotizarían. Ryan no sabía si esa técnica funcionaba; algunas fuerzas policiales se la tomaban muy en serio, pero muchos abogados defensores se indignaban con sólo oír el nombre y Jack no sabía quién estaba en lo cierto. En fin, era una lástima que Rabbit no hubiese llegado con fotos de los archivos del KGB bajo el brazo, pero eso habría sido como pedirle que metiera el cuello en la guillotina y llamara al verdugo. Hasta el momento, la memoria de Zaitzev había impresionado a Ryan.

¿Sería un infiltrado, un falso desertor enviado a Occidente para comunicarles información errónea? Era posible, pero la prueba definitiva radicaría en la calidad de los agentes que delatara a los servicios de contraespionaje occidentales. Si Minister estaba sacando información valiosa, su calidad confirmaría el valor de ese agente. Los rusos no eran nada leales con sus propios agentes. Nunca habían negociado la libertad para un traidor norteamericano o británico que estuviera pudriéndose en

la prisión, a diferencia de Estados Unidos, que lo habían hecho a menudo y algunas veces con éxito. No, los rusos consideraban a sus agentes bienes desechables y, como tales... los desechaban, quizá otorgándoles una medalla que nunca llegarían a ponerse sus homenajeados. A Ryan eso le parecía muy extraño. En muchos aspectos, el KGB era uno de los servicios de espionaje más profesionales. ¿No sabían que mostrar lealtad hacia un agente ayudaría a que otros se animaran a arriesgarse? Quizá lo que pasaba era que la filosofía nacional mandaba sobre el sentido común. Eso se daba mucho en la URSS.

A las cuatro, hora local, Jack estaba convencido de que en Langley ya estarían trabajando. Hizo otra pregunta a Rabbit:

-0leg Ivanovich, ¿sabe si el KGB tiene la capacidad de descifrar nuestros sistemas telefónicos seguros?

—Creo que no. No estoy convencido de ello, pero sé que tenemos a un agente en Washington, cuyo nombre en clave es Cricket, a quien le hemos pedido que consiga información sobre sus unidades telefónicas de seguridad. Por ahora no ha podido suministrar lo que necesita nuestra gente de Comunicaciones. Sin embargo, nos tememos que ustedes son capaces de descifrar nuestras comunicaciones telefónicas y, por tanto, casi siempre evitamos usar el teléfono para los mensajes importantes.

—Entendido, gracias.

Ryan acudió de nuevo al teléfono seguro en la habitación contigua. Marcó otro número que también se sabía de memoria.

—Aquí James Greer.

—Almirante, soy Jack.

—Me han dicho que Rabbit está en su nueva madriguera — dijo en seguida el subdirector de Inteligencia.

—Así es, señor, y la buena noticia es que, en su opinión, nuestras comunicaciones son seguras, incluyendo ésta. Parece que los primeros temores obedecen a una interpretación exagerada.

—¿Hay alguna mala noticia? —preguntó con cautela el sub-director de Inteligencia.

—Sí, señor. Yuri Andrópov quiere matar al papa.

—¿Podemos confiar en esa afirmación? —preguntó al instante James Greer.

—Señor, éste es el motivo de su deserción. Le mandaré un informe completo dentro de un par de días, pero ya es oficial: hay una operación oficial del KGB para asesinar al sumo pontífice. Incluso sabemos quién dio la orden para la operación. Seguramente querrá informar al juez de esto y me imagino que la autoridad de mando nacional también estará interesada.

—Entiendo —dijo el vicealmirante Greer desde unos cinco mil kilómetros de distancia—. Esto supondrá un problema.

—Sin duda lo es —espetó Ryan—. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Ese es el problema, muchacho —respondió el subdirector de Inteligencia—. En primer lugar, ¿podemos hacer algo al respecto? Y en segundo lugar, ¿queremos hacerlo?

—Almirante, ¿por qué demonios no querríamos hacer nada? —preguntó Ryan, tratando de no levantar demasiado la voz. Respetaba a Greer como jefe y como persona.

—Tranquilo, hijo. Piénsalo bien: nuestra principal misión en la vida

consiste en proteger a Estados Unidos y a nadie más... bueno, también a nuestros aliados, por supuesto —añadió Greer pensando en las grabadoras que siempre podían estar al acecho—. Pero nuestra primera obligación es hacia nuestra bandera, no hacia un personaje religioso. Trataremos de ayudarlo si se puede, pero si no podemos, no habrá nada que hacer.

—Muy bien —respondió, tratando de contener la ira.

¿Y qué pasa con el bien y el mal?, quiso preguntar Ryan, aunque decidió que sería mejor callarse.

—No nos dedicamos a regalar la información clasificada, y podrás imaginar el cuidado que tendrán con esta fuente —explicó Greer.

—Entiendo, señor.

Por lo menos no sería NAPE: no apto para extranjeros. A fin de cuentas, los ingleses eran extranjeros y lo sabían todo sobre Beatrix y Rabbit, pero a los ingleses tampoco les gustaba en absoluto compartir su información, salvo en algunas ocasiones, con Norteamérica y normalmente pidiendo algo a cambio. Esas eran las reglas del juego. Asimismo, Ryan no estaba autorizado para comentar algunas de las operaciones de las que se había enterado. Como el TALENT KEYHOLE, que era el nombre en clave de un sistema de satélites de reconocimiento. No obstante, la CIA y el Pentágono se habían desvivido por ofrecer esos datos a los ingleses durante la guerra de las Malvinas, junto con toda la información interceptada por la Agencia de Seguridad Nacional en Latinoamérica. La sangre era más espesa que el agua.

—Almirante, ¿cómo se lo tomarán los periódicos si llegan a enterarse de que la CIA tenía datos sobre la amenaza contra el papa y no hizo nada al respecto?

—¿Es eso una...?

—¿Una amenaza? No, señor, desde luego que no. Yo juego limpio, señor, y usted lo sabe. Pero en algún momento alguien filtrará la información por puro cabreo y cuando eso ocurra se armará la de San Quintín.

—De acuerdo —asintió Greer. ¿Se te ocurre algo?

—Para eso están los que cobran más que yo, señor, pero hay que pensar a fondo en alguna acción posible.

—¿Qué más nos ofrece nuestro nuevo amigo?

—Tenemos los nombres en clave de tres infiltrados importantes. Uno es Minister y al parecer está infiltrado en Whitehall, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y hay dos de nuestro lado del océano: Neptune suena a las fuerzas navales y es la fuente de inseguridad en nuestras comunicaciones. Alguien del otro lado del Telón está leyendo el correo de la armada, señor. Y hay uno más en Washington, llamado Cassius. Al parecer es un infiltrado en el Capitolio, con acceso a una buena cantidad de información política y a datos sobre nuestras operaciones.

—¿Nuestras...? ¿Te refieres a la CIA? —preguntó el subdirector de Inteligencia con un tono de preocupación repentina.

No importaban los años de experiencia ni el rodaje acumulado; la sola idea de que la casa matriz pudiera estar comprometida provocaba un gran sobresalto.

—Así es respondió Ryan.

No quiso darle demasiadas vueltas al asunto. En Langley, a nadie le

gustaba mucho la cantidad de información que enviaban a las juntas «selectas» de inteligencia del Congreso y el Senado. Al fin y al cabo, los políticos se ganaban la vida hablando. Santo cielo, lo difícil era lograr que un político mantuviera la boca cerrada.

—Señor, este individuo es una fuente de información fantástica. Podremos sacarlo de aquí dentro de unos tres días y creo que el interrogatorio durará meses. He conocido a su esposa y a su hija. Parecen buenas personas; la niña tiene la edad de Sally. Creo que este tipo es todo un hallazgo, señor, nos ha tocado el gordo.

—¿Y él se siente a gusto?

—Bueno, de momento creo que está un poco aturdido. Estoy pensando seriamente en asignarles un psiquiatra para que los ayude durante la transición. Quizá más de uno. Debemos lograr que esté a gusto, que se instale en su nueva realidad. Quizá no sea fácil, pero seguro que nos irá mejor así.

—Tenemos a un par de tipos que se dedican a eso. Saben lo que hay que decir durante el período de transición. ¿Existe algún riesgo de fuga?

—Por lo que he visto, no me parece probable, señor, pero hay que recordar que acaba de dar un gran salto y que todo esto no es nada habitual para él.

—Entendido. Tienes razón, Jack. ¿Qué más?

—Eso es todo de momento. Sólo llevamos unas cinco horas y media hablando con él y por ahora no hemos tratado más que asuntos preliminares, pero parece que hay terreno para explorar.

—De acuerdo. Arthur está al teléfono con Basil ahora mismo. Voy a acercarme y le daré tu versión. Ah, por cierto, Bob Ritter acaba de llegar de Corea, con desfase horario y mal humor. Le contaremos tu aventura en el campo. Si te echa a los perros, será culpa mía y del juez.

Ryan echó un largo vistazo a la alfombra. No entendía por qué no le caía bien a Ritter, pero estaba claro que no intercambiarían regalos de Navidad.

—Vaya, señor, muchas gracias.

—No te preocupes. Por lo que tengo entendido, parece que te has portado bien.

—Gracias, almirante. He tratado de no tropezar con mis propios pies. Si le parece bien, no diré más que eso.

—Muy bien, muchacho. Redacta tu informe y envíamelo con urgencia por fax.

En Moscú, el fax llegó al despacho de Mike Russell por la línea segura. Curiosamente, era un gráfico: la portada del libro infantil Peter Rabbit, de Beatrix Potter. La dirección de la hoja indicaba a quién había que entregarla y había un mensaje escrito a mano: «La familia de las liebres ya está en su nuevo hogar.» 0 sea que existe un caso de liebres —pensó Russell—, y lo han llevado a cabo con éxito. No podía asegurar nada, pero conocía la jerga del mundillo. Bajó a la oficina de Ed Foley y llamó a la puerta.

—Pasa —dijo Foley.

—Acaban de enviarte esto desde Washington, Ed —dijo Russell pasándole el fax.

—Perfecto, son buenas noticias —comentó el jefe de la delegación.

Dobló el mensaje y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta para mostrárselo a Mary Pat.

—Este fax también contiene otro mensaje, Mike —añadió Foley.

—¿A qué te refieres?

—A que las vías de comunicación son seguras. De no ser así, no nos lo habrían enviado por este conducto.

—Demos gracias al Señor por ello —concluyó Russell.

CAPÍTULO TREINTA

EL ANFITEATRO FLAVIO

—¿Ryan? ¿De verdad? —gruñó Bob Ritter.

—¿Quieres tranquilizarte, Bob? No hay razón para ponerse nervioso —dijo amablemente James Greer, pero también con un reto indirecto en el terreno de juego del poder interior de la CIA, mientras el juez Moore miraba, entretenido—. Jack estuvo en el campo como observador en una operación para la cual no teníamos a ningún oficial de campo disponible. No ha metido la pata, el desertor se encuentra en una casa segura en la región central de Inglaterra y, por lo que he oído, está cantando como un canario.

—Bien, ¿y qué nos está contando?

—Para empezar —respondió el juez Moore—, parece que nuestro amigo Andrópov quiere asesinar al papa.

—¿Qué seguridad tenemos? —preguntó Ritter después de volver la cabeza.

—Es lo que impulsó a Rabbit a huir —respondió el director de la CIA—. Es un desertor por motivos de conciencia.

—Muy bien. ¿Qué está haciendo ahora? —preguntó el subdirector de Operaciones.

—Parece que ese desertor, que por cierto se llama Oleg Ivanovich Zaitzev, era un oficial de vigilancia de alto rango de las Comunicaciones del Centro, la versión soviética de nuestro Mercury.

—Mierda —exclamó Ritter al cabo de un momento—. ¿De veras?

—Algunas veces uno mete una moneda en la ranura, tira de la palanca y le toca un premio —dijo Moore a su subordinado.

—¡Vaya!

—No creía que tuvieras ninguna objeción. La parte buena —prosiguió el director de la CIA— es que los rusos aún no saben que se ha fugado.

—¿Cómo lo hemos hecho?

—Fueron Ed y Mary Pat quienes se dieron cuenta de esa posibilidad —respondió el juez Moore antes de explicar cómo se había llevado a cabo la operación—. Ambos se merecen una palmadita en la espalda, Bob.

—Y todo mientras yo estaba fuera de la ciudad —suspiró Ritter—. ¡Maldita sea!

—¡Vamos! Hay un montón de cartas que preparar —dijo Greer a

continuación—. Incluida una para Jack.

—Ya lo supongo —concedió el subdirector de Operaciones antes de permanecer callado unos instantes, mientras pensaba en las posibilidades de la operación Beatrix—. ¿Algo interesante hasta el momento?

—¿Aparte del complot contra el papa? Dos nombres en clave de agentes infiltrados: Neptune, parece alguien que trabaja en la armada, y Cassius. Este probablemente está en el Capitolio. Habrá más información, espero.

—He hablado con Ryan hace unos minutos. Está entusiasmado con ese individuo; dice que su conocimiento es enciclopédico, que hay oro en esas colinas, citando sus propias palabras.

—Ryan sabe algo sobre el oro —pensó en voz alta Moore.

—Estupendo, le confiaremos nuestras carteras, pero no es un oficial de campo —refunfuñó Ritter.

—Bob, ha tenido éxito. No castigamos a la gente por eso, ¿no es cierto? —preguntó el director de la CIA.

Aquello había ido demasiado lejos. Ya era hora de que Moore actuara como el juez del tribunal de apelaciones que había sido hasta hacía dos años: la voz de Dios.

—Bien, Arthur. ¿Quieres que firme la carta de recomendación? —preguntó Ritter, que veía venir el tren de mercancías y pensaba que no tenía sentido quedarse de pie en su camino.

¿Qué importaba? De todas formas acabaría en el archivo. Las recomendaciones de la CIA casi nunca veían la luz del día. La organización incluso trataba confidencialmente los nombres de los oficiales de campo que habían muerto heroicamente treinta años atrás. Era como la puerta trasera del cielo, al estilo de la CIA.

—Bien, caballeros, ahora que hemos tratado acerca de los temas administrativos, ¿qué os parece lo del complot para matar al papa? —preguntó Greer, tratando de imponer de nuevo el orden en la reunión de los supuestamente sobrios ejecutivos de alto rango.

—¿Qué nivel de fiabilidad tiene la información? —quiso saber Ritter.

Hace unos minutos he hablado con Basil. Piensa que debemos tomárnoslo en serio, pero creo que tenemos que hablar con esa liebre personalmente para calcular el peligro que corre nuestro amigo polaco.

—¿Se lo decimos al presidente?

Moore negó con la cabeza.

—Hoy estará todo el día ocupado con tareas legislativas y al final de la tarde se va a California. El domingo y el lunes tiene que dar unas conferencias en Oregón y en Colorado. Lo veré el martes por la tarde hacia las cuatro.

Moore podía haber solicitado una reunión urgente, interrumpir la agenda del presidente para asuntos realmente vitales, pero hasta que ellos tuvieran la oportunidad de hablar cara a cara con Rabbit, eso estaba descartado. Quizá incluso el presidente querría hablar personalmente con ese individuo. El era así

—¿Qué tipo de delegación tenemos en Roma? —preguntó Greer a Ritter.

—El jefe de delegación es Rick Nolfi. Buen tipo, pero dentro de tres meses se jubila. Roma es su último destino. El lo solicitó. A su esposa, Anne, le gusta Italia. Tenemos tres oficiales allí que trabajan

principalmente en temas de la OTAN, dos de ellos con mucha experiencia y cuatro son novatos —respondió Ritter—. Pero antes de alertarlos debemos pensarlo bien, y un poco de orientación presidencial no nos vendría mal. ¿Pero cómo demonios se lo decimos a la gente sin poner a la fuente en peligro? Amigos —señaló—, si nos hemos tomado tantas molestias para ocultar la deserción, no tiene sentido que divulguemos a los cuatro vientos la información que le saquemos.

—Ese es el problema — se vio forzado a admitir Moore.

—Indudablemente, el papa tiene una escolta para protegerlo — prosiguió Ritter—. Pero ésta no puede gozar del mismo margen de flexibilidad que tiene el servicio secreto, ni tampoco sabemos lo segura que es.

—Es lo de siempre —decía en aquel mismo momento Ryan en Manchester . Si usamos la información con demasiada libertad, ponemos en peligro la fuente y pierde toda su utilidad. Pero si no la usamos por temor de comprometerla, entonces de nada nos sirve disponer de la maldita fuente —agregó después de vaciar su copa de vino y volver a llenarla—. Hay un libro sobre este tema.

—¿Cuál es?

—Secretos de doble filo, escrito por un tal Jasper Holmes. Fue criptógrafo de la armada de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial y trabajó en la Unidad de Comunicaciones Secretas de la flota del Pacífico, con Joe Rochefort y su grupo. Es un libro bastante bueno sobre cómo funciona el mundo de la información secreta, allí donde ésta se encuentra con la realidad cotidiana.

Kingshot tomó nota mentalmente para leerlo. Zaitzev había salido con su esposa y su hija a dar un paseo por el jardín, sobre el mullido césped. La señora Thompson quería llevárselos a todos de compras. También necesitaban tener su tiempo de intimidad, aunque por supuesto sus habitaciones estaban llenas de micrófonos ocultos, incluido un filtro de ruidos blancos en el cuarto de baño, y era crucial para la operación mantener contentas a la esposa y a la niña.

—Bueno, Jack, sea lo que sea que haya planeado la oposición, les llevará tiempo ponerlo en marcha. Sus burocracias son incluso más engorrosas que las nuestras.

—¿También el KGB, Al? —preguntó Ryan—. Creo que ésa es una de las partes de su sistema que realmente funciona y Yuri Andrópov no es conocido precisamente por su paciencia. Maldita sea, era su embajador en Budapest en 1956, no lo olvides. Los rusos actuaron con mucha decisión en aquella situación.

—Aquello supuso una seria amenaza política para su entero sistema — señaló Kingshot.

—¿Y el papa no lo es? —replicó Ryan.

—Ahí me has pillado —reconoció el espía de campo.

—El miércoles. Eso es lo que me ha dicho Dan. Los miércoles suele aparecer en público. De acuerdo, el papa puede salir en ese porche que usa para ofrecer su bendición y un hombre medianamente bueno con un rifle podría alcanzarlo, pero es demasiado visible incluso para un observador casual y un rifle significa «ejército», y «ejército» significa

«gobierno» para cualquiera. Pero esas ocasiones no se programan con mucha antelación, son como mínimo irregulares; sin embargo, cada maldito miércoles por la tarde se pasea con su jeep alrededor de la plaza de San Pedro en medio de la multitud congregada, Al, y eso está al alcance de una pistola.

Ryan se acomodó en su silla y tomó otro sorbo de vino blanco francés.

—No estoy seguro de que yo quisiera disparar una pistola a una distancia tan corta.

—Al, en una ocasión mandaron a un tipo para matar a Leon Trotski con un piolet; la distancia de ataque fue de medio metro —le recordó Ryan a su compañero—. De acuerdo que la situación actual es diferente, pero ¿desde cuándo los rusos han sido reticentes en cuanto a arriesgar a sus tropas? Además, en esta ocasión, no olvides que se trata de ese bastardo búlgaro. Según tu personal, es un experto asesino. Te sorprendería de lo que puede ser capaz un verdadero experto. En una ocasión vi a un sargento de artillería en Quantico capaz de escribir su nombre con una pistola del cuarenta y cinco a quince metros de distancia. Se lo vi hacer una vez —agregó Jack, que nunca había dominado esa gran Colt automática.

—Probablemente te preocupas demasiado.

—Quizá —admitió Ryan—. Pero me sentiría muchísimo mejor si Su Santidad se pusiera un chaleco antibalas debajo de su vestimenta. —Seguro que no querría. La gente como él no se asustaban como los demás. No es que se sintiera invencible, como algunos de los soldados profesionales; sencillamente era que para ellos la muerte no era algo que hubiera que temer. Se suponía que cualquier católico de verdad tenía que sentir de la misma manera, pero Jack no era uno de ésos. Más bien, no.

—En la práctica, ¿qué se puede hacer? ¿Buscar una cara entre la multitud?, ¿y quién sabe cuál es la cara correcta? —preguntó Kingshot—. ¿Quién puede asegurar que Strokov no ha contratado a otra persona para efectuar el disparo? Yo podría dispararle a alguien, pero no en medio de una muchedumbre.

—Puedes utilizar una arma con silenciador. Reduces el ruido y eliminas gran parte del peligro de que te identifiquen. No olvides que todas las miradas se dirigirán al objetivo, sin prestar atención a los lados en medio del gentío.

—Cierto —admitió Al.

—¿Sabes?, es muy fácil encontrar motivos para no hacer nada. ¿No dijo el doctor Johnson que el no hacer nada está al alcance de todo el mundo? —preguntó Ryan con tristeza—. Eso es lo que estamos haciendo, Al, buscando razones para no mover un dedo. ¿Podemos dejar que ese individuo muera? ¿Podemos permanecer sencillamente aquí sentados, con nuestra copa de vino, y dejar que los rusos maten a ese hombre?

—No, Jack, pero tampoco podemos salir a contraatacar irre-flexivamente. Las operaciones de campo tienen que planearse. Necesitas a profesionales que piensen en todas las cosas. Es mucho lo que pueden hacer, pero antes deben recibir las órdenes apropiadas.

Pero eso se estaba decidiendo en otro lugar.

—Señora primera ministra, tenemos razones para creer que el KGB

tiene una operación en marcha para asesinar al papa de Roma —informó Charleston, que se había presentado casi sin previo aviso, interrumpiendo sus gestiones políticas de la tarde.

—¿De veras? —preguntó escuetamente la primera ministra—. ¿Cuál es la fuente de esa información?

Estaba acostumbrada a oír las cosas más raras procedentes de su jefe de Inteligencia y había cultivado el hábito de no responder a las mismas con demasiada violencia.

—Como recordará, hace unos días le hablé de la operación Beatrix. Pues bien, nosotros, junto con los norteamericanos, la hemos llevado a cabo con éxito. Incluso pudimos hacerlo de manera que los soviéticos crean que ha muerto. El desertor está ahora mismo en una casa segura a las afueras de Manchester —explicó Charleston a su jefa de gobierno.

—¿Se lo hemos comunicado a los norteamericanos?

—Sí, primera ministra —asintió Basil—. Después de todo, es su zorro. La semana próxima lo dejaremos ir a Norteamérica, pero he discutido el caso brevemente hoy temprano con el juez Arthur Moore, el director de la CIA. Espero que informe al presidente a principios de la próxima semana.

—¿Qué acción cree que van a tomar ellos?

—Es difícil de decir, señora. Realmente es una proposición arriesgada. El desertor, cuyo nombre es Oleg, es un bien muy importante y tenemos que trabajar duro para proteger su identidad y a la vez reconocer el hecho de que ahora está a nuestro lado del Telón. En cuanto a cómo podemos advertir al Vaticano del peligro potencial, es un asunto complejo, como mínimo.

—¿Es ésta una operación real que los soviéticos están llevando a cabo? —preguntó de nuevo la primera ministra.

Era bastante difícil de digerir, incluso tratándose de los rusos, a quienes ella creía capaces de cualquier cosa.

—Sí, eso parece —confirmó sir Basil—. Pero no sabemos la prioridad y, por supuesto, tampoco sabemos para cuándo está programada.

—Comprendo —dijo la primera ministra y se quedó callada unos instantes—. Nuestras relaciones con el Vaticano son cordiales, pero no muy estrechas.

Esa realidad se remontaba a la época de Enrique VIII, aunque la Iglesia católica romana había aceptado gradualmente que lo pasado, pasado está.

—Lamentablemente, así es —reconoció Charleston.

—Comprendo —repitió la primera ministra antes de reflexionar unos instantes, e inclinarse hacia adelante para proseguir con fuerza y dignidad—: Sir Basil, no es la política del gobierno de su majestad permanecer impasible mientras un jefe de Estado amigo es asesinado por nuestros adversarios. Debe encontrar los medios necesarios para impedir esa eventualidad.

Algunas personas no tenían pelos en la lengua —pensó sir Basil—. Otras disparaban desde el corazón. Debido a su dureza exterior, la jefa de gobierno del Reino Unido era una de las últimas.

—Sí, primera ministra.

El problema era que ella no le dijo cómo se suponía que debía hacerlo. Bueno, lo coordinaría con Arthur en Langley. Pero por el momento tenía una misión que, como mucho, sería difícil. ¿Qué se suponía que tenía que hacer exactamente, desplegar un escuadrón del servicio aéreo especial en

la plaza de San Pedro?

Pero a esa primera ministra no se la contradecía, por lo menos no en la sala de juntas del número diez de Downing Street.

—¿Algo más que nos haya contado ese desertor?

—Sí, señora. Ha identificado con el nombre en clave a un agente soviético infiltrado, probablemente en Whitehall. Su nombre en clave es Minister. Cuando obtengamos más información del hombre en cuestión, daremos instrucciones al servicio secreto para su captura.

—¿Qué les ofrece?

—Información política y diplomática, señora. Según Oleg, es material de alto nivel, pero aún no nos ha facilitado suficiente información para identificarlo.

—Interesante.

No era nada nuevo. Éste podía ser uno del grupo de Cambridge que había sido tan valioso para la URSS desde los años de guerra hasta los años sesenta, o quizá una persona reclutada por ellos. Charleston había jugado un papel decisivo desterrándolos del servicio secreto de Inteligencia, pero Whitehall no era su territorio.

—Manténgame informada sobre eso.

Una orden ocasional procedente de ella tenía la fuerza de un bloque de granito entregado en mano desde el monte Sinaí.

—Desde luego, primera ministra.

—¿Sería de alguna ayuda si hablara con el presidente norteamericano sobre este asunto del papa?

—Creo que es preferible dejar que antes le informe la CIA. No me parece aconsejable crear un cortocircuito. Después de todo, ese desertor es principalmente una operación norteamericana y le corresponde a Arthur hablarle en primer lugar.

—Supongo que sí. Pero cuando hable con él, quiero dejarle claro que nos lo tomamos con la mayor seriedad y que esperamos que actúe con suma diligencia.

—Primera ministra, dudo de que se lo tome a la ligera, por así decirlo.

—Estoy de acuerdo. Es un tipo excelente.

La historia completa de la ayuda norteamericana encubierta en la guerra de las islas Malvinas no vería la luz en muchos años. Después de todo, Norteamérica tenía que mejorar sus relaciones con Sudamérica. Pero la primera ministra no era de las que olvidan esa ayuda, encubierta o no.

—¿Se ejecutó bien esta operación Beatrix? —preguntó a Charleston.

—Impecablemente, señora —aseguró Charleston—. Nuestra gente lo hizo todo al pie de la letra.

—Confío en que cuidará a esos que la llevaron a cabo.

—Por supuesto, señora —aseguró Charleston.

—Bien. Gracias por venir, sir Basil.

—Siempre es un placer, primera ministra.

Charleston se levantó, pensando que ese tal Ryan la habría considerado grosera, como en efecto lo era. Pero en el trayecto de regreso a Century House empezó a preocuparse por el nuevo proyecto que ahora tenía que llevar a cabo. ¿Qué podía hacer exactamente? Era precisamente para resolver ese tipo de problemas por lo que le pagaban tan generosamente.

—Hola, cariño —dijo Ryan.

—¿Dónde estás? —preguntó Cathy en seguida.

—No puedo decírtelo exactamente, pero estoy de nuevo en Inglaterra. Lo que tuve que hacer en el continente, bueno, se ha convertido en algo de lo que debo ocuparme aquí.

—¿Puedes venir a casa a vernos?

—Me temo que no.

El problema era que, aunque su casa de Chatham realmente estaba a una distancia apropiada para ir en coche, él aún no confiaba en sí mismo lo suficiente para conducir tan lejos sin estrellarse en una cuneta.

—¿Estáis todos bien?

—Estamos bien, salvo por tu ausencia —respondió Cathy con voz algo enojada o decepcionada.

De una cosa estaba completamente segura: dondequiera que hubiera estado Jack, con toda seguridad no había sido en Alemania. Pero no podía decirlo por teléfono; eso lo comprendía.

—Lo siento, cariño. Sólo puedo decirte que lo que estoy haciendo es muy importante.

—Estoy segura —admitió ella.

Sabía que Jack prefería estar en casa con su familia. No era de los que se iban de la ciudad por puro placer.

—¿Cómo va el trabajo?

—He pasado el día recetando gafas. Pero mañana por la mañana tengo algunas intervenciones quirúrgicas. Espera un momento, aquí está Sally.

—Hola, Sally, ¿cómo estás?

—Bien —respondió, como dicen siempre los niños.

—¿Qué has hecho hoy?

—La señorita Margaret y yo hemos estado pintando.

—¿Algo bonito?

—¡Sí, vacas y caballos! —exclamó con mucho entusiasmo. A Sally le gustaban especialmente los pelícanos y las vacas.

—Bueno, necesito hablar con mamá.

—De acuerdo.

Sally regresó a la sala de estar para seguir viendo el vídeo del Mago de Oz, después de lo que para ella había sido una conversación grave y profunda.

—¿Y cómo está nuestro pequeño? —preguntó Jack a su esposa.

—Mordiéndose las manos casi siempre. Ahora mismo está en el parque viendo la televisión.

—Es más fácil que Sally a su edad —observó Jack con una sonrisa.

—No le dan muchos cólicos, gracias a Dios —reconoció la doctora Ryan.

—Te echo de menos —dijo Jack con tristeza.

Era cierto. La echaba de menos.

—Yo también te echo de menos.

—Tengo que volver al trabajo —dijo a continuación.

—¿Cuándo estarás en casa?

—Dentro de un par de días, creo.

—De acuerdo —respondió, resignada ante lo inevitable—. Llámame.

—Lo haré, cariño.

—Adiós.

—Hasta pronto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Adiós.

—Adiós, Jack.

Ryan colgó el teléfono y se dijo a sí mismo que no estaba hecho para esa clase de vida. Igual que su padre, quería dormir en la misma cama que su esposa. ¿Había dormido su padre alguna vez lejos de casa?, se preguntó Jack. No recordaba que eso hubiera sucedido jamás. Pero Jack había elegido un tipo de trabajo en el que eso no siempre era posible. Se suponía que tenía que serlo. Era un analista que trabajaba frente a un escritorio y que dormía en casa, pero por alguna razón no era así como funcionaba, maldita sea.

Para cenar había ternera Wellington y pudín de Yorkshire. La señora Thompson podría perfectamente haber sido jefa de cocina en un buen restaurante. Jack desconocía la procedencia de la ternera, pero parecía más suculenta que la especie habitual británica alimentada en los prados. 0 la compraba en un sitio especial, aquí aún existían carnicerías especializadas, o realmente sabía cómo ablandarla, y el pudín de Yorkshire era celestial. Acompañada de vino francés, la cena era sencillamente brillante, como se decía corrientemente en el Reino Unido.

Los rusos atacaron la comida con tanto entusiasmo como Gueorgui Zhukov había atacado Berlín.

—0leg Ivanovich, debo reconocer que en Norteamérica la comida no siempre es de tan buena calidad —admitió Ryan en un arranque de honestidad, coincidiendo premeditadamente con la aparición de la señora Thompson por la puerta del comedor—. Señora, si alguna vez necesita una recomendación como jefa de cocina, dígamelo, ¿de acuerdo? —agregó.

—Gracias, sir John —sonrió cordialmente Emma.

—En serio, señora, esto es maravilloso.

—Es usted muy amable.

Jack se preguntó si le gustarían su bistec a la parrilla y la ensalada de espinacas de Cathy. La clave estaba en conseguir ternera bien alimentada con maíz de Iowa, lo cual allí no era fácil, aunque podía intentarlo en el economato de las fuerzas aéreas en Greenham Commons...

La cena duró casi una hora y las bebidas de la sobremesa fueron excelentes. Incluso sirvieron vodka Starka, en un gesto adicional de hospitalidad hacia los invitados rusos. Jack se percató de que Oleg se tomaba la copa de un trago.

—Ni en el Politburó comen tan bien —observó Rabbit, cuando se terminó la cena.

—Bueno, criamos buena ternera en Escocia. Esto era Angus de Aberdeen —explicó Nick Thompson mientras recogía los platos.

—¿Alimentada con maíz? —preguntó Ryan.

Allí no abundaba el maíz.

—No lo sé. Los japoneses dan cerveza a su ternera de Kobe observó el ex policía—. Puede que hagan lo mismo en Escocia.

—Eso explicaría la calidad —respondió Jack riendo entre dientes—. Oleg Ivanovich, tiene que probar la cerveza británica. Es la mejor del mundo.

—¿No es la norteamericana? —preguntó el ruso.

—No —respondió Ryan negando con la cabeza—. Ésa es una de las

cosas que hacen mejor que nosotros.

—¿De veras?

—Sin lugar a dudas —confirmó Kingshot—. Pero la irlandesa también es muy buena. Me encanta la Guinness, aunque es mejor la de Dublín que la de Londres.

—¿Por qué desperdiciar el buen género con vosotros? —preguntó Jack.

—Cuando uno es irlandés, maldita sea, nunca deja de serlo—observó Kingshot.

—¿Entonces, Oleg —preguntó Ryan, encendiendo un cigarrillo de sobremesa—, hay alguna otra cosa que podríamos hacer para que se sienta cómodo?

—No tengo quejas, pero supongo que la CIA no me albergará en una casa tan maravillosa como ésta...

—Oleg, yo soy millonario y no vivo en una casa tan bonita—confirmó Ryan con una carcajada—. Pero su hogar en Norteamérica será más confortable que su apartamento en Moscú.

—¿Me darán un coche?

—Claro que sí.

—¿Tendré que esperar mucho? —preguntó Zaitzev.

—¿Esperar para qué? ¿Para comprar un coche?

Zaitzev asintió.

—Oleg, puede seleccionar cualquiera de los cientos de con-cesionarios de automóviles, elegir el coche que le guste, pagarlo y llevárselo a casa. Nosotros solemos dejar que nuestras esposas elijan el color —agregó Jack.

—¿Así de fácil? —preguntó con incredulidad Rabbit.

—Sí, yo tenía un Volkswagen Rabbit, pero ahora me gustan los Jaguar. Quizá compre uno cuando vuelva a casa. Buen motor. A Cathy le gusta, pero ella tal vez vuelva al Porsche. Es lo que siempre ha tenido desde que era una adolescente. Desde luego, no es práctico con dos hijos —añadió Ryan, esperanzado.

A él no le gustaba particularmente el dos plazas alemán. Le parecía que el Mercedes tenía un diseño más seguro.

—¿Y comprar una casa también es fácil?

—Depende. Si compra una casa nueva, sí, es bastante fácil. Ahora bien, para comprar una casa que ya tiene un propietario, primero deberá negociar con él y hacerle una oferta, pero la agencia probablemente le ayudará con eso.

—¿Dónde viviremos?

—Donde les apetezca —respondió Ryan, pero pensó: Después de que te limpiemos el cerebro—. Hay un dicho en Norteamérica: «Es un país libre.» También es un país grande. Podrán encontrar un lugar que les guste y trasladarse allí. Muchos desertores viven en la zona de Washington. No sé por qué. A mí no me gusta mucho; los veranos pueden ser deprimentes.

—Muy calurosos —confirmó Kingshot—. Y la humedad es horrible.

—Si eso te parece excesivo, deberías probar Florida —sugirió Jack—. A mucha gente le encanta.

—¿Y para viajar de un lugar a otro se necesitan papeles? —preguntó Zaitzev.

Para ser un miembro del KGB, este tipo no sabía una mierda, pensó Jack.

—No se necesitan papeles —aseguró Ryan—. Le conseguiremos una tarjeta de crédito de American Express para facilitárselo.

Entonces tuvo que explicarle a Rabbit lo que eran las tarjetas de crédito. Le llevó diez minutos, ya que para los ciudadanos soviéticos era un concepto extraño. Al final resultaba evidente que a Zaitzev le daba vueltas la cabeza.

—Hay que pagar la factura a fin de mes —advirtió Kingshot—. Algunos lo olvidan y pueden meterse en graves problemas financieros debido a ello.

Charleston estaba en su casa en Belgravia, sorbiendo un coñac Louis XIII y charlando con un amigo. Sir George Hendley era un colega desde hacía treinta años. De profesión abogado, había trabajado estrechamente con el gobierno británico la mayor parte de su vida, a menudo consultando silenciosamente con el servicio de seguridad y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Tenía autorización de acceso a «altos secretos», así como ala información compartimentada. Durante años había sido confidente de varios primeros ministros y se lo consideraba tan digno de confianza como la propia reina. Para él era lo propio de un ex alumno de la escuela de Winchester.

—El papa, ¿eh?

—Sí, George —confirmó Charleston—. La primera ministra quiere que lo protejamos. El problema es que, por el momento, no sé cómo. No podemos contactar directamente con el Vaticano para ello.

—Claro, Basil. Uno puede confiar en su lealtad, pero no en su política. Dime, ¿crees que es bueno su servicio de Inteligencia?

—Debo reconocer que en varias áreas es la flor y nata. Después de todo, ¿qué mejor confidente que un cura y qué mejor manera de transferir información que dentro de un confesonario? Aparte de todas las demás técnicas que uno puede usar... Su inteligencia política probablemente es tan buena como la nuestra, quizá incluso mejor. Por ejemplo, puedo imaginar que saben todo lo que ocurre en Polonia, y Europa oriental probablemente tampoco tenga muchos secretos para ellos. Después de todo, uno no puede subestimar su habilidad para apelar a la más alta lealtad humana. Durante décadas hemos escuchado sus comunicaciones.

—¿De veras? —preguntó Hendley.

—Por supuesto. Durante la segunda guerra mundial nos fueron de mucha utilidad. Por aquel entonces había un cardenal alemán en el Vaticano, un individuo llamado Mansdorf, ¿suena raro, no? Parece un apellido judío. De nombre, Dieter, arzobispo de Mannheim, que luego ascendió al servicio diplomático del Vaticano. Viajaba mucho. Nos mantuvo informados de los secretos internos del partido nazi desde 1938 hasta el final de la guerra. No le preocupaba mucho Hitler, ¿sabes?

—¿Y sus comunicaciones?

—En realidad, Mansdorf nos permitió copiar su propio libro de claves. Después de la guerra lo cambiaron, evidentemente, por lo que a partir de entonces obtuvimos poco más de su correo privado, pero nunca cambiaron el sistema de codificación y nuestra gente en la Jefatura Central de Comunicaciones Gubernamentales ocasionalmente tiene éxito en sus escuchas. Buen hombre, el cardenal Dieter Mansdorf. Desde luego,

nunca reconocieron su servicio. Creo que murió en el cincuenta y nueve.

—¿Y cómo sabemos que los romanos aún no saben nada acerca de esta operación?

No era una mala pregunta, pensó Charleston, que ya se la había planteado.

—La llevan a cabo con mucho sigilo, por lo que nos ha contado nuestro desertor. Entregan los mensajes en mano, sin pasar por máquinas codificadoras ni nada por el estilo. Y sólo hay un puñado de personas involucradas. El único nombre importante que conocemos es el del oficial de campo búlgaro Boris Strokov, coronel del DS. Sospechamos que es el tipo que mató a Georgi Markov, un poco más arriba en la calle de mi oficina.

Que Charleston consideraba un caso de lesa majestad, quizá incluso ejecutado como reto directo al servicio secreto de Inteligencia. La CIA y el KGB tenían un pacto informal: ninguno de los servicios mataba en la capital del otro. El servicio secreto de Inteligencia no tenía ningún acuerdo de este tipo con ninguno de ellos, y seguramente este hecho le costó la vida a Georgi Markov.

—Entonces, ¿crees que puede tratarse del asesino en perspectiva?

—Es todo lo que tenemos, George —dijo Charleston agitando las manos.

—No es mucho —observó Hendley.

—Muy poco, pero es mejor que nada. Tenemos muchas fotografías de ese tal Strokov. Scotland Yard estaba a punto de detenerlo cuando abandonó el país desde Heathrow para dirigirse en primer lugar a París, y luego desde allí hasta Sofía.

—Quizá tenía prisa por salir —sugirió Hendley.

—Es un profesional, George. ¿Cuántos riesgos corre esta gente? Retrospectivamente, lo sorprendente es que Scotland Yard no le siguiera la pista.

—Entonces, crees que puede que esté en Italia.

Más que una pregunta, era una afirmación.

—Existe esa posibilidad, pero ¿a quién podemos contárselo? —preguntó Charleston—. Los italianos tienen jurisdicción criminal hasta cierto punto. El Tratado de Letran les otorga jurisdicción discrecional, sujeta al veto del Vaticano —explicó después de haber investigado la situación legal—. El Vaticano tiene su propio servicio de seguridad, la guardia suiza, pero aunque son buenos, no se puede confiar en ellos, con las restricciones que les imponen desde arriba. Y los italianos no pueden inundar la zona con sus propias fuerzas de seguridad por razones obvias.

—Por consiguiente, la primera ministra te ha encargado una tarea imposible.

—Sí, una vez más, George —tuvo que reconocer sir Basil. —Entonces, ¿qué puedes hacer?

—Lo único que se me ocurre es poner algunos oficiales en medio de la multitud para que busquen a ese tal Strokov.

— ¿Y si lo encuentran?

—¿Pedirle cortésmente que abandone la zona? —se preguntó en voz alta Basil. Probablemente funcionaría. Es un profesional y, al ser descubierto, supongo que tomaríamos fotografías de él ostentosamente, le daría que pensar, quizá lo suficiente como para abandonar la misión.

—Pobre —dijo Hendley.

—Sí, lo es —tuvo que reconocer Charleston.

Pero al menos tendría algo para contar a la primera ministra.

—¿A quién enviarías?

—Tenemos un buen jefe de delegación en Roma, Tom Sharp. Tiene cuatro oficiales en su operación y podríamos enviar algunos más desde Century House, supongo.

—Parece razonable, Basil. ¿Por qué me has hecho venir?

—Esperaba que tuvieras alguna idea que a mí no se me hubiera ocurrido, George.

Un último sorbo de coñac. Por mucho que le apeteciera tomarse otra copa antes de acostarse, decidió no hacerlo.

—Quien hace todo lo que puede no está obligado a más —afirmó compasivamente Hendley.

—Es un hombre demasiado bueno para que se lo carguen de esa manera, a manos de los malditos rusos. ¿Y por qué? Por defender a su propio pueblo. Se supone que esa clase de lealtad merece una recompensa, no ser asesinado públicamente.

—La primera ministra lo ve del mismo modo.

—Se siente cómoda adoptando una posición firme. Por lo que la primera ministra era famosa en todo el mundo.

—¿Y los norteamericanos? —preguntó Hendley.

Charleston se encogió de hombros.

—Aún no han tenido oportunidad de hablar con el desertor. Confían en nosotros, George, pero no hasta ese punto.

—Bien, haz lo que puedas. De todas formas, esta operación del KGB quizá no se ejecute en un futuro inmediato. ¿Hasta dónde llega, en realidad, la eficacia de los soviéticos?

—Ya veremos —fue todo cuanto pudo decir Charleston.

Allí se estaba más tranquilo que en su propia casa, a pesar de la autopista cercana, pensó Ryan, levantándose de la cama a las seis cincuenta. El lavabo seguía siendo al excéntrico estilo británico, con dos grifos, uno para el agua caliente y otro para la fría, asegurándose de que tu mano izquierda hervía mientras tu derecha se congelaba al lavártelas. Como de costumbre, era agradable afeitarse, peinarse y prepararse para el día, aunque tuviera que iniciarlo con una tanda de Taster's Choice.

Kingshot ya estaba en la cocina cuando Jack llegó. Era normal que la gente durmiera hasta tarde el domingo, pero frecuentemente no el sábado.

—Mensaje de Londres —dijo Al a modo de saludo.

—¿De qué se trata?

—Una pregunta. ¿Qué te parecería un viaje en avión a Roma para esta tarde?

—¿Qué ocurre?

—Sir Basil envía a alguna gente al Vaticano para comprobar la situación. Desea saber si tú quieres ir. Después de todo, es una operación de la CIA.

—Dile que sí —respondió Jack sin pensarlo un momento—. ¿Cuándo?

Entonces se percató de que una vez más actuaba impetuosamente.

Maldita sea.

—El vuelo del mediodía desde Heathrow. Deberías tener tiempo de ir a casa y cambiarte de ropa.

—¿Dispongo de coche?

—Nick te llevará —respondió Kingshot.

—¿Qué le dirás a Oleg?

—La verdad. Eso debería hacer que se sintiera más importante —pensó en voz alta Al.

Eso siempre era algo bueno para los desertores.

Al cabo de una hora, Ryan y Thompson se habían ido, con el equipaje de Jack en el maletero.

—Ese tal Zaitzev parece un desertor importante —dijo Nick en la autopista.

—Puedes apostar el trasero, Nick. Tiene todo tipo de información peligrosa entre sus orejas. Vamos a tratarlo como si fuera un capacho lleno de ladrillos de oro.

—Buen detalle por parte de la CIA dejarnos hablar con él. —Habría sido una grosería negarse. Vosotros lo sacasteis para nosotros y la cobertura de la deserción fue muy ingeniosa. Jack no podía decir mucho más. Por mucha confianza que le inspirara Nick Thompson, Jack no podía saber hasta qué nivel estaba autorizado.

La buena noticia fue que Thompson sabía lo que no debía preguntar.

—Así que tu padre fue agente de policía...

—Sí, detective. Principalmente en homicidios. Ejerció durante más de veinte años. Se detuvo al llegar a teniente. Decía que los capitanes no hacían nada más que trabajo administrativo y eso no le gustaba. Le gustaba trincar a los malos y mandarlos a la trena.

—¿A la qué?

—La cárcel. La prisión estatal de Maryland, en Baltimore, es una estructura de aspecto funesto, construida por Jones Falls. Es parecida a una fortaleza medieval, pero más intimidante. Los reclusos la llaman el «castillo de Frankenstein».

—Yo no tengo nada que objetar, sir John. Nunca he tenido demasiada simpatía por los asesinos.

—Mi padre no hablaba mucho de ellos. No se traía el trabajo a casa. A mi madre no le gustaba oír nada acerca de ello. Salvo en una ocasión, cuando un padre mató a su hijo por un pastel de cangrejo —explicó Jack—. Mi padre decía que parecía una causa de mierda por la que morir. El padre, el asesino, se desmoronó por completo. Pero eso no le sirvió de nada a su hijo.

—Es asombroso que muchos asesinos reaccionen de esa manera. Reúnen la furia necesaria para quitar una vida y luego les consume el remordimiento.

—«Prematuramente viejos, tardíamente listos» —citó Jack del viejo Oeste.

—Ya lo creo. Puede ser todo tan triste.

—¿Y qué hay de ese tal Strokov?

—Harina de otro costal —respondió Thompson—. No se ven muchos como él. Para ellos, acabar con una vida es parte de su trabajo. No tienen

motivo alguno en el sentido usual y dejan muy pocas pruebas físicas. Pueden ser muy difíciles de encontrar, pero generalmente lo conseguimos. Tenemos el tiempo a nuestro favor y tarde o temprano alguien habla y llega a nuestros oídos. La mayoría de los delincuentes acaban en la cárcel por hablar demasiado —explicó Nick—. Sin embargo, las personas como ese tal Strokov no hablan, salvo cuando regresan a su país y escriben su informe oficial. Pero nunca vemos esos informes. Poder seguirle la pista fue puramente cuestión de suerte. El señor Markov se acordó de que le habían atizado con el paraguas y del color del traje que llevaba el hombre. Uno de nuestros agentes de policía lo vio vistiendo el mismo traje y pensó que había algo raro en él; en vez de volar en seguida hacia casa, esperó para asegurarse de que Markov había muerto. Habían metido la pata en dos intentos anteriores y por eso lo llamaron a él debido a su pericia. Strokov es un buen profesional. Quería estar completamente seguro y esperó a leer la noticia de la muerte en los periódicos. En ese momento hablamos con el personal de su hotel y comenzamos a reunir información. El servicio de seguridad se vio implicado y, aunque fueron de ayuda en algunas cosas, en otras no, y el gobierno también se vio involucrado. Al gobierno le preocupaba provocar un incidente internacional y eso nos retrasó; calculo que perdimos un par de días. El primero de esos dos días, Strokov cogió un taxi para Heathrow y se fue a París. Yo estaba en el equipo de vigilancia. Estuve a cinco metros de él. Teníamos a dos detectives con cámaras que tomaron muchas instantáneas. La última era de Strokov caminando por la pista hacia el Boeing. Al día siguiente, el gobierno nos dio permiso para detenerlo e interrogarlo.

—Un día de retraso y un dólar menos en el bolsillo, ¿no es cierto?

Thompson asintió.

—Sí. Me habría gustado sentarlo en el banquillo en Old Bailey, pero ese pez se nos escapó. Los franceses lo siguieron de cerca en el aeropuerto international De Gaulle, pero nunca salió de la terminal ni habló con nadie. El hijo de puta no tenía ningún remordimiento. Supongo que para él era como cortar leña para el fuego —dijo el ex detective.

—Sí. En las películas liquidas a alguien y tomas un martini, agitado, no removido. Pero es diferente cuando matas a un buen tipo.

—Todo cuanto había hecho Markov era transmitir por el servicio internacional de la BBC —dijo Nick, agarrando el volante con más fuerza—. Imagino que la gente de Sofía estaría algo molesta con lo que decía.

—La gente del otro lado del Telón no es muy partidaria de la libertad de expresión —le recordó Ryan a su compañero.

—Malditos bárbaros. ¿Y ahora ese tipo está planeando matar al papa? Yo no soy católico, pero él es un hombre de Dios y parece un buen tipo. Incluso los criminales más despiadados dudan antes de jugar con un hombre del clero.

—Sí, lo sé. No es aconsejable enemistarse con Dios. Pero ellos no creen en Dios, Nick.

—Tienen suerte de que yo no sea Dios.

—Sí, sería agradable tener el poder para corregir todo el mal del mundo. El problema es que eso es lo que los jefes de Strokov piensan que están haciendo.

—Por esa razón tenemos leyes, Jack. Sí, ya sé, ellos hacen las suyas propias.

—Ése es el problema —respondió Jack mientras entraban en Chatham.

—Ésta es una zona agradable —dijo Thompson, girando hacia la colina de City Way.

—No es un mal vecindario. A Cathy le gusta. Yo habría preferido estar más cerca de Londres, pero, bueno, ella se salió con la suya.

—Las mujeres normalmente lo hacen.

Thompson se rió entre dientes, cuando giraba a la derecha por Fristow Way y luego hacia la izquierda en Grizedale Close. Y allí estaba la casa. Ryan salió del coche y cogió sus maletas.

—¡Papi! —gritó Sally al verlo entrar por la puerta.

Ryan soltó las maletas y la levantó en brazos. Las niñas —hacía tiempo que lo sabía— daban los mejores abrazos, aunque sus besos tenían tendencia a ser algo babosos.

—¿Cómo está mi pequeña Sally?

—Bien —respondió la pequeña en un tono parecido curiosamente al de un gato.

—Ah, hola, doctor Ryan —dijo la señorita Margaret—. No lo esperaba.

—Sólo es una visita rápida. Tengo que cambiar la ropa sucia por limpia y marcharme en seguida.

—¿Vuelves a marcharte? —preguntó Sally con una voz que denotaba una desilusión aplastante.

—Lo siento, Sally. Papi tiene trabajo.

Sally se escabulló de sus manos y se fue a ver la televisión, poniendo firmemente a su padre en su lugar.

Jack captó la indirecta y subió a su habitación. Tres... no, cuatro camisas limpias... cinco juegos de ropa interior... cuatro nuevas corbatas y... sí, también algo informal. Dos nuevas chaquetas, dos pares de pantalones. Su aguja de corbata de la marina. Eso era todo. Dejó el montón de ropa sucia sobre la cama y, una vez hecha la maleta, se dirigió hacia abajo. ¡Uy! Dejó el equipaje y subió a buscar su pasaporte. Ya no tenía sentido usar el británico falso.

—Adiós, Sally.

—Adiós, papi.

Luego lo pensó mejor, se incorporó de un brinco y fue a darle otro abrazo. No crecería para romper corazones, sino para arrancarlos y cocinarlos con carbón. Pero eso estaba aún muy lejos y por ahora su padre tenía la oportunidad de disfrutar de ella. El pequeño Jack estaba dormido de espaldas en el parque y su padre decidió no molestarlo.

—Hasta luego, amigo —dijo Ryan cuando se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó la señorita Margaret.

—Salgo del país. Por negocios —explicó Jack—. Llamaré a Cathy desde el aeropuerto.

—Buen viaje, doctor Ryan.

—Gracias, Margaret —respondió cuando salía.

—¿Cómo vamos de tiempo? —preguntó Ryan de regreso en el coche.

—Ningún problema —pensó Thompson en voz alta.

Si llegaban tarde, ese avión también tendría un pequeño problema mecánico.

—Bien.

Jack ajustó su asiento para echarse un poco hacia atrás y dar una cabezada.

Se despertó justo delante de la terminal número tres de Heathrow. Thompson se acercó con el coche hasta un hombre vestido de paisano. Parecía algún tipo de funcionario.

Lo era. Tan pronto como Ryan se apeó del coche, el hombre se le acercó con un sobre que contenía los billetes.

—Señor, su vuelo sale dentro de cuarenta minutos, puerta doce —dijo aquel hombre—. En Roma se encontrará con Tom Sharp.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Jack.

—El lo reconocerá, señor.

—Está bien.

Ryan se guardó los billetes antes de dirigirse a la parte trasera del coche para coger sus maletas.

—Yo me ocuparé del equipaje, señor.

Esa forma de viajar tenía sus ventajas, pensó Jack. Agitó la mano para despedirse de Thompson y se dirigió hacia la terminal, en busca de la puerta doce. Eso resultó bastante fácil. Ryan se sentó cerca de la puerta y comprobó su billete 1-A de nuevo, un billete de primera clase. El servicio secreto de Inteligencia debía de tener un buen acuerdo con British Airways. Ahora todo cuanto tenía que hacer era sobrevivir al vuelo.

Veinte minutos más tarde embarcó, se sentó, se abrochó el cinturón de seguridad y adelantó una hora su reloj de pulsera. Soportó la inútil monserga sobre seguridad y las instrucciones para abrocharse el cinturón, que en su caso ya estaba abrochado y ajustado.

El vuelo duró dos horas, y dejó a Jack en el aeropuerto Leonardo da Vinci a las tres y nueve, hora local. Jack salió del avión y buscó el canal azul donde, después de una espera de cinco segundos, le sellaron su pasaporte diplomático; otro diplomático se le había adelantado y el estúpido había olvidado en qué bolsillo llevaba el pasaporte.

Después de eso recuperó sus maletas de la cinta transportadora y se dirigió hacia afuera. Había un hombre de barba canosa que parecía observarlo.

—¿Es usted Jack Ryan?

—Usted debe de ser Tom Sharp.

—Correcto. Permítame que lo ayude con las maletas.

Ryan no sabía por qué la gente hacía eso, aunque después de reflexionar se dio cuenta de que él mismo lo había hecho a menudo, y los británicos eran los campeones mundiales de los buenos modales.

—¿Y usted es? —preguntó Ryan.

—El jefe de delegación de Roma —respondió Sharp—. Charleston me llamó para anunciarme su llegada, sir John, y pensé que debería encontrarme con usted personalmente.

—Buen detalle por parte de Basil —pensó Jack en voz alta.

El coche de Sharp era, en esta ocasión, un sedán Bentley, color bronce, con el volante a la izquierda por deferencia al hecho de encontrarse en un país bárbaro.

—Bonito coche, amigo.

—Mi tapadera es subjefe de la legación —explicó Sharp—. Podía haber tenido un Ferrari, pero parece un poco demasiado ostentoso. Hago poco trabajo de campo, sólo cosas administrativas. En realidad soy el subjefe de la legación de la embajada. Demasiado trabajo diplomático, eso puede volverte loco.

—¿Cómo es Italia?

—Es un lugar precioso con gente encantadora, aunque no muy bien organizada. Dicen que los británicos lo desordenan todo, pero nosotros somos prusianos comparados con esta gente.

—¿Y sus policías?

—Muy buenos, realmente. Hay varias fuerzas policiales diferentes. Los mejores de todos son los carabinieri, la policía paramilitar del gobierno central. Algunos de ellos son excelentes. En Sicilia están tratando de encontrarle el truco a la mafia, maldito trabajo ese, pero ¿sabe?, creo que con el tiempo tendrán éxito.

—¿Le han informado de por qué me han enviado aquí?

—Algunas personas creen que Yuri Vladimirovich quiere matar al papa. Eso es lo que decía mi télex.

—Sí, eso dice un desertor al que acabamos de ayudar a salir, y creemos que no nos miente.

—¿Algunos detalles?

—Me temo que no. Creo que me han mandado aquí para trabajar con usted hasta que alguien decida la acción apropiada. Me parece que el miércoles puede haber una tentativa.

—¿Durante la aparición semanal en la plaza?

—Sí —asintió Jack.

Circulaban por la autopista del aeropuerto en dirección a Roma. El país le parecía raro a Ryan, pero tardó un minuto en comprender por qué; luego se dio cuenta. La inclinación de los tejados era diferente, tenían menos pendiente de lo que estaba acostumbrado. Seguramente allí no nevaba mucho en invierno. De lo contrario, las casas parecerían terrones de azúcar; estaban pintadas de blanco para repeler el calor del sol italiano. Bueno, cada país tiene su propia arquitectura.

—El miércoles, ¿eh?

—Sí. También buscamos a un tipo llamado Boris Strokov, coronel del DS búlgaro. Parece que es un asesino profesional. Sharp estaba concentrado en la carretera.

—He oído el nombre. ¿No era sospechoso del asesinato de Georgi Markov?

—Ése es el tipo. Mandarán algunas fotos de él.

—Un mensajero en su vuelo —declaró Sharp . Ha cogido otro camino hacia la ciudad.

—¿Alguna idea sobre qué hacer?

—Lo instalaremos en la embajada, en realidad mi casa está a dos manzanas. Es bastante bonita. Después iremos en coche hasta San Pedro a echar un vistazo para familiarizarnos con el terreno. He estado allí para ver las obras de arte; la colección de arte del Vaticano está al mismo nivel que la de la reina, pero nunca he trabajado realmente allí. ¿Había estado alguna vez en Roma?

—Nunca.

—Muy bien, circularemos un poco para que obtenga una impresión rápida del lugar.

Roma parecía un lugar muy desordenado, pero también lo parecía un mapa de las calles de Londres, cuyos padres de la ciudad evidentemente no estaban casados con las madres de la ciudad. Y Roma tenía unos mil años más, construida cuando la cosa más rápida que había era un caballo,

y eran más lentos en la vida real que en las películas de John Ford. Pocas líneas rectas para las calles y un río serpenteante en el centro. A Ryan todo le parecía viejo; no, no viejo, sino antiguo, como si en otra época los dinosaurios hubieran deambulado por sus calles. Eso era un poco difícil de conciliar con el tráfico automovilístico, desde luego.

—Eso es el anfiteatro Flavio. Lo llamaban el Coliseo porque el emperador Nerón había construido una gran estatua suya en ese mismo lugar —señaló Sharp—, y el pueblo llamó al estadio por ese nombre, para enojo de la familia flavia, que había edificado el lugar con lo recaudado de la rebelión judía acerca de la cual escribió Josefo.

Jack lo había visto por televisión y en las películas, pero no era exactamente lo mismo que en la vida real. Unos hombres habían construido eso con nada más que sudor y cuerdas de cáñamo. Su forma era una extraña reminiscencia del estadio Yankee de Nueva York. Pero Babe Ruth nunca había destripado a nadie en el Bronx. Y eso sí había ocurrido allí; para Ryan era hora de admitirlo.

—¿Sabe?, si alguna vez se inventa una máquina del tiempo, creo que me gustaría volver y ver cómo era. Eso me convierte en un bárbaro, supongo.

—Sencillamente, su versión del rugby —dijo Sharp—. Y el fútbol de aquí puede ser bastante duro.

—El fútbol europeo es un juego de chicas —gruñó Jack.

—Usted es un bárbaro, sir John. El fútbol europeo —explicó con su mejor acento británico— es un juego de caballeros jugado por matones, mientras que el rugby es un juego de matones jugado por caballeros.

—Si usted lo dice. Yo sólo quiero echarle un vistazo al International Tribune. Mi equipo de béisbol está en el campeonato mundial y no sé cómo va.

—¿Béisbol? Ah, quiere decir rounders. Sí, ése es un juego de chicas —anunció Sharp.

—No es la primera vez que tengo esta conversación. Ustedes los británicos, sencillamente no lo entienden.

—Como usted no entiende el fútbol, sir John. En Italia es aún más una pasión nacional que en Inglaterra. Suelen jugar con mucho ardor, a diferencia de los alemanes, por ejemplo, que juegan como malditas máquinas.

Era como diferenciar entre un lanzamiento curvado y un deslizamiento, o un torniquete y un tirabuzón. Ryan no era tan aficionado al béisbol como para captar todas las distinciones; dependía de quién retransmitiera el partido por televisión, que en cualquier caso probablemente se lo inventaba. Pero sabía que no había ningún jugador de béisbol capaz de hacer un buen lanzamiento curvado desde la esquina.

La basílica de San Pedro estaba a cinco minutos de allí.

—¡Maldita sea! —suspiró Jack.

—¿Es grande, verdad?

No era grande, era inmensa.

Sharp se dirigió hacia la izquierda de la catedral, por una calle que terminaba en lo que parecía una zona comercial, predominantemente de joyerías, donde aparcó el coche.

—¿Por qué no echamos un vistazo?

Ryan aprovechó la oportunidad para apearse del vehículo y estirar las

piernas, y tuvo que recordarse a sí mismo que no estaba allí para admirar la arquitectura de Bramante ni de Miguel Ángel. Estaba allí para explorar el terreno para una misión, tal como le habían enseñado a hacerlo en Quantico. No era tan difícil si conocías el idioma.

Desde el aire debía de parecer el área de lanzamiento de un campo de baloncesto. La parte circular de la plaza parecía tener unos buenos ciento ochenta metros de diámetro, después se estrechaba hasta quizá un tercio de dicha distancia, conforme te alejabas de las enormes puertas de bronce de la propia iglesia.

—Cuando visita a la muchedumbre, sube a bordo de su coche, una especie de híbrido entre un jeep y un carrito de golf, justamente allí, y sigue por un camino abierto entre el gentío hacia aquí —explicó Sharp—, luego circula por allí y regresa. Tarda unos veinte minutos más o menos, dependiendo de si para el coche para estrechar manos. Supongo que no debería compararlo con un político. Parece un tipo muy correcto, un hombre genuinamente bueno. No todos los papas lo han sido, pero éste lo es. Además, no es un cobarde. Ha tenido que vivir en medio de los nazis y de los comunistas y eso nunca lo ha desviado ni un ápice de su camino.

—Sí, tiene que gustarle estar en la punta de la lanza —murmuró Ryan como respuesta, que ahora sólo tenía una cosa en la cabeza—. ¿Dónde estará el sol?

—Justo a nuestra espalda.

—O sea, que si hay algún malvado, estará de pie por aquí, con el sol a su espalda, no en sus ojos. A la gente que mira hacia aquí desde el otro lado les da el sol en los ojos. Puede que no tenga tanta importancia, pero cuando tu trasero está en juego, juegas cada carta que tienes en la mano. ¿Ha ido alguna vez de uniforme, Tom?

—En los Goldstreams Guards, de teniente a capitán. Participé en algunas acciones armadas en Aden, pero sobre todo en la BOAR. Estoy de acuerdo con su valoración de la situación —dijo Sharp dándose la vuelta para hacer su propia evaluación—. Además, los profesionales son bastante predecibles, ya que todos tienen el mismo plan de estudios. ¿Pero y si usa un rifle?

—¿De cuántos hombres dispone para esta misión?

—Cuatro, aparte de mí. Charleston mandará algunos más desde Londres, pero no muchos.

—¿Situemos uno allí? —preguntó Ryan señalando la columnata, a entre veinte y treinta metros de altura.

Más o menos la misma a la que se encontraba Lee Harvey Oswald cuando disparó contra John Kennedy... con un rifle italiano, recordó Jack. Sintió un breve escalofrío.

—Probablemente podría poner a un hombre allí arriba disfrazado de fotógrafo. Y los teleobjetivos de las cámaras servirían de telescopios.

—¿Y radios?

—Digamos seis walkie-talkies con banda civil. Si no los tenemos en la embajada, podemos pedir que nos los manden por avión desde Londres.

—Sería mejor que fueran militares, lo suficientemente pequeños para esconderlos. Los que utilizábamos en los marines tenían un pequeño auricular parecido al de un transistor. Preferiblemente codificados, pero eso podía ser difícil.

Además, esos sistemas no solían ser totalmente fiables, pensó Ryan.

—Sí, podemos hacer eso. Tiene buen ojo, sir John.

—No fui un marine durante mucho tiempo, pero la forma con que enseñan las lecciones en la academia hace difícil olvidarlas. Este es un lugar muy grande para cubrirlo con seis hombres, amigo.

—Algo para lo cual el servicio secreto de Inteligencia no nos entrena —añadió Sharp.

—El servicio secreto de Estados Unidos cubriría este lugar con más de cien agentes entrenados, mierda, tal vez más; además intentaría obtener información de cada hotel, motel y albergue para vagabundos de la zona —suspiró Jack—. Señor Sharp, esto es imposible. ¿Cuál suele ser la densidad de la muchedumbre?

—Depende. En verano hay suficiente gente como para llenar el estadio de Wembley. ¿La próxima semana? Seguramente miles —calculó—. Es difícil estimar la cantidad de personas.

Esta misión realmente es una mierda, se dijo Ryan. —¿Alguna forma de inspeccionar los hoteles en busca de alguna pista sobre ese tal Strokov?

—Hay más hoteles en Roma que en Londres. Es mucho para cubrirlo con cuatro oficiales de campo. ¿No podemos conseguir alguna ayuda de la policía local?

—¿Qué orientación puede facilitarnos Basil? —inquirió Ryan adivinando la respuesta.

—Todo está bajo riguroso control. No, no podemos permitir que alguien sepa lo que estamos haciendo.

Jack se dio cuenta de que no podía ni tan sólo pedir ayuda desde la delegación local de la CIA. Bob Ritter nunca lo sancionaría.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

EL CONSTRUCTOR DE PUENTES

La residencia oficial de Sharp era tan impresionante a su manera como la casa segura a las afueras de Manchester. No cabía imaginar para qué o para quién se había construido y Ryan, en cualquier caso, estaba harto de formular esa clase de preguntas. Disponía de una habitación con un baño para él solo y eso le bastaba. Los techos eran altos en todas las habitaciones, seguramente para protegerse de los cálidos veranos por los que Roma se caracterizaba. Habían alcanzado los veintisiete grados cuando viajaban por la tarde en coche, algo caluroso, pero nada excesivo para alguien de la región de Baltimore/Washington, aunque a un inglés debía de parecerle como un horno en el mismísimo infierno. En Londres, la gente empezaba a caer muerta por la calle cuando alcanzaban los veinticuatro grados. El que escribió aquello de los perros locos y los ingleses debió de vivir en otra época, pensó Jack. Tal como estaban las cosas, creía disponer de tres días para preocuparse y de uno para ejecutar el plan que él y Sharp lograran elaborar, con la esperanza de que no ocurriera nada y de que la CIA encontrara la forma de advertir a las fuerzas de seguridad de Su Santidad que precisaban aumentar las

medidas de protección del sumo pontífice. Maldita sea, incluso vestía de blanco para facilitarle el disparo a quien se dispusiera a atacarlo, como una enorme diana a la que el malo pudiera apuntar. No era peor el entorno táctico en el que se había situado George Armstrong Custer, pero por lo menos él lo había hecho con los ojos abiertos, aunque cegado por un orgullo fatal y una fe en su propia suerte. El papa no vivía bajo dicha ilusión. Él creía que Dios lo llevaría consigo cuando decidiera que había llegado su momento, y no había vuelta de hoja. Las creencias personales de Ryan no se diferenciaban en mucho de las del cura polaco, pero consideraba que Dios lo había dotado de un cerebro y del libre albedrío por alguna razón; ¿lo convertía eso en un instrumento de la voluntad divina? Era una pregunta demasiado profunda para aquel momento y, además, Ryan no era un sacerdote capaz de dilucidarla. Quizá no tuviera suficiente fe. Tal vez creía demasiado en el mundo real. La profesión de su esposa consistía en reparar problemas de la salud, ¿y era el propio Dios quien infligía dichos problemas a la gente? Algunos lo creían. ¿O eran sencillamente cosas que permitía que sucedieran para que luego personas como Cathy pudieran repararlas y hacer así su trabajo? Ryan se inclinaba por este último punto de vista, y la Iglesia debía de estar de acuerdo, puesto que había construido numerosos hospitales en el mundo entero.

Pero con toda seguridad, el Todopoderoso condenaba el asesinato, y ahora la misión de Jack consistía en evitar que se perpetrara uno. Indudablemente, él no permanecería impasible, sin hacer nada. Un sacerdote debería limitarse a la persuasión o, a lo sumo, a la intervención pasiva. Ryan sabía que si un criminal se dispusiera a dispararle al papa, o para el caso a cualquier otra persona, y él tuviera una pistola en la mano, no dudaría un instante en utilizarla para impedir el asesinato. Puede que ésa fuera sencillamente su forma de ser, o lo que había aprendido de su padre, o tal vez el producto de su formación en las fuerzas armadas, pero fuera cual fuese la razón, el uso de la fuerza bruta no le provocaría náuseas, por lo menos hasta después de haber actuado. Algunos habitantes del infierno podían atestiguarlo. Por consiguiente, Jack empezó a mentalizarse acerca de lo que tal vez debería hacer si los malos estaban en la ciudad y se tropezaba con ellos. Luego se le ocurrió que ni siquiera debería rendir cuentas de sus actos, debido a su categoría como diplomático. El Departamento de Estado tenía derecho a retirarle dicha protección, en términos de la convención de Viena, pero estaba seguro de que no lo harían en un caso como ése. Por tanto, hiciera lo que hiciese, no pagaría las consecuencias. Evidentemente, no podía quejarse.

Los Sharp lo invitaron a cenar en un pequeño restaurante del barrio. La comida era excelente, lo que demostraba una vez más que los mejores restaurantes italianos suelen ser los familiares. Evidentemente, los Sharp comían allí a menudo y el personal era muy amable con ellos.

—Tom, ¿qué diablos vamos a hacer? —preguntó Jack abiertamente, convencido de que Annie debía saber lo que hacía para ganarse la vida.

—Churchill lo llamaba SJ: seguir jodiendo —respondió, en-cogiéndose de hombros—. Hacemos todo lo que podemos, Jack.

—Supongo que me sentiría mucho mejor con un pelotón de marines que me apoyara.

—También yo, amigo mío, pero uno procura desenvolverse con lo que tiene.

—Tommy —dijo de pronto la señora Sharp—. ¿De qué habláis exactamente?

—No puedo decírtelo, cariño.

—Pero tú perteneces a la CIA —dijo a continuación mirando a Jack.

—Sí, señora —respondió Ryan—. Antes era profesor de historia en la academia naval de Annapolis, y anteriormente corredor de Bolsa, después de haber servido en los marines.

—Sir John, tú eres aquel que...

¿Por qué diablos no dejó a su esposa y a su hija tras aquel árbol en el centro comercial de Londres y permitió que Sean Miller cumpliera con su cometido?, se preguntó Jack. Cathy habría obtenido algunas fotografías y eso, después de todo, habría ayudado a la policía. Era de suponer que todo lo bueno, o lo estúpido, recibía su castigo.

—Y nunca lo superaré. Además, déjate de sir John y de bobadas. No tengo caballo, ni uso mallas.

Y su único sable era el de los mamelucos, que el cuerpo de marines entregaba a sus oficiales cuando se graduaban en Quantico.

—Jack, ceremonialmente, un caballero es aquel que recurre a las armas para proteger a su soberano. Y tú lo has hecho en un par de ocasiones, si no me falla la memoria. Por consiguiente, tienes derecho a dicho honor —señaló Sharp.

—Por lo que parece, vosotros nunca olvidáis.

—No algo como esto, sir John. El valor ante el fuego es algo que vale la pena recordar.

—Especialmente en las pesadillas, pero entonces la pistola nunca funciona y sí, a veces las tengo —reconoció Jack por primera vez en su vida—. ¿Qué haces mañana, Tom?

—Por la mañana tengo trabajo en la embajada. ¿Por qué no examinas un poco más la zona?; yo me reuniré contigo para almorzar.

—De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

—Junto a la entrada de la basílica, a la derecha, se encuentra La Pietá de Miguel Angel. Allí, a la una y cuarto en punto.

—Muy bien —respondió Ryan.

—¿Dónde está Ryan? —preguntó Rabbit.

—En Roma —respondió Alan Kingshot—. Investiga lo que nos ha contado.

Habían pasado todo el día descubriendo lo que sabía sobre operaciones del KGB en el Reino Unido. Resultó ser bastante, suficiente para que a los tres miembros del servicio de seguridad que tomaban nota se les cayera la baba. Ryan se equivocaba, pensó Kingshot durante la cena. Aquel individuo no era una mina de oro, sino Kimberly, y los diamantes brotaban de su boca. Zaitzev estaba un poco más relajado y disfrutaba del respeto que recibía. Con razón, pensaba Alan. Al igual que el inventor del chip informático, esta liebre tenía la vida completamente resuelta, con todas las zanahorias que fuera capaz de comer y hombres armados que protegerían su madriguera de todos los osos.

El conejito, como él llamaba a su hijita, hoy había descubierto los dibujos animados occidentales. Le había gustado particularmente el Correcaminos, y se había percatado de la semejanza con el ruso («¡Eh,

espera un momento!»), y no había dejado de reírse durante un buen rato.

Irina, por otra parte, volvía a descubrir su amor por el piano con el gran Bósendorfer en la sala de música de la casa, cometiendo errores pero aprendiendo de los mismos y empezando a recuperar sus antiguas habilidades, ante la admiración de la señora Thompson, que nunca había aprendido a tocar, pero había encontrado montones de partituras en la casa para que la señora Zaitzev practicara.

Esta familia se desenvolverá bien en Occidente, pensó Kingshot. La niña era una niña. El padre poseía toneladas de información valiosa. La mujer respiraría libertad, e interpretaría música hasta saciarse. Disfrutarían de su recién hallada libertad como de un traje a medida. Eran, como se diría en ruso, *kulturniy*, o personas cultas, dignos representantes de la rica cultura que había precedido desde hacía mucho al comunismo. Era agradable comprobar que no todos los desertores eran unos rufianes borrachos.

—Como un canario bajo los efectos de las anfetaminas, según Basil —dijo Moore a sus altos mandos en el estudio de su casa—. Dice que ese individuo nos facilitará más informamación de la que podemos llegar a utilizar.

—¿Eso cree? Ya lo veremos —reflexionó Ritter en voz alta.

—Eso digo yo, Bob. ¿Cuándo lo tendremos aquí? —preguntó el almirante Greer.

—Basil ha pedido otros dos días antes de mandarlo. Digamos el jueves por la tarde. He ordenado a las fuerzas aéreas que manden un VC-137. Vale la pena lucirse —declaró generosamente el juez, que en cualquier caso no era su propio dinero el que gastaba—. Por cierto, Basil ha puesto sobre aviso a su personal en Roma, por si el KGB acelera su operación para eliminar al papa.

—No son tan eficientes —dijo Ritter con bastante seguridad en sí mismo.

—Yo sería más cauteloso en este sentido, Bob —reflexionó el subdirector de inteligencia en voz alta—. Yuri Vladimirovich no se caracteriza precisamente por su paciencia.

Greer no era el primero en hacer dicha observación.

—Lo sé, pero su aparato es más lento que el nuestro.

—¿Qué me decís de los búlgaros? —preguntó Moore—. Creen que el autor es un individuo llamado Strokov, Boris Strokov. Probablemente fue él quien asesinó a Georgi Markov en el puente de Westminster. Un experto asesino, cree Basil.

—Es lógico que utilicen a los búlgaros —observó Ritter—. Son los Asesinos del Este, Sociedad Anónima, pero siguen siendo comunistas y no son matones de rodeos, sino jugadores de ajedrez. Pero todavía no hemos descubierto cómo avisar al Vaticano. ¿Podríamos hablar de ello con el nuncio?

Reflexionaron todos unos instantes sobre la cuestión y ahora se disponían a enfrentarse a ella. El nuncio papal, el cardenal Giovanni Sabatino, era el embajador del Vaticano en Estados Unidos. Sabatino pertenecía al servicio diplomático del Vaticano desde hacía mucho tiempo y gozaba de muy buena reputación entre los altos funcionarios del

Departamento de Estado, tanto por su sagacidad como por su discreción.

—¿Podemos hacerlo de forma que no comprometa a la fuente? —preguntó Greer.

—Podemos decir que cierto búlgaro ha hablado demasiado...

—Elige cuidadosamente esa fuente ficticia, juez —advirtió Ritter—. No olvides esa subunidad especial del DS, que responde directamente ante su Politburó, y según nuestras escasas fuentes en esa región, no suelen dejar constancia escrita de sus actuaciones. Es como la versión comunista de Albert Anastasia. Ese tal Strokov es uno de ellos, por lo que hemos oído.

—Podríamos decir que el presidente de su partido se ha ido de la lengua con una de las varias amantes que tiene —sugirió Greer.

El director de Inteligencia tenía toda clase de información sobre las costumbres íntimas de los líderes mundiales y al jefe del partido búlgaro le gustaba alternar con el pueblo, en el sentido más literal. Claro que si eso se divulgaba, la vida podría ponerse difícil para las mujeres involucradas, pero el adulterio tenía un precio y el presidente del partido búlgaro era tan dado a la bebida que posiblemente no recordara a quién (no) le había revelado lo que se le atribuía. Eso podría contribuir a aliviar ligeramente sus conciencias.

—Parece factible —opinó Ritter.

—¿Cuándo podríamos ver al nuncio? —preguntó Moore. —¿A mediados de semana, tal vez? —sugirió nuevamente Ritter.

Tenían una semana entera por delante. El juez estaría en el Capitolio hasta el miércoles por la mañana, ocupándose de asuntos del presupuesto.

—¿Dónde?

No podían llevarlo allí. El clérigo no acudiría. Habría demasiados conflictos potenciales si alguien lo detectaba. Y el juez Moore tampoco podía acudir al nuncio. Su cara también era demasiado conocida en los círculos gubernamentales de Washington.

—El Fondo Tenebroso —pensó Greer en voz alta.

Moore acudía allí con bastante frecuencia para visitar al secretario de Estado, y el nuncio tampoco era un desconocido en el ministerio.

—Funcionará —decidió el director de la CIA—. Hagamos los preparativos.

Moore se desperezó. Detestaba tener que trabajar los domingos. Incluso los jueces del tribunal de apelaciones tenían los fines de semana libres.

—Todavía está pendiente la cuestión de lo que pueden hacer realmente con la información —advirtió Ritter—. ¿Qué hace Basil?

—Ha ordenado a su delegación en Roma que investigue. Son sólo cinco, pero mañana va a mandar más personal de Londres, por si deciden perpetrar el atentado el miércoles, que es cuando Su Santidad aparece en público. Apuesto a que también tiene una agenda bastante apretada.

—Lástima que no pueda anular el paseo por la plaza, pero no creo que escuchara a nadie que se lo propusiera.

—Claro que no —afirmó Moore.

No mencionó la información de sir Basil acerca de que había mandado a Ryan a Roma. A Ritter le daría otro ataque de histeria y Moore no estaba para esos trotes un domingo.

Ryan se levantó temprano, como de costumbre, desayunó y cogió un taxi a San Pedro. Era agradable pasear alrededor de la plaza, casi completamente redonda, sólo para estirar las piernas. Parecía extraño que allí, en el seno de la capital de la república italiana, existiera un Estado soberano cuyo idioma oficial era el latín. Se preguntó si a los césares les habría gustado o no que el último reducto de su lengua fuera también el de la organización que había provocado la caída de su vasto imperio, pero no podía acudir al foro para preguntárselo a los fantasmas que tal vez deambularan todavía por allí.

La iglesia le llamó la atención. No había palabras para describir algo tan inmenso. Con el fin de recaudar los fondos para su construcción, había sido necesaria la venta de indulgencias, lo cual había impulsado a Martín Lutero a colocar su nota de protesta en la puerta de la catedral, iniciando así la Reforma, que las monjas de Saint Matthew condenaban, pero que los jesuitas con los que había tratado más adelante miraban con una mentalidad bastante más abierta. La Compañía de Jesús también debía su existencia a la Reforma; se había fundado para luchar contra la misma.

Pero eso no importaba mucho en ese momento. La basílica era indescriptible y parecía un cuartel general idóneo para la Iglesia católica, apostólica y romana. Cuando entró tuvo la sensación de que el interior era incluso más vasto que el exterior. Había suficiente espacio para jugar al fútbol americano. A unos cien metros estaba el altar principal, reservado para el propio papa, bajo el cual se encontraba la cripta donde estaban enterrados los papas anteriores, incluido, según la tradición, el propio san Pedro. «Tú eres Pedro —dijo Jesús, según el evangelio—y sobre esta piedra construiré mi iglesia.»

Con la ayuda de algunos arquitectos y lo que debió de ser un ejército de obreros, construyeron una iglesia en aquel lugar. Jack se sintió atraído hacia su interior, como si fuera la residencia personal de Dios. La catedral de Baltimore parecía una casucha comparada con ella. Al mirar a su alrededor vio a algunos turistas, que también contemplaban el techo boquiabiertos. ¿Cómo habían levantado semejante edificio sin una estructura metálica?, se preguntó Jack. Estaba hecha enteramente de piedra sobre piedra. Esos personajes de antaño conocían realmente su oficio, se dijo. Los descendientes de aquellos ingenieros trabajaban hoy para la Boeing o la NASA. Paseó durante unos veinte minutos antes de recordarse a sí mismo que, después de todo, él no era un turista.

Ese había sido el emplazamiento del circus maximus romano original, donde se celebraban las carreras de cuádrigas como en la película Ben-Hur, derribado para construir la primera iglesia de San Pedro. Pero después del deterioro sufrido con el transcurso del tiempo, emprendieron otro proyecto de más de un siglo de duración para la construcción de la actual basílica, finalizada, si Ryan no recordaba mal, en el siglo xvi. Salió para examinar de nuevo el entorno. Por muchas alternativas que se planteara, parecía que su primera impresión había sido la correcta. El papa subía a su coche aquí, circulaba por ahí y el lugar más vulnerable era... más o menos allí. El problema era que allí era un espacio semicircular de unos doscientos metros de longitud.

Bien, había llegado el momento de analizar la situación, se dijo Ryan. El asesino sería un profesional, y a un profesional le preocuparían dos cosas:

la primera, conseguir un buen disparo, y la segunda, escapar con vida.

Entonces se concentró en las rutas potenciales para huir. A la izquierda, junto a la fachada de la iglesia, la gente se amontonaría para ser los primeros en ver al papa a su salida del templo. Más adelante, el camino por el que circularía el vehículo descapotado se ensanchaba un poco, aumentando la distancia a la que habría que disparar, y era preferible evitarlo. Pero el asesino debería huir de aquella situación de peligro y el mejor camino era hacia el callejón lateral, donde Sharp había aparcado el día anterior. Allí probablemente podría estacionarse un coche, que si lograba alcanzarlo lo utilizaría para llegar hasta otro coche de apoyo, porque con toda seguridad la policía buscaría el primer vehículo y Roma estaba plagada de agentes, que no dudarían en cruzar un incendio para atrapar a quien hubiera disparado contra el papa.

De regreso al lugar del atentado. El asesino no querría estar donde la multitud se aglomeraba y, por consiguiente, evitaría la proximidad de la iglesia. Pero querría huir por ese arco. Puede que a sesenta o setenta metros. ¿Unos diez segundos? Sí, más o menos, con el camino libre. El doble para mayor seguridad. Probablemente gritaría algo como «¡ahí va!» para distraer la atención del público. Quizá eso facilitara su identificación más adelante, pero el coronel Strokov se propondría dormir en Sofía el miércoles por la noche. Comprobar el horario de vuelos —se dijo Jack—. Si efectuaba el disparo y lograba escapar, evidentemente no regresaría nadando a su casa. Lo haría por el método más rápido, a no ser que dispusiera de un lugar excelente donde ocultarse en Roma.

Existía dicha posibilidad. El problema era que se trataba de un experto espía de campo que podía haber planeado muchas cosas. Pero en realidad eso no era una película y los profesionales hacían las cosas de una forma sencilla, porque en el mundo real incluso lo más simple podía irse a la mierda.

Por lo menos tendría un plan alternativo. Puede que más, pero uno con toda seguridad.

¿Tal vez vestirse de sacerdote? Estaban por todas partes, al igual que las monjas, más de las que Ryan había visto en la vida. ¿Cuánto medía Strokov? Más de metro setenta y cinco, y eso sería demasiado para una monja. Pero si se vestía de cura, podría ocultar una maldita metralleta bajo la sotana. Parecía una buena idea. ¿Pero sería fácil correr con sotana? He ahí un posible inconveniente.

Había que suponer que llevaría pistola, probablemente con silenciador; no un rifle, cuyas desventajas superaban las ventajas. Por su longitud, no podría apuntar debidamente entre la multitud, y probablemente erraría el disparo. ¿Tal vez un AK-47? Pero no, sólo en las películas se disparaban metralletas apoyadas en la cadera. Ryan lo había intentado con su M-16 en Quantico. Hacía que uno se sintiera como John Wayne, pero disparando de ese modo no acertaba un carajo. El punto de mira, como les habían recordado todos sus sargentos armeros en las clases de entrenamiento, tenía su razón de ser. Desenfundar y disparar desde la cadera, como hacía Wyatt Earp por televisión, sólo funcionaba si uno tenía la otra mano sobre el hombro del objetivo. La mira sirve para saber en qué dirección apunta el arma, porque la bala que se dispara mide menos de un centímetro de diámetro, el objetivo es también muy pequeño y basta un poco de hipo para errar el disparo, además de que la tensión

dificulta también la puntería, a no ser que uno esté acostumbrado a matar personas. Como Boris Strokov, coronel del Dirzhavna Sugurnost. ¿Y si era uno de esos que no se alteran, como Audie Murphy, de la tercera división de infantería durante la segunda guerra mundial? ¿Pero cuántos había como él? Murphy fue uno entre ocho millones de soldados norteamericanos y nadie había detectado su habilidad mortífera hasta que ésta se manifestó en el campo de batalla, probablemente sorprendiéndolo incluso a él. Con toda seguridad, el propio Murphy nunca se percató de lo diferente que era de todos los demás.

Strokov es un profesional —se recordó Jack a sí mismo—, y por consiguiente actuará como tal. Planeará hasta el último detalle, especialmente la huida.

—Tú debes de ser Ryan —dijo una voz discreta con acento británico.

Jack volvió la cabeza y vio a un pelirrojo de tez pálida.

—¿Quién eres tú?

—Mick King —respondió—. Sir Basil ha mandado a cuatro de nosotros. ¿Inspeccionando la zona?

—¿Tanto llamo la atención? —preguntó Ryan, de pronto preocupado.

—Podrías pasar perfectamente por un estudiante de arquitectura —respondió cortésmente King—. ¿Qué te parece?

—Creo que el asesino se situará más o menos por aquí, e intentará huir en esa dirección —dijo Jack señalando el camino. King miró a su alrededor antes de responder.

—Es una propuesta arriesgada, por muy bien que se planee, entre tanta gente como habrá con toda seguridad, pero estoy de acuerdo, parece la opción más prometedora —afirmó el espía.

—Si fuera yo quien lo planeara, preferiría utilizar un rifle desde ahí arriba. Deberemos colocar a alguien en el tejado para cubrir dicha posibilidad.

—Estoy de acuerdo. Mandaré a John Sparrow. Es el del pelo corto que está ahí. Ha traído consigo un montón de cámaras.

—Un fotógrafo más en la calle. Nuestro pájaro probablemente dispondrá de un coche para salir de la ciudad y ahí es donde yo lo aparcaría.

—Demasiado conveniente, ¿no te parece?

—Oye, soy un ex marine, no un maestro de ajedrez —repuso Ryan.

Pero era útil tener a alguien con quien contrastar sus opiniones. Había muchas posibilidades tácticas y cada uno leía el mapa de un modo ligeramente distinto. Además, puede que los búlgaros estudiaran otro texto completamente diferente.

—Es una misión muy ingrata la que nos han asignado. Lo mejor que podría pasar sería que ese tal Strokov no se presentara. Por cierto, aquí lo tienes —dijo King entregándole un sobre a Ryan.

Estaba lleno de fotos de veinticinco por veinte, en realidad de bastante buena calidad.

—Nick Thompson dice que tiene la mirada apagada —dijo Ryan mientras examinaba una de las fotografías.

—Parece un individuo bastante frío, ¿no crees?

—Cuando vengamos aquí el miércoles, ¿iremos armados?

—Yo lo haré —afirmó categóricamente King—. Una Browning de nueve milímetros. Debe de haber más en la embajada. Sé que puedes disparar con precisión bajo presión, sir John —agregó con cortesía y respeto.

—Eso no significa que me guste hacerlo, amigo.

La mejor distancia para un enfrentamiento con pistola era la de contacto, apoyar el cañón contra la víctima. Así era difícil errar el disparo. Incluso disminuía el ruido. Además, era una forma muy eficaz de decirle a alguien que no cometiera ninguna tontería.

Durante las dos horas siguientes, los cinco pasearon por la plaza, pero volvían al mismo lugar una y otra vez.

—No podemos cubrirla toda, no sin un centenar de hombres —dijo finalmente Mick King—. Y si no puedes hacerte fuerte en todas partes, es preferible elegir un lugar y hacerte fuerte en el mismo.

Jack asintió mientras recordaba la ocasión en que Napoleón había ordenado a sus generales que elaborasen un plan para proteger Francia de una invasión, y cuando uno de los altos mandos distribuyó las tropas uniformemente a lo largo de las fronteras, el emperador le preguntó sin contemplaciones si pretendía luchar contra el contrabando. Sí, efectivamente, si uno no podía hacerse fuerte en todas partes, era preferible hacerse fuerte en algún lugar y rezar para que la elección fuera correcta. La clave, como siempre, consistía en meterse en la cabeza del oponente, como se lo habían enseñado en su calidad de analista de Inteligencia. Pensar como el adversario y detenerlo de ese modo. Sonaba bien y muy fácil en teoría, pero era bastante diferente en la práctica.

Encontraron a Tom Sharp cuando entraba en la basílica y se fueron juntos a almorzar a un restaurante para charlar un poco.

—Sir John tiene razón —dijo King—. El mejor lugar está a la izquierda. Tenemos fotos de ese cabrón. A ti, John —dijo dirigiéndose a Sparrow—, te colocaremos sobre la columnata con tus cámaras. Tu trabajo consistirá en escudriñar la multitud, intentar localizar a ese hijo de puta y comunicárnoslo por radio.

Sparrow asintió, pero su expresión reflejaba lo que pensaba del encargo cuando llegaron las cervezas.

—Mick, tenías razón desde el primer momento —comentó Sparrow—. Es un trabajo imposible. Necesitaríamos el maldito regimiento completo del SAS, e incluso así no sería suficiente. —El Regimiento Aéreo de Servicios Especiales número 22 en realidad estaba formado sólo por una o dos compañías, pero de tropas excepcionales.

—No somos nosotros quienes debemos decidir el porqué —dijo Sharp dirigiéndose a todos—. Es tranquilizante saber que Basil es un buen conocedor de Tennyson.

El murmullo alrededor de la mesa habló por sí mismo. —¿Utilizaremos radios? —preguntó Jack.

—Las trae un mensajero que ya está en camino —respondió Sharp—. Son pequeñas, caben en un bolsillo y tienen auriculares, pero lamentablemente no disponen de micrófonos de pequeño tamaño.

—Mierda —exclamó Ryan.

El servicio secreto tendría exactamente lo que necesitaban para esa misión, pero no era cuestión de llamarlos para que lo mandaran.

—¿Qué me dices de la escolta de la reina? ¿Quién se ocupa de eso?

—Creo que es la policía metropolitana. ¿Por qué...? —Micrófonos de solapa —respondió Ryan—. Son los que el servicio secreto utiliza en mi país.

—Puedo informarme —dijo Sharp—. Buena idea, Jack. Puede que

tengan lo que necesitamos.

—Deberían estar dispuestos a cooperar —reflexionó Mick King en voz alta.

—Me ocuparé de ello esta tarde —prometió Sharp. Sí —pensó Ryan— seremos el grupo mejor equipado que echa a perder una misión.

—¿A esto lo llaman cerveza? —comentó Sparrow después de su primer trago.

—Es mejor que la orina embotellada de los norteamericanos —comentó otro de los recién llegados.

Jack no mordió el anzuelo. Además, uno iba a Italia por el vino, no por la cerveza.

—¿Qué sabemos de Strokov? —preguntó Ryan.

—Me han mandado por fax su ficha de la policía —respondió Sharp . La he leído esta mañana. Mide uno ochenta y pesa unos noventa y cinco kilos. Evidentemente, le gusta comer en exceso. Por tanto, no es un atleta, no puede correr demasiado. Cabello castaño bastante espeso. Dotado para los idiomas. Habla el inglés con acento extranjero, pero según dicen, el francés y el italiano como un nativo. Se le cree un experto en armas cortas. Tiene unos cuarenta y tres años y hace veinte que trabaja en este negocio. Hace aproximadamente quince años fue seleccionado para la unidad especial de asesinatos del DS y se le atribuyen ocho atentados letales, puede que más, porque no disponemos de muy buena información al respecto.

—Parece un tipo encantador —pensó Sparrow en voz alta mientras extendía el brazo para examinar una foto—. No debería ser difícil de localizar. Será mejor reducir estas fotos para que quepan en el bolsillo, con el fin de que todos podamos llevarlas.

—Eso está hecho —prometió Sharp.

En la embajada tenían un pequeño laboratorio fotográfico, especialmente para casos como ése.

Ryan miró a su alrededor. Al menos era agradable estar rodeado de profesionales. Dada la oportunidad de entrar en acción, probablemente no meterían la pata, como un buen grupo de marines. No era mucho, pero merecía la pena.

—¿Y las pistolas? —preguntó nuevamente Ryan.

—Todas las Browning de nueve milímetros que necesitemos —aseguró Tom Sharp.

Ryan quería preguntar si tenían munición de punta hueca, pero probablemente sólo disponían de las balas duras reglamentarias. Esa mierda de la Convención de Ginebra. Los europeos consideraban que las balas Parabellum de nueve milímetros eran potentes, pero comparadas con las Colt.45 con las que Jack se había entrenado, eran como bolas de cojinete. ¿Entonces por qué su propia pistola era una Browning Hi-Power?, se preguntó. Pero la que tenía en casa estaba cargada con munición federal ciento cuarenta y siete de punta hueca, que el FBI consideraba como única bala útil para aquella pistola, por su capacidad de penetración y por expandirse en el interior del cuerpo de la víctima hasta el diámetro de diez centavos, provocando así una intensa hemorragia.

—Mejor que esté muy cerca —declaró Mick King—. Hace años que no disparo uno de esos artilugios.

Eso le recordó a Jack que Inglaterra no tenía la cultura armamentista de

Norteamérica, ni siquiera en sus servicios de seguridad. No convenía olvidar que James Bond era un personaje ficticio de las películas. Probablemente, el propio Ryan era el mejor tirador entre todos los presentes y estaba lejos de ser un experto. Las pistolas que Sharp distribuiría eran las reglamentarias de las fuerzas armadas, con miras invisibles y una porquería de empuñaduras. La que poseía Ryan tenía una empuñadura Pachmayar, que se ajustaba a la mano como un guante hecho a medida. Maldita sea, nada relacionado con este trabajo sería fácil.

—Bien. Tú, John, te situarás sobre la columnata. Averigua cómo llegar hasta allí y haz los preparativos necesarios para estar en posición el miércoles a primera hora de la mañana.

Disponía de credenciales periodísticas que le facilitarían la labor.

—De acuerdo. También comprobaré de nuevo el horario general.

—Estupendo —respondió Sharp—. Dedicaremos la tarde a inspeccionar más a fondo el terreno, en busca de algo que pueda habérsenos pasado por alto. Estoy pensando en colocar a un hombre en la calle lateral para que intente detectar a nuestro amigo Strokov a su llegada. Si lo detectamos, lo seguiremos en todo momento.

—¿No sería mejor detenerlo? —preguntó Ryan.

—Es preferible dejar que se acerque —reflexionó Sharp en voz alta— Entonces habrá más de los nuestros y tendrá menos oportunidades de huir. Cuando lo hayamos descubierto, Jack, no cometerá ninguna fechoría. Estaremos ahí para evitarlo.

—¿Será tan previsible? —preguntó Jack, preocupado.

—Indudablemente ya ha estado aquí. Incluso cabe la posibilidad de que lo localicemos hoy o mañana.

—No apostaría mi rancho —replicó Ryan.

—Jugamos con las cartas que tenemos, sir John —respondió King—. Y confiamos en que nos sonría la suerte.

Ryan se percató de que eso era indiscutible.

—Si yo planeara esta operación, intentaría por todos los medios evitar complicaciones. La preparación más importante que habrá realizado está aquí —dijo Sharp dándose unos golpecitos con el índice en la sien—. Él también estará un poco tenso, por mucha experiencia que tenga en el oficio. No cabe duda de que es un cabrón inteligente, pero tampoco es Superman. La clave de su éxito radica en la sorpresa y eso es algo que, en realidad, ya no tiene. Perder el elemento sorpresa es la peor pesadilla de un agente de campo. Una vez perdida, todo se desmorona como un castillo de naipes. No olvidéis que, si ve algo que no le gusta, pro-bablemente dará media vuelta y planeará volver en otra ocasión. Desde su punto de vista, esta operación no tiene límite temporal.

—¿Tú crees? —preguntó Ryan, que no estaba seguro.

—Sí, lo creo. Si lo tuviera, desde un punto de vista operativo, ya habrían ejecutado la misión y el papa ya estaría hablando di-rectamente con Dios. A juzgar por lo que he oído en Londres, esta misión se planea desde hace más de seis semanas. Está claro que se toma su tiempo. Me sorprendería enormemente que ocurriera pasado mañana, pero debemos actuar como si éste fuera el caso.

—Ojalá confiara tanto como tú, amigo.

—Sir John, los oficiales de campo piensan y actúan como oficiales de campo, independientemente de su nacionalidad —respondió Sharp muy

seguro de sí mismo—. Nuestra misión es ciertamente difícil, pero hablamos su mismo idioma, por así decirlo. Si se tratara de una misión desesperada, ya se habría ejecutado. ¿Estáis de acuerdo, caballeros?

Todos los presentes asintieron, salvo el norteamericano.

—¿Y si se nos pasa algo por alto? —preguntó Ryan.

—Es posible —reconoció Sharp—, pero es una posibilidad que debemos aceptar y descartar al mismo tiempo. Sólo disponemos de cierta información, y el diseño de nuestro plan debe ajustarse a la misma.

—No tenemos otra alternativa, ¿no te parece, sir John? —dijo Sparrow—. Sólo sabemos lo que sabemos.

—Cierto —reconoció tristemente Ryan.

De pronto se le había ocurrido que también podrían estar sucediendo otras cosas. ¿Y si había una distracción? ¿Y si alguien tiraba unos petardos para que el ruido desviara la atención del atentado? Eso, pensó, era posible.

Maldita sea.

—¿Qué es eso sobre Ryan? —preguntó Ritter después de irrumpir en el despacho del juez Moore.

—Basil ha considerado que, dado que Beatrix es desde el primer momento una operación de la CIA, ¿por qué no permitir la presencia de uno de nuestros oficiales para que vea cómo se desenvuelve la situación? No veo ningún mal en ello —explicó Moore a su subdirector de Operaciones.

—¿Para quién diablos cree que trabaja Ryan?

—Bob, ¿por qué no te tranquilizas? ¿Qué diablos puede hacer para estropear las cosas?

—Maldita sea, Arthur...

—Cálmate, Robert —ordenó Moore en el tono de un juez acostumbrado a imponer su voluntad en todo, empezando por el clima.

—Arthur —respondió Ritter algo más tranquilo—, no está en el lugar que le corresponde.

—No veo ninguna razón para objetar, Bob. Después de todo, ¿alguno de nosotros cree que vaya a suceder algo?

— Bueno... no, supongo que no —reconoció el subdirector de Operaciones.

—Por tanto, lo único que hace es ampliar sus horizontes y, con lo que aprenda, ¿no crees que será mejor analista?

—Tal vez, pero no me gusta que un oficinista esté jugando a ser espía de campo. No está entrenado para eso.

—No olvides que estaba en los marines, Bob —recordó Moore a su subordinado. El cuerpo de marines tenía su propio prestigio, independiente de la CIA—. Estoy seguro de que no se va a mear en los pantalones.

—Supongo que no.

—Además, lo único que hará será observar mientras no ocurre nada y el contacto con oficiales de campo no perjudicará su formación.

—Son británicos —protestó moderadamente Ritter—, no de los nuestros.

—Los mismos que han sacado a Rabbit para nosotros.

—De acuerdo, Arthur, tienes razón.

—Te pones hecho una furia, Bob, ¿por qué no utilizas esa energía para algo más importante?

—Sí, juez, pero mi responsabilidad es dirigir el Departamento de Operaciones. ¿Quieres que llame a Rick Nolfi?

—¿Lo consideras necesario?

—No, supongo que no —respondió Ritter negando con la cabeza.

—Entonces dejemos que los británicos se ocupen de esta pequeña operación y conservemos la calma aquí, en Langley, hasta que podamos hablar con Rabbit y evaluar el peligro respecto al papa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Arthur —respondió el subdirector de Operaciones de la CIA antes de regresar a su despacho.

La comida fue agradable. Los británicos eran buena compañía, especialmente cuando hablaban de asuntos no relacionados con la misión. Estaban todos casados. Tres de ellos tenían hijos y otro esperaba el primero en breve.

—Tú tienes dos, si mal no recuerdo —comentó Mick King dirigiéndose a Jack.

—Sí, y el segundo llegó en una noche ajetreada.

—¡Y que lo digas! —exclamó Ray Stones, uno de los recién llegados, con una carcajada—. ¿Cómo se lo tomó tu esposa?

—No demasiado mal, después de la llegada del pequeño Jack, pero el resto de la velada fue fatal.

—Estoy seguro —comentó King.

—¿Quién nos ha dicho que los búlgaros quisieran matar al papa? —preguntó Sparrow.

—Es el KGB quien quiere eliminarlo —respondió Jack—. Nosotros acabamos de sacar a un desertor. Está en una casa de seguridad y canta como la niña de Aida. Esto es lo más importante, de momento.

—¿La información es fiable? —preguntó King.

—Nos parece chapada en oro y con fondo de cobre. Sir Basil está convencido de ello. Ésa es la razón por la que os ha mandado —dijo Jack, por si todavía no lo sabían—. He hablado personalmente con Rabbit y me parece auténtico.

—¿Una operación de la CIA? —preguntó Sharp.

—Efectivamente —asintió Jack—. Teníamos un problema operativo y vosotros habéis tenido la amabilidad de ayudarnos. Lo siento, pero no estoy autorizado a decir mucho más.

Todos lo comprendían. Nadie quería buscarse problemas, charlando alegremente de una operación clandestina.

—Esto debe de llegar hasta el propio Andrópov. ¿No es cierto que el papa les está creando problemas en Polonia?

—Eso parece. Puede que disponga de más divisiones de las que ellos creen.

—Aun así, esto parece un poco extremo. ¿Cómo reaccionará el mundo ante el asesinato de Su Santidad? —reflexionó King.

—Evidentemente, no les preocupa tanto como un colapso político total en Polonia, Mick —respondió Stones—. Y temen que pueda lograrlo. La espada y el espíritu, Mick, como dijo Napoleón. El espíritu siempre acaba

por vencer.

—Sí, supongo, y aquí estamos, en el epicentro del mundo espiritual.

—Es mi primera visita —dijo Stones—. Cojonudamente impresionante. Algún día debo volver con mi familia.

—Son expertos en comida y vino —comentó Sparrow mientras saboreaba su ternera—. ¿Qué hay de la policía local?

—En realidad es bastante buena —respondió Sharp—. Lástima que no podamos pedirles ayuda. Conocen el terreno; después de todo, es su campo.

Pero esos muchachos son los profesionales de Dover, pensó Ryan con ciertas esperanzas. Sólo que eran pocos.

—Tom, ¿has hablado con Londres de las radios?

—Sí, Jack. Nos mandan diez, con auriculares y micrófonos de solapa. De frecuencia modulada, parecidas a las del ejército. No sé si están codificadas, pero en cualquier caso son bastante seguras y las utilizaremos con la debida disciplina radiofónica. De modo que por lo menos podremos comunicarnos con claridad. Mañana por la tarde practicaremos.

—¿Y el miércoles?

—Llegaremos a eso de las nueve de la mañana, nos situaremos en nuestras zonas respectivas de vigilancia y nos mezclaremos con el público conforme vaya llegando.

—Esto no es para lo que me entrenaron en los marines —reflexionó Ryan en voz alta.

—Sir John —repuso Mick King—, esto no es para lo que nos han entrenado a ninguno de nosotros. Es cierto que todos somos oficiales de Inteligencia experimentados, pero éste es realmente un trabajo para los servicios de protección, como la brigada de la policía que escolta a su majestad y a la primera ministra, o como vuestros agentes del servicio secreto. Una puñetera manera de ganarse la vida.

—Efectivamente, Mick, espero que todos los apreciemos un poco más después de esto —observó Ray Stones mientras todos los demás asentían.

—John —dijo Ryan dirigiéndose a Sparrow—, tú tienes el trabajo más importante, localizar a ese hijo de puta para el resto de nosotros.

—Estupendo —respondió Sparrow—. Lo único que debo hacer es examinar cinco mil rostros en busca de uno que puede o no estar entre ellos. Estupendo —repitió el espía.

—¿Qué utilizarás?

—Tengo tres cámaras Nikon y un buen surtido de objetivos. Creo que mañana me compraré también unos prismáticos de siete por cincuenta. Confío en poder encontrar una buena percha desde donde otear. La altura del parapeto me preocupa. Hay un espacio muerto desde la base de las columnas que se extiende unos treinta metros y en el que no puedo ver en absoluto. Eso limita mis posibilidades, muchachos.

—No hay otra alternativa —dijo Jack—. Desde el suelo no se ve una mierda.

—Ese es nuestro problema —aseveró Sparrow—. Nuestra mejor opción sería disponer de dos hombres, uno o más de uno en cada extremo, con unos buenos prismáticos. Pero nos falta personal y necesitaríamos la autorización del propio personal de seguridad del papa que, por lo que tengo entendido, nos denegarían.

—Sería útil que participaran, pero...

—Pero no podemos divulgar a los cuatro vientos la existencia de Rabbit. Sí, lo sé. La vida del papa es secundaria. ¿No es maravilloso? —refunfuñó Ryan.

—¿Qué valor tiene la seguridad de tu país, sir John, y también la del nuestro? —preguntó retóricamente King.

—Más que el de su vida —respondió Ryan—. Sí, lo sé, pero eso no significa que deba gustarme.

—¿Ha sido asesinado algún papa? —preguntó Sharp. Nadie conocía la respuesta.

—Alguien lo intentó en una ocasión —dijo Ryan, recordando un cuento que había leído en Saint Matthew, cuando estaba talvez en cuarto grado—. La guardia suiza formó un muro para proteger su retirada. Muchos de ellos cayeron, pero el papa se salvó.

—Me pregunto lo buenos que pueden ser esos suizos... —musitó Stones.

— Están muy guapos con sus uniformes de rayas. Probablemente no les falta motivación. Pero la cuestión realmente es el entrenamiento —observó Sharp—. Esa es la diferencia entre un civil y un soldado: el entrenamiento. Los de paisano probablemente estén bien informados, ¿pero llevan pistola, están autorizados a llevarla? Después de todo, trabajan para una iglesia. Probablemente no se los entrena para disparar contra otras personas.

—Vosotros tuvisteis el caso de aquel individuo que apareció entre la muchedumbre y disparó una pistola de fogueo contra la reina, si mal no recuerdo, de camino al Parlamento —dijo Ryan—. Allí había un oficial de caballería sobre su caballo. Me sorprende que no cortara por la mitad a aquel cretino con su sable, ése habría sido mi instinto, pero él no lo hizo.

—Es un sable de gala, sólo para ceremonias. Seguramente no sirve ni para cortar mantequilla —respondió Sparrow—. Pero casi pisoteó a aquel cabrón con el caballo.

—El servicio secreto lo habría aniquilado al instante. Ya sé que sólo llevaba balas de fogueo —dijo Ryan—, pero tenía el aspecto y hacía el ruido de una arma de verdad. Su majestad conservó muy bien la serenidad. Yo me habría cagado.

—Estoy seguro de que su majestad acudió al servicio correspondiente en el palacio de Westminster. Allí dispone de su propio retrete —explicó King al norteamericano.

—Resultó ser un perturbado mental, que ahora está indudablemente en algún manicomio, recortando muñecos de papel —agregó Sharp, cuyo corazón, como el de todos los demás británicos, dejó de latir cuando presenció el incidente por televisión, y también le sorprendía que aquel lunático hubiera sobrevivido.

De haber estado presente algún alabardero de la Torre con su lanza ceremonial, conocida como «partidora», seguro que lo habría clavado contra el suelo como una mariposa en una caja de coleccionista. Tal vez, después de todo, Dios protegiera a los bobos, a los borrachos y a los menores.

—Y si Strokov aparece y efectúa su disparo, ¿crees que los italianos darán cuenta de él?

—Esperemos que lo hagan —respondió King.

Lo que faltaba —pensó Jack—. Los profesionales son incapaces de proteger al papa, pero los camareros y los tenderos locales le pegan al cabrón una paliza de muerte. Menuda noticia para la NBC.

En Manchester, Rabbit y su familia acababan de degustar otra excelente comida preparada por la señora Thompson.

—¿Qué come un obrero inglés corriente? —preguntó Zaitzev.

—No tan bien como acabamos de comer nosotros —reconoció Kingshot, lo cual era indudablemente cierto—. Pero procuramos complacer a nuestros huéspedes, Oleg.

—¿Les he hablado lo suficiente de Minister? —preguntó a continuación—. Es todo lo que sé.

El servicio de seguridad lo había interrogado bastante a fondo por la tarde, repasando todos y cada uno de los detalles por lo menos cinco veces.

—Ha sido usted muy amable, Oleg Ivan'ch. Gracias.

En realidad había facilitado bastante información al servicio de seguridad. A menudo, la forma de atrapar a esos agentes infiltrados consistía en identificar la información que habían facilitado. Sólo un limitado número de personas tendrían acceso a la misma y pondrían a los «cinco» bajo vigilancia hasta que uno de ellos hiciera algo de difícil explicación. Luego esperarían para comprobar quién recogía el paquete y de ese modo identificarían, como bonificación, a su oficial de control del KGB y matarían dos pájaros de un tiro, o puede que incluso más, porque el oficial de campo trabajaría también con otros agentes y los descubrimientos podían multiplicarse como las ramas de un árbol. Luego se intentaba detener a un agente periférico, antes de dirigirse contra el objetivo principal, para evitar que el KGB supiera cómo habían descubierto a su agente infiltrado y proteger de ese modo a Oleg Zaitzev: su fuente principal. La práctica de la contrainteligencia era tan barroca como las intrigas de las cortes medievales, simultáneamente querida y odiada por sus participantes por su complejidad, pero eso convertía la captura del malo en algo mucho más gratificante.

—¿Y qué me dice del papa?

—Como ya le dije el otro día, en estos momentos tenemos un equipo en Roma que se ocupa de ese asunto —respondió Kingshot—. No hay mucho que decir, ni en realidad que hacer, pero estamos actuando de acuerdo con la información que nos ha facilitado, Oleg.

—Eso está bien —reflexionó en voz alta el desertor, con la esperanza de que no todo hubiera sido en vano.

En realidad no le emocionaba la idea de exponer agentes soviéticos a lo largo y ancho de Occidente. Lo hacía para salvaguardar su propia posición en su nuevo hogar, evidentemente, y por el dinero que recibiría por traicionar a su patria, pero su preocupación principal consistía en salvar aquella vida.

El martes por la mañana Ryan durmió más que de costumbre y se levantó poco después de las ocho, con la idea de estar bien descansado para el día siguiente. Sin duda, lo necesitaría.

Sharp y el resto del equipo ya estaban levantados.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jack al entrar en el comedor.

—Hemos recibido las radios —respondió Sharp, que ya las había distribuido alrededor de la mesa—. Son excelentes, exactamente como las que usa vuestro servicio secreto, la misma marca: Motorola. Completamente nuevas y están codificadas. Micrófonos de solapa y auriculares.

Ryan examinó la suya. El auricular era de plástico transparente, rizado como el cable de un teléfono y casi invisible. Era una buena noticia.

—¿Pilas?

—Completamente nuevas, con dos juegos de repuesto para cada unidad. Es agradable comprobar que cuidan bien de su majestad.

—Esto significa que nadie puede oírnos y podemos intercambiar información —dijo Ryan ante aquella buena noticia, junto a un montón de las otras . ¿Qué plan tenemos para hoy?

Volveremos a la plaza para mirar un poco más y con la esperanza de ver a nuestro amigo Strokov.

—¿Y si lo vemos? —preguntó Ryan.

—Lo seguiremos hasta su alojamiento y veremos si hay forma de hablar con él esta noche.

—Si llegamos a ese punto, ¿nos limitaremos a hablar con él?

—¿Tú qué crees, sir John? —respondió Sharp con una fría mirada.

—¿Realmente estás dispuesto a llegar tan lejos, señor Sharp?, no preguntó Jack. El caso es que ese cabrón era un asesino múltiple y, por muy civilizados que fueran los británicos, tras sus buenos modales y su famosa hospitalidad sabían cómo hacer el trabajo, y si bien Jack no estaba seguro de que fuera capaz de ir tan lejos, esos muchachos probablemente no tenían las mismas reservas. Ryan no creía que eso le quitara el sueño, con la condición de que no fuese él personalmente quien apretara el gatillo. Además, probablemente le brindarían antes la oportunidad de cambiar de patria. Más valía un desertor parlante que un cadáver silencioso.

—¿Revelaría esto alguna información?

Sharp negó con la cabeza.

—No. Recuerda que fue él quien mató a Georgi Markov. Siempre podemos decir que es la aplicación de la justicia de su majestad a alguien que necesitaba descubrirla.

—En nuestro país reprobamos el asesinato, Jack —declaró Sparrow— Sería realmente un placer darle su merecido.

—De acuerdo —respondió Ryan.

Esto tampoco le quitaría el sueño. Estaba seguro de que merecería la aprobación de su padre.

Sí, señor.

Durante el resto del día actuaron como turistas y probaron sus radios. Resultó que funcionaban tanto dentro como fuera de la basílica y, mejor todavía, de un lado a otro de los inmensos muros de piedra. Cada uno de ellos utilizaría su propio nombre como identificador. Tenía más sentido que emplear números o inventar nombres en clave que deberían recordar, agregando confusión innecesaria si las cosas se ponían feas. De vez en

cuando escudriñaban el entorno en busca del rostro de Boris Strokov, con la esperanza de que se produjera un milagro y con la confianza de que, de vez en cuando, sucedía. Alguien ganaba realmente en la lotería, que también existía en Italia, y en las quinielas todas las semanas, por lo que era posible, aunque sumamente improbable; pero aquel día no sucedió.

Tampoco descubrieron un lugar mejor desde donde dispararle a un hombre en un vehículo que se desplazara lentamente. Consideraron que las primeras impresiones de Ryan sobre las realidades tácticas del lugar eran correctas. Eso hizo que Jack se sintiera satisfecho, hasta que se percató de que, si había metido la pata, sería culpa suya y no de los demás.

—Ten en cuenta —dijo Ryan dirigiéndose a Mick King mientras Sharp desempeñaba su labor como subjefe de la misión en representación del embajador británico que más de la mitad de la muchedumbre se concentrará ahí, en el centro.

—Eso nos favorece, Jack. Sólo un demente dispararía desde allí, a no ser que tuviera previsto que Scotty lo teletransportara a la nave estelar Enterprise. Desde allí no hay escapatoria posible.

—Cierto —reconoció Jack—. ¿Qué me dices desde algún lugar del interior antes de que el papa llegue al coche?

—Es posible —asintió Mick . Pero eso significaría que Strokov, o alguien que estuviera bajo su control, se habría infiltrado ya en la administración o casa del papa, o como lo llamen, y por tanto podría cometer el atentado cuando lo deseara. No creo que sea fácil infiltrarse en esa organización. Eso significaría mantener un disfraz psicológicamente difícil durante un período prolongado. No —insistió, meneando la cabeza—. Yo descartaría esa posibilidad.

—Espero que estés en lo cierto.

—También yo, Jack.

Todos se marcharon alrededor de las cuatro, cada uno en su propio taxi hasta las cercanías de la embajada británica y anduvieron el resto del camino.

La cena fue tranquila aquella noche. Cada uno tenía sus propias preocupaciones y todos confiaban en que la locura que el coronel Strokov del DS tuviera prevista no fuera para esa semana y que pudieran regresar todos a Londres al día siguiente, sin haber sufrido ningún percance. Si había algo que Ryan había aprendido era que, por muy experimentados que fueran aquellos espías de campo, se sentían tan incómodos como él respecto a esa misión. Era reconfortante no ser el único angustiado. ¿O era sólo la emoción del peligro inminente? ¿Sería así como se habían sentido la noche anterior al día D? No, allí no los esperaba ningún ejército alemán. Su trabajo consistía en evitar un posible asesinato y ni siquiera eran ellos quienes corrían peligro. Era otro que no lo sabía o a quien no le preocupaba estar en peligro, y ellos se habían responsabilizado de su vida. Mick King estaba en lo cierto desde sus primeras impresiones el día anterior. Era una misión imposible.

—Más novedades de Rabbit —declaró Moore en la reunión habitual de la tarde.

—¿De qué se trata?

—Basil dice que hay un agente profundamente infiltrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y Rabbit les ha facilitado suficiente información para reducirlo a cuatro individuos potenciales. El servicio ya los vigila. También les ha facilitado más datos sobre Cassius, que trabaja para ellos desde hace poco más de diez años. Definitivamente, un ayudante ejecutivo de un senador de la Junta de Inteligencia; un asesor político, por lo que parece. Por consiguiente, se trata con toda probabilidad de alguien que ha prestado juramento y tiene acceso a información reservada. Eso lo reduce a dieciocho personas, que el FBI debe investigar.

—¿Qué les entrega, Arthur? —preguntó Greer.

—Parece que todo lo que comunicamos al Capitolio sobre operaciones del KGB llega a la plaza Dzerzhinskiy en menos de una semana.

—Quiero a ese hijo de puta —declaró Ritter—. Si eso es cierto, significa que por su culpa hemos perdido agentes.

Y Bob Ritter, a pesar de todos sus defectos, cuidaba de sus agentes como una osa de sus cachorros.

—Después de tanto tiempo, probablemente se siente bastante cómodo con lo que hace.

—Nos habló de alguien en la armada, un tal Neptune, si mal no recuerdo —dijo Greer.

—Eso no es ninguna novedad, pero indudablemente se lo preguntaremos. Podría ser cualquiera. ¿Qué precauciones toma la marina con su información codificada?

Greer se encogió de hombros.

—Todos los barcos disponen de personal de Comunicaciones: un contramaestre y un oficial. Se supone que deben destruir los originales y arrojarlos por la borda todos los días. Se supone que no sólo una sino dos personas deben presenciarlo. Y todos han prestado juramento...

—Pero sólo los que han prestado juramento pueden jodernos —recordó Ritter.

—Sólo la persona a quien confías tu dinero puede robarte —matizó el juez Moore, que había conocido suficientes casos a lo largo de su carrera—. Ése es el problema. Imaginaos cómo se sentirán los rusos si averiguan lo de la Rabbit.

—Eso es distinto —repuso Ritter.

—Muy bien, Bob —respondió el director de la CIA con una carcajada—. Mi esposa siempre me dice lo mismo; debe de ser el grito de guerra femenino en el mundo entero: «Eso es distinto.» No olvidéis que el otro lado también se considera la fuerza de la verdad y la belleza.

—De acuerdo, juez, pero vamos a darles una paliza. Era agradable ver tanta seguridad, especialmente en alguien como Bob Ritter, pensó Moore.

—¿Sigues pensando en «La máscara de la muerte roja», Robert?

—Voy reuniendo algunas ideas. Dame unas semanas.

—De acuerdo.

Era sólo la una de la madrugada en Washington cuando Ryan se despertó en Italia. La ducha lo ayudó a despabilarse y su cutis quedó suave después del afeitado. A las siete y media bajaba a desayunar. La señora Sharp preparó un café al estilo italiano, que sabía como si alguien hubiera vaciado el cenicero en la cafetera. Jack lo atribuyó a los diferentes

gustos nacionales. Los huevos y el beicon inglés estaban buenos, así como las tostadas con mantequilla. Alguien había decidido que los hombres debían llenar el estómago antes de entrar en acción. Lástima que los británicos no conocieran el puré de patatas asadas, lo que más llenaba de los desayunos poco sanos.

—¿Listo? —preguntó Sharp a su llegada.

—Supongo que sí. ¿Dónde están los demás?

—Nos reuniremos delante de la basílica dentro de treinta minutos. —Estaba a sólo cinco minutos en coche—. Aquí tienes un amigo para que te acompañe —agregó, entregándole una pistola.

Jack la cogió, abrió el cargador y comprobó que afortunadamente no estaba cargada.

—Puede que también necesites esto —dijo Sharp al tiempo que le ofrecía dos cargadores.

Eran evidentemente balas de punta dura, que atravesarían el objetivo perforando sólo un agujero de nueve milímetros. Pero los europeos creían que con eso podían derribar un elefante. Sí, claro, pensó Jack, que deseaba poder usar su Colt 45 M1911A1, mucho más útil para derribar a alguien y asegurarse de que no se levantara hasta la llegada de la ambulancia. Aunque nunca había llegado a dominar del todo su gran Colt, a pesar de haber logrado pasar la prueba por los pelos. Ryan era realmente un buen tirador con un rifle, pero casi todo el mundo lo era. Sharp no le facilitó ninguna pistolera. Debería colocarse la Browning de alta potencia en el cinturón y mantener la chaqueta abrochada para ocultarla. Lo engorroso de llevar pistola era lo mucho que pesaban, y sin una pistolera adecuada tendría que ajustarla constantemente para asegurarse de que no se cayera, ni se deslizara por sus pantalones. Era absurdo. Además, le molestaría muchísimo para sentarse, aunque hoy eso no ocurriría con frecuencia. Guardó el cargador de repuesto en el bolsillo de la chaqueta. Abrió el cerrojo, introdujo el cargador en la culata y levantó el percutor. La pistola estaba ahora cargada y «en batería», es decir, lista para disparar. Entonces reflexionó y bajó cuidadosamente el percutor. Puede que bastara con el seguro, pero le habían enseñado a no confiar en el mismo. Antes de disparar, debería acordarse de levantar el percutor, cosa que afortunadamente olvidó con Sean Miller. Pero en esta ocasión, y en el peor de los casos, no lo olvidaría.

—¿Hora de moverse? —preguntó Jack.

—¿Quiere eso decir que si nos vamos? —preguntó el jefe de la delegación romana—. Quería preguntártelo cuando lo dijiste por primera vez.

—Sí, como moverse de un lado para otro de la calle. Es un americanismo. Creo que antes lo utilizaban para referirse al baile.

—Aquí tienes la radio —señaló Sharp—. Se sujeta al cinturón sobre el bolsillo de la cartera. Apagado y encendido; el auricular se sujeta al cuello y el micrófono a la solapa. Es un aparato muy ingenioso.

Ryan se lo colocó todo debidamente, pero dejó la radio apagada. Luego guardó las pilas de repuesto en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. No esperaba necesitarlas, pero más vale prevenir que curar. Se llevó la mano al dorso para encontrar el interruptor de la radio y lo probó.

—Bien. ¿Qué alcance tienen estas radios?

—Según el manual, cinco kilómetros. Más de lo que necesitamos.

¿Listo?

—Sí.

Jack se puso en pie, se ajustó la pistola en el lado izquierdo de su cinturón y siguió a Sharp de camino al coche.

El tráfico era agradablemente moderado aquella mañana. Los conductores italianos, por lo que había visto hasta el momento, no eran los locos del volante que se decía. Pero los que circulaban ahora debían de ser personas sobrias que se dirigían al trabajo, ya fuera en una inmobiliaria o de mozo en un almacén. Lo difícil para un turista era recordar que una ciudad era una ciudad y no un parque temático para su diversión personal.

E indudablemente esa mañana Roma no se le parecía ni de lejos, se recordó Jack fríamente.

Sharp aparcó su Bentley oficial aproximadamente en el lugar donde esperaban que lo hiciera Strokov. Allí había otros coches, pertenecientes a los que trabajaban en el puñado de tiendas del barrio, o tal vez a personas que esperaban realizar sus compras antes del caos habitual de los miércoles.

En cualquier caso, aquel lujoso coche británico tenía matrícula diplomática y a nadie se le ocurriría tocarlo. Después de apearse, siguió a Sharp a la plaza y se llevó la mano derecha a la espalda para conectar la radio sin exponer la pistola.

—Bien —dijo, hablando en dirección a su solapa—. Ryan está aquí. ¿Hay alguien más?

—Sparrow, en su puesto en la columnata —respondió inmediatamente una voz.

—King, en su lugar.

—Ray Stones, en su lugar.

—Parker, en su lugar.

Phil Parker, el último en llegar de Londres, estaba en la calle lateral.

—Aquí, Tom Sharp con Ryan. Haremos una comprobación por radio cada quince minutos. Comunicadlo inmediatamente si veis algo que tenga el menor interés. Cierro —dijo antes de dirigirse a Ryan—. Esto ya está hecho.

—Efectivamente —respondió Ryan consultando su reloj.

Debían transcurrir varias horas antes de que apareciera el papa. ¿Qué estaría haciendo ahora? Se suponía que se levantaba muy temprano. Indudablemente, lo primero importante que hacía todos los días era decir misa, como todos los curas católicos en el mundo entero, y ésa era probablemente la parte más importante de su programa matinal, que servía para recordarle exactamente quién era, un sacerdote al servicio de Dios, realidad conocida y probablemente celebrada en su propia mente durante cuarenta años de opresión nazi y comunista, al servicio de su rebaño. Pero ahora su rebaño, su parroquia, alcanzaba el mundo entero, al igual que su responsabilidad hacia ellos.

Jack recordó su época en el cuerpo de marines. Cruzando el Atlántico en el buque portahelicópteros, sin sospechar que tendría un accidente que pondría en peligro su vida; los domingos se celebraban los servicios religiosos y entonces se izaba la bandera de la Iglesia, por encima de la nacional, como reconocimiento por parte de la armada estadounidense de que había una lealtad superior a la de la patria. Era la lealtad al propio

Dios, un poder superior al de los Estados Unidos de América y su país lo reconocía. Jack, con su pistola en la cintura, sentía dicha lealtad aquí y ahora. Era como algo físico sobre sus espaldas. Alguien quería matar al papa, al vicario de Jesucristo en la tierra. Y eso, de pronto, le resultaba terriblemente ofensivo. El peor de los delincuentes callejeros pasaba por alto a los sacerdotes, los pastores o los rabinos, porque ahí arriba podría haber realmente un dios, y no parecía una buena idea maltratar a su representante personal entre los hombres. ¿No se molestaría Dios mucho más si asesinaban a su primer representante en la tierra? El papa era un hombre que con toda probabilidad no había perjudicado nunca a nadie en su vida. La Iglesia católica no era una institución perfecta; nada humano lo era, ni podría serlo jamás. Pero emanaba de la fe en el Todopoderoso y su política raramente se separaba, si es que alguna vez llegaba a hacerlo, del amor y la caridad.

Pero esas doctrinas se interpretaban como una amenaza en la Unión Soviética. ¿Qué mejor prueba de quiénes eran los malos en el mundo? Ryan había jurado como marine luchar contra los enemigos de su patria. Pero aquí y ahora juró hacerlo contra los enemigos de Dios. El KGB no reconocía ningún poder superior al del partido al que servía. Y de ese modo se proclamaban enemigos de toda la humanidad, ¿acaso no había sido el hombre creado a imagen y semejanza de Dios? No de Lenin, ni de Stalin, sino de Dios.

El caso es que llevaba una pistola diseñada por John Moses Browning, un norteamericano, tal vez mormón, porque Browning era de Utah, aunque Jack no sabía a qué fe pertenecía.

El tiempo transcurría lentamente para Ryan. De nada servía consultar frecuentemente su reloj. Iba llegando gente. No en grandes cantidades, sino más bien como los espectadores de un partido de baloncesto, uno a uno, por parejas, o en pequeños grupos familiares.

Muchos niños y bebés en brazos de sus madres, algunos acompañados de monjas, con toda probabilidad excursiones escolares para ver al sumo pontífice. Aquél también era un término romano, que con una claridad asombrosa comparaba al sacerdote con un pontifex, un constructor de puentes entre los hombres y el más allá.

«Vicario de Jesucristo en la tierra», era lo que se repetía en la mente de Jack. Ese cabrón de Strokov habría sido capaz de matar al propio Jesucristo. Un nuevo Poncio Pilatos, que si no era un opresor en sí mismo, ciertamente representaba a los opresores aquí para escupirle a Dios en la cara. Evidentemente no podía dañar a Dios. Nadie era tan poderoso, pero atacar una de sus instituciones o a uno de sus representantes ya era suficientemente grave. Se suponía que Dios castigaría a dichas personas a su debido tiempo y puede que el Señor eligiera sus propios instrumentos para el castigo, incluso tal vez ex marines estadounidenses...

Mediodía. Sería un día caluroso. ¿Cómo habría sido la vida aquí en la época de los romanos sin aire acondicionado? Bueno, no conocían otra alternativa y el cuerpo se adaptaba al medio ambiente gracias a algo medular, por lo que Cathy le había dicho en una ocasión. Le habría resultado más cómodo quitarse la chaqueta, pero no con la pistola en su cintura... Circulaban vendedores ambulantes con refrescos y helados. ¿Como los negociantes en el templo? —se preguntó Jack—. Probablemente, no. Los curas presentes no les llamaban la atención.

Vaya, ¿sería ésa una buena forma para el malo de acercarse con su arma?, pensó. Pero estaban bastante lejos y ya era demasiado tarde para preocuparse de dicha posibilidad. Además, ninguno de ellos se parecía al de las fotos. Jack tenía una pequeña fotografía de Strokov en su mano izquierda y de vez en cuando la examinaba. Evidentemente, ese cabrón podría haberse disfrazado. Sería estúpido no hacerlo y con toda probabilidad Strokov no era imbécil. No en esa profesión. Los disfraces no lo ocultaban todo. Indudablemente, la longitud y el color del pelo sí, pero no la altura. Para eso sería preciso recurrir a la cirugía. Uno podía parecer más pesado, pero no más ligero. ¿Pelo facial? Bien, busquemos a alguien con barba o bigote. Ryan volvió la cabeza para escudriñar el entorno. Nada. Por lo menos, nada evidente.

Faltaba media hora. Ahora bullía la multitud, que por lo menos hablaba una docena de idiomas diferentes. Había turistas y fieles de muchos lugares del mundo. Cabezas rubias de Escandinavia, negros africanos, asiáticos. Algunos, evidentemente, norteamericanos... pero ninguno claramente búlgaro. Por cierto, ¿qué aspecto tenían los búlgaros? El problema consistía en que la Iglesia católica era supuestamente universal y eso significaba personas de todos los aspectos físicos imaginables. Multitud de posibles disfraces.

—Sparrow, aquí Ryan. ¿Ves algo dudoso? —preguntó Jack a su solapa.

—Negativo —respondió una voz por el auricular—. Examino la multitud a tu alrededor. Nada que informar.

—Corto —dijo Jack.

—Si está aquí, parece invisible —declaró Sharp junto a Ryan.

Estaban a ocho o diez metros de las vallas de contención, que colocaban para la comparecencia semanal del papa. Parecían pesadas. Jack se preguntó si se precisarían dos o cuatro hombres para subirlas a un camión. Descubrió que, en momentos como ése, la mente tenía tendencia a divagar y debía evitarlo. Sigue escudriñando la multitud, se dijo.

¡Demasiadas caras! —se respondió a sí mismo, enojado—. Y cuando ese cabrón ocupe su lugar, mirará en otra dirección.

—Tom, ¿qué te parece si nos desplazamos al borde de la multitud y seguimos por las vallas?

—Buena idea —respondió inmediatamente Sharp.

Abrirse paso entre la muchedumbre era difícil, pero no imposible. Ryan consultó su reloj. Quince minutos. El público se apretujaba cada vez más contra las vallas para estar más cerca. Había una creencia de la época medieval, según la cual el mero roce de un rey podía curar una enfermedad o traer buena suerte, que evidentemente perduraba. ¿Y no sería mucho más cierto si en lugar de un rey era el Pontifex Maximus? Algunos de los presentes eran víctimas del cáncer, que le pedían a Dios un milagro. Puede que algunos milagros realmente se produjeran. Los médicos lo denominaban remisión espontánea y lo descartaban como proceso biológico que eran incapaces de comprender. Pero tal vez existían verdaderamente los milagros, y para los beneficiados ciertamente lo eran. He ahí algo más que Ryan no alcanzaba a comprender.

La gente se inclinaba hacia adelante y volvía la cabeza en dirección a la iglesia.

—Sharp, Ryan, Sparrow. Posible objetivo veinte pasos a vuestra izquierda, en tercera fila a partir de las vallas. Chaqueta azul —oyó Jack

por su auricular.

Empezó a avanzar sin esperar a Sharp. Era difícil abrirse paso entre la muchedumbre, pero no como en el metro de Nueva York. Nadie lo imprecó. Ryan miraba hacia adelante...

Sí... ahí estaba. Volvió la cabeza para mirar a Sharp y se dio un par de golpecitos en la nariz.

—Ryan, cerca del objetivo —dijo por el micrófono de su solapa—. Dirígeme, John.

—Diez pasos al frente, Jack, inmediatamente a la izquierda de una mujer de aspecto italiano, con un vestido color castaño. Nuestro amigo tiene el pelo castaño claro. Mira a la izquierda.

Aleluya —dijo Jack para sus adentros. Tardó otros dos minutos en situarse a la espalda de ese cabrón—. Hola, coronel Strokov.

Oculto entre la tupida muchedumbre, Jack se desabrochó la chaqueta.

El individuo en cuestión estaba más atrás de lo normal, pensó Jack. La gente a su alrededor limitaba su campo de tiro, pero la mujer que tenía delante era suficientemente baja para disparar por encima de su cabeza y su campo de visión era bastante amplio.

Muy bien, Boris Andréievich, si quieres jugar, esta partida va a sorprenderte un poco. Si el ejército y la armada algún día quieren examinar los caminos del Señor, descubrirán que las calles están protegidas por los marines norteamericanos, hijo de puta.

Tom Sharp aprovechó la oportunidad para deslizarse entre la multitud frente a Strokov, y lo rozó ligeramente a su paso. A continuación se volvió hacia Ryan y levantó un puño al aire. Strokov iba armado.

Creció el ruido de la muchedumbre y todos los idiomas se mezclaron en un murmullo, que de pronto se convirtió en silencio absoluto. Acababa de abrirse una puerta de bronce fuera del campo de visión de Ryan.

Sharp estaba a cuatro pasos, con sólo un adolescente entre él y Strokov... podía lanzarse fácilmente sobre él.

Entonces empezó el griterío. Ryan retrocedió ligeramente, sacó su pistola y levantó el percutor, de modo que estuviera lista para disparar. Tenía la mirada fija en Strokov.

—King, ¡el papa sale ahora! Ya se ve el vehículo.

Pero Ryan no podía contestar. Tampoco alcanzaba a ver el coche del papa.

—Sparrow, ya lo veo. Ryan/Sharp, entrará en vuestro campo de visión en pocos segundos.

Sin poder decir palabra, ni ver cómo se acercaba Su Santidad, Jack mantenía la mirada fija en los hombros del objetivo. No se puede mover el brazo sin mover también los hombros y, cuando lo hiciera...

Dispararle a alguien por la espalda es un asesinato, Jack...

De reojo, Ryan alcanzaba a ver la parte frontal izquierda del pequeño jeep blanco que avanzaba lentamente de izquierda a derecha. El hombre que tenía delante miraba vagamente en esa dirección... pero no exactamente... ¿por qué?

Entonces se movieron ligeramente sus hombros... En la parte inferior del campo de visión de Ryan apareció su codo derecho, indicando que el antebrazo estaba ahora paralelo al suelo.

A continuación retrocedió ligeramente su pie derecho. Aquel hombre se disponía a...

Ryan apoyó el cañón de su pistola en la base de su espina dorsal. Percibía las vértebras con su Browning. Jack se percató de que movía la cabeza, apenas unos milímetros, se inclinó hacia adelante y le susurró al oído:

—Si esa pistola que tiene en la mano se dispara, usará pañales para el resto de su vida. Ahora deslice suavemente los dedos y entréguemela, o le dispararé sin contemplaciones.

Misión cumplida —declaró el cerebro de Ryan—. Este cabrón no va a matar a nadie. Adelante, resístete si te apetece. No hay nadie tan rápido. Tenía el dedo tan cerca del gatillo que si Strokov hacía algún movimiento brusco la pistola se dispararía por cuenta propia y le seccionaría irreversiblemente la columna. El individuo titubeó, e indudablemente su cerebro examinaba diversas alternativas a la velocidad de la luz. Había formas de reaccionar cuando alguien te apoyaba una pistola en la espalda, e incluso las había practicado en la academia, pero aquí y ahora, después de veinte años, con una pistola de verdad apoyada en la columna vertebral, aquellas lecciones con pistolas de juguete parecían algo muy lejano. ¿Lograría obligar al agresor a apartar la pistola sin que le destruyera un riñón? Probablemente, no. Por consiguiente, su mano derecha se levantó tal como le había ordenado...

Ryan se sobresaltó al oír el ruido de uno, dos, tres disparos de pistola a menos de cinco metros. Fue uno de esos momentos en los que el mundo deja de girar, el corazón y los pulmones dejan de funcionar, y en todas las mentes se produce un instante de claridad absoluta. La mirada de Jack se dirigió al ruido. Ahí estaba el Santo Padre y en su sotana blanca había una mancha roja, del tamaño de medio dólar, en el pecho, y en su hermoso rostro se reflejaba el sobresalto de algo tan rápido que todavía no le dolía, pero ya se le desplomaba el cuerpo y giraba hacia la izquierda, doblándose sobre sí mismo.

Ryan tuvo que apelar a toda su disciplina para no apretar el gatillo. Con la mano izquierda le quitó la pistola al sujeto.

—No te muevas, hijo de puta. No des un solo paso, no vuelvas la cabeza, no hagas nada. ¡Tom! —chilló.

—Sparrow, lo han cogido, tienen al pistolero. Está en el suelo; debe de haber unas diez personas encima de él. El papa ha recibido dos, tal vez tres impactos.

La reacción de la multitud tuvo un carácter casi binario. Los que se encontraban más cerca del pistolero, se abalanzaron como gatos sobre un desgraciado ratón, y quienquiera que fuese el pistolero, había pasado a ser invisible bajo un montón de turistas, a unos tres metros de donde se encontraban Ryan, Sharp y Strokov. La gente alrededor de Ryan se retiraba, en realidad con bastante lentitud...

—Jack, vamos a sacar de aquí a nuestro amigo, ¿vale? Y los tres se desplazaron hacia el arco de escape, como Ryan había llegado a imaginarlo.

—Sharp a todos: tenemos a Strokov. Abandonad la zona por separado y nos reuniremos en la embajada.

Al cabo de un minuto estaban en el Bentley oficial de Sharp. Ryan se colocó detrás con el búlgaro.

Strokov se sentía claramente mejor ahora respecto a la situación.

—¿Qué ocurre? Soy miembro de la embajada búlgara y...

—Recordaremos sus palabras, viejo. Por ahora es usted huésped del gobierno de su majestad británica. Pórtese bien o, de lo contrario, mi amigo lo matará.

—Ésta es una herramienta muy interesante de la diplomacia —dijo Ryan mientras examinaba la pistola de Strokov, reglamentaría en el bloque oriental, con un enorme y engorroso silenciador atornillado al cañón. Indudablemente se proponía dispararle a alguien.

¿Pero a quién? De pronto Ryan no estaba seguro.

—¿Tom?

—Dime, Jack.

—Había algo peor de lo que creíamos.

—Creo que tienes razón —reconoció Sharp—. Pero tenemos a alguien que nos lo aclarará.

El viaje de regreso a la embajada le reveló a Ryan lo que había sido para él un talento escondido. El Bentley tenía un motor inmensamente potente y Sharp sabía cómo utilizarlo, saliendo disparado del Vaticano como un bólido de fórmula uno. El coche se detuvo en un pequeño parque de estacionamiento junto a la embajada y los tres entraron por una puerta lateral y de allí se dirigieron al sótano. Cubierto por Ryan, Sharp esposó al búlgaro y lo sentó en una silla de madera.

—Coronel Strokov, debe usted responder por el asesinato de Georgi Markov —dijo Sharp—. Lo buscamos desde hace varios años.

Strokov abrió enormemente los ojos. A pesar de la rapidez con que se había desplazado el Bentley, la mente de Tom Sharp había funcionado todavía a mayor velocidad.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que tenemos unas fotos suyas cuando salía del aeropuerto de Heathrow después de matar a nuestro buen amigo en el puente de Westminster. Scotland Yard lo vigilaba, amigo, pero usted se marchó unos minutos antes de que recibieran la autorización para detenerlo. He ahí su mala suerte. Por consiguiente, nuestra misión ahora es detenerlo. Comprobará, coronel, que somos bastante menos civilizados que Scotland Yard. Usted asesinó a un hombre en territorio británico. Su majestad la reina no aprueba esa clase de actos, coronel.

—Pero...

—¿Por qué nos molestamos en hablar con este cabrón, Tom? —preguntó Ryan siguiéndole la corriente—. ¿No tenemos nuestras órdenes?

—Paciencia, Jack, paciencia. De momento no va a ninguna parte.

—Quiero llamar por teléfono a mi embajada —dijo Strokov con muy poco entusiasmo, según el parecer de Ryan.

—A continuación nos pedirá un abogado —bromeó Sharp—. En Londres podría disponer de la ayuda de un abogado, pero no estamos en Londres.

—Ni nosotros somos Scotland Yard —agregó Jack en el mismo tono que Sharp—. Debería habérmelo cargado en la iglesia, Tom.

Sharp negó con la cabeza.

—Demasiado ruido. Es preferible dejar simplemente que... desaparezca, Jack. Estoy seguro de que Georgie lo comprendería.

Estaba claro por la expresión del rostro de Strokov que no estaba acostumbrado a que otros hablaran ante él de su destino, como tantas veces había hecho él respecto a otros. Comprobaba que era más fácil ser

valiente cuando era él quien tenía la pistola en la mano.

—En realidad no iba a matarlo, Tom, sólo a partirle la médula por debajo de la cintura. Ya sabes, condenarlo a ir en silla de ruedas el resto de su vida y con la incontinencia de un bebé. ¿Qué lealtad crees que le tendrá su gobierno?

Sharp casi se atragantó sólo de pensarlo.

—¿Lealtad, el Dirzhavna Sugurnost? Por favor, Jack, habla en serio. Se limitarán a ingresarlo en un hospital, probablemente en un psiquiátrico, y le limpiarán el culo una o dos veces al día si tiene suerte.

Ryan se percató de que habían dado en el clavo. Ninguno de los servicios orientales se distinguía por su lealtad hacia abajo, ni siquiera para los que habían demostrado gran lealtad hacia arriba. Y Strokov lo sabía. No, cuando alguien metía la pata se encontraba en un pozo de mierda y sus amigos desaparecían como la bruma matutina. Además, a Ryan no le parecía que Strokov tuviera muchos amigos. Incluso en su propio servicio debía de ser como un perro de presa, tal vez valioso, pero no apreciado como para confiarle los hijos.

—En cualquier caso, mientras Boris y yo hablamos del futuro, tú tienes que coger un avión —dijo Sharp, de lo cual Ryan se alegró, porque empezaba a no saber qué decir—. Dale recuerdos a sir Basil, ¿de acuerdo?

—No te quepa la menor duda, Tommy.

Ryan salió de la habitación y respiró hondo. Mick King y los demás lo estaban esperando. Alguien en la residencia oficial de Sharp le había hecho las maletas y un minibús de la embajada aguardaba para llevarlos al aeropuerto. Subieron a un Boeing 737 de British Airways en el último momento, todos con billetes de primera clase. Ryan se sentó junto a King.

—¿Qué diablos vamos a hacer con él? —preguntó Jack. —¿Con Strokov? Buena pregunta —contestó Mick—. ¿Seguro que quieres conocer la respuesta?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LANZAMIENTO DISIMULADO

En las dos horas que duró el vuelo de regreso a Heathrow, Ryan se tomó tres minibotellas de whisky de malta, más que nada porque era el único licor disponible en el avión. De algún modo, su miedo a volar pasó a un segundo plano, a lo que contribuyó el hecho de que el vuelo fuera tan suave como si el aparato no hubiera despegado, aunque Ryan tenía también otro montón de cosas en la cabeza.

—¿Qué ha fallado, Mick? —preguntó Ryan cuando volaban sobre los Alpes.

—Lo que ha fallado es que nuestro amigo Strokov no tenía intención de llevar a cabo el asesinato personalmente. Disponía de otro hombre para efectuar los disparos.

—Entonces, ¿por qué llevaba una pistola con silenciador?

—¿Quieres una hipótesis? Apostaría a que se proponía eliminar

personalmente al asesino, para luego mezclarse con la muchedumbre y huir. No es posible leerle la mente a todo el mundo, Jack —agregó King.

—Por tanto, hemos fracasado —concluyó Ryan.

—Tal vez. Depende de dónde hayan ido a parar las balas. John ha dicho que había recibido un impacto en el cuerpo, otro tal vez en el brazo o en la mano y con el otro disparo no había acertado, o a lo sumo lo había rozado. De modo que su supervivencia ahora depende del cirujano que lo esté operando —respondió King encogiéndose de hombros—. No está en nuestras manos, amigo.

—Joder —masculló Ryan entre dientes.

—¿Has hecho cuanto has podido, sir John?

—Sí, claro, naturalmente. Todos lo hemos hecho.

—¿Y no es eso cuanto uno puede hacer? Jack, trabajo en el campo desde hace... doce años. A veces las cosas salen como está previsto; otras, no. Dada la información que poseíamos y el personal disponible, no veo cómo podríamos haberlo hecho mejor. Tú eres analista, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Pues te has portado muy bien para ser oficinista y ahora sabes mucho más sobre las operaciones de campo. No hay garantías en este tipo de trabajo —dijo King antes de tomar otro trago—. Tampoco puedo decir que me guste. Perdí a un agente en Moscú hace dos años. Era un joven capitán en el ejército soviético. Parecía una buena persona. Tenía esposa y un hijo pequeño. Lo fusilaron, evidentemente. Sólo Dios sabe lo que le habrá ocurrido a su familia. Puede que ella esté en un campo de trabajo o en algún pueblo perdido de Siberia. Uno nunca llega a averiguarlo. Víctimas anónimas y sin rostro, pero víctimas, a pesar de todo.

—El presidente está furioso —dijo Moore a sus altos ejecutivos, con la oreja derecha todavía ardiendo de su conversación anterior, hacía diez minutos.

—¿Tan grave es? —preguntó Greer.

—Tan grave —confirmó el director—. Quiere saber quién lo hizo y por qué, y preferiría saberlo antes del almuerzo. —Eso es imposible —dijo Ritter.

—Ahí está el teléfono, Bob. Llámalo y díselo —sugirió el juez.

Ninguno de ellos había visto jamás al presidente enojado. En general, era algo que la gente procuraba evitar.

—¿De modo que Jack tenía razón? —preguntó Greer.

—Puede que tuviera una buena intuición. Pero tampoco evitó que sucediera —observó Ritter.

—Eso es algo que puedes decirle, Arthur —sugirió Greer con cierta esperanza en el tono de su voz.

—Tal vez. Me pregunto lo buenos que son los médicos italianos.

—¿Qué sabemos? —preguntó Greer—. ¿Tenemos alguna noticia?

—Un impacto grave en el pecho. Al presidente debería de resultarle fácil identificarse con eso —reflexionó Moore en voz alta—. Otros dos impactos, pero no graves.

—Entonces llama a Charlie Weathers en Harvard y pregúntale cuál es el pronóstico —sugirió Ritter.

—El presidente ya ha hablado con los cirujanos en Walter Reed. Tienen

esperanza pero no se comprometen.

—Estoy seguro de que todos dicen: «Si estuviera en mis manos, lo resolvería.»

Greer tenía experiencia con médicos militares. Los pilotos de caza eran penosamente tímidos comparados con los cirujanos de campaña.

—Voy a llamar a Basil y a traer aquí a Rabbit, tan pronto como las fuerzas aéreas tengan listo un avión. Si Ryan está disponible, que conociendo a Basil debe de estar regresando de Roma en estos momentos, quiero que también venga en el mismo avión.

—¿Por qué? —preguntó Ritter.

—Para que pueda informarnos, y tal vez también al presidente, sobre su análisis de la amenaza con anterioridad al incidente.

—Maldita sea, Arthur. —Greer estuvo a punto de estallar—. Nos hablaron de la amenaza hace cuatro o cinco días.

—Pero nosotros queríamos interrogar personalmente a ese individuo —reconoció Moore—. Lo sé, James, lo sé.

Ryan salió del avión detrás de Mick King. Al pie de la escalera había alguien que debía de pertenecer a Century House. Ryan se percató de que lo miraba fijamente.

—Doctor Ryan, ¿tendría la bondad de acompañarme? Mandaremos a alguien a por su equipaje —prometió aquel individuo.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos un helicóptero para llevarlo a la base de la RAF en Mildenhall y...

—Y una mierda. No me subo a un helicóptero desde que estuve a punto de morir en uno. ¿A qué distancia está?

—Una hora y media en coche.

—Bien. Consiga un coche —ordenó Jack antes de volver la cabeza Gracias por intentarlo, muchachos.

Sparrow, King y los demás le estrecharon la mano. Efectivamente, todos lo habían intentado, aunque nadie reconocería jamás su esfuerzo. Entonces Jack se preguntó qué haría Tom Sharp con Strokov y decidió que Mick King tenía razón. Realmente no quería saberlo.

Mildenhall está justo al norte de Cambridge, sede de una de las mejores universidades del mundo, y al conductor del Jaguar en el que viajaba Ryan no le importaban los límites de velocidad que pudiera haber en las carreteras británicas. Después de cruzar el control de seguridad del regimiento de defensa de la RAF, el coche no se dirigió al avión que esperaba junto a la pista, sino a un edificio que parecía y era la terminal de ejecutivos. Allí alguien le entregó a Ryan un télex, que leyó en veinte segundos.

—Estupendo —susurró antes de dirigirse a un teléfono para llamar a su casa.

—¡Jack! —exclamó su esposa al reconocer su voz—. ¿Dónde diablos estás?

Debía de estar preocupada; Cathy Ryan no solía hablar de ese modo.

—En la base de la RAF en Mildenhall. Debo ir a Washington.

—¿Por qué?

—Deja que te pregunte algo, cariño: ¿Son buenos los médicos italianos?

—¿Lo dices por lo del papa?

—Sí —respondió escuetamente, sin que su esposa pudiera ver cómo asentía.

—En todos los países hay buenos cirujanos, Jack. ¿Qué ocurre? ¿Estabas tú allí?

—Cath, estaba a unos quince metros de distancia, pero eso es todo lo que puedo decirte y no se lo repitas a nadie, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió su esposa con asombro y frustración en el tono de su voz—. ¿Cuándo volverás a casa?

—Probablemente dentro de un par de días. Debo hablar con ciertas personas en la central y probablemente me mandarán de vuelta inmediatamente. Lo siento, cariño, gajes del oficio. Pero dime, ¿son buenos los médicos en Italia?

—Me sentiría mejor si estuviera en manos de Jack Cammer, pero deben de tener algunos buenos. En todas las grandes ciudades los hay. La Universidad de Padua tiene la Facultad de Medicina más antigua del mundo. Sus oftalmólogos son tan buenos como los del Hopkins. Deben de disponer de buenos especialistas en cirugía general, pero de los que yo conozco, el mejor sería Jack.

John Michael Cammer era el director del Departamento de Cirugía del Hopkins, titular de la prestigiosa cátedra de Halstead y excelente con el bisturí. Cathy lo conocía bien. Jack había hablado con él en un par de ocasiones, en recepciones para recaudar fondos, y le había impresionado favorablemente, pero él no era médico ni podía valorar su capacidad profesional.

Suele ser bastante sencillo tratar una herida de bala, a no ser que haya alcanzado el hígado o el bazo. El mayor problema es la hemorragia. Es como cuando Sally tuvo el accidente conmigo en el coche. Si se llega pronto al hospital y el cirujano es competente, existe una buena posibilidad de sobrevivir, a no ser que el bazo esté roto o el hígado gravemente dañado. He visto la noticia por televisión. La bala no ha alcanzado su corazón, el ángulo no era el adecuado. Apostaría más del cincuenta por ciento a que se recupera. No es joven y eso no ayuda, pero un buen equipo de cirujanos puede hacer milagros si llega con suficiente rapidez a sus manos.

No mencionó las horribles variantes de la cirugía traumática. Las balas podían rebotar las costillas, e ir en las direcciones más imprevisibles. También podían fragmentarse y producir daños en lugares muy diversos. Esencialmente no era posible diagnosticar ni mucho menos tratar una herida de bala a partir de cinco minutos de filmación. Por consiguiente, las posibilidades de sobrevivir del papa superaban el cincuenta por ciento, pero muchos caballos a los que se apostaba cinco contra uno habían derrotado al favorito y ganado el Derby de Kentucky.

—Gracias, cariño. Probablemente podré contarte más cosas cuando vuelva a casa. Dales un abrazo a los niños de mi parte, ¿de acuerdo?

—Pareces cansado —dijo Cathy.

—Lo estoy, cariño. Han sido un par de días muy intensos —respondió Jack, consciente de que seguirían siéndolo—. Ahora debo dejarte.

—Te quiero, Jack.

—Yo también, cariño. Gracias por recordármelo.

Ryan esperó más de una hora la llegada de la familia Zaitzev. Por consiguiente, de haber aceptado la oferta del helicóptero, sólo habría servido para prolongar la espera; típico del ejército norteamericano. Ryan se instaló en un cómodo sofá y se quedó dormido durante quizá media hora.

La familia Rabbit llegó en coche. Un sargento de las fuerzas aéreas norteamericanas despertó a Jack y le indicó el camino al KC-135 que esperaba. Básicamente era un Boeing 707 sin ventanas, equipado también para abastecer de carburante a otros aviones. La falta de ventanas no suponía ningún aliciente para Jack, pero las órdenes eran órdenes; subió por la escalera y encontró una cómoda butaca de cuero, justo delante de las alas. Apenas acababa de despegar el avión cuando Oleg se dejó caer en el asiento adjunto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Zaitzev.

—Hemos capturado a Strokov. Lo he hecho yo personalmente y tenía una pistola en la mano —respondió Ryan—. Pero había otro pistolero.

—¿Strokov? ¿Lo han detenido?

—No exactamente detenido, pero decidió acompañarme a la embajada británica. Ahora está en manos del servicio secreto de Inteligencia.

—Espero que maten a ese zvoloch —refunfuñó Zaitzev.

Ryan no respondió, pero se preguntó si eso realmente sucedería. ¿Jugaban tan duro los británicos? Había cometido un horrible asesinato en su país; maldita sea, a la vista de Century House.

—¿Sobrevivirá el papa? —preguntó Rabbit.

A Ryan le sorprendió que tuviera tanto interés. Puede que, después de todo, fuera realmente un desertor de conciencia.

—No lo sé, Oleg. He hablado con mi esposa, que es cirujana, y dice que tiene más del cincuenta por ciento de posibilidades.

—Algo es algo —reflexionó Zaitzev en voz alta.

—¿Y bien? —preguntó Andrópov.

El coronel Rozhdiéstvensky se irguió un poco más.

—Camarada director, en este momento sabemos poca cosa. El hombre de Strokov efectuó el disparo, como ya sabe, y alcanzó su objetivo en una zona mortal. Strokov no consiguió eliminarlo como estaba previsto, por razones desconocidas. Nuestra delegación en Roma trabaja cautelosamente para descubrir lo ocurrido. El coronel Goderenko dirige personalmente la investigación. Tendremos más información cuando el coronel Strokov regrese a Sofía. Tiene una reserva en un vuelo regular a las 19.00 horas. Por consiguiente, en este momento parece que hemos obtenido un éxito parcial.

—¡No existe tal cosa, coronel! —señaló Andrópov, furioso.

—Camarada director, le dije hace varias semanas que esta posibilidad existía; seguro que lo recuerda. Y aunque ese sacerdote sobreviva, no se apresurará en regresar a Polonia, ¿no le parece?

—Supongo que no —refunfuñó Yuri Vladimirovich.

—¿Y no era ésa la verdadera misión?

—Da —reconoció el director. ¿Ningún mensaje todavía?

—No, camarada director. Hemos tenido que dar instrucciones a un

nuevo oficial de guardia en Comunicaciones y...

—¿Qué me cuenta?

—El comandante Zaitzev, Oleg Ivanovich, y su familia han fallecido en el incendio de un hotel en Budapest. Él era nuestro comunicador para la misión seis, seis, seis.

—¿Por qué no se me había informado?

—Camarada director —respondió sosegadamente Rozhdiéstvensky—, se investigó el caso a fondo. Se devolvieron los cadáveres a Moscú y fueron debidamente enterrados. Todos fallecieron por inhalación de humo. La autopsia fue supervisada personalmente por un médico soviético.

—¿Está usted seguro, coronel?

—Puedo conseguirle el informe oficial si lo desea —respondió Rozhdiéstvensky, seguro de sí mismo—. Lo he leído personalmente.

Andrópov hizo un ademán de desdén.

—Muy bien. Manténgame informado cuando llegue algo. Y quiero que se me comunique inmediatamente el estado de ese problemático polaco.

—A sus órdenes, camarada director.

Rozhdiéstvensky se retiró y el director se concentró en otros asuntos. La salud de Brézhnev se había deteriorado notablemente. Muy pronto, Andrópov debería separarse del KGB para proteger su ascenso a la cabeza de la mesa y eso era lo que más le interesaba en ese momento. Además, Rozhdiéstvensky tenía razón: el cura polaco dejaría de ser un problema durante algunos meses, aunque sobreviviera, y eso bastaba por el momento.

—¿Y bien, Arthur? —preguntó Ritter.

—Se ha tranquilizado un poco. Le he hablado de la operación Beatrix. Le he dicho que nosotros y los británicos teníamos personal allí presente. Quiere conocer personalmente a la liebre que acabamos de sacar. Sigue bastante furioso, pero por lo menos no con nosotros —explicó Moore a su regreso de la Casa Blanca.

—Los británicos tienen a ese tal Strokov bajo custodia —dijo Greer, que acababa de recibir información de Londres—. ¿Sabes que fue precisamente Ryan quien lo capturó? Los británicos lo tienen actualmente en su embajada de Roma. Basil intenta decidir qué hacer con él. Parece que lo más probable es que Strokov dirigiera la operación y reclutara a ese matón turco para efectuar el disparo. Los británicos dicen que, cuando lo capturaron, tenía una pistola con silenciador en la mano. Parece que se proponía eliminar al pistolero, como en aquel caso de la mafia hace algún tiempo en Nueva York, con el fin de desentenderse por completo del atentado.

—¿Tu chico lo ha capturado? —preguntó el director de la CIA, un tanto sorprendido.

—Estaba allí con un equipo de experimentados espías de campo británicos y puede que su entrenamiento en los marines lo ayudara —respondió Ritter—. De modo que tu favorito, James, se lleva otra palmada en la espalda.

No te muerdas la lengua cuando firmes la carta de recomendación, Robert, pensó Greer.

—¿Dónde están todos ahora?

—Probablemente a mitad de camino. Las fuerzas aéreas los traen de vuelta a casa —respondió Ritter—. Dicen que la hora estimada de llegada a Andrews es a las once cuarenta.

Ryan descubrió que había ventanas en la parte delantera y la tripulación era bastante cordial. Incluso logró hablar un poco de béisbol. A los Orioles sólo les faltaba ganar un partido para acabar con los Phillies, se sorprendió de descubrir. A los tripulantes ni siquiera se les ocurrió preguntarle por qué lo trasladaban de regreso a Norteamérica. Lo habían hecho demasiadas veces y, además, nunca recibían una respuesta satisfactoria. A popa, la familia Rabbit dormía profundamente, cosa que Ryan todavía no había logrado.

—¿Cuánto falta? —preguntó al piloto.

—Eso de ahí es Labrador —señaló—. Dentro de otras tres horas ya casi habremos llegado. ¿Por qué no duerme un poco, señor?

—No duermo en los aviones —reconoció Jack.

—No se preocupe, señor. Yo tampoco —dijo el copiloto. Y eso, para Jack, pensándolo bien era una buena noticia.

Sir Basil Charleston celebraba su propia reunión con su jefa de gobierno en aquel momento. Ni en Norteamérica ni en el Reino Unido los periódicos publicaban cuándo ni por qué los jefes de sus diversos servicios secretos se reunían con sus dirigentes políticos.

—Bien, háble me de ese tal Strokov —ordenó la primera ministra.

—No es un personaje muy agradable —respondió Charleston—. Deducimos que estaba allí para matar al pistolero que cometió el atentado. Tenía una pistola con silenciador para no hacer ruido. Parece, por consiguiente, que el propósito era matar a Su Santidad y dejar el cadáver del asesino. Comprenda, señora, que los muertos no hablan. Pero puede que éste lo haga, después de todo. Imagino que la policía italiana debe de estar hablando con él en estos momentos. Es de nacionalidad turca y apuesto a que tiene antecedentes penales, además de experiencia como contrabandista en Bulgaria.

—¿De modo que detrás de todo esto se encuentran los rusos? —preguntó.

—Sí, señora. Eso parece casi seguro. Tom Sharp está hablando con Strokov en Roma. Comprobaremos su lealtad hacia sus superiores.

—¿Qué haremos con él? —preguntó la primera ministra.

La respuesta fue en forma de otra pregunta que ella debía responder y lo hizo.

No se le ocurrió a Strokov que, cuando Sharp invocó los nombres de Aleksey Nikolay'ch Rozhdiéstvensky e Ilya Fiódorovich Bubovoy, su propio destino estaba sellado. Le dejó sencillamente atónito que el servicio secreto de Inteligencia británico estuviera tan infiltrado en el KGB. Sharp no vio ninguna razón para disuadirlo de dicha idea. Alterado más allá de su capacidad de reacción inteligente, Strokov olvidó toda su formación y empezó a cantar. Su dúo con Sharp duró dos horas y media, todo

grabado.

Ryan funcionaba más por piloto automático que el propio Boeing cuando el avión tocó tierra en la pista cero uno de la base aérea de Andrews. ¿Cuánto hacía que no dormía? ¿Veintidós horas? Algo por el estilo. Eso era más fácil de soportar como alférez de los marines, a los veintidós años, que siendo un hombre casado de treinta y dos con dos hijos. Además, sentía un poco los efectos del alcohol.

Dos coches esperaban al pie de la escalera; en Andrews no habían instalado todavía túneles de embarque. El y Zaitzev subieron al primero; la señora Rabbit y la conejita, al segundo. A los dos minutos circulaban por Suitland Parkway, en dirección a Washington. Ryan decidió explicarle lo que veían por el camino. Al contrario de lo que pensó a su llegada a Inglaterra, Zaitzev no tenía ahora la impresión de que eso pudiera ser un maskirovka. Y la vista del edificio del Capitolio disipó cualquier duda al respecto que aún pudiera albergar. George Lucas, en su momento de mayor inspiración, no podría haber falsificado aquel paisaje. Los coches cruzaron el Potomac y siguieron hacia el norte por George Washington Parkway, hasta llegar finalmente a la salida de Langley.

—De modo que ésta es la sede del enemigo principal —comentó Rabbit.

—Para mí es sólo el lugar donde solía trabajar.

—¿Solía?

—¿No lo sabía? Ahora trabajo en Inglaterra —respondió Jack.

Todo el equipo de interrogación esperaba bajo la marquesina de la entrada principal. Ryan sólo conocía a uno de ellos, Mark Radner, un especialista en cultura rusa de Dartmouth, a quien habían llamado para un trabajo especial y al que le gustaba trabajar para la CIA, pero no exclusivamente. Ahora Ryan era capaz de comprenderlo. Cuando se detuvo el coche, fue el primero en apearse, y fue a hablar con James Greer.

—Ha tenido un par de días muy ajetreados, muchacho.

—Y que lo diga, almirante.

—¿Cómo le fue en Roma?

—Antes hábleme del papa —replicó Jack.

—Ha superado satisfactoriamente la operación. Permanece en estado crítico, pero se lo hemos consultado a Charlie Weathers en Harvard y nos ha dicho que no nos preocupáramos. Las personas de su edad, después de una operación, se catalogan siempre en estado crítico, probablemente sólo para incrementar la factura. Si no surge ninguna complicación, seguramente se recuperará. Charlie dice que hay buenos cirujanos en Roma. Según él, Su Santidad estará en casa dentro de tres o cuatro semanas. Se tomarán su tiempo con una persona de su edad.

—Gracias a Dios. Cuando atrapé a ese cabrón de Strokov, señor, creí que lo habíamos resuelto. Luego oí los disparos. Maldita sea, almirante, fue un momento horrible.

Greer asintió.

—Me lo imagino. Pero en esta ocasión han ganado los buenos. Por cierto, los Orioles han ganado la serie a los Phillies. El partido acabó hace sólo veinte minutos. Ese nuevo parador en corto de vuestro equipo, Ripken, parece tener futuro.

—Ryan —dijo entonces el juez Moore—. Felicidades, hijo —agregó, estrechándole la mano.

—Gracias, señor director.

—Muy bien, Ryan —añadió a continuación Ritter—. ¿Seguro que no le gustaría probar nuestro curso de entrenamiento en La Granja?

El apretón de manos fue sorprendentemente cordial y Jack dedujo que Ritter debía de haberse tomado un par de copas en el despacho.

—En este momento, señor, no me importaría volver a dar clases de historia.

—Es más divertido fraguarla, muchacho. No lo olvide.

Entraron todos en el edificio después de pasar frente a la placa que había en la pared de la derecha en memoria de los caídos, muchos de cuyos nombres eran todavía secretos, y se dirigieron al ascensor para ejecutivos. La familia Rabbit se dirigió a los alojamientos, parecidos a los de un hotel, situados en la sexta planta para huéspedes importantes y oficiales de campo llegados del extranjero, donde evidentemente iban a hospedarse. Jack siguió a los altos ejecutivos al despacho del juez.

—¿Es bueno nuestro nuevo Rabbit? —preguntó Moore.

—Sin duda nos facilitó buena información respecto al papa —respondió Ryan, un tanto sorprendido—. Y los británicos parecen bastante satisfechos con lo que les ha contado sobre ese agente Minister. Siento cierta curiosidad por saber quién es ese tal Cassius.

—Y Neptune —agregó Greer.

La armada necesitaba comunicaciones seguras para sobrevivir en el mundo moderno y James Greer todavía guardaba uniformes de color azul marino en el armario.

—¿Alguna otra idea? —preguntó Moore.

—¿Ha pensado alguien en lo desesperados que están los rusos? Me refiero a que, aunque el papa supusiera, e imagino que todavía supone, algún tipo de amenaza para ellos, maldita sea, ¿puede considerarse la suya como una operación racional? —preguntó Jack—. Me da la impresión de que están mucho más desesperados de lo que solemos pensar. Ese es un aspecto que deberíamos poder explotar.

Gracias a la mezcla de alcohol y cansancio, Ryan expresaba lo que pensaba con mayor soltura que de costumbre. Además, hacía unas doce horas que esa idea le daba vueltas en la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó Ritter al recordar que Ryan era una especie de genio de la economía.

—Puedo asegurarles una cosa: la Iglesia católica no se sentirá muy satisfecha. Hay muchos católicos en Europa oriental. Esa es una capacidad que debemos pensar en utilizar. Si nos acercamos con inteligencia a la Iglesia, puede que coopere con nosotros. La Iglesia es partidaria del perdón, sin lugar a dudas, pero antes uno debe confesarse.

Moore arqueó las cejas.

—La otra cuestión es que he estado estudiando su economía. Es muy precaria, mucho más de lo que nuestro personal imagina, almirante —dijo Jack dirigiéndose a su jefe inmediato.

—¿A saber?

—¿No es cierto que lo que nuestro personal examina, señor, son los informes oficiales procedentes de Moscú?

—Y nos cuesta lo nuestro conseguirlos —confirmó Moore.

—¿Y por qué creemos que son ciertos, señor director? —preguntó Ryan—. ¿Porque son los que recibe el Politburó? Sabemos que nos

mienten a nosotros y a su propio pueblo. ¿Y si fueran puras mentiras? Si yo fuera un inspector de la comisión gubernamental de seguridades e intercambios, muchos de ellos acabarían en la prisión federal de Allenwood. Lo que dicen tener no corresponde con lo que podemos identificar. Su economía se tambalea y, si se hunde, aunque sólo sea un poco, se les irá todo el tinglado a la porra.

— ¿Cómo podemos sacarle provecho a esta situación? —preguntó Ritter.

Su propio equipo de analistas especializados había dicho algo parecido hacía cuatro días, pero ni siquiera el juez Moore lo sabía.

—¿Dónde consiguen su divisa extranjera? Es decir, ¿a cambio de qué la consiguen?

—Petróleo —respondió Greer.

Rusia exportaba tanto petróleo como Arabia Saudí.

—¿Y quién controla los precios mundiales del crudo?

—¿La OPEP?

—¿Y quién controla la OPEP? —prosiguió Ryan.

—Los saudíes.

—¿No son nuestros amigos? —concluyó Ryan—. Pensemos en la URSS como en un objetivo económico que hay que conquistar, al igual que lo hacíamos en Merrill Lynch. Sus bienes tienen un valor muy superior al de la corporación que los posee, debido a su mala administración. No es tan difícil de calcular. —Incluso para alguien agotado después de un largo día, ocho mil kilómetros de vuelo y de haber abusado un poco del alcohol, pensó, consciente de que había muchas personas inteligentes que trabajaban en la CIA, pero con una mentalidad demasiado burocrática y no suficientemente patriótica—. ¿No tenemos a nadie cuya mente vuele más allá de los límites establecidos?

—¿Bob? —preguntó Moore.

Ritter empezaba a apreciar al joven analista del momento.

—Ryan, ¿has leído a Edgar Allan Poe?

—En el instituto —respondió Ryan, ligeramente confuso.

—¿Conoces la historia titulada La máscara de la muerte roja?

—¿No es algo relacionado con una plaga que estropea la fiesta?

—Vete a descansar. Antes de regresar mañana a Londres, se te facilitará cierta información.

—Parece que hasta el sueño esté planeado, caballeros. ¿Dónde duermo esta noche? —respondió Ryan, indicando al mismo tiempo que estaba agotado, por si no se habían dado cuenta.

—Te hemos reservado una habitación en el Marriott, a la vuelta de la esquina. Un coche te está esperando en la puerta. Adelante —dijo Moore.

—Puede que no sea tan bobo, después de todo —especuló Ritter.

—Robert, es agradable comprobar que tienes la fuerza suficiente para cambiar —observó sonriente Greer mientras extendía el brazo para coger la botella de bourbon selecto, que Moore guardaba en su despacho.

Había llegado el momento de la celebración.

Al día siguiente, en Il Tempo, un periódico matutino de Roma, apareció un artículo sobre un hombre que había sido encontrado muerto en un coche, aparentemente a causa de un ataque cardíaco. Se tardó algún

tiempo en identificar el cuerpo, que resultó ser el de un turista búlgaro fallecido evidentemente de forma inesperada. El examen físico no había revelado lo tranquila que podía estar su conciencia.

F I N